SCOTT LYNCH

LAS MENTIRAS DE LOCKE LAMORA

La vida de un huérfano suele ser dura y breve en Camorr.

Sin embargo, con su rápida inteligencia y su innato talento para el robo, Locke Lamora ha evitado la muerte y la esclavitud, para caer en manos de un sacerdote ciego —que ni es sacerdote ni ciego— que transmitirá sus extraordinarias habilidades a su «familia» de huérfanos: los Caballeros Bastardos. Pronto no estará a salvo la riqueza de ningún noble de Camorr, los dominios de Locke, una ciudad de canales, palacios y templos, construida sobre las ruinas de una raza desaparecida. Pero un oscuro personaje acecha y amenaza con desencadenar una guerra por el control de los bajos fondos de la ciudad. Atrapados en un juego mortal, el ingenio y la lealtad de Locke y sus amigos serán sometidos a prueba en su lucha por la vida…

Scott Lynch

Las mentiras de Locke Lamora

Crónicas de Los Caballeros Bastardos - 1

ePub r1.1
x3l3n1o 28.12.2018

Título original: *The lies od Locke Lamora*
Scott Lynch, 2006
Traducción: Javier Martín Lalanda

Editor digital: x3l3n1o
ePub base r2.0

Para ti, Jenny, este mundo en miniatura,
bendito desde el momento en que,
al mirar furtivamente por encima de mi hombro,
viste cómo cobraba forma.
Con mi amor para siempre.

PRÓLOGO

El muchacho que robaba demasiado

1

Cuando el largo y húmedo verano del septuagésimo séptimo año de Sendovani estaba en su culmen, el Hacedor de Ladrones de Camorr fue al templo de Perelandro para hacerle una visita inesperada al Sacerdote Sin Ojos, con intención de venderle del modo que fuera al chico apellidado Lamora.

—¡Vengo a proponerte un trato! —le espetó sin más el Hacedor de Ladrones con evidente falta de tacto.

—¿Como cuando me vendiste a Calo y a Galdo? —replicó el Sacerdote Sin Ojos —. Aún estoy intentando arrancarles a esos idiotas sonrientes los malos hábitos que tomaron de ti, pues quiero reemplazarlos por otros igual de malos que me serán mucho más útiles.

—Vamos, Cadenas —el Hacedor de Ladrones se encogió de hombros—, cuando cerramos el trato te dije que eran unos monicacos arrojamierdas y no pareció importarte…

—¿Y si me propusieras un trato igual de bueno que el que propusiste al venderme a Sabetha? —la voz profunda y sugerente del sacerdote consiguió que el Hacedor de Ladrones se tragara la objeción que aún no había acabado de formular—. Estoy seguro de que, después de vendérmela, me echarías la culpa de todo, excepto de las rótulas de mi madre, que en paz descanse. Tendría que haberte pagado en cobre y ver cómo te herniabas al cargar con toda la calderilla.

—¡Ahhhhhh, pero es que ella era especial, lo mismo que este chico! —repuso el Hacedor de Ladrones—. Posee todos los requisitos que tenían Calo y Galdo, los requisitos que te interesaban. ¡Tiene lo mismo que tenía Sabetha! Aunque camorrí, es mestizo. Sangre de Therin y de Vadran. Lleva el latrocinio en el corazón, tan cierto como que la mar está llena de meados de pez. Incluso podría hacerte un… descuento.

El Sacerdote Sin Ojos estuvo rumiando la proposición durante un buen rato.

—No te importará —dijo finalmente— que, antes de ir al encuentro de esa inesperada generosidad que muestras, me fíe de mi experiencia, la cual me dice que me arme y que apoye la espalda contra el muro.

Y aunque el Hacedor de Ladrones se esforzó en conseguir que una vaga expresión de sinceridad se insinuara en su propio rostro, para su evidente desagrado sólo obtuvo

una mueca. Cuando se encogió de hombros como despreocupado, sólo hacía el más puro teatro.

—Sí, es cierto que, hum, el chico tiene un problema. Pero sólo se debe a que depende de mí. Cuando tú cuides de él, estoy seguro de que, ahhhh, desaparecerá.

—Vaya, vaya. Así que tienes un chico *mágico*. ¿Por qué no lo has dicho antes? —el sacerdote se rascó la frente por debajo de la venda de seda blanca que le cubría los ojos—. *Magnífico*. Lo plantaré en el puñetero suelo para que salga una planta con la que llegar a la tierra encantada que se encuentra al otro lado de las nubes.

—¡Ahhhhh! ¡Ja, ja, ja! Cadenas, ya había paladeado antes el sabor de tu sarcasmo —la reverencia que hizo el Hacedor de Ladrones era más propia de un bufón artrítico —. Dime, ¿puedo tener el atrevimiento de sugerir que estás un poquitín interesado?

El Sacerdote Sin Ojos escupió.

—Supongamos que Calo, Galdo y Sabetha pudieran disfrutar de un nuevo compañero de juegos o, al menos, de un saco de arena para boxear. *Supongamos* que yo estuviera dispuesto a gastar tres cobres y un orinal por un inesperado chico-prodigio. ¿Qué problema hay con él?

—El problema —dijo el Hacedor de Ladrones— es que, si no consigo vendértelo, tendré que cortarle el gaznate y arrojarle a la bahía. Y tendré que hacerlo *esta misma noche*.

2

La noche en que el chico que se apellidaba Lamora pasó a depender del Hacedor de Ladrones, el viejo cementerio de la Colina de las Sombras se hallaba repleto de niños que aguardaban con silenciosa atención la llegada de sus nuevos hermanos de ambos sexos para conducirlos al interior de los mausoleos.

Todos los pupilos del Hacedor de Ladrones llevaban velas; sus frías luces azules brillaban en medio de las cortinas plateadas, creadas por la niebla del río, como las lámparas de la calle a través del cristal de una ventana, mugriento por el humo. Una línea de luz espectral bajaba serpenteante desde lo alto de la colina, recorriendo los mojones de piedra y los senderos ceremoniales hasta el ancho puente de cristal que cruzaba el canal del Humo de Carbón, parcialmente visible en medio de la niebla tan cálida como la sangre que, durante las noches del verano, rezuma hacia lo alto desde los húmedos huesos de Camorr.

—Venid, mis amorcitos, mis joyas, mis adquisiciones más recientes, mantened el paso —susurró el Hacedor de Ladrones mientras le daba un codazo al último de la treintena, más o menos, de los huérfanos procedentes del Fuego Encendido que cruzaban el puente del canal del Humo de Carbón—. Esas luces son de vuestros nuevos amigos, que acuden a guiaros hasta lo alto de mi colina. Moveos, tesoros míos. No desaprovechemos la oscuridad, pues tenemos que hablar de muchas cosas.

En sus raros momentos de reflexión vana, el Hacedor de Ladrones se tenía por un artista. Un escultor, para ser preciso, que creía que los huérfanos eran su arcilla y el viejo cementerio de la Colina de las Sombras su estudio.

Ochenta y ocho mil almas generaban un volumen considerable e ininterrumpido de desperdicios, los cuales incluían un goteo constante de niños perdidos, desechados y abandonados. Los traficantes de esclavos capturaban, de eso no había ninguna duda, a algunos de ellos para llevárselos fuera, a Tal Verrar o a las islas de Jerem. Técnicamente, la esclavitud era ilegal en Camorr, pero ante el hecho de tomar a alguien por esclavo solía hacerse la vista gorda, siempre, claro, que no quedase nadie para hablar a favor de la víctima.

Así pues, los traficantes de esclavos se llevaban a unos cuantos y la simple estupidez a otros más. La inanición y las enfermedades que allí estaban presentes solían convertirse en las escapatorias usuales para aquellos a quienes les faltaba el coraje o la habilidad para vivir a expensas de la ciudad que los rodeaba. Y entonces, ciertamente, aquellos que tenían el coraje, pero no la habilidad, acababan balanceándose en el Puente Negro que se halla enfrente del Palacio de la Paciencia. Los magistrados del Duque colgaban a los pequeños ladrones con la misma cuerda empleada antes para los mayores, aunque sin privarse de atarles unos pesos en los tobillos para que colgaran con mayor prestancia.

A todos los huérfanos que seguían vivos después de soportar aquellas posibilidades tan coloristas que les brindaba el azar, los cogían los hombres del Hacedor de Ladrones, uno a uno o en pequeños grupos, para que escucharan su voz tranquilizadora y se tomaran una comida caliente. No tardaban mucho en descubrir qué tipo de vida les aguardaba bajo aquel cementerio que era el corazón de su reino, donde siete veintenas de niños abandonados doblaban la rodilla ante un único hombre anciano y contrahecho.

—Apresuraos, mis amorcitos, mis nuevos hijos e hijas; seguid la hilera de luces y llegad a la cima. Ya casi estamos en casa, ya casi vamos a comer. Ya se acabó la lluvia, la bruma y el calor apestoso.

Las plagas suponían una ocasión especialmente interesante para el Hacedor de Ladrones, y, en aquella ocasión, los huérfanos del Fuego Encendido habían escapado por los pelos de la que era su favorita: el Susurro Negro. Luego de que el Susurro Negro penetrase en el distrito del Fuego Encendido por diferentes sitios no localizados y de que la cuarentena se diese por terminada (cualquiera que intentara cruzar un canal o escapar en un bote era castigado con la pena de muerte: ahogado en un pozo lleno de ropa), el resto de la ciudad se salvó de la plaga, aunque no de la intranquilidad y de la paranoia. El Susurro Negro suponía una muerte miserable para cualquier persona que hubiese superado la edad de once o doce años (en decir de los físicos, pues la plaga no solía cosechar sus víctimas según reglas claramente

definidas) y unos cuantos días de ojos hinchados y mejillas enrojecidas, algo sin importancia, para los que fueran más jóvenes.

Al quinto día de la cuarentena cesaron los gritos y los intentos de cruzar los canales, de suerte que el distrito del Fuego Encendido se libró de lo que le había dado el nombre, que muchas veces había caído sobre él durante los años de pestilencia. Al undécimo día, cuando se levantó la cuarentena y los Gules del Duque llegaron para examinar los daños producidos por el desastre, de los cuatrocientos niños que allí vivían, aproximadamente uno de cada ocho había logrado sobrevivir. Y habían formado bandas para protegerse los unos a los otros y aprendido algunas de las crueles necesidades que supone el vivir lejos de los adultos.

El Hacedor de Ladrones esperó a que todos acabaran de reunirse y les sacó del siniestro silencio de su antiguo entorno.

Pagó buenas monedas de plata por los treinta mejores y muchas más para que los Gules y los guardias no dijeran que se había llevado a los niños. Luego los condujo, aturdidos, las mejillas hundidas y tan apestosos como el infierno, a la negrura y a las brumas cálidas y húmedas de la noche camorrí, hacia el viejo cementerio de la Colina de las Sombras.

El niño que se hacía llamar Lamora era el más menudo y joven del lote, con unos cinco o seis años de edad, facciones cadavéricas y huesos a punto de salírsele por la piel, muy rica, eso sí, en mugre. Aunque el Hacedor de Ladrones no le había escogido, Lamora decidió seguir a los demás, como si formara parte de ellos. Y aunque el Hacedor de Ladrones lo vio, no dijo nada, porque, dada la vida que llevaba, un solo huérfano de la plaga era como una fruta caída que no podía desperdiciarse.

Todo aquello sucedía durante el verano del septuagésimo séptimo año de Gandolo, Padre de las Oportunidades, Señor de la Moneda y del Comercio. Y el Hacedor de Ladrones caminaba sin hacer ruido en medio de la noche velada, pastoreando aquella hilera de niños andrajosos.

En apenas dos años estaría rogando al padre Cadenas, el Sacerdote Sin Ojos, que le quitara de las manos al chico que se hacía llamar Lamora y afilando sus cuchillos por si el sacerdote se negaba a ello.

3

El Sacerdote Sin Ojos se rascó el cuello, que tenía tan gris como un rastrojo.

—¿Así, sin más?

—Sí, tal y como te lo cuento.

El Hacedor de Ladrones llevó una mano a la parte delantera de su jubón, raído desde hacía incontables años, y extrajo de él una bolsa de piel, cerrada con una fina cuerda de la misma materia; la bolsa estaba manchada con el color rojizo de la sangre seca.

—Fui a ver al gran hombre y le pedí permiso. Al chico lo rajaré de oreja a oreja y lo mandaré a los peces para que le den unas cuantas lecciones de dientes.

—Dioses. A fin de cuentas es una historia triste —para ser ciego, el sacerdote acababa de clavarle al Hacedor de Ladrones los dedos en el esternón con gran rapidez y pericia—. Búscate otra mejor para conmover los grilletes de tu conciencia.

—La conciencia, Cadenas, es como querer llegar con la meada a lo más alto de una chimenea. Estoy hablando de avaricia, de la tuya y de la mía. No puedo quedarme con el chico y te ofrezco una oportunidad única, un buen trato.

—Y si el chico es demasiado difícil de gobernar, ¿por qué no le haces entrar en razones para que madure y sea lo suficientemente mayor para venderlo?

—Es totalmente imposible, Cadenas. Mis opciones son limitadas. No serviría de nada darle de bofetadas, porque no puedo permitir que ninguno de los otros mierdecillas sepan lo que, ahhh, hizo. Si uno solo de ellos se sintiera mínimamente decidido a repetir lo que hizo… ¡por los dioses!, jamás podría volver a controlarlos. O le mato cuanto antes o le vendo lo más deprisa que pueda. No sacaré provecho con una suma insignificante. ¿Cuál de las dos opciones supones que prefiero?

—¿El chico ha hecho algo que ni siquiera puedes contárselo a los demás? —Cadenas se masajeó la frente por encima de la venda y suspiró—. Mierda. Creo que valdrá la pena escucharlo.

4

Un antiguo proverbio camorrí afirma que lo único constante en el alma humana es la inconstancia; todo puede pasarse de moda, incluso algo tan útil como una colina atestada de cadáveres.

La Colina de las Sombras era el primer cementerio importante en la historia de Camorr, situado estratégicamente para mantener fuera del alcance de la zarpa salada del Mar de Hierro los huesos de los que antaño estuvieron bien alimentados. Pero con el paso del tiempo, el poder, en las vueltas que da, fue a parar a las familias de los constructores de criptas, de los embalsamadores y de los que se vestían profesionalmente con paños mortuorios; a medida que la cercana Colina de los Susurros iba ofreciendo mayor espacio para panteones más grandes y vistosos a costa de comisiones mucho mayores, cada vez se enterraba a menos gente de calidad en la Colina de las Sombras. Las guerras, las plagas y las intrigas ocasionaron que el número de familias vivas que aún cuidaban de los panteones que poseían en la Colina de las Sombras fuera en declive a lo largo de las décadas. Eventualmente, los únicos que los visitaban con regularidad eran los sacerdotes y sacerdotisas de Aza Guilla, que dormían en sus tumbas durante su aprendizaje, y los huérfanos sin techo que se acurrucaban en el polvo y las tinieblas de las desatendidas criptas funerarias.

El Hacedor de Ladrones (que, ciertamente, no era tan célebre por entonces como ahora) decidió compartir una de aquellas criptas cuando su vida tocó fondo, cuando

ya no era más que una miserable curiosidad, un carterista con nueve dedos rotos.

Al principio, su relación con los huérfanos de la Colina de las Sombras fue una mezcla de súplicas y de bravuconerías, siendo muy posible que los vestigios de la necesidad por encontrar una figura autoritaria les impidieran acabar con él mientras dormía. Por su parte, aunque a regañadientes, él había comenzado a explicarles algunos trucos de su oficio.

A medida que sus dedos fueron recuperándose lentamente (en cierta manera, la mayor parte de ellos serían para siempre como ramas partidas en dos), comenzó a enseñar su retorcida sabiduría a los niños cochambrosos que compartían con él la lluvia y las visitas de la Guardia ciudadana. Y como su número aumentó en igual proporción que lo que le traían, pudieron disponer de más sitio en las húmedas estancias del viejo cementerio.

Con el tiempo, aquel ratero de huesos quebradizos se convirtió en el Hacedor de Ladrones, y la Colina de las Sombras en su reino.

El chico que se hacía llamar Lamora y sus compañeros, los huérfanos del Fuego Encendido, entraron en aquel reino unos veinte años después de su fundación; lo que aquella noche vieron sólo fue un cementerio no más profundo que la suciedad amontonada encima de las viejas tumbas. Una extensa red de túneles y galerías conectaba entre sí las tumbas importantes; sus paredes sólidas estaban apuntaladas con unos soportes que parecían las costillas de dragones de madera muertos desde hacía mucho tiempo. Los anteriores inquilinos habían sido desenterrados en silencio y arrojados a la bahía. Por aquel entonces, la Colina de las Sombras se parecía a uno de esos montículos que levantan las hormigas, aunque lleno de ladrones huérfanos.

Los huérfanos del Fuego Encendido entraron por la negra boca del mausoleo más alto y descendieron por los túneles apuntalados con maderos, bajo el parpadeante fuego plateado de los fríos globos alquímicos, perseguidos por los pegajosos rizos de la niebla que se aferraban a sus tobillos. Los huérfanos de la Colina de las Sombras los vigilaban desde cada uno de sus escondrijos y madrigueras. El aire del estrecho túnel estaba saturado por los relentes nocturnos de la tierra húmeda y del olor a rancio de los cuerpos… un olor que los huérfanos del Fuego Encendido no tardarían en incrementar con su sola presencia.

—¡Adentro, adentro! —exclamaba el Hacedor de Ladrones, frotándose las manos —. ¡Sed bienvenidos a mi casa, que es la vuestra! Aquí todos tenemos una cosa en común… carecemos de padre y de madre. Y aunque eso sea muy de lamentar, ahora podréis disponer de todos los hermanos y hermanas que queráis y de un poco de tierra seca donde apoyar la cabeza. Un hogar… una familia.

Un contingente de huérfanos de la Colina de las Sombras bajaba rápidamente por el túnel después de despertarse, tragándose por la nariz el irreal humo de sus

inquietantes velas azules hasta que la radiación plateada de los globos de las paredes iluminó el camino que debían seguir.

En el corazón del reino del Hacedor de Ladrones había una oquedad espaciosa y cálida cuyo suelo estaba lleno de mugre, la cual tenía una altura similar al doble de la estatura de un hombre alto y algo menos de treinta metros de longitud y de anchura. Sólo una silla de respaldo alto, fabricada con la aceitosa madera del álamo negro, se apoyaba en la lejana pared; en ella, gozando del espectáculo, se sentaba apaciblemente el Hacedor de Ladrones.

Varias docenas de mantas raídas estaban esparcidas por el suelo, cubiertas con alimentos: cuencos de pollos huesudos marinados con vino barato de almendras, marrajo, colas revenidas de gambas envueltas en panceta y emborrachadas en vinagre, y pan oscuro con sabor a grasa de salchichas. También había guisantes salteados y lentejas, así como cuencos de peras y de tomates pasados. Era una comida bastante pobre, pero en tan gran cantidad y variedad que la mayoría de huérfanos del Fuego Encendido jamás habían visto antes nada parecido. Sus acometidas a la comida eran súbitas y faltas de coordinación; el Hacedor de Ladrones sonreía con indulgencia.

—No soy tan estúpido para interponerme entre vosotros y un plato decente, queridos. Así que comed hasta hincharos. Comed más de lo que podáis. Comed como si fuera la última vez que coméis. Luego hablaremos.

Y mientras los huérfanos del Fuego Encendido hinchaban los carrillos, los huérfanos de la Colina de las Sombras se arremolinaron a su alrededor, mirando, sin decir nada. Poco después la habitación se llenó hasta los topes y el aire comenzó a oler mal. El festín prosiguió hasta que, literalmente, no quedó nada; quienes habían sobrevivido al Susurro Negro se chuparon de los dedos los últimos restos de vinagre y de grasa y luego dirigieron con cautela sus miradas hacia el Hacedor de Ladrones y sus paniaguados. El Hacedor de Ladrones levantó tres dedos torcidos para llamar la atención.

—¡Negocios! —exclamó—. Tres cuestiones sobre los negocios.

—La primera —dijo— es que estáis aquí porque *he pagado* por vosotros. He pagado un extra para que *nadie* pudiera adelantárseme. Puedo aseguraros que todos aquellos de vuestros amiguitos por los que no pagué fueron a parar a los traficantes de esclavos. Eso es lo que suele hacerse con los huérfanos. No hay lugar para vosotros, nadie quiere llevaros consigo. La Guardia vende vuestro futuro por dinero para comprar vino, queridos; a los sargentos de la Guardia no les importa el omitiros en sus informes y menos a los capitanes de la Guardia, a quienes no les importáis ni una mierda.

»Ah —prosiguió—, y ahora que se ha terminado la cuarentena en el Fuego Encendido, todos los traficantes de esclavos de Camorr y todos los que han pensado serlo van a estar *muy excitados* y *muy en alerta*. Sois libres de marcharos y de abandonar esta colina siempre que lo deseéis… pues estoy seguro de que no tardaríais

en convertiros en unos chupapollas o en ser encadenados a un remo para el resto de vuestras vidas.

»Esto me lleva a la segunda cuestión. Todos estos amigos míos que veis a vuestro alrededor —y señaló con un ademán a los huérfanos de la Colina de las Sombras que se alineaban a lo largo de las paredes— pueden salir cuando quieran, y la mayoría lo hacen cuando les entra en gana, porque se hallan bajo mi protección. Yo sé —añadió con rostro serio y solemne— que no soy nada especialmente formidable si se me considera como individuo; no os engañéis. Pero tengo amigos poderosos, queridos míos. Lo que os ofrezco es la seguridad que me viene de esos amigos. Si alguien, un traficante de esclavos, por ejemplo, se atreviera a ponerle la mano encima a uno cualquiera de mis chicos de la Colina de las Sombras, o de mis chicas, entonces las consecuencias serían inmediatas y, gratamente para mí, ahhh, *crueles*.

Y como ninguno de los recién llegados pareció entusiasmarse en demasía por aquellas palabras, el Hacedor de Ladrones se aclaró la garganta.

—Haría que matasen a esos miserables bastardos. ¿Entendido?

Por supuesto que lo habían entendido.

—Lo que nos lleva directamente a la tercera cuestión que, ciertamente, os interesa a todos vosotros. Esta pequeña familia siempre se halla necesitada de nuevos hermanos y hermanas, así que podéis consideraros invitados y también *animados*, ahhh, a condescender en concedernos el placer que supondría para nosotros vuestra aquiescencia *íntima y permanente* al respecto. Haced de esta colina vuestro hogar, de mí vuestro maestro, y de estos buenos chicos y chicas vuestros hermanos y hermanas. Seréis alimentados, abrigados y protegidos. O ahora mismo podéis iros y acabar como fruta fresca en alguna casa de putas de Jerem. ¿Os atrevéis a intentarlo?

Ninguno de los recién llegados dijo nada.

—Sabía que podría contar con vosotros, mis queridas joyas del Fuego Encendido —el Hacedor de Ladrones abrió los brazos y sonrió, revelando una medialuna de dientes tan marrones como el agua de un pantano—. Pero también tendréis responsabilidades, por supuesto. Hay que dar y recibir, esto por lo otro. La comida no me sale por el ojo del culo. Los orinales no se vacían por sí mismos. ¿Pilláis lo que quiero decir?

La mitad de los huérfanos del Fuego Encendido asintieron tímidamente.

—¡Las reglas son sencillas! Las aprenderéis a su debido tiempo. Por ahora debe bastaros con esto: el que trabaja come. Y lo que nos lleva a trabajar es la cuarta cuestión… ¡oh, queridos! Niños, niños, hacedle a un viejo de mente olvidadiza el favor de imaginar que ha levantado cuatro dedos. Ésta es la cuarta cuestión importante.

»Ahora os diré las tareas que tenemos que hacer aquí, en la colina, aunque también tenemos que cumplir ciertas tareas en otros sitios. Ciertas tareas… delicadas y poco corrientes. Tareas interesantes y divertidas. Todas en la ciudad, algunas de día

y otras de noche. Requerirán valor, destreza y, ahhh, discreción. *Apreciaríamos* mucho el poder disponer de vuestra asistencia en esas… tareas especiales.

Y señaló al chico que no había comprado, al pequeño parásito cuyos ojos duros y malhumorados le miraban desde más arriba de una boca aún pringosa de pulpa de tomate.

—Tú, chico sobrante, trigésimo primero de treinta. ¿Qué me dices? ¿Eres de la especie de los serviciales? ¿Querrás ayudar a tus nuevos hermanos y hermanas en sus interesantísimas tareas?

El muchacho rumió durante unos segundos lo que iba a contestar.

—Te refieres —dijo con una vocecita chillona— a que quieres que robemos cosas.

Durante un largo momento el viejo miró en silencio al chiquillo, mientras algunos huérfanos de la Colina de las Sombras hacían esfuerzos por contener la risa.

—Sí —terminó por decir el Hacedor de Ladrones, asintiendo lentamente—. Quiero decir eso, aunque veo que tú posees, ahhh, una visión muy *poco comprometida* respecto a cierto ejercicio de iniciativa personal que nosotros preferimos formular en términos más ingeniosos e imprecisos. Y no espero que tenga un significado para ti. Chico, ¿cómo te llamas?

—Lamora.

—Tus padres tenían que ser bastante míseros para darte sólo un apellido. ¿No te pusieron un nombre?

Dio la impresión de que el chico reflexionaba acerca de lo que le habían preguntado.

—Me llamaron Locke —dijo, al fin—. Por mi padre.

—Muy bien. Hace vibrar la lengua. Bien Locke-por-tu-padre-Lamora, ven aquí y charla conmigo. Los demás, desapareced. Vuestros hermanos y hermanas os mostrarán dónde habréis de dormir esta noche. También os mostrarán dónde habéis de vaciar eso y dónde llevar a cabo aquella… tarea, creo que me comprendéis. Por ahora, sólo lo necesario para mantener aseada esta habitación, pues ya habrá más tareas para vosotros en los días venideros. Os prometo que, cuando descubráis cómo me llaman en el mundo que se encuentra más allá de nuestra pequeña colina, todo tendrá sentido para vosotros.

Locke avanzó para ponerse al lado del Hacedor de Ladrones, mientras éste se sentaba en su trono de alto respaldo; la muchedumbre de recién llegados se levantó y se arremolinó hasta que los huérfanos de la Colina de las Sombras, más grandes y mayores que ellos, los cogieron por el cuello y comenzaron a darles instrucciones. Al poco tiempo, Locke y el amo de la Colina de las Sombras estaban tan solos como habían deseado.

—Muchacho —dijo el Hacedor de Ladrones—. Suelo mostrar cierta reticencia al dirigirme a mis nuevos hijos e hijas la primera vez que llegan a la Colina de las Sombras. ¿Sabes a qué tipo de reticencia me refiero?

El chico apellidado Lamora negó con la cabeza. Su flequillo grasiento, de color marrón sucio, se pegaba a su carita redonda, y las manchas de tomate que rodeaban su boca se veían secas e indecorosas. El Hacedor de Ladrones las limpió delicadamente con uno de los puños de su gastada casaca azul; el chico no se acobardó.

—Me refiero a que les han dicho que robar cosas es malo, así que yo tengo que trabajar con el nuevo concepto hasta que se acostumbren a él. ¿Comprendido? Bueno, como veo que no pareces resentirte por reticencias parecidas, ambos podemos proseguir. ¿Has robado alguna vez?

El chico asintió.

—¿Antes de la plaga?

Otro asentimiento.

—Lo suponía. Querido, mi querido muchacho… ahhh, no perdiste a tus padres por culpa de la plaga, ¿verdad?

El muchacho bajó la mirada y apenas negó con la cabeza.

—Así que has estado cuidando de ti mismo durante algún tiempo. No es algo de lo que ahora tengas que avergonzarte. Incluso puede proporcionarte una posición de respeto en este lugar, siempre que pases las pruebas.

A modo de respuesta, el muchacho apellidado Lamora hurgó entre sus andrajos y le entregó algo al Hacedor de Ladrones. Dos pequeñas bolsas de piel cayeron sobre la palma abierta del hombre mayor… pequeñas, llenas y manchadas, cuyas respectivas aberturas estaban ceñidas por cuerdas deshilachadas.

—¿De dónde las has sacado?

—De los hombres de la Guardia —dijo Locke con un susurro—. Algunos de ellos nos recogieron y nos llevaron consigo.

El Hacedor de Ladrones dio un respingo como si una avispa acabara de clavarle su dardo en la espina dorsal y se quedó mirando las bolsas como si no se lo creyera.

—¿Así que se las quitaste a los jodidos hombres de la Guardia? ¿A los casacas amarillas?

Locke asintió, en aquella ocasión con más entusiasmo que antes.

—Nos recogieron y nos llevaron consigo.

—¡Por los dioses! —musitó el Hacedor de Ladrones—. ¡Oh, dioses! Has podido jodernos a todos de un modo soberbio, Locke-por-tu-padre-Lamora. Ciertamente soberbio.

5

—Aquel bastardo pequeño y descarado apenas me conocía y ya acababa de romper la Tregua Secreta —el Hacedor de Ladrones se sentaba confortablemente en el jardín del tejado más alto del templo donde vivía el Sacerdote Sin Ojos y mantenía entre sus manos una copa de piel embreada llena de vino. Y, a pesar de que, por lo agriado que

estaba, pareciera vino de recuelo y supiese a vinagre, supo que era un buen presagio de que las negociaciones iban bien—. Jamás había sucedido antes y no volvió a suceder después.

—Si alguien le enseñó cómo robar de una casaca, no le dijo que los casacas amarillas estaban fuera de su alcance —el padre Cadenas frunció los labios—. Es muy curioso. Ciertamente lo es. A nuestro querido Capa Barsavi le gustaría conocerle.

—Jamás supe quién le había enseñado. El muchacho siempre alegó que había aprendido por sí mismo, pero eso es una tontería. Cadenas, cinco años jugando con peces muertos y boñigas de caballo no te enseñan de repente cuáles son los mejores modos de palpar una bolsa y de llevártela.

—¿Qué hiciste con las bolsas?

—Regresé al destacamento que la Guardia tenía en el Fuego Encendido y besé culos y botas hasta que los labios se me quedaron negros. Expliqué al capitán de la Guardia en cuestión que uno de los recién llegados no sabía cómo funcionaban las cosas en Camorr, y luego les devolví las bolsas con sus intereses, dándoles las gracias por su magnanimidad y gentileza, etcétera, etcétera.

—¿Y lo aceptaron?

—Cadenas, el dinero hace alegres a los hombres. Llené de plata las bolsas hasta reventar. Luego entregué a todos y cada uno de los hombres del destacamento dinero para que bebieran durante cinco o seis noches y acordamos que alzaran algunas copas a la salud de Capa Barsavi, quien, a buen *seguro*, no lo necesitaba, ahhh, pues parecía una cosa sin importancia que su leal Hacedor de Ladrones la hubiera cagado al permitir que un chico de cinco años rompiera la puñetera Tregua.

—Así que eso fue lo sucedido la primera noche que te asociaste con mi misterioso muchacho, el que acabas de ofrecerme a precio de ganga —dijo el Sacerdote Sin Ojos.

—Me congratula, Cadenas, que te decidas a emplear el posesivo con ese chaval, aunque sólo sea para darle un poco de color al asunto. De veras que no sé cómo plantearlo. He tenido a chicos que no sabían si el robar se hacía de tal o cual manera y chicos que se resignaban a robar porque no sabían hacer nada más. Pero nadie, y recalco *nadie,* tuvo jamás tantas ganas de robar como este chico. Si le sangrara el gaznate porque se lo hubieran abierto de oreja a oreja y un físico intentara cortarle la hemorragia, Lamora le robaría hilo y aguja y moriría riendo. Él… roba *demasiado*.

—Roba demasiado —repitió el Sacerdote Sin Ojos—. Roba demasiado. De todas las quejas imaginables, jamás hubiera pensado que escucharía ésa de la boca de un hombre que lleva toda la vida entrenando a pequeños ladrones.

—Ríete todo lo que quieras —dijo el Hacedor de Ladrones—, porque ahí es donde me duele.

6

Pasaron los meses. Parthis se convirtió en Festal, que se convirtió en Aurim, y los chubascos cargados de neblina del verano dieron paso a las lluvias torrenciales del invierno, mucho más molestas. El septuagésimo séptimo año de Gandolo se convirtió en el septuagésimo séptimo año de Morgante, el Padre de la Ciudad, Señor del Dogal y de la Paleta.

Ocho de los treinta y un huérfanos del Fuego Encendido que no habían conseguido aficionarse a las *delicadas* e *interesantes* tareas del Hacedor de Ladrones se balancearon en lo alto del Puente Negro, que está enfrente del Palacio de la Paciencia. Y cuando sucedió tal cosa, los sobrevivientes se afanaron tanto por las tareas delicadas e interesantes que tenía que cumplir cada uno de ellos, que apenas se preocuparon por lo sucedido.

La sociedad de la Colina de las Sombras, como Locke no tardaría en descubrir, se hallaba férreamente dividida en dos tribus: los Calles y los Ventanas. La última era un grupo más pequeño y restringido que recogía todas sus ganancias después de la puesta de sol. Se arrastraban por los tejados y bajaban por las chimeneas, abrían con ganzúas las cerraduras y se deslizaban por los alféizares protegidos por barras, robándolo todo, desde monedas y joyas hasta los bloques de manteca de las despensas desprotegidas.

Por otra parte, durante el día, los chicos y chicas que pertenecían a los Calles rondaban en busca de presas por los paseos, las callejuelas y los puentes de los canales, formando equipos. Los muchachos más mayores y experimentados (los tironeros) centraban su trabajo en los bolsillos, bolsas y puestos que estaban a la vista, mientras que los más jóvenes y menos capacitados (los ganchos) preparaban distracciones, llorando por madres inexistentes, o fingiéndose enfermos, o dando vueltas como locos por todas las direcciones gritando «¡Alto! ¡Al ladrón!», dando tiempo a que los tironeros se hicieran con su botín.

Al regresar al cementerio después de todas y cada una de las incursiones realizadas en el exterior, cada uno de los huérfanos era extorsionado por otro chico mayor o más grande, de suerte que todo lo robado o recogido recorría el escalafón de pegones y de matones hasta llegar al Hacedor de Ladrones, que anotaba los nombres y lo recogido durante el día en una lista inquietante y muy precisa que llevaba en la cabeza. Los que habían producido beneficios cenaban; los que no, aquella misma tarde eran castigados a realizar dos salidas para practicar.

Noche tras noche, el Hacedor de Ladrones organizaba un desfile por las madrigueras de la Colina de las Sombras cargado con los monederos, los pañuelos de seda, los collares, los botones de metal y una docena de toda suerte de cosas raras que valía la pena llevarse de un tirón. Sus pupilos tropezaban con él disimulada o accidentalmente; aquellos a los que descubría o sentía mientras intentaban robarle eran castigados en el acto. Como el Hacedor de Ladrones prefería no dañar físicamente a quienes no pasaban aquellos juegos de entrenamiento, les obligaba a beberse una botella de aceite de jengibre sin diluir, mientras sus pares se reunían a su

alrededor y entonaban cánticos de burla. El aceite de jengibre de Camorr es algo impresionante, aunque sin parangón (según la opinión del mismísimo Hacedor de Ladrones) con el hecho de tragarse las cenizas ardientes del veneno de roble.

A los que no querían abrir la boca se lo echaban por la nariz, mientras los chicos más mayores los mantenían echados hacia atrás, la cabeza erguida. Hay que decir que nadie había sufrido aquel castigo dos veces.

Poco después, aquellos que aún seguían con la lengua escaldada y la garganta hinchada aprendían los rudimentos de cómo hacer un corte en las casacas y de cómo «llevarse prestadas» las mercancías de los comerciantes muy poco atentos y aún menos despiertos. El Hacedor de Ladrones les instruía con gran entusiasmo en la arquitectura de los jubones, de los chalecos, de las levitas y de las bolsas que se llevan a la cintura, poniéndose al día en todos los avances de la moda a medida que los chicos llegaban a puerto; sus pupilos aprendían qué podía cortarse, qué podía rasgarse y qué debía acariciarse con ágiles dedos.

—La cuestión, queridos, estriba en no agarraros a la pierna del sujeto como si fuerais un perro, o en no cogeros de su mano como niñitos extraviados. Con frecuencia, medio segundo de contacto con el sujeto suele ser demasiado tiempo, realmente muchísimo —el Hacedor de Ladrones hizo como si acabaran de ponerle un nudo corredizo alrededor del cuello y sacó la lengua fuera—. Tres son las reglas sagradas gracias a las cuales viviréis o moriréis. La primera, aseguraos siempre de que el sujeto está completamente distraído, ya sea por las tonterías que haréis o por algo que vuestra truhanería os permita improvisar sobre la marcha, como una pelea o decir que tal o cual casa está en llamas. Los incendios son *magníficos* para nuestros propósitos; mimadlos. La segunda, minimizad, y subrayo *minimizad*, el contacto con el sujeto, incluso cuando esté distraído —se liberó del lazo invisible e hizo una mueca llena de socarronería—. Y, finalmente, la tercera es que, una vez que hayáis finalizado vuestro asunto, salgáis pitando del vecindario, aunque la víctima sea más tonta que una caja de maracas. ¿Qué os he enseñado?

—Da un tirón y escaparás. Da otro tirón y colgarás —cantaron a coro sus alumnos.

Los nuevos huérfanos llegaban de uno en uno y por parejas; daba la impresión de que, cada dos semanas, los chicos más mayores abandonaban la colina sin que nadie los echara de menos. Locke suponía que aquello revelaba la existencia de una disciplina superior a la del aceite de jengibre, pero, puesto que se encontraba muy por debajo en la delicada jerarquía de la colina, no se atrevió a hacer ninguna pregunta, pues aún menos confiaba en las respuestas que pudiera obtener.

En lo que respecta a su propio entrenamiento, Locke salió con los Calles el mismo día que llegó, los cuales le relegaron inmediatamente a los ganchos (como castigo, había supuesto). A finales del segundo mes, su destreza le había valido un ascenso entre las filas de los tironeros. Y aunque dicho ascenso fuera considerado un

paso adelante en su grupo social, Lamora fue el único en toda la colina que prefirió seguir trabajando con los ganchos después de tener la facultad de no hacerlo.

Dentro de la colina era taciturno y no tenía amigos, pero cuando hacía de gancho era todo un artista; y aquello le devolvió las ganas de vivir. Perfeccionó el empleo de la pulpa de naranja excesivamente masticada como sustituto del vómito; mientras que los otros ganchos se limitaban a sujetarse el estómago y quejarse, Locke sazonaba sus actuaciones vomitando una bocanada de gachas blanco-anaranjadas a los pies de su devota audiencia o (siempre que fuera el caso de encontrarse con pésimo humor) encima de sus dobladillos y polainas.

Otro de sus recursos favoritos consistía en una ramita larga y seca atada a uno de sus tobillos y oculta bajo la pernera de las calzas. Al arrodillarse súbitamente la ramita se rompía con un ruido que todos podían escuchar; dicho ruido, seguido por un penetrante baladro, era un magnífico imán para suscitar atención y simpatía, sobre todo si algún vehículo se hallaba cerca de él. Y cuando estaba a punto de sobrepasar el tiempo que podía engañar a los parroquianos, entonces llegaban otros ganchos que anunciaban en voz alta hallarse dispuestos a «llevárselo a casa, al lado de madre», para que le atendiera un físico. Y la habilidad para caminar la recobraba milagrosamente en cuanto doblaba la esquina.

De hecho, había desarrollado en tan poco tiempo tan gran repertorio de trucos bien pensados, que el Hacedor de Ladrones no tuvo más remedio que llamarle a su lado para mantener con él una nueva conversación privada (aquello sucedió después de que Locke fuera responsable del inconveniente desmayo en público de una joven dama a quien, mediante los rápidos y precisos golpes de un estilete, había despojado de falda y corpiño).

—Atiende, Locke-por-tu-padre-Lamora —dijo el Hacedor de Ladrones—, esta vez nada de aceite de jengibre, te lo aseguro, aunque preferiría, *y con mucho*, que tus trucos dejaran de ser un entretenimiento y se convirtieran en algo práctico.

Locke se limitó a mirarle fijamente desde su poca estatura y a mover los pies.

—Así que voy a hablarte claramente. Los demás ganchos salen día tras día para verte, *a ti*, dejando de lado sus puñeteros asuntos. No os estoy dando de comer para que os convirtáis en mi compañía privada de teatro. Lo que quiero es que mi tropa de pequeños desarrapados felices se preocupe de sus propios trucos y dejen de pensar en querer ser una celebridad como tú.

Y algún tiempo después, todo volvió a quedar en calma.

Entonces, justo seis meses después de llegar a la colina, Locke prendió fuego accidentalmente a la taberna llamada la Viña del Cristal Antiguo y propició un tumulto que dio lugar a una cuarentena en la que bien poco faltó para que el Estrecho fuera borrado del mapa de Camorr.

El Estrecho era un valle repleto de madrigueras y casuchas que se encontraba en el extremo más septentrional de los bajos fondos de la ciudad; con forma de riñón y parecido a un vasto anfiteatro, el corazón de la isla estaba en una depresión de algo más de quince metros de profundidad respecto a sus límites exteriores. Varias hileras ladeadas de bloques de casas y tiendas sin ventanas sobresalían de las gradas de tan colosal cazuela; las fachadas se apoyaban en otras fachadas y las callejas se entrecruzaban con otras callejas, plateadas bajo la bruma, haciendo del suelo del Estrecho algo tan angosto que sólo permitía el apretujado paso por él de dos hombres a la vez.

La Viña del Cristal Antiguo se acurrucaba encima de los guijarros de la carretera que iba hacia el oeste, la cual llevaba, gracias a un puente de piedra, desde el Estrecho hasta las verdes profundidades de la Mara Camorazza. Era como una bestia yacente de tres plantas cuyas maderas hubiesen sido deformadas por el clima, con escaleras raquíticas por dentro y por fuera que, al menos, dejaban tullido cada semana a uno de sus parroquianos (de hecho, los clientes asiduos hacían unas apuestas muy divertidas acerca de cuál de ellos sería el siguiente en romperse el cráneo). Era un antro de gente que fumaba en pipa y de adictos a la Mirada Fija, capaces, delante de todos, de instilarse en los ojos las preciadas gotas de aquella droga y de quedarse inmóviles, estremeciéndose por las visiones, mientras los desconocidos se llevaban sus pertenencias o los usaban a ellos a modo de mesas.

Cuando apenas acababa de comenzar el septuagésimo séptimo año de Morgante, Locke Lamora irrumpió en el salón de la Viña del Cristal Antiguo sollozando y sorbiéndose los mocos a sus anchas, mostrando sobre su rostro las mejillas ardientes, los labios sangrantes y los ojos enrojecidos que eran característicos del Susurro Negro.

—Por favor, señor —dijo en voz baja a uno de los matones del local que le miraba aterrorizado, mientras jugadores de dados, camareros, putas y ladrones se quedaban inmóviles, mirándole—. Por favor, padre y madre están enfermos; no sé qué les pasa. Soy el único que puede andar… usted (un sorbetón)… ¡ayuda! Por favor, señor…

Después de escuchar aquellas palabras, al matón sólo se le ocurrió gritar a voz en cuello «¡El Susurro! ¡El Susurro Negro!», de suerte que sólo él fue el responsable de que todos los que se encontraban en la Viña del Cristal Antiguo abandonaran de cabeza el establecimiento. Ningún chico de la estatura de Locke Lamora hubiera sido capaz de sobrevivir a la orgía de empujones y de pánico que aconteció entonces, a menos de tener sobre el rostro la enseña de la enfermedad, que era mejor que cualquier escudo. Los dados repiquetearon encima de las mesas y los naipes cayeron volando al suelo como hojas caídas; las jarras de peltre y las embreadas, todas llenas de cerveza negra, lanzaron salpicaduras de bebida barata al golpear el suelo. Se

volcaron las mesas, los cuchillos y las porras alcanzaron a otros al salir volando, y los de la Mirada Fija fueron pisoteados cuando una marea indisciplinada de detritos humanos brotó por cada una de las puertas, excepto aquella ante la que se encontraba Locke, que no había dejado de suplicar en vano (o eso parecía) a los gritos y a las espaldas que los demás le ofrecían.

Cuando la taberna se hubo vaciado de todo el mundo, excepto de unos pocos adictos gemebundos (e inmóviles) a la Mirada Fija, los compañeros de Locke entraron cautelosamente en su busca: una docena de los ganchos y tironeros más rápidos de los Calles, especialmente invitados por Lamora a la incursión. Se desplegaron entre las mesas caídas y la barra en desorden y saquearon como salvajes todo lo que podía tener algún valor. Aquí un puñado de monedas caídas a un lado, ahí un buen cuchillo, allá un juego de dados de hueso de ballena adornados con puntitos de color granate. De la despensa, cestas de pan duro, aunque aprovechable, y mantequilla salada envuelta en papel encerado, así como una docena de botellas de vino. Medio minuto fue todo lo que Locke les concedió, contando mentalmente mientras se quitaba el maquillaje del rostro; al terminar la cuenta, hizo una seña a sus socios para que salieran y se adentraran en la noche.

No tardaron en sonar los tambores que, siempre que había un tumulto, servían para llamar a la Guardia; poco después, sobreponiéndose a su sonido rítmico, se escuchó un tenue sonido de gaitas; aquel sonido helaba la sangre, porque servía para llamar a los Gules del Duque, la Guardia de Cuarentena.

Los participantes en la aventura de tan imponente latrocinio dirigido por Locke se abrieron paso entre la muchedumbre creciente que formaban los habitantes del Estrecho, cada vez más confusos y asustados, y echaron a correr hacia su hogar dando un rodeo por la Mara Camorazza y por el distrito de Humo de Carbón.

Luego entraron en él con el mayor botín de enseres y de alimentos que jamás recordaran los huérfanos de la Colina de las Sombras, por no hablar del montón de medios barones de cobre mayor de lo que Locke hubiera esperado (ignoraba que la gente que juega a los dados o a las cartas lo hacía con dinero, puesto que aquel tipo de juegos era del exclusivo dominio de los huérfanos de mayor edad y popularidad, características que él no compartía).

Durante algunas horas, el Hacedor de Ladrones se sintió sencillamente abrumado.

Aquella noche unos borrachos asustados prendieron fuego a la Viña del Cristal Antiguo, y la gente huyó a centenares del Estrecho cuando la Guardia de la ciudad fue incapaz de localizar al chico que había desatado el pánico. Los tambores del tumulto sonaron hasta el amanecer, los puentes fueron bloqueados y los arqueros del duque Nicovante ocuparon los canales que rodeaban el Estrecho, subidos en barcas de fondo plano y provistos de flechas para toda la noche y algunas horas más.

A la mañana siguiente el Hacedor de Ladrones volvía a tener una conversación en privado con el huérfano más joven de la plaga.

—El problema que tengo contigo, Locke-*y-jode*-Lamora, es que no eres *circunspecto*. ¿Sabes qué significa *circunspecto*?

Locke negó con la cabeza.

—Permíteme que te lo explique. Esa taberna tenía un dueño. Ese dueño trabajaba para Capa Barsavi, el gran hombre en persona, al igual que yo. Bien, pues el dueño de la taberna pagaba al Capa, al igual que yo, para evitar accidentes. Gracias a ti, ha tenido un accidente muy jodido, aunque él se estuviera gastando el dinero para que no sucediera. Y ahora llego a donde quería: incitar a un hatajo de malditos borrachos que son como animales a quemar ese lugar hasta los cimientos, por miedo a una plaga falsa, es lo contrario de lo que significa llevar a cabo una operación con *circunspección*. ¿Puedes comprender lo que esto significa?

Al escuchar aquello, Locke supo que era el momento apropiado para asentir con la cabeza.

—A diferencia de la última vez en que intentaste llevarme a la tumba, en esta ocasión no puedo sobornar a nadie, pero, gracias a los dioses, no lo necesito, porque el lío es colosal. La última noche, los casacas amarillas aporrearon a doscientas personas antes de darse cuenta de que ninguna de ellas tenía el Susurro; el Duque llamó a sus puñeteros soldados y estuvo a punto de darle al Estrecho un buen restregón de aceite ardiente. La única razón, y subrayo la palabra *única*, de que ahora no estés flotando con cara de pasmado dentro del estómago de algún tiburón se debe a que la Viña del Cristal Antiguo sólo es un montón de cenizas; nadie sabe que robaron en ella *antes* de que se convirtiera en ese montón de cenizas. Nadie excepto nosotros.

»Así pues, debemos ponernos de acuerdo para que nadie de esta colina cuente lo sucedido, y ahora vas a conocer parte de esa reticencia a la que me referí la primera vez que llegaste a este lugar. ¿Recuerdas lo que significa *reticencia*, verdad?

Locke asintió.

—Sólo quiero muy pocas cosas de ti, Lamora. Quiero trabajos buenos y bien hechos. Quiero una bolsa aquí, una salchicha allá. Quiero que te tragues tu ambición, que la cagues como si fuera una comida que te hubiera sentado mal y que, durante el próximo millón de años, sigas siendo un joven gancho, pero *circunspecto*. ¿Puedes hacer esto por mí? No robes a ningún casaca amarilla más, no quemes más tabernas, no comiences ningún jodido tumulto más. Sólo intenta ser un carterista sin imaginación como tus hermanos y hermanas. ¿Entendido?

Locke asintió una vez más, intentando parecer arrepentido.

—Bien. Y ahora —mientras hablaba, el Hacedor de Ladrones sacó su botella de aceite de jengibre, que estaba casi llena—, démosles un poco de *vigor* a mis advertencias.

Y algún tiempo después (luego de que Locke recobrara las facultades de hablar y de respirar sin trabas) todo volvió a estar en calma.

Pero el septuagésimo año de Morgante se convirtió en el septuagésimo año de Sendovani, y, aunque durante algún tiempo Locke consiguió ocultar sus acciones al Hacedor de Ladrones, en cierta ocasión bastante notoria dejó de ser circunspecto.

Cuando el Hacedor de Ladrones se enteró de lo que el chico había hecho, acudió a ver al Capa de Camorr y le pidió permiso para realizar una muerte sin importancia. Sólo después se le ocurrió ir a ver al Sacerdote Sin Ojos, pero no movido por la piedad, sino por la posibilidad de obtener un último beneficio, aunque pequeño.

7

El cielo era de un rojo que se desvanecía y nada quedaba del día sino una línea de oro derretido que iba bajando lentamente hacia el horizonte de Poniente. Locke Lamora caminaba a rastras, pisando la larga sombra del Hacedor de Ladrones que lo estaba conduciendo al templo de Perelandro para venderlo en él. Después de mucho tiempo, Locke acababa de descubrir el lugar donde habían desaparecido los chicos más mayores.

Una gran arcada de cristal llevaba desde la base noroccidental de la Colina de las Sombras hasta el límite oriental del largo y ancho distrito del Templo. El Hacedor de Ladrones se detuvo en el ápice de aquel puente y miró hacia el norte. Cruzando las casas sin luz del Silencio y las aguas empenachadas por la bruma del impetuoso Angevino, su vista divisó las umbrosas mansiones y los bulevares de piedra blanca, realzados por las hileras de árboles que seguían su trazado, de las islas Alcegrante, dormidas en su opulencia bajo la imposible altura de las Cinco Torres.

Las Cinco Torres eran las estructuras de cristal antiguo más notables de aquella ciudad repleta de tan arcana sustancia; otra más pequeña y menos majestuosa, Acoje a la Aurora, sólo tenía un poco más de veinticinco metros de anchura y apenas ciento cincuenta de altura. El color original de cada una de aquellas torres había comenzado a mezclarse con los tonos rojizos, como de un horno encendido, de la puesta de sol, y la telaraña de cables y de jaulas de carga que cubría las cimas de las torres apenas era visible al recortarse contra el carmín del cielo.

—Chico, quédate aquí un momento —dijo el Hacedor de Ladrones con voz extrañamente melancólica—. Aquí, encima de mi puente. Tan pocos son los que vienen por aquí para dirigirse a la Colina de las Sombras, que bien pudiera ser mío.

El Viento del Duque que llegaba durante el día desde el Mar de Hierro había rolado; como siempre, la noche estaría gobernada por el polvoriento Viento del Ahorcado, que soplaba desde la tierra hacia el mar, repleto de los relentes de las granjas y del agua estancada de las marismas.

—Ya sabes que voy a librarme de ti —añadió el Hacedor de Ladrones tras una pausa—. Ahhh, en serio, es un adiós para siempre. Es una pena que te falte tanto… sentido común.

Locke no dijo nada y se limitó a alzar la mirada y contemplar las vastas torres de cristal mientras el cielo que le rodeaba iba perdiendo el color; y cuando las estrellas blanco-azuladas comenzaron a brillar, los postreros rayos de sol se desvanecieron por el oeste como si el gran ojo que los lanzaba acabara de cerrarse.

Cuando le dio la impresión de que el primer amago de genuina oscuridad alcanzaba la ciudad, una nueva luz nació y brilló tanto que lo expulsó; aquella luz relucía dentro de las mismísimas Cinco Torres y del cristal translúcido del puente sobre el que se encontraban. Crecía a medida que respiraba, cobrando fuerza hasta bañar la ciudad con la luz feérica que señalaba que el día había terminado.

Era la hora de la Falsa Luz.

Desde las alturas de las Cinco Torres hasta la tersura de obsidiana de los vastos rompeolas de cristal y los arrecifes artificiales cubiertos por olas del color de la pizarra, la Falsa Luz era irradiada por todas las superficies y todos los objetos de cristal antiguo que había en Camorr, por todos los fragmentos de aquel material extraño que tanto tiempo atrás habían dejado las criaturas que dieron forma a la ciudad. Todas las noches, en cuanto el sol se sumía por Poniente, los puentes de cristal se convertían en hebras de luz de luciérnaga; las torres y avenidas de cristal, así como las extrañas esculturas de los jardines hechas con aquella materia, rielaban pálidas de violeta, azur, naranja y gris perla, mientras las lunas y las estrellas mudaban su color en gris.

Esto era lo que sucedía en Camorr al atardecer: el fin de la jornada de trabajo de quienes hacían el turno de día, la llamada de las rondas de la Guardia y el cierre de las puertas de la ciudad; era una hora de luz sobrenatural que no tardaba en dar paso a la auténtica noche.

—Vayamos a nuestro asunto —dijo el Hacedor de Ladrones, y ambos se dirigieron hacia el distrito del Templo, caminando bajo aquella luz tan suave como irreal.

8

Puesto que los templos de Camorr solían cerrar sus puertas en cuanto terminaba la hora de la Falsa Luz, en la Casa de Perelandro el Sacerdote Sin Ojos, sentado en los peldaños de su decrépito templo, no perdió el tiempo que aún le quedaba en llenar el caldero de cobre que se encontraba ante él.

—¡Huérfanos! —dijo con voz tan atronadora que no hubiera desentonado en un campo de batalla—. ¿Acaso antes o después no somos todos huérfanos? ¡Ay de aquellos arrancados del regazo de su madre, pues apenas tienen infancia!

A ambos lados del caldero se sentaba una pareja de muchachos jóvenes y esbeltos, ataviados con sendos hábitos blancos provistos de capucha. Dio la impresión de que, al mirar ellos fijamente cómo los hombres y las mujeres se

apresuraban por las plazas y avenidas de los dioses hacia sus respectivos trabajos, el irreal brillo de la Falsa Luz inflamaba la hueca negrura que rodeaba sus ojos.

—¡Ay de aquellos que, a causa de un cruel hado, han sido arrojados a un mundo malvado que no tiene sitio para ellos y que los convierte en esclavos! —proseguía el sacerdote—. ¡Esclavos o, peor, *juguetes de placer* para la lujuria de los malvados y los impíos, que los obligan a llevar un asomo de vida llena de indecible degeneración al lado de la cual la esclavitud es una bendición!

Locke se maravilló al escuchar aquellas palabras, pues jamás había asistido a una representación teatral ni escuchado a un orador experimentado. Había en ellas tanto desprecio que, si hubiera habido agua encima de las piedras del suelo, se hubiera evaporado; había en ellas tanta protesta que el pulso se le aceleró por la vergüenza que le hizo sentir, pues también él era huérfano. Y deseó seguir escuchando el vozarrón de aquel hombre que vociferaba.

Tan grande era la fama del padre Cadenas, el Sacerdote Sin Ojos, que incluso Locke Lamora había oído hablar de él; era un hombre al final de la madurez, con un pecho tan grande como una mesa de escritorio y una barba pegada a su escarpado rostro como si fuera un trozo de fregona. Una gruesa venda blanca le cubría frente y ojos, unos hábitos de algodón blanco le colgaban hasta los desnudos tobillos y un par de grilletes de negro hierro rodeaban sus muñecas. De aquellos grilletes salían unas pesadas cadenas de acero que, luego de subir por los peldaños del templo, entraban por sus abiertas puertas hasta el interior del mismo. Locke pudo apreciar que, cuando el padre Cadenas hablaba gesticulando a quienes le escuchaban, las cadenas se estiraban al máximo. Su libertad de movimientos estaba al límite.

Durante trece años, o eso decían las habladurías de la gente, el padre Cadenas jamás había puesto un pie fuera de los escalones de su templo. Como muestra de la devoción que sentía por Perelandro, Padre de las Mercedes, Señor de los Vigilados, se había encadenado a sí mismo a los muros de su capilla con grilletes de hierro que no tenían ni cerraduras ni llaves, y pagado a un físico para que le arrancara los ojos delante de la muchedumbre.

—¡El Señor de los Vigilados vela por cada hijo e hija de los fallecidos hasta tal punto que ni siquiera podéis imaginaros! ¡Benditos sean ante él aquellos que, sin verse constreñidos por los deberes de la sangre, reconfortan y ayudan a quienes carecen de padre y de madre…!

Aun sabiendo que, además de ciego, se cubría con una venda, Locke hubiera jurado que el padre Cadenas se había vuelto hacia él y hacia el Hacedor de Ladrones cuando ambos llegaban a la plaza.

—¡… por la indudable bondad de sus corazones, y alimentan y protegen a los niños de Camorr, jamás movidos por la fría avaricia sino por la gentileza y el darse a los demás! ¡Benditos sean aquellos que protegen a los *gentiles* y *menesterosos* huérfanos de Camorr! —siseó Cadenas, lleno de fervor.

Cuando el Hacedor de Ladrones llegó ante los escalones del templo y comenzó a subir por ellos, tuvo la precaución de pisar fuerte con los talones en la piedra para anunciar su presencia.

—Alguien se acerca —dijo el padre Cadenas—, creo que son dos, si he de dar crédito a mis oídos.

—Te traigo al chico de quien hablamos, padre —anunció el Hacedor de Ladrones lo suficientemente alto para que varios transeúntes lo oyeran y escucharan lo que iba a decir a continuación—. Le he preparado lo mejor que he podido para las, ahhh, pruebas de aprendizaje e iniciación.

El sacerdote se tambaleó al bajar por los escalones que le conducían hacia Locke, arrastrando tras de sí las ruidosas cadenas. Los muchachos encapuchados cogieron el caldero y le echaron un vistazo a Locke, pero no dijeron nada.

—¿Entonces lo has traído? —el padre Cadenas alargó una mano con alarmante precisión, y sus dedos encallecidos recorrieron como patas de araña la frente, las mejillas, la nariz y la barbilla de Locke—. Un chico bajito, sí, creo que es muy bajito. Aunque, por los recovecos angulosos de su triste rostro de huérfano, debidos a la mala alimentación, puedo aventurar que con cierto carácter.

—Se llama —dijo el Hacedor de Ladrones— Locke Lamora, y apuesto a que la Orden de Perelandro encontrará muchas aplicaciones para su, ahhhh, inusual grado de iniciativa personal.

—Me bastará —dijo el sacerdote con voz sonora— con que sea sincero, sufrido, honesto y proclive a la disciplina. Pero no dudo de que durante el tiempo que ha estado contigo tu afecto y tu cuidado habrán instilado en él esas cualidades, entre otras —batió palmas tres veces y añadió—: Queridos niños, vuestro trabajo por hoy ha terminado; recoged las ofrendas de las buenas personas de Camorr y mostremos el templo a nuestro futuro iniciado.

El Hacedor de Ladrones dio a Locke un ligero pescozón en el hombro y, acto seguido, con mucho entusiasmo, le empujó escalera arriba tras los pasos del Sacerdote Sin Ojos. Cuando los muchachos de los hábitos blancos pasaron el tintineante caldero por delante del Hacedor de Ladrones, éste echó en él una pequeña bolsa de piel, abrió los brazos e hizo una reverencia con la teatralidad de serpiente que le caracterizaba. Lo último que Locke vio de él fue la rapidez con que cruzaba el distrito del Templo, agitando con alegría sus brazos retorcidos y sus hombros huesudos: el pavoneo de un hombre que acababa de recobrar la libertad.

9

El interior del templo de Perelandro era una habitación de piedra mohosa con varios charcos de agua estancada; a causa del moho, los tapices que cubrían las paredes estaban a punto de volver a su estado original de hilos trenzados. Su única iluminación procedía de la claridad pastel de la Falsa Luz y de los desfallecidos

esfuerzos de un globo alquímico de color blanco y medio apagado, insertado precariamente en un enganche, el cual quedaba justo encima de la placa de acero que encadenaba al Sacerdote Sin Ojos a la pared del santuario. En la pared de enfrente, Locke vio una puerta oculta bajo una cortina y nada más.

—Calo, Galdo —dijo el padre Cadenas—, sed buenos chicos y atended las puertas, por favor.

Los dos muchachos de los hábitos dejaron en el suelo el caldero de cobre y se dirigieron a uno de los tapices, que levantaron entre ambos para maniobrar un dispositivo oculto; algún enorme e invisible mecanismo hizo crujir las paredes del santuario y, acto seguido, las puertas gemelas que conducían a los peldaños por los que se entraba al templo comenzaron a cerrarse. Cuando terminó aquel proceso, en medio del roce de unas piedras contra otras, el globo alquímico brilló súbitamente con más fuerza.

—Ahora —dijo el Sacerdote Sin Ojos mientras se arrodillaba en medio de los pequeños montículos de acero que formaban las cadenas al dejar de estar en tensión — ven aquí, Locke Lamora, para comprobar si posees algunas de las dotes exigidas para convertirte en uno de los iniciados de este templo.

Con el padre Cadenas de rodillas, Locke y él casi se tocaban con la frente. Como respuesta a las señas que Cadenas le hacía con las manos, Locke se acercó más y aguardó. El sacerdote frunció la nariz.

—Ya veo que a tu anterior maestro no parecía importarle el olor acre de sus pupilos; no importa. Pronto lo arreglaremos. Por ahora, déjame solamente tus manos, así —Cadenas guió con firmeza, pero también con suavidad, las pequeñas manos de Locke hasta que quedaron encima de su venda—. Ahora… simplemente cierra los ojos y concéntrate… concéntrate. Deja que cualquier pensamiento virtuoso que haya en tu interior suba como una burbuja hacia la superficie… deja que el calor de tu espíritu generoso fluya por tus manos inocentes… Ah, sí, así…

Locke se sentía entre alarmado y divertido cuando las arrugas del curtido rostro del padre Cadenas se distendieron y la boca se le quedó colgando como un signo premonitorio de beatitud.

—¡Ahhhhhhh! —musitó el sacerdote, la voz cargada de emoción—. ¡Sí, sí, tienes cierto talento… cierto poder… Puedo sentirlo…! Tiene que ser… *¡un milagro!*

Y mientras decía todo aquello, Cadenas echó la cabeza hacia atrás y Locke saltó en el sentido opuesto. En medio de un repiqueteo de cadenas, el sacerdote se llevó las manos con los grilletes a la venda y la arrancó triunfalmente. Locke retrocedió, no teniéndolas todas consigo por lo que aquellas cuencas de los ojos pudieran mostrarle… y entonces comprobó que los ojos del sacerdote eran muy normales: de hecho, Cadenas torció la mirada por el dolor y se los restregó varias veces, estremeciéndose al recibir la luz del globo de cristal.

—¡Ahhhh! ¡Ja, ja, ja! —exclamó, llevando sus manos hacia donde se encontraba Locke—. ¡Me he curado! ¡Me he curado! ¡Puedo *VER DE NUEVO*!

Por segunda vez en el transcurso de aquella noche, Locke se le quedó mirando con la boca abierta como un abobado, sin saber qué decir. A su espalda, los dos chicos encapuchados lanzaron unas risitas y Locke frunció el ceño sospechando algo.

—En realidad… no estabas ciego —dijo.

—¡Y en realidad tú no eras un idiota! —exclamó Cadenas, levantándose de un salto que hizo crujir sus rótulas. Agitó las manos aún con los grilletes como si fuera un pájaro que intentase levantar el vuelo—. ¡Calo, Galdo! ¡Quitadme estos malditos chismes de las muñecas para que pueda contar las bendiciones recibidas en el día de hoy!

Los dos chicos encapuchados se apresuraron y les hicieron algo a los grilletes que Locke fue incapaz de apreciar; de repente se abrieron y cayeron al suelo con un ruido muy desagradable. Cadenas se masajeó con cuidado la piel que había estado bajo ellos; era tan blanca como la carne de un pescado fresco.

—¡En realidad… no eres sacerdote! —añadió Locke, mientras el hombre mayor seguía masajeándose hasta que sus antebrazos cobraron algo de color.

—Oh, no —dijo Cadenas—. No soy sacerdote. Bueno, no soy un sacerdote de, hum, Perelandro. Ni mis iniciados lo son de Perelandro. Ni tú tampoco serás un iniciado de Perelandro. Locke Lamora, di hola a Calo y a Galdo Sanza.

Los dos chicos que se cubrían con los hábitos echaron hacia atrás sus respectivas capuchas y Locke comprobó que eran gemelos; aunque sólo fueran uno o dos años mayores que él, parecían mucho más robustos. Tenían la piel aceitunada y el cabello negro de los auténticos camorríes; sin embargo, la nariz que poseían en común, larga y ganchuda, desentonaba. Ambos sonrieron y, juntando las manos, le hicieron una reverencia.

—Hum, hola —dijo Locke—. ¿Quién es cada cuál?

—Hoy me toca a mí ser Galdo —dijo el que estaba a la izquierda de Locke.

—Es posible que mañana me toque a mí —dijo el otro.

—O quizá ambos queramos ser Calo —añadió el que había hablado primero.

—Con el tiempo —les interrumpió el padre Cadenas— aprenderás a distinguirlos por el número de cardenales que les habré hecho a patadas en sus respectivos culos. De cualquier manera, uno de ellos siempre quiere estar por delante del otro —se quedó detrás de Locke y, con sus enormes y pesadas manos, puso las cabezas de ambos sobre los hombros del recién llegado—. Idiotas, éste es Locke Lamora. Como habéis podido ver, acabo de comprárselo a vuestro antiguo benefactor, el amo de la Colina de las Sombras.

—Nos acordamos de ti —dijo el que supuestamente era Galdo.

—Un huérfano del Fuego Encendido —dijo el que supuestamente era Calo.

—El padre Cadenas nos compró justo después de que llegaras —dijeron ambos al unísono, haciendo una mueca.

—Dejaos ya de tonterías —dijo el padre Cadenas con voz que casi sonaba regia —. Os recuerdo a los dos que os habéis ofrecido voluntarios para preparar la cena.

Peras y salchichas en aceite, y una ración doble para vuestro nuevo hermanito. Vamos. Locke y yo tenemos que hablar del caldero.

Haciendo muecas y gestos de lo más ofensivos, los gemelos se dirigieron hacia la puerta cubierta con una cortina y desaparecieron en su interior. Cuando Locke estaba escuchando el sonido que hacían sus pasos saliendo y entrando de alguna especie de despensa, el padre Cadenas le indicó que se sentara al lado del caldero del dinero.

—Siéntate, chico. Hablemos un poco de lo que hacemos aquí —Cadenas se acomodó encima del suelo húmedo y cruzó las piernas, para luego mirar pensativamente a Locke—. Tu anterior maestro me dijo que sabías hacer sumas sencillas. ¿Es cierto?

—Sí, maestro.

—No me llames «maestro». Eso hace que se me arruguen las pelotas y que me castañeteen los dientes. Ahora que estamos sentados aquí dentro, acércate al caldero y cuenta todo el dinero que hay en su interior —Locke tiró con fuerza del caldero por una de las asas, y comprendió por qué Calo y Galdo habían compartido su peso. Cadenas dio un empellón a la base del caldero y su contenido acabó por derramarse en el suelo, al lado de Locke—. Si quieres levantarlo te será muy incómodo, porque pesa demasiado —explicó Cadenas.

—¿Cómo puedes… cómo puedes pretender hacerte pasar por sacerdote? —preguntó Locke mientras apilaba las monedas enteras de cobre, y las que sólo eran partes, en pequeños montones—. ¿No temes a los dioses? ¿No temes la ira de Perelandro?

—Por supuesto que sí la temo —repuso Cadenas, pasándose los dedos por su encrespada y redonda barba—. Temo mucho a los dioses. Como dije, soy sacerdote, pero no de Perelandro. Soy un servidor iniciado del Decimotercero Sin Nombre, el Que Vela Por Los Ladrones, el Guardián Avieso, el Benefactor, el Padre de los Pretextos Necesarios.

—Pero si los dioses sólo don doce.

—Me resulta muy divertido comprobar que hay mucha gente tan poco informada al respecto, mi querido muchacho. Supón, si eres tan amable, que *resulta* que los Doce tienen en la familia a un hermano más joven que es, como si dijéramos, la oveja negra, el cual *resulta* que sólo manda sobre los ladrones como tú y como yo. Y que, aunque los Doce no permiten que nadie escuche ni pronuncie su Nombre, sienten cierto inveterado afecto por su manera divertida y cachonda de hacer las cosas. Esto explica que un viejo avieso y contestatario como yo no acabe fulminado por un rayo ni despedazado por la muchedumbre al usurpar el templo de un dios más respetable como Perelandro.

—¿Eres un sacerdote del… Decimotercero?

—Ciertamente. Un sacerdote de ladrones, y un ladrón que es sacerdote. Como algún día lo serán Calo y Galdo, y como también lo serás tú, siempre que seas digno incluso de la miseria que he pagado por ti.

—Entonces… —Locke recogió la bolsa del Hacedor de Ladrones (el color rojo de su piel tenía tonos como de óxido) del lugar donde descansaba, junto a los montones de monedas de cobre, y se la pasó a Cadenas—, si pagaste por mí, ¿por qué dejó mi antiguo maestro una ofrenda?

—¡Ah! Puedes estar seguro de que *pagué* por ti, de que me costaste barato y de que lo que hay aquí dentro no es una ofrenda —Cadenas desató la pequeña bolsa y su contenido cayó en su mano… sólo era el blanco diente de un tiburón, tan largo como el pulgar de Locke. Cadenas lo movió para que el chico lo viera—. ¿Habías visto alguno de éstos antes de ahora?

—No… ¿qué es?

—Es una señal de muerte. El diente del tiburón-tigre es el sello personal de Capa Barsavi… el jefe de tu anterior maestro. Mi jefe y el tuyo, en la materia que nos concierne. Significa que eres una *cosita muy molesta, cabezona y jodida*, y que tu antiguo maestro fue a ver al Capa para obtener el permiso de poder matarte, el cual consiguió.

Cadenas hizo una mueca como si sólo estuviera haciendo una broma de mal gusto. Locke se estremeció.

—¿Servirá esto para que te comportes de un modo más sosegado, muchacho? Entonces bien. Mira esta cosa, Locke. Mírala profundamente, todo lo que quieras. Significa que han pagado por tu muerte. Y que yo he comprado el derecho de matarte cuando te compré por cuatro cuartos. Significa que si el mismísimo duque Nicovante te adoptara mañana y te proclamara heredero suyo, yo podría partirte el cráneo y clavarte en un poste, y nadie de esta ciudad movería ni un puñetero dedo para salvarte.

Cadenas devolvió rápidamente el diente a la bolsa roja y, sirviéndose de la delgada cuerda que servía para cerrarla, se la colgó a Locke del cuello.

—Vas a llevar esto —dijo el hombre mayor— hasta que considere que eres digno de quitártela o hasta que haga uso del poder que me otorga y entonces… —chasqueó los dedos cerca de la garganta de Locke—. Llévala debajo de la ropa y tenla cerca de la piel para que puedas recordar en todo momento lo cerca, lo *muy* cerca, que estuviste de que esta noche te cortaran el cuello. Si tu antiguo maestro tuviera una sombra[1] más vengativa que codiciosa, no dudo de que ahora estarías flotando en la bahía.

—¿Qué hice mal?

Cadenas hizo algo con los ojos que tuvo el efecto de que el chico se sintiera mucho más insignificante después de haber intentado protestar; Locke manoseó la bolsa que contenía la señal de muerte y jugueteó con ella.

—Por favor, chico, no comencemos con mal pie insultando a nuestras respectivas inteligencias. Sólo hay tres tipos de personas en la vida a las que jamás debes engañar: los prestamistas, las putas y tu madre. Puesto que tu madre ha muerto, yo ocupo su lugar, y soy a prueba de tonterías —la voz de Cadenas se hizo más seria—.

Conoces perfectamente los motivos que tenía tu antiguo maestro para estar molesto contigo.

—Dijo que yo no era… circunspecto.

—Circunspecto —repitió Cadenas—. Buena palabra. Por supuesto que no lo eres. Él me lo contó todo.

Locke apartó la mirada de los montoncitos de monedas, los ojos abiertos como platos y muy húmedos.

—¿Todo?

—Absolutamente todo —Cadenas se quedó mirando al chico durante un momento tan largo que resultó embarazoso, y luego suspiró.

—¿Qué aportaron hoy los buenos ciudadanos de Camorr a la causa de Perelandro?

—Me parece que treinta y siete barones de cobre.

—Hummm, creo que eso es más de cuatro solones de plata. Un día poco animado. Pero eso es mejor que cualquier otra manera de robar que yo conozca.

—¿También le robas este dinero a Perelandro?

—Claro que sí, muchacho. Creo haber mencionado que era un ladrón, ¿o no? Pero no el tipo de ladrón al que estás acostumbrado, sino uno mejor. Toda la ciudad de Camorr está llena de idiotas que no hacen más que correr para acabar ahorcados, y todo porque creen que el robar es algo que hay que hacer con las *manos* —el padre Cadenas escupió.

—Hum… y tú, padre Cadenas, ¿qué parte del cuerpo empleas para robar?

El sacerdote barbudo se tamborileó en una de las sienes con dos dedos de una mano y luego hizo una gran mueca, tras lo cual prosiguió su tamborileo, pero esta vez en los dientes.

—El cerebro y la boca, si es bien grande, muchacho, cerebro y boca grande. Aquí planté mi culo hará ya trece años, y los píos mamones de Camorr me han alimentado desde entonces con monedas. Además, soy famoso desde Emberlain a Tal Verrar, y si sigo aquí es por el frío metal.

—¿No te resulta incómodo vivir aquí sin salir jamás? —preguntó Locke, contemplando el triste interior del templo.

—La auténtica realidad de mi templo se reduce a la vida entre estos tristes y pequeños bastidores, del mismo modo que tu antigua casa era realmente un cementerio —Cadenas rió entre dientes—. Los que vivimos aquí dentro somos ladrones de un tipo diferente, Lamora. El engaño y el llevar a la gente por el mal camino son nuestras herramientas; no creo en el trabajo duro cuando un rostro falso y una buena retahíla de disparates pueden hacer mucho más.

—Entonces… sois como los… ganchos.

—Es posible, siempre que un barril de aceite ardiente se parezca a un pellizco de pimienta roja. Por eso pagué por ti, muchacho, porque te falta hasta el sentido común que los dioses le dieron a la zanahoria. Mientes más que una alfombra. Eres más

retorcido que la espina dorsal de un acróbata. Sólo podré hacer algo de ti si decido que eres de fiar.

Sus ojos siempre inquietos se posaron una vez más en Locke, y el chico supuso que le había llegado la hora de decir algo.

—Me gusta —dijo en voz baja—. ¿Qué tengo que hacer?

—Puedes comenzar por hablar. Quiero escuchar lo que hacías en la Colina de las Sombras; toda la mierda que tuviste que revolver para que tu antiguo maestro se disgustase contigo.

—Pero… si dijiste que te habías enterado de todo.

—Sí, pero ahora, lisa y llanamente, quiero escucharlo de ti, y quiero que me lo cuentes todo de un tirón, sin tener que dar marcha atrás ni comerte ninguna parte. Si intentas esconder algo que a mi entender debas mencionar, no tendré otra opción que considerarte indigno de mi confianza… y obraré en consecuencia con lo que llevas colgado del cuello.

—¿Por dónde quieres que comience? —preguntó Locke, con una pizca de nerviosismo.

—Podemos comenzar por tus trasgresiones más recientes. Sólo hay una ley que los hermanos y hermanas de la Colina de los Sueños no pueden quebrantar, la cual, en palabras de tu antiguo maestro, quebrantaste en dos ocasiones, pensando que serías lo suficientemente listo para salir de rositas.

Las mejillas de Locke se tiñeron de un profundo arrebol y él se quedó mirándose los dedos de la mano.

—Cuéntamelo, Locke. El Hacedor de Ladrones dijo que tú urdiste los asesinatos de otros dos chicos de la Colina de las Sombras, y que él no descubrió tu implicación en el primero hasta que no sucedió el segundo —Cadenas se pasó los dedos por la cara y se quedó mirando tranquilamente al chico que llevaba colgada del cuello la señal de muerte—. Quiero saber por qué los mataste, y quiero saber cómo lo hiciste, y quiero escucharlo de tus propios labios, así que *adelante*.

LIBRO I

Ambición

¡Diantre!, puedo sonreír y asesinar mientras sonrío, y gritar «¡Alegría!» ¡a lo que aflige mi corazón, y mojar mis mejillas con lágrimas de artificio, y componer mi rostro para todas las ocasiones!

SHAKESPEARE, *Enrique VI*, parte III

Capítulo 1

El juego de Don Salvara

1

Para llevar a feliz término un buen juego de engaño, la regla de oro de Locke Lamora establecía lo siguiente: tres meses para planearlo, tres semanas para ensayarlo y tres segundos para ganar o para perder, definitivamente, la confianza de la víctima. Puesto que ya había llegado el momento de lo último, había decidido emplear aquellos tres segundos en ser estrangulado.

Locke estaba de rodillas, y Calo, de pie tras él, había pasado tres veces por su cuello una soga de cáñamo. Aquel montaje era tan logrado y tan impresionante que incluso iba a conferirle al cuello de Locke una pincelada de rojo tremendamente verosímil. Por supuesto que ningún asesino camorrí lo suficientemente sereno para caminar en línea recta hubiera intentado estrangularle con cualquier cosa que no fuera de seda o de cable (mejor arrugarle la tráquea a la víctima), se decía Locke. Pero si, a la distancia de diez metros y en lo que dura un abrir y cerrar de ojos, don Lorenzo Salvara era capaz de distinguir un estrangulamiento falso de uno real, entonces habrían juzgado mal al hombre a quien pretendían robar y todo el juego se iría al garete.

—¿Puedes verlo? ¿Consigues distinguir la señal de Bicho? —Locke susurró la pregunta con toda la claridad que podía, para después emitir unos cuantos sonidos guturales que fueron impresionantes.

—No veo ninguna señal; tampoco a don Lorenzo. ¿De verdad que puedes respirar?

—Lo suficiente, sólo lo suficiente —susurró Locke—, pero zúrrame un poco más; tú zúrrame, porque ésa es la parte más convincente.

Se encontraban al final del callejón que está al lado del templo de las Aguas Afortunadas. Podían oír las cataratas oratorias del templo, que vertían sus aguas en algún lugar situado detrás de los altos muros enlucidos. Locke se agarró por un instante a los inofensivos anillos de la soga que le rodeaba el cuello y echó una mirada al caballo que, apenas unos pasos más adelante, le miraba fijamente, cargado con las vistosas mercancías propias de un mercader. Era evidente que aquel pobre animal de apariencia estúpida había sido apaciguado. Detrás de los globos tan blancos como la leche de aquellos ojos que no parpadeaban no había miedo ni curiosidad. El caballo tampoco se habría asustado si el estrangulamiento hubiese sido real.

Pasaron unos segundos preciosos; el sol estaba alto y brillaba en un cielo escaldado, sin nubes, mientras la mugre del callejón se pegaba como cemento

húmedo a las perneras de las calzas de Locke. Cerca de él, Jean Tannen compartía su misma suerte, mientras que Galdo (casi todo el tiempo) fingía darle patadas en las costillas. Así siguió por lo menos durante un minuto, mientras su hermano gemelo hacía como que estrangulaba a Locke.

Se suponía que don Lorenzo Salvara tenía que llegar a la entrada del callejón en cualquier instante y que (en eso se basaba el plan) iría sin perder tiempo a salvar a Locke y a Jean de sus «asaltantes»; pero a ese paso, con el retraso que llevaba, sólo conseguiría rescatarlos del aburrimiento.

—¡Por los dioses! —musitó Calo, acercando su boca al oído de Locke, como si le estuviera susurrando alguna exigencia—. ¿Dónde diablos se encuentra el maldito Salvara? ¿Y dónde está Bicho? No podemos seguir todo el día con esta mierda, ¡puede entrar más gente en el cochino callejón!

—Prosigue con el estrangulamiento —susurró Locke—. Céntrate en veinte mil coronas contantes y sonantes y haz como que me estrangulas. Si hay que hacerlo, no me importa seguir así durante todo el día.

2

Aquella mañana, los preparativos del juego se habían desarrollado a la perfección, incluso teniendo en cuenta las lógicas malas pulgas del joven ladrón a quien, finalmente, se le permitía tomar parte en su primera operación importante.

—Por supuesto que conozco cojonudamente bien el puesto que habré de ocupar cuando comience la acción —se quejó Bicho—. ¡He pasado más tiempo encaramado en el tejado de ese templo que el que me llevó mi madre en su maldito vientre!

Jean Tannen dejó que su mano derecha siguiera la cálida corriente del canal mientras le pegaba otro mordisco a la manzana amarga de pantano que tenía en la mano izquierda. La proa de la barcaza de poco calado era un lugar ideal para relajarse bajo la luz, teñida con el color del vino aguado, de las primeras horas de la mañana, porque ofrecía fácil acomodo a los cerca de ciento diez kilos que pesaba el corpachón de Jean: la barriga como de barril, los pesados brazos, las piernas como morcillas y todo lo demás. La otra persona (que estaba haciendo todo el trabajo) de la barcaza era Bicho, un muchacho larguirucho y greñudo de doce años que agarraba la pértiga de popa con la que impulsaba y dirigía la embarcación.

—Ahora comprendo que tu madre tuviera prisa en librarse de ti, Bicho —la voz de Jean era suave, monótona y tremendamente incongruente, pues hablaba como un profesor de música o como un copista de manuscritos—. Pero como nosotros no la tenemos, recréame una vez más con el relato de la manera tan penetrante en que comprendes este juego.

—¡Diablos! —replicó Bicho, hincando la pértiga para que la barcaza avanzara contra la débil corriente de aquel canal que desembocaba en el mar—. Tú, Locke, Calo y Galdo os dirigiréis al callejón que se encuentra entre las Aguas Afortunadas y

los jardines del templo de Nara, ¿de acuerdo? Y yo cruzaré la calle y me subiré al tejado del templo.

—Muy bien —dijo Jean, con la boca llena de manzana de pantano—. ¿Y dónde tiene que estar don Lorenzo?

Otras barcazas, cargadas hasta los topes de mercancías que iban desde barriles de cerveza negra hasta terneras que mugían, los dejaron atrás, siguiendo la corriente de las aguas marrones del canal. Bicho seguía avanzando en dirección norte, a través de la principal vía comercial de Camorr, la Vía Camorazza, hacia el Mercado Flotante, y la ciudad rebosaba de vida a su alrededor.

Los arracimados edificios de piedra blanca en contacto con el agua vomitaban a sus inquilinos hacia la luz del sol y el calor del naciente verano. Era el mes de Parthis, lo cual significaba que la condensación producida por la humedad de la noche, que rodeaba con sus vapores a los edificios como si se tratara de una bruma espesa, no tardaría en despejarse por el intenso calor de aquella mañana sin nubes.

—Tiene que salir del templo de las Aguas Afortunadas como suele hacerlo a mediodía todos los Días de Penitencia. Si nos sonríe la fortuna, irá acompañado por dos caballos y un hombre.

—Un ritual curioso —dijo Jean—. ¿Por qué lo hace?

—Se lo prometió a su madre en el lecho de muerte —Bicho hundió la pértiga para dirigirse hacia el canal, peleó durante un momento y, una vez más, consiguió su propósito—. Ella no abandonó la religión de Vadran después de casarse con Salvara el Viejo. Por eso su hijo hace una ofrenda al templo de Vadran una vez a la semana y regresa a su casa a toda prisa, para evitar que la gente le vea. Diablos, Jean, sé perfectamente de qué va toda esta mierda. ¿Cómo iba a estar aquí si no confiarais en mí? ¿Y por qué soy *el único* que puede llevar esta estúpida barcaza hasta el mercado?

—Vamos, podrías dejar de pilotar la barcaza siempre que fueras capaz de vencerme mano a mano tres de cada cinco veces —dijo Jean con una mueca de matón barato, mostrando dos filas de dientes bajo un rostro que daba la impresión de que alguien lo hubiera puesto encima de un yunque para darle una forma más agraciada —. Además sólo eres un aprendiz que se encuentra en medio de un negocio magnífico, aprendiendo de los maestros más expertos y demandados que se puedan encontrar. Hacer todo el trabajo mierdoso será excelente para tu educación moral.

—La educación moral no me la habéis dado ni por el forro.

—Tienes razón. Y ha sido debido a que Locke y yo sólo nos hemos preocupado de nosotros mismos en los últimos años. Y volviendo al plan, permíteme recordarte que un buen chantaje haría que la suerte de esos pobres bastardos pareciera un tanto divertida en comparación con lo que les espera.

Jean señaló hacia uno de los furgones del agua sucia de la ciudad, que acababa de detenerse en el canal que estaba al lado de un bulevar para recibir, desde la ventana superior de una cervecería pública, un caudaloso chorro negro de desechos nocturnos. Aquellos furgones los conducían criminales de poca monta cuyas infracciones eran

tan poco importantes que no valía la pena molestarse en encarcelarlos cada dos por tres en el Palacio de la Paciencia; encadenados a los furgones y amparados en la supuesta protección de sus largos capotes de cuero, los soltaban cada mañana para disfrutar de todo el sol que pudieran, siempre que no invirtieran aquel tiempo en echar pestes acerca de la dudosa puntería de que hacían gala los varios millares de camorríes al vaciar sus orinales encima de los furgones.

—No fallaré, Jean —Bicho le daba vueltas a sus pensamientos como si volviese de dentro afuera una bolsa vacía, intentando desesperadamente decir algo que le hiciera parecer tan firme, tranquilo y seguro como él suponía que así eran Jean y los demás Caballeros Bastardos… Pero, como suele sucederles a los de su edad, la boca de aquel chico de doce años siempre se anticipaba a su mente—. No fallaré. Por cojones que *no fallaré*; lo prometo.

—Buen chico —dijo Jean—. Me encanta oír eso. Pero ¿a qué te refieres cuando dices que no fallarás?

Bicho suspiró.

—A lo de hacer la señal cuando Salvara haya salido del templo de las Aguas Afortunadas. Estaré vigilando por si alguien intenta entrar en el callejón, sobre todo si es de la Guardia. Y si alguien decide entrar, bajaré de un salto desde el tejado del templo con una larga espada y le dejaré muerto y descabezado en el sitio.

—¿Que harás qué?

—Que le distraeré todo lo que pueda. ¿Estás sordo, Jean?

Una alta hilera de casas de oficinas pasó a su izquierda, todas ellas con maderas laqueadas, toldillas de seda, fachadas de mármol y otros detalles ostentosos en las fachadas que daban a las aguas. El dinero y el poder estaban firmemente asentados en los cimientos de aquella hilera de casas de tres y cuatro pisos: la Hilera de los Besamonedas, el distrito más antiguo y adinerado del continente. Aquel lugar estaba tan a rebosar de poderío y de rituales complejos como las alturas de cristal de las Cinco Torres, donde el Duque y las grandes familias vivían como desterradas de la ciudad a la que gobernaban.

—Bicho, llévanos hacia esa parte de la margen que está exactamente bajo los puentes —dijo Jean, señalando con la manzana—. Su señoría estará esperando para subir a bordo.

Dos arcos de cristal antiguo cruzaban la Vía Camorazza justo en la mitad de la Hilera de los Besamonedas: un puentecillo alto y estrecho para los transeúntes y otro más bajo, y más ancho, para los vehículos. El brillo sin igual del extraño cristal hacía pensar en algún líquido adamantino que unas manos gigantescas hubieran moldeado cuidadosamente con forma de arco y que luego hubiesen dejado secar encima del canal. En la margen derecha se encontraba la Fauria, una isla muy poblada, llena de apartamentos de muchas terrazas y jardines encima del tejado. Unas ruedas de madera giraban con fuerza junto a los terraplenes, logrando que el agua del canal se

perdiera por una red de artesas y viaductos que cruzaban las calles de la Fauria a diferentes alturas.

Bicho condujo la barcaza hasta un muelle desvencijado que se encontraba bajo el puente pequeño; desde la menguada y difusa sombra de aquel puente un hombre se dirigió dando saltos hacia el muelle, vestido (lo mismo que Bicho y Jean) con polainas de cuero negro encerado y una camisa basta de algodón. El siguiente salto que dio con el mismo desenfado que antes le hizo caer sobre la barcaza, que osciló fuertemente al recibirle.

—¡Saludos, maese Jean Tannen, y mis más profusas felicitaciones por su fortuita llegada a su debido tiempo! —dijo el recién llegado.

—Felicitaciones a usted por la superlativa gracia de su entrada en nuestra humildísima embarcación, maese Lamora —Jean subrayó aquellas palabras al llevarse rápidamente a la boca lo que quedaba de la manzana, con rabo y todo, haciendo un blando sonido de masticación.

—No jodas, tío —dijo Locke Lamora—. ¿Por qué has hecho eso? ¿No sabes que los alquimistas preparan el veneno para los peces con las semillas de esas puñeteras cosas?

—Afortunado yo —dijo Jean, después de tragarse la última porción de pulpa recién masticada—, por no ser un pez.

Locke era un hombre de características medianas en todos los aspectos: de peso mediano, de estatura mediana y de cabellos cortos y medianamente oscuros que enmarcaban un rostro que no era hermoso ni memorable. Tenía la apariencia de un hombre de Therin, aunque quizá su piel fuera un poco menos aceitunada y algo más rubicunda que la de Jean o de Bicho; bajo otra perspectiva hubiera podido hacerse pasar por un natural de Vadran bastante moreno. Sus luminosos ojos grises eran lo único que le daba cierto aire distinguido; era un hombre a quien los dioses hubieran podido moldear deliberadamente para pasar desapercibido. Se instaló en la parte izquierda de la borda y cruzó las piernas.

—¡También hola a ti, Bicho! Sabía que podríamos contar contigo para que te apiadaras de tus mayores y les dejaras descansar al sol mientras echabas el resto con la pértiga.

—Jean es un viejo bastardo indolente, eso es lo que es —dijo Bicho—. Y si no impulso la barcaza con la pértiga, me dará una patada en los dientes que me los pondrá en la nuca.

—Jean es el alma más gentil de Camorr; le hieres con tus acusaciones —dijo Locke—. Ahora estará llorando toda la noche.

—Creo que, de cualquier modo, estaré levantado toda la noche —añadió Jean—, quejándome por el reumatismo y encendiendo velas para ahuyentar los vapores malignos.

—Lo que no es lo mismo que decir que nuestros huesos no vayan a romperse a la luz del día, mi cruel aprendiz —Locke se masajeó las rótulas—. Ambos tenemos, por

lo menos, el doble de tu edad, lo cual es prodigioso dada nuestra profesión.

—Esta semana, las Hijas de Aza Guilla intentaron darme la extremaunción por lo menos en seis ocasiones —dijo Jean—. Bicho, eres afortunado por el hecho de que Locke y yo aún estemos lo suficientemente ágiles para permitirte venir con nosotros y participar en un juego.

Cualquiera que se hubiera encontrado lo suficientemente lejos para no oír lo que decían hubiese pensado que Locke, Jean y Bicho sólo eran los ocupantes de una barcaza de alquiler que se abría paso para recoger algún cargamento en el lugar donde la Vía Camorazza se junta con el río Angevino. A medida que Bicho los llevaba cada vez más cerca del Mercado Flotante, el agua se iba llenando de barcazas iguales que la suya, de barquichuelas con cascos pavonados de negro y de otras embarcaciones en mal estado de mil tipos diferentes que, en su mayor parte, tenían serias dificultades para mantenerse a flote o para seguir las órdenes de sus patrones.

—Hablando de nuestro juego —dijo Locke—, ¿nuestro joven e impaciente aprendiz ya se sabe el papel que le toca en el transcurso de la operación?

—Llevo toda la mañana recitándoselo a Jean —dijo Bicho.

—Y… ¿cuál es?

—¡Que tengo que mantener la sangre fría! —Bicho agarró la pértiga con todas sus fuerzas, pasando en medio de una pareja de jardines flotantes de altas bordas, pero por los pelos. Los aromas a jazmín y a naranja los rodearon cuando la barcaza se deslizó bajo las protuberantes ramas de uno de los jardines; un criado precavido les lanzó una mirada furtiva desde lo alto de una de las bordas del jardín flotante, con un palo en la mano para desviarlos si era necesario. Aquellas grandes barcazas posiblemente transportaban árboles para transplantarlos en el huerto de algún noble que vivía río arriba—. ¡Mantener la sangre fría y no fallar! ¡Lo prometo! ¡Sé la parte que me corresponde y las señales que debo hacer, y no fallaré!

3

Calo seguía zurrando vigorosamente a Locke mientras la actuación de Locke como víctima era propia de un virtuoso, aunque decayera por momentos. Eran tan prisioneros de su pantomima como los personajes inspirados en los infiernos de la teología de Therin, tan fértil en imaginación: un par de ladrones condenados a pasar toda la eternidad arrinconados en un callejón mientras aguardaban a unas víctimas que jamás pasarían por allí para entregarles el dinero.

—¿Estás tan preocupado como yo? —susurró Calo.

—Limítate a interpretar el papel —musitó Locke—. Puedes rezar y estrangularme al mismo tiempo.

En aquel momento se escuchó un chillido agudo a su derecha que resonó a través de las calles empedradas y de las paredes del distrito del Templo. Fue seguido por los

gritos y las pisadas rítmicas de unos hombres que vestían el arnés de combate… pero aquellos sonidos se alejaban de la entrada del callejón y no se dirigían hacia ellos.

—Parecía Bicho —dijo Locke.

—Espero que esté preparando alguna distracción —le contestó Calo, aflojando momentáneamente la tensión que hacía sobre la soga. En aquel instante una silueta oscura se movió rápidamente por el hueco de cielo que quedaba encima de las altas paredes del callejón, y su sombra difusa les cayó encima al pasar sobre ellos.

—Entonces, ¿qué diablos era eso? —preguntó Calo.

Bastante lejos, a su derecha, volvió a sonar aquel chillido.

4

A fuerza de darle a la pértiga, Bicho los había llevado a todos, a él mismo, a Locke y a Jean, desde la Vía Camorazza hasta el Mercado Flotante según el horario previsto, justo cuando el enorme carillón eólico de cristal antiguo instalado encima de la torre Vigía del Oeste recibía la brisa que soplaba desde el mar y daba las once de la mañana.

El Mercado Flotante era un lago de aguas relativamente tranquilas en el mismísimo corazón de Camorr, de algo menos de ochocientos metros de circunferencia, protegido de las tumultuosas acometidas del Angevino y de los canales circundantes por una serie de rompeolas de piedra. La única corriente real en el Mercado era la humana, puesto que cientos de mercaderes a bordo de sus embarcaciones se perseguían interminablemente los unos a los otros en el sentido contrario a las agujas del reloj, peleándose por conseguir los mejores puestos cerca de los rompeolas, abarrotados por los compradores y excursionistas que habían llegado a pie.

Los miembros de la Guardia ciudadana, enfundados en sus casacas de amarillo mostaza, iban a bordo de unos cúteres de color negro azabache, llevando en cada uno de ellos a una docena de prisioneros encadenados que procedían del Palacio de la Paciencia, los cuales empleaban largas pértigas y un lenguaje soez para mantener abiertos varios canales en medio del caos flotante del Mercado. A través de dichos canales pasaban las barcazas de placer de la nobleza, otras que se veían muy cargadas y las que iban casi vacías, como la que llevaba a los tres Caballeros Bastardos, que iban de tiendas con la mirada mientras atravesaban un mar de anhelos y de avaricia.

Con apenas unos cuantos impulsos de la pértiga de Bicho dejaron atrás a una familia de vendedores de baratijas que iban a bordo de varias barquichuelas destartaladas, a un mercader de especias que llevaba su mercancía en unos estantes triangulares situados en el centro de una lentísima almadía de forma circular, del tipo que llaman *vertola*, y a un árbol del Canal que se sacudía y meneaba encima del pontón construido con un pellejo hinchado que aguantaba sus raíces. Dichas raíces corrían por el agua absorbiendo los orines y otros efluvios de la bulliciosa ciudad; el

dosel formado por sus susurrantes hojas de color esmeralda arrojó millares de sombras minúsculas sobre los Caballeros Bastardos cuando éstos pasaron bajo ellas, así como un aroma a cítricos. Aquel árbol (un híbrido obrado por arte alquímica que producía limas y limones) era cuidado por una mujer de mediana edad y tres niños pequeños, los cuales, en respuesta a las órdenes dadas desde las barcas que pasaban, agitaban las ramas para que pudieran caer sus frutos.

Por encima de las embarcaciones del Mercado Flotante se elevaba un prado de banderas, pendones y estandartes de seda que ondeaban al viento, todos ellos compitiendo con sus colores alegres y sus símbolos para motivar con sus mensajes a los compradores que los miraban. Había allí banderas adornadas con la simple silueta de un pez o de un ave de corral, o con ambas; banderas decoradas con jarras de cerveza, botellas de vino, hogazas de pan, botas, zapatos y agujas enhebradas de sastre, frutas, utensilios de cocina, herramientas de carpintería y mil otras suertes de mercancías y servicios. Aquí y allá, pequeñas flotas de barcas bajo la bandera del pollo o de balsas bajo la del zapato se juntaban en estrecho combate, en el transcurso del cual sus propietarios proclamaban a voz en cuello la superioridad de sus respectivas mercancías o la bastardía de los hijos de los demás, mientras las embarcaciones de la Guardia se mantenían a cuidadosa distancia, por si acaso alguno de ellos llegaba a hundirse o a comenzar alguna acción de abordaje.

—En ciertas ocasiones es una pena el tener que pasar por pobre —Locke echó un vistazo a su alrededor, sumido en una de aquellas ensoñaciones en las que Bicho solía perderse, a menos de tener que concentrarse para evitar una colisión, como era el caso. Una barcaza cargada con docenas de gatos domésticos encerrados en cajas de madera, que no dejaban de maullar, les llamó la atención. Enarbolaba un gallardete azul en el que se había representado con mucho arte un ratón muerto: de manera muy convincente, unas hebras escarlata fluían de la herida que tenía en la garganta—. En este lugar sucede algo curioso, y es que uno puede llegar a convencerse de que realmente necesita con urgencia medio kilo de peces, unas cuerdas para el arco, unos zapatos viejos y una pala nueva.

—Afortunadamente para nuestra credibilidad —dijo Jean— estamos a punto de cumplir el mayor hito de nuestra historia: acercarnos hasta el enorme montón de dinero de don Lorenzo Salvara —y señaló hacia el rompeolas que se encontraba al noreste del mercado, al lado del cual, situada entre aquél y el distrito del Templo, se encontraba una hilera de posadas y de tabernas de aspecto próspero que miraban hacia las aguas.

—Como siempre, tienes razón. Riquezas que sobrepasan la imaginación. Vayamos en esa dirección —Locke señaló con un dedo entusiasta, aunque superfluo, la dirección que Jean acababa de indicar—. ¡Bicho! Llévanos hacia el río y luego vira a la derecha. Uno de los gemelos nos espera en el Hogar Vacilante, la tercera posada de la margen derecha.

Bicho los llevó hacia el norte, esforzándose para llegar al fondo del lecho del Mercado (cuya profundidad era la mitad de la de los canales que lo rodeaban) a cada golpe de pértiga que daba. De tal suerte pudieron librarse de los excesivamente entusiasmados proveedores de pomelos, de bocadillos de salchichas y de varitas alquímicas luminosas, mientras Locke y Jean se divertían con su juego favorito: intentar localizar a los rateros de poca monta entre la muchedumbre que atestaba los rompeolas. El descuido de aquellos bulliciosos millares de camorríes aún seguía dando de comer al viejo chocho del Hacedor de Ladrones en su húmeda guarida de la Colina de las Sombras, casi veinte años después de que Locke y Jean hubieran puesto los pies en ella por última vez.

Luego de que consiguieran salir del Mercado y llegar al río, Bicho y Jean intercambiaron sus posiciones sin decir ni una palabra. Las rápidas aguas del Angevino competirían mucho mejor con los músculos de Jean, ya que Bicho necesitaba descansar los brazos para el papel que le tocaba hacer en el juego. Mientras Bicho se dejaba caer junto a la borda, en el sitio que antes había ocupado Jean, Locke sacó de la nada, o eso pareció, un limón de cinamomo y se lo ofreció al muchacho. Bicho se lo comió en seis mordiscos, incluida la piel, tan reseca como el hule, masticando entre sus blancos y torcidos dientes del modo más grotesco posible la pulpa rojizo-amarillenta, y luego hizo una mueca.

—Eh, ¿no harán veneno para peces con estas cosas?

—No —dijo Locke—, sólo lo hacen con las que se come Jean.

Jean se aclaró sonoramente la garganta.

—Una pizca de veneno para peces hace que te crezca pelo en el pecho. Excepto si eres un pez.

Jean los llevó hacia la margen meridional del Angevino, lejos de las partes profundas adonde no llegaba la pértiga. Unas flechas de luz cálida que poseía la blancura de las perlas cayeron sobre ellos a medida que los puentes de cristal antiguo se interpusieron entre su barcaza y el sol, aún en su apogeo. El río, que tenía una anchura de algo menos de doscientos metros, exudaba al aire su humedad junto con los olores a pescado y a sedimentos.

Hacia el norte, ondulantes bajo la calina, se encontraban las viejísimas laderas de las islas Alcegrante, hogar de la nobleza de categoría inferior de la ciudad. Era un lugar de jardines vallados, de elaboradas esculturas de agua y de casas campestres de piedra blanca, fuera del alcance de cualquiera que se vistiera como Locke, Jean y Bicho. Con el sol cerca de su cenit, las vastas sombras de las Cinco Torres habían ido a recogerse a la parte alta de la ciudad, de manera que sólo se veía de ellas un resplandor rosado, como de espejo, que caía justamente en la parte norte de las Alcegrante.

—Por los dioses, adoro este lugar —dijo Locke, tamborileando con los dedos en uno de sus muslos—. En ocasiones pienso que toda la ciudad fue creada porque a los dioses les encanta el latrocinio. Los rateros roban a la gente corriente, los

comerciantes roban a todos los que pueden engañar, Capa Barsavi roba a los ladrones y a la gente corriente, los nobles de categoría inferior roban a casi todo el mundo, y el duque Nicovante sale en contadas ocasiones con su ejército y roba toda la mierda que puede de Tal Verrar o de Jerem, *sin mencionar* lo que roba a sus propios nobles y a la gente corriente.

—Todo eso nos convierte a nosotros en ladrones de ladrones —dijo Bicho— que pretenden ser ladrones que trabajan para el ladrón que roba a otros ladrones.

—Sí, para liar aún más las cosas en todo ese maldito cuadro —Locke meditó durante unos segundos mientras se pasaba la lengua por el paladar—. Piensa que es como si cobráramos una especie de arancel secreto a los nobles que tienen más dinero que prudencia. ¡Eh! Ya hemos llegado.

Más abajo de la posada del Hogar Vacilante había un muelle espacioso y bien cuidado que poseía una docena de puntos de amarre, todos libres. La pendiente poco inclinada de aquel lugar apenas tenía tres metros de altura; unos anchos escalones de piedra permitían acceder al nivel de la calle, así como una rampa pavimentada con guijarros para las mercancías y los caballos. Calo Sanza los esperaba a uno de los lados del muelle, vestido apenas mejor que sus compinches, con un caballo apaciguado que se encontraba muy plácido tras él. Locke agitó una mano.

—¿Qué noticias hay? —exclamó Locke. Como Jean manejaba la pértiga con destreza y cuidado, los siete metros que los separaban del muelle no tardaron en reducirse a tres, hasta que finalmente se deslizaron junto a él con un leve roce.

—Galdo ha llevado toda la mercancía a la habitación… es la suite del Bauprés, en el primer piso —dijo Calo en voz baja a modo de respuesta, mientras se inclinaba hacia Locke y Bicho para tomar la soga de amarre de la barcaza.

La piel de Calo era de un color parecido al del licor oscuro y el cabello lo tenía tan negro como un retazo de noche; la tersura de la piel que rodeaba sus ojos oscuros sólo se veía interrumpida por un tenue entrelazado de líneas producidas por su expresión risueña (aunque cualquiera que conociera a los gemelos Sanza hubiera dicho que aquella expresión era más de travesura). Una nariz de factura imposible, por lo afilada y ganchuda, precedía a sus agradables rasgos como un puñal en posición de guardia.

Después de asegurar la barcaza en uno de los puntos de amarre, Calo entregó a Locke una pesada llave de hierro atada a una larga borla de seda trenzada en rojo y negro. En cualquier albergue de calidad, como era el caso del Hogar Vacilante, las puertas de todas las habitaciones privadas estaban protegidas por una cerradura mecánica inserta en una caja (la cual sólo podía quitarse mediante una complicadísima operación que sólo conocían los propietarios) que salía por un hueco practicado en la puerta. A cada habitación alquilada se le asignaba al azar una caja nueva y su correspondiente cerradura; habiendo cientos de cajas similares almacenadas detrás del lustroso mostrador de la recepción, la posada podía garantizar

sin error alguno que cualquier ladrón que hiciera copias de las llaves para después forzar las cerraduras perdería el tiempo.

Aquella deferencia también garantizaba la intimidad de Locke y de Jean en lo concerniente a la rápida transformación que iba a tener lugar.

—¡Magnífico! —Locke saltó hacia el muelle con la misma agilidad que había demostrado al embarcar en la barcaza. Jean pasó la pértiga a Bicho y luego hizo que la barcaza se estremeciera cuando le llegó la hora de saltar—. Entremos y saquemos a los invitados de Emberlain.

Mientras Locke y Jean subían los peldaños que habían de llevarles al Hogar Vacilante, Calo le hizo una seña a Bicho para que le echara una mano con el caballo. Aunque la criatura de ojos blancos carecía por completo de miedos y de iniciativa personal, su propia carencia del instinto de conservación podía llevarla a provocar algún daño en la barcaza. Después de algunos minutos de un tira y afloja realizado con el mayor de los esmeros, consiguieron situarla en el centro de la barcaza, donde quedó tan tranquila como una estatua que, casualmente, pudiera respirar.

—Es una criatura adorable —dijo Calo—. Le he puesto el nombre de *Impedimento*. Puedes usarla como mesa. O para apoyarte en ella.

—Los animales apaciguados me ponen la piel de gallina.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Calo—, aunque los novatos y los blandengues prefieren los caballos apaciguados, y eso es nuestro señor comerciante de Emberlain.

Pasados varios minutos, en el transcurso de los cuales Calo y Bicho mantuvieron un silencio cómplice bajo el sol que los castigaba, comportándose como una tripulación más que aguardaba la llegada de un pasajero de importancia, el cual había de salir de la posada del Hogar Vacilante. Muy poco después, aquel pasajero bajó por las escaleras y tosió dos veces para llamar la atención.

Era Locke, por supuesto, pero cambiado. El cabello se lo había echado hacia atrás con ayuda del aceite de rosas, los huesos de la cara parecían marcársele más en las mejillas y sus ojos se hallaban medio ocultos por unas antiparras ribeteadas con perlas negras que lanzaban destellos plateados bajo la luz del sol.

Se había ataviado con una casaca abotonada, negra y muy ajustada, al estilo de Emberlain, totalmente entallada desde los hombros hasta las costillas y muy ancha a partir de la cintura. Dos cinturones de cuero negro con hebillas de plata muy pulidas circundaban su estómago; una corbata de seda negra de tres puntas, con volantes, rodeaba su cuello para luego flotar en la cálida brisa. Sus calzas bordadas, de color gris, se terminaban en unos zapatos de piel de tiburón con mucho tacón, de los que salían hacia fuera unas cintas negras, quizá de manera absurda, las cuales colgaban encima de sus pies con la languidez de las plantas que suelen tenerse en casa. Las gotas de sudor comenzaban a perlar su frente… el verano de Camorr no propiciaba la invasión de otras modas procedentes de climas mucho más septentrionales.

—Me llamo —dijo Locke Lamora— *Lukas Fehrwight* —aquella voz firme y precisa, carente de las usuales inflexiones de Locke, añadía, de la misma manera que

el tabernero suele mezclar los licores, una pizca del rudo acento de Vadran al acento camorrí que le era propio—. La ropa que llevo se impregnará de sudor en pocos minutos. Me encuentro tan atontado que no necesito ninguna espada para pasearme por Camorr —añadió a modo de indirecta para poner de manifiesto lo mal que se sentía—. Soy completamente *de ficción*.

—Siento muchísimo escuchar eso, maese Fehrwight —dijo Calo—, pero al menos su caballo y su barcaza se hallan a punto para su gran excursión.

Locke bajó cuidadosamente los escalones para dirigirse a uno de los costados de la barcaza y luego balanceó las caderas como una persona que desconociera los barcos y no estuviera acostumbrada a las superficies que se movían bajo sus pies. Mantenía tiesa la espalda y se movía de un modo remilgado. Llevaba el amaneramiento de Lukas Fehrwight como si llevara puestos encima unos ropajes invisibles.

—Mi asistente llegará en cualquier momento —dijo Locke/Fehrwight mientras él/ambos subía/subían a bordo—. Se llama Graumann, y también él se ve aquejado por un ataque benigno de sentirse imaginario.

—Dioses misericordiosos —dijo Calo—, esto puede ser contagioso.

Jean bajó por la rampa cubierta de guijarros, caminando pesadamente por cargar sesenta kilos de ruidosos arneses de caballo y de paquetes de cuero recamado, a punto de reventar por un contenido sólo a duras penas retenido por las correas que lo mantenían prieto. Jean llevaba una camisa de seda blanca bajo una casaca negra abierta por el pecho, y una pañoleta blanca al cuello. El cabello, que llevaba con raya en medio, lo mantenía tieso gracias a alguna suerte de aceite espeso de color negro; tan pintoresco como pueda suponérsele, las dos almohadillas de algodón que se curvaban por encima de su frente le daban a ésta la impresión de hallarse bajo un tejado.

—Llegamos tarde, Graumann —dijo Locke, dándole una palmada en la espalda —, así que apresúrate y déjale al pobre caballo que haga su trabajo.

Jean cargó sus bártulos sobre el lomo del caballo apaciguado, sin observar ninguna reacción visible por parte del animal. Luego se agachó y apretó las cinchas que estaban bajo el estómago del caballo. Bicho le pasó la pértiga a Calo y éste empujó con ella el muelle, de suerte que la barcaza lo abandonó lentamente.

—No me digas que no sería condenadamente divertido —dijo Calo— que don Lorenzo no cumpliera hoy con su acostumbrado ritual.

—No te preocupes por eso —replicó Locke, abandonando por unos instantes la voz de Lukas Fehrwight, aunque no su postura—, es completamente devoto a la memoria de su madre. La conciencia puede ser tan buena como una clepsidra a la hora de mantener una cita.

—Que los dioses te oigan —Calo manejaba la pértiga con una facilidad que daba gloria ver—. Y que no me despellejen las pelotas si estás confundido. Tú eres el

único que lleva a mediados de Parthis una casaca de fieltro negro que pesa cinco kilos.

Siguieron avanzando Angevino arriba hasta que dejaron la parte oeste del distrito del Templo a su derecha y pasaron por debajo de un gran arco de cristal, tal y como querían. A unos quince y pico metros por encima de las aguas, subido en el punto más alto de aquel puente, se encontraba un hombre delgado de cabellos negros cuya apariencia y nariz recordaban a Calo.

Mientras Calo llevaba la barca debajo del arco, Galdo Sanza dejó caer de sus manos una manzana roja a medio comer. La fruta suscitó un ligero chapoteo en el agua cuando cayó a menos de dos metros de donde se encontraba su hermano.

—¡Salvara está en el templo! —exclamó Bicho, al ver la señal.

—Sublime —Locke abrió las manos e hizo una mueca—. ¿No os había dicho que sufría un invencible sentimiento de devoción materna?

—Me complace muchísimo que sólo elijas víctimas de la más alta cualidad moral —dijo Calo—. Escogerlas de entre las peores sería un mal ejemplo para Bicho.

En el muelle público que sobresale de la ribera oeste del distrito del Templo, exactamente debajo de las alturas de la enorme Casa de Iono (Padre de las Tormentas, Señor de las Aguas Codiciosas) que acababa de construirse en la ciudad, Jean atracó en un tiempo récord y luego sacó de la barcaza a *Impedimento*, que en todo momento se comportó como el caballo de un comerciante acaudalado.

Locke los siguió, dando muestras de la nerviosa dignidad de Fehrwight; las bromas se habían terminado: al igual que les sucede a las brasas de la cocina, sólo quedaban de ellas las cenizas. Bicho atravesó la muchedumbre, ansioso por ocupar el puesto de vigilancia encima del callejón donde la ambición de don Lorenzo Salvara iba a enfrentarse a una tentación aún mayor. Calo descubrió a Galdo después de que éste saliera del puente de cristal y se dirigió a su encuentro como sin darle importancia. Cada uno de los gemelos acariciaba inconscientemente las armas que llevaban ocultas en los bolsillos de sus camisas.

Por el tiempo en que los Sanza iban a su mutuo encuentro, para luego dirigirse hacia lo que debía acontecer en el templo de las Aguas Afortunadas, Locke y Jean se hallaban a una manzana de casas de distancia, acercándose por otra dirección. El juego había comenzado.

Por cuarta vez en muchos años, los Caballeros Bastardos se disponían a darle gato por liebre a una de las personas más poderosas de la ciudad de Camorr. Estaban preparando una entrevista que, si tenía éxito, despojaría a don Lorenzo Salvara de casi la mitad de su cuantiosa hacienda: ahora le tocaba al aristócrata ser puntual.

5

Bicho se encontraba en la posición perfecta para descubrir a la patrulla de a pie antes que nadie. En cierta manera, aquella patrulla también entraba en el plan. Aunque su

participación en él supusiera su fracaso.

—Bicho, en este juego tú serás los ojos que lo ven todo desde arriba —Locke le había explicado su parte varias veces, y Jean se la había repetido mil veces en tono burlón—. Hemos decidido deliberadamente establecer el primer contacto con don Lorenzo en la calle menos frecuentada del distrito del Templo. Cualquier observador sobre el terreno sería visto a más de un kilómetro, pero un chico dos pisos más arriba es otra cuestión.

—¿Qué tengo que observar?

—A cualquiera que aparezca. El duque Nicovante y la Compañía del Cristal Nocturno. El rey de los Siete Compañeros. Una viejecita con un furgón de la mierda. Si aparece algún intruso, haz la señal. Quizá puedas distraer a la gente corriente. Si es la Guardia… entonces o disimulamos o echamos a correr como posesos.

Entonces aparecieron seis hombres con casacas de color amarillo mostaza y arneses de combate bien engrasados, provistos de bastones y espadas que tintineaban siniestramente al colgar de los dos cinturones que cada uno de ellos llevaba a la cintura, caminando desde el sur hasta llegar a unas pocas docenas de pasos del templo de las Aguas Afortunadas. Por la trayectoria que llevaban todo indicaba que iban derechos hacia la entrada del callejón de marras; incluso si Bicho avisaba a los demás a tiempo para que Calo escondiera la soga, Locke y Jean seguirían con la mierda hasta el cuello, pues los gemelos, vestidos (a propósito) como bandidos de opereta, el rostro cubierto con pañuelos, no podrían quitarse el disfraz. No había ninguna posibilidad de disimulo: si Bicho hacía la señal, habría que salir pitando.

Bicho pensaba más deprisa que en toda su vida, mientras el corazón le latía con tanta rapidez que era como si alguien se lo rozara al pasar las páginas de un libro que tuviera metido detrás de los pulmones. Tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la sangre fría mientras seguía observando, buscando una solución. ¡Enumerar! Necesitaba enumerar las opciones de que disponía.

Pero sus opciones daban pena. Tenía doce años; estaba agachado a una altura de siete metros, en la periferia del jardín salvaje situado en el tejado de un templo poco frecuentado, sin ninguna arma de largo alcance y sin ningún tipo de distracciones interesantes. Don Lorenzo aún seguía ofreciendo sus respetos a los dioses de su madre dentro del templo de las Aguas Afortunadas; la única gente a la vista eran sus compañeros, los Caballeros Bastardos, y la sudorosa patrulla que iba a fastidiarles el día.

Aguarda.

Veinte metros más abajo y dos a la derecha de Bicho, apoyado contra el muro de la desvencijada estructura sobre la que se agazapaba, había un montón de basura. Daba la impresión de que eran unos cuantos sacos de arpillera mohosos y un surtido variopinto de mugre pardusca.

Lo más prudente era hacerles la señal a los otros y que salieran pitando; Calo y Galdo se habían hecho viejos jugando al escondite con los casacas amarillas, así que

podrían dejarlo y volver a intentar el juego a la semana siguiente. Quizá. Quizá el juego fallido de aquel día pudiera alarmar a alguien y hacer que el lugar se poblara de patrullas durante las próximas semanas. Quizá corriera la noticia de que el distrito del Templo no era tan seguro como debiera. Quizá Capa Barsavi, acuciado por los problemas que tenía, se soliviantara por un alboroto que no había autorizado y decidiera tomar cartas en el asunto. Y entonces sería como si todo el dinero de don Lorenzo se hubiera marchado a las puñeteras lunas, pues los Caballeros Bastardos no podrían ponerle la mano encima.

No, no cabía la prudencia. Bicho tenía que *vencer*. La presencia de aquel montón de basura le permitía acometer una estupidez tan grande como gloriosa.

Ya estaba en el aire antes de que cualquier otro pensamiento se le pasara por la imaginación. Estaba en el aire con los brazos extendidos, cayendo de espaldas, mirando hacia arriba bajo el cielo, casi en el ardiente mediodía, confiando, con la seguridad que le daban sus doce años de edad, en que la muerte y las heridas eran cosas que sólo les estaban reservadas a los que no eran como él, Bicho. Gritó mientras caía, presa de una exaltación salvaje, para asegurarse de que contaba con la inquebrantable atención de la patrulla de a pie.

En la segunda mitad del último segundo de su caída pudo sentir la enorme sombra del suelo acercándose a él, y en aquel instante vislumbró una silueta oscura que se recortaba contra el aire que estaba justo encima del templo de las Aguas Afortunadas. Una silueta tersa y hermosa, también consistente… ¿un ave? ¿Algún tipo de gaviota? En Camorr no había aves de aquel tamaño, y, por supuesto, ninguna que se moviera tan rauda como la saeta de una ballesta, y…

El impacto contra la superficie ligeramente flexible del montón de basura vació el aire de sus pulmones con un ruido que sonó parecido a *¡fuuu!*, y lanzó su cabeza hacia delante. Su barbilla afilada rebotó contra su pecho menudo; sus dientes crearon pocillos de sangre en su lengua y el cálido sabor de la sal saturó su paladar. Volvió a gritar, en aquella ocasión de forma involuntaria, y escupió sangre. Le pareció que el cielo giraba de izquierda a derecha, como si el mundo estuviera intentando crear nuevas perspectivas antes de contar con su aprobación.

Unos pies calzados con botas corrieron sobre el pavimento, acompañados por los crujidos y tintineos de las armas y los arneses. Un rostro rubicundo de mediana edad con dos mostachos caídos y empapados de sudor se interpuso entre Bicho y el cielo.

—¡Por las pelotas de Perelandro, muchacho! —el guardia parecía tan asustado como preocupado—. ¿Qué coño hacías saltando desde ahí arriba? Eres muy afortunado por haber caído en este sitio.

Hubo unos murmullos entusiastas de asentimiento procedentes de la escuadra de casacas amarillas que se arracimaban alrededor del que había hablado. Bicho pudo percibir el olor de su sudor y de sus arneses bien engrasados, así como el aroma de la porquería que había detenido su caída. Es evidente que si en Camorr te tiras de un salto encima de un fortuito montón de basura, no tardarás en descubrir que no puede

oler a rosas. Bicho sacudió la cabeza para despejarla de las lucecitas blancas que bailaban detrás de sus ojos y retorció las piernas para asegurarse de que aún le servían. No parecía haberse roto nada, gracias a los dioses. Cuando todo aquel asunto se hubiera terminado, volvería a reconsiderar sus pretensiones a la inmortalidad.

—Sargento de la Guardia —dijo Bicho con un susurro apagado, mientras dejaba que le saliera de los labios un poco más de sangre (maldición, le dolía la lengua)—. Sargento de la Guardia…

—¿Sí? —aquel hombre abrió unos ojos como platos—. Chico, ¿puedes mover los brazos y las piernas? ¿Qué sientes?

Bicho levantó las manos casi involuntariamente, pues no fingía del todo que estaba conmocionado, ya que algo sí que lo estaba, y se agarró al arnés del sargento de la Guardia como para recobrar la entereza.

—Sargento de la Guardia —añadió pocos segundos después—, su bolsa es mucho más ligera de lo que debería. ¿Acaso nos fuimos de putas anoche?

Y agitó la pequeña bolsa de cuero justo debajo de los negros mostachos del sargento de la Guardia, y la parte de su alma entregada al latrocinio (que, para ser honestos, era casi toda ella) se regocijó sobremanera al contemplar la mirada de absoluta incredulidad que floreció en los ojos de aquel hombre. Durante una fracción de segundo, el dolor que Bicho sentía a causa de su aterrizaje imperfecto en el montón de basura quedó atrás. Entonces su otra mano apareció como por arte de magia, y su torzal de huérfano alcanzó al sargento de la Guardia entre los dos ojos.

Un torzal de huérfano, también llamado «pequeño custodio rojo», es un saquito pesado que tiene el mismo efecto que una coz en miniatura, el cual suele ocultarse entre las ropas (pero sin tocar jamás la piel). Por lo general, está lleno de tierra mezclada con las semillas de las doce guindillas más célebres, por picantes, de Camorr, y con unos cuantos desechos repugnantes de las tiendas de algunos alquimistas negros. No se emplea en caso de amenaza real, sino contra cualquier otro golfillo callejero. O contra ciertos adultos de manos largas.

O contra un rostro desprotegido a muy poca distancia.

Como Bicho había comenzado a girarse hacia la izquierda, la fina lluvia de polvo coloreado de rojo que brotó de su torzal no le alcanzó por unos centímetros. El sargento de la Guardia no fue tan afortunado; el golpe fue tan certero que dispersó aquel polvo infernal dentro de su nariz y encima de sus ojos. Lanzó una retahíla de estertores blandos, auténticamente sorprendentes, y cayó de espaldas, arañándose las mejillas con las manos. Bicho ya se había puesto de pie y corría con la vertiginosa elasticidad de la juventud; incluso el acuciante dolor que sentía en la lengua lo había olvidado temporalmente ante la necesidad imperiosa de correr como alma que llevara un diablo.

Para aquel entonces era evidente que la atención de todos los miembros de la patrulla de a pie se concentraba en él. Gritaban y corrían a saltos hacia él, mientras sus piececitos sopesaban los guijarros del suelo y su boca tragaba a borbotones el aire

húmedo. Había cumplido su parte para que el juego pudiera proseguir. Ahora podía abandonarlo, mientras la policía del Duque cumplía su entrenamiento vespertino.

Un guardia, uno que pensaba ciertamente deprisa, se llevó el silbato a la boca y sopló en él con sonido desigual mientras no dejaba de correr: tres soplidos cortos, una pausa, y otros tres cortos. *Que venga la Guardia*. ¡Oh, mierda! Aquello traería a la carrera a los casacas amarillas de media ciudad con las armas en ristre. Traerían *ballestas*. Era de importancia más que capital que Bicho consiguiera mantener a aquella escuadra en sus talones antes de que las demás decidieran enviar observadores a lo alto de los tejados. La premonición que había tenido al suponer que la cacería sería divertida acababa de esfumarse; disponía de poco más de minuto y medio para llegar a uno de sus escondrijos habituales y desaparecer en él.

Entonces, de repente, la lengua comenzó a dolerle muchísimo.

6

Don Lorenzo Salvara salió del pórtico del templo y se adentró en la fortísima luz cegadora del sol de mediodía en su apogeo, sin imaginarse la lección que, en lo concerniente al concepto de *demasiado listo y con creces*, cierto chico-ladrón estaba recibiendo en aquel mismo distrito. El sonido agudo de los silbatos de los guardias se escuchó a cierta distancia. Salvara aguzó la mirada y observó con cierta curiosidad la figura distante de uno de los guardias de la ciudad que se tambaleaba por el suelo empedrado y que, ocasionalmente, chocaba contra las paredes, agarrándose la cabeza como si tuviera miedo de que abandonase, flotando, su cuello y se perdiera en el cielo.

—¿Podéis creerlo, mi señor? —Conté acababa de traer los caballos después de que éstos se hubieran paseado por el discreto establo al que se entraba por una de las paredes del templo—. Tan borracho como un recién nacido metido en una cuba de cerveza, y apenas pasan unos segundos del mediodía. Maldito montón de memos, esos nuevos guardias. —Conté era un hombre de mediana edad muy curtido por el sol, que tenía la cintura de un bailarín dedicado a su profesión y los brazos del que se ha dedicado toda su vida a remar. La actividad que cumplía para el joven caballero era tan obvia que el par de larguísimos estiletes que pendían de sus trinchas de cuero parecía redundante.

—Demasiado para los antiguos usos a los que estás acostumbrado, ¿no es así?

El noble, por otra parte, era uno de esos jóvenes agraciados de rancia sangre camorrí, de cabellos negros y piel del color de la miel oscura. Su rostro masivo era plácido por su redondez, aunque fuera enjuto de cuerpo; su mirada era lo único en él que hacía pensar que su dueño no era ningún joven estudiante universitario disfrazado de noble. Tras sus gafas de diseño sin armadura, aquel caballero tenía la mirada del arquero que se impacienta por no conseguir un blanco. Con un bufido, Conté añadió:

—En mis tiempos al menos sabíamos que comportarse como una mierda era un pasatiempo de puertas adentro —Conté pasó al noble las riendas de su montura, una delgada yegua gris no mayor que un pony y muy bien entrenada, aunque no apaciguada. Precisamente el mejor animal para echarse unos cuantos trotes por una ciudad mejor pensada para las barcas (o para los acróbatas, como su esposa se lamentaba con frecuencia) que para los caballos. El guardia tambaleante desapareció por una esquina, dirigiéndose con paso impreciso hacia donde sonaba el apremiante ruido de los silbatos. Cuando le pareció que éste se alejaba, el señor de Salvara se encogió de hombros y llevó su cabalgadura hacia la calle.

Una vez en ella, la segunda curiosidad de aquel día se desplomó sobre ellos en toda su gloria. Cuando el aristócrata y su hombre de confianza apenas habían girado a la derecha, contemplaron el callejón encajado entre altos muros que se encontraba junto al templo de las Aguas Afortunadas… donde dos hombres bien vestidos intentaban salvar sus vidas de una pareja de matones.

El señor de Salvara se quedó helado, inmóvil por la sorpresa… ¿unos asesinos enmascarados en el distrito del Templo? ¿Unos asesinos enmascarados a punto de asfixiar a un hombre vestido de negro, a la moda, incómoda, abrumadora y miserablemente inadecuada, de uno de los naturales de Vadran? ¡Por los Doce misericordiosos! Y un caballo apaciguado estaba viéndolo todo sin hacer más que quedarse quieto.

Después de muchos segundos perdidos por el asombro que sentía, el noble aflojó las riendas de su caballo y cabalgó hacia la entrada del callejón. No necesitaba mirar hacia los lados para saber que Conté cabalgaba casi pegado a él, los cuchillos preparados.

—¡Vosotros! —la voz del noble sonaba razonablemente segura, aunque chillona por la excitación—. ¡Soltad a esos hombres y largaos!

El criminal más cercano movió la cabeza en redondo; sus ojos negros se abrieron como platos bajo la máscara improvisada cuando vio acercarse al noble y a Conté. El asesino alzó en vilo a su víctima de rostro abotagado e interpuso su cuerpo entre él mismo y quienes querían entrometerse.

—No hay necesidad alguna de que os inmiscuyáis en mis asuntos, *mi señor* —dijo el criminal—. Sólo es una pequeña diferencia de pareceres. Un asunto privado.

—Que quizá debieras haber tratado en un lugar menos público.

El criminal intentó dar una imagen de sí mismo más exasperada cuando añadió:

—¿Acaso queréis decir que el Duque os entregó este callejón en propiedad? Dad un paso más y le romperé el cuello a este pobre bastardo.

—Pues rómpeselo —como aviso, el señor de Salvara llevó su mano al pomo de la empuñadura de cazoleta de su estoque—. Da la casualidad de que mi criado y yo dominamos la única salida de este callejón. Estoy seguro de que aún te durará la alegría de haber matado a este hombre cuando tengas un metro de acero en el gaznate.

El primer asesino no aflojó la tensión de la cuerda con que atenazaba a su, apenas consciente, víctima, sino que comenzó a retroceder muy despacio hacia el final del callejón, arrastrando torpemente al hombre vestido de negro. El otro asesino que le acompañaba se apartó de la forma tumbada del hombre al que había estado pataleando. Ambos bandidos enmascarados se lanzaron sendas miradas de inteligencia.

—¡Amigos, *no seáis* estúpidos! —don Lorenzo desenvainó a medias su estoque y el sol relució esplendente en su hoja de magnífico acero camorrí, mientras Conté se acuclillaba para dar un salto, pasando a la postura de caza de quien no sólo era un luchador de cuchillo nato sino que se había entrenado para serlo.

Sin mediar más palabras, el primero de los asesinos lanzó a su víctima hacia donde se encontraban Conté y don Lorenzo. Mientras el infortunado individuo vestido de negro se agarraba entre vahídos a quienes le habían rescatado, los dos criminales enmascarados huyeron por el muro de la parte posterior del callejón. Conté evitó al jadeante y estremecido hombre de Vadran y se lanzó hacia ellos, pero eran tan ágiles como astutos. Apenas visible, una soga delgada pendía a lo largo del muro, con nudos a intervalos regulares. Los dos asesinos subieron por ella y desaparecieron al otro lado. Conté y sus estiletes llegaron dos segundos tarde. El otro extremo de la soga asomó por encima del muro y aterrizó con un sonido seco en la costra de mugre que había a sus pies.

—¡Jodidos, vagos e inútiles bastardos! —con la familiaridad que le daba la fuerza de la costumbre, el hombre de Salvara devolvió los estiletes a sus vainas y se inclinó sobre el cuerpo pesado, por lo inerte, que aún yacía en medio de la suciedad del callejón. Dio la impresión de que la mirada irreal y vacía del caballo apaciguado siguió sus dedos cuando éstos se movieron apresurados sobre el grueso cuello de aquel hombre para intentar descubrir su pulso—. ¡Guardias que se tambalean, borrachos, a la luz del día, y mira lo que sucede en el maldito *distrito del Templo* cuando la cagan…!

—¡Oh, gracias a los Compañeros! —dijo, medio ahogándose, el hombre vestido de negro mientras se quitaba del cuello la soga y la tiraba al suelo. El señor de Salvara pudo ver entonces que sus ropas eran de gran calidad, a pesar de sus manchones de mugre y de lo poco que se adecuaban a la estación del año… excelentemente cortadas por un profesional de la sastrería y adornadas con una sutileza que, aunque cara, nada tenía de opulenta—. Gracias a lo Salado y a lo Dulce. Gracias a las Manos Bajo las Aguas… esos bastardos nos atacaron en este lugar repleto de poder cuyas corrientes nos trajeron su ayuda.

El therinés del hombre era preciso, aunque con un acento muy marcado, y su voz ronca, lo cual era lógico. Masajeó con una mano las rozaduras de su cuello y abrió y cerró los ojos mientras pasaba la otra mano por encima de la suciedad que le cubría, como si buscara algo.

—Creo que puedo ayudarle una vez más —dijo don Lorenzo con una perfecta entonación del idioma vadraní, tan precisa y con tanto acento como la que había empleado el hombre que tenía frente a sí. Luego recogió del suelo unas gafas con montura de perlas (notando que, a pesar de la robustez de su construcción, casi no pesaban… un par de gafas excelentes y, además, muy caras) y las limpió con la manga de su propia casaca escarlata antes de tendérselas a aquel hombre.

—¡Y habla en vadraní! —el extranjero acababa de hablar en la lengua que le era propia con una fluidez y acento perfectos, al menos a los oídos de don Lorenzo. El hombre vestido de negro se ajustó las gafas a los ojos y parpadeó, mirando luego a quien le había rescatado—. ¡Ahora el milagro es completo, mucho más de lo que me hubiera imaginado! ¡Oh! ¡Graumann!

El vadraní vestido de negro se levantó titubeante y tropezó con su compañero. Como Conté había intentado darle la vuelta al corpulento extranjero, éste yacía ahora de espaldas, y su pecho, lleno de suciedad al moverse por el suelo, subía y bajaba con regularidad.

—Es evidente que aún vive —Conté deslizó las manos a lo largo de la caja torácica y del estómago de aquel pobre individuo—. No creo que se le haya roto o dislocado nada, aunque los moratones, que se le pondrán verdes, le durarán varias semanas. Si no se le ponen verdes como el agua del estanque y luego negros como la noche, es que no tengo ni puñetera idea de cómo son las tartas de flan.

El vadraní delgado, el que estaba bien vestido, dejó escapar un largo suspiro de tranquilidad.

—Tartas de flan, además. Realmente, los Compañeros son de lo más generosos. Graumann es mi ayudante, mi secretario, mi diligente mano derecha. Pero ¡ay!, no es ducho en el manejo de las armas, lo cual me pone en más de un aprieto —el extranjero había vuelto a hablar en therinés y miraba a don Lorenzo con ojos muy abiertos—. Y ahora os diré con toda sinceridad que perdonéis mi descortesía, pues vos habéis de ser uno de los nobles de Camorr —e hizo una reverencia aún mayor de lo que la etiqueta exigía a los extranjeros a la hora de saludar a uno de los nobles del Sereno Ducado de Camorr, al punto de que poco le faltó para romperse el espinazo.

»Me llamo Lukas Fehrwight, servidor de la Casa de Bel Auster, del cantón de Emberlain y del Reino de los Siete Compañeros. Estoy por entero a vuestro servicio y completamente agradecido por encima de cualquier elogio a causa de lo que hoy habéis hecho por mí.

—Yo soy Lorenzo, señor de Salvara, y éste el Conté, mi hombre de confianza; somos nosotros quienes estamos a su servicio, sin que usted se sienta obligado a estar al nuestro —el noble cumplió la reverencia debida con el ángulo de inclinación correcto y extendió la mano derecha a modo de invitación—. En cierto sentido, soy responsable de la hospitalidad de Camorr, y lo que les sucedía aquí no era nada hospitalario. Mi honor me obligaba a acudir en su ayuda.

Fehrwight estrechó el brazo del noble, justo más arriba de la muñeca, y el noble hizo lo mismo. Don Lorenzo tuvo la deferencia de achacar la poca fuerza del apretón de Fehrwight al hecho de que éste había estado a punto de morir estrangulado. Cuando Fehrwight bajó la frente hasta tocar suavemente con ella el dorso de la mano del noble, aquella ceremonia de cortesía que acababa de establecerse entre ambos quedó finalizada.

—Permitidme que disienta —dijo—. Os acompaña un hombre implacable que parece ser muy competente. Vuestro honor hubiera quedado a salvo sólo con enviarlo en nuestra ayuda, mientras os mantenías a la expectativa por si os veías obligado a luchar. Desde donde yo estaba, me pareció ver que corría para protegeros. Puedo aseguraros que mi perspectiva de lo sucedido, aunque muy poco confortable, era excelente.

El noble movió la mano con gentileza, como si pudiera borrar con ella las palabras que habían quedado prendidas en el aire.

—Maese Fehrwight, lamento muchísimo que se hayan escapado. Es casi imposible que pueda hacerse justicia con ustedes. Por eso mismo, les ofrezco mis disculpas en nombre de Camorr.

Fehrwight se arrodilló junto a Graumann y jugueteó con los cabellos negros que, empapados de sudor, cubrían la frente del hombretón.

—¿Justicia? Soy afortunado por seguir vivo. He sido bendecido con un viaje sin problemas, al menos hasta llegar a esta ciudad, y con vuestra ayuda. Sigo vivo para proseguir mi misión, y eso me hace sentir que la justicia funciona bastante bien —aquel hombre delgado miró de nuevo a don Lorenzo—. ¿No seréis vos ese señor de Salvara que es el propietario de Viñedos Nacozza? ¿No estaréis casado con doña Sofía, la famosa alquimista botánica?

—Tengo ese honor y ese placer —dijo don Lorenzo—. Y, ¿dice usted que sirve a la Casa de Bel Auster? ¿No tratará con… ah…?

—Sí, claro que sí, sirvo precisamente a *esa* Casa de Bel Auster; me ocupo de la venta y del transporte de *esa* sustancia en la que estáis pensando. Es, realmente, muy curioso. Los Compañeros juegan conmigo; las Manos deben querer que me muera del susto al ver tan extraña maravilla. Que me salvarais la vida, que habléis vadraní, que ambos nos dediquemos a los mismos negocios… es algo extraordinario.

—Yo también lo encuentro extraordinario, aunque bastante enojoso —don Lorenzo echó un vistazo al callejón mientras pensaba—. Mi madre era de Vadran, lo que explica que me guste hablar su lengua, aunque no la hable más que torpemente. ¿Qué estaban haciendo aquí? La soga del muro indica cierta premeditación, y el distrito del Templo… bueno, por lo general es tan seguro como la sala de lectura del propio Duque.

—Llegamos esta mañana —dijo Fehrwight—, y después de reservar nuestras habitaciones (en la posada del Hogar Vacilante, seguro que la conocéis) nos vinimos derechos hasta aquí para hacer una ofrenda en agradecimiento por haber hecho el

viaje sanos y a salvo desde Emberlain. No sé de dónde salieron esos hombres —Fehrwight caviló durante unos instantes—. Creo que uno de ellos echó aquella cuerda por encima del muro después de derribar a Graumann. Aunque parecían precavidos, no preparaban una emboscada contra nosotros.

Don Lorenzo emitió un gruñido y centró su atención en la inexpresiva mirada del caballo apaciguado.

—Curioso. A la hora de hacer ofrendas, ¿siempre acude al templo con caballos y mercancías? Si esos arzones están tan llenos como parece, no es de extrañar que los criminales se sintieran tentados al verlas.

—Por lo general, las mercancías se quedan en la posada, encerradas a cal y canto —Fehrwight dio a Graumann dos amistosas palmadas en el hombro y prosiguió—. Pero, en lo concerniente al cargamento de la presente misión, me veía en la necesidad de tenerlo siempre conmigo. Así que ahora me temo que fuéramos un blanco tentador —Fehrwight se rascó la barbilla varias veces seguidas—. Me siento en deuda con vos, don Lorenzo, y temo tener que molestaros al pedir una vez más vuestra ayuda. Aunque tenga que ver con la misión que ahora debo cumplir en Camorr. Puesto que sois un noble, ¿conocéis a un tal señor de Jacobo?

Los ojos de don Lorenzo se quedaron fijos en Fehrwight mientras fruncía de modo imperceptible una de las comisuras de sus labios.

—Sí, lo conozco —se limitó a decir después de un tenso silencio que duró varios segundos.

—Del tal señor de Jacobo… se dice que es muy rico. Extremadamente rico, incluso para un noble.

—Es… cierto.

—Se dice que le gusta la aventura. Incluso la que supone cierto riesgo. Que… no sé cómo decirlo, que tiene cierto buen ojo para las oportunidades extrañas. Que tolera muy bien el riesgo.

—Quizá ésa sea una manera de describir su carácter.

Fehrwight se humedeció los labios.

—Don Lorenzo… es importante… si todo eso que se dice de él es cierto… ¿no podríais vos (dada vuestra condición de noble de Camorr) concertarme una entrevista con el señor de Jacobo? Me sonroja el pedíroslo, pero más me sonrojaría fracasar en la misión encomendada por la Casa de Bel Auster.

El señor de Salvara sonrió sin una pizca de humor y volvió la cabeza durante varios segundos como mirando a Graumann, que seguía descansando encima de la porquería del suelo. Conté se había puesto en pie y miraba directamente a los ojos del noble con expresión de incredulidad.

—Maese Fehrwight —dijo, finalmente, el noble—, ¿ignora que Paleri Jacobo sea, posiblemente, mi mayor enemigo? ¿Que ambos nos hemos batido dos veces y que sólo una orden del mismísimo duque Nicovante evitó que zanjáramos nuestras diferencias de una vez y para siempre?

—Oh —dijo Fehrwight con el tono y la expresión del hombre que acaba de dejar caer una antorcha en un barril lleno con más de doscientos litros de aceite de lámparas—. Qué torpeza, qué estupidez la mía. Aunque no es la primera vez que hago negocios en Camorr, ignoraba… Os he insultado. Os he exigido demasiado.

—Apenas —el tono de don Lorenzo volvía a ser cálido mientras tamborileaba con los dedos de la mano derecha la empuñadura de su estoque—. Pero usted está aquí para cumplir una misión en nombre de la Casa de Bel Auster. Lleva un cargamento que no quiere perder de vista. Veo que, de algún modo, se ha fijado un plan en lo concerniente al señor de Jacobo… aunque aún sigue necesitando disponer de una audiencia formal con él. Así pues, es evidente que él no sabe que usted está aquí ni que ha hecho planes para verle, o ¿sí lo sabe?

—Me temo que… no puedo hablar de mis asuntos…

—Pero sus asuntos son evidentes —dijo don Lorenzo con una cordialidad más que innegable— y, ¿acaso no ha insistido en decir que estaba en deuda conmigo, maese Fehrwight? Y, a pesar de que yo insistiera en lo contrario, ¿no ha insistido en que se sentía obligado para conmigo? ¿Y *ahora* va a prescindir de dicha obligación?

—Yo… señor… con la mejor de las voluntades… ¡condenación! —Fehrwight estaba muy agitado—. Me siento avergonzado, don Lorenzo. Me encuentro ante el dilema de cumplir con la obligación que debo al hombre que me salvó la vida o con la promesa que hice a la Casa de Bel Auster de mantener este asunto del modo más privado que fuera posible.

—No puede cumplir ambas cosas al tiempo —dijo el noble— y quizá yo pueda ayudarle directamente en la consecución de los negocios de sus superiores. ¿No lo comprende? Si el señor de Jacobo no sabe que está aquí, ¿cómo puede sentirse en deuda con él? Es evidente que ha venido a este lugar con un negocio en mientes. Un plan, un esquema, una proposición de alguna suerte. Está aquí para *comenzar* algo o, de otro modo, ya habría establecido algún tipo de contacto. Así pues, no se enfade consigo mismo, pues todo lo que le digo es lógico. ¿Estoy en lo cierto?

Fehrwight miró al suelo y asintió a regañadientes.

—¡Vaya, tenía razón! Aunque no tengo tanta fortuna como el señor de Jacobo, dispongo de unos fondos bastante notables. Sus negocios se complementan con los míos, ¿no es así? Espéreme mañana a bordo de mi barcaza durante la Fiesta Cambiante. Haga entonces su propuesta, pero *a mí*; luego la discutiremos —los ojos de don Lorenzo refulgieron con un brillo malicioso que prevalecía contra el fulgor del sol que estaba en lo alto—. Y puesto que se encuentra en deuda conmigo, repárela diciendo que sí. Luego, ya libre usted de esa deuda, ambos hablaremos de negocios e intentaremos sacar lo que más nos beneficie. ¿No ve que tengo un especial interés en quitarle al señor de Jacobo cualquier negocio que usted quiera ofrecerle, incluso aquellos de los que ni siquiera haya oído hablar? ¿Y que, *sobre todo*, si ni siquiera se entera de ellos, jamás podrá sentirse molesto con usted? ¿Acaso le parezco demasiado

atrevido? Veo que pone cara larga, como si acabaran de hacerle algún encantamiento. ¿Qué es lo que no va?

—No sois vos, don Lorenzo. Es, simplemente, que las Manos vuelven a mostrarse generosas conmigo una vez más. Tenemos un dicho: «La buena fortuna que llega hasta uno sin merecérsela, siempre esconde una trampa».

—No se preocupe, maese Fehrwight. Si, realmente, quiere discutir de negocios, no debe olvidar que a lo largo del camino nos aguardarán trabajos duros y problemas amargos por resolver. Así pues, ¿cerramos el trato? ¿Comerá conmigo mañana y asistirá a la Fiesta Cambiante para que ambos lo discutamos?

Fehrwight tragó saliva, mirando a don Lorenzo a los ojos, y asintió con decisión.

—Vuestra proposición tiene mucho sentido. Y quizá nos ofrezca a ambos una gran oportunidad. Aceptaré vuestra hospitalidad y os lo contaré todo. Mañana, como decís. Aguardaré impaciente ese momento.

—Ha sido un placer conocerle, maese Fehrwight —dijo don Lorenzo con una inclinación de cabeza—. ¿Podemos levantar del suelo a su amigo y escoltarles hasta su posada para asegurarnos de que no les sucedan posteriores quebrantos?

—Vuestra compañía será de lo más placentera siempre que vigiléis un instante al pobre Graumann y a nuestro cargamento mientras yo hago la ofrenda en el templo —Locke extrajo un paquete de cuero del revoltijo de mercancías y cajas que soportaba el caballo—. La ofrenda tendrá que ser más sustanciosa de lo que había planeado. Espero que mis superiores comprendan que las oraciones de acción de gracias son un gasto indispensable para la consecución de nuestros negocios.

7

El regreso al Hogar Vacilante fue lento, pues Jean se esmeró en mostrar su miseria, desorientación y confusión. Si la vista de aquellos dos extranjeros vestidos con demasiada ropa y manchados de barro, y de los tres caballos, todos ellos escoltados por un noble, le pareció a alguien inusual, no hay duda de que guardó para sí sus comentarios y de que reservó sus miradas para la espalda de don Lorenzo. A lo largo del camino dejaron atrás a Calo, que caminaba distraídamente vestido de jornalero. Hizo con las manos unas señas rápidas y cargadas de significado. Como no sabía nada de Bicho, tomaría posiciones en uno de los sitios preparados de antemano para el reencuentro. Y rezaría.

—¡Lukas! ¡No puede ser! ¡Pero si es Lukas Fehrwight!

Mientras Calo desaparecía entre la muchedumbre, Galdo apareció de repente, vestido con el algodón y la seda brillante de un próspero comerciante camorrí; sólo su casaca, gastada y casi rota, era lo único en peor estado que la barcaza que aquella mañana había transportado a los Caballeros Bastardos. Nada había en él que pudiera recordar, al noble o a su hombre, a los estranguladores del callejón; sin máscara, con el cabello recogido bajo un pequeño sombrero redondo, Galdo era la auténtica

reencarnación de la respetabilidad física y fiscal. Giró con rapidez un pequeño bastón laqueado y avanzó hacia la pequeña partida que capitaneaba don Lorenzo, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Cómo… Evante? —el Locke que era Fehrwight se detuvo y se le quedó mirando como atónito; entonces adelantó una mano para estrechar la del recién llegado—. ¡Que… sorpresa tan agradable!

—Del todo, Lukas, del todo… pero ¿qué diablos te ha sucedido? ¿Y a ti, Graumann? ¡Parece como si acabarais de perder una pelea!

—Ah, la hemos perdido —Locke bajó la mirada y se restregó los ojos—. Evante, ha sido una mañana muy peculiar. Grau y yo estaríamos muertos de no ser por el extraordinario guía que se encuentra ante ti —y acercando a Galdo hacia sí, Locke señaló al noble con una mano—. Mi señor de Salvara, ¿puedo presentaros a Evante Eccari, secretario legal de vuestro distrito de Razona? Evante, he aquí a don Lorenzo Salvara. De Viñedos Nacozza, si es que aún sigues preocupándote por esas propiedades.

—¡Por los Doce! —Galdo se despojó del sombrero e hizo una profunda reverencia—. Un noble, debería haberos reconocido inmediatamente, señor. Mil perdones, Evante Eccari enteramente a vuestro servicio.

—Es un placer, maese Eccari —con gran desenfado, don Lorenzo se inclinó justo lo que debía y fue a estrecharle la mano al recién llegado, lo que significaba que no tendría en cuenta su exagerada reverencia ni las incorrecciones que pudiera cometer en el transcurso de la conversación—. Vaya, ¿así que, entonces, conoce a maese Fehrwight?

—Lukas y yo ya nos conocíamos, mi señor —dijo, y sin darle la espalda a don Lorenzo, apartó con muchos remilgos una pizca de barro seco de los hombros de la casaca negra de Locke—. Le he quitado casi todo el trabajo al Meraggio, haciendo el papeleo y las licencias para nuestros amigos del norte. Lukas es uno de los mejores y más brillantes de Bel Auster.

—Vamos —Locke tosió y sonrió con cara de bobo—. Evante toma las leyes y regulaciones más interesantes de vuestro ducado y las traduce a un therinés muy sencillo. Fue mi salvación en anteriores aventuras. Da la impresión de que tengo talento para caer en las trampas de Camorr y también para encontrar a buenos camorríes que me ayuden a librarme de ellas.

—Pocos clientes podrían describir lo que hago con términos más elogiosos. Pero ¿qué significan estas manchas y abrasiones? ¿Dijiste algo de una pelea?

—Sí. Tu ciudad tiene algunos ladrones, ah, muy emprendedores. Don Lorenzo y su hombre de confianza acaban justo de echar a dos de ellos. Temía que Graumann y yo acabáramos llevándonos la peor parte.

Galdo se acercó a Jean y le dio una palmada amistosa en la espalda; la mueca de Jean fue del más puro teatro.

—¡Por los Doce Dioses! Mis cumplidos, mi señor de Salvara. Lukas es lo que podríais llamar una buena cosecha, aunque no sea lo suficientemente sabio para dejar esas tontas lanas de invierno. Me siento profundamente obligado a vos por lo que habéis hecho, y estoy a…

—Suficiente, señor, suficiente —don Lorenzo alzó una mano en alto, con la palma hacia fuera, mientras llevaba la otra al cinturón del que pendía su estoque—. Hice lo que exigía mi posición, no más. Y esta mañana ya tengo demasiados reconocimientos orbitando a mi alrededor.

Después de aquello, don Lorenzo y «maese Eccari» se defendieron con evasivas durante algún rato, mientras, eventualmente, Galdo se libró con la versión más educada de «Gracias, pero me tengo que largar».

—Bueno —dijo, finalmente—. Ha sido una sorpresa maravillosa, pero me temo que me está aguardando un cliente, y es evidente, mi señor de Salvara, que vos y Lukas tenéis que hablar de negocios en los que no debo inmiscuirme. ¿Tengo vuestra venia?

—Claro que sí. Ha sido un placer, maese Eccari.

—El placer ha sido mío, os lo aseguro, mi señor. Lukas, si tienes un rato libre, ya sabes donde encontrarme. Y, si acaso mis pobres conocimientos son de alguna utilidad para tus asuntos, ya sabes que acudiré corriendo…

—Por supuesto, Evante —Locke tomó su mano derecha entre las suyas y la estrechó con mucho entusiasmo—. Sospecho que, antes o después, acabaremos necesitando tu ayuda —y luego se pasó un dedo por el caballete de la nariz; Galdo asintió y entonces tuvo lugar un intercambio general de reverencias y de estrecharse las manos, así como las demás cortesías que suelen emplearse a la hora de librarse de alguien. Mientras Galdo se iba a toda prisa, le hizo unas cuantas señas que disfrazó como si quisiera ajustarse el sombrero, las cuales significaban:

No sé nada de Bicho. Echa un vistazo, a ver si lo encuentras.

Don Lorenzo se le quedó mirando pensativo durante unos segundos y luego se volvió hacia Locke mientras éste reanudaba el camino hacia el Hogar Vacilante. Durante algún tiempo intercambiaron algunas palabras, muy pocas. En su papel de Fehrwight, Locke parecía un tanto turbado por el desliz de «Eccari», así que fingió un humor un tanto alicaído que adjudicó a un incipiente dolor de cabeza debido al estrangulamiento frustrado. Don Lorenzo y Conté dejaron a ambos Caballeros Bastardos en los jardines de pomelos que estaban al lado del Hogar Vacilante, aconsejándoles que descansaran profundamente aquella noche y posponiendo para el día siguiente los asuntos que les aguardaban.

Después de que Locke y Jean se encontraran a solas en la seguridad de su suite (y de que Jean se quitara de los hombros el arnés lleno de «preciados» bienes) y se despojaran de las elegantes ropas llenas de barro, comenzaron a pensar en la ropa con

la que podrían disfrazarse a toda prisa para acudir a los puntos de encuentro donde podía estar esperándoles Bicho, por si acaso le había sucedido algo.

En aquella ocasión, la rápida silueta negra, que de tejado en tejado saltaba en silencio, los abandonó sin que ellos se percataran de su presencia.

8

La Falsa Luz comenzaba a desvanecerse. El Viento del Ahorcado y la bruma que surgía de las marismas hicieron que a Calo y a Galdo se les pegaran las ropas y que se condensara rápidamente el humo del tabaco que fumaban, medio ocultándolos en una catarata de luz gris. Los gemelos, cubiertos con sus capuchas y sudorosos, se sentaban en el portal de una casa de empeños bastante bonita y bien conservada, situada al extremo norte del distrito de la Ciudadela Vieja. La tienda se encontraba cerrada a cal y canto a causa de alguna fiesta, pues la familia del dueño debía de celebrar algo dos pisos más arriba, a juzgar por el alegre jolgorio que se escuchaba.

—Este primer contacto ha sido muy bueno —dijo Calo.

—En efecto.

—De lo mejorcito que hemos hecho. Es muy incómodo trabajar disfrazados, siendo tan buenos mozos.

—Confieso que no las tenía todas conmigo de que pudiéramos salir de aquel lío.

—Vamos, vamos, no seas tan duro contigo mismo. A fin de cuentas, eres igual que yo en lo físico. Lo que te faltan son mis dotes intelectuales. Y mi natural impavidez. Y mi don para las mujeres.

—Si te refieres a la facilidad con que dejas caer las monedas cuando te falta un coño, entonces tienes razón. Eres como un baile de caridad para las fulanas de Camorr en el que sólo hubiera un hombre.

—Eso ha sido una grosería enorme —dijo Calo.

—Tienes razón —los gemelos rieron en silencio durante unos pocos segundos—. Lo siento. Esta noche estoy poco inspirado. El pequeño bastardo ha hecho que sienta el estómago como retorcido. Ya viste…

—Hay más patrullas que de ordinario. Vaya, esto está muy movido. Escucha los silbatos. Siento una gran curiosidad por saber qué hizo y por qué lo hizo.

—Tendría sus razones. Si realmente fue un primer contacto bastante bueno, él tiene todo el mérito. Espero que se encuentre lo suficientemente bien para que no haya que quitarle la mierda de encima.

Unas siluetas dispersas se recortaron en la bruma circundante; como había muy poco cristal antiguo en la isla de la Ciudadela Vieja, apenas podía verse la luz moribunda que desprendía. En aquel momento les llegaba del sur, cada vez más fuerte, el sonido de los cascos de un caballo que avanzaba por el empedrado.

Para entonces Locke debía estar vigilando el Palacio de la Paciencia, viendo el ir y venir de las patrullas por el Puente Negro, asegurándose de que no llevaban consigo

a cierto prisionero bajito y familiar. Seguro que Jean se mantendría a distancia de las patrullas en uno cualquiera de los puntos de encuentro, dando vueltas y haciendo crujir sus nudillos. Bicho jamás regresaría en línea recta al templo de Perelandro ni se acercaría al Hogar Vacilante. Para encontrarlo, los Caballeros Bastardos de mayor edad tendrían que vigilar el río y las afueras de la ciudad.

Unas ruedas de madera se acercaron entre crujidos, mientras un animal, molesto por algo, relinchaba; el sonido de un carro tirado por caballos se detuvo con un chasquido a menos de siete metros del lugar donde, cubiertos por un sudario de bruma, se encontraban los hermanos Salza.

—¿Avendando? —aunque nítida, la voz sonaba asustada.

Calo y Galdo se pusieron en pie al unísono, pues «Avendando» era su contraseña privada para un encuentro imprevisto.

—¡Aquí! —exclamó Calo, dejando caer su cigarrillo y olvidando apagarlo con el pie. Un hombre se materializó al salir de la bruma, calvo y barbudo, con los brazos fuertes de un artesano y una barriga que era indicio de cierta prosperidad.

—No sé exactamente de qué va todo esto —dijo aquel hombre—, pero me han dicho que si alguno de vosotros es el tal Avendando, que entonces tiene que darme diez solones por entregar este barril en esta dirección —y, pasándose un pulgar por encima del hombro, señaló hacia el interior del carro.

—Un barril. Claro —Galdo se peleó con una bolsa llena de monedas que no conseguía abrir, pues el corazón le latía más deprisa—. ¿Y… qué hay dentro?

—No es vino —dijo el desconocido— y tampoco es un chaval muy educado. Pero me prometió diez monedas de plata.

—Por supuesto —Galdo contó rápidamente y depositó los brillantes discos de plata en la palma de aquel hombre—. Diez por el barril, y una más por olvidar todo éste, hmmm, asunto.

—Por todos los infiernos, debo de estar volviéndome chocho, porque ya no recuerdo a cuento de qué viene tanto dinero.

—Buen hombre.

Galdo devolvió la bolsa al interior de su capa y corrió a ayudar a Calo, que se había subido en el carro y miraba un barril de madera de tamaño mediano. El tapón de corcho que, por lo general, suele obstruir la abertura de su parte superior había desaparecido, dejando un agujero oscuro por el que entraba el aire. Por tres veces, Calo dio otros tantos golpes en el barril, que fueron contestados por tres débiles sonidos del interior. Haciendo muecas, los gemelos Sanza bajaron el barril del carro y despidieron con las manos al conductor, que volvió a subir a su carro y no tardó en desvanecerse, silbando, en la noche, en medio del tintineo que hacían sus bolsillos al recibir una suma que valía veinte veces más de lo que costaba el barril vacío.

—Bien —dijo Calo después de llevar rodando el barril hasta el refugio que les ofrecía el portal—, quizá esta añada sea demasiado joven y gruesa para engarrafarla.

—¿La dejamos en la bodega cincuenta o sesenta años?

—Estaba pensando que podríamos tirarla al río.

—¿Tú crees? —Galdo tamborileó con los dedos en el barril—. ¿Y qué nos ha hecho el río para merecer algo semejante?

En el interior del barril hubo una serie de ruidos que sonaron como una especie de protesta. Calo y Galdo se acercaron al improvisado respiradero.

—Y ahora, Bicho —comenzó Calo—, estoy seguro de que tienes una explicación perfectamente plausible para el hecho de que te encuentres ahí dentro y que tengamos que molestarnos por ti.

—La tengo, y es magnífica, de veras —la voz de Bicho sonaba ronca y con algo de eco—. Seguro que os gustará. Pero, hum, antes decidme cómo salió el juego.

—Fue algo hermoso —dijo Galdo.

—Tres semanas, figuras, y a ese caballero le habremos quitado hasta el último par de bragas de seda de su esposa —añadió Calo.

El chico enseñó los dientes con evidente consuelo.

—Magnífico. Bueno, pues, ahhh, lo que pasó es que esa jauría de casacas amarillas iba de frente hacia vosotros. Y como lo que les hice les cabreó mucho, tuve que salir pitando para ir a ver a ese tonelero de la Ciudadela Vieja. Como hace negocios con algunas de las tiendas de vinos río arriba, tiene un patio lleno de barriles. Bueno, pues, yo llego hasta allí, me meto de un salto en uno de ellos y le digo que, si puedo quedarme dentro hasta que me entregue donde yo le diga después de que haya pasado la Falsa Luz, obtendrá ocho solones.

—¿Ocho? —Calo se rascó la barbilla—. Ese bastardo descarado pidió diez, y le dimos once.

—Bueno, no importa —Bicho tosió—. Como me aburría de estar sentado dentro del barril, le robé la bolsa. Tenía unos dos solones en cobre, así que hemos recobrado algo de dinero.

—Iba a decir algo simpático respecto a que te habías pasado medio día metido dentro del barril —dijo Galdo—, pero eso que hiciste fue una gilipollez.

—Vamos, hombre —Bicho estaba auténticamente irritado—. Puesto que él pensaba que yo estaba todo el tiempo dentro del barril, ¿cómo iba a sospechar? Y, dado que le disteis mucho dinero, ¿cómo podría sospechar de vosotros? ¡Es perfecto! A Locke le hubiera gustado.

—Bicho —dijo Calo—, Locke es nuestro hermano, y nuestro amor por él no tiene límites. Pero las cinco palabras más fatídicas dichas en la lengua de Therin son precisamente éstas: «A Locke le hubiera gustado».

—Que sólo pueden compararse con estas otras: «Locke me ha enseñado un truco nuevo» —añadió Galdo.

—La única persona capaz de acabar sin riesgo los juegos de Locke Lamora…

—… es Locke…

—… porque creemos que los dioses le libraron de una muerte terrible. Algo que tenía que ver con cuchillos y hierros al rojo…

—… y cincuenta mil espectadores que aplaudían.

Los hermanos carraspearon al unísono.

—Bueno —terminó diciendo Bicho—, lo hecho, hecho está. ¿Ya podemos volver a casa?

—A casa —dijo, burlón, Calo—, claro que sí. Locke y Jean se echarán a llorar sobre tu hombro como si fueran tus abuelas cuando descubran que estás vivo, así que no les hagamos esperar.

—No tienes necesidad de salir afuera; seguro que se te han dormido las piernas —dijo Galdo.

—¡Seguro que sí! —dijo Bicho, con un chillido—. Pero no creo que tengáis que llevarme encima todo el trayecto…

—Jamás has dicho algo tan cierto en tu vida, Bicho —dijo Galdo, tomando posiciones a uno de los lados del barril mientras le hacía un gesto a Calo, para, acto seguido, comenzar a silbar al unísono con él y hacer que el barril rodara por el empedrado mientras lo guiaban hacia el distrito del Templo, aunque no necesariamente por la ruta más corta o mejor pavimentada.

Interludio

Locke da explicaciones

—Fue un accidente —terminó por decir Locke—. Ambos fueron accidentes.

—¿Cómo dices? Perdóname. Creo que no te he escuchado —el padre Cadenas entornó la mirada bajo la débil luz rojiza de la lamparilla de cerámica de Locke—. Podría jurar que acabas de decir lo siguiente: «Arrójame por encima del parapeto, pues soy un maldito tipejo que no sirve para nada y que está dispuesto a morir en este preciso momento».

En el transcurso de la conversación, Cadenas había ido caminando hasta el tejado del templo, donde ambos se sentaban confortablemente debajo de los altos parapetos que hubieran debido hallarse repletos de plantas colgantes. Los jardines colgantes de la Casa de Perelandro, secos desde hacía mucho tiempo, eran una pequeña muestra, aunque no por ello menos importante, del sacrificio y la tragedia del Sacerdote Sin Ojos; una muestra más del montaje realizado para suscitar la simpatía de la gente, pero medida en monedas.

Enfrente de ellos, las nubes se habían hecho más densas, reflejando las luces multicolores de la iluminación nocturna de Camorr, que hacía palidecer la de las lunas y las estrellas. Mientras el chico intentaba aclararse, el Viento del Ahorcado se convirtió en algo más que una opresión húmeda que desplazaba el aire pegajoso que rodeaba a Locke y a Cadenas.

—¡No! No, sólo quería hacerles daño. Eso es todo. Hacerles daño. No sé cómo… no sé nada de lo que les sucedió.

—Bueno… eso casi puedo creérmelo —Cadenas golpeteó con el dedo índice de su mano derecha la palma de la izquierda, haciendo la seña del mercado de Camorr que significa *prosigue*—. Cuéntamelo todo. Ese *casi* es tu mayor problema. Haz que lo comprenda todo, comenzando con el primer chico.

—Veslin —susurró Locke—, y Gregor; pero primero Veslin.

—Pues Veslin —concedió Cadenas—. El tal Veslin. Pobre diablo, con un orificio superfluo en la garganta debido a tu viejo maestro. El Hacedor de Ladrones debió de comprarle al Capa uno de esos preciosos dientes de tiburón y *usarlo*. ¿Por qué?

—En la colina, algunos de los chicos y chicas más mayores habían dejado de ir a trabajar —Locke juntó los dedos y los miró como si fueran a darle la contestación que estaba buscando—. Nos quitaban las cosas que traíamos a diario. Nos pegaban. Informaban al maestro por nosotros, omitiendo en ocasiones algunas cosas.

Cadenas asintió.

—Privilegios de la edad, de la estatura y del peloteo. Si logras sobrevivir a esta conversación, descubrirás que lo mismo sucede en la mayoría de las bandas. *En la mayoría*.

—Y había un chico, Veslin. Hacía más cosas. Nos daba patadas, nos pegaba, nos quitaba las ropas. La mayor parte de las veces mentía al maestro acerca de lo que habíamos traído. Le entregaba algunas de las cosas a las chicas mayores de los Ventanas, y a nosotros, los Calles, nos daba menos comida, sobre todo a los ganchos —las manitas de Locke se habían ido separando para convertirse en puños mientras hablaba—. Y si intentábamos contárselo al maestro, él se reía, sólo se reía, ¡como si estuviera al tanto de todo y lo encontrara divertido! Y después de que se lo contáramos, Veslin… ¡Veslin nos trataba mucho peor!

Cadenas asintió y volvió a tamborilear en su palma con el dedo índice.

—Estuve pensando en todo eso. Lo estuve pensando durante mucho tiempo. Ninguno de nosotros podía luchar con él, porque era muy grande. Ninguno de nosotros tenía amigos tan grandes en la colina. Y si formábamos una banda contra Veslin, todos sus amigos mayores irían contra nosotros.

»Veslin salía a diario con algunos de sus amigos. Nosotros los veíamos mientras estábamos trabajando; no se metían en lo que hacíamos, sólo nos vigilaban, ¿comprendes? Y Veslin decía cosas —el ceño fruncido de Locke hubiera sido cómico de mostrarse en un chico menos sucio, menos enflaquecido, de mirada menos famélica; pues Locke parecía una pequeña gárgola dispuesta a saltar encima de uno —. Decía cosas cuando regresábamos. Respecto a lo vagos o a lo torpes que éramos, porque no nos afanábamos demasiado. Y entonces nos empujaba más, y nos pegaba más y se burlaba aún más de nosotros, y yo pensaba y pensaba y pensaba en lo que había que hacer.

—Y la idea, la fatídica idea —dijo Cadenas—, ¿se te ocurrió a ti?

—Sí —el muchacho lo afirmó categóricamente—. Sólo a mí. Estaba solo cuando se me ocurrió. Vi a algunos de los casacas amarillas patrullando y entonces pensé… pensé… en sus garrotes y en sus espadas y pensé: «¿Qué tal si le zurraran a Veslin y si tuvieran algún motivo para enfadarse con él?».

Locke hizo una pausa para cobrar aliento.

—Y seguí pensando, pero no podía hacerlo. No sabía cómo. Y entonces pensé: «¿Y si no estuvieran enfadados con Veslin? ¿Y si yo me sirviera de ellos como excusa para que el *maestro* se enfadara con Veslin?».

Cadenas asintió, imaginando lo que iba a decirle.

—¿Y cómo conseguiste la moneda de hierro blanco?

Locke suspiró.

—Con ayuda de los Calles. A ninguno de nosotros nos gustaba que Veslin nos quitara dinero. Vigilamos, agarramos y trabajamos muy duro. Nos llevó semanas. ¡Fue *como toda una vida*! Yo quería un hierro blanco. Y finalmente le quité uno a un hombre gordo vestido de negro. Lana negra. Casaca y corbata muy graciosas.

—Uno de Vadran —Cadenas parecía divertido—. Posiblemente un mercader que acababa de llegar para hacer algún negocio. Demasiado orgulloso para vestirse según

la estación y, en ocasiones, demasiado tacaño para visitar a alguno de los sastres de la ciudad. Así que le cogiste una moneda de hierro blanco. Una corona entera.

—Todos querían verla. Todos querían tocarla. Se la dejé y les dije que guardaran silencio. Les hice prometer que no dirían nada. Y entonces les conté cómo podríamos librarnos de Veslin.

—Y ¿qué hiciste con la moneda?

—La guardé en una bolsa, en una pequeña bolsa de cuero. La tuvimos guardada todo el tiempo y luego la escondimos fuera, en la ciudad, para que no pudieran quitárnosla. Conocíamos un sitio en el que no podía entrar ninguno de los chicos grandes, porque no cabían. Y después de asegurarme de que Veslin y sus amigos habían abandonado la colina, cogí la moneda y salí, regresando a las primeras horas del día siguiente. A las chicas mayores de la puerta les di cobres y pan, pero la moneda se quedó en mi zapato.

Locke hizo una pausa y jugueteó con la lamparilla, haciendo que su luz rojiza le diera en la cara.

—La dejé en la habitación de Veslin, donde él y Gregor dormían, que era una de las mejores tumbas porque estaba seca. En el centro de la colina. Encontré una piedra suelta y oculté la bolsa bajo ella, y cuando me aseguré de que nadie me había visto, solicité ver al maestro. Le dije que algunos de nosotros habían visto a Veslin en uno de los puestos que los casacas amarillas tienen en el Estrecho. Fuertes, estaciones, bueno, no sé realmente cómo se llaman. Y que le habían dado dinero. Y que nos lo había enseñado y que nosotros le habíamos dicho que si iba a vendernos a los casacas amarillas.

—Asombroso —Cadenas se rascó la barba—. ¿Sabías que no debes tartamudear y hablar bajo cuando estás explicando cómo jodiste a alguien?

Locke parpadeó y luego alzó la barbilla y mantuvo la mirada de Cadenas. El hombre mayor rió.

—No era una crítica, hijo. No quería que se te cortase el rollo. Prosigue con la historia. ¿Cómo sabías que tu antiguo maestro se sentiría muy ofendido? ¿Acaso en alguna ocasión los casacas amarillas os habían ofrecido dinero a ti o a tus amigos?

—No —dijo Locke—, pero sí sabía que el maestro les daba dinero a ellos. Por favores, por información. En ocasiones le veíamos meter dinero en bolsas. Por eso pensé que podría funcionar al revés.

—Ah —Cadenas metió la mano entre los bolsillos de su túnica y extrajo una petaca plana forrada de piel que, bajo la luz de la lamparilla de Locke, adquirió el color del ladrillo cocido. Sacó de ella un trozo de papel en el que esparció un polvo negro que acababa de tomar de un rincón de la cartera. Rápidamente, dobló el papel hasta hacer con él un canutillo y, con modales corteses, llevó uno de sus extremos hasta la llama de la lámpara de Locke. Al poco tiempo lanzaba unos remolinos espectrales de humo gris hacia las no menos espectrales y grises nubes; aquella cosa olía como si estuvieran quemando madera de pino alquitranada.

—Discúlpame —dijo Cadenas, desplazándose hacia la derecha para que sus exhalaciones pasaran a más de un metro de donde se encontraba el chiquillo—. Dos cigarrillos por noche es lo único que me puedo permitir; el fuerte antes de cenar y el suave después. Hacen que todo sepa mejor.

—Entonces, ¿vamos a cenar?

—Oh, oh. Mi pequeño golfillo aprovechado. Dejemos que la situación siga en estado fluido. Prosigue y termina tu historia. Engañaste a tu antiguo maestro para que creyera que Veslin trabajaba como miembro auxiliar de la afamada Guardia de Camorr. Debió de sentarle como un tiro.

—Dijo que me mataría si le había mentido —Locke se apartó hacia la derecha, más lejos aún del humo—. Pero yo le dije que escondía la moneda en su habitación. La de él y de Gregor. Así que la puso patas arriba. Yo había escondido bien la moneda, pero él la encontró, como yo había supuesto.

—Mmmm. Y, ¿qué supusiste que ocurriría?

—¡No supuse que fuera a matarlos! —Cadenas no consiguió descubrir ninguna pena auténtica en aquella vocecita menuda y apasionada, aunque sí cierta sensación de aturdimiento y de agravio—. Quería que pegara a Veslin. Y pensé que lo haría delante de todos nosotros. La mayoría de las noches comíamos juntos. Todos los de la colina. Los que la habían cagado tenían que hacer juegos de manos, o servir y limpiarlo todo, o agacharse para que les dieran con la palmeta. O beber aceite de jengibre. Pensé que le tocaría alguna de esas cosas. Quizá todas ellas.

—Bien —Cadenas retuvo el humo durante bastante tiempo, como si el tabaco le infundiera iluminación, y apartó la mirada de Locke. Cuando finalmente lo exhaló, lo hizo en pequeñas bocanadas, formando anillos tambaleantes que oscilaron a lo largo de poco menos de un metro para luego desvanecerse en la calina reinante. Carraspeó con fuerza y se volvió hacia el chico—. Bien, creo que aprendiste bastante bien el valor de las buenas intenciones. Azotado con la palmeta. Servir y limpiar. Je. El pobre Veslin sirvió y limpió, a fin de cuentas. ¿Y qué hizo tu antiguo maestro?

—Salió afuera durante unas pocas horas y esperó a que volviera. En la habitación de Veslin. Cuando Veslin y Gregor regresaron aquella noche, otros chicos más mayores estaban presentes. Así que no pudieron irse a ningún sitio. Y entonces… el maestro los mató. A los dos. A Veslin le cortó la garganta, y entonces… —Locke hizo el mismo movimiento con dos dedos que Cadenas le había hecho antes a él—. También mató a Gregor.

—¡Claro que lo mató! Pobre Gregor. ¿Se llamaba Gregor Foss, no? Uno de esos huerfanitos afortunados que son lo bastante mayores para recordar su apellido pero no para cuidar de sí mismos. Por supuesto que tu antiguo amo también lo mató. Él y Veslin eran buenos amigos, ¿o no? Dos pájaros de un tiro. Era una suposición elemental que uno supiera que el otro había ocultado una fortuna debajo de una piedra —Cadenas suspiró y se frotó los ojos—. Elemental. Así pues, ahora que me has contado tu parte en lo sucedido, ¿querrás explicarme cómo lo fastidiaste todo? ¿Y

cómo has podido permitir que la mayor parte de los amiguitos que tenías entre los Calles, los cuales te ayudaron a conseguir la moneda de hierro blanco, vayan a morir mañana, al amanecer?

Capítulo 2

Segundo contacto en el Espectáculo de los Dientes

1

El Día Ocioso, a la undécima hora de la mañana, en la Fiesta Cambiante. Mientras quemaba un arco de la vacía bóveda celeste y derramaba su calor sobre la piel, el sol volvía a tener la misma blancura que la víspera, la funesta blancura de un diamante arrojado al fuego. Locke, ataviado con las ropas y el amaneramiento que tan bien cuadraban a Lukas Fehrwight, estaba de pie bajo el toldo de seda de la barcaza de recreo de don Lorenzo, mientras contemplaba cómo se iba congregando la gente para la Fiesta.

A su izquierda había una tropa de bailarines de cintas encaramados en lo alto de la plataforma de un bote: cuatro de ellos se mantenían de pie encima de un diamante dibujado en el suelo a unos cinco metros de distancia. La gran cantidad de cintas de seda desplegadas en toda su longitud que había entre los bailarines, rodeando sus brazos, pechos y cuellos… hacía suponer que cada uno de ellos manejaba a la vez varias cintas. Los extremos de éstas formaban entre los bailarines una malla siempre cambiante de la que pendían, merced a los bien diseñados enganches que había en la misma, toda suerte de objetos de mediano tamaño: espadas cuchillos, telas, botas, estatuillas de cristal, baratijas brillantes. Todos aquellos objetos se movían paulatinamente en diferentes direcciones a medida que los bailarines giraban los brazos y movían las caderas, deshaciendo unos nudos y haciendo otros, que aseguraban con suaves gestos imposibles.

Aquélla era una de las maravillas menores de un río atestado de maravillas, una de las cuales, y no precisamente la menos importante, venía a ser la barcaza de don Lorenzo y doña Sofía. Mientras que otros nobles se limitaban a sacar árboles de sus huertos para dejarlos flotar encima del agua, los anfitriones de Locke iban más allá, pues su barcaza de recreo era un huerto flotante en miniatura. De algo menos de veinte metros de largo y siete de ancho, era un rectángulo de madera, con doble casco y lleno a rebosar de arena, que contenía una docena de robles y olivos. Sus troncos eran del color de la noche, y la cascada susurrante de sus hojas era de un color esmeralda innatural, tan brillante como la laca… testimonio palpable de la sutil ciencia de la botánica alquímica.

Unas grandes escalinatas circulares, surcadas por los retazos de sombras del follaje, se enroscaban en algunos de aquellos árboles hasta llegar al puesto de observación forrado con seda de don Lorenzo, confortablemente instalado entre las ramas para ofrecer a sus ocupantes una perspectiva exenta de obstáculos. A ambos

lados de aquella muestra de excesiva ostentación que venía a ser la floresta flotante se encontraban veinte remeros de alquiler, sentados en estructuras de balancín que impedían que la sección central de la barcaza cabecease por el peso.

Aunque el puesto de observación podía albergar con holgura a veinte personas, aquella mañana sólo lo ocupaban Locke, Jean, don Lorenzo, doña Sofía y el siempre al acecho Conté, que atendía una vitrina de licores tan bien surtida que cualquiera la habría confundido con el laboratorio de un farmacéutico. Locke volvió a mirar a los bailarines de cintas, sintiendo una extraña afinidad con ellos. Aquella mañana no eran los únicos a los que se ofrecía la gran oportunidad de arruinar un acto público.

—¡Maese Fehrwight, sus *ropas*! —doña Sofía Salvara compartía con él la barandilla del puesto de observación, sus manos muy cerca de las suyas—. Aunque estará muy elegante con ellas en sus inviernos de Emberlain, ¿por qué se ve obligado a soportarlas en este verano nuestro? ¡Tiene las mejillas tan encendidas como rosas! ¿No puede quitarse algo?

—Mi señora…, yo, os lo aseguro… me encuentro de lo más confortable. —¡Por los Trece Dioses, estaba coqueteando con él! Y la sonrisita que aparecía y desaparecía en el rostro de su marido le advirtió a Locke de que los Salvara habían planeado todo aquello de antemano: una pizca de atención femenina para confundir al desmañado maese mercader era algo perfectamente ensayado y muy corriente. Un juego antes del juego, por decirlo de alguna manera—. Encuentro que cualquier molestia que estos ropajes puedan ocasionarme en vuestro… interesantísimo clima… sólo servirá para… aguijarme… a estar más concentrado. En mantenerme más alerta, ya veis. En ser, ah, mejor hombre de negocios.

Jean, que se encontraba a pocos pasos cerca de ambos, se mordió la lengua. Echarle rubias a Locke Lamora era como echarle lechuga a los tiburones, y doña Sofía era muy *rubia*: una de aquellas hermosísimas rarezas de Therin que tenían la piel como el ámbar quemado y el cabello del color de la mantequilla de almendras. Sus ojos eran profundos y despiertos, y sus curvas, que, quizá premeditadamente, no velaban el vestido veraniego de color naranja oscuro y las enaguas blancas como la leche que llevaba debajo, se le marcaban bajo la ropa. Bueno, los Salvara habían tenido la mala fortuna de tropezarse con un ladrón que tenía un gusto de lo más peculiar en asuntos de mujeres. Pero Jean admiraba a la aristócrata por los dos, aunque el limitado papel que le tocaba jugar aquel día (y sus «heridas») apenas le permitieran hacer gran cosa.

—Nuestro maese Fehrwight está hecho de una pasta inusualmente dura, querida —don Lorenzo se apoyaba indolentemente en el extremo más alejado de la barandilla, vestido con unos ropajes de seda blanca muy holgados y un chaleco de color naranja que rivalizaba con el vestido de su esposa. La pañoleta que llevaba al cuello estaba muy poco apretada, pues sólo se abrochaba el botón superior del chaleco—. Ayer recibió más palos que en toda su vida y hoy aún lleva la lana suficiente para abrigar a cinco hombres, mientras desafía las inclemencias del sol.

Debo decir, Lukas, que cada vez estoy más contento por haberle apartado de las garras del señor de Jacobo.

Locke saludó al risueño aristócrata con una leve reverencia y una sonrisa simpática, aunque desmañada.

—Al menos beba algo, maese Fehrwight —doña Sofía posó brevemente su mano sobre la de Locke, aunque el tiempo suficiente para que éste sintiera el surtido de callosidades y de quemaduras de origen alquímico que no podía ocultar la manicura. Así que era una auténtica alquimista botánica; aquella barcaza no sólo guardaba el resultado de sus trabajos, sino que había sido diseñada por ella misma. Y aquel formidable talento suyo la convertía en una mujer calculadora. Era evidente que Lorenzo era el más impulsivo de ambos y que, aunque fuera inteligente, sopesaría lo que le dijera su mujer antes de aceptar la propuesta de Lukas Fehrwight. Así que Locke, para que ella pensara que le tenía en el bote, la obsequió con una sonrisita de vergüenza y una tos embarazosa.

—Un trago sería algo muy agradable —dijo—, pero, ah, me temo, amable doña Sofía, que no conocéis mi trabajo. He hecho bastantes negocios en vuestra ciudad y sé que sólo se bebe después de que los hombres y las mujeres hayan cerrado un trato.

—«La mañana para el sudar y la noche para el pesar» —dijo Salvara mientras se apartaba de la barandilla y llamaba por señas a su criado—. Conté, creo que maese Fehrwight necesita un jengibre escaldado.

Con suma diligencia, Conté fue a cumplir lo ordenado, seleccionando primeramente una copa alta de cristal para luego llenarla hasta una altura de dos dedos con el aceite de jengibre más puro de Camorr, que poseía el color del cinamomo quemado, a lo que añadió unas abundantes gotas del lechoso brandy de peras, seguido por un licor tan fuerte como transparente llamado ajento, que era vino cocido con rábanos. Cuando se mezclaron todos los componentes de aquel cóctel, Conté enrolló una toalla húmeda alrededor de los dedos de su mano izquierda y se acercó al braserillo cerrado que ardía al lado de la vitrina de los licores. Sacó de él una delgada varilla metálica que relucía en uno de sus extremos con un color rojo-anaranjado y la introdujo en el cóctel; entonces brotó de él, con un silbido perfectamente audible, una pequeña bocanada de vapor que olía a especias. Después de que la varilla se hubiera enfriado, Conté removió la bebida con fuerza sólo tres veces, y luego se la presentó a Locke en una delgada escudilla de plata.

Aunque a lo largo de los años Locke había practicado aquel ritual muchas veces, cuando el ardor frío del jengibre escaldado rozó sus labios (llenando hasta la menor de sus grietas con un escozor ardiente y todos los recovecos de sus encías y dientes con un dolor exquisito, incluso antes de que acusara su efecto en la lengua y el paladar), los recuerdos que guardaba de la Colina de las Sombras se cubrieron en su mente con una espesa niebla: las amonestaciones del Hacedor de Ladrones, el fuego líquido que parecía reptar por los senos frontales y arder detrás de los ojos hasta que

no tenía más remedio que llorar para expulsarlo. Expresar desagrado al primer sorbo de aquella bebida era mucho más fácil que fingir interés en doña Sofía.

—Excelente —dijo entre toses y luego, con rápidos movimientos espasmódicos, aflojó los nudos de las negras pañoletas que llevaba al cuello, mientras los Salvara se sonreían mutuamente con afectación—. Acabo de recordar por qué tengo tanto éxito al vender licores más suaves a vuestra gente.

2

Una vez al mes, había un día en el que no se trabajaba en el Mercado Flotante. Una de cada cuatro veces seguidas que caían en Día Ocioso, los mercaderes salían del gran círculo donde se guarecían, lindando con el río Angevino, y se dirigían hacia éste o anclaban en sus proximidades, mientras media ciudad acudía a ver la Fiesta Cambiante.

Como Camorr jamás había contado con un gran anfiteatro de piedra o de cristal antiguo, incurría en la curiosa costumbre de reconstruir a cada nueva fiesta el círculo formado por los espectadores. Enormes barcazas de observación de muchos pisos eran remolcadas y luego ancladas sólidamente en los rompeolas de piedra que rodeaban el Mercado Flotante, como rodajas en flotación que alguien hubiera cortado del corazón de un gran estadio. Cada una de aquellas barcazas se hallaba tripulada por una familia rival o por un monopolio de mercaderes, ataviados todos ellos con la misma librea, que competían ferozmente entre sí para sentarse, y las peleas entre la clientela habitual de las barcazas no eran infrecuentes.

Cuando estaban dispuestas en el orden correcto, aquellas barcazas ocupaban un arco de la circunferencia del Mercado Flotante; se dejaba un canal para que las barcas entraran y salieran del centro de las aguas en calma, y el resto de la periferia se reservaba a las barcazas de recreo de los nobles. En cada fiesta podía haber cien o más de éstas, e incluso ciento cincuenta en cada uno de los festejos importantes como aquél; apenas quedaban unas semanas para el Día de Mediados del Verano y el Día de los Cambios.

Incluso antes de que comenzara el espectáculo propiamente dicho, la Fiesta era todo un espectáculo en sí misma, una enorme marea de ricos y pobres, de gente que iba en barco y a pie y que se daba de empujones para conseguir un sitio en lo que constituía una contienda tradicionalmente establecida, muy querida por su carencia de reglas. Allí estaban presentes en masa los casacas amarillas, aunque más para prevenir palabras malsonantes y puñetazos en las gradas que para impedir, realmente, los disturbios que pudieran producirse. La Fiesta era una juerga de dimensiones ciudadanas, un servicio público de actos poco edificantes que el Duque se complacía en pagar con el dinero del Tesoro. A la hora de quitarles las uñas a los descontentos antes de que pudieran armarla, nada era mejor que una buena Fiesta.

Sintiendo que el fuego del mediodía se iba aproximando, y eso a pesar de los toldos de seda que, colgando encima de sus cabezas, lo apaciguaban, Locke y sus anfitriones se refrescaron bebiendo jengibre escaldado, mientras miraban a través del caliginoso ambiente a los millares de camorríes que atestaban las barcazas de la gente del pueblo. Conté lo había preparado para sus señores (aunque, posiblemente, con un poquito menos aceite de jengibre) y «Graumann» lo había servido tal y como prescribía para aquellas ocasiones la etiqueta de Camorr. El vaso de Locke estaba medio vacío; el licor formaba una bola ardiente que se expandía por su estómago y traía recuerdos muy vívidos a su corazón.

—Negocios —dijo, finalmente—. Ambos os habéis mostrado… muy gentiles con Grau y un servidor. Y voy a devolveros esa gentileza al referiros los negocios que me han traído a Camorr. Por tanto, si os place, hablemos de ellos.

—Jamás habrá tenido audiencia tan ferviente en toda su vida, maese Fehrwight —los remeros de don Lorenzo los estaban llevando al corazón mismo de la Fiesta Cambiante, por lo que veían pasar docenas de barcazas de recreo de aspecto más tradicional, algunas de ellas repletas con millares de invitados. Los ojos del aristócrata se animaron con una curiosidad voraz—. Adelante.

—El reino de los Siete Compañeros ha comenzado a desmoronarse —dijo Locke con un susurro—, lo cual no es ningún secreto.

Los Salvara degustaron despreocupadamente sus bebidas y no dijeron nada.

—El cantón de Emberlain se encuentra en la periferia del conflicto importante. Pero el Graf von Emberlain y la Tabla Negra conspiran en sentidos, hum, opuestos para que se comprometa en él de manera sustancial.

—¿La Tabla Negra? —preguntó don Lorenzo.

—Disculpadme —se echó un trago minúsculo de bebida y dejó que el renovado fuego le quemara poco a poco la lengua—. La Tabla Negra es lo que podríamos llamar la junta formada por los mercaderes más poderosos de Emberlain. Mis superiores de la Casa de Bel Auster pertenecen a ella. En todos los aspectos, salvo el militar y el que concierne a la recogida de impuestos, gobiernan el cantón de Emberlain. Y están cansados del Graf y, también, del gremio de mercaderes que domina los seis cantones restantes de los Compañeros. Cansados de las limitaciones. Emberlain bulle con nuevos métodos de especulación y de empresa. La Tabla Negra ve en los viejos gremios un peso que cuelga de su cuello.

—Es curioso —dijo doña Sofía— que haya dicho «su cuello» y no «nuestro cuello». ¿Tiene algún significado?

—Hasta cierto punto —otro trago de bebida y otro instante de fingido nerviosismo—. La Casa de Bel Auster está de acuerdo en que los gremios ya no sirven para nada y en que las prácticas comerciales de los siglos pasados no deberían ser acogidas por los gremios como si hubieran sido escritas sobre piedra. Pero nosotros no estamos necesariamente de acuerdo en que —se echó otro trago y se rascó la nuca— el Graf von Emberlain sea depuesto mientras se encuentra fuera del

cantón con la mayoría de su ejército para mostrar su enseña a sus primos de Parlay y Somnay.

—¡Por los Doce Benditos! —don Lorenzo movió la cabeza como si quisiera eliminar de ella lo que acababa de escuchar—. No puede decirlo en serio. ¡Emberlain es… más pequeña que Camorr! Expuesta al mar por ambos lados. Imposible de defender.

—Pero los preparativos ya han comenzado bajo cuerda. Los bancos y firmas comerciales de Emberlain tienen al año un volumen de ventas cuatro veces superior a los de los restantes cantones de los Compañeros. La Tabla Negra lo comprendió. Aunque el oro pueda ser considerado una de las fuentes del poder, la Tabla Negra se confunde al creer que es el poder en sí —terminó su bebida de un trago deliberadamente largo—. Dentro de dos meses habrá estallado la guerra civil. Los acontecimientos se complicarán. Los Strada y los Dvorim, los Razul y los Strig… son todo sables en alto y desfiles. Y mientras hablamos, los comerciantes de Emberlain han comenzado a moverse para arrestar a la nobleza que el Graf ha dejado dentro de sus fronteras. Para llamar a la Marina. Para efectuar una leva de «ciudadanos libres». Para contratar mercenarios. Por decirlo pronto y claro, ahora están intentando separarse de los Compañeros. Es inevitable.

—¿Y eso qué tiene que ver específicamente con el hecho de que usted esté aquí? —los nudillos de doña Sofía se le habían puesto blancos al agarrar con fuerza su vaso; comprendía por completo la importancia de la historia que Fehrwight acababa de contarles. Una guerra más grande que cualquiera de las que habían tenido lugar en siglos, una guerra civil mezclada con un posible desastre económico.

—En la opinión de mis superiores, la Casa de Bel Auster, las ratas de la bodega tienen muy pocas probabilidades de hacerse con el timón de un barco que está a punto de irse a pique. Pero a esas mismas ratas les sería muy fácil *abandonar el barco*.

3

En el centro de la Fiesta Cambiante habían hundido en el agua gran número de jaulas de hierro. Algunas de éstas servían para sostener las tablas de madera en las que actores, víctimas, luchadores y ayudantes iban a subirse; algunas de dichas jaulas, particularmente pesadas, mantenían a raya ciertas formas oscuras que, como signo de mal agüero, nadaban en círculo por debajo de las, aunque grises, traslúcidas aguas. Desde unos botes con plataformas encima que las rodeaban daban golpes con los remos a intervalos regulares, exhibiendo en ellos a bailarines de cintas, lanzadores de cuchillos, acróbatas, juglares, forzudos y otras curiosidades; los gritos de excitación que los barqueros emitían a través de largos altavoces de bronce resonaban sobre la superficie del agua.

Las peleas de presos encabezaban siempre los eventos de cualquier Fiesta, en el transcurso de las cuales, cualquiera que cumpliera una condena menor en el Palacio de la Paciencia podía presentarse voluntario para participar en ellas a cambio de una reducción de la condena o de una ligera mejoría de sus condiciones de vida. En aquel momento, un *nichavezzo* («la mano que castiga») enormemente musculoso, que pertenecía a la propia guardia personal del Duque, sacaba a los contendientes. Aquel soldado llevaba una armadura de cuero negro con una placa pectoral de acero reluciente y un yelmo de acero que ostentaba a modo de motivo heráldico la aleta recién cortada de un pez volador gigante. Las escamas y las espinas chispeaban a medida que el soldado se movía bajo la brillante luz del sol, golpeando a su antojo con una maza forrada de hierro.

El *nichavezzo* se mantenía de pie encima de una plataforma que, aunque pequeña, se balanceaba constantemente; le rodeaban una serie de planchas de madera separadas entre sí por intervalos de agua de una anchura igual a la longitud de un brazo. Aquellas plataformas inestables que tanto se bamboleaban estaban ocupadas por cerca de dos docenas de prisioneros delgados y de apariencia desagradable, armado cada uno de ellos con una pequeña porra de madera. Un ataque concertado hubiera desbordado a su verdugo acorazado, pero aquel montón de gente carecía del temperamento necesario para el trabajo en común. Al aproximarse al *nichavezzo* uno a uno o en pequeños grupos, acababan por caer uno tras otro bajo los golpes que les machacaban el cráneo. Unas barcas daban círculos alrededor para pescar a los prisioneros inconscientes antes de que se deslizaran para siempre bajo las aguas. En su piedad, el Duque no permitía que las peleas de presos fuesen deliberadamente mortales.

—Mmmm —Locke mantuvo un segundo entre sus dedos el delgado vaso vacío; Conté se lo quitó de ellos con la misma gracia con que un espadachín hubiera desarmado a su oponente. Cuando el hombre de confianza de don Lorenzo dio un paso hacia la vitrina, Locke se aclaró la garganta—. No es necesario que me llene de nuevo el vaso, Conté. Muy amable, muy amable. Pero con vuestro permiso, mi señor y mi señora de Salvara, me gustaría ofreceros un par de regalos. Uno de ellos es una cuestión de simple hospitalidad. El otro… bueno, ahora lo veréis. ¿Graumann?

Locke chasqueó los dedos y Jean asintió con la cabeza. El hombretón se dirigió a una mesa de madera que se encontraba al lado de la vitrina de los licores y tomó de ella dos cartapacios de cuero bastante pesados, cada uno de ellos con las esquinas reforzadas de hierro y pequeñas cerraduras del mismo metal en su parte frontal. Jean los puso delante de los Salvara para que pudieran verlos y retrocedió para que Locke abriera las cerraduras con una delicada llave de marfil labrado. Del primer cartapacio extrajo una barrica de madera aromática de color claro, de unos treinta centímetros de longitud y la mitad de diámetro, que tendió a don Lorenzo para que la examinara. La marca negra hecha con fuego en la superficie de la barrica permitía leer claramente lo siguiente:

Con un silbido, don Lorenzo dejó escapar entre los dientes el aire de sus pulmones; aunque quizá también se estremecieran sus fosas nasales, Locke, que mantenía el educado semblante propio de Lukas Fehrwight, no pareció acusar lo sucedido.

—Por los Doce Dioses, una de *502*. Lukas, si antes pude dar la impresión de que me desagradaba que no quisiera compartir sus mercancías con nosotros, ahora le ruego que acepte mis más profundas…

—Oh, no hace falta, no hace falta —Locke alzó una mano para imitar el gesto de la víspera, cuando el aristócrata había hecho como si borrara las palabras del aire—. Por vuestra valiente intervención para con mi persona, don Lorenzo, y por vuestra excelente hospitalidad a lo largo de esta mañana, hermosa doña Sofía, os ruego que aceptéis este adorno sin importancia para vuestras bodegas

—¡Sin importancia! —el noble tomó la barrica y la acunó como si fuera un recién nacido que no tuviera ni cinco minutos de vida—. Tengo una de *506* y un par de *504*. Pero no conozco a nadie de Camorr que tenga una de *502*, excepto posiblemente el Duque.

—Bueno —dijo Locke— mis jefes aún disponen de unas cuantas, incluso después de que se comentara que era una mezcla particularmente buena. Podréis usarla para… romper el hielo en asuntos de gran importancia comercial —en honor a la verdad, aquella barrica representaba una inversión de casi ochocientas coronas y un viaje por barco a la costa de Ashmere, en el transcurso del cual Locke y Jean se la habían ganado a un noble excéntrico de poca alcurnia haciendo trampas con las cartas. La mayor parte del dinero lo habían gastado ora en huir de los asesinos que aquel hombre mayor les había enviado, ora en pagarles por sus vidas; la serie *502* había llegado a convertirse en algo demasiado precioso para bebérselo sin más.

—¡Qué gran detalle, maese Fehrwight! —doña Sofía deslizó una mano por la curva del codo de su marido y le hizo un mohín de mujer posesiva—. Lorenzo, amor, deberías rescatar a los extranjeros de Emberlain más a menudo. ¡Son tan encantadores!

Locke tosió y arrastró los pies.

—¡Ah, no tanto, mi señora! Y ahora, mi señor de Salvara…

—Por favor, llámeme sólo Lorenzo.

—Ah, don Lorenzo, lo que ahora voy a mostraros está relacionado directamente con los motivos que me han traído hasta aquí —y del segundo cartapacio extrajo una barrica similar, sólo que ésta estaba marcada con una «A» estilizada en el interior del círculo formado por unas viñas.

—Ésta —dijo Locke— es una muestra extraída de la destilación del año pasado. La que corresponde al número *559*.

Don Lorenzo dejó caer la barrica de *502*.

Con la agilidad propia de una muchacha, su esposa proyectó el pie izquierdo para frenar la barrica en medio del aire, llevándola a buen puerto con un suave golpe y no con una patada que la hubiera partido. Al perder el equilibrio, la copa que contenía el jengibre escaldado se deslizó por uno de sus costados y no tardó en encontrarse a siete metros bajo el agua. Los Salvara se tranquilizaron mutuamente y don Lorenzo, con manos temblorosas, dejó en el suelo su barrica de *502*.

—Lukas —dijo—, seguramente… seguramente estará *bromeando*.

4

A Locke no le resultó nada fácil tomarse el almuerzo mientras contemplaba cómo una docena de nadadores eran hechos trizas por un calamar gigante de Jeresh; pero como supuso que el maese mercader de Emberlain por el que se hacía pasar quizá hubiera visto cosas peores en el transcurso de sus muchos viajes por mar (todos ellos tan imaginarios como él mismo), no permitió que su rostro trasluciera sus auténticos sentimientos.

La hora del mediodía pasó rápidamente; las peleas de presos habían terminado y los maestros de ceremonia de la Fiesta anunciaban las pérdidas judiciales. Era una manera educada de decir que todos los hombres que se encontraban en el agua eran asesinos, violadores, traficantes de esclavos, incendiarios y otras cosas por el estilo, y que habían sido escogidos para animar y entretener con su ejecución a la muchedumbre que asistía a la Fiesta. Técnicamente hablando, las armas con las que estaban provistos podían servirles para que se les aplicase una sentencia menor, siempre que, de la manera que fuese, consiguieran matar a las bestias contra las que habían de combatir; pero como dichas bestias eran siempre tan horribles como risibles eran sus armas, la mayor parte de ellos acababan recibiendo la sentencia que merecían.

Los tentáculos del calamar tenían una longitud de cuatro metros, la misma que su ondulante cuerpo surcado por franjas grises y negras. La criatura se hallaba confinada en el interior de una circunferencia de veinte metros de radio formada por jaulas y plataformas, junto con cierto número de hombres que gritaban y se debatían en el agua, la mayor parte de los cuales ya habían perdido las dagas que les habían entregado. Unos guardias nerviosos armados con ballestas y picas patrullaban por encima de las plataformas, devolviendo al agua a los prisioneros que intentaban subir a ellas. En cierta ocasión en que el calamar se dio la vuelta en las agitadas aguas, Locke consiguió distinguir un ojo sin párpado del tamaño de un tazón de sopa, no menor que el que tenía entre las manos.

—¿Más, maese Fehrwight? —Conté se mantenía inclinado sobre él, acunando entre sus manos la sopera de plata llena de sopa helada; unos langostinos blancos del Mar de Hierro flotaban sobre una base espesa de tomate rojo sazonado con ajo y pimienta. El humor de los Salvara era un tanto peculiar.

—No, Conté, muy amable, por ahora me encuentro muy bien.

Locke dejó el cuenco de sopa al lado de la barrica de *559* (llena de la mezcla de una botella barata de *550,* que costaba algo menos de cincuenta coronas, y el ron más caro y fuerte que Jean había podido conseguir) y tomó un sorbo del licor ambarino que llenaba su larga copa. Incluso a pesar de no ser lo que aparentaba, el brebaje que habían preparado era delicioso. Graumann se mantenía alerta detrás de los anfitriones de Locke, sentados frente a él en la estrecha mesita de madera plateada bien cuidada. Doña Sofía jugueteaba inconscientemente con unas rodajas de gelatina de naranja muy delgadas, que retorcía para formar tulipanes comestibles. Don Lorenzo miraba con ojos muy abiertos el largo vaso de brandy que tenía entre las manos.

—¡Es un perfecto… sacrilegio! —a pesar de aquel sentimiento, el noble se echó un largo trago del brebaje con la satisfacción impresa en todas las arrugas de su rostro. Debajo de él, aunque un poco lejos, algo que bien hubiera podido pertenecer a un torso humano salió volando de la superficie del agua y volvió a caer en ella con un chapoteo. La muchedumbre lanzó un rugido de contento.

El brandy Austershalin era famoso por recibir después de ser destilado y mezclado un proceso de envejecimiento que, como mínimo, duraba siete años; a los que no eran de Emberlain les era imposible conseguir una barrica de mayor edad. Incluso a los agentes comerciales de la Casa de Bel Auster les estaba prohibido hablar de las destilaciones que iban a ponerse en venta; se decía que el emplazamiento de las bodegas de maduración era un secreto tan bien guardado que incluso se podía matar por él si era necesario. Si don Lorenzo había puesto cara de idiota cuando Locke le había ofrecido una barrica de *559*, poco le faltó para desmayarse cuando Locke levantó el tapón que la sellaba y sugirió tomar su contenido con el almuerzo.

—Sí, lo es —cloqueó Locke—, el brandy es la religión de la Casa a la que sirvo; y tratamos con sumo cuidado todo lo que le concierne —ya serio, se pasó rápidamente un dedo por la garganta—. Es posible que seamos las únicas personas de la historia que hayamos tomado un poco de brandy joven con la sopa. Supuse que disfrutaríais con ello.

—¡Y disfruto! —don Lorenzo agitó el licor que tenía en la copa y lo miró de cerca, como si estuviera hipnotizado por su suave transparencia de color acaramelado —. Y me muero por las ganas de saber qué diantre se guarda en la manga, Lukas.

—Muy bien —Locke agitó su propia copa con aire teatral—. En los últimos doscientos cincuenta años Emberlain fue invadida tres veces. Seamos francos, los ritos de sucesión del reino de los Compañeros suelen precisar ejércitos y sangre antes de convertirse en consagraciones y banquetes. Cuando los Grafen pelean entre sí, las montañas de Austershalin son nuestra única barrera natural y el lugar donde suceden los peores combates, que acaban por llegar inevitablemente a las pendientes orientales de las montañas. Y a los viñedos de la Casa de Bel Auster. En esta ocasión sucederá lo mismo. ¡La Tabla Negra llevará la guerra hasta nosotros! Miles de

hombres y de caballos atravesando los pasos. Pisoteando los viñedos. Saqueando todo lo que se encuentre ante su vista. Pero podría ser peor, ahora que contamos con el aceite ardiente. Dentro de medio año nuestros viñedos podrían quedar reducidos a cenizas.

—Pero no pueden coger los viñedos y meterlos de golpe en… un barco —dijo don Lorenzo.

—No —se lamentó Locke—. En parte, es la tierra de Austershalin la que da cuerpo al brandy. Si perdemos esos viñedos, pasará lo que ya sucedió antes… que las cosechas y la destilación se detendrán. Durante diez, veinte o quizá treinta años. Si no más. Y puede ser peor. Nuestra situación es terrible. El Graf no puede perder los puertos de Emberlain, y los ingresos desaparecerán si los Compañeros se enfrascan en una guerra civil. Él y sus aliados tomarán el lugar por asalto en cuanto puedan. Pasarán por la espada a la Tabla Negra, embargarán sus mercancías y propiedades, nacionalizarán sus cuentas. Y la Casa de Bel Auster no se librará.

»Por el momento, la Tabla Negra se lo toma con calma, aunque también con firmeza. Grau y yo nos hicimos a la mar hace cinco días; y justo doce horas antes supimos que iban a cerrar el puerto. No se permite salir a ningún navío con bandera de Emberlain; todos están siendo amarrados en los puertos y puestos bajo vigilancia para “reparaciones” o por sufrir alguna “cuarentena”. Los nobles leales al Graf se encuentran en arresto domiciliario y sus guardias han sido desarmados. Los fondos que teníamos en las diferentes casas de préstamo de Emberlain han sido congelados temporalmente. Todos los mercaderes de la Tabla Negra han consentido en ello como gesto de “buena voluntad”. Ninguna Casa puede huir en masa con el dinero y la mercancía. Actualmente, Grau y yo operamos con nuestra línea de crédito local, creada hace años en el Meraggio. Mi Casa… bueno, nosotros no podemos manejar dinero fuera de Emberlain. Sólo un poco aquí y allá para imprevistos.

Locke observaba estrechamente a los Salvara para ver su reacción; aunque las noticias sobre Emberlain fueran todo lo recientes y específicas que habían podido saber, el noble quizá dispusiera de fuentes de inteligencia que, pese a todas las semanas invertidas en vigilancia y en preparación, los Caballeros Bastardos podían haber pasado por alto. Las partes de aquella ficción que se referían a la Tabla Negra y a la inminente guerra civil sólo eran especulaciones, aunque sólidas y bien fundadas; la parte que se refería al cierre súbito de los puertos y a los arrestos domiciliarios era una mentira que se habían inventado. Según los cálculos de Locke, el conflicto de Emberlain podía comenzar en unos pocos meses. Si don Lorenzo estaba al tanto de todo, Conté intentaría clavarle a la mesa con sus estiletes dentro de muy pocos instantes. Y entonces Jean sacaría las hachas que llevaba escondidas en el bajo del chaleco, y todos los de aquel pequeño grupo que se resguardaba bajo las sedas se sentirían muy, pero que muy, a disgusto… liarse a tortazos jamás era un espectáculo agradable.

Pero los Salvara no dijeron nada; se limitaron a mirarle fijamente como invitándole a seguir hablando. Lo que él hizo, ya más animado.

—La situación es insostenible. No queremos ser los rehenes de una causa que apenas compartimos, ni las víctimas de la venganza del Graf después de su inevitable regreso. Hemos elegido… una alternativa un tanto arriesgada. Una alternativa que requiere la sustancial ayuda de un noble de Camorr. Vos, don Lorenzo, siempre que se encuentre dentro de vuestras posibilidades.

Los Salvara se cogieron de la mano por debajo de la mesa; don Lorenzo movió con gran excitación la mano libre para llamar la atención de Locke.

—Podemos entregar el dinero. Al no dar ningún paso para guardarlo a buen recaudo, ganamos tiempo para actuar. Y estamos muy seguros de que volver a conseguir el dinero perdido sólo será una cuestión de tiempo y de esfuerzo. Pero jamás podremos abandonar —Locke rechinó los dientes— nuestros viñedos. Antes los convertiremos en cenizas que dejárselos a nadie. A fin de cuentas, lo que hacemos es mejorar el suelo mediante la alquimia. El suelo natural sólo es el principio. Y el secreto de esa mejora se guarda en los corazones de nuestros maestros plantadores.

—El proceso Austershalin —dijo Sofía con un suspiro, traicionada por su creciente excitación.

—Por supuesto que habéis oído hablar de él. Sabed que el número máximo de maestros plantadores que existen en todo momento es el de tres. Y que el proceso es tan complejo que no se puede detectar analizando el suelo, incluso aunque quien lo analice posea tanto talento como vos, mi señora. Muchos de los abonos empleados por nuestros alquimistas son inertes, pensados sólo para despistar en esta cuestión. Así funciona.

»Lo único que *no podemos* abandonar son nuestras reservas de mezclas añejas (las de los últimos seis años) guardadas en barriles. Y algunas reservas raras, así como otros licores en fase experimental. Guardamos el Austershalin en barriles de cerca de ciento treinta litros cada uno; y poseemos, aproximadamente, cerca de seis mil barriles. Todo lo que haya que hacer tendrá que hacerse en las próximas semanas, antes de que la Tabla Negra extreme las medidas de control y de que el Graf ponga el cantón bajo asedio. Por ahora, todos nuestros navíos se hallan vigilados y no podemos ni tocar nuestros fondos.

—¿Quieren… quieren sacar todos esos barriles de Emberlain? ¿Todos? —el noble tragó saliva.

—Tantos como sea posible —dijo Locke.

—¿Y cómo podríamos serles de ayuda en eso? —doña Sofía estaba nerviosa.

—Los navíos con bandera de Emberlain no pueden abandonar los puertos, ni entrar en ellos si es que luego quieren volver a salir. Pero una pequeña flotilla de navíos con bandera de *Camorr*, tripulados por gente de Camorr, fletados por un noble de Camorr… —Locke dejó su copa de brandy y separó las manos.

—Así que… queréis que os proporcione… ¿una expedición marítima?

—Bastaría con dos o tres galeones grandes. Estamos pensando en un cargamento de mil toneladas, sólo con lo que pesan los barriles y el brandy. La tripulación mínima sería de cincuenta o sesenta hombres por navío. Podemos ir a los muelles a echar un vistazo y contratar a los capitanes más sobrios y dignos de confianza. Seis o siete días de barloventear al norte, incluido el tiempo necesario para preparar a la tripulación y a los navíos. Yo creo que con una semana podremos hacerlo.

—Sí… una semana, pero… ¿me está pidiendo que financie *todo* eso?

—A cambio de una recompensa más que magnífica, os lo aseguro.

—Bueno, pues suponiendo que todo vaya bien, tendremos que hablar ahora mismo del asunto de la recompensa. Aunque los gastos de la compra tan urgente de dos galeones, los sueldos de buenos capitanes y de tripulaciones de confianza…

—Más —añadió Locke— algo que guardar en la bodega durante el viaje hacia el norte. Grano barato, queso seco, fruta fresca del montón. Nada especial. Como Emberlain no tardará en verse asediada, la Tabla Negra se sentirá muy contenta por disponer de una reserva de suministros extra. Y como la posición de Emberlain es demasiado endeble para intentar beneficiarse de la neutralidad soberana de Camorr, mis jefes lo aprovecharán a la hora de que los navíos tengan que entrar y salir. Pero un exceso de precaución no le hará mal a nadie.

—Ya entiendo —dijo don Lorenzo, pellizcándose el labio inferior—. Dos galeones, tripulaciones, oficiales, cargamento barato. Un pequeño puñado de mercenarios, diez o doce por navío. Siempre hay algunos dando vueltas por aquí en esta época del año. Quiero en cada barco un buen puñado de hombres armados… para evitar complicaciones.

Locke asintió.

—Y, exactamente, ¿cómo vamos a sacar los barriles de las bodegas de maduración a la hora de transportarlos hasta los muelles?

—Gracias a un truco muy sencillo —dijo Locke—. Disponemos de algunas cervecerías y almacenes donde vendemos un poco de cerveza; es un negocio suplementario, una especie de entretenimiento para nuestros maestros mezcladores. Nuestra cerveza es guardada en barriles que son almacenados en lugares conocidos por todos. Con mucha cautela y cuidado, mientras Grau y yo nos dirigíamos al sur, mis jefes estuvieron llevando barriles de brandy Austershalin a los almacenes de cerveza y cambiándoles las etiquetas. Y seguirán haciéndolo mientras nosotros comenzamos los preparativos y hasta que nuestros navíos aparezcan en el puerto de Emberlain.

—¡Y de esa manera estarán cargando brandy en secreto mientras todos creen que transportan cerveza! —dijo doña Sofía, aplaudiendo.

—Exactamente, mi señora. Incluso un transporte masivo de cerveza para exportar sería menos sospechoso que trasladar el brandy sin envejecer. Será apreciado como una operación comercial; seremos los primeros en darle esquinazo al edicto que pesa sobre los barcos con bandera de Emberlain; llevaremos un montón de suministros

para el asedio inminente, obteniendo a cambio, en apariencia, un pingüe beneficio. Entonces, una vez que hayamos embarcado todo el brandy, nos haremos a la mar, llevando con nosotros a sesenta o setenta de las familias de Bel Auster y a sus criados para crear en Camorr el núcleo de nuestras futuras operaciones comerciales. Si después lo descubren, no importará.

—Todo esto supondrá por lo menos —don Lorenzo se sumió en una profunda reflexión— quince mil coronas, por decir algo. Quizá veinte mil.

—Estoy de acuerdo, mi señor. Añadid otras cinco mil más para flecos y ciertas componendas —Locke se encogió de hombros—. Cuando lleguemos a Emberlain, algunos tendrán que mirar hacia otro lado mientras nosotros hacemos lo que hay que hacer, con o sin el truco del almacén.

—Entonces, veinticinco mil coronas. Diablos —Lorenzo apuró el brandy que le quedaba en el vaso, dejó éste y juntó las manos encima de la mesa ante la que se sentaba—. Me está pidiendo más de la mitad de mi fortuna. Usted me gusta, Lukas, pero ya es hora de que discutamos la otra cara de la proposición.

—Desde luego —Lukas iba a servirle al noble un poco más del brandy falsificado como «sin edad», pero se detuvo; aunque don Lorenzo apartó el vaso, sus papilas gustativas vencieron a su buen juicio, así que lo acercó nuevamente. Doña Sofía hizo lo mismo, de suerte que Jean se dio buena prisa en acercarle a Locke el vaso de ella. Cuando hubo servido a los Salvara, Locke, para acompañarlos, se sirvió una cantidad considerable—. Pero antes debéis saber lo que la Casa de Bel Auster puede y no puede ofreceros.

»Jamás conoceréis el proceso Austershalin, que seguirá transmitiéndose oralmente en el estricto seno de la Casa. No podemos ofreceros propiedades de modo colateral o como pago; esperamos quedarnos sin ellas después de huir de Emberlain. Volver a asegurar los viñedos en un futuro es un problema exclusivamente nuestro.

»Cualquier intento por vuestra parte para conocer los detalles del proceso Austershalin, para sobornar a cualquier hombre o mujer de Bel Auster será considerado como una absoluta vulneración de la confianza —Locke se echó un trago de brandy—. No tengo ni idea de las penas específicas que podríamos exigir para expresar nuestro desagrado. Pero *serían* notificadas en todos sus detalles. Se me ha ordenado que sea completamente claro en este punto.

—Y lo ha sido —doña Sofía puso una mano encima del hombro izquierdo de su marido—. Pero todas esas limitaciones aún siguen sin constituir una oferta.

—Disculpadme, afable doña Sofía, por hablaros de esa manera. Pero debéis saber que esto es lo más importante que jamás le haya sucedido a la Casa de Bel Auster. Grau y yo tenemos en nuestras vulnerables manos el futuro de nuestro monopolio. En este momento *no puedo* hablaros como Lukas Fehrwight, pues soy la Casa de Bel Auster. Debéis saber que algunas cosas no están encima de la mesa ni siquiera remotamente.

Los Salvara asintieron, Sofía una pizca menos resuelta que Lorenzo.

—Considerad ahora la situación. La guerra está a punto de llegar a Emberlain. Nuestros viñedos podemos darlos por perdidos. Como ya he dicho, sin esos viñedos ya no habrá más Austershalin, pues sólo los Compañeros saben cuánto podrá durar todo esto. ¿Diez años? ¿El tiempo de una generación? Incluso cuando volviéramos a disponer de los viñedos, el terreno necesitaría años para recuperarse. Ya sucedió lo mismo en tres ocasiones. Durante muchos años, el único Austershalin disponible procederá de uno cualquiera de los seis mil barriles que consigamos sacar de Emberlain actuando con nocturnidad, como ladrones. Imaginaos la *demanda*. La escalada de los precios.

Sin ser consciente de ello, don Lorenzo movió los labios mientras calculaba; doña Sofía miraba fijamente a lo lejos, frunciendo el entrecejo. El brandy de Austershalin era el licor mejor y el más demandado de todos los que se conocían; ni siquiera los vinos alquímicos de Tal Verrar, con sus cien variedades llenas de encanto, eran tan caros. Una botella de poco más de dos litros del Austershalin más joven costaba tres coronas al por menor; el precio aumentaba notablemente con la edad. ¿Cuánto podría llegar a costar después de un corte imprevisto de la producción, de una distribución precaria y de que no hubiera en perspectiva nuevas cosechas de uvas de Austershalin?

—Joder —dijo Conté, incapaz de controlarse en cuanto las operaciones matemáticas implícitas en el proceso saturaron su horizonte mental—. Os ruego que me perdonéis, doña Sofía.

—Te perdono —dijo doña Sofía mientras apuraba el contenido de su vaso de un trago muy poco femenino—. Los cálculos te han sobrepasado. Por lo menos, esto se merece un «requetejoder».

—La Casa de Bel Auster —proseguía Locke— desea establecer con vos una sociedad, con sede en Camorr, para almacenar y vender brandy Austershalin durante nuestro… interregno. A cambio de vuestra ayuda al transportarlo desde Emberlain en este momento de extrema necesidad por el que pasamos, estamos dispuestos a ofreceros el cincuenta por ciento de los beneficios que procedan de la venta de todo lo que llevéis para nosotros. Considerad una vez más la situación, así como el precio del Austershalin durante un recorte de la oferta. Durante el primer año vuestra inversión inicial os produciría, por lo menos, un beneficio diez veces superior. Dadnos cinco o diez años…

—Sí —don Lorenzo jugueteaba con sus antiparras—, pero, perdóneme Lukas. De algún modo, sentado aquí, discutiendo la posible destrucción de su Casa y su traslado a una ciudad situada a casi ochocientos kilómetros al sur, no parece… muy molesto por la situación.

Locke echó mano, entonces, de la mueca divertida que había estado practicando durante semanas delante del espejo.

—Cuando mis jefes comprendieron el espíritu de la presente situación, algunos de ellos sugirieron que, años atrás, deberíamos haber practicado un recorte artificial de la oferta. Pero, estando las cosas como están, nos vemos obligados a hacer de un

doloroso ocaso un glorioso amanecer. Esos seis mil barriles, vendidos a los precios que se corresponden con un corte de la producción. Podríamos regresar a Emberlain con una fortuna que eclipsaría todo lo que dejamos atrás. Y en lo concerniente a vuestra propia situación…

—No estamos hablando de cientos o miles de coronas —doña Sofía acababa de volver del lugar al que le habían llevado sus pensamientos—. Sino de millones. Incluso de varios millones para cada uno.

—Puedo aseguraros —dijo Locke— que mis jefes han preparado otra compensación después de nuestro feliz regreso de Emberlain y de la restauración de los viñedos de Austershalin. Ofrecemos a vuestra familia un incentivo especial en todas las operaciones que Bel Auster haga después; aunque no sea crucial, sí que es digno de tener en cuenta. Un beneficio entre el diez y el quince por ciento. Seríais los primeros extranjeros, y espero que los últimos, a quienes se lo ofrecemos.

Se hizo el silencio.

—Es… una oferta muy tentadora —dijo finalmente don Lorenzo—. Y pensar que todo esto le habría caído en el regazo al señor de Jacobo si no hubiera sido por un descuido. Por los dioses, Lukas, si acaso volvemos a cruzarnos con aquellos bandidos, tendré que darles las gracias por haber hecho que nos conociéramos.

—Bien —dijo Locke, riendo entre dientes—, por mi parte, lo pasado, pasado. Quizá Graumann opine de manera diferente. Pero lo que importa es que, aunque presienta que estaremos celebrándolo dentro de muy poco, aún nos queda conseguir los barcos, poner rumbo a Emberlain y hacernos con el premio. La situación es similar a la de la cuerda que soporta un peso y que comienza a pelarse hasta no ser más que una simple hebra —saludó a los Salvara con su vaso de brandy—. Se partirá.

Fuera, en el agua, el calamar quedó victorioso, y los guardias le recompensaron por su servicio lanzándole con sus ballestas saetas envenenadas. Tuvieron que emplear ganchos y cadenas para subir el cadáver hasta el centro de la Fiesta Cambiante; jamás se devolvía a su jaula a ninguna criatura como aquella después de que hubiera cumplido su propósito. La roja sangre del monstruo se mezcló con la de las víctimas y, poco a poco, se sedimentó hasta formar una gran nube oscura. Incluso aquello iba a jugar una parte deliberadamente importante en lo que tenía que suceder.

5

Los sabios de la Universidad de Therin os dirán, desde la posición confortable que ocupan en las tierras del interior, claro está, que los tiburones-lobo del Mar de Hierro son criaturas hermosas y fascinantes; sus cuerpos son más musculosos que el de un toro; sus costados abrasivos están entreverados con manchas de todos los colores que van desde el verde del cobre viejo al negro de las nubes tormentosas. Pero, también, cualquiera que trabaje en los terrenos ribereños de Camorr o en la cercana costa os

confesará que los tiburones-tigre son unos enormes bastardos agresivos a los que les gusta *saltar*.

Celosamente encerrados en jaulas, muertos de hambre y enloquecidos por la sangre, los tiburones-tigre constituyen el culmen tradicional de la Fiesta Cambiante. Otras ciudades poseen combates de gladiadores; otras ciudades tiran a los hombres a un foso para que luchen contra animales. Pero sólo en Camorr podréis ver a un gladiador armado específicamente para ello (llamado *contrarequialla*) combatir contra un tiburón que está vivo y coleando, y comprobar cómo sólo en Camorr las mujeres son las únicas a las que por tradición se les permite convertirse en una *contrarequialla*.

En eso consiste el Espectáculo de los Dientes.

6

Aunque Locke no hubiera podido decir si las cuatro mujeres eran realmente hermosas, lo cierto es que sí eran realmente impresionantes. Todas eran camorríes de piel morena, y todas eran tan musculosas como una granjera, imponentes incluso desde lejos, y casi no llevaban nada encima: unas tiras de algodón negro por encima del pecho, los taparrabos de los luchadores y unos sutiles guantes de piel. La negra cabellera la tenían echada hacia atrás con ayuda de la tradicional guirnalda roja, engarzada con ajorcas de latón y plata que convertían la luz del sol en cadenas de un blanco destellante. El propósito de dichas ajorcas era materia de discusión. Unos decían que servían para confundir la mala vista de los tiburones, mientras que otros argumentaban que su fulgor servía, precisamente, para que los monstruos pudieran ver mejor a su presa.

Cada *contrarequialla* llevaba dos armas: una jabalina corta en una mano y un hacha de diseño especial en la otra. Los mangos de dichas hachas estaban protegidos por una guarda que les cubría la mano, para que no pudieran perderlas fácilmente; eran asimétricas, con la filosa hoja en un extremo y una púa larga y resistente en el otro. Una luchadora diestra solía intentar cortarle al tiburón las aletas y la cola antes de matarlo; pero sólo muy pocas conseguían matarlo sin emplear la púa. La piel del tiburón-tigre podía ser tan áspera como la corteza de un árbol.

Locke miró fijamente a aquellas mujeres terribles y entonces le invadió la mezcla de melancolía y de admiración que era tan usual en él. A sus ojos, eran tan locas como valientes.

—Ésa que está ahí, a la izquierda del todo, es Cicilia de Ricura —dijo don Lorenzo, señalando a la mujer para provecho de Lukas Fehrwight, mientras se tomaba un descanso después de más de una hora de rápidas negociaciones—. Es una buena chica. Y a su lado está Aganesse, que lleva una jabalina, aunque nunca la use. Las otras dos, bueno, deben de ser nuevas. Por fin algo novedoso en el Espectáculo.

—No habéis tenido la suerte, maese Fehrwight —dijo doña Sofía—, de poder ver hoy a las hermanas Berangias. Son las mejores.

—Posiblemente las mejores de todas las que han estado aquí —don Lorenzo entornó los ojos para evitar parte de la luz que se reflejaba en el agua y así poder calcular el tamaño de los tiburones, que sólo eran visibles como sombras dentro de sus jaulas—. O de todas las que estarán. Pero no han participado en la Fiesta durante los últimos meses.

Locke asintió y se mordió por dentro una de las mejillas. En su condición de Locke Lamora, *garrista* de los Caballeros Bastardos y ratero respetable, conocía personalmente a las gemelas Berangias, por lo que sabía *con exactitud* dónde habían estado durante los últimos meses.

Más abajo, en el agua, la primera luchadora tomaba posiciones. La *contrarequialla* lucha encima de una serie de plataformas escalonadas de una anchura de medio metro cada una de ellas, situadas a menos de veinte centímetros por encima del agua. Aquellas plataformas se asientan sobre una rejilla cuadrada de una anchura de hasta dos metros que deja mucho espacio al contrario para nadar entre ellas. Las mujeres tienen que saltar rápidamente de una a otra de aquellas plataformas para herir a los tiburones cuando éstos se dan la vuelta al saltar; caerse al agua supone el fin de la contienda.

Al otro lado de la hilera de las jaulas de los tiburones (que se abrían con unas cadenas movidas por poleas desde una barca que se encontraba fuera del alcance de cualquier posible actividad tiburonil) se encontraba una barquichuela tripulada por remeros voluntarios (que estaban muy bien pagados), la cual llevaba a los tres observadores tradicionalmente instituidos del Espectáculo de los Dientes. El primero de ellos era el sacerdote de Iono, con su túnica verdemar ribeteada de plata. A su lado, con una túnica negra y una máscara de plata, se encontraba la sacerdotisa de Aza Guilla, Señora del Largo Silencio, diosa de la muerte. El último era un físico, cuya presencia siempre impresionaba a Locke por parecerle un detalle extremadamente optimista.

—¡Camorr! —la mujer joven, posiblemente Cicilia de Ricura, alzó sus armas por encima de su cabeza. La siguió el poderoso murmullo de la muchedumbre, que desapareció para dejar sólo el chapoteo del agua contra las embarcaciones y los rompeolas. Quince mil observadores recibieron el grito colectivo de «¡Dedico esta muerte al duque Nicovante, nuestro señor y patrón!». Tal era el saludo tradicional de las *contrarequialla*; aquella «muerte» sonaba muy bien, porque podía referirse a cualquiera de los participantes en la batalla.

Entre la floritura de las trompetas y los vivas del gentío, los hombres de la barca que se encontraba lejos de la circunferencia formada por las jaulas soltaron el primer tiburón de la tarde. El pez de más de tres metros de largo, enloquecido por la sangre, salió disparado de su encierro y comenzó a dar círculos alrededor de las plataformas escalonadas, con su siniestra aleta gris cortando el agua y formando una ola. Cicilia

se balanceó sobre uno de sus pies y se agachó para chapotear en el agua con el talón del otro mientras lanzaba improperios y gritos de desafío. El tiburón aceptó el señuelo y en pocos segundos se encontró entre las plataformas, con su rechoncho cuerpo agitándose de atrás adelante como un péndulo hecho de dientes.

—¡A ése no le gusta perder el tiempo! —don Lorenzo se secó las manos—. Estoy por apostar que va a saltar.

Apenas habían salido de su boca aquellas palabras, cuando el tiburón salió disparado del agua en medio de una profusión de minúsculas gotitas plateadas, lanzándose hacia la luchadora agachada. Como el tiburón no saltó muy alto, Cicilia pudo esquivarlo saltando hacia la derecha, encima de la plataforma que se encontraba al lado de la suya. Cuando se encontraba en el aire, lanzó la jabalina hacia atrás; el astil se hundió en el flanco del tiburón y permaneció, tembloroso, en él durante un segundo, antes de que aquella masa aerodinámica de músculos regresara al agua con un chapoteo. La reacción de la muchedumbre no fue unánime en sus comentarios: aunque el lanzamiento había dado muestras de una agilidad notable, adolecía de falta de energía. No sólo el tiburón de Cicilia estaba mucho más asustado que antes, sino que ésta había desperdiciado la jabalina.

—Oh, una decisión inapropiada —doña Sofía chasqueó la lengua—. Esa muchacha necesita aprender a tener un poco de paciencia. Ahora veremos si su nuevo amigo le pone las cosas fáciles.

Volteándose y esparciendo una nube de agua rosada a derecha e izquierda, el tiburón maniobró para lanzar otro ataque, persiguiendo en la superficie a la sombra de Cicilia. Ésta saltaba con gran viveza de una a otra plataforma, el hacha bocabajo, para que el pincho quedara hacia arriba.

—Maese Fehrwight —mientras observaba la contienda, don Lorenzo se había quitado las gafas y jugueteaba con ellas, pues no las necesitaba para ver de lejos—, puedo aceptar sus términos, pero debe comprender que la parte que me toca en los preliminares es muy arriesgada, especialmente en lo que se refiere al total de los fondos de que dispongo. Por eso, mi propuesta es que el reparto de las ganancias que se obtengan de las ventas del Austershalin se ajusten al cincuenta y cinco/cuarenta y cinco, a mi favor.

Mientras Locke hacía como si estuviera ponderando aquella propuesta, Cicilia subía los brazos y saltaba para salvar la vida, la rápida aleta gris rasgando el agua justo debajo de ella.

—Estoy autorizado para haceros esa concesión en representación de mis superiores. A cambio… voy a fijar en un cinco por ciento los intereses de la propiedad de vuestra familia que acogerá los viñedos de Austershalin.

—¡Hecho! —el noble sonrió—. Aportaré los fondos necesarios para dos galeones grandes, la tripulación y los oficiales, los arreglos y flecos que se necesiten, y el cargamento que llevaremos al norte. Uno de los galeones estará bajo mi mando, y el otro bajo el suyo. Elegiré los mercenarios que habrán de ir en cada uno de los navíos

para mejorar nuestra seguridad. Conté irá con usted; su Graumann se quedará a mi lado. Cualquier gasto que sobrepase nuestro presupuesto en más de veinticinco mil coronas de Camorr tendrá que ser autorizado por mí.

El tiburón volvió a saltar y a fallar; durante unos instantes, Cicilia se mantuvo en la plataforma con un solo brazo mientras movía el hacha con el otro. Los espectadores rugieron cuando el tiburón dio una vuelta desaliñada en el agua y retrocedió para encontrar otro camino.

—Conforme —dijo Locke—. Cada uno de nosotros se quedará con una copia del contrato debidamente firmada; otra adicional se quedará en Therin, en el despacho de un notario que no sea partidario de ninguno de nosotros, para ser abierta y examinada en el caso de que, en el transcurso de un mes, alguno de nosotros sufriera… un accidente mientras transportábamos los barriles. Dejaremos otra copia más, debidamente firmada, en Vadran, al cuidado de un agente que conozco, para que eventualmente se la entregue a mis superiores. Esta tarde necesitaré en el Hogar Vacilante un amanuense y un pagaré de cinco mil coronas con fecha de mañana para cobrar en el Meraggio y así comenzar a trabajar inmediatamente.

—¿Sólo nos queda eso por hacer?

—Así es.

El noble permaneció en silencio durante unos segundos.

—Al infierno con ello. Estoy de acuerdo. Estrechémonos las manos y corramos a la aventura.

Fuera de allí, sobre el agua, Cicilia hizo una pausa y sopesó el hacha, aguardando el momento en que el tiburón, que llegaba por la derecha con un movimiento ondulante, se acercara hasta la plataforma donde se encontraba, ya que se movía demasiado despacio para saltar. En el mismo momento en que Cicilia se levantaba para cargar todo su peso en el golpe, el tiburón saltó en el agua, cerca de uno de los costados de ella, adoptando con su cuerpo la forma de una «U», y volvió a sumergirse. Dicha maniobra hizo que su cola restallara en el aire y alcanzara a la *contrarequialla* justo debajo de las rodillas. Gritando más por el susto que por el dolor, Cicilia de Ricura cayó al agua de espaldas.

Todo terminó en breves segundos; el tiburón regresó, mordiendo, y debió de atraparla por una pierna, si es que no por las dos. Ambos dieron vueltas y más vueltas en el agua… Locke pudo captar la forma de la aterrada mujer mientras se confundía con el áspero costado oscuro del tiburón; blanco y luego gris; gris y luego blanco. En pocos momentos, la espuma de color rosa volvió a oscurecerse de rojo, y las dos sombras que peleaban entre sí se hundieron en las profundidades que se abrían bajo las plataformas. Mientras la mitad de la muchedumbre expresaba su aprobación con ruidosos gritos, la otra mitad agachó la cabeza en un respetuoso silencio que sólo duró lo que la siguiente joven tardó en entrar en el interior del círculo de agua roja.

—¡Por los dioses! —doña Sofía se quedó mirando la mancha que se iba extendiendo por el agua; las luchadoras sobrevivientes agacharon la cabeza y los

sacerdotes hicieron en común alguna suerte de bendición—. ¡Increíble! Atrapada tan pronto y con un truco tan sencillo. Bueno, mi padre solía decir que un momento de despiste en el Espectáculo era mucho peor que diez despistes en otras circunstancias.

Locke le dedicó una profunda reverencia, tomando una de sus manos y besándosela.

—Ciertamente, doña Sofía. Ciertamente.

Sonriendo amablemente, le dedicó otra reverencia y se volvió hacia su marido para estrecharle la mano.

Interludio

Locke se queda a cenar

1

—¿Qué? —poco le faltó a Locke para dar un salto—. ¿De qué estás hablando?

—Muchacho —dijo Cadenas—, mi querido y joven muchacho, tan brillante a veces; tus horizontes son muy estrechos. Eres lo suficientemente listo para jugarle a alguien una broma pesada, pero no tanto para prever las consecuencias de tus actos. Hasta que aprendas a calcular las repercusiones de lo que vas a hacer no harás sino poneros en peligro a ti mismo y a todos los que te rodean. Aunque no puedes evitar tus pocos años, ya es tiempo de que dejes de comportarte como un estúpido. Así que escucha atentamente.

»Tu primer error fue éste: Aceptar una moneda de la Guardia no es una ofensa que se pague con una paliza, sino con *la muerte*. ¿Está claro? Aquí, en Camorr, es la Guardia quien acepta *nuestras* monedas y no a la inversa. Es una regla grabada en piedra que carece de excepciones, no importa el tipo de ladrón que seas o cuáles sean tus intenciones. Significa la muerte. Significa que te rebanen el cuello, que te arrojen a los tiburones; supone una ofensa que te hace ir al encuentro de los dioses, ¿entendido?

Locke asintió.

—Así pues, cuando la armaste con Veslin, *realmente* la armaste de verdad. Y la fastidiaste del todo cuando usaste la moneda de hierro blanco. ¿Sabes el valor exacto de una corona entera?

—Vale un montón.

—Ja. «Un montón» no es un «valor exacto». ¿No hablas en therinés o es que, realmente, no sabes hablarlo?

—Creo que no sé hablarlo.

—Bueno, aunque todo hubiera ido mejor y no se hubiese llegado a lo que se llegó, esa pequeña moneda de lustroso hierro blanco seguiría valiendo cuarenta solones de plata. ¿Qué te parece? Doscientos cuarenta cobres. Abres unos ojos como platos. ¿Significa eso que comprendes la suma enorme de la que te hablo?

—Sí. ¡Uff!

—Sí, uff. Permíteme que amplíe tu perspectiva. Para que un casaca amarilla, uno de nuestros abnegados e infinitamente atareados guardias ciudadanos, pudiera cobrar esa cantidad, tendría que estar trabajando diariamente durante más de dos meses. Y, comparados con la gente corriente, los guardias están bien pagados, y tan seguros como la mierda bendita porque no les pagan con hierro blanco.

—Oh.

—Así pues, no sólo se trataba de que Veslin estuviera cogiendo dinero, sino de que había cogido demasiado dinero. ¡Una corona entera! Seguro que Morgante lloró. Puedes comprar una muerte por mucho menos, la tuya incluida.

—¿Y… humm… cuánto pagaste por mi…? —Locke se dio una palmada en el pecho, sobre el que aún colgaba la señal de muerte, oculta bajo la camisa.

—Aunque no intento menoscabar la alta opinión que tienes de ti mismo, no estoy seguro de haber obrado sabiamente al pagar dos cobres por ti —al ver la expresión del chico, Cadenas no pudo reprimir la risotada que le salió muy natural; su voz sonó tan seria como siempre cuando añadió—: Sigue pensándolo, muchacho. Aunque seguimos con la misma cuestión. Por mucho menos hubieras podido disponer de varios tíos cachas. Hubieras podido comprar cinco o seis negocios importantes, si sabes a qué me refiero. Así que, cuando metiste una moneda de hierro blanco entre las cosas de Veslin…

—¿Era demasiado dinero… para algo… tan simple?

—Lo era. Era muchísimo para ser sólo por conseguir información o por cumplir algún recado. Nadie en su sano juicio le hubiera dado una corona entera a un jodido raterillo de cementerio. A menos… que a ese ladronzuelo le hubieran pagado para hacer algo gordo. Matar a tu antiguo maestro, por ejemplo. Llenar de humo la Colina de las Sombras para hacer salir a todos los que estuvieran dentro. Y si el pobre Hacedor de Ladrones se sintió desconcertado al descubrir que Veslin estaba en el ajo, podrás imaginarte cómo se sintió al descubrir cuánto dinero había en juego.

Locke asintió vigorosamente.

—Ahhhhh, eso. Dos errores. Tu tercer error fue comprometer a Gregor. ¿*Se suponía* que a Gregor le tenía que alcanzar aquel feo asunto?

—No, pero no me gustaba. Quizá quería que le tocara algo a Gregor, pero no tanto como a Veslin.

—Eso tuvo que ser. Tenías un blanco al que acertar, pero no controlaste la situación. La jugada con Veslin se te escapó de las manos y el cuchillo acabó por darle también a Gregor Foss.

—Creo que es lo mismo que dije antes, ¿o no? ¡Ya lo he confesado!

—¿Te enfadas? Pues sí, deberías estar… enfadado por haberla jodido. Enfadado por no ser tan astuto como suponías. Enfadado porque los dioses le dieran a mucha gente la misma clase de cerebro que le dieron a Locke Lamora. ¿A que jode?

Locke apagó su lamparilla con un soplido y luego la lanzó por encima del parapeto, tan alto como se lo permitía su delgado brazo, describiendo un arco. El ruido que hizo al estrellarse se perdió en el murmullo de la ajetreada noche camorrí. El chico cruzó los brazos sobre su cuerpo, a la defensiva.

—Bueno, muchacho, realmente es de agradecer que te hayas liberado del peligro de esa lámpara —Cadenas aspiró una última bocanada de humo y luego aplastó los

restos del cigarrillo en las piedras del tejado—. ¿Iba a informarle al Duque? ¿Planeaba asesinarlos?

Locke no dijo nada, los dientes apretados y el labio inferior hacia delante. Petulancia, según el lenguaje no verbal de los que son muy jóvenes. Cadenas emitió un bufido.

—Me creo todo lo que me has contado, Locke, porque tuve una larga charla con tu antiguo maestro antes de librarte de sus manos. Como dije, él me lo contó todo. Me habló acerca del último error que cometiste, que era el mayor. El que sirvió para ponerle sobre aviso a él y el que te trajo hasta aquí. ¿No adivinas cuál pudo ser?

Locke denegó con la cabeza.

—¿No puedes o no quieres?

—Realmente no lo sé —dijo Locke, la mirada gacha—. No había… pensado en ello.

—¿No les enseñaste a los otros chicos de los Calles la moneda de hierro blanco? Te habían ayudado a conseguirla. A algunos de ellos les dijiste para qué podría servir. Y aunque les ordenaste que no lo contaran… ¿qué hiciste luego para respaldar esa orden?

Locke abrió unos ojos como platos; en cuanto le abandonaba la petulancia volvía a hacer pucheros.

—Ellos… también odiaban a Veslin. Querían cazarlo.

—Claro que sí. Y quizá eso hubiera servido durante un día. Pero ¿y después? Después de que Veslin y Gregor hubieran muerto, ¿no iba a tener tu maestro la ocasión de desanimar a unos cuantos en cuanto reflexionasen sobre la situación? ¿Y si comenzaba a hacer preguntas sobre cierto chico apellidado Lamora? ¿Y si cogía a algunos de tus pequeños compañeros, los que estaban con los Calles, y les preguntaba muy educadamente si habían visto que Locke Lamora hubiera hecho algo… inusual, incluso para lo que él acostumbraba hacer?

—Oh —el chico hizo una mueca de dolor.

—Oh, oh, oh —Cadenas le dio una palmadita en el hombro—. ¡La iluminación! Cuando llega es como un ladrillazo en la cabeza, ¿no?

—Supongo.

—Así pues —dijo Cadenas—, acabas de comprender por qué todo salió mal. Locke, ¿cuántos chicos y chicas hay en aquella colina? ¿Cien? ¿Ciento veinte? ¿Más? ¿A cuántos crees, realmente, que tu antiguo maestro hubiera podido manejar si se hubiesen vuelto contra él? Uno o dos no serían un problema, pero ¿y cuatro? ¿Y ocho? ¿Y todos ellos?

—Nosotros… hum… Creo que nosotros jamás… pensamos en eso.

—Porque él no gobierna en su cementerio mediante la lógica, muchacho, sino mediante el miedo. El miedo que sienten por él hace que los más mayores no se desmanden. El miedo que sentís por él hace que los mierdecillas como tú no se aparten de la línea. Todo lo que socave ese miedo supone una amenaza a su posición.

¡Y entonces entró Locke Lamora enarbolando la bandera de la tontería y pensando de sí mismo que era mucho más listo que el resto del mundo!

—Yo realmente… no pienso… que sea más listo que el resto del mundo.

—Lo pensabas hace apenas tres minutos. Escucha. Yo soy un *garrista*. Eso quiere decir que soy el jefe de una banda, aunque sea pequeña. Tu antiguo maestro también es un *garrista*, el *garrista* de la Colina de las Sombras. Y cuando te entrometes con la manera en que el jefe dirige su banda, entonces salen a relucir los cuchillos. ¿Durante cuánto tiempo crees que el Hacedor de Ladrones hubiera podido controlar la Colina de las Sombras si se hubiese corrido el rumor de que te habías cachondeado de él de un modo tan gracioso? ¿De que habías estado tirando de él como si fuera un gato con correa? Jamás volvería a recobrar el control efectivo de sus huérfanos y ellos seguirían dale que dale hasta que todo terminara en sangre.

—¿Y por eso se ha librado de mí? ¿Y qué hay de los Calles? ¿Qué pasa con los que me ayudaron a tenderle la trampa a Veslin?

—Buenas preguntas. Y fáciles de contestar. Tu antiguo maestro recoge a los huérfanos de las calles y los mantiene consigo durante unos pocos años; por lo general, están con él hasta que cumplen doce o trece años. Les enseña lo básico: cómo robar y hablar en jerga, y cómo mezclarse con la Buena Gente; cómo comportarse en la banda y cómo salir de un lío. Cuando ya ha terminado con ellos se los vende a las bandas mayores, las bandas de verdad. ¿No lo ves? Acepta pedidos. Quizá los Caras Grises necesitan una chica para robar en un segundo piso. Quizá los Chicos del Arsenal necesitan un pequeño matón. Es una gran ventaja para las bandas, porque les proporciona nuevos reclutas sin necesidad de tener que molestarse en buscarlos.

—Ahora comprendo. Por eso… me ha vendido a ti.

—Sí. Porque tú eres un caso muy especial. Tienes habilidades aprovechables, aunque lo hecho hasta ahora haya sido terrible. ¿Y tus amiguitos de los Calles? ¿Crees que tienen tus dones? No son más que pequeños carteristas del montón, ladronzuelos de lo más corriente. No están maduros. Nadie, excepto los traficantes de esclavos, daría un cobre por ellos, y si tu antiguo maestro, por triste y viejo que sea su corazón, tuviera una pizca de auténtica conciencia, no tendría que vender ni uno solo de ellos a los infames que los reclutarán por fuerza, ni siquiera por todas las monedas de Camorr.

—Es… lo que has dicho. Tenía que… hacer algo a los que conocíamos lo de la moneda. A todos los que podían… imaginarse algo o contarlo. Y yo era el único al que podía vender.

—Correcto. Y en cuanto a los demás… —Cadenas se encogió de hombros—. Hay que ser rápido. En dos o tres semanas a partir de ahora ya nadie recordará sus nombres. Ya sabes cómo funciona todo en la colina.

—Yo los he matado.

—Sí —Cadenas no endulzó el tono de su voz—. Realmente los mataste. Y tan cierto como que intentabas hacer daño a Veslin, causaste la muerte de Gregor y de cuatro o cinco de los pequeños camaradas que estaban contigo en el asunto.

—Mierda.

—¿Puedes ver ahora cuáles han sido las consecuencias? ¿Comprendes por qué tienes que hacer movimientos lentos, pensando antes y controlando la situación? ¿Por qué necesitas que las cosas se asienten, aguardando el momento preciso para que tus sentidos se emparejen con el talento que posees para las picardías? Disponemos de años para trabajar juntos, Locke. Años para que tú y mis otros diablos pequeños practiquéis sin prisas. Y éstas son las normas, por si quieres quedarte aquí: nada de juegos, nada de timos, nada de tonterías, *nada de nada* excepto cuando y en donde yo te lo diga. Cuando alguien como tú empuja al mundo, el mundo se vuelve hacia él. Otros que lo intentan suelen hacerse daño. ¿He sido claro?

Locke asintió.

—Ahora —echó los hombros hacia atrás con un chasquido y giró la cabeza de uno a otro lado; hubo una serie de ruidos como si algo crujiera en su interior—… ahhh. ¿Sabes lo que es una ofrenda de muerte?

—No.

—Es algo que hacemos por el Benefactor. Lo hacemos los que hemos sido iniciados a los Trece. En ocasiones, alguno de nosotros se descarría por lo que sea, como le sucede a la Buena Gente de Camorr. Cuando perdemos a alguno de los nuestros, cogemos algo que sea de verdadero valor y lo tiramos. De verdad, al mar, al fuego, o a donde sea. Lo hacemos para que nuestros amigos no se pierdan por el camino. ¿Me sigues?

—Sí, pero mi antiguo maestro…

—Oh, también lo hace, créeme. Aunque sea un auténtico avaro y siempre se comporte como tal, lo hace por todos los que se pierden. Sabes que no te lo diría. Y ahora llegamos a lo importante… Hay una regla que regula la ofrenda. No se puede ofrecer lo que uno quiera. No se puede dar lo que ya se tiene. Tiene que ser algo obtenido mediante el robo, o sea, sin el permiso o la aquiescencia de la persona a la que se roba. ¿Me sigues? Tiene que ser el resultado de un genuino robo.

—Uh, claro.

El padre Cadenas chasqueó los nudillos.

—Locke, tienes que hacer una ofrenda de muerte por cada uno de los chicos o chicas que han muerto por tu culpa. Una por Veslin, otra por Gregor. Y otras más por cada uno de los amiguitos que tenías entre los Calles. Seguro que dentro de pocos días sabrás cuántos son.

—Pero yo… no eran…

—Claro que eran amigos tuyos, Locke. Eran muy buenos amigos, porque gracias a ellos vas a aprender que el matar a alguien siempre tiene consecuencias. Una cosa es matar a alguien en duelo, en defensa propia o por venganza, y otra matar a alguien

por descuido; así que esas muertes permanecerán en tu conciencia hasta que seas lo suficientemente cuidadoso para hacer llorar a los santos de Perelandro. Tu ofrenda de muerte será la suma de mil coronas enteras por cabeza. Todas ellas robadas con propiedad y por tu propia mano.

—¿Qué? ¿Mil coronas? ¿Por cada uno? *¿Mil?*

—Y podrás arrancarte del cuello la señal de muerte que llevas en él cuando hayas acabado de ofrecer la última de todas esas coronas, pero no antes.

—¡Es imposible! ¡Tendré que llevarla encima… para siempre!

—Te llevará años. Pero aquí, en mi templo, somos ladrones, no asesinos. Y el precio que voy a poner a tu vida es que muestres respeto por los muertos. Esos chicos y chicas son tus víctimas, Locke. Métetelo en la cabeza. Los dioses son testigos de que te hallas en deuda con ellos. Así que, si quieres quedarte a vivir aquí, tendrás que reconocerla con un juramento de sangre. ¿Querrás cumplirlo?

Dio la impresión de que Locke se lo pensaba durante unos segundos. Luego agitó la cabeza como si quisiera echar fuera aquellos pensamientos y asintió.

—Entonces extiende la mano izquierda.

Mientras Locke hacía lo ordenado, Cadenas extrajo de sus ropas un delgado estilete de acero pavonado y cruzó con él la palma de su propia mano izquierda; luego, sosteniendo firmemente la mano de Locke, hizo un doloroso corte en ella, aunque superficial, que iba del pulgar hasta el índice. Después se estrecharon las manos con firmeza hasta que en sus respectivas palmas se mezcló la sangre de ambos.

—Ya eres un Caballero Bastardo, como todos nosotros. Yo soy tu *garrista* y tú eres mi *pethon*, mi pequeño soldado. ¿Tengo tu palabra, rubricada en sangre, de que harás lo que acabo de pedirte que hagas? ¿Harás las ofrendas de que hablamos para las almas de aquellos a quienes hiciste daño?

—Las haré —dijo Locke.

—Bien. Eso significa que puedes quedarte a cenar. Bajemos del tejado.

2

Detrás de la puerta cubierta con una cortina que se encontraba en la trasera del templo había una sala mugrienta que conducía a varias habitaciones igual de pringosas: la humedad, el moho y la pobreza se desplegaban allí de un modo exuberante. Había celdas con jergones iluminadas por lamparillas de aceite que desprendían el olor de la cerveza barata. Varios rollos de papiro y códices estaban desperdigados por los jergones; unos hábitos en un discutible estado de limpieza colgaban de todos los percheros de las paredes.

—He aquí una estupidez necesaria —Cadenas movía las manos de un lado para otro mientras conducía a Locke hacia la habitación más cercana a la cortina, como si estuviera enseñándole un palacio—. Por lo general, el juego de los invitados solemos

hacérselo a los tutores o a los sacerdotes itinerantes de la Orden de Perelandro, para que vean lo que se supone que tienen que ver.

El propio jergón de Cadenas (Locke sabía que era el suyo porque los grilletes que había visto antes en una pared no hubieran permitido que las cadenas pudieran llegar a ningún otro dormitorio) descansaba encima de un bloque de sólida roca, una especie de anaquel muy consistente que sobresalía de la pared. Cadenas alargó una mano por debajo de las mantas mohosas, giró algo que hizo un chasquido metálico y entonces el jergón se levantó como si fuera la tapa de un ataúd; las mantas se metieron en una especie de panel de madera con goznes que entraba en la piedra. Una incitante luz dorada brotó del interior del bloque de piedra, junto con los aromas a especias de la alta cocina de Camorr. Locke sólo los conocía por olerlos en el distrito de Alcegrante o porque se escapaban de algunas posadas y casas.

—¡Adentro! —dijo Cadenas con un gesto, y Locke miró furtivamente por encima del borde del bloque de piedra. Una tosca escalera de madera bajaba por un pozo cuadrado sólo un poco más ancho que los hombros de Cadenas, el cual se terminaba unos siete metros más abajo en un suelo de madera pulimentada—. ¡No te quedes ahí como un tonto, baja!

Locke obedeció. Los peldaños de la escalera eran grandes, toscos y con mucho espacio entre sí; no tuvo problemas para bajar por ella, así que cuando salió del pozo se encontró en un pasadizo estrecho que bien hubiera podido hallarse en la torre del mismísimo Duque. El suelo era de madera pulimentada, con largos tablones rectos de color dorado oscuro que crujían placenteramente bajo sus pies. El techo abovedado y las paredes estaban completamente recubiertos con una sustancia cristalina de tonos similares a los de la leche tostada, los cuales proporcionaban una tenue luz, como la del sol al insinuarse detrás de las oscuras nubes en la estación de las lluvias. Con una serie de porrazos, gruñidos y tintineos (pues Locke acababa de descubrir que llevaba el pequeño saco de arpillera con las monedas donadas aquel día), Cadenas bajó tras él y se quedó esperándole. Dio un tirón de la soga atada a la escalera y el falso jergón que se encontraba más arriba se replegó y quedó cerrado.

—¿No te gusta más este sitio?

—Sí —Locke pasó una mano por la superficie lisa de una de las paredes. El vidrio estaba a menor temperatura que el aire del entorno—. Es cristal antiguo, ¿no?

—Tan cierto como que el infierno no está pintado de blanco —Cadenas azuzó a Locke para que recorriera el pasadizo de la izquierda, cuya esquina habrían luego de doblar—. El sótano del templo está completamente cubierto por esta materia. Forrado con ella. Hace cientos de años que el templo se construyó encima. Por lo que sé, lo recubre completamente con excepción de uno o dos túneles estrechos que llevan a otros tantos lugares interesantes. Es a prueba de inundaciones, pues jamás llega hasta aquí abajo ni una sola gota del agua de arriba, ni aunque se desborde y a la gente que vaya por la calle le llegue a la cintura. Y mantiene alejadas a las ratas, a las

cucarachas, a las arañas chupadoras y a toda esa peste mientras efectuamos nuestras correrías e incursiones.

El repiqueteo de las cacerolas de metal y las risitas de los hermanos Sanza llegó a sus oídos en cuanto doblaron la esquina y se encontraron en una cocina instalada de una manera bastante confortable, con altos armarios de madera y una larga mesa de madera de álamo negro rodeada por sillas de respaldo alto. Locke entornó los ojos al ver los cojines de terciopelo negro de las sillas y las hojas de oro que esmaltaban las superficies de los objetos que se encontraban sobre la mesa.

Calo y Galdo trabajaban en un horno de ladrillos instalado en uno de los armarios, revolviendo cazuelas y cortando con los cuchillos encima de la enorme losa alquímica del hogar, de color blanco. Locke había visto otros bloques de aquella piedra que desprendía calor, aunque no humo, cuando se le echaba agua encima, aunque no tan grandes, porque la que tenía enfrente debía de pesar tanto como el padre Cadenas. Mientras miraba, Calo (¿o era Galdo?), levantó una cacerola y cogió un cántaro de cristal, derramando parte del agua que contenía encima de la losa que siseaba; el gran chorro de vapor que salió de ella arrastró consigo un ramillete de deliciosos aromas culinarios, de suerte que Locke sintió cómo la boca se le hacía agua.

Colgado encima de la mesa de álamo negro ardía un vistoso lustre; en los años siguientes descubriría que se trataba de una esfera armilar hecha completamente de cristal con un eje de oro sólido. En su corazón ardía un globo alquímico que daba el mismo resplandor de color bronce claro que la luz del sol; lo rodeaban las esferas concéntricas que señalaban las órbitas y los movimientos del orbe y de sus primos celestes, incluidas las tres lunas; en su periferia había un centenar de estrellas titilantes que se asemejaban a las gotitas de un cristal que, fundido al hacer explosión, se hubieran congelado en aquel mismo instante. Aunque la luz se movía, desprendiendo luz y calor por todas y cada una de las partes del lustre, había algo en él que no iba bien; era como si los techos y las paredes de cristal antiguo *absorbieran* la luz del sol alquímico para, después de atenuarla, distribuirla por todas las superficies de cristal antiguo que recubrían el sótano.

—Bienvenido a nuestro auténtico hogar, el pequeño templo que hemos erigido al Benefactor —Cadenas agitó la bolsa con las monedas por encima de la mesa—. Nuestro patrón siempre ha insistido de alguna manera en que la austeridad y la piedad han de ir de la mano; aquí abajo nosotros mostramos el aprecio que tenemos por las cosas *apreciándolas*, creo que me sigues. ¡Muchachos! ¡Ved quién ha sobrevivido a la entrevista!

—Jamás pusimos en duda que sobreviviera a ella —dijo uno de los gemelos.

—Ni por un instante —dijo el otro.

—¿Podremos saber ahora qué hizo para que le echaran a patadas de la Colina de las Sombras? —la pregunta, hecha al unísono por ambos, tenía todo el tufillo de un ritual practicado en otras ocasiones.

—Cuando seáis mayores —Cadenas enarcó las cejas al mirar a Locke y negó con la cabeza, asegurándose de que pudiera ver aquellos gestos—. *Mucho* más mayores. Locke, ¿puedo albergar la esperanza de que sabes cómo sentarte a la mesa?

Cuando Locke dijo «no» con la cabeza, Cadenas le condujo hasta un armario bastante alto que se encontraba a la izquierda de la plancha de la cocina, lleno de platos de porcelana; Cadenas cogió uno y se lo acercó a Locke para que éste pudiera apreciar el motivo heráldico pintado a mano en él (un guante de malla metálica que agarraba una flecha y una parra) y el brillo dorado de su borde.

—Tomado prestado —dijo Cadenas— de modo, digamos, permanente de doña Isabella Manechezzo, la vieja tía viuda de nuestro duque Nicovante. Como murió sin hijos y apenas celebró fiestas, es como si ahora las *hiciéramos* por ella. ¿Comprendes ahora por qué algunos de estos actos nuestros, que a los extraños pueden parecerles crueles y delictivos, son, si los miras bajo la óptica apropiada, más que convenientes? Sólo son obra de la mano del Benefactor, o eso queremos creer. Pero si él no quisiera que obráramos de tal suerte, no podríamos encontrar la diferencia.

Cadenas le tendió el plato a Locke (que lo agarró con un cuidado exagerado y miró muy de cerca su borde dorado) mientras pasaba con mucho cariño la mano derecha por encima de la superficie de la mesa de madera de álamo negro.

—Ésta era propiedad de Marius Cordo, maestro mercader de Tal Verrar. Estaba en el interior del camarote grandísimo de una galera de tres puentes. ¡Enorme! Ochenta y seis remos. Tuve cierto problema con él, así que me la llevé, junto con las sillas, las alfombras, los tapices y toda su ropa. Lo saqué todo del barco. Le dejé el dinero. Lo hacía con un propósito. Todo, menos la mesa, lo arrojé al Mar de Bronce.

—¡Y eso! —Cadenas señaló con un dedo al celestial lustre—. Eso se lo iban a mandar desde Ashmere al viejo señor de Leviana dentro de uno de los coches de un convoy muy bien vigilado. Sin saber cómo, en el transcurso del viaje se convirtió en una caja llena de paja —Cadenas tomó otros tres platos del armario y los depositó en los brazos de Locke—. Maldición. Antes era mucho mejor que ahora, pues ahora sólo trabajo para comer.

—Uff —dijo Locke, agobiado por el peso de tan excelente loza.

—Oh, sí —Cadenas hizo un gesto hacia la silla que se encontraba en la cabecera de la mesa—. Pon aquí uno para mí. Otro a mi izquierda, para ti. Otros dos a mi izquierda, para Calo y para Galdo. Si fueras mi criado y te dijera que no podías comer conmigo, entonces estaríamos siguiendo la moda. ¿Puedes repetirlo?

—La moda.

—Correcto. Así es como suelen comer la gente de alcurnia y los poderosos cuando están con sus familiares cercanos y, quizá, con uno o dos amigos —el modo en que Cadenas le había mirado y el énfasis que había puesto en la voz sugerían que esperaba que Locke recordara aquella lección, así que comenzó a introducirle en las peculiaridades de la cristalería, las servilletas de lino y la cubertería de plata.

—¿Qué tipo de cuchillo es éste? —a la espera de la inspección de Cadenas, Locke mantenía sobre su mano el utensilio de punta redonda que se emplea para extender la mantequilla—. Está mal hecho. Con esto no puedes matar *a nadie*.

—Bueno, la verdad es que no con cierta facilidad, eso puedo garantizártelo, chico —Cadenas indicó a Locke dónde debía colocar el cuchillo de la mantequilla, los platos y cuencos más pequeños—. Pero cuando los aristócratas se juntan a cenar, es una falta de educación matar a alguien con otra cosa que no sea veneno. Ese chisme sirve para extender la mantequilla, no para cortar la tráquea en rodajas.

—Con todo esto, es muy complicado incluso ponerse a comer.

—Bueno, en la Colina de las Sombras no hacías ascos cuando comías la panceta fría y las empanadas llenas de porquería que, gracias a los cuidados de tu antiguo maestro, os comíais los unos encima de los culos de los otros. Pero ahora eres un Caballero Bastardo, y hago énfasis en lo de «caballero». Ahora aprenderás a comer de la manera que te digo y cómo servir a la gente que le gusta comer así.

—¿Por qué?

—Porque algún día, Locke Lamora, te verás obligado a cenar con barones, condes y duques. ¡Cenarás con comerciantes, almirantes, generales y damas de todo tipo…! —Cadenas puso dos dedos bajo la barbilla de Locke, consiguiendo que éste alzase la cabeza para que su mirada se encontrara con la suya—. Y cuando lo hagas, esos pobres idiotas no tendrán ni la menor idea de que, en realidad, están cenando con un ladrón.

3

—¿No es magnífico?

Sobre la mesa espléndidamente aderezada, Cadenas alzó un vaso vacío y brindó a la salud de sus tres jóvenes pupilos; los cuencos de cobre humeantes y la magnífica vajilla de loza mostraban los logros de Calo y los esfuerzos de Galdo en el fogón. Locke, sentado encima de dos cojines para que sus codos quedaran, precisamente, a la misma altura que la mesa, miraba con los ojos muy abiertos los alimentos y la cubertería. Se sentía desconcertado por lo deprisa que había escapado de su antigua vida para caer en aquella otra nueva donde le rodeaba tanta gente disparatada, aunque, curiosamente, agradable.

Cadenas sacó una pequeña botella de algo a lo que llamó «vino alquímico»; aquella sustancia era viscosa y oscura. Cuando quitó el corcho, el aire se llenó con el aroma del junípero; durante un breve instante se impuso al aroma especiado de los platos principales. Cadenas sirvió una cantidad generosa de la sustancia en el vaso vacío que, bajo la brillante iluminación, adquirió el color de la plata fundida. Cadenas alzó el vaso hasta ponerlo delante de sus ojos.

—Una libación al aire para el que sienta con nosotros sin ser visto; el patrón y protector, el Guardián Avieso, el Padre de los Pretextos Necesarios.

—Te damos las gracias por los bolsillos insondables pobremente guardados —dijeron al unísono los hermanos Sanza, y Locke tomó buena nota de lo seria que era su entonación.

—Te damos las gracias por los guardias que se duermen en su puesto —dijo Cadenas.

—Te damos las gracias por la ciudad que nos alimenta y la noche que nos oculta —le respondieron.

—¡Te damos las gracias por los amigos que nos ayudan a gastar las ganancias! —Cadenas bajó el vaso medio lleno y lo dejó en el centro de la mesa. Luego tomó otro más pequeño para verter en él un dedo del líquido plateado—. Una libación al aire para una amiga ausente. Deseamos todo el bien a Sabetha y rezamos para que regrese sana y salva.

—Quizá nos la encontremos un poco menos alocada cuando vuelva —dijo uno de los Sanza, a quien Locke le asignó, mentalmente, el nombre de Calo para disponer de una referencia.

—Y más humilde —Galdo asintió con la cabeza después de pronunciar aquellas palabras—. Sería genial que se hubiera vuelto un poco más humilde.

—Los hermanos Sanza quieren mucho a Sabetha —Cadenas agitó la botellita de licor y miró a los gemelos— y rezan para que regrese sana y salva.

—¡Sí! ¡La queremos mucho!

—Si llegara de una pieza, sería realmente genial.

—Un adorno para nuestra pequeña banda. La única chica que tenemos, la cual suele estar siempre fuera… por cuestiones de educación —Cadenas dejó el vaso al lado del otro dedicado al Benefactor y tomó el de Locke—. Otra muestra del trato especial de nuestro viejo Señor. Al igual que tú, muchacho, hemos sido dotados con un talento preternatural para vejar a los demás.

—Eso era de lo que nos había estado hablando —dijo Calo.

—Ya verás cómo ahora se refiere a ti —Galdo sonrió.

—Menos parloteo, cacatúas —Cadenas vertió un chorrito del mercurial vino en el vaso de Locke y se lo tendió—. Un brindis y una petición más. En honor a Locke Lamora, nuestro nuevo hermano. Mi nuevo *pethon*. Le deseamos todo lo bueno. Le damos una calurosa acogida. Y pedimos sabiduría para él.

Con ademanes llenos de gracia, sirvió vino a Calo y a Galdo y luego llenó un vaso casi hasta arriba para sí mismo. Cadenas y los Sanza alzaron sus respectivos vasos. Locke los imitó en seguida. La plata chispeaba bajo el oro.

—¡Bienvenido a los Caballeros Bastardos! —Cadenas chocó suavemente su vaso con el de Locke, produciendo un campanilleo que quedó suspendido en el aire antes de desvanecerse paulatinamente.

—¡Deberías haber escogido la muerte! —dijo Galdo.

—¿Te ofreció la opción de morir, no? —añadió Calo mientras chocaba su vaso con el de su hermano para luego acercar ambos los suyos por encima de la mesa hasta

chocar al unísono con el de Locke.

—Reíros, muchachos —aquellos brindis con los vasos terminaron rápidamente, tras lo cual Cadenas fue el primero en tomar un sorbo de vino—. Ahhh. Grabad estas palabras. Si esta pobre y pequeña criatura consigue vivir un año más, vosotros dos seréis como monos que bailen al son de su música. Y siempre que quiera hacer algún timo os llamará a los dos. Así que adelante y échate un trago, Locke.

Locke alzó el vaso; la superficie plateada le mostró un reflejo vívido, aunque tambaleante, de su propio rostro y de la habitación brillantemente iluminada en la que se encontraba; el paladar del vino era una confusión de aromas a junípero y a anís que le hizo cosquillas en la nariz. Se llevó a los labios aquella imagen menuda de sí mismo y bebió. Cuando lo tragó, le pareció que aquel licor ligeramente frío seguía dos caminos: el cálido, que le hacía cosquillas, era el que le bajaba por la garganta; el otro, el frío, lo formaban los zarcillos helados que, luego de deslizársele por el paladar subían hasta sus senos frontales. Los ojos se le pusieron saltones; tosió y se llevó una mano a los labios súbitamente entumecidos.

—Es vino de espejo de Tal Verrar. Cosa buena. Ahora come algo o te estallará la cabeza.

Calo y Galdo levantaron rápidamente los trapos húmedos que tapaban los platos de servir y los cuencos, revelando en toda su extensión la comida que les aguardaba. Ciertamente había salchichas, muy bien cortadas y fritas en aceite con peras al cuarto. Había pimientos rojos rellenos de pasta de almendra y espinacas; bolitas de pollo rebozado, fritas hasta que el pan que las cubría era tan transparente como el papel; alubias negras, frías en vino con salsa de mostaza. Sin previo aviso, los hermanos Salza habían comenzado a echar paladas de esto y de lo otro en el plato de Locke, y lo hacían tan deprisa que él no podía seguirles.

Sirviéndose al mismo tiempo con torpeza de un trinchante de plata de dos puntas y de uno de los cuchillos redondos de los que antes se había burlado, Locke comenzó a llenarse la boca a paladas; ésta se le saturaba de un modo glorioso por los estallidos de los mil aromas mezclados en ella de un modo caótico. Las bolitas de pollo habían sido sazonadas con jengibre y cáscara de naranja. La salsa al vino de la ensalada de alubias le calentaba la lengua; los pungentes vapores de la mostaza le quemaban la garganta. Se descubrió a sí mismo tragando vino para apagar cada uno de los nuevos fuegos que se le iban encendiendo en el gaznate.

Para su sorpresa, los gemelos Sanza no compartían con él lo que le servían; se mantenían sentados con las manos enlazadas sobre el regazo, observando a Cadenas. Cuando el hombre mayor supuso que Locke ya había comenzado a comer, se volvió hacia Calo.

—Eres un noble de Vadran. Digamos que eres vasallo del Graf de uno de los Compañeros menos importantes. Vas a asistir a la cena que se da en Tal Verrar, al igual que otros hombres y mujeres en igual número a quienes les han asignado un

asiento. Todos acaban de entrar en el salón de banquetes; la dama que te han asignado te acompaña al entrar y conversa contigo. ¿Qué tienes que hacer?

—En una cena que se celebrara en Vadran, le acercaría la silla sin que ella me lo pidiera —Calo no sonreía—. Pero las damas de Tal Verrar suelen quedarse al lado de la silla para dar a entender que desean que alguien la aparte para ella. Sería una descortesía presuponerlo de antemano. Así que yo aguardaría a que ella hiciera el primer movimiento.

—Muy bien. Ahora —Cadenas señaló al segundo de los Sanza con una mano mientras se servía comida en el plato con la otra— dime, ¿cuánto es diecisiete multiplicado por diecinueve?

Durante unos segundos, Galdo cerró los ojos para concentrarse y respondió:

—Hum… trescientos veintitrés.

—Correcto. Hablando de leguas náuticas, ¿en qué se diferencian la de Vadran y la de Therin?

—Ah… en que la legua de Vadran tiene ciento cuarenta metros más.

—Muy bien. Eso es. Y ahora, a comer.

Mientras los hermanos Sanza se peleaban de manera indecorosa por la posesión de ciertos manjares, Cadenas se volvió hacia Locke, cuyo plato ya estaba medio vacío.

—Cuando lleves aquí unos cuantos días comenzaré a preguntarte lo que vas aprendiendo. Locke, si quieres comer, tendrás que aprender.

—¿Y qué tengo que aprender además de cómo poner la mesa?

—¡Todo! —Cadenas parecía muy complacido consigo mismo—. ¡Todo, muchacho! A luchar, a robar, a mentir con rostro sereno. ¡A cocinar este tipo de manjares! A disfrazarte. A hablar con un noble, a escribir como un sacerdote, a balbucir como si fueras medio tonto.

—Calo ya sabe hacer lo último —dijo Galdo.

—Agh mu agh na mugh baaa —dijo Calo, con la boca llena de comida.

—¿Recuerdas eso que te dije de que no harías lo mismo que los demás ladrones? Locke, aquí somos ladrones de un tipo diferente. Somos actores. Embaucadores. Yo me quedo sentado mientras pretendo ser un sacerdote de Perelandro; durante años la gente me ha estado tirando monedas. ¿Cómo crees que pago lo que hay dentro de esta madriguera de cuento de hadas, toda esta comida? Tengo cincuenta y cinco años; nadie de mi edad puede estar rondando por los tejados y forzando cerraduras para robar. Me pagan mejor por hacerme el ciego que lo que me pagarían por ser ágil y astuto. Y ahora soy demasiado lento y estoy demasiado rollizo para interesarme por nada que valga la pena.

Cadenas se terminó el contenido del vaso y se sirvió otro.

—Pero tú, tú, Calo, Galdo y Sabetha… vosotros cuatro tendréis las ventajas que yo no tuve. Vuestra educación será minuciosa y vigorosa. Refinaré mis ideas y mis técnicas. Y cuando haya terminado, las cosas que los cuatro podréis conseguir…

harán que las pequeñas tonterías que hice en este templo parezcan simples y desprovistas de ambición.

—Suena bien —dijo Locke, que ya acusaba los efectos del vino; una cálida confusión de alegría mezclada con conmiseración le recorría el cuerpo, suprimiendo la tensión y la pena que habían llegado a convertirse en su segunda naturaleza cuando era uno de los huérfanos de la Colina de las Sombras—. ¿Por dónde comenzamos?

—Tranquilo. Esta noche, a menos que te encuentres atareado vomitando la primera comida decente en toda tu vida, Calo y Galdo te darán un baño. Y cuando te hayas convertido en una compañía menos aromática, podrás irte a dormir. Mañana te vestirás con unos hábitos de acólito y te sentarás en los escalones con nosotros para recoger las monedas. Por la noche… —Cadenas se rascó la barba mientras echaba un trago del vaso— te llevaré conmigo para que veas al gran hombre. Capa Barsavi. Siempre ha mostrado gran curiosidad por conocerte.

Capítulo 3

Hombres imaginarios

1

Por segunda vez en dos días seguidos, don Lorenzo Salvara volvía a verse amenazado por unos hombres enmascarados y cubiertos con capuchas a los que no conocía. En aquella ocasión fue justo después de la medianoche, y ellos estaban esperándole en su estudio.

—Cerrad la puerta —dijo el intruso más bajo. Su acento era de Camorr, áspero, malhumorado y, ciertamente, acostumbrado a que hicieran todo lo que decía—. Tomad asiento, mi señor, y no os molestéis en llamar a vuestro hombre. Se halla indispuesto.

—¿Quién diablos es usted? —con un acto reflejo, la mano de Salvara se dirigió hacia su espada, pero de su cinturón no pendía vaina alguna. Cerró con suavidad la puerta tras de sí y no hizo movimiento alguno para sentarse en la silla que se hallaba junto a su mesa de escritorio—. ¿Cómo han llegado hasta aquí?

El intruso que había hablado se le acercó y bajó la tela negra que le cubría nariz y boca. Su rostro era flaco y anguloso; sus cabellos, oscuros; su negro bigote, fino y perfectamente recortado. Una cicatriz blanca en forma de arco cruzaba su mejilla derecha. Hurgó entre los pliegues de su negra capa, excelentemente cortada, y extrajo de ella una pequeña cartera de cuero negro que abrió con un capirotazo para que el noble pudiera ver su contenido: un pequeño escudo de armas dorado, engarzado en un intrincado diseño de cristal esmaltado.

—Por los dioses —sin pensárselo dos veces, Lorenzo se dejó caer en la silla—. Son Merodeadores de la Medianoche.

—Exactamente —el hombre cerró la cartera y la guardó dentro de su capa. El otro intruso, aún con la máscara y la capucha, se desplazó por el estudio para quedarse detrás de don Lorenzo, a muy pocos pasos de él, interponiéndose entre el noble y la puerta—. Disculpad nuestra intrusión, pero los asuntos que nos han traído hasta aquí son muy delicados.

—¿He… ofendido en algo a Su Excelencia?

—No que yo sepa, mi señor de Salvara. De hecho, podría decirse que hemos venido para impedir que podáis hacer algo que le ofenda.

—Yo… yo, ah, bien. ¿Y qué le han hecho a Conté?

—Sólo le hemos administrado algo inocuo para ayudarle a dormir. Sabemos lo leal y peligroso que es. Queríamos evitar cualquier… malentendido.

Como para subrayar aquellas palabras, el hombre que permanecía de pie junto a la puerta dio un paso adelante para acercarse hasta don Lorenzo y depositó con sumo cuidado los estiletes de Conté encima de la mesa.

—Comprendo. Confío en que se encuentre bien —don Lorenzo tamborileó con los dedos sobre la mesa y miró fijamente al intruso de la cicatriz—. Me sentiría muy molesto si no fuera así.

—Se encuentra sano y salvo, os doy mi palabra de hombre del Duque.

—Eso será suficiente. Por ahora.

El hombre de la cicatriz suspiró y se frotó los ojos con dos dedos enguantados.

—No queríamos comenzar con mal pie, mi señor. Os pido perdón por la brusquedad de nuestra presentación y los modales empleados al entrar en este lugar, pero creo que descubriréis que vuestro bienestar es de capital importancia a los ojos de nuestro mutuo señor. Se me ha pedido que os pregunte si os habéis divertido en la Fiesta de hoy.

—Sí —Salvara midió las palabras como si se encontrara ante un abogado o prestando declaración—. Supongo que ésa sería la palabra más apropiada.

—Bien, bien. Estabais acompañado, ¿no es así?

—Doña Sofía iba conmigo.

—Me refiero a alguien más. A alguien que no era súbdito de Su Excelencia. Que no era de Camorr.

—Ah, el mercader. Un mercader llamado Lukas Fehrwigth, de Emberlain.

—De Emberlain. Claro —el hombre de la cicatriz cruzó los brazos y recorrió con la mirada el estudio del aristócrata; se detuvo por unos instantes en la pareja de pequeños retratos, enmarcados en vidrio, de los padres de don Lorenzo, dispuestos en un marco cubierto con crespones de luto—. Pues ese hombre no es más mercader de Emberlain que yo o que vos, mi señor de Salvara. Es un fraude. Un impostor.

—Yo… —al oír aquello don Lorenzo estuvo a punto de dar un salto por la impresión; luego, recapacitando en el hombre que se encontraba a su lado, sopesó lo que acababa de escuchar—. No comprendo cómo puede ser posible. Él…

—Os ruego que me perdonéis, mi señor —el hombre de la cicatriz hizo una mueca horrible al sonreír de un modo forzado, tal y como el hombre que jamás ha tenido hijos sonreiría a un niño en apuros—, pero debo preguntaros si alguna vez habéis oído hablar del hombre al que llaman la Espina de Camorr.

2

—¡Si robo es porque mi querida y vieja familia necesita el dinero para vivir!

Locke Lamora acababa de hacer aquella declaración con la copa de vino en alto; él y los restantes Caballeros Bastardos se sentaban ante la vieja mesa de madera de álamo negro de la opulenta madriguera dispuesta bajo la Casa de Perelandro, con Calo y Galdo a su derecha, Jean y Bicho a su izquierda. Ante ellos se encontraban los

manjares de un banquete de grandes proporciones que el celestial lustre iluminaba con su familiar luz dorada. Los demás comenzaron a burlarse.

—¡Mentiroso! —gritaron a coro.

—¡Sólo robo porque este mundo malvado no me permite hacer un trabajo honesto! —exclamó Calo mientras alzaba su vaso.

—¡MENTIROSO!

—¡Sólo robo para mantener a mi pobrecito hermano gemelo, porque es tan vago que su indolencia le rompe el corazón a mi madre! —Calo dio un codazo a Galdo mientras pronunciaba aquellas palabras.

—¡MENTIROSO!

—Sólo robo —dijo Jean— porque frecuento malas compañías.

—¡MENTIROSO!

Finalmente, cuando a Bicho le tocó formar parte de aquel ritual, alzó el vaso, un poquito temblón, y exclamó:

—¡Sólo robo porque es tremendamente divertido!

—*¡BASTARDO!*

En medio del clamor general de alaridos y gritos, los cinco ladrones entrechocaron sus vasos; la luz incidió sobre el vidrio para luego iluminar las verdes y brumosas profundidades del vino de Verrar especiado con menta. Los cuatro hombres apuraron de un solo trago el contenido de sus respectivos vasos y luego los dejaron boca abajo, con un golpe, encima de la mesa. Bicho, cuyos ojos estaban a punto de hacerle chiribitas, trató el suyo con un poco más de deferencia.

—Caballeros, tengo entre mis manos los primeros frutos de nuestras largas semanas de estudio y sufrimiento —Locke sostenía en alto un rollo de pergamino provisto de las cintas y el sello azul de lacre de uno de los miembros de la nobleza menor de Camorr—. Una carta de crédito por importe de cinco mil coronas contantes y sonantes que mañana sacaremos de los fondos que don Lorenzo tiene en el Meraggio. Y también, me atrevo a decir, el primer tanto que debe apuntarse nuestro miembro más joven.

—¡El chico del barril! —exclamaron al unísono los hermanos Sanza.

Momentos después, un panecillo de corteza de almendras salió de algún lugar de entre sus asientos, para, luego de describir un arco, alcanzar a Bicho entre los ojos y caer encima de su plato, vacío, con un sonido sordo. Bicho lo partió en dos trozos y devolvió la cortesía, apuntando bien a pesar de lo mareado que estaba. Locke siguió hablando mientras Calo fruncía el ceño y se quitaba las migajas de los ojos.

—El segundo contacto de esta tarde fue muy fácil. Pero no hubiéramos ido tan lejos y tan deprisa si no hubiera sido por la presteza que Bicho demostró ayer. ¡Hay que ver la tontería que hizo, tan estúpida, imprudente, idiota y ridícula! ¡No tengo palabras para expresar mi admiración! —mientras hablaba, Locke había hecho un juego de manos con la botella de vino, de suerte que los vasos vacíos volvían a estar llenos—. ¡A la salud de Bicho! ¡El nuevo azote de la Guardia ciudadana de Camorr!

Cuando los vivas y el contenido de aquel brindis se terminaron, y Bicho dejó de recibir en los hombros las palmadas que, dado su número y consistencia, hubieran bastado por sí solas para desplazar el contenido de su cráneo, Locke sacó un vaso de gran tamaño que dejó en el centro de la mesa y que comenzó a llenar muy despacio.

—Sólo una cosa más antes de cenar —mantuvo el vaso en alto mientras los demás guardaban silencio—. Una libación al aire por un amigo ausente. Echamos muchísimo de menos al viejo Cadenas y deseamos que su alma esté en paz. Que el Guardián Avieso cuide y bendiga por siempre a su avieso servidor. Era un hombre bueno y piadoso según el estilo que nos es propio.

Muy despacio, Locke dejó el vaso en el centro de la mesa y lo cubrió con un pequeño trapo negro.

—Se habría sentido muy orgulloso de ti, Bicho.

—Así lo espero —el chaval se quedó mirando el vaso cubierto que se hallaba rodeado por la opulenta cristalería y la vajilla de bordes dorados—. Me hubiera gustado conocerle.

—Tú habrías sido el proyecto más sosegado de sus años de vejez —Jean se besó el dorso de la mano, así era como los sacerdotes del Decimotercero Sin Nombre impartían la bendición—. ¡Un sosiego más que bienvenido por todo lo que había sufrido para darnos de comer a los cuatro!

—Jean está siendo generoso. Él y yo éramos unos santos. Los hermanos Sanza eran quienes le mantenían en vilo hasta tarde, rezando seis de cada siete noches —Locke se dirigió a uno de los platos cubierto con un mantel—. A comer.

—¡Querrás decir que se quedaba rezando para que tú y Jean llegarais a ser tan ágiles y hermosos como nosotros dos! —dijo Galdo, alargando la mano y cogiendo a Locke por una muñeca—. ¿No has olvidado algo?

—¿Qué?

Calo, Galdo y Jean subrayaron aquella pregunta mirándole fijamente. Bicho miró tímidamente al lustre.

—¡Por todos los dioses!

Locke se levantó de su silla sobredorada y se dirigió a un armario; cuando volvió a la mesa llevaba un vaso minúsculo, más pequeño que un catavinos de licor. Introdujo en él una pequeñísima cantidad de vino mentolado. No la levantó en alto, sino que la llevó hasta el centro de la mesa, al lado del vaso que había tapado previamente.

—Una libación al aire por *alguien* ausente. Ignoro dónde pueda encontrarse ella en este momento y rezo para que todos vosotros, salvo Bicho, os atragantéis; muchas y muy desgraciadas gracias.

—Es una bendición que suena poco elegante, sobre todo viniendo de la boca de un sacerdote —Calo se besó el dorso de la mano izquierda y la agitó por encima del minúsculo vaso—. Ya era una de los nuestros antes de que tú llegaras, *garrista*.

—¿Habéis comprendido el sentido de mi oración? —Locke apoyó las manos en el borde de la mesa y los nudillos se le pusieron blancos—. Quizá algún día, cuando seáis capaces de ver más allá de vuestras narices, descubráis el amor.

—Hacen falta dos para romper un corazón —con gran gentileza, Galdo posó su mano izquierda sobre la derecha de Locke—. No me habría acordado de sus malditas historias sin tu hábil ayuda.

—Y yo me atrevo a decir —era el turno de Calo— que supondría un tremendo descanso para todos nosotros que tuvieras la cortesía de salir a buscarte una mozuela y que te quedaras con ella largo y tendido. ¡Por los dioses, vayámonos ahora los tres! No será por falta de fondos.

—Estoy seguro de que sabes que mi paciencia en lo que respecta a esa cuestión se agotó hace muchísimo tiempo.

Jean agarró a Locke por el bíceps izquierdo cuando éste levantó tanto la voz que estuvo a punto de convertirse en un grito; la mano de Jean casi cubría el brazo de Locke.

—Era una buena amiga, Locke. Lo era y aún lo es. Le debes un poco más de amistad que todo eso —Jean tomó la botella de vino y llenó el vasito hasta arriba. Lo levantó hacia el lustre y apartó la mano del brazo de Locke—. Una libación al aire por una amiga ausente. Deseamos a Sabetha todo lo mejor. Y para nosotros pedimos fraternidad.

Locke se le quedó mirando durante un segundo que duró como varios minutos y luego suspiró profundamente.

—Lo siento. No quería estropear este momento. Fue un brindis miserable y… me arrepiento de ello. Debería haber pensado más en mi responsabilidad.

—Yo también lo siento —Galdo hizo una tímida mueca—. No te censuramos por sentirte mal. Sabíamos que era… que era… *muy suya*.

—Pues yo no me arrepiento de lo que te dije de ir a buscar una mozuela —Calo se encogió de hombros como si, aún burlándose, quisiera disculparse—. Y hablo completamente en serio, chaval. Moja la mecha. Echa el ancla. Vete a buscar una dama donde envainar la daga. Te sentirás mucho mejor.

—¿No es evidente que ahora acabo de quedarme bien? No necesito sentirme *mejor*. ¡Esta tarde tú y yo tenemos cosas que hacer! Por el amor del Guardián Avieso, ¿podemos terminar de una vez con este asunto y arrojar a la bahía su puñetero cadáver?

—Lo siento —dijo Calo después de unos cuantos segundos y de la mirada feroz que le echó Jean—. Lo siento. Ya sabes, Locke, que no lo decíamos con mala intención. Ambos lo lamentaremos si nos seguimos pinchando. Pero ella está en Parlay y nosotros en Camorr, y es obvio que…

Calo habría seguido hablando si un panecillo de almendras no hubiera rebotado en el caballete de su nariz, interrumpiéndole. Otro panecillo le dio en la frente; otro,

describiendo un arco, cayó en el regazo de Jean, mientras Locke conseguía levantar una mano para parar el que iba hacia él.

—¡Tranquilidad! —Bicho agarró otros panecillos más con las manos que acababa de proyectar hacia delante y las mantuvo en aquella posición como si fueran ballestas cargadas—. ¿Esto es lo que se supone que debo aguardar con ilusión cuando sea mayor? ¡Pensaba que estábamos celebrando el ser más ricos y más astutos que nadie!

Locke miró al muchacho apenas un momento y luego cogió el vasito de manos de Jean, sonriendo mientras lo hacía.

—Bicho tiene razón. Dejemos toda esta mierda y pongámonos a cenar —acercó el vaso todo lo que pudo a la luz del lustre—. ¡A nuestra salud… más ricos y más astutos que nadie!

—¡MÁS RICOS Y MÁS ASTUTOS QUE NADIE! —le respondió el coro de voces.

—Brindemos a la salud de los amigos ausentes que nos ayudaron a ser lo que ahora somos. Los echamos de menos —Locke se llevó a los labios el vaso minúsculo y tomó un trago igual de minúsculo antes de devolverlo boca abajo a la mesa—. Y aún los queremos —dijo, con voz serena.

3

—La Espina de Camorr… es un rumor particularmente ridículo que se suscita en las sobremesas cuando algunos de los nobles más sugestionables de Camorr no evacuan el vino de la manera apropiada.

—La Espina de Camorr —dijo con tono amistoso el hombre de la cicatriz— abandonó esta tarde, muy pronto, vuestra barcaza de placer con un pagaré firmado por vos, por un importe de cinco mil coronas de hierro blanco.

—¿Quién? ¿Lukas Fehrwight?

—El mismo.

—Lukas Fehrwight es de Vadran. Mi madre era de Vadran, ¡conozco su idioma! Lukas es de la sangre de Emberlain. ¡Se cubre de lana y retrocede seis pasos cada vez que una mujer le guiña un ojo! —don Lorenzo se quitó las gafas por lo enfadado que estaba y las dejó encima de la mesa—. Ese hombre apostaría las vidas de sus hijos para conseguir a buen precio unos cuantos barriles llenos de tripas de arenques, y eso lo haría todos los días de su vida. He tratado con ese tipo de personas demasiadas veces. Ese hombre no es de Camorr, ¡y tampoco es un ladrón legendario!

—Mi señor, tenéis veinticuatro años de edad, ¿estoy en lo cierto?

—De momento, sí. ¿Acaso es eso relevante?

—No pongo en duda que, en los años transcurridos desde que vuestros padres se fueron (y espero que ahora gocen de la paz del Largo Silencio), habréis conocido a muchos comerciantes. Muchos comerciantes y muchos de ellos de Vadran, ¿correcto?

—Completamente correcto.

—Y si un hombre, un hombre muy astuto, quisiera haceros creer que era un comerciante… ¿cómo pensáis que se vestiría para presentarse ante vos? ¿Como un pescador? ¿Como un arquero mercenario?

—No consigo entender a qué se refiere.

—Me refiero, mi señor de Salvara, a que han empleado contra vos lo que vos mismo estabais esperando. No me cabe duda de que tenéis un sexto sentido para descubrir a los negociantes. Durante el poco tiempo en que lleváis personalmente los asuntos de vuestra familia, habéis aumentado varias veces su fortuna. Por eso mismo, cualquier hombre que deseara haceros caer en alguna trampa no podría actuar de un modo más inteligente que comportándose como un consumado hombre de negocios. Para poner de manifiesto, de manera deliberada, todas vuestras expectativas. Para mostraros con toda exactitud lo que esperabais y deseabais encontrar.

—Creo que si acepto su argumento —dijo lentamente el aristócrata—, la verdad, evidente por sí, de todas las cosas que son ciertas podría convertirse en el fundamento de la demostración de que son falsas. Afirmo que Lukas Fehrwight es un comerciante de Emberlain porque tiene todas las trazas de serlo; usted dice que esas mismas trazas son las que demuestran su falsedad. Necesito una prueba más convincente que la que me aporta.

—Permitidme que haga una digresión, mi señor, y una nueva pregunta —el hombre de la cicatriz guardó las manos en los negros pliegues de su capa y se quedó mirando al joven noble—. Si fuerais un ladrón que se cebara exclusivamente en los nobles de nuestro ducado de Camorr, ¿cómo ocultaríais vuestras actividades?

—¿Sólo esas actividades? Ya estamos otra vez con su Espina de Camorr. No puede existir tal ladrón. Hay acuerdos… la Tregua Secreta. Otros ladrones tomarían cartas en el asunto en cuanto alguien rompiese la Tregua.

—¿Y si nuestro ladrón pudiera evitar que le capturaran? ¿Y si nuestro ladrón pudiera ocultar su identidad a sus perseguidores?

—Demasiados «síes». Dicen que la Espina de Camorr roba a los ricos —don Lorenzo se llevó una mano al pecho— y que entrega hasta el último cobre a los pobres. ¿Acaso ha oído hablar de alguna bolsa de oro encontrada recientemente entre la basura del Fuego Encendido? ¿De algún fogonero o matarife a quien hayan visto de repente pasearse vestido con chalecos de seda y botas recamadas? Por favor. La Espina sólo es un cuento de bebedores de cerveza. Maestro espadachín, seductor de las damas, un fantasma que atraviesa las paredes. Ridículo.

—Vuestras puertas tienen la cerradura echada y vuestras ventanas están aseguradas con barras, lo que no es óbice para que nosotros estemos ahora en vuestro estudio, mi señor.

—Concedido. Pero ustedes son hombres de carne y hueso.

—Eso dicen. Nos estamos apartando del tema. Nuestro ladrón, mi señor, confiaría en vos y en vuestros semejantes a la hora de mantener ocultas sus actividades. Hipotéticamente hablando, si Lukas Fehrwight fuera la Espina de Camorr y vos

supierais que se paseaba con una pequeña fortuna sacada de vuestros cofres, ¿qué haríais? ¿Llamaríais a la Guardia? ¿Pediríais públicamente socorro en el tribunal de Su Excelencia? ¿Mencionaríais el asunto delante de don Paleri Jacobo?

—Eso que dice… tiene algo más de sentido. Me pregunto si…

—¿Querríais que toda la ciudad se enterara de que os habían robado? ¿Que os habían engañado? ¿Acaso los hombres de negocios volverían a confiar en vuestro juicio? ¿Acaso vuestra reputación volvería a ser algún día la que fue?

—Supongo que sería… bastante difícil.

La mano derecha del hombre de la cicatriz volvió a aparecer, sin guante y pálida bajo la penumbra de la capa, con el dedo índice apuntando hacia fuera.

—Su señoría doña Rosalina de Marre perdió diez mil coronas hace cuatro años a cambio de los títulos de propiedad de unos supuestos huertos que debían encontrarse río arriba —un segundo dedo se unió al primero—. El señor y la señora de Feluccia perdieron el doble hace menos de dos años. Pensaban estar financiando un golpe en Talisham que hubiera hecho de la ciudad un patrimonio familiar.

»El pasado año —el hombre de la cicatriz exhibió un nuevo dedo— el anciano señor de Javarriz pagó quince mil coronas a un adivino que aseguraba poseer la capacidad de devolverle la vida a su primogénito —el dedo meñique se juntó con los demás, y entonces movió la mano extendida hacia don Lorenzo—. Ahora tenemos al señor y a la señora de Salvara comprometidos en un trato secreto que resulta tan tentador como conveniente. Decidme, ¿habéis oído hablar de los problemas que tuvieron los caballeros y damas de los que he hecho mención?

—No.

—La señora de Marre visita el jardín de vuestra esposa dos veces por semana. Ambas discuten de alquimia botánica. Habéis jugado a las cartas muchas veces con los hijos del señor de Javarriz. ¿Y todavía os sorprende lo que os cuento?

—Sí, completamente, se lo aseguro.

—También le sorprendió a Su Excelencia. Mi señor ha invertido dos años en seguir los débiles rastros de las pruebas que relacionan entre sí estos crímenes, mi señor. Una fortuna como la vuestra se desvanecerá en el aire y habrá que recurrir a las órdenes del Duque para apalancar los labios de las partes perjudicadas. Y sólo porque el orgullo les incita al silencio.

Don Lorenzo se quedó mirando a la superficie de su escritorio durante bastante rato.

—Fehrwight ha tomado una habitación en el Hogar Vacilante. Tiene un criado, ropas de calidad, unas gafas de cien coronas. Posee… los secretos de la Casa de Bel Auster —don Lorenzo miró al hombre de la cicatriz como el que presiente alguna dificultad y recaba la ayuda de un abogado—. Cosas que los ladrones no tienen.

—¿Acaso unas ropas caras pueden ser inasequibles para el hombre que ha robado más de cuarenta *mil* coronas? Y, respecto a la barrica de brandy sin envejecer… ¿acaso vos o yo o cualquier otra persona que no sea de la Casa de Bel Auster

seríamos capaces de saber que es, realmente, lo que parece? O, ¿a qué debe saber? Es un simple fraude.

—¡Le reconoció por la calle un secretario legal, uno de los del bufete de Razona que están pared con pared con el Meraggio!

—Claro que le reconoció, porque comenzó a urdir la identidad de Lukas Fehrwight hace mucho tiempo, quizá antes de conocer a la señora de Marre. Tiene una cuenta muy auténtica en el Meraggio, abierta con dinero auténtico hace cinco años. Posee todos los signos de prosperidad que cuadran con un hombre de su posición, pero Lukas Fehrwight es un fantasma. Una mentira. Un personaje de teatro interpretado ante una audiencia tan privada como selecta. Llevo persiguiéndolo durante años.

—Sofía y yo somos personas intuitivas. Seguramente… seguramente habríamos sido capaces de percibir algo fuera de lugar.

—¿Fuera de lugar? ¡Todo el asunto está fuera de lugar! Mi señor de Salvara, os lo suplico, escuchadme con atención. Sois un comerciante de licores caros. Una vez a la semana dedicáis una plegaria a la sombra de vuestra madre en un templo de Vadran. ¿No es una coincidencia fascinante que os topéis con un hombre de Vadran en apuros que, casualmente, trabaja en vuestro mismo negocio?

—¿Y a cuál otro lugar iría a rezar un hombre de Vadran que visita Camorr sino al templo de las Aguas Afortunadas?

—A ningún otro, por supuesto. Pero ved que las coincidencias se van amontonando unas encima de otras. ¿Un comerciante de licores de Vadran que necesita que le ayuden, justo cuando se dispone a hacerle una visita al señor de Jacobo? ¿A vuestro mortal enemigo? ¿A un hombre de quien todo el mundo sabe que lo aplastaríais como fuera si no fuese porque el Duque os lo ha prohibido?

—¿Estaban observándonos… cuando nos conocimos?

—Sí, muy estrechamente. Os vimos a vos y a vuestro criado cuando os acercabais al callejón a rescatar a un hombre que suponíais en peligro. Nosotros…

—*¿Que suponía?* ¡Lo estaban estrangulando!

—¿De veras? Los hombres de las máscaras eran sus cómplices, mi señor. La pelea era teatro. Era la manera de que conocierais al comerciante imaginario y a la oportunidad imaginaria que iba a brindaros. ¡Todo aquello a lo que dais valor lo usaron como cebo! Vuestra simpatía por la gente de Vadran, vuestro sentido del deber, vuestro valor, vuestro interés por los buenos licores, vuestro deseo de derrotar al señor de Jacobo. ¿Y también es una coincidencia que el plan de Fehrwight sea un secreto? ¿Que su calendario haya que cumplirlo paso a paso por ser muy corto? ¿Que, justamente, alimente todas las ambiciones que se os conocen?

El noble miró fijamente la pared más distante de su estudio, tamborileando con los dedos sobre el escritorio cada vez más deprisa.

—Es toda una sorpresa —dijo finalmente, con voz débil y vencida.

—Perdonadme por todo esto, mi señor de Salvara. La verdad suele ser desagradable. Por supuesto que la Espina de Camorr no mide tres metros de alto. Por supuesto que no puede atravesar las paredes. Pero es un bandido muy real; se hace pasar por un natural de Vadran llamado Lukas Fehrwight y ahora *tiene* cinco mil coronas vuestras y le está echando el ojo a otras veinte mil más.

—Debo enviar unos hombres al Meraggio para que mañana no pueda cobrar mi pagaré —dijo don Lorenzo.

—Con todos mis respetos, mi señor, os digo que no podéis hacerlo. Mis instrucciones son claras. No sólo queremos a la Espina sino a todos sus cómplices. Sus contactos. Sus fuentes de información. Toda su red de ladrones y espías. Como ahora le tenemos en campo abierto, podremos seguirle mientras sigue con sus negocios. Un leve atisbo de que su juego ha sido desenmascarado, y se escapará. La oportunidad que ahora tenemos no volverá a presentarse. Su Excelencia el duque Nicovante ha sido tajante al respecto: ninguno de los relacionados con estos crímenes será identificado y apresado. Para tal fin se solicita y requiere vuestra más absoluta cooperación, en nombre del Duque.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer?

—Proseguir como si aún os creyerais la historia de Fehrwight. Dejadle que cobre el dinero. Dejadle que saboree algo de éxito. Y cuando vuelva para pediros más dinero…

—¿Sí?

—Entonces dádselo, mi señor. Dadle todo lo que os pida.

4

Después de recoger la vajilla de la cena y de que a Bicho, un tanto achispado, le fuera encomendada la tarea de dejarla reluciente con agua caliente y arena blanca («¡Es excelente para tu educación moral!», le había dicho a gritos Jean mientras el muchacho apilaba la porcelana y la cristalería), Locke y Galdo se dirigieron al guardarropa de la madriguera para comenzar los preparativos del tercer contacto, el más decisivo, del juego de Don Salvara.

La bodega de cristal antiguo que se encontraba bajo la Casa de Perelandro estaba dividida en tres secciones: la cocina; los dormitorios, con tabiques de madera que separaban las camas; y el guardarropa.

Todas las paredes del guardarropa se hallaban cubiertas por hileras de percheros de los que colgaban cientos de trajes y vestidos organizados según su procedencia, la estación del año, la confección y la clase social. Había trajes de tela de saco, monos de trabajadores y mandiles de carnicero con manchas de sangre secas. Pesados mantos de invierno y mantos ligeros de verano, baratos y caros, sin adornos y decorados con todo lo imaginable, desde guarniciones de metales preciosos hasta plumas de pavo real. Había allí hábitos y accesorios de la mayoría de las órdenes

religiosas de Therin: las de Perelandro, Morgante, Nara, Sendovani, Iono y muchas más. Había blusas de seda y jubones astutamente acorazados, guantes, lazos y corbatas, así como el suficiente número de varas y bastones de paseo para equipar a una compañía mercenaria de viejos achacosos.

Cadenas había comenzado aquella colección hacía más de veinte años, y sus estudiantes la habían ampliado con los beneficios obtenidos a lo largo de años de estafas. Apenas se tiraba nada de lo que se ponían encima los Caballeros Bastardos; incluso las ropas más apestosas y mojadas por el sudor del verano se lavaban y empolvaban con pomadas alquímicas para luego ser colgadas cuidadosamente en perchas. Siempre podían volver a dejarlas malolientes si se presentaba la ocasión.

Un espejo de la altura de un hombre dominaba el centro del guardarropa; otro mucho más pequeño colgaba del techo, provisto de una especie de polea, de suerte que podía girar en redondo y ser puesto en la posición deseada. Locke, vestido con un jubón de terciopelo tan negro como la noche y unas calzas a juego, se miró en el espejo más grande; sus medias eran del mismo color escarlata-sangre que las aguas al atardecer y su lazo sencillo, al estilo de Camorr, casi iba a juego con ellas.

—¿Crees, realmente, que este sangriento melodrama es tan buena idea? —Calo estaba vestido de un modo muy parecido, aunque sus medias y su lazo fueran grises. Se arremangó las mangas de la camisa por encima del codo y las aseguró con unos alfileres de perlas negras.

—Es una buena idea —dijo Locke, ajustándose el lazo—. Somos Merodeadores de la Medianoche. Estamos imbuidos de nuestra propia esencia. En medio de la noche más oscura, ¿qué clase de espías que se respetaran a sí mismos entrarían en una mansión vestidos de verde, naranja o blanco?

—Los de la clase que se acercan hasta ella y llaman a la puerta.

—Aprecio el comentario, pero no voy a cambiar el plan. Don Lorenzo ha tenido un día muy ajetreado. Estará muy receptivo para el agradable susto que le pondrá fin. No podemos darle un buen susto vestidos de lavanda y carmín.

—Bueno, un susto como el que estás pensando, no.

—Este jubón me molesta mucho en la espalda —murmuró Locke—. ¡Jean! ¡Jeeeeaaaaaaaan!

—¿Qué pasa? —dijo el grito devuelto por el eco algún tiempo después.

—¿Qué va a pasar? ¡Que me gusta pronunciar tu nombre! ¡Ven aquí!

Poco después, Jean entraba al paso en el guardarropa, un vaso de brandy en una mano y un libro muy sobado en la otra.

—Pensaba que Graumann tenía hoy la noche libre —dijo.

—Y la tiene —Locke señaló con impaciencia la espalda de su jubón—. Necesito los servicios de la costurera más fea de Camorr.

—Galdo le está ayudando a fregar a Bicho.

—Ajústate las gafas, cuatro ojos.

Jean enarcó las cejas por encima de sus gafas de lectura, dejó el libro y el vaso y abrió una arqueta de madera que estaba apoyada en una de las paredes del guardarropa.

—¿Qué estás leyendo? —Calo había prendido un pequeño alfiler de plata y amatista en el centro de la corbata que se había puesto y lo examinaba con el vaso minúsculo de la víspera, dando su aprobación.

—Kimlarthen —contestó Jean mientras enhebraba una aguja de hueso con hilo negro, intentando no pincharse en los dedos.

—¿Los romances de Kor? —Locke dio un bufido—. Bobadas sentimentales. No sabía que te gustaran las aventuras fantásticas.

—Resulta que constituyen la crónica, muy importante desde el punto de vista cultural, del Trono de Therin —dijo Jean mientras daba unos pasos detrás de Locke, la arqueta en una mano y la aguja enhebrada en la otra—. Más de tres caballeros fueron descabezados por la Bestia de Vuazzo.

—Por casualidad, ¿está ilustrado el manuscrito?

—Los mejores pasajes no —Jean manipuló la espalda del jubón con una delicadeza que jamás había empleado en abrir una cerradura o el bolsillo de la chaqueta de una víctima.

—No te molestes más. No me importa que no quede bien; de todos modos, lo tapará la capa. Podremos arreglarlo más tarde.

—¿Podremos? —Jean lanzó un bufido mientras ensanchaba el jubón con unos cuantos cortes estratégicos—. Di, más bien, que yo podré. Arreglas las ropas como los perros escriben poesía.

—Y estoy dispuesto a admitirlo. Oh, dioses, mucho mejor. Ahora ya queda sitio para esconder la cartera con el sello y alguna que otra sorpresa, llegado el caso.

—Me siento raro ensanchando algo para ti en lugar de achicarlo —Jean introdujo en la arqueta los útiles de costura, dejándolos en la misma posición que ocupaban antes, y luego la cerró—. Recuerda tu entrenamiento; no queremos que ganes ni un cuarto de kilo.

—Bueno, la mayor parte de mi peso *corresponde* al cerebro —Locke se remangó las mangas de la camisa y las sujetó como Calo.

—Un tercio de ti son malas intenciones; otro tercio pura avaricia; un octavo aserrín. Lo que queda, tendrá que pertenecer al cerebro.

—Muy bien, puesto que estás aquí y eres tan gran experto en lo que concierne a mi pobre persona, ¿por qué no traes el arcón del maquillaje y me ayudas a pintarme la cara?

Jean se entretuvo unos instantes para echarse un sorbo del vaso de brandy antes de arrastrar un arcón de madera muy gastada, lleno de innumerables cajoncitos.

—¿Qué hacemos primero, el cabello? Lo quieres negro, ¿no?

—Tanto como la brea. Sólo tendré que hacer este papel unas dos o tres veces más, como mucho.

Jean cubrió los hombros del jubón de Locke con una toalla blanca que dobló y aseguró por delante con un pequeño broche de hueso. Entonces abrió un tarro de pasta y se embadurnó los dedos con su contenido, un gel oscuro bastante consistente que olía muy bien a cítricos.

—Hmm. Parece carbón vegetal, pero huele a naranja. Jamás entenderé el sentido del humor de Jessaline.

Locke sonrió cuando Jean comenzó a untar su cabellera de color rubio oscuro con aquella sustancia.

—Incluso un farmacéutico negro necesita divertirse de vez en cuando. Cuando tuvimos que vérnoslas con la guardia canina de la señora de Feluccia, ¿recuerdas la vela de inconsciencia que nos entregó, ésa que olía a carne de vaca?

—Fue muy gracioso —Calo frunció el ceño mientras retocaba sus propios afeites —. Al olerla, los gatos callejeros llegaron corriendo desde todos los rincones de Camorr. Uno tras otro en pos del mismo rastro, hasta que la calle se llenó con sus cuerpecillos. El viento cambiaba sin cesar de dirección y todos nosotros dábamos vueltas corriendo para ponernos detrás del humo…

—No fue uno de nuestros mejores momentos —dijo Jean. Casi había terminado lo que estaba haciendo; la sustancia daba la impresión de haber sido absorbida por los cabellos de Locke, porque les confería la naturalidad de los profundos tonos oscuros propios de la gente de Camorr, aunque sin apenas darles brillo. Pero como muchos de los hombres de Camorr empleaban cremas, tanto para fijar el peinado como para perfumar sus cabellos, aquella falta de brillo no se notaría.

Jean se limpió los dedos en la toalla blanca que Locke llevaba al cuello y sumergió un trapo pequeño en otro tarro que contenía un gel de color perla. Aquella sustancia tenía la virtud de limpiar los residuos de la pasta empleada anteriormente para teñir, porque hacía que el gel negro se evaporase a su contacto. Jean frotó con el trapo las sienes y el cuello de Locke, eliminando las manchas y goterones que habían quedado después del proceso de teñido.

—¿Cicatriz? —preguntó Jean cuando hubo terminado.

—Por favor —Locke recorrió con el dedo meñique el contorno de su pómulo derecho—. Si puedes, que parezca una cuchillada dada a derechas.

Jean extrajo del arcón del maquillaje un lápiz delgado provisto de una mina de tiza blanca con el que trazó una corta línea en el rostro de Locke, tal y como éste le había indicado. Durante uno o dos segundos, Locke se acobardó por el chisporroteo que hizo la sustancia; en lo que dura un abrir y cerrar de ojos la línea blanca se endureció para convertirse en un pálido arco de piel falsa que imitaba a la perfección una cicatriz.

En aquel instante, Bicho entró por la puerta del guardarropa, las mejillas un poco más coloradas que de costumbre. En una mano sostenía una cartera de piel negra sólo un poco más grande que la que suelen llevar los caballeros.

—Ya está limpia la cocina. Galdo me ha dicho que si no os traía esto y os lo tiraba encima, os lo olvidaríais aquí.

—Por favor, no lo tomes en su significado literal —Locke alargó una de sus manos hacia la cartera mientras Jean le quitaba la toalla blanca de encima de los hombros, satisfecho porque ya se había secado la pasta que cubría sus cabellos—. Rompe esa cosa y te devuelvo rodando a Emberlain dentro de un barril. Yo mismo en persona.

El sello que se encontraba dentro de la cartera, una intrincada manufactura de oro, vidrio y laca esmaltada, era, con mucho, el detalle más caro de todo el juego; incluso la barrica de Austershalin *502* había costado menos. Aquel sello había sido construido artesanalmente en Talisham, que se encuentra a cuatro días de viaje por la costa hacia el sur, pues era evidente que ningún falsificador de Camorr se hubiera sentido tranquilo o a gusto después de copiar habilidosamente el distintivo de la policía secreta del Duque: una araña estilizada encima del sello real del Sereno Ducado; aunque ninguno de los Caballeros Bastardos había visto uno parecido, Locke confiaba en que tampoco ninguno de los miembros de la nobleza menor lo hubiera visto nunca. Y como la Buena Gente de Camorr le había revelado entre susurros los motivos de tan temido distintivo, había aprovechado aquella descripción para pergeñar la falsificación.

—Durant el Patizambo dice que eso de la Araña es una chorrada —comentó Bicho mientras entregaba la cartera. Los Caballeros Bastardos mayores que él, presentes en la habitación, se le quedaron mirando.

—Si echas el cerebro de Durant en un dedal de agua —comentó Jean—, contemplarás un barco perdido en medio de la mar.

—Los Merodeadores de la Medianoche son reales, Bicho —Locke se pasó la mano cuidadosamente por los cabellos y vio que no se le había manchado—. Si acaso algún día decides romper la Tregua, reza para que el Capa te encuentre antes que ellos. Barsavi es el espíritu de la piedad comparado con el hombre que dirige el Palacio de la Paciencia.

—Sé que los Merodeadores de la Medianoche son reales —dijo Bicho—. Lo único que he dicho es que algunos dicen que eso de la Araña es una chorrada.

—Oh, existe de veras. Jean, búscame un bigote. Algo que vaya a juego con estos cabellos —Locke se pasó un dedo por la suave piel que rodeaba sus labios, pues se acababa de afeitar después de cenar—. Detrás de los Merodeadores de la Medianoche se encuentra un hombre. Jean y yo estuvimos varios años intentando descubrir quién podría ser de entre todos los que forman la corte del Duque, pero todas nuestras pesquisas quedaron en nada.

—Incluso Galdo y yo nos sentimos confundidos —añadió Calo—. Que esto te sirva para saber que estamos tratando con un individuo tan sutil como diabólico.

—¿Y cómo podéis estar seguros de eso?

—Permíteme que te lo explique, Bicho —Locke hizo una pausa mientras Jean le pegaba el bigote falso; denegó con la cabeza y Jean volvió a la arqueta del maquillaje para buscar otro—. Cuando Capa Barsavi le hace algo a alguien, nosotros lo sabemos, ¿no? Tenemos contactos y lo que se cuenta pasa de unos a otros. El Capa *quiere* que la gente conozca sus motivos… aunque sólo sea para evitar futuros problemas, por ejemplo.

—Y cuando el Duque le hace algo a alguien —intervino Calo— siempre deja un rastro: casacas amarillas, soldados del Cristal Nocturno, órdenes de detención, juicios, proclamas.

—Pero cuando la Araña señala con el dedo a alguien… —Locke hizo un leve gesto de asentimiento al segundo bigote que le mostraba Jean—, cuando lo hace la Araña, el pobre bastardo en cuestión desaparece de la faz de la tierra. Y Capa Barsavi se achanta. ¿No lo comprendes? Hace como si *nada hubiera sucedido*. Así que, si supones que Barsavi no le tiene miedo al Duque…, sólo tienes que mirarle con un poco más de atención… y entonces descubrirás al responsable de que se le mojen los calzones.

—Oh. No te refieres al Rey Gris, ¿verdad?

—Esa tontería del Rey Gris se acabará dentro de pocos meses, Bicho —dijo Calo con un bufido—. Un loco solitario contra tres mil puñales que obedecen a Barsavi… el Rey Gris es un cadáver ambulante. No es tan fácil librarse de la Araña.

—Por lo cual —dijo Locke— esperamos que don Lorenzo dé un salto de casi un metro cuando descubra que estamos esperándole dentro de su estudio. Porque los de sangre azul se sienten muy incómodos cuando les visitan por sorpresa los Merodeadores de la Medianoche, que es lo que nosotros vamos a ser.

—Siento interrumpir —dijo Jean—, pero quiero comprobar si te has afeitado en esta ocasión. Ah, perfecto —y, sirviéndose de un pequeño pincel, aplicó a Locke una línea brillante de pasta transparente en el labio superior; Locke arrugó la nariz con desagrado. Con rápidos movimientos de sus dedos, Jean colocó encima el bigote postizo e hizo presión en él; en menos de dos segundos éste se quedó tan bien pegado como si siempre hubiera estado allí.

—Esta goma se obtiene de las entrañas de un tiburón-lobo —explicó Jean para que Bicho se enterara—, y la última vez que la usamos nos olvidamos de llevarnos un poco de líquido disolvente…

—Y yo tuve que quitarme el bigote por las bravas —dijo Locke.

—Y vaya cómo gritó cuando Jean le hizo los honores —añadió Calo.

—¡Como uno de los hermanos Sanza en una casa de putas vacía! —dijo Locke haciéndole a Calo un gesto bastante vulgar. Calo le devolvió el cumplido haciendo como si le apuntara con una ballesta cargada y la disparase.

—Cicatriz, bigote, pelo, ¿nos hemos dejado algo? —Jean guardó el último de los complementos del disfraz en la caja de maquillaje.

—Creo que no —durante un momento Locke se quedó contemplando su propio reflejo en el espejo grande, y, cuando volvió a hablar, su voz era diferente; una pizca más profunda, un poco más bronca. Su entonación era igual de aburrida y desprovista de humor que la de un sargento de la Guardia al regañar por milésima vez en su carrera a un ladronzuelo de poca monta—. Vayamos a decirle a cierto individuo que tiene un problema con ciertos ladrones.

5

—Por lo que veo —dijo don Lorenzo Salvara—, quiere que siga firmando pagarés al hombre que acaba de describir como el ladrón más capacitado de Camorr.

—Con todos mis respetos, mi señor de Salvara, eso es lo que ibais a hacer antes de nuestra intervención.

Cuando Locke habló no había nada en su voz ni en sus maneras que pudiera relacionarle con Lukas Fehrwight; no había ni rastro de la energía contenida ni de la relamida dignidad del comerciante de Vadran. Aquella nueva creación contaba con el respaldo ficcional del incontrovertible mandato del Duque; se correspondía con la clase de hombre capaz de burlarse de un noble aunque se hallase invadiendo la intimidad de su casa. Tamaña audacia no tenía que ser falsa… Locke tenía que sentirse poseído por ella, sacarla de su interior, arroparse con la arrogancia como si ésta fuera una ropa ya usada que conocía de antes. Locke Lamora se convirtió en una sombra más de sus recuerdos… era un Merodeador de la Medianoche, un oficial de la silenciosa policía del Duque. Las mentiras más complicadas de Locke eran simples verdades en boca de aquel hombre.

—Las sumas de que hablamos… podrían llegar a convertirse en la mitad de lo que poseo.

—Entonces, mi señor, entregadle a nuestro amigo Fehrwight la mitad de vuestra fortuna. Retened a la Espina dándole exactamente lo que desea. Los pagarés le mantendrán ocupado yendo y viniendo de una oficina a otra.

—Se refiere a las oficinas que van a derrochar mi dinero de verdad al dárselo a ese fantasma.

—Sí. En servicio del Duque, ni más ni menos. Animaos, mi señor de Salvara. Su Excelencia es muy capaz de recompensaros por cualquier pérdida que podáis sufrir al ayudarnos a capturar a ese hombre. En mi opinión, la Espina no tendrá tiempo de gastarse el dinero, menos aún de llegar muy lejos, así que el dinero que os robe podrá ser recuperado incluso antes de lo que podamos imaginarnos. También debéis considerar los aspectos de la operación que no son estrictamente financieros.

—¿A qué se refiere?

—A que la gratitud de Su Excelencia en lo concerniente a vuestra ayuda al llevar este asunto hasta su final deseado —dijo Locke— pudiera verse anulada por el

displacer que le causaría que cierta *indisposición* por vuestra parte pudiese alertar al ladrón de la red que estamos tejiendo a su alrededor.

—Ah —don Lorenzo tomó sus antiparras y volvió a asentarlas encima de su nariz —. Apenas puedo argumentar nada al respecto.

—No puedo dirigirme a vos en público. Ningún miembro uniformado de la Guardia de Camorr se acercará hasta vos para comentar nada que tenga que ver con este asunto. Si, finalmente, tengo que hablar con vos, será de noche, en secreto.

—¿Acaso debo decirle a Conté que tenga preparados unos refrescos para la gente que se colará por las ventanas? ¿Le diré a doña Sofía que lleve a mi estudio a los Merodeadores de la Medianoche, si es que se los encuentra en el armario ropero?

—Mi señor, os prometo que nuestras futuras apariciones serán menos alarmantes. Mis órdenes decían que debíamos causaros una gran impresión para que comprendierais tanto la seriedad de la situación como la gran habilidad que demostramos a la hora de… eliminar los obstáculos. Os lo aseguro, no tengo ningún deseo personal de volver a contrariaros. Poner nuevamente a salvo vuestra fortuna será la piedra angular de los muchos años de esfuerzo que pienso invertir en ello.

—¿Y doña Sofía? ¿Su señor ha escrito para ella algún papel en esta… contra-charada?

—Vuestra esposa es una mujer muy extraordinaria. No escatiméis los medios necesarios para informarle de nuestro compromiso. Contadle la verdad acerca de Lukas Fehrwight. Poned todos sus recursos en nuestra causa. Aunque —Locke hizo aquí una mueca maligna—, me temo, mi señor, que tendré que dejaros a vos la tarea de explicárselo todo a vuestro gusto.

6

En la parte de Camorr asentada sobre la tierra firme, unos hombres armados recorrían las antiguas murallas de piedra de la ciudad, siempre al acecho de signos de bandidos o de ejércitos enemigos. En la parte que daba al mar, las torres de vigilancia y las galeras de guerra cumplían el mismo propósito.

En los cuarteles de la Guardia que se levantaban en la periferia del distrito de Alcegrante, sus miembros estaban preparados para proteger a la nobleza menor de la ciudad de la molestia de tener que ver u oler, en contra de su voluntad, a cualquiera de sus súbditos.

Muy poco antes de la medianoche, Locke y Galo cruzaron el Angevino por el gran puente de cristal llamado el Arco de los Antiguos. Dicho puente, por otra parte, magníficamente tallado, unía la parte oeste de Alcegrante con los lozanos jardines semipúblicos del Prado de las Dos Platas, otro de los lugares donde a la gente poco acomodada se la desanimaba, incluso a bastonazos y latigazos, de que se estableciera en él.

Unos cilindros de cristal carmesí muy altos derramaban una luz alquímica sobre los jirones de bruma que se enroscaban ondulantes bajo las corvas de sus caballos; la parte central del puente se encontraba a unos veinte metros por encima del agua, altura que no solía ser sobrepasada por la acostumbrada niebla nocturna. Las lámparas rojas oscilaban suavemente en sus soportes de hierro negro a medida que las agitaba el polvoriento Viento del Ahorcado, de suerte que los dos Caballeros Bastardos bajaron hasta el Alcegrante en medio de aquella luz espectral que los rodeaba como un aura sangrienta.

—¡Alto ahí! ¡Decid vuestro nombre y oficio!

En el lugar donde el puente se juntaba con la ribera norte del Angevino había una casucha baja de madera con ventanas de papel encerado, a través de las cuales salía una débil luminosidad blanca. Una silueta estaba de pie ante ella, el color amarillo de su casaca convertido en naranja por el efecto de las luces del puente. Las palabras de quien había hablado hubieran sonado imperiosas si la voz que las acompañaba no hubiese sido joven y un tanto insegura.

Locke sonrió; puesto que la garita de guardia del Alcegrante siempre estaba ocupada por dos casacas amarillas, el más veterano debía de haber enviado al más joven a la niebla para hacer el trabajo. Mucho mejor… Locke extrajo de su negro manto la preciada cartera con el sello mientras llevaba su caballo al trote hacia la garita.

—Mi nombre no tiene importancia —Locke abrió la cartera con un capirotazo para que el joven guardia vislumbrara el sello—. Cumplo un servicio para Su Excelencia el duque Nicovante.

—Ya… lo veo, señor.

—No he venido por este camino. Nosotros no hemos hablado. Asegúrate de que tu compañero lo comprende tan bien como tú.

El casaca amarilla hizo una reverencia y retrocedió rápidamente un paso, como si tuviese miedo de estar tan cerca. Unos jinetes con capas negras, montados en caballos negros, salidos de la oscuridad y de la bruma… Era muy fácil reírse de aquellas cosas bajo la luz del día. Pero la noche solía ser proclive a añadir consistencia a los fantasmas.

Si la Hilera de los Besamonedas era donde se ponía en circulación el dinero de Camorr, el distrito de Alcegrante solía ser el lugar donde el dinero se tumbaba a descansar. Estaba formado por cuatro islas unidas entre sí, cada una de las cuales era como una colina escalonada que llegaba hasta la base de la meseta que soportaba las Cinco Torres. El dinero viejo se mezclaba con el nuevo de la manera más disparatada que uno pueda imaginarse, en medio de un laberinto de casas señoriales y jardines privados. Aquí los comerciantes, los cambiadores de moneda y los agentes de negocios marítimos miraban por encima del hombro al resto de la ciudad; allá los miembros de la nobleza inferior levantaban la cabeza hacia arriba para mirar con avaricia las torres de las Cinco Familias que lo gobernaban todo.

De vez en cuando, los carruajes se movían estruendosos de aquí para allá, agitando los farolillos y estandartes de sus cabinas de negra madera laqueada para anunciar las armas de quien viajaba en su interior. Algunos eran escoltados por patrullas de jinetes armados, vestidos con jubones acuchillados y pectorales bruñidos, la moda de aquel año para asesinos a sueldo. Algunas yuntas de caballos llevaban arneses iluminados por luces alquímicas en miniatura que parecían a lo lejos cadenas de luciérnagas meneándose en la bruma.

La mansión de don Lorenzo Salvara, de cuatro plantas y forma rectangular, tenía varios siglos de antigüedad y se resentía un poco del peso de los años, pues había sido completamente construida por manos humanas. Era una especie de isla en el corazón de la isla de Durona, la parte más occidental del Alcegrante, rodeada en sus cuatro costados por un muro de piedra de cuatro metros de altura y cercada por tupidos jardines. No compartía pared alguna con las mansiones circundantes. Unas luces ambarinas ardían detrás de las ventanas atrancadas del tercer piso.

Locke y Calo desmontaron silenciosamente en la callejuela que estaba al lado de la fachada norte de la mansión. Las largas noches de cuidadosos reconocimientos efectuados por Locke y Bicho les habían revelado las mejores vías de acceso que, saliendo de la callejuela, debían llevarlos hasta la mansión. Tal y como iban vestidos, ocultos por la bruma y la tiniebla, serían completamente invisibles en cuanto abandonaran la calleja y saltaran el muro.

Cuando Calo amarró los caballos al poste de madera curtido por la intemperie que se encontraba delante del muro, él y Locke sintieron un instante de inefable tranquilidad; no se veía ni un alma. Calo acarició las ralas crines de su caballo.

—Cariño, si no volvemos, échate unos tragos a nuestra memoria.

Locke apoyó la espalda en la base del muro y juntó las manos. Calo puso un pie en aquel improvisado estribo y saltó hacia arriba, impulsado por la fuerza de sus piernas y los brazos de Locke. Cuando llegó hasta lo alto del muro se encaramó en él con mucho cuidado y sigilo y bajó los brazos para izar a Locke: los gemelos Sanza eran tan nervudos como Locke grácil, así que la operación resultó muy fácil. A los pocos segundos, ambos penetraban en la oscuridad húmeda y fragante del jardín y se agazapaban en ella para escuchar.

Las puertas de la planta de calle estaban aseguradas con barras de acero y complicadas cerraduras de seguridad que no podrían abrir por las buenas. Pero el tejado… Bueno, las personas que no eran lo suficientemente importantes para vivir constantemente bajo el miedo de que las asesinaran solían depositar una excesiva confianza en la altura de los muros de sus casas.

Con gran lentitud y mucho cuidado los dos ladrones escalaron la fachada norte de la casa señorial, encajando con firmeza manos y pies en las grietas de su cálida y húmeda piedra. Las dos primeras plantas estaban a oscuras y en silencio; las luces de la tercera se encontraban en el lado opuesto de aquel que estaban escalando. Con el corazón latiéndoles deprisa a causa de la excitación, siguieron subiendo hasta

encontrarse justo debajo del parapeto del tejado, donde descansaron un buen rato, la oreja tiesa para descubrir cualquier sonido del interior de la casa que pudiera dar a entender que habían sido descubiertos.

Las lunas se transparentaban, lejanas, tras la diáfana cortina de nubes grises; a su izquierda, la ciudad era un arco impreciso de luces adamantinas que brillaban a través de la bruma; por encima de todo, las inverosímiles alturas de las Cinco Torres se erguían hacia el cielo como sombras negras. Las hebras de luz que quemaban sus parapetos y sus ventanas realzaban, más que atenuaban, su aura amenazante; quedarse mirándolas cerca del suelo era la mejor receta para sentir vértigo.

Locke fue el primero en subirse encima del parapeto; mirando con mucha atención bajo la débil luz que le venía de mucho más arriba, apoyó los pies en la hilera de tejas blancas de la parte central del tejado y se quedó inmóvil. Le rodeaban las oscuras formas de arbustos, macizos de flores, arbolillos y viñas: el tejado estaba lleno a rebosar con los aromas de la vegetación y del olor que por la noche despide la tierra. El jardín que se encontraba a ras de suelo, aunque muy bien atendido, tenía una importancia más mundana, pues constituía la reserva botánica de doña Sofía.

Por lo que Locke sabía, la mayor parte de los alquimistas botánicos solían entusiasmarse por los venenos raros. Comprobó que la capucha y la capa se ceñían estrechamente a su cuerpo y se subió hasta la nariz el pañuelo que llevaba al cuello.

Caminando despacio por el sendero de blanco, Locke y Calo se abrieron camino por el jardín de Sofía con más cautela que si caminaran entre surtidores de aceite de lámpara con las capas ardiendo. En medio del jardín había una ventana abuhardillada con una cerradura sencilla. Durante dos minutos Calo permaneció inmóvil delante de ella para ver si podía escuchar algo, con sus ganzúas favoritas en las manos. Forzarla no le llevó más de diez segundos.

La cuarta planta: el taller de doña Sofía, un lugar en el que los dos intrusos querían aún menos que antes, cuando habían estado en el jardín, tropezar o quedarse en él. Tan silenciosos como maridos culpables que volvieran a casa después de una noche de borrachera, se deslizaron entre las salas oscuras llenas de material de laboratorio y de tiestos, escabulléndose por las estrechas escaleras de piedra que conducían a uno de los pasillos laterales del tercer piso.

Los entresijos de la mansión de Salvara les eran sobradamente conocidos a los Caballeros Bastardos: don Lorenzo y su esposa tenían sus habitaciones privadas en la tercera planta, al otro lado del vestíbulo del estudio de Lorenzo. La segunda planta era el solar, una sala para banquetes y recepciones que apenas se utilizaba cuando el matrimonio no tenía amigos a los que entretener. En la primera planta se encontraban la cocina, varios salones y los cuartos de los criados. Además de Conté, los Salvara mantenían a una pareja de mayordomos de mediana edad y a un muchacho que hacía de mensajero y de chico para todo. Debían de hallarse durmiendo en el primer piso; ninguno de ellos representaba ni la más pequeña fracción de la amenaza que Conté suponía para cualquier intruso.

Ahí radicaba la parte del plan que no podía ser planeada de un modo preciso: tenían que localizar al viejo soldado y aplicarle el tratamiento apropiado antes de poder tener con don Lorenzo la conversación que habían pensado.

Unos pasos sonaron en algún lugar del piso; Locke, que iba delante, se agachó y echó un vistazo por la esquina de la izquierda. Entonces vio el largo pasillo que dividía en dos partes la tercera planta; don Lorenzo acababa de dejar abierta la puerta del estudio antes de desaparecer en su dormitorio. Cerró aquella puerta tras de sí y un momento después resonó por la sala el sonido de una cerradura.

—Qué casualidad —susurró Locke—. Sospecho que estará atareado ahí dentro durante algún tiempo. Puesto que no ha apagado la luz de su estudio, es que piensa volver a él… Acabemos con la parte más difícil.

Locke y Calo se deslizaron por el vestíbulo del estudio; aunque habían comenzado a sudar, mantuvieron sus pesadas capas ceñidas al cuerpo para evitar tirar algo mientras se movían. El largo pasillo estaba decorado primorosamente con tapices que colgaban de las paredes y candelabros alojados en los nichos de las mismas, cuyos cristales apenas arrojaban más luz que unas brasas. Al otro lado de la gruesa puerta que conducía a los aposentos de los Salvara alguien reía.

La escalera que se encontraba al final del pasillo era amplia y de caracol; sus peldaños de mármol blanco, intercalados con cartas geográficas de Camorr hechas con mosaicos, bajaban en espiral hasta el solar. Al llegar ante ella, Calo agarró a Locke de una manga, se llevó un dedo a los labios y movió varias veces la cabeza hacia abajo.

—Escucha —murmuró.

Clang, clang… sonido de pasos… *clang, clang*.

Aquella secuencia de sonidos se repitió varias veces, aumentando ligeramente en intensidad en cada una de ellas. Locke hizo una mueca a Calo. Alguien caminaba por el solar, comprobando metódicamente una a una las cerraduras y las barras de hierro que protegían las ventanas. En tan altas horas de la noche sólo había una persona en la casa capaz de hacer tal cosa.

Calo se arrodilló junto a la balaustrada, exactamente a la izquierda de donde se terminaban los peldaños. Cualquiera que subiera por la escalera de caracol tendría que pasar directamente por debajo de él. Rebuscó dentro de su capa y extrajo un saco de cuero que seguía plegado y una soga delgada de seda negra; luego hizo algo con la soga por dentro y por fuera del saco que Locke no consiguió distinguir. Locke se arrodilló al lado de Calo y echó un vistazo al largo pasillo por el que habían llegado…, pues, aunque no era muy probable que el aristócrata volviera por él, no había que olvidar lo que se decía del Benefactor, que convertía a los ladrones incautos en sabrosos ejemplos para los demás.

Por debajo de donde se encontraban, los rápidos y precisos pasos de Conté resonaron en la escalera.

Puesto que en una lucha limpia sabían que el hombre de confianza de don Lorenzo no dudaría en pintar las paredes con su sangre, la lucha tenía que ser todo lo sucia que pudieran. En el momento en que la coronilla de la calva cabeza de Conté asomó debajo de ellos, Conté se apoyó en la balaustrada y le echó encima la capucha de inmovilidad que había preparado.

Para todos aquellos que jamás tuvieron la ocasión de que los secuestraran y vendieran como esclavos en cualquiera de las ciudades del Mar de Hierro, digamos que una capucha de inmovilidad, cuando cae, se parece a una tienda de campaña que ondea al viento. El aire agita su parte inferior antes de que caiga sobre la cabeza de su blanco y se asiente encima de sus hombros. Conté se sobresaltó muchísimo cuando Calo tiró de la cuerda de seda negra y cerró la capucha alrededor de su cuello.

Y para evitar que cualquiera con gran presencia de ánimo pueda quitarse la capucha en pocos segundos, siempre se moja su interior con una generosa dosis de cierto narcótico volátil de olor dulzón, surtido por algún farmacéutico negro. Conociendo la naturaleza del hombre a quien intentaban doblegar, Locke y Calo se habían gastado treinta coronas en la sustancia que Conté respiraba en aquellos momentos y que Locke deseaba fervientemente que le aprovechara.

A cualquier persona, hombre o mujer, le bastaba con dar una sola boqueada de pánico dentro de aquella capucha, cerrada herméticamente, para caer desvanecida. Pero cuando Locke bajó las escaleras para ocultar el cuerpo de Conté, vio que aquel hombre aún seguía de pie, intentando quitarse la capucha con las manos…, por supuesto que débil y desorientado, pero aún despierto. Un pequeño golpe en el plexo solar haría que abriera la boca y que la droga penetrara en su organismo. Locke se acercó para propinárselo y para agarrar a Conté por el cuello, justo debajo de la capucha. Así pondría fin a aquella parte del juego.

Pero Conté echó los brazos hacia delante, frustrando el golpe que Locke preparaba, con cierto desánimo, antes de que éste tuviera lugar, y le golpeó ferozmente una, dos, tres veces, en el estómago y en el plexo solar. Con las tripas convertidas en una constelación de dolores, Locke perdió el equilibrio y cayó hacia su supuesta víctima. Entonces Conté le lanzó a Locke una patada tan feroz con la pierna derecha que, si no hubiese sido porque, final y afortunadamente, la droga acababa de dejar fuera de combate al viejo soldado, le hubiera sacado los dientes por las orejas. Y aunque la pierna apenas le rozó en la barbilla, la bota en que se terminaba su pie le alcanzó en la ingle y le lanzó hacia atrás. La cabeza de Locke, en cierto modo protegida por el tejido de la capucha, rebotó en el duro mármol de la escalera; y allí se quedó él, intentando respirar, aún colgando torpemente de uno de los brazos de Conté.

En aquel instante apareció Calo, que acababa de soltar la cuerda que mantenía cerrada la capucha de Conté y bajaba corriendo por la escalera. Deslizó un pie por detrás de las piernas de Conté, que se bamboleaban cada vez más, y le hizo caer por la escalera, agarrándolo por la pechera de su jubón para que no se hiciera daño. En

cuanto Conté quedó postrado boca abajo, Calo, inmisericorde, le dio un puñetazo entre las piernas y otro más cuando volvió a moverlas ligeramente, y un tercero que no suscitó ninguna reacción en él. La capucha había terminado por cumplir su función. Teniendo a Conté fuera de combate, al menos por un tiempo, Calo fue a donde se encontraba Locke e intentó que se sentara, pero Locke le dio a entender con un ademán que no era necesario.

—¿Cómo te encuentras? —susurró Calo.

—Como si estuviera embarazado y el pequeño bastardo quisiera abrirse camino con un hacha —sintiendo una opresión en el pecho, Locke se arrancó la máscara para evitar vomitar en ella y dar lugar a un desaguisado imposible de ocultar.

Mientras Locke tomaba aire a grandes bocanadas e intentaba controlar sus estremecimientos, Calo se acuclilló al lado de Conté y le quitó la capucha, apartando con la mano los efluvios enfermizos y dulzones del saco de cuero. Lo dobló cuidadosamente, lo deslizó en el interior de su capa y arrastró a Conté un poco más lejos.

—Calo —dijo Locke, tosiendo—, ¿se me ha estropeado el disfraz?

—Creo que no. No acusa todo lo que ha recibido y así seguirá mientras no arrastres los pies. Quédate aquí un momento.

Calo se deslizó hasta el pie de la escalera y echó un vistazo hacia el solar que seguía a oscuras; la tenue luz de la ciudad se filtraba entre los barrotes de las ventanas, iluminando débilmente una mesa bastante larga y cierto número de vitrinas de cristal apoyadas en las paredes, que contenían platos y otros objetos difíciles de identificar. No había a la vista ningún alma ni se escuchaba ningún sonido que proviniera de abajo.

Cuando Calo regresó, Locke se había puesto a cuatro patas. Conté seguía dormido a su lado, con una cómica expresión de bienestar sobre su trabajado rostro.

—Oh, no creo que le dure mucho esa expresión cuando despierte —Calo agitó en el aire un par de nudillos de bronce forrados con cuero negro para que Locke los viera, y luego los hizo desaparecer en una de sus mangas con un ademán cortesano lleno de gracia—. Tenía puestos este par de pequeños bribones cuando le golpeé.

—Bien, pues tienes toda mi simpatía desde el momento en que me dio tal patada en las pelotas que a punto estuvieron de quedárseme de corbata. —Locke intentó levantarse y no lo consiguió; Calo dispuso su brazo derecho bajo él y le ayudó a ponerse de rodillas, aún tembloroso.

—Por lo menos vuelves a tener resuello. ¿Puedes andar ahora?

—Creo que sólo puedo dar traspiés. Caminaré encogido durante algún rato. Si me concedes unos minutos, podré fingir que todo va bien. Al menos hasta que nos vayamos.

Calo ayudó a Locke a bajar las escaleras hasta el tercer piso. Dejándole allí para que vigilara, hizo lo mismo, en silencio y muy despacio, con Conté. El hombre de don Lorenzo no pesaba mucho.

Molesto y ansioso por volver a encontrarse bien, Locke extrajo dos cuerdas resistentes del interior de su propia capa y ató a Conté de pies y manos con ellas; dobló tres veces un pañuelo y lo usó de mordaza. Extrajo de sus vainas los cuchillos de Conté y se los pasó a Calo, que los guardó en su capa.

La puerta del estudio de don Lorenzo, aún abierta, derramaba su cálida luz por el pasillo; la puerta del dormitorio permanecía cerrada a cal y canto.

—Rezo para que vosotros dos, mi señor y mi señora, recibáis el regalo de una exigencia y una paciencia superior a vuestras expectativas —susurró Calo—. Los ladrones que tenéis en casa agradecerían un breve respiro antes de proseguir mañana con sus obligaciones.

Calo tomó a Conté por debajo de los brazos y Locke, arrastrando los pies por el dolor que sentía, le cogió de los pies cuando Calo intentó cargar él solo con su peso. Con una cautela que ya comenzaba a aburrirles, volvieron sobre sus pasos y depositaron al inconsciente guardaespaldas en el extremo más alejado del pasillo, justo al pie de la escalera que conducía a los laboratorios de la cuarta planta.

El estudio del noble les resultó una vista de lo más agradecida cuando, finalmente, entraron en él pocos minutos después. Locke se hundió en el mullido cojín del sillón que se encontraba en la pared de la izquierda mientras Calo permanecía de pie, en posición de vigilancia. Atenuadas por la pared les llegaron más risas.

—Tendremos que quedarnos un rato más —dijo Calo.

—Los dioses son misericordiosos —Locke miró la alta vitrina de los licores de don Lorenzo; su puerta de vidrio le permitió descubrir que aún era más impresionante que la que había visto en la barcaza de recreo—. Si no fuera porque no le pegaría a nuestro disfraz, ahora mismo podríamos echarnos unos cuantos tragos.

Esperaron diez, quince, veinte minutos. Locke respiraba profunda y regularmente, mientras se concentraba en ignorar el fuerte dolor que le consumía las tripas. Así que, cuando ambos ladrones escucharon el picaporte de la puerta del dormitorio, Locke se puso en pie de un salto, intentando no pensar que las pelotas le dolían como si fueran potes de arcilla que acabaran de estrellarse desde muy alto en el suelo lleno de guijarros. En consecuencia, después de ponerse nuevamente la máscara y de sacar fuerzas de flaqueza, sintió cómo le envolvía una ola de arrogancia genuina.

Tal y como el padre Cadenas había dicho en cierta ocasión, los mejores disfraces son los que salen del corazón y no los que se consiguen sólo con pintarse la cara.

Calo se besó el dorso de la mano izquierda, sin quitarse la máscara, y parpadeó.

Don Lorenzo Salvara acababa de entrar silbando en su estudio, con muy poca ropa y completamente desarmado.

—Cerrad la puerta —dijo Locke. Su voz era tranquila y dominada por la absoluta seguridad que da el mandar—. Tomad asiento, mi señor, y no os molestéis en llamar a vuestro hombre. Se halla indispuesto.

7

Una hora después de la medianoche, dos hombres abandonaban el distrito de Alcegrante con dirección al Arco de los Antiguos. Se vestían con capas negras y llevaban caballos del mismo color; uno de ellos cabalgaba con aire desenvuelto, mientras que el otro, a pie, con el caballo de la brida, caminaba de una extraña manera, arqueando las piernas.

—Acojonantemente increíble —dijo Calo—. Todo salió como habías planeado. Es una pena que no podamos fanfarronear con nadie acerca de lo sucedido. La mejor jugada de todas y lo único que tuvimos que hacer fue contarle lo que le íbamos a hacer.

—Y que nos dieran algunas patadas —murmuró Locke.

—Ah, sí, lo siento. ¡Qué tío más bestia! Alégrate de que se sentirá igual que tú en cuanto abra los ojos.

—Qué gran alivio. Si las promesas pudieran endulzar el dolor, nadie se tomaría la molestia de prensar las uvas.

—¡Por el Guardián Avieso!, jamás escuché tanta autocompasión viniendo de la boca de un hombre rico. ¡Anímate! Más rico y más astuto que nadie, ¿no era así?

—Sí, más rico y más astuto, y caminando de una manera que da risa.

La pareja de ladrones prosiguió su camino hacia el sur atravesando el Prado de las Dos Platas, hacia la primera de las paradas en las que irían perdiendo, gradualmente, sus caballos y sus ropas negras, hasta llegar, finalmente, al distrito del Templo vestidos como simples trabajadores. Saludaron con ademanes amistosos a las patrullas de casacas amarillas cuyas pisadas sonaban con fuerza entre la bruma, precedidas por las linternas que se bamboleaban en lo alto de las picas con las que iluminaban el camino que debían seguir. Y en ninguna ocasión les dieron motivo para que alzaran la mirada.

La sombra furtiva que seguía su pista a través de calles y callejas era más silenciosa que el aliento de un niño pequeño; veloz y elegante, iba de un tejado a otro para no perderlos, mientras seguía todos sus actos con total resolución. Cuando entraron en el distrito del Templo, agitó las alas y se sumió en la negrura volando cada vez más alto en espiral, hasta que se encontró por encima de las brumas de Camorr y se perdió entre la calina gris de las nubes bajas.

Interludio

El Último Error

1

La primera experiencia de Locke con el vino de espejo de Tal Verrar tuvo más repercusiones en su cuerpo de muchacho mal nutrido que lo que Cadenas había esperado. La mayor parte del día siguiente la pasó Locke inquieto, revolviéndose en su jergón, con la cabeza como si se la estuvieran moliendo a golpes y los ojos incapaces de soportar ni la más pequeña cantidad de luz.

—Tengo fiebre —murmuró Locke entre sábanas empapadas de sudor.

—Tienes resaca. —Cadenas pasó una mano entre los cabellos del chico y le acarició la nuca—. Realmente es culpa mía. Los gemelos Sanza absorben el licor como esponjas. No hubiera debido permitir que sobrepasaras tus límites. Hoy no tienes que trabajar.

—¿El licor hace esto? ¿Incluso después, cuando ya estás sobrio?

—Una broma cruel, ¿no te parece? Es como si los dioses tuvieran que ponerle precio a todo. A menos que bebas brandy Austershalin.

—¿Aus… qué?

—Austershalin. Viene de Emberlain. Entre sus muchas otras virtudes, no causa resaca. Algún componente alquímico presente en la tierra de los viñedos. Es una cosa cara.

Cuando llegó la Falsa Luz después de muchas horas de duermevela, Locke descubrió que podía levantarse y caminar, aunque le diera la impresión de que el cerebro quería salírsele del cráneo haciendo un agujero por el cuello. Cadenas insistió en que irían a visitar a Capa Barsavi («Los únicos que faltan a su cita con él son los que viven en las torres de cristal y tienen grabados sus retratos en las monedas, e incluso éstos se lo piensan dos veces»), aunque consintió en permitir que Locke empleara un medio de transporte más confortable.

Dio la casualidad de que la Casa de Perelandro tenía un pequeño establo oculto en la parte trasera, en cuya cuadra, olorosa por lo pequeña, vivía un chivo apaciguado.

—No tiene nombre —dijo Cadenas, mientras subía a Locke encima de la criatura —, porque he sido incapaz de encontrar ninguno, ya que no atendería a él.

Locke jamás había desarrollado la repulsión instintiva que la mayoría de chicos y chicas sienten por los animales apaciguados: había visto demasiada fealdad en su vida para preocuparse por la mirada vacía de una de aquellas criaturas de ojos tan blancos como la leche.

Existe una sustancia llamada piedra fantasma: es un material tan blanco como la tiza que se encuentra en ciertas cavernas lejanas. Aquella materia no se crea de un modo espontáneo, sino sólo en los túneles vitrificados que, presumiblemente, fueron abandonados por los Antiguos, la misma raza inquieta que, hacía de aquello muchas eras, fundara Camorr. En estado sólido, la piedra fantasma no posee sabor ni olor y es inerte. Hay que quemarla para activar sus singulares propiedades.

Los físicos han comenzado a identificar los diferentes medios y canales por los que el veneno ataca los cuerpos de los seres vivos; éste ataca al corazón, este otro agua la sangre, y otros producen daños en el estómago o en los intestinos. El humo de la piedra fantasma no envenena ningún órgano, pues lo que hace es quemar la propia personalidad. La ambición, la tenacidad, el ánimo, el temple, el vigor… todas esas cosas se desvanecen con sólo respirar un poco de aquella arcana bruma. La exposición accidental a pequeñas cantidades puede dejar a una persona apática durante semanas; una cantidad mayor, y el efecto será permanente. Las víctimas siguen con vida, pero completamente despreocupadas por todo… no responden al oír sus nombres, o al ver a sus amigos, o ante un peligro mortal. Pueden ser estimuladas para comer, excretar o llevar cualquier cosa, pero poco más. Las cataratas de color blanco lechoso que crecen en sus ojos hasta cubrirlos son la expresión, puertas afuera, de la vacuidad que domina sus corazones y sus mentes.

Antaño, por el tiempo del Trono de Therin, se empleó para castigar a los criminales, pero han pasado siglos desde que la última ciudad-estado de Therin autorizó el empleo de la piedra fantasma en hombres y mujeres. No deja de ser curioso que a una sociedad que aún cuelga a los niños por los robos de poca cuantía y que entrega a sus prisioneros como pasto de las criaturas marinas, el empleo de la piedra fantasma le produzca un desasosiego imposible de soportar.

Así pues, el apaciguamiento se halla reservado a los animales… por lo general, bestias de carga dedicadas al servicio urbano. Los estrechos confines de una ciudad tan peligrosamente rica como Camorr se amoldan perfectamente al proceso; se puede confiar en que los ponies apaciguados jamás podrán desarzonar a los niños de la nobleza. Se puede confiar en que los caballos y las mulas apaciguados jamás cocearán a quienes los montan o en que jamás arrojarán un cargamento caro al canal. Debe colocarse encima del hocico del animal un saco de arpillera con una pizca de la piedra blanca y una cerilla de combustión lenta, mientras que los humanos que tratan con él se apartan a donde corre el aire. Pocos minutos después, los ojos de la criatura han adquirido el color de la leche recién ordeñada, y aquélla jamás vuelve a actuar por iniciativa propia.

Pero como Locke tenía un espantoso dolor de cabeza y, además, se estaba acostumbrando a la idea de ser un criminal que vivía en un país encantado y exclusivo, hecho de cristal, el sorprendente comportamiento, un tanto mecánico, de aquel chivo no conseguía incomodarle.

—Este templo seguirá exactamente en el mismo sitio donde lo dejé cuando regrese más tarde, al atardecer —dijo el padre Cadenas cuando terminó de vestirse para la aventura que le aguardaba en el exterior; el Sacerdote Sin Ojos se había desvanecido completamente para ser reemplazado por un hombre de mediana edad y moderados medios. La barba y el cabello los había untado con alguna suerte de pasta parda; el chaleco y la capa corta de tela de algodón cubrían con holgura la camisa de color crema que no llevaba lazo ni corbata.

—Seguirá exactamente en el sitio en que lo dejaste —dijo uno de los Sanza.

—Y sin haberse incendiado *ni nada parecido* —dijo el otro.

—Si vosotros, muchachos, pudierais incendiar la piedra y el cristal antiguo, los dioses habrían dispuesto para vosotros algo mejor que ser mis simples aprendices. Comportaos bien. Me llevo a Locke para su, ahh…

Cadenas miró de reojo al muchacho que se hacía llamar Lamora. Entonces hizo como si se echara un trago y luego se cogió la mandíbula como si le doliera.

—¡Ohhhhhhhhh! —dijeron Calo y Galdo, formando un dúo perfecto.

—En efecto —Cadenas se puso un pequeño bonete de cuero encima de la cabeza y cogió las riendas del chivo de Locke—. Esperadnos levantados. Por lo menos, esto será interesante.

2

—Creo que del tal Capa Barsavi —iba diciendo Locke mientras Cadenas conducía al chivo sin nombre por uno de los estrechos puentes de cristal que se encuentran entre la Fauria y la Hilera de los Besamonedas— me habló mi antiguo maestro en cierta ocasión.

—Tienes toda la razón. Creo que fue cuando incendiaste la Viña del Cristal Antiguo.

—Ah, ya lo sabías.

—Bueno, en cuanto tu antiguo maestro comenzó a hablarme de ti… ya no paró en varias horas.

—Si yo soy tu *pethon*, ¿tú eres el *pethon* de Barsavi?

—En efecto; has explicado nuestra relación de manera clara y sencilla. Todos aquellos que llamamos la Buena Gente son soldados de Barsavi. Sus ojos, sus oídos, su agentes, sus súbditos. Sus *pethons*. Barsavi es… una especie particular de amigo. Yo hice algunas cosas para él cuando comenzó a ser importante. Podría decirse que ambos prosperamos juntos… Yo me hice con cierta consideración especial y él se hizo, ah, con toda la ciudad.

—¿Cierta consideración especial?

Era una de aquellas noches magníficas para pasear que suelen darse en Camorr por el verano. Menos de una hora antes había caído una lluvia intensa, y el frescor de la bruma que desplegaba sus volutas alrededor de los edificios como si fueran las

manos de algún gigante espectral que quisiera agarrarlos era un poco más fría de lo usual y su olor aún no se había saturado con los relentes de la sal, de los pescados muertos y de los desechos de la gente. Como después de la Falsa Luz solía caminar muy poca gente por la Hilera de los Besamonedas, Locke y Cadenas podían hablar con toda libertad.

—Una consideración especial. La de *la distancia*. Veamos… En Camorr hay cien bandas, Locke. Bueno, más de cien. La verdad es que no puedo acordarme de todas. Algunas de ellas son demasiado recientes o demasiado ingobernables para que Capa Barsavi confíe demasiado en ellas. Por eso siempre les tiene un ojo echado encima… insiste en que le informen con frecuencia, infiltra en ellas a gente de confianza o las ata en corto. De aquellos de nosotros que no sufren ese escrutinio —Cadenas se señaló con el dedo y luego señaló a Locke— hay que suponer que hacen las cosas de un modo honesto, a menos que se demuestre lo contrario. Seguimos sus reglas, le damos una tajada de lo que ganamos y él piensa que puede confiar, más o menos, en que sigamos haciendo bien las cosas. Nada de auditores, nada de espías, nada de tonterías: «la distancia». Es un privilegio por el que vale la pena pagar dinero —Cadenas metió una mano en uno de los bolsillos de su capa para suscitar el agradable tintineo de las monedas que llevaba en él—. De hecho, vengo a ofrecerle una pequeña muestra de respeto. Las tres décimas partes de lo que esta semana nos dio el puchero de la caridad de Perelandro.

—¿Más de cien bandas, dices?

—Esta ciudad tiene más bandas que malos olores, muchacho. Algunas de ellas son más antiguas que las familias más rancias del Alcegrante, y poseen rituales más estrictos que algunas de las órdenes sacerdotales. Diablos, en cierta ocasión llegó a haber casi treinta capas, y cada uno tenía cuatro o cinco bandas bajo su mano.

—¿Treinta capas? ¿Y todos como Capa Barsavi?

—Sí y no. Sí en lo que concierne al hecho de gobernar a las bandas y darles órdenes y rajar a los hombres desde las pelotas hasta los ojos cuando se cabreaban; no en que no se parecían en nada a Barsavi. Esos treinta cabecillas de los que te hablo mandaron sólo hace cinco años. Treinta reinos diminutos, todos luchando, robando y sacándose las tripas por la calle los unos a los otros. Todos en guerra con los casacas amarillas, que solían matar a veinte de ellos por semana. Y eso las semanas flojas.

»Entonces Capa Barsavi llegó de Tal Verrar. Era uno de los eruditos de la Universidad de Therin, ¿puedes creértelo? Enseñaba retórica. Se hizo con el control de unas pocas bandas y comenzó a cortar por lo sano. No como hubiera hecho un sacamuelas de callejón, sino como un físico que extirpase un chancro. Cuando Barsavi desbancaba a otro capa, se hacía con sus bandas. Pero no las utilizaba a menos que lo necesitase. Les asignaba un territorio y les dejaba elegir a sus propios *garristas*, para luego moldearlos a su estilo.

»Así que, hace sólo cinco años, había treinta capas. Hace cuatro, sólo diez. Hace tres, uno solo. Capa Barsavi y sus cien bandas. Toda la ciudad, toda la Buena Gente,

los presentes incluidos, en el bolsillo. No más guerras que ensangrentaran los canales. No más hileras de ladrones maniatados que ingresaran de golpe en el Palacio de la Paciencia…, sólo dos o tres que entran de vez en cuando, como ahora.

—¿Debido a la Tregua Secreta? ¿La que yo rompí?

—Sí, la que tú rompiste. Has supuesto bien, porque a eso me refería. Sí, muchacho, ésa es la clave del peculiar éxito de Barsavi. Luego llegó a ella, a ese acuerdo duradero con el Duque, llevado a cabo por uno de los agentes de éste. Las bandas de Camorr no tocarían a los nobles; no pondríamos un dedo encima de los barcos, de los carros que transportaban la cerveza o de los embalajes que llevaran encima un genuino escudo heráldico. A cambio, Barsavi es el auténtico gobernante de algunos de los sitios de la ciudad que resultan más interesantes: el Fuego Encendido, el Estrecho, la Desolación de Madera, la Trampa, y parte de los muelles. Por no mencionar que la Guardia está mucho más… relajada de lo que debiera.

—¿Entonces podemos robar a cualquiera que no sea noble?

—Sí, o que no sea un casaca amarilla. Podemos disponer de los comerciantes, de los cambistas de moneda y de los que van y vienen. Muchacho, por Camorr pasa mucho más dinero que por cualquier otra ciudad de esta costa. Cientos de barcos cada semana; miles de marineros y oficiales. Dejando a un lado a la aristocracia, no tenemos problemas.

—¿Y eso no enfada a los comerciantes y a los cambistas de moneda?

—Se enfadarían muchísimo si lo supieran. Por eso la palabra «Secreta» va después de «Tregua». Y por eso Camorr es un lugar tan elegante, encantador y seguro para vivir en él; realmente, si no tienes mucho dinero sólo tienes que preocuparte por la manera de perderlo.

—Oh —dijo Locke, acariciando el colgante que tenía el diente del tiburón—. De acuerdo. Pero, ahora que lo pienso… dijiste que mi antiguo maestro pagó por el derecho de, uhm, poder matarme. ¿Te has metido en problemas con Barsavi por no… matarme?

Cadenas se rió.

—Muchacho, ¿cómo iba a traerte conmigo para que le vieras si tuviera algún problema con él? No, tu señal de muerte me pertenece, y puedo ejecutar ésta o no según me convenga. La compré. ¿No lo entiendes? El Capa no se preocupa de lo que hagamos con ella, con tal de que reconozcamos que el *poder* sobre la vida y la muerte le pertenece. Es como si fuera un impuesto que sólo él puede recoger. ¿Lo pillas?

Locke se concedió varios minutos de reflexión para recapacitar en todo aquello. Su dolor de cabeza era una muestra de la dificultad que tenía para comprender lo que había escuchado.

—Permíteme que te cuente una historia —dijo el padre Cadenas tras un instante —. Una historia que te hará comprender con exactitud a qué tipo de hombre vas a conocer, y a jurar fidelidad, esta tarde. Hace algún tiempo, cuando Capa Barsavi gobernaba la ciudad con mano delicada, porque era nuevo en ese oficio, se enteró

(era un secreto a voces) de que unos cuantos *garristas* suyos planeaban librarse de él en cuanto se les presentara la ocasión. Y de que estaban muy prevenidos contra cualquier contraataque suyo; ellos le habían ayudado a hacerse con la ciudad y sabían cómo pensaba.

»Por eso estaban seguros de que no podría cogerlos a todos a la vez; si él intentaba cortar algunas gargantas, las bandas se dispersarían y se avisarían las unas a las otras, de suerte que todo acabaría en una confusión sangrienta, en una larga guerra. Así que no hizo ningún movimiento. Y los rumores de la deslealtad de los otros aumentaron.

»Capa Barsavi solía recibir las visitas en su gran sala… la que aún tiene en la Desolación de Madera. Es un gran navío de Tal Verrar, uno de esos galeones gruesos y enormes que se emplearon para transportar tropas. Aún sigue anclado en el mismo sitio, como una especie de palacio improvisado. Lo llama la Tumba Flotante. Bueno, pues en la Tumba Flotante montó todo un espectáculo al instalar en ella una alfombra muy grande traída de Ashmere, una cosa realmente magnífica, el tipo de alfombra que el Duque colgaría de una pared para conservarla en buen estado. Y se aseguró de que todos los que le rodeaban supieran lo mucho que le gustaba aquella alfombra.

»Y sucedió que toda su corte supo por la alfombra la suerte que iban a correr los que le visitaban; si la alfombra se recogía y se llevaba a otro lugar, habría derramamiento de sangre. Sin excepción. Pasaron los meses. Alfombra arriba, alfombra abajo. Alfombra arriba, alfombra abajo. En ocasiones, los hombres a los que mandaba llamar intentaban salir corriendo en cuanto comprobaban que pisaban el suelo desnudo, lo cual equivalía a admitir en voz alta que habían hecho algo indebido.

»Pero volvamos al problema que tenía con los *garristas*. Ninguno de ellos era tan estúpido para entrar en la Tumba Flotante sin llevar consigo a su banda o para quedarse a solas con Barsavi. Pero como éste no las tenía todas consigo de que la normativa que estaba aplicando fuese la correcta, esperó… Y cierta noche invitó a cenar a nueve de los *garristas* que le habían causado problemas. No estaban todos los que eran conflictivos, pero sí los más astutos y tenaces y los que poseían las bandas más numerosas. Y sus espías les habían dicho que aquella magnífica alfombra bordada, la preciada posesión del Capa, estaba puesta en el suelo, como todos podían ver, con una mesa de banquetes encima que se hallaba repleta con más viandas que las que jamás hubieran visto los mismísimos dioses.

»De ese modo, aquellos bastardos estúpidos supusieron que Barsavi hablaba en serio, que sólo quería charlar con ellos. Pensaban que estaba asustado y que querría negociar por las buenas, así que ni llevaron a sus bandas consigo ni prepararon ningún plan alternativo.

»Puedes imaginarte —prosiguió Cadenas— lo sorprendidos que se sintieron cuando ocuparon sus sillas, puestas encima de la alfombra, y cincuenta de los hombres de Barsavi entraron en la sala armados con arcos y arrojaron a aquellos

pobres idiotas tantas flechas que un puerco espín en celo hubiera tomado a cualquiera de ellos por uno de los suyos y se lo hubiese follado. Y las gotas de sangre que no fueron a parar a la alfombra se dirigieron al *techo*. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—Sí, ¿a que la alfombra quedó estropeada?

—Un poco. Barsavi sabía cómo *crear* expectativas, Locke, y cómo emplear esas expectativas en confundir a quienes querían hacerle daño. Se figuraban que su extraña obsesión podía garantizarles la vida. De aquí se deduce que vale la pena acabar con enemigos que son muy fuertes y poderosos a cambio de perder una maldita alfombra.

Cadenas señaló con el dedo hacia delante, hacia el sur.

—El hombre que quiere hablar contigo se encuentra a poco menos de un kilómetro en esa dirección. Te recomiendo encarecidamente que emplees con él un lenguaje muy educado.

3

El Último Error era un lugar donde el inframundo de Camorr subía entre borboteos a la superficie; una taberna llena de fulleros donde la Buena Gente de toda condición podía beber y hablar a las claras de sus negocios y donde los ciudadanos respetables, que resaltaban tanto como las serpientes en un parvulario, no tardaban en salir por la puerta, escoltados por hombres de mirada sórdida y brazos enflaquecidos que tenían muy poca imaginación.

En aquel lugar, las bandas llegaban en bloque para beber, preparar los trabajos por hacer y hacerse notar. Mientras bebían, aquellos hombres argüían en voz alta sobre la mejor manera de estrangular a alguien por la espalda, así como de los venenos más apropiados para mezclar con la comida o la bebida. Proclamaban sin tapujos el desatino de la corte del Duque, o su sistema de impuestos, o sus acuerdos diplomáticos con las restantes ciudades del Mar de Hierro. Rehacían batallas completas con cuadraditos de verduras y huesos de pollo por ejércitos, explicando a voz en cuello cómo *ellos* habrían girado a la izquierda cuando el duque Nicovante ordenó ir hacia la derecha, cómo *ellos* se habrían mantenido firmes cuando las cinco mil lanzas negras de la rebelión dirigida por el Conde Loco bajaban desde la Colina de la Puerta de los Dioses hacia ellos.

Pero ninguno de ellos, por mucho que hubiera abusado de licor o de la Mirada Fija o de los extraños polvos narcóticos de Jerem, por mucho que se jactara de los dones de general o de hombre de estado que decía poseer, ni siquiera se hubiera atrevido a sugerirle a Capa Vencarlo Barsavi algo tan nimio como cambiar uno de los botones de su chaleco.

4

La Torre Rota es uno de los puntos notables de Camorr que se recorta a treinta metros sobre el cielo por la parte norte de la Trampa, ese distrito bajo y lleno de gente donde los marineros de cien puertos pasan la noche yendo de los bares a las cervecerías en busca de antros de juego, y recíprocamente. El dinero de sus bolsillos va pasando por los cedazos de los taberneros, las putas, los ladrones, la chusma barriobajera y otros chorizos de poca monta hasta que desaparece en la misma proporción en que sus cabezas se van haciendo más pesadas y acaban siendo llevados como fardos al barco del que proceden, para que se curen de la resaca y de las enfermedades que hayan pillado. Llegan con la marea y se van con ella, sin dejar más que un rastro de cobre y de plata (y, en ocasiones, de sangre) para marcar su paso.

Puesto que las artes de los hombres son inefectivas a la hora de romper el cristal antiguo, la Torre Rota tenía que encontrarse en sus condiciones actuales cuando los seres humanos, caminando sigilosamente entre las ruinas de una civilización más antigua, fundaron Camorr. Unas grandes hendiduras afean el cristal y la piedra, ambos de origen no humano, de los pisos superiores de la torre; dichas discontinuidades han sido cubiertas de alguna forma con madera, pintura y otros materiales de origen humano. Aunque la complejidad de aquellos arreglos apenas se cuestione, lo cierto es que no quedan bien, y las habitaciones de alquiler de los seis pisos superiores son las menos demandadas de toda la ciudad, pues sólo se puede acceder a ellas subiendo por los interminables peldaños de la estrecha y retorcida escalera de caracol que contornea el edificio, una estructura ondulante de madera que, bajo el fuerte viento, llega a cimbrearse de una manera que produce mareo. La mayor parte de quienes viven en ellas son asesinos jóvenes pertenecientes a diferentes bandas, para quienes tan insano acomodo supone una extraña enseña de honor.

El Último Error ocupa la planta de calle y la amplia base de la Torre Rota, y después de la caída de la Falsa Luz apenas suele haber en él menos de cien parroquianos. Locke se pegó estrechamente a la espalda de la capa corta del padre Cadenas cuando éste se abrió paso a codazos entre la muchedumbre que tapaba la puerta. La corriente de aire que salía del bar estaba cargada de olores que Locke conocía muy bien: los de cien tipos de licor y de los hombres y mujeres que los bebían; los del sudor rancio y el sudor seco; los de la orina y del vómito; los de las pomadas con especias y el de la lana mojada; el pungente del jengibre y el acre de las nubes de tabaco.

—¿Podemos fiarnos de ese chico de fuera para dejarle nuestro chivo? —preguntó Locke por encima del ruido de tanta gente.

—Claro que sí, claro que sí —Cadenas hizo con la mano una seña bastante elaborada al grupo de hombres que practicaban la lucha libre cerca de la habitación principal del bar; los que sólo estaban de mirones enseñaron los dientes y se fueron —. Por tres razones. La primera, porque se trata de su trabajo. La segunda, porque le he pagado bien. La tercera, porque sólo un loco querría robar un chivo apaciguado.

El Último Error era una especie de monumento al fracaso de los artificios humanos en los momentos críticos; sus paredes estaban cubiertas por una desconcertante variedad de recuerdos, cada uno de ellos contaba un cuento visual que finalizaba con el veredicto de «Aún no es bastante bueno». Encima de la barra había una armadura completa con un agujero cuadrado encima del hombro izquierdo causado por el cuadrillo de una ballesta. Espadas rotas y yelmos partidos cubrían las paredes, junto con fragmentos de remos, mástiles, vergas y jirones de velas. Una de las cosas de las que más se enorgullecía aquel bar era la de tener un recuerdo de todos los barcos que habían naufragado durante los últimos setenta años delante de Camorr.

El padre Cadenas arrastró a Locke Lamora por toda aquella confusión, como una lancha sujeta a la popa de algún enorme galeón. En la pared sur del bar, un poco por encima del suelo, se encontraba un reservado que parecía ofrecer intimidad con sus cortinas parcialmente corridas. Varios hombres y mujeres miraban atentamente hacia el reservado con ojos cargados que barrían a la muchedumbre y manos que jamás se apartaban de sus armas, las cuales mostraban de manera franca y ostentosa: dagas, venablos, mazas de bronce y de madera, espadas cortas, hachas pequeñas e incluso ballestas. Su aspecto iba desde el del delgado ladrón de callejuelas hasta el del masivo asesino de caballos, capaz (a los ojos de Locke, que los tenía abiertos como platos) de taladrar la roca.

Uno de aquellos guardias detuvo al padre Cadenas y ambos intercambiaron unas pocas palabras; otro guardia se dirigió al reservado de la cortina mientras el primero no le quitaba a Cadenas el ojo de encima. Poco después, el segundo guardia reapareció e hizo una seña. Y así fue cómo Locke fue llevado por primera vez a presencia de Vencarlo Barsavi, Capa de Camorr, que se sentaba en una simple silla al lado de una simple mesa. Varios esbirros se apoyaban en la pared que estaba tras él, lo suficientemente cerca para atender lo que pudiera pedirles y lo suficientemente lejos para no poder escuchar una conversación en voz baja.

Era evidente que Barsavi era un hombre bastante grande y tan ancho como Cadenas, aunque una pizca más joven; la negra y aceitada cabellera la llevaba recogida detrás del cuello, y la barba se le encorvaba en la barbilla formando tres trencillas de cabellos, perfectamente dispuestas cada una encima de la otra. Cuando Barsavi giraba su redonda cabeza, aquellas barbas flotaban alrededor de su rostro, dando la impresión de ser lo suficientemente espesas para, en caso de tocar la piel desnuda de alguien, hacerle daño.

Barsavi se vestía con casaca, chaleco, calzas y botas de un raro cuero negro que incluso a los ojos de Locke, poco ducho en la materia, parecía extrañamente grueso y tieso; poco después el muchacho supuso que debía de ser piel de tiburón. Los singulares botones blancos que salpicaban su chaleco y sus puños, manteniendo en su sitio sus corbatas de seda roja… eran dientes humanos.

Sentada en el regazo de Barsavi, mirando fijamente a Locke, se encontraba una chica de una edad parecida a la suya, de cabellera negra y rizada y rostro en forma de

corazón. También ella llevaba una ropa un tanto curiosa; el vestido era blanco con bordados de seda, muy apropiado para la hija de cualquier noble, mientras que las botas que colgaban al aire, por debajo de ella, eran de cuero negro con suela de hierro y púas de acero en puntera y talón.

—Así que éste es el chico —dijo Barsavi con una voz profunda y algo nasal que poseía el agradable acento de Tal Verrar—. El industrioso muchachito que tanto confundió a nuestro querido Hacedor de Ladrones.

—El mismo, vuestra señoría, que ahora nos confunde a mí y al resto de mis pupilos —Cadenas se adelantó y apartó a Locke hacia un lado—. ¿Puedo presentaros a Locke Lamora, antaño de la Colina de las Sombras y ahora uno de los iniciados de Perelandro?

—¿O de algún otro dios, no? —dijo Barsavi riéndose por lo bajo, mientras le acercaba una pequeña caja de madera que había estado todo el tiempo encima de la mesa, cerca de su brazo—. Es agradable verte, Cadenas, cada vez que recobras la vista milagrosamente. Échate al coleto uno de estos enrollados. Son raíz negra de las islas de Jerem, extra finos, hechos esta misma semana.

—No diré que no, Ven —Cadenas aceptó una de aquellas hojas de tabaco envueltas en papel rojo. Mientras los dos hombres se inclinaban encima de una parpadeante lamparilla para encenderlos (al mismo tiempo, Cadenas dejaba caer la bolsita de monedas encima de la mesa), dio la impresión de que la chica acababa de tomar una decisión al respecto de Locke.

—Es un chiquillo muy feo, padre. Parece un esqueleto.

Capa Barsavi tosió después de inhalar las primeras bocanadas de humo y arrugó las comisuras de sus labios.

—¡Y tú eres una muchachita muy poco considerada, querida! —el Capa aspiró una vez más su enrollado y luego exhaló una columna perfectamente derecha de humo traslúcido; el tabaco tenía un agradable sabor a miel y un tenue paladar a vainilla quemada—. Debes perdonar a mi hija Nazca; como soy incapaz de negarle ninguno de sus caprichos, ha adquirido las maneras de una princesa pirata. Sobre todo ahora, después de comprobar el miedo que nos da el estar cerca de sus botas nuevas tan letales.

—*Jamás* voy desarmada —dijo la muchacha, levantando las botas en alto para dar más énfasis a sus palabras.

—Y el pobre Locke no es feo, cariño mío; lo que le pasa es que aún lleva encima la marca de la Colina de las Sombras. Un mes al cuidado de Cadenas y estará tan redondo y listo como una piedra de catapulta.

—Hmmph —la chica siguió contemplándole durante unos segundos más y entonces dirigió la mirada hacia su padre, que se puso a juguetear inconscientemente con una de sus barbas mientras ella le miraba—. ¿Vas a convertirlo en un *pethon*, padre?

—Sí cariño, eso hemos pensado Cadenas y yo.

—Hmmph. Entonces quiero otro brandy mientras realizáis la ceremonia.

Capa Barsavi entornó los ojos. Las patas de gallo producidas por las continuas sospechas circundaron su mirada, tan gris como el pedernal.

—Cariño, ya te has tomado dos copas esta noche; tu madre me matará si permito que te tomes una tercera. Pídele a uno de los hombres que te sirva una cerveza.

—Pero yo prefiero…

—Lo que tú prefieras, pequeña tirana, no tiene nada que ver con lo que acabo de *decirte*. En lo que queda de noche podrás beber cerveza o agua; la decisión es completamente tuya.

—Hmmph. Entonces, cerveza.

Barsavi intentó que volviera a echarse en su regazo, pero ella apartó sus pesadas y callosas manos. Sus talones hicieron *clak-clak-clak* en el suelo de madera del reservado cuando fue al encuentro de alguno de sus esbirros preferidos para ordenarle que le trajera cerveza.

—Y, cariño, si sólo uno más de mis hombres recibe una patada en la espinilla, llevarás sandalias de carrizo durante un mes —dijo Barsavi a voz en grito; luego echó otra calada y se volvió hacia Locke y Cadenas—. Es como un barril de aceite ardiente. La semana pasada se negó a dormir sin tener su porra debajo de la almohada. «Sólo es como uno de los guardaespaldas de papá», adujo ella. No creo que sus hermanos hayan caído en la cuenta de que el próximo Capa Barsavi llevará vestidos veraniegos y sombreretes.

—Comprendo lo que debieron de divertiros las historias que el Hacedor de Ladrones os contó acerca de este muchacho —dijo Cadenas, dándole a Locke unas palmaditas en los hombros mientras hablaba.

—Claro que sí. Desde que mis hijos crecieron encima de mis rodillas ya no me asusto de nada. Pero no estás aquí para discutir ese asunto…, me has traído a este hombrecito para que pueda hacer su juramento definitivo como *pethon*. Unos pocos años antes de lo debido, me parece. Ven aquí, Locke.

Capa Barsavi extendió la mano derecha y cogió a Locke de la barbilla, levantándole la cabeza para que éste pudiera mirarle a los ojos mientras hablaba.

—¿Qué edad tienes, Locke Lamora? ¿Seis años? ¿Siete? Y ya eres responsable de una ruptura de la Tregua, una taberna incendiada y seis o siete muertes —el Capa sonrió con afectación—. Tengo asesinos con cinco veces tu edad que tendrían que ser tan atrevidos como tú. ¿Te ha contado Cadenas qué tipo de camino has de seguir en mi ciudad y bajo mis leyes?

Locke asintió.

—Sabrás que en cuanto pronuncies este juramento no podré ser tan benigno contigo como hasta ahora. Ya ha pasado el tiempo de ser temerario. Si Cadenas tiene que eliminarte, lo hará. Y si yo le digo que te elimine, lo hará.

Locke asintió nuevamente. Nazca regresó al lado de su padre, bebiendo cerveza de una jarra de cuero; se quedó mirando a Locke por encima del borde de la jarra que

cogía con ambas manos.

Capa Barsavi chasqueó los dedos; uno de los tipos serviles que se hallaba a su espalda se desvaneció detrás de una cortina.

—Entonces ya no podré pasar por alto ninguna de tus tretas, Locke. Esta noche vas a convertirte en un hombre. Harás lo que hacen los hombres y sufrirás la suerte de los hombres si fastidias a tus hermanos y hermanas. Serás uno de nosotros, uno más de la Buena Gente; se te darán las palabras y los signos, que habrás de usar con discreción. Al igual que Cadenas, tu *garrista*, está unido a mí por juramento, tú lo estarás a mí por mediación de él. Yo soy tu *garrista* por encima de todos los demás *garristas*. Soy el único duque de Camorr al que deberás pleitesía. Dobla la rodilla.

Locke se arrodilló delante de Barsavi; el Capa alzó la mano izquierda y puso la palma hacia el suelo. Llevaba un anillo adornado con una perla negra engastada en hierro blanco; dentro de la perla, introducida mediante algún proceso arcano, se veía una manchita roja que tenía que ser sangre.

—Besa el anillo del Capa de Camorr.

Y Locke lo besó; la perla estaba fría al contacto de sus resecos labios.

—Pronuncia el nombre del hombre a quien vas a prestar juramento.

—Capa Barsavi —murmuró Locke. En aquel momento, el sirviente del Capa regresó al reservado y entregó a su amo un pequeño receptáculo de cristal que contenía un líquido pardo bastante denso.

—Ahora —dijo Barsavi—, al igual que debe hacer todo el que quiera convertirse en mi *pethon*, beberás a mi salud —el Capa hurgó en uno de sus bolsillos y extrajo de él un diente de tiburón un poco mayor que el de la señal de muerte que Locke llevaba colgada al cuello. Barsavi dejó caer el diente dentro del recipiente y agitó el contenido varias veces. Luego se lo entregó a Locke—. Es ron con azúcar oscuro del Mar de Bronce. Bébetelo todo, incluido el diente. Pero, pase lo que pase, no te tragues el diente. Mantenlo dentro de la boca. Sácatelo después de que te hayas bebido el licor. Y no vayas a cortarte.

Aunque a Locke le picó la nariz al sentir el aroma pungente del licor que se evaporaba en el vaso y sintió un retortijón en el estómago, apretó la mandíbula y bajó la mirada hacia la forma, ligeramente distorsionada, del diente que estaba dentro del ron. Rezando en silencio a su nuevo Benefactor para que le sacara del aprieto, vertió en su boca el contenido del vaso, con diente y todo.

Tragarse el licor no le resultó tan fácil como había esperado. Sirviéndose de la lengua, sujetaba el diente contra la encía, por detrás de los dientes de la mandíbula superior, sintiendo el contacto de sus aristas. El licor quemaba; aunque comenzó a tragarlo muy despacio, no tardó en atragantarse. Después de unos pocos segundos que le parecieron interminables, se estremeció y se tragó lo que le quedaba de licor, aliviado porque el diente no se había movido de su sitio.

Entonces comenzó a dar vueltas en su boca. En sentido físico, como si lo moviera alguna mano invisible que acababa de hacerle un corte ardiente por dentro de la

mejilla izquierda. Locke lloró, tosió y escupió el diente… en la palma de una de sus manos, manchado de saliva y sangre.

—Ahhhhh —dijo Capa Barsavi mientras recogía el diente y lo devolvía a su chaleco, con la sangre y todo lo demás—. Como puedes ver, te encuentras ligado a mí por un juramento de sangre. Mi diente ha probado a qué sabe tu vida, y ésta me pertenece. Ya no somos unos extraños, Locke Lamora. Ya somos Capa y *pethon*, como quería el Guardián Avieso.

A un gesto de Barsavi, Locke cayó de rodillas ante él, maldiciendo para sus adentros porque la sensación de ebriedad que ya comenzaba a serle familiar acababa de insinuarse en su cabeza. Aunque ya habían desaparecido los síntomas de la resaca del día anterior, le dio la impresión de que la habitación comenzaba a dar vueltas a su alrededor. Cuando volvió a mirar a Nazca, vio que le sonreía por encima de su jarra de cerveza con el mismo aire de tolerancia burlona que los chicos mayores de la Colina de las Sombras le habían mostrado a él y a sus compatriotas de los Calles.

Antes de saber lo que hacía, Locke la miró mientras seguía de rodillas.

—Si vas a ser el próximo Capa Barsavi —dijo, atropellándosele las palabras—, entonces también debo prometerte fidelidad. Y la cumpliré, señora. Señora Nazca. Quiero decir, señora Barsavi.

La muchacha retrocedió un paso.

—Ya tengo criados, chico. Y asesinos. ¡Mi padre posee cien bandas y dos mil puñales!

—¡Nazca Belonna Jenavais Angeliza de Barsavi! —exclamó su padre con voz atronadora—. Al parecer, sólo valoras a los hombres que se hallan a tu servicio por su *fuerza*. A su debido tiempo, también llegarás a valorarlos por su *amabilidad*. Me avergüenzo de ti.

En su confusión, la mirada de la muchacha fue varias veces de su padre a Locke. Sus mejillas se fueron tiñendo de arrebol. Tras unos momentos de reflexión, tendió la jarra de cerveza a Locke y dijo, casi a punto de llorar:

—Si te apetece, puedes compartir conmigo la cerveza.

Locke se comportó como si acabaran de otorgarle el honor más grande de toda su vida, mientras se daba cuenta (aunque con muchas más palabras que las que ahora van a emplearse) de que el licor había comenzado a insinuar en su cerebro una especie de tosco parlamento que daba al traste con sus acostumbrados comportamientos sociales… sobre todo en lo concerniente a las chicas. La cerveza era una sustancia negra y amarga, ligeramente salada. Ella bebía como los de Tal Verrar. Locke se echó sólo dos tragos, para ser educado, y le devolvió la jarra, doblando muchísimo el cuello con una extraña reverencia. Como la chica estaba demasiado confusa para decirle nada, se limitó a asentir en señal de reconocimiento.

—¡Ja! ¡Excelente! —Capa Barsavi masticó con fuerza y muy contento su delgado cigarro—. ¡Tu primer *pethon*! Seguro que tus hermanos se pelearán contigo en cuanto lo sepan.

5

Locke regresó a casa en medio de una bruma húmeda que no le dejaba ver nada; se agarraba al cuello del chivo apaciguado mientras Cadenas los llevaba a ambos hacia el norte, hacia el distrito del Templo, hablando frecuentemente consigo mismo.

—Oh, mi querido muchacho —murmuró—. Mi querido y borrachín muchacho. No te diste cuenta de que todo aquello era una bobería.

—¿Qué era una bobería?

—Lo del diente de tiburón. Hace algunos años Capa Barsavi consiguió que encantaran esa cosa cuando estuvo en Karthain. Nadie puede metérsela en la boca sin cortarse con ella. Desde entonces la lleva a todas partes; todos los años que se pasó estudiando el teatro del Trono de Therin han hecho que sienta una manía especial por lo dramático.

—¿Así que… todo eso no tenía nada que ver con el destino, ni con los dioses ni nada parecido?

—No, sólo era un diente de tiburón con un poco de brujería. Un buen truco, tengo que admitirlo —Cadenas se acarició las mejillas en signo de simpatía y de reconocimiento—. No, Locke, no perteneces a Barsavi. Es un hombre importante por lo que es, un buen aliado para estar a nuestro lado, y un hombre ante el que siempre debes aparentar que le obedeces. Pero no es tu dueño. Ni tampoco yo lo soy.

—Entonces, ¿no tengo que…?

—¿Respetar la Tregua Secreta? ¿Ser un buen *pethon*? Sólo tienes que dar la impresión de que cumples todo eso, Locke. Y sólo para mantener a los lobos lejos de la puerta. A menos que en los últimos dos días hayas estado ciego y sordo, ya deberías saber que intento hacer de ti, de Calo, de Galdo y de Sabetha —reveló Cadenas con feroz mueca—, la puñetera saeta de ballesta capaz de apuntar al corazón de la tan cacareada Tregua Secreta de Vencarlo.

LIBRO II

Complicación

Puedo añadirle colores al camaleón, competir en metamorfosis con Proteo y enviar al criminal Maquiavelo a la escuela.

SHAKESPEARE, *Enrique VI*, parte III

Capítulo 4

En la corte de Capa Barsavi

1

—Diecinueve mil novecientos veinte —dijo Bicho—. Eso es todo. Y ahora, por favor, ¿ya puedo *suicidarme*?

—¿Cómo? Pensaba, Bicho, que te encantaba ayudarnos a cuadrar las cuentas — en el centro del comedor de la bodega de cristal que se encontraba bajo la Casa de Perelandro, Jean se sentaba con las piernas cruzadas; habían movido la mesa y las sillas para dejar sitio a la ingente cantidad de monedas de oro, hacinadas en pequeños montones, que rodeaban a Jean y a Bicho y que casi los ocultaban a la vista de quien entrase.

—No me dijiste que las traerías a casa en tirintos.

—Bueno, el hierro blanco es muy apreciado. Nadie te daría cinco mil coronas en esa moneda, ni mucho menos sería tan tonto para llevarlas encima. El Meraggio siempre paga las grandes sumas en tirintos.

Entonces escucharon un ruido proveniente del pasillo que conducía a la bodega y Locke apareció en una esquina, vestido como Lukas Fehrwight. Se quitó los anteojos que no necesitaba, se aflojó las corbatas y se despojó de su casaca de lana, dejándola caer en el suelo sin ninguna ceremonia. Estaba colorado mientras agitaba un pergamino doblado que ostentaba un sello lacrado de color azul.

—¡Siete mil quinientas más, muchachos! Le conté que habíamos encontrado cuatro galeones que nos vendrían al pelo, pero que comenzábamos a tener problemas de fluidez… flecos por pagar, tripulaciones a las que había que devolver y esperar a que estuvieran sobrias, oficiales que había que aplacar, otros fletadores a los que había que buscar… y él sólo sonrió y me las entregó. ¡Por los dioses! Ya se me hubiera podido ocurrir este truco hace dos años. No hubiéramos tenido necesidad de inventarnos tantos barcos ficticios y de hacer tanto papeleo, puesto que Salvara sabe que la parte que le toca a Fehrwight en el juego es todo mentira. Lo único que tenemos que hacer es relajarnos mientras contamos el dinero.

—Si es tan relajante, ¿por qué no lo cuentas *tú*, eh? —Bicho se puso en pie de un salto y se inclinó hacia atrás hasta que la espalda y el cuello comenzaron a hacerle chasquidos.

—¡Me encantará contarlo, Bicho! —Locke sacó una botella de vino tinto de un armario de madera y se sirvió medio vaso, aguándolo acto seguido con la tibia agua de lluvia de una jarra de cobre hasta que adquirió un suave color rosado—. Pero

mañana tú jugarás a ser Lukas Fehrwight. Estoy seguro de que don Lorenzo no notará la diferencia. ¿Está ahí todo?

—Cinco mil coronas en monedas de tirinto, por un total de veinte mil de estas últimas —dijo Jean—, menos ochenta a deducir por los gastos de secretarios legales y guardias y el alquiler del carro para traerlas desde el Meraggio.

Los Caballeros Bastardos empleaban un simple método de sustitución a la hora de llevar grandes cantidades de mercancías valiosas a su escondrijo en la Casa de Perelandro: después de una serie de paradas rápidas, las cajas fuertes llenas de monedas desaparecían del carro que las había llevado para entrar en otro, dentro de barriles etiquetados como alimentos o bebida. Incluso un templo tan viejo y decrépito como aquél necesitaba una transfusión constante de suministros básicos.

—De acuerdo —dijo Locke—, ayudadme a quitarme las ropas del pobre maese Fehrwight y os echaré una mano para descargarlo todo en la cripta.

En aquellos momentos había tres criptas ocultas en la parte trasera de la bodega, detrás de los dormitorios. Dos de ellas eran otros tantos pozos recubiertos con cristal antiguo de tres metros de profundidad; su propósito original nadie lo conocía. Con unas simples puertas de madera montadas en unas bisagras puestas encima, parecían unos silos en miniatura excavados en la tierra y llenos hasta una buena altura con todo tipo de monedas.

A aquellos pozos iba a parar gran cantidad de oro y de plata; unos estrechos estantes de madera que rodeaban la periferia de la cripta contenían pequeñas bolsas o montones de monedas de menor valor. Había en ellos bolsas baratas llenas de barones de cobre, finas carteras de piel con cartuchos de solones de plata, y cuencos pequeños llenos con medios cobres, todo ello en espera de cualquier operación fraudulenta o de cualquier necesidad que pudiera sobrevenirle a uno de la banda. Incluso había algunos pequeños montones de moneda extranjera: marcos del reino de los Siete Compañeros, solari de Tal Verrar, y otras similares.

Incluso cuando vivía el padre Cadenas, jamás había habido cerraduras en los pozos ni en la habitación donde se encontraban las monedas. Y aquello no era debido a que los Caballeros Bastardos confiaran los unos en los otros (y confiaban de verdad) ni a que la existencia de su acaudalada bodega fuera un secreto estrechamente guardado (tal y como lo era). La razón fundamental era otra, y muy práctica: que ninguno de ellos, Calo, Galdo, Locke o Jean, había pensado en lo que iban a hacer con aquel montón siempre creciente de metal precioso.

Iban a convertirse en los ladrones más acaudalados de Camorr, descontando a Capa Barsavi; el pequeño libro de cuentas que descansaba en uno de los estantes apuntaría la entrada de más de cuarenta y tres *mil* coronas enteras en cuanto el segundo pagaré de Salvara se convirtiera en frío metal. Serían tan ricos como el hombre a quien se disponían a robar, y mucho más que la mayor parte de sus semejantes y que algunos de los monopolios y de los grupos comerciales más famosos de la ciudad.

Pero en lo que concernía a la gente de fuera, los Caballeros Bastardos eran una modesta banda de rateros, por otra parte lo bastante competentes y discretos para mantener un flujo constante de ganancias, pero que apenas aspiraban a hacer grandes cosas. Vivían confortablemente ganando cada uno diez coronas al año y gastando mucho más de lo que le hubiera gustado a cualquiera que se hubiese molestado en observarlos por orden de la autoridad, ya fuera la legal de Camorr o cualquier otra.

Durante cuatro años se habían marcado tres tantos muy importantes y estaban a punto de conseguir el cuarto; durante cuatro años la mayor parte de las monedas conseguidas había sido contada y confiada sin más a la oscuridad de las criptas.

Aunque Cadenas los hubiera entrenado magistralmente en la tarea de aligerar a la nobleza de Camorr del peso de parte de las riquezas que habían acumulado, quizá hubiese olvidado el discutir los posibles usos de las sumas conseguidas. Y aparte de que servían para financiar los robos que debían llegar después, realmente los Caballeros Bastardos no tenían ni idea de lo que podrían hacer con todo aquello.

El diezmo que pagaban a Capa Barsavi se convirtió en una corona por semana.

2

—¡Regocijaos! —exclamó Calo mientras hacía su entrada en la cocina, justo en el momento en que Locke y Jean devolvían la mesa de comer a su posición acostumbrada—. ¡Los hermanos Sanza han vuelto!

—Me pregunto —dijo Jean— si esa combinación de palabras tan particular habrá sido pronunciada antes de ahora.

—Sólo en los dormitorios de las jóvenes damas solteras de la ciudad —dijo Galdo, mientras dejaba encima de la mesa una pequeña bolsa de arpillera. Locke la abrió y examinó su contenido: unos cuantos medallones en los que habían sido engastadas unas piedras semipreciosas, un lote de tenedores y cuchillos de plata de mediana calidad y un surtido de sortijas que iban desde una barata de cobre, con grabados, a otra con oro y platino entrelazados entre sí, tachonada con obsidianas y diamantes.

—Oh, muy bonita —dijo Locke—. Muy prometedora. Jean, ¿quieres sacar unas cuantas cosas más de la caja de las chorradas y darme… veinte solones?

—Veinte solones marchando.

Mientras Locke les hacía un gesto a Calo y a Galdo para que le ayudaran a volver a poner las sillas alrededor de la mesa, Jean regresó a la habitación de las criptas y se dirigió hacia una cómoda de madera, bastante alta, que descansaba junto a la pared de la izquierda. Levantó hacia atrás la tapa, haciendo crujir los goznes que la sujetaban, y comenzó a rebuscar en su interior, con una expresión pensativa en el rostro.

La «caja de las chorradas» estaba llena hasta una altura de más de medio metro con joyas, baratijas, utensilios caseros y ornamentos inútiles. Había estatuillas de cristal, espejos con marco de marfil tallado, collares y sortijas, candelabros en cinco

tipos de metal. Incluso había en ella unos cuantos frascos de drogas y de pociones alquímicas, envueltos con fieltro para que no se rompieran y marcados con pequeñas etiquetas de papel.

Puesto que los Caballeros Bastardos no podían arriesgarse a revelar al Capa la verdadera naturaleza de sus operaciones, y puesto que no disponían del tiempo necesario ni de las ganas para forzar casas o bajar por las chimeneas, la caja de las chorradas era uno de los pilares de su progresivo deterioro. Salían a venderla una o dos veces al año, aprovechando la oportunidad para recorrer las casas de empeños y los mercados de Talisham y Ashmere donde podrían conseguir abiertamente todo lo que necesitaban. Aquello lo complementaban de un modo muy cuidadoso con las mercancías conseguidas en Camorr, que, por lo general, eran objetos robados al antojo por los Sanza o conseguidos por Bicho en el transcurso de su educación permanente.

Jean seleccionó un par de copas de vino en plata, unas gafas de montura de oro metidas dentro de un elegante estuche de piel y un frasco etiquetado. Cargando todo aquello cuidadosamente en una mano, cogió veinte monedas de plata, bastante pequeñas, de un estante, cerró de una patada la caja de las chorradas y volvió a toda prisa al comedor. Bicho, que acababa de unirse al grupo, desplazaba un solón por encima de los nudillos de su mano derecha con evidente ostentación; acababa de aprender el truco pocas semanas antes, tras largos meses de observar a los Sanza, que podían hacerlo con las dos manos al mismo tiempo, cambiando de sentido a la vez.

—Permitidme que os diga —comentó Jean— que esta semana nos hemos dormido un poco en los laureles. Nadie puede esperar gran cosa de gente que sólo roba casas de dos plantas en noches tan húmedas; hubiéramos podido quedarnos colgados si hubiésemos intentado robar más. Estoy seguro de que su señoría lo comprenderá.

—Por supuesto —dijo Locke—, es una explicación razonable —alargó la mano y cogió el frasco envuelto en fieltro para mirarlo más de cerca; su etiqueta explicaba que contenía leche azucarada de opio, un vicio de las damas ricas confeccionado con amapolas secas de las islas de Jerem. Quitó la etiqueta y el fieltro y luego metió el frasco de cristal, que no era liso sino con facetas, cerrado con un tapón de latón, en la saca de arpillera. El resto del lote lo siguió.

—¡Muy bien! Y ahora, decidme, ¿se me ha quedado pegada encima alguna pizca de Lukas Fehrwight? ¿Algún resto de maquillaje o de alguna mojiganga? —y alargó los brazos y los movió varias veces hasta que Jean y los Sanza le aseguraron que, por el momento, había vuelto a ser el Locke Lamora de siempre.

—Bueno, pues entonces, si todos somos los que estamos, vayamos a pagar nuestros impuestos.

Locke levantó el saco de mercancías «robadas» y se lo pasó a Bicho como de manera accidental; el muchacho refunfuñó, dejó caer la moneda y cogió el saco entre el repiqueteo apagado de los objetos de metal que chocaban entre sí.

—Supongo que me das el saco porque debe de ser bueno para mi educación moral.

—No —repuso Locke—, en esta ocasión te lo doy porque me siento como un viejo y vago bastardo. Al menos no tendrás que manejar la pértiga.

3

Eran las tres del mediodía cuando salieron del templo de Perelandro por los túneles de fuga y las entradas laterales de que estaba provisto. Una cálida llovizna caía del cielo partiendo la bóveda celeste en dos, como si los dioses hubieran empleado para ello regla y *stilus*: mientras que, hacia el norte, unas nubes oscuras ocupaban la parte inferior del norte, el sol comenzaba a bajar por el radiante cielo del sudoeste. El agradable olor de la lluvia recién caída sobre la piedra caliente lo ocupaba todo, lavando durante algún tiempo los usuales miasmas del aire. Los Caballeros Bastardos volvieron a juntarse en los muelles sudoccidentales del distrito del Templo y llamaron a una góndola de alquiler.

En la embarcación, larga, casi lisa y muy castigada por el paso del tiempo, alguien había atado al palo de proa el cadáver de una rata recién muerta, justo debajo de la pequeña imagen de madera de Iono; se suponía que era una protección inigualable contra los vuelcos y otras desgracias similares. El gondolero, encaramado en la popa como un papagayo y vestido con la usual casaca de algodón a rayas rojas y naranjas, se protegía de la lluvia con un enorme sombrero de paja que le llegaba hasta sus estrechos hombros. Daba la casualidad de que le conocían, pues no era otro que un salteador de canales y ratero llamado Nervioso Vitale Vento, de la banda de los Caras Grises.

Vitale montó una sombrilla de cuero bastante desvencijada para proteger a sus pasajeros de parte del aguacero y luego comenzó a manejar la pértiga para dirigir la embarcación hacia el este, entre los altos muelles de piedra del distrito del Templo y la lujuriante lozanía de la Mara Camorazza. La Mara había sido antaño el jardín de laberinto de un gobernador muy rico, por los tiempos del Trono de Therin; como en la actualidad la Guardia de la ciudad lo tenía abandonado, estaba lleno de rateros. La única razón de que la gente honrada se aventurase por aquellos parajes llenos de verdor se debía a que se encontraba en el centro de una red de puentes peatonales que conectaban entre sí las otras ocho islas.

Jean se puso a leer el librito de poemas que llevaba sujeto al cinto, mientras Bicho seguía practicando con la moneda, que para entonces era una de cobre, más apta para exhibirla en público. Locke y los Sanza hablaban de sus respectivos trabajos con Vitale, ya que el de éste consistía en marcar una señal en las barcazas que estaban muy poco vigiladas, o llenas a rebosar, para que lo vieran sus compinches. En varias ocasiones hizo algunas señas con la mano a ciertos observadores ocultos en la ribera, que los Caballeros Bastardos, muy educados ellos, fingieron no ver.

La trayectoria que seguían los acercó a la Colina de las Sombras; incluso por el día, aquellas alturas estaban sumidas en la penumbra. Pero como, casualmente, la lluvia se hizo más fuerte, aquel viejo reino de tumbas se recortó sobre una confusión de bruma. Vitale imprimió a la embarcación un giro a la derecha, de suerte que no tardaron en avanzar hacia el sur, dejando a uno y otro lado la Colina de las Sombras y el Estrecho, impelidos por la corriente del canal que bajaba hacia el mar, para entonces animada por los impactos de las gotas de lluvia que caían sobre ella.

A medida que avanzaban hacia el sur, el tráfico fue haciéndose cada vez menor; acababan de dejar los dominios públicos del duque de Camorr para entrar en los privados de Capa Barsavi. A la izquierda, las forjas del distrito del Humo de Carbón lanzaban hacia las alturas sus columnas de negrura, que crecían rápidamente para luego atenuarse por efecto de la lluvia. El Viento del Duque las empujaría hacia Lluvia de Ceniza, la isla más fea de la ciudad, donde las bandas y los ocupas que atestaban las casas de campo (para entonces, ennegrecidas por el humo y a punto de caerse abajo) de una era siglos atrás opulenta, se peleaban por el espacio.

Una barcaza que se movía con rumbo norte pasó rápidamente a su izquierda, llenando los aires con dos tipos de hedor: uno antiguo, de excrementos, y uno reciente, de muerte. En el fondo de la barcaza yacía lo que parecía ser toda una manada de caballos muertos atendida por media docena de matarifes; mientras unos cortaban los cadáveres en lonchas con sierras tan largas como un brazo, los demás desenrollaban frenéticamente unas lonas embreadas, ajustándolas entre sí bajo la lluvia.

Ningún camorrí hubiera podido pensar en ninguna otra cosa que cuadrara tan bien con el Caldero. Si las Heces estaban sumidas en la pobreza, la Trampa tenía mala fama, la Mara Camorazza era ciertamente peligrosa y la Lluvia de Ceniza se caía a trozos, el Caldero era la suma de todas esas cosas, pero con el interés compuesto que da la desesperación humana. Olía como una jarra de cerveza barata que, en un día caluroso de verano, alguien hubiera derramado en el almacén de un embalsamador; la mayor parte de los cadáveres de quienes fallecían en aquel distrito jamás conseguían llegar a los agujeros de los pobres excavados por los convictos en las alturas del Túmulo de los Mendigos. Eran arrojados a los canales o, simplemente, quemados. Incluso antes de la Tregua Secreta, los casacas amarillas no se atrevían a entrar en el Caldero como no fuera por compañías. Ningún templo había sido capaz de mantenerse allí más de cincuenta años. Las bandas menos sofisticadas y reprimidas de Barsavi mandaban en las manzanas del Caldero; tabernas llenas de gente pendenciera, madrigueras de adictos a la Mirada Fija y cónclaves itinerantes de juego vivían pared con pared con familias atrapadas en ratoneras.

Era comúnmente admitido que uno de cada tres individuos pertenecientes a la Buena Gente de Camorr se apretujaba en el Caldero, un millar de desechos humanos, tarados y degolladores que sólo sabían discutir entre sí y atemorizar a sus vecinos, sin hacer nada y sin ir a ningún sitio. Locke procedía del Fuego Encendido, Jean de la

confortable Esquina Norte. Calo y Galdo habían sido chicos de las Heces antes de pasar un tiempo en la Colina de las Sombras. Bicho era el único que procedía del Caldero, pero jamás había hablado de ello, ni siquiera durante los dos años que llevaba como Caballero Bastardo.

En aquel momento volvía a contemplarlo: los muelles medio caídos y los edificios medio en ruinas; las ropas lavadas ondeando en los tenderetes, empapándose de lluvia; las calles parduscas por los humos insanos de las cocinas mal ventiladas; los muros de contención de las riadas desmoronándose; la mayor parte del cristal antiguo tapado por la mugre y los montones de piedras. La moneda de Bicho ya no se movía entre sus nudillos, pues descansaba en el dorso de su mano izquierda.

Algunos minutos después, Locke se alegró al dejar atrás el corazón del Caldero y llegar al alto y estrecho rompeolas que marcaba los confines orientales de la Desolación de Madera. En cuanto el Caldero quedó tras la popa de la embarcación que los llevaba, el cementerio naval de Camorr le pareció mucho más alegre, comparativamente hablando.

Por supuesto que era un cementerio; una bahía muy grande y resguardada, mucho mayor que el Mercado Flotante, repleta con los bamboleantes y ondulantes restos de cientos de navíos y de barcos. Flotaban con los cascos para arriba y para abajo; unos con las anclas echadas, otros a la deriva; algunos simplemente desmoronándose, otros con grandes brechas, ya fuera por alguna colisión o por el impacto de la piedra de una catapulta; entre los derrelictos, subiendo y bajando con la marea, flotaba una capa de residuos de maderas más pequeñas que le hacía a uno recordar la espuma de la sopa caliente. En ocasiones, después de que cayera la Falsa Luz, todos aquellos restos se estremecían por el paso de las criaturas, jamás vistas de manera directa, que llegaban desde la bahía de Camorr. Mientras que todos los canales se bloqueaban con unas puertas de hierro blanco muy altas para impedir cualquier entrada indebida, la Desolación de Madera seguía abierta al mar por la parte que daba al sur.

En el centro de la Desolación flotaba un grueso casco desarbolado de cincuenta metros de largo y casi la mitad de ancho, anclado firmemente en el fondo por cadenas que se perdían en el agua, dos a proa y otras dos a popa. En Camorr jamás se había construido nada tan pesado y desgarbado; aquel navío era uno de los productos más entusiastas de los arsenales de la lejana Tal Verrar, o eso le había contado Cadenas a Locke hacía muchos años. Unos grandes toldos de seda cubrían los altos y planos castillos de la cubierta; y aunque bajo aquellos baldaquines hubieran podido celebrarse reuniones dignas de rivalizar con las que, en los tiempos de la decadencia de Jerem, se realizaban dentro de sus pabellones de recreo, la cubierta sólo se hallaba ocupada por unas siluetas de hombres armados y ataviados con capotes que miraban a través de la lluvia… Locke pudo ver, al menos, a una docena de ellos, de pie en grupos de dos o tres, con arcos y ballestas al alcance de la mano.

A través de la Desolación la gente se movía. Algunos de los navíos menos dañados albergaban a familias enteras de ocupas, siendo incluso empleados como

bases de observación por grupos de individuos de mala catadura. Vitale navegaba por los canales llenos de corrientes que se formaban entre los derrelictos de mayor tamaño, cuidándose de hacer señas con las manos a los hombres de guardia en cuanto la góndola pasaba cerca de ellos.

—El Rey Gris cogió a otro la pasada noche —dijo en voz baja, agarrando con fuerza la pértiga—. Estoy condenadamente seguro de que ahora nos observan muchos chicos nerviosos provistos con todo tipo de armas de matar.

—¿Otro más? —Calo entornó los ojos—. No nos habíamos enterado. ¿A quién le tocó esta vez?

—A Tesso el Largo, de los Coronas Enteras. Lo encontraron en el Agua Ferruginosa, colgado en una vieja tienda. Ahorcado, sin pelotas. Desangrado, como les gusta.

Locke y Jean intercambiaron una mirada mientras Nervioso Vitale refunfuñaba.

—¿Os conocíais?

—Sí, en cierto modo —dijo Locke—, y hace bastante tiempo.

Locke sopesó lo sucedido. Tesso era (había sido) *garrista* de los Coronas Enteras, una de las bandas de confianza de Barsavi, y amigo íntimo de Pachero, el hijo menor del Capa. Y aunque nadie de Camorr se hubiera atrevido jamás a tocarle (salvo Barsavi y la Araña), era evidente que ese maldito e invisible lunático que se llamaba a sí mismo el Rey Gris le había tocado de un modo inconfundible.

—Con él ya son seis, ¿no? —comentó Jean.

—No, siete —dijo Locke—. No habían muerto tantos puñeteros *garristas* desde que tú y yo teníamos cinco años.

—Eh —dijo Vitale—, y pensar que en cierta ocasión tuve envidia de ti, Lamora, incluso con esa pequeña banda tuya.

Locke le miró, intentando juntar en su cabeza todas las piezas del rompecabezas, pero sin conseguirlo. Siete jefes de bandas en dos meses, todos ellos sin nada en común excepto la «distancia». Y Locke comenzó a cuestionarse la tranquilidad de que había disfrutado al desinteresarse tanto por los asuntos del Capa. ¿No estaría él mismo en la lista de alguien? ¿No tendría para Barsavi una importancia que ni él mismo conocía, tanta importancia que el Rey Gris quisiera librarse de él con una saeta? ¿Cuántos más se interpondrían entre él y la saeta?

—Maldición —dijo Jean—, como si las cosas no estuvieran ya complicadas de por sí.

—Quizá debiéramos estar más al día… de lo que sucede —Galdo se había acercado a uno de los costados de la góndola y miraba a su alrededor mientras hablaba—. Y quizá debiéramos desaparecer durante una temporada. Visitar Tal Verrar o Talisham… o quizá *tú*, Locke, debieras irte.

—Tonterías —Locke escupió por encima de la borda—. Lo siento, Galdo. Sé que parece un exceso de prudencia, pero echa las cuentas. El Capa jamás nos perdonaría que le abandonáramos en un momento tan desesperado. Nos quitaría la «distancia» y

nos echaría encima al cabronazo más desgraciado e hijoputesco que pudiera encontrar. No podemos irnos mientras él se queda. Diablos, Nazca me rompería las rodillas con un mazo la primera.

—Muchachos, contáis con mi simpatía —Vitale se pasó la pértiga de una mano a otra, ejecutando pequeños empellones con ella lo suficientemente precisos para que la góndola contornease un montón de residuos demasiado grande para pasarlo por encima—. Trabajar en el canal no es cómodo, pero al menos nadie quiere matarme por otros motivos que no sean los usuales. ¿Queréis que os deje en la Tumba o en el muelle?

—Tenemos que ver a Harza —aclaró Locke.

—Oh, seguro que hoy tendrá un humor muy raro —Vitale comenzó a impulsar la góndola hacia el extremo norte de la Desolación, donde unos pocos embarcaderos de piedra sobresalían de una hilera de tiendas y de casas de alquiler—. Ahí está el muelle.

4

La casa de empeños de Desesperanza Harza era uno de los lugares más notorios del territorio de Capa Barsavi; si bien era cierto que había muchas otras casas que pagaban un poquito más, y muchísimas otras cuyos dueños eran menos malhumorados, ninguna de ellas era lo que aquélla: una piedra salida del mismísimo asiento del poder del Capa. La Buena Gente, que en la casa de Harza convertía en dinero el producto de su creatividad, sabía que Barsavi no tardaría en estar al tanto de la transacción. Y Harza siempre hacía todo lo posible para dar la impresión de que era un ladrón activo y responsable.

—Oh, por supuesto —decía el viejo vadraní cuando Jean abrió la puerta de seguridad para que pasaran los otros cuatro Caballeros Bastardos—. Figúrate que los *garristas* menos importantes se atrevieran a dar la cara en un día como éste. Entrad, mis poco agraciados hijos de puta camorríes. Sobad con vuestros pringosos dedos de Therin mis preciosas mercancías. Mojad con vuestra agua el magnífico suelo entarimado.

La tienda de Harza siempre estaba tan cerrada a cal y canto como un ataúd, ya lloviera o hiciera sol; las ventanas, estrechas y con barrotes, siempre estaban cubiertas por dentro con planchas de cañamazo polvoriento, y todo aquel lugar olía a abrillantador para la plata, a moho, a incienso pasado y a sudor rancio. El propio Harza era un anciano de piel nívea y ojos desmesuradamente grandes y acuosos; cada pliegue y arruga de su rostro parecía correr en dirección al suelo, como si su rostro hubiera sido esculpido por algún dios borracho que estrujó la arcilla de la que se servía un poco más verticalmente de lo que era necesario. Desesperanza se había ganado su apodo gracias a su inflexible política de no vender a crédito ni prestar dinero; en cierta ocasión, Calo hizo la observación de que si alguna vez recibía una

flecha en la cabeza, antes de llamar a un físico para que se la vendara se quedaría sentado y aguardaría sin moverse a que se le cayera sola.

En el rincón de la tienda que quedaba a la derecha, un hombre joven de aspecto aburrido, con sortijas baratas de latón en los dedos y pendientes grasientos en las orejas, se movió ligeramente en lo alto del escabel de madera que ocupaba. Una maza de madera tachonada de hierro abandonó con movimiento circular el cinturón del hombre, mientras éste saludaba con una leve inclinación de cabeza a los visitantes, sin sonreír, como si pensara que eran demasiado estúpidos para comprender lo que hacía allí dentro.

—Locke Lamora —dijo Harza—. Frascos de perfume y ropa interior de señora. Vajilla y copas para beber. Metal con arañazos y melladuras que jamás podría vender a alguien con un poco de clase. Os hacéis los listos y sólo sabéis romper puertas y robar en el piso de arriba. Hasta a un perro le quitaríais la mierda del ojo del culo si dispusierais de la bolsa apropiada para llevárosla a casa.

—Qué gracia que digas eso, Harza, porque da la casualidad que este saco que traigo —Locke le quitó a Bicho el saco de arpillera que éste llevaba y lo mantuvo en alto— contiene…

—Algo que no es mierda de perro; puedo oír cómo tintinea. Acércalo hasta aquí y veamos si, por un casual, hay algo en él digno de comprar.

Las fosas nasales de Harza se dilataron mientras abría el saco y vaciaba cuidadosamente su contenido sobre una almohadilla situada encima del mostrador. La tasación de las mercancías robadas debía de ser la única gratificación sexual que le quedaba al anciano, puesto que, agitando sus largos dedos ganchudos, se afanó en aquella tarea con un entusiasmo desmesurado.

—Chatarra —levantó los tres medallones conseguidos por Calo y Galdo—. Jodida pasta alquímica y ágatas de río. Esto no se lo come ni una cabra. Dos cobres por cada uno.

—Muy poco —dijo Locke.

—Lo justo —dijo Harza—. ¿Sí o no?

—Siete cobres por los tres.

—Dos por tres son seis —dijo Harza—. Di que sí o vete a tocarle las pelotas a un tiburón, porque no te doy más.

—Entonces tendré que decir que sí.

—Hmmm —Harza examinó detenidamente las copas de plata que Jean había seleccionado de la caja de las chorradas—. Arañadas, como cabía esperar. En cuanto veis algo bonito que sea de plata, perdéis el culo para meterlo dentro de un jodido saco que acaba arañándolo. Supongo que podré pulirlas y mandarlas río arriba. Un solón y tres cobres por cada una.

—Un solón y cuatro —dijo Locke.

—Tres solones y un cobre por todas.

—Hecho.

—Y esto —Harza sacó el frasco de leche de opio, abrió el tapón, olió el contenido, gruñó para sus adentros y lo volvió a cerrar— vale más que tu propia vida, pero poco puedo hacer con ello. A las zorras remilgadas les gusta prepararlo por sí mismas o encargárselo a un alquimista, pero jamás lo compran a alguien que lo haya preparado de antemano. Quizá pueda vendérselo a cualquier pobre desgraciado que necesite librarse por algún tiempo del vino o de la Mirada Fija. Tres solones con tres barones.

—Cuatro solones con dos.

—Ni los mismísimos dioses conseguirían que me sacaras cuatro con dos. Ni el propio Morgante con una espada flamígera ni diez vírgenes desnudas tirándome de los calzones me sacarían cuatro solones con uno. Te doy tres con cuatro y es mi oferta final.

—Bien, pero sólo porque me hallo en cierto aprieto.

Harza ya estaba calculando el total con una pluma de oca y un trozo de pergamino; pasó los dedos por el pequeño montón de sortijas robadas por Calo y por Galdo y se rió: —No iríais en serio. Esa chatarra vale lo mismo que un montón de mingas de perro.

—Oh, vamos…

—Con la diferencia de que las mingas de perro podría vendérselas a los que preparan tapas —Harsa fue tirándoles a los Caballeros Bastardos una a una todas aquellas baratijas—. En serio, no andéis por ahí con toda esta quincalla; tengo cajas hasta el techo llenas de estas puñeteras cosas que jamás podré vender a este lado de la muerte —entonces llegó a la sortija de oro y platino entrelazados entre sí, tachonada con obsidianas y diamantes—. Mmmm. Por lo menos, ésta sí es buena. Cinco solones y no hablemos más. El oro es auténtico, aunque el platino sólo es mierda barata de Tal Verrar, tan genuina como un ojo de cristal. Y cada semana, lo menos seis o siete veces, recojo diamantes mucho más grandes.

—Siete con tres —dijo Locke—. Las pasé canutas para hacerme con esta pieza en particular.

—¿Tengo que pagar un extra porque tu culo y tu sesera intercambiaran sus respectivos sitios cuando naciste? Creo que no; pues si tal fuera el caso, ya lo habría sabido antes de ahora. Coge los cinco y considérate afortunado.

—Puedo asegurarte, Harza, que ninguno de los que vienen a esta tienda puede considerarse particularmente…

Y así siguió por más tiempo: el juicio aparentemente sumario; el tira y afloja que siempre terminaba en abuso; el asentimiento forzado de Locke y el rechinar de dientes (los que le quedaban) del viejo cada vez que tomaba los objetos para meterlos dentro del mostrador. Sin orden ni concierto, Harza acababa de introducir las cosas que no le habían interesado en el saco de arpillera.

—Bueno, bomboncitos, creo que hemos convenido dieciséis solones con cinco. Supongo que eso es mejor que conducir uno de los furgones de la mierda, ¿no?

—Sí, e incluso que regentar una casa de empeños.

—¡Qué gracioso! —exclamó el anciano mientras contaba dieciséis monedas brillantes de plata y otras cinco de cobre, más pequeñas y con forma de disco—. Os entrego el legendario tesoro perdido de Camorr. Tomad vuestras pertenencias y salid cagando leches hasta la próxima semana. Eso si antes no os coge el Rey Gris.

5

La lluvia se había convertido en llovizna cuando salieron de la tienda de Harza, riéndose entre dientes.

—Cadenas solía decir que nada le da tanta libertad a uno como el hecho de que lo estén constantemente subestimando —dijo Locke.

—Por los dioses, que es cierto —Calo movió los ojos en redondo y sacó la lengua —. Si fuéramos más libres, saldríamos flotando hacia el cielo para volar como las aves.

Por la parte norte de la Desolación de Madera, un largo puente de tablas lo suficientemente ancho para dos personas corría por las alturas en dirección a la fortaleza marina del Capa. En la ribera se encontraban de guardia cuatro hombres, que se movían de un lado para otro con armas ocultas bajo sus ligeros capotes de lluvia. Locke supuso que al menos habría escondidos otros tantos a menos de un tiro de ballesta. Cuando se dirigió hacia ellos, hizo con las manos las señas del mes, seguido por toda su banda, pues, aunque todos se conocían, había que guardar las formalidades, especialmente en aquellos tiempos que corrían.

—Hola, Lamora —el guardia de mayor edad, un individuo entrado en años bastante enjuto, con unos tatuajes medio descoloridos de tiburones que le subían por el cuello y las mejillas hasta la sien, salió del grupo para saludarle y estrechar su antebrazo—. ¿Te has enterado de lo de Tesso?

—Sí, hola, Bernell. Nos lo contó uno de los Caras Grises cuando veníamos hacia aquí. Entonces, ¿es cierto todo eso? ¿El ahorcamiento, lo de las pelotas?

—Sí, lo de las pelotas y todo lo demás. Y ya puedes imaginarte cómo se siente el jefe. Por cierto, esta misma mañana Nazca ha dejado dicho que fueras a verla en cuanto llegaras. Y que no pagaras los impuestos hasta que no hablaras con ella; porque estás aquí por los impuestos, ¿no?

Locke agitó una bolsita gris que contenía los veinte solones de Jean más los dieciséis y la calderilla de Harza.

—Lo cierto es que estoy aquí para cumplir con una obligación cívica.

—Bien. No suele venir mucha gente para otras cosas. Mira, aunque Nazca sea amiga tuya y todo lo demás, sé que posees «la distancia», así que es posible que hoy quieras que ésta sea auténticamente real, ¿me entiendes? Hay muchísimos *pethons* por aquí, los obvios y los que no lo son tanto. Más apretujados que nunca. Ahora

Capa ha comenzado a investigar a los Coronas Enteras respecto a sus andanzas de la pasada noche.

—¿A investigarlos?

—A la antigua usanza. Así que vigila tus modales y no hagas movimientos súbitos, ¿me comprendes?

—Muy bien —dijo Locke—. Gracias por el aviso.

—No las vale. Los dardos de ballesta cuestan dinero. Sería una pena malgastarlos en alguien como tú.

Bernell les hizo una seña con la mano para que se acercaran y ellos entraron en el sendero de madera, que tenía unos cien metros de largo. Llevaba hasta la popa del enorme navío inmóvil, donde el maderamen del casco exterior había sido reemplazado por un par de puertas de madera de álamo negro reforzadas con hierro. Ante ellas se encontraba otra pareja de guardias, un hombre y una mujer, con evidentes ojeras. Al verlos llegar, la mujer llamó cuatro veces seguidas en la puerta, que se abrió sólo unos segundos después. Conteniendo un bostezo, la mujer se apoyó en la pared exterior y se cubrió la cabeza con la capucha de su capote encerado. Unos nubarrones oscuros comenzaban a llegar desde el norte y el calor del sol comenzaba a desaparecer.

El vestíbulo de la Tumba Flotante tenía cuatro veces la estatura de Locke, pues los estrechos puentes del viejo galeón habían desaparecido hacía mucho tiempo, salvo los del castillo superior y del combés, que se habían convertido en techos. El suelo y las paredes eran de una madera dura de color café; los mamparos estaban cubiertos con tapices rojos y negros, orlados con motivos de dientes de tiburón bordados en oro y plata.

Media docena de asesinos se mantenían en pie ante los Caballeros Bastardos, las ballestas en alto. Aquellos hombres y mujeres llevaban brazales y chalecos de cuero sobre sus camisas de seda reforzadas con bandas de metal ligero; los cuellos los llevaban cubiertos con unos collares rígidos de cuero. A diferencia de cualquier vestíbulo para gente elegante, decorado con lámparas y arreglos florales, en las paredes de aquél colgaban cestas de mimbre con cuadrillos de ballesta y estantes llenos de hojas de repuesto para las espadas.

—Tranquilizaos —dijo una mujer joven que se encontraba detrás de los poco airosos guardias—. Aunque sean menos de fiar que el infierno, no veo entre ellos a ningún Rey Gris.

Llevaba calzas de hombre y una camisa de seda negra muy holgada, con mangas muy sueltas, bajo un jubón de duelista, de cuero con rayas, que parecía haber sido más usado que guardado en el armario. Sus botas con suela de hierro (una afición que no había perdido) resonaban en el suelo mientras caminaba entre los centinelas. Su sonrisa de bienvenida no iba acorde con sus ojos, que se movían nerviosos de un lado para otro tras las lentes de sus anteojos planos de armadura negra.

—Mis disculpas por la acogida, cariños —dijo Nazca Barsavi dirigiéndose a los Bastardos, mientras posaba una mano sobre el hombro izquierdo de Locke. Le superaba en estatura en más de cinco centímetros—. Aunque sé que los cuatro os sentiréis incómodos, necesito que me esperéis aquí. Sólo *garristas*. Papá está de mal humor.

Entonces les llegó un grito en sordina desde detrás de las puertas que llevaban al interior de la Tumba Flotante, seguido por un débil murmullo de voces: alaridos, maldiciones y otro grito.

Nazca se acarició las sienes, se echó hacia atrás unos cuantos rizos despistados de su negra cabellera y suspiró.

—Está haciendo de uno de los Coronas Enteras… un caso ejemplar. El sabio Amabilidad le acompaña.

—Por los trece dioses —comentó Calo—, ahora sí que no nos importa esperar.

—Muy cierto —Galdo rebuscó en su chaleco y sacó de él un mazo de cartas levemente mojado—. Aquí podremos entretenernos muy bien. Por tiempo indefinido, si es preciso.

Al ver las cartas que acababa de sacar uno de los hermanos Sanza, todos los guardias que se encontraban en la estancia retrocedieron un paso, algunos de ellos visiblemente consternados por la idea de tener que levantar de nuevo las ballestas.

—Oh, no, no me fastidiéis tampoco vosotros —dijo Galdo—. Todas esas historias que cuentan sólo son chorradas. Todos los que se sentaban en aquella mesa tuvieron una noche de mala suerte…

Al otro lado de las grandes y pesadas puertas se abría un corto pasillo, vacío y sin guardias. Nazca cerró las puertas del vestíbulo tras de sí y de Locke y se volvió hacia él. Acarició su cabellera mojada echándosela hacia atrás. Frunció las comisuras de los labios.

—Hola, *pethon*. Veo que no has comido nada.

—Suelo comer regularmente.

—Deberías comer tanto en cantidad como en consistencia. Creo que cierta vez dije que parecías un esqueleto.

—Y yo creo que jamás había visto antes a una chiquilla de siete años tan agresiva por estar borracha.

—Bueno, quizá entonces estuviera un poco agresiva por estar borracha, pero hoy te aseguro que sólo estoy agresiva. Locke, papá se encuentra en un atolladero. Quería verte antes de que le vieras… tiene ciertas… cosas que tratar contigo. Quiero que sepas que si te pide que hagas cualquier cosa, no tendrás que hacerla… por mí. Sólo dile que sí. Haz que se sienta contento contigo, ¿me comprendes?

—Ningún *garrista* que desee seguir con vida intentaría hacer otra cosa. ¿Piensas que en un día como hoy podría ir a buscarle las cosquillas? Si tu padre me dice: «Ladra como un perro», yo sólo le diré: «¿De qué raza, vuestra señoría?».

—Lo sé. Discúlpame. Pero lo que quería decirte es que no es el de siempre. Ahora está asustado, Locke. Absoluta y auténticamente asustado. Se puso muy sombrío cuando madre murió, pero ahora… ahora grita en sueños. A diario toma vino y láudano para mitigar su mal humor. Por lo general, yo era la única a la que no le permitía abandonar la Tumba, pero ahora también quiere que se queden en ella Anjais y Pachero. Durante todo el tiempo hay cincuenta guardias de servicio. Ni la vida del Duque se halla tan protegida. Papá y mis hermanos estuvieron discutiendo de ello toda la noche.

—Ah… lo siento, pero no creo que pueda serte de gran ayuda en ese asunto. Y ahora dime qué supones que quiere que haga.

Nazca se quedó mirándole fijamente, con la boca entreabierta como si fuera a hablar. Pero se lo pensó dos veces y apretó los labios con una mueca.

—Diablos, Nazca, me tiraría a la bahía e intentaría aporrear a un tiburón si de verdad me lo pidieras, así que ahora vas a decirme cómo estaba de enfadado antes y cómo se encuentra ahora. ¿Me has entendido?

—Sí, pero… será menos terrible si te enteras por él mismo. Sólo recuerda lo que te he dicho. Escúchale. Haz que se sienta contento y tú y yo lo discutiremos después. Si es que hay un después.

—¿Si hay un después? Nazca, me estás preocupando.

—Es eso, Locke. Que ha llegado el malo. El Rey Gris ha terminado por llegar hasta papá. Tesso disponía de sesenta puñales, y diez de ellos no le dejaban ni a sol ni a sombra. Tesso contaba con el favor de papá; había hecho grandes planes para él en un futuro próximo. Pero como papá ha estado acostumbrado durante tanto tiempo a hacer las cosas a su manera, yo… yo no puedo decir con toda honestidad que sepa el modo de acabar con todo esto. Creo que lo que quiere es zanjar todos los asuntos pendientes y que nos recluyamos en este lugar. Mentalidad de asedio.

—Hmmmm —Locke suspiró—. Nazca, yo no puedo asegurar que eso sea una imprudencia. Él es…

—¡Papá está loco si piensa que puede retenernos a todos aquí dentro, encerrados para siempre en esta fortaleza! Solía pasar en el Último Error la mitad de las noches de la semana. Solía pasearse por los muelles, caminar por la Mara, darse una vuelta por el Estrecho cada vez que le apetecía. Solía arrojar cobres a la procesión de las Sombras. El Duque de Camorr puede encerrarse en sus aposentos privados y gobernar legítimamente, pero el Capa de Camorr no. Necesita que le vean.

—Y arriesgarse a que le asesine el Rey Gris.

—Locke, llevo encerrada dos meses dentro de esta maldita bañera de madera, y te digo que no estamos más a salvo que si nos estuviéramos bañando desnudos en la fuente más cochambrosa del patio más oscuro del Caldero —Nazca cruzó los brazos bajo sus pechos con tanta fuerza que su jubón de cuero crepitó—. ¿Qué podemos hacer? ¿Quién es ese Rey Gris y dónde está y quién es ese hombre? No tenemos ni la menor idea… mientras ese hombre alarga la mano y mata a placer, o al azar, a todos

los nuestros o a quien le cuadra. Hay algo raro en todo esto. Posee recursos que no comprendemos.

—Es más listo y más afortunado. Y ninguna de ambas cosas dura para siempre, créeme.

—No es sólo que sea más listo y más afortunado, Locke. Estoy de acuerdo en que hay límites para ambas cosas. Pero ¿de dónde saca sus recursos? ¿Qué sabe? ¿A quién conoce? Si no nos están traicionando, es que nos están venciendo. Y tengo cierta confianza en que no nos están traicionando.

—¿No nos traicionan?

—No te hagas el estúpido conmigo, Locke. Los negocios podrían seguir marchando relativamente bien aunque papá y yo siguiéramos metidos en este gallinero. Pero si él no dejara salir de aquí a Anjais y a Pacheco para gobernar la ciudad, todo el sistema se iría al infierno. A los *garristas* que consideran prudente que algunos Barsavi se queden aquí dentro, el hecho de que *todos* nos encerráramos les parecería una cobardía. Y no lo comentarían a nuestras espaldas, sino que lisa y llanamente elegirían a otro Capa. Quizá a unos cuantos más. O quizá al Rey Gris.

—Por eso mismo, tus hermanos jamás permitirán que los encierren aquí dentro.

—Eso depende, Locke, de lo enloquecido y chiflado que se encuentre el viejo. Pero aunque tuvieran la libertad de poder irse, eso sólo resolvería la parte más pequeña de nuestro problema. Y, una vez más, nos sentimos vencidos. Con tres mil puñales a nuestras órdenes y el fantasma aún nos la juega.

—¿Y de qué sospechas? ¿De brujería?

—Sospecho de todo y de todos. Dicen que el Rey Gris puede matar a un hombre con sólo tocarlo. Dicen que las armas no le hieren. Sospecho hasta de los dioses. Por eso mis hermanos piensan que estoy loca. Cuando contemplan la situación ven que se trata de una guerra convencional. Y piensan que pueden acabar con ella sólo con dejar encerrados al viejo y a la hermana pequeña y esperar el momento de devolver el golpe. Pero yo no lo veo así. Veo un gato que tiene una de sus patas encima del rabo de un ratón. Y si aún no ha sacado las garras no ha sido porque el ratón haya hecho o dejado de hacer cualquier cosa. ¿Lo comprendes?

—Nazca, sólo sé… fíjate, estás muy agitada. Te escucharé. Soy una piedra. Puedes gritarme todo lo que quieras, pero apenas puedo hacer nada por ti, sólo soy un ladrón. Soy el ladrón menos poderoso de los que sirven a tu padre; si hay otra banda más pequeña que la mía, me pondré a jugar a las cartas en las fauces de un tiburón-lobo, yo…

—Locke, necesito que me ayudes a calmar a mi padre. Necesito que recobre algo de la personalidad que siempre tuvo, para así exponerle lo que pienso. Por eso te pido que entres ahí y que hagas todo lo posible para que se sienta a gusto contigo. Quiero que le agrades muchísimo. Muéstrate como un *garrista* leal que hará todo lo que se le diga en el momento en que se le diga. Y cuando vuelva a planificar razonablemente el

futuro, sabré que ya ha conseguido el estado mental necesario para que yo pueda tratar con él.

Al final del corto pasillo había más puertas de madera gruesa, casi idénticas a la que les separaba del vestíbulo. No obstante, aquellas puertas estaban protegidas por un complicado mecanismo de relojería de Tal Verrar que mantenía en su sitio los barrotes de hierro que las cubrían. En el centro de cada una de aquellas puertas podía verse el mecanismo, y en él doce cerraduras. Nazca sacó dos llaves de una cadena que llevaba al cuello e interpuso su cuerpo entre el de Locke y las puertas, para que él no pudiera ver en cuáles cerraduras las había introducido. Entonces se produjo una serie de chasquidos producidos por la maquinaria que se encontraba dentro de las puertas; uno a uno, los picaportes ocultos fueron cayendo y los relucientes barrotes retirándose hasta que las puertas se abrieron por sus goznes centrales.

En aquel momento se escuchó otro grito, fuerte y muy vívido porque ya no podía atenuarlo la puerta de madera, procedente de la habitación que se encontraba al otro lado.

—Es peor de lo que suena —dijo Nazca.

—Sé lo que el sabio hace para tu padre, Nazca.

—Saber es una cosa, verlo otra muy diferente. Por lo general, el sabio solía hacerle uno o dos trabajos de vez en cuando. Ahora papá tiene trabajando al muy bastardo todo el día.

6

—Si ya te ha quedado claro que no disfruto con esto —decía Capa Barsavi—, ¿por qué me obligas a insistir en ello?

El joven de cabellos negros estaba atado a un potro de madera. Lo habían puesto boca abajo, con las piernas en unos grilletes de metal; los brazos atados los tenía estirados al máximo. El pesado puño del Capa alcanzó al prisionero justo debajo de una axila; el sonido fue como el de un martillo golpeando la carne. Unas perlas más de sudor y el prisionero gritó y se retorció en sus ligaduras.

—¿Por qué me insultas de esta manera, Federico? —otro puñetazo en el sitio de antes, con los nudillos extendidos de un modo cruel—. ¿Por qué no tienes ni siquiera la delicadeza de contarme una mentira convincente? —Capa Barsavi golpeó el cuello de Federico con el dorso de una mano; el prisionero jadeó, y fue más estrepitoso cuando la sangre, la saliva y el sudor se le metieron por la nariz.

El corazón de la Tumba Flotante era algo así como una opulenta sala de baile de paredes curvas; la iluminaba una cálida luz ambarina procedente de los globos de cristal que colgaban de unas cadenas de plata. Las escaleras daban a las galerías de más arriba, por las que se subía hasta el puente del viejo casco entoldado con sedas. Una pequeña plataforma que se apoyaba en la pared más alejada soportaba el peso de la enorme silla de madera donde usualmente se sentaban las visitas de Barsavi.

Aunque la estancia estaba decorada con un gusto mesurado y regio, al menos aquel día apestaba a miedo, a sudor y a calzones sin mudar.

El armazón que atenazaba a Federico se dobló hacia abajo; el semicírculo donde se encontraban los aparatos de tortura podía bajarse hasta donde se quisiera, pues el volumen de aquel tipo de negocios que realizaba Barsavi había llegado a ser tan grande que le había hecho merecedor de un procedimiento estándar. En aquellos momentos, seis estaban vacíos y manchados de sangre; sólo dos seguían ocupados por prisioneros.

El Capa alzó la mirada cuando entraron Locke y Nazca; los saludó con un asentimiento de cabeza al tiempo que les indicaba que esperaran apoyados en la pared. Aunque el viejo Barsavi seguía pareciendo un toro, podía apreciarse en él el paso de los años. Se había hecho más orondo y blando, y sus tres barbas trenzadas de color gris se apoyaban en otras tantas papadas bamboleantes. Los ojos los tenía enmarcados por negras ojeras y el rubor de sus mejillas poseía ese tono rojizo, tan poco recomendable para la salud, que sólo confiere la botella. Acalorado por el esfuerzo, se había quitado la casaca y quedado con la camisa de seda.

Cerca de él, inmóviles y con los brazos cruzados, se encontraban Anjais y Pachero Barzavi, los hermanos mayores de Nazca. Anjais era una versión en miniatura del Capa, con treinta años y dos barbas menos, mientras que Pachero era parecido a Nazca, alto, delgado y de cabellos rizados. Ambos hermanos llevaban gafas, pues cualquiera que hubiera sido la dolencia ocular de la vieja señora Barsavi, se la había pasado a los tres hijos que la habían sobrevivido.

Había dos mujeres apoyadas en una de las paredes. No eran delgadas; sus brazos, desnudos y curtidos, estaban macizos por los músculos y surcados por las cicatrices; y mientras desprendían una sensación de salud casi ferina, por lo atléticas que eran, comenzaban a dejar atrás la apariencia infantil de la primera juventud. Cheryn y Raiza Berangias, gemelas idénticas, eran las mejores *contrarequialla* que la ciudad de Camorr jamás hubiera conocido. Participando ellas dos solas como pareja, habían dado más de cien representaciones en la Fiesta Cambiante, luchando contra tiburones, calamares gigantes, anguilas y demás depredadores del Mar de Hierro.

Durante cerca de cinco años habían sido las guardaespaldas y verdugos personales de Capa Barsavi. Sus largas y salvajes cabelleras del color del humo negro estaban recogidas hacia atrás bajo unas redecillas de plata que sonaban de modo discordante, aunque no desagradable, al chocar entre sí los dientes de tiburón prendidos en ellas. Se decía que había tantos dientes como muertos por las Berangias al servicio de Barsavi.

El último de los asistentes a aquella reunión privada, aunque no el que menos imponía en ella, era el sabio Amabilidad, un hombre de cabeza redonda, peso moderado y mediana edad. Su cabello corto tenía el mismo color de lino que el de ciertas familias de Therin asentadas en las ciudades occidentales de Karthain y Lashain; daba la impresión de que sus ojos estuvieran permanentemente húmedos por

la emoción, aunque su expresión se mantuviera inmutable. Quizá era el hombre con mayor temple de Camorr; podía arrancar las uñas con el meloso desinterés de un limpiabotas. Y Capa Barsavi, a pesar de ser un torturador eficiente, solicitaba la ayuda del sabio cuando estaba decaído.

—¡No sabe nada! —exclamó a voz en cuello el último de los prisioneros que aún no había recibido tormento, cuando Barsavi golpeó una vez a Federico—. Capa, señoría, sabed que ninguno de nosotros sabe nada. ¡Por los dioses! ¡Ninguno de nosotros recuerda nada!

Barsavi cruzó el suelo de madera y obligó a callar al prisionero dándole un fuerte apretón en la tráquea.

—¿Acaso te estaba preguntando a ti? ¿Tienes prisa por recibir este tratamiento? Te quedaste muy quieto cuando arrojé al agua a tus otros seis amigos. ¿Por qué gritas por éste?

—Por favor —dijo aquel hombre con voz estrangulada, boqueando cuando Barsavi aflojó su presa lo suficiente para que pudiera hablar—. Por favor, no hay necesidad de esto. Capa Barsavi, debéis creernos, por favor. Os hubiéramos dicho todo lo que queríais oír si lo supiéramos. ¡No nos acordamos de nada! ¡No nos…!

El Capa le hizo callar con una fuerte bofetada. Durante unos instantes, los únicos sonidos dentro de aquella habitación fueron los sollozos de terror y la respiración entrecortada de los dos prisioneros.

—¿Por qué tengo que creerte? No me creo nada de todo eso, Julien. ¿Me das de comer mierda y me dices que es carne asada? Eso es lo que habéis hecho todos y, en lo que a ti concierne, ni siquiera te molestas en contarme una historia con sentido. Cualquier intento serio por mentirme me hubiera molestado un huevo, pero, al menos, lo hubiera *comprendido*. Pero en lugar de eso, gimes y me dices que *no te acuerdas*. Vosotros, los ocho miembros con más poder de los Coronas Enteras después del propio Tesso. Sus elegidos. Sus amigos, sus guardaespaldas, sus leales *pethons*. Y gritáis como niños diciendo que no recordáis ni los lugares donde estuvisteis la pasada noche, cuando dio la casualidad de que *murió* Tesso.

—Pero ésa es precisamente la verdad, Capa Barsavi. Por favor, es…

—Voy a preguntártelo de nuevo. ¿Dónde estuvisteis bebiendo la pasada noche?

—¡No tenemos ni idea!

—¿Estuvisteis fumando algo? ¿Todos juntos?

—No, no fumamos nada. Al menos… juntos.

—Entonces, ¿la Mirada? ¿Una pizca de lo que preparan los perversos alquimistas de Jerem? ¿Aspirasteis un poquito de ese polvo?

—Tesso jamás hubiera permitido…

—Está bien —como quien no quería la cosa, Barsavi le pegó un puñetazo a Julien en el plexo solar. Mientras aquel hombre jadeaba de dolor, Barsavi se dio la vuelta y levantó los brazos en un gesto lleno de estudiada jovialidad—. Puesto que hemos eliminado cualquier posible explicación terrenal en lo concerniente a tamaña

negligencia, sólo nos queda la brujería o la intervención divina… Por favor, no me irás a decir ahora que los mismísimos dioses os habían encantado. Es difícil de creer.

Julien se retorció en sus ataduras, el rostro colorado, agitando la cabeza.

—Por favor… por favor…

—Entonces no fueron los dioses. Estaba diciendo… decía que vuestro jueguecito comienza a aburrirme soberanamente. Amabilidad.

El hombre de cabeza redonda bajó la barbilla hasta el cuello y levantó las palmas de las manos hacia arriba, como si fuera a recibir un regalo.

—Quiero algo de creatividad. Si Federico no quiere hablar, dale una última oportunidad a Julien para que recobre la lengua.

Federico comenzó a chillar incluso antes de que Barsavi hubiera terminado de hablar… era el chillido agudo y lleno de dolor de quien se sabe condenado. Locke se sorprendió al sentir que él mismo apretaba los dientes para que no le castañetearan. Demasiadas entrevistas con una carnicería como telón final… los dioses podían llegar a ser muy perversos.

El sabio Amabilidad se dirigió a la mesita dispuesta junto a una de las paredes de la habitación donde estaban amontonados unos vidrios de pequeño tamaño y un pesado saco de tela cerrado con una cuerda. Amabilidad metió unos cuantos vidrios en el saco y comenzó a aporrear con él la mesa; aunque el sonido del vidrio al romperse y el roce de sus fragmentos eran inaudible a causa de los fuertes chillidos de Federico, Locke consiguió imaginárselos. Tras unos instantes, Amabilidad pareció satisfecho y se acercó lentamente hasta Federico.

—No lo hagas, no lo hagas, no, no lo hagas, no lo hagas, por favor, no, no…

Amabilidad sujetó con una mano la cabeza de aquel joven desesperado y con la otra metió rápidamente el saco por encima de su coronilla y de su rostro hasta llegar al cuello, donde lo aseguró con la cuerda. El saco amortiguó los chillidos de Federico, que habían vuelto a ser muy fuertes e inarticulados. Entonces Amabilidad comenzó a pasar una mano por encima del saco, al principio muy despacio, casi con ternura; los largos dedos del torturador movieron los vidrios que había dentro por encima del rostro de Federico. Unas manchas oscuras comenzaron a insinuarse en la superficie del saco; Amabilidad manipulaba su contenido como el escultor que da forma a su arcilla. Afortunadamente, para entonces Federico se había quedado sin resuello, de suerte que aquel desgraciado sólo pudo balbucir unos cuantos quejidos roncos; Locke rezó en silencio para que hubiera dejado atrás el dolor y hubiese encontrado un refugio temporal en la locura.

Amabilidad masajeó con más fuerza el saco. Ahora hacía presión en los lugares donde debían de encontrarse los ojos, la nariz, la boca y la barbilla de Federico. El saco se volvió más húmedo y rojo hasta que Federico sufrió un espasmo y se quedó inmóvil. Cuando Amabilidad apartó sus manos del saco, dio la impresión de que hubiera estado aplastando tomates con ellas.

Con una sonrisa triste, no evitó que sus manos rojas dejaran un reguero rojo sobre la madera del suelo cuando se inclinó sobre Julien, mirándole intensamente sin decir nada.

—Supongo —dijo Capa Barsavi— que si he logrado convencerte de algo, habrá sido de la rotundidad de mi decisión. ¿Hablarás?

—Por favor, Capa Barsavi —susurró Julien—. Por favor, esto no es necesario. No tengo nada que contaros. Pregúntadme cualquier cosa, lo que queráis. Lo sucedido la noche pasada está en blanco. No lo recuerdo. Si no, os lo diría, oh, por los dioses, creedme, os lo contaría. Éramos unos *pethons* leales, los más leales que jamás hayáis tenido.

—Espero sinceramente que no.

Barsavi debió de haber tomado una decisión, porque hizo un gesto a la hermanas Berangias y señaló a Julien. Aquellas damas de negra cabellera trabajaron rápida y silenciosamente, deshaciendo los nudos y grilletes que le mantenían sujeto al armazón de madera mientras soltaban las cuerdas que lo mantenían atado de pies a cabeza. Luego, sin esfuerzo, llevaron a aquel hombre lleno de estremecimientos entre las dos, una cogiéndole de los hombros y otra de los pies.

—¿Leales? Por favor. Ya somos mayorcitos, Julien. El negarte a contarme la verdad acerca de lo sucedido la pasada noche no creo que sea un acto de lealtad. Como os pusisteis por encima de mí, yo haré lo mismo con vosotros —en el extremo izquierdo de aquella gran sala acababan de mover hacia un lado un panel de madera tan largo como un hombre; apenas un metro más abajo podía verse la oscura superficie de las aguas sobre las que flotaba la Tumba. El suelo que rodeaba aquella abertura estaba manchado de sangre húmeda—. Os pondré *debajo*.

Julien gritó por última vez cuando las hermanas Berangias le lanzaron por la abertura, la cabeza por delante; al caer levantó una salpicadura de agua y no subió flotando a la superficie. El Capa había desarrollado el hábito de tener algo siniestro por debajo de la Tumba en todo momento, algo que no podía escapar de allí a causa de las recias redes de cables metálicos que rodeaban la parte inferior del casco del galeón.

—Amabilidad, puedes irte. Muchachos, cuando vuelva a llamaros me traeréis a ciertos individuos a los que debo preparar; por el momento podéis iros al puente y esperar allí. Raiza, Cheryn… por favor, idos con ellos.

Caminando despacio, Capa Barsavi se dirigió a su viejo sillón, tan confortable como desprovisto de adornos, y se sentó en él. Respiraba con mucha agitación y aún más temblaba a causa del esfuerzo que hacía para que no se le notara. Una copa de latón llena de vino, con una capacidad equivalente a la de una sopera, descansaba sobre la mesita de al lado; el Capa se echó un largo trago de ella y cerró los ojos durante un momento, como si quisiera vencer con la meditación su mal humor. Finalmente, volvió a la vida e hizo una seña a Locke y a Nazca para que fueran hasta él.

—Bien. Mi querido maese Lamora, ¿cuánto dinero me traes esta semana?

7

—Treinta y seis solones y cinco cobres, vuestra señoría.

—Mmm. Una semana un tanto floja, o eso parece.

—Sí, lo lamento profundamente, Capa Barsavi. La lluvia… no suele ayudar a los que trabajamos con escalo.

—Mmmm —Barsavi dejó la copa y cubrió con la mano izquierda el puño en que se había convertido la derecha, acariciando los nudillos manchados de rojo—. Es evidente que en muchas otras ocasiones me has traído más dinero. Serían semanas mejores.

—Ah… sí.

—Hay otros que no se comportan como tú, ya lo sabes. Siempre me traen la misma cantidad, semana tras semana tras semana, hasta que, finalmente, pierdo la paciencia y les impongo un correctivo. Locke, ¿sabes qué es lo que tienen esos *garristas*?

—Uh, ¿una vida… muy aburrida?

—¡Ja! Sí, eso es lo que tienen. Tienen que llevar una vida muy estable para tener los mismos beneficios todas las semanas y así darme lo que me corresponde según el porcentaje establecido. Como si yo fuera un niño que no se entera de nada. Y luego hay otros *garristas* como tú. Sé que me traes la parte que me corresponde en ley porque no tienes miedo de venir hasta aquí y disculparte por haberme traído menos que la última semana.

—Yo, bueno, esperaba que no se me considerase un poco lanzado por repartir las pérdidas cuando no sale lo que uno se esperaba…

—De ninguna manera —Barsavi sonrió mientras se acomodaba en el sillón. Unos chapoteos y golpes apagados, bastante siniestros, llegaban desde más abajo del suelo, cerca de la portilla por donde Julien había desaparecido—. Eres algo más que el *garrista* más correcto y de fiar de los que se encuentran a mi servicio. Eres como un reloj de Tal Verrar. Tú mismo en persona me entregas lo que me toca a su debido tiempo sin que haya que recordártelo; y esto durante los últimos cuatro años, una semana tras otra. Sin faltar ni una sola desde que Cadenas murió. Jamás diste a entender que nada era más importante que presentarte personalmente ante mí con esa bolsa en la mano.

Capa Barsavi señaló la pequeña bolsa de piel que Locke llevaba en la mano izquierda y le hizo un gesto a Nazca. El trabajo oficial que le tocaba hacer en la organización de Barsavi era el de registradora, la que anotaba las cuentas. Podía enumerar rápidamente el montante total de los pagos efectuados por cualquier banda de la ciudad y detallarlo exactamente por semanas y por años. Locke sabía que aunque escribiera en pergamino las cuentas actualizadas para que su padre pudiera

verlas, todas y cada una de las monedas del fabuloso tesoro de Barsavi pasaban por delante de sus fríos y adorables ojos a la hora de ser registradas, o eso decían los súbditos del Capa. Locke le lanzó la bolsa de cuero y ella la cogió en el aire.

—Jamás envíes a un *pethon* a hacer el trabajo de un *garrista* —comentó Capa Barsavi.

—Bueno, vuestra señoría es muy amable. Pero hoy es muy fácil cumplir lo que decís, puesto que sólo se permite entrar a los *garristas*.

—No disimules. Ya sabes de lo que estoy hablando. Nazca, cariño, Locke y yo tenemos que tratar cierto asunto en privado.

Nazca asintió con una profunda inclinación de cabeza a las palabras de su padre y dedicó otra mucho más breve a Locke. Luego se volvió y se dirigió hacia las puertas de la entrada de la sala, con las suelas de hierro resonando sobre la madera.

—Tengo muchos *garristas* —dijo Barsavi cuando se hubo ido— más duros que tú. Otros mucho más populares, otros mucho más encantadores, otros con bandas mucho más grandes y prósperas que la tuya. Pero muy pocos que se molesten constantemente en ser tan corteses y tan cuidadosos como tú.

Locke no dijo nada.

—Mi joven amigo, aunque suela ofenderme por muchas cosas, puedo asegurarte que la cortesía no es una de ellas. Ven, tranquilízate. No voy a echarte un lazo al cuello.

—Lo siento, Capa. Es sólo… que como habíais comenzado a mostrar vuestro desagrado de una manera muy… ahhh…

—¿Indirecta?

—Cadenas me contó lo suficiente acerca de los estudiosos de la Universidad de Therin —dijo Locke— para saber que vuestro primario hábito de hablar era, ah, una trampa para tontos.

—¡Ja! Es cierto. Si alguien te dice, Locke, que los hábitos suelen perderse, te estará mintiendo… pues jamás mueren del todo —Barsavi rió entre dientes y bebió un sorbo antes de proseguir—. Son tiempos… alarmantes, Locke. Ese maldito Rey Gris ha acabado por convertirse en una especie de sarpullido. La pérdida de Tesso es particularmente… Bueno, tenía planes para él. Ahora me veo obligado a hacer otros planes antes de lo que había pensado. Dime, *pethon*, ¿qué opinión te merecen Anjais y Pachero?

—Uh. Ah. Bueno… ¿vuestra señoría quiere mi honesta opinión?

—Tu opinión honesta y completa, *pethon*. Te lo ordeno.

—Bueno, pues son muy respetados y muy buenos en su trabajo. Nadie se burla de ellos a sus espaldas. Jean dice que realmente saben cómo comportarse en una pelea. Los Sanza se ponen nerviosos cuando tienen que jugar a las cartas con ellos sin hacer trampas, lo cual dice algo a su favor.

—Eso que me cuentas me lo podrían decir dos docenas de espías siempre que se lo preguntara. Ya sé todo eso. Lo que quiero escuchar es qué opinas *personalmente* de

mis dos hijos.

—Ah… —Locke tragó saliva y miró a Capa Barsavi directamente a los ojos—. Bueno, pues que merecen respeto. Hacen bien su trabajo y saben desenvolverse en una pelea. Son buenos trabajadores y bastante brillantes… pero…, si vuestra señoría me perdona, diré que se burlan de Nazca cuando deberían hacer caso de sus advertencias y seguir sus consejos. Ella posee la sutileza y la paciencia que… que…

—¿Que les falta a ellos?

—Veo que ya sabíais lo que quería decir.

—Ya te he dicho, Locke, que eres un *garrista* cuidadoso y considerado. Son características que te distinguen, aunque impliquen muchas otras cualidades. Después de que hicieras aquellas prodigiosas barbaridades te convertiste en el vivo retrato de un ladrón cauto, firme a la hora de controlar a los tuyos. Supongo que has de ser muy sensible ante cualquier falta de precaución de los demás. Mis hijos… han vivido todo el tiempo en una ciudad que los teme a causa de su apellido. Esperan deferencia al modo de los aristócratas. Son muy poco precavidos y un tanto despreocupados. Necesito hacer algunos preparativos para asegurarme de que reciban buenos consejos en los meses y años por venir. No viviré para siempre, sobre todo después de tratar con el Rey Gris.

La certidumbre tan llena de jovialidad de la voz de Capa Barsavi, al pronunciar aquellas últimas palabras, le erizó a Locke los cabellos de la nuca. El Capa estaba sentado en el interior de una fortaleza que no había abandonado durante más de dos meses, bebiendo vino en una atmósfera aún rancia por la sangre de los ocho miembros de una de las bandas más poderosas y leales.

¿No estaría hablando con un hombre que poseía unos planes más sutiles y de mayor alcance de lo que había pensado? O, ¿no sería que, finalmente, Barsavi había acabado por quebrarse, como le sucede al cristal de las ventanas al recibir el fuego?

—Me gustaría muchísimo —dijo el Capa— que te encontraras en la posición precisa para darles a Anjais y a Pachero los consejos que necesiten.

—Ah… eso es tremendamente halagador…, vuestra señoría, pero… aunque yo me lleve bastante bien con Anjais y Pachero, no le llamaría a eso una amistad íntima. De vez en cuando jugamos a las cartas, pero… seamos honestos: no soy lo que se dice un *garrista* importante.

—Como antes dije, incluso ahora, con el Rey Gris haciendo lo que esté haciendo en mi ciudad, tengo a muchos que son más duros que tú, más atrevidos, más populares. Y con ello no quiero hacerte de menos, pues ya he discutido antes tus cualidades. Pero son *esas* cualidades las que necesito con urgencia. No la dureza, la bravura o el encanto, sino la fría y firme cautela. La prudencia. Eres el más prudente de mis *garristas*; crees ser el menos importante porque eres el que hace menos ruido. Y ahora dime, ¿qué piensas de Nazca?

—¿Nazca? —de repente Locke presintió que debía hablar con mayor cautela que antes—. Es… brillante, vuestra señoría. Puede repetir conversaciones que ambos

mantuvimos hace diez años y reproducir correctamente todas sus palabras, sobre todo las que puedan causarme algún embarazo. ¿Pensáis que soy prudente? Pues comparado con ella soy tan imprudente como un oso dentro del laboratorio de un alquimista.

—Sí —dijo el Capa—. Sí. Ella debería ser el próximo Capa Barsavi después de que yo me haya ido, pero no funcionaría. Ya sabes que no tiene nada que hacer por ser mujer. Sus hermanos mayores jamás aceptarían el recibir órdenes de su hermana pequeña. Así que no puedo obligarles a que la acepten, pues no me gustaría que mis niños se mataran los unos a los otros por las briznas del legado que pienso dejarles.

»Pero lo que puedo hacer, y voy a hacer, es asegurarme de que a su debido tiempo encuentren la voz de la moderación en un lugar del que no podrán prescindir. Creo que tú y Nazca sois viejos amigos. Recuerdo la primera vez en que os conocisteis, hace muchos años… cuando ella solía sentarse en mis rodillas y pretender dar órdenes a los hombres que me rodeaban. En los años posteriores, ¿acaso no has venido siempre a verla? ¿No le has dedicado siempre palabras amables? ¿No has sido siempre su buen *pethon*?

—Ah… así lo creo con toda honestidad, vuestra señoría.

—Sé que lo has sido —Barsavi se echó un largo trago de la copa de vino y luego la dejó encima de la mesita con mano firme y una sonrisa de magnanimidad en su rostro redondo y lleno de arrugas—. Por tanto, tienes mi permiso para cortejar a mi hija.

¿Qué tal si nos caemos al suelo?, preguntaron las rodillas de Locke; pero aquella sugerencia no tardó en verse anulada por el acertado juicio de Locke, que le decía que se quedara como congelado en el sitio y no hiciera nada, como el hombre que patalea en el agua y que, de repente, ve que una fina aleta negra va derecha hacia él.

—Oh —dijo al fin—, no… me lo esperaba… no me lo esperaba…

—Claro que no —dijo Barsavi—. Pero en esta proposición nuestras intenciones se complementan. Sé que tú y Nazca compartís muchos sentimientos. Una unión entre vosotros dos te permitiría entrar en la familia Barsavi. Te convertirías en la responsabilidad de Anjais y de Pachero… y ellos en la tuya. ¿No lo ves? Un cuñado les sería más difícil de ignorar que el más poderoso de sus *garristas* —Barsavi cubrió con su mano derecha el puño en que se había convertido la izquierda y sonrió abiertamente de nuevo, como si fuera algún dios de rostro encendido que dispensara benevolencia desde su trono celestial.

Locke respiró profundamente. No había nada que hacer; la situación requería una aquiescencia absoluta, como si el Capa le estuviera apuntando con una ballesta en la sien. La gente moría por mucho menos que aquello; negarse a aceptar a la propia hija del Capa sería un suicidio de lo más tonto. Probablemente no le matara en aquel lugar ni en aquel momento, pero si Locke frustraba el plan del Capa, no vería el día siguiente.

—Me siento… muy honrado, Capa Barsavi. Profundamente honrado. Espero no decepcionaros.

—¿Decepcionarme? Seguro que no. Sé que en ciertas ocasiones algunos de los demás *garristas* han mirado a Nazca con buenos ojos. Pero si alguno de ellos pensara ahora en echarle el ojo, no duraría mucho. Vaya sorpresa cuando se enteren. ¡Jamás se lo hubieran imaginado!

¡Y como regalo de bodas, los celos feroces de ni se sabe cuántos pretendientes rechazados!, pensó Locke.

—Entonces, señoría, ¿cuándo… puedo comenzar?

—Veamos —dijo Barsavi—, ¿por qué no te tomas unos cuantos días para pensártelo? Mientras tanto, hablaré con ella. Por supuesto que, llegado el momento, no debe abandonar la Tumba Flotante. Una vez que yo haya hablado con el Rey Gris… espero que comiences a cortejarla de una manera más pública y notoria.

—Entonces debéis decirme —dijo Locke, midiendo las palabras— si queréis que siga robando.

—Considéralo como un desafío que te otorgo junto con mis bendiciones —Barsavi sonreía con gran afectación—. Y ya veremos si puedes mantenerte prudente al tiempo que más productivo. Sospecho que sí puedes… y sé que no quieres decepcionarnos a mí y a mi hija.

—Ciertamente no, vuestra señoría. Lo haré… lo mejor que pueda.

Capa Barsavi hizo una seña a Locke para que se acercara más y le tendió la mano izquierda con los dedos hacia delante y la palma hacia abajo. Locke se arrodilló ante el sillón de Barsavi, tomó aquella mano con las suyas y besó el anillo del Capa, con aquella perla negra tan familiar que tenía una parte central de color rojo sangre.

—Capa Barsavi —dijo, mirando al suelo.

El Capa le tomó de los hombros e hizo que se levantara.

—Te doy mi bendición, Locke Lamora, la bendición de un hombre mayor que se preocupa por sus hijos. Al hacer esto por ti, te alzo sobre una muchedumbre de gente peligrosa. Seguramente se te habría pasado por la imaginación que mis hijos heredarían un oficio peligroso. Y que si no eran lo suficientemente cuidadosos o duros para la tarea encomendada… sucederían cosas extrañas. Es posible que, algún día, esta ciudad sea gobernada por Locke Lamora. ¿Nunca lo habías pensado?

—En honor a la verdad —susurró Locke—, jamás deseé el poder del Capa porque jamás quise tener los problemas del Capa.

—Bien, una muestra más de prudencia —el Capa sonrió y señaló hacia las puertas, dándole a Locke la venia para irse—. Los problemas de un capa son muy reales. Pero tú me has ayudado a librarme de uno.

Locke se encaminó a la entrada de la sala, los pensamientos atropellándosele en la cabeza. Detrás de él, el Capa seguía sentado en su sillón, en silencio y con la mirada perdida. Los únicos sonidos que pudo escuchar provenían de las pisadas de Locke y

del rítmico goteo de la sangre que caía del saco, repugnantemente empapado, que cubría la cabeza de Federico.

8

—Nazca, qué quieres que te diga; si tuviera mil años y hubiese visto seis veces todo lo que hay que ver, aún seguiría diciendo que ni siquiera habría podido imaginarme *este maldito asunto*…

Ella le había estado esperando en el pasillo que llevaba al vestíbulo; después de que el mecanismo cerrara tras ellos la puerta que conducía a la sala principal, le echó una mirada cargada de disculpas que más parecía una mueca.

—¿Pero no comprendes que te hubiera extrañado aún más que yo te lo contara antes que él?

—Todo este maldito asunto hubiera podido terminar en un follón de mil diablos, Nazca. Por favor, no quieras darle la vuelta a las cosas. Yo…

—Locke, yo no quiero darle la vuelta a las cosas…

—Eres una buena amiga, y…

—Yo también siento lo mismo por ti, y sin embargo…

—No es fácil arreglar este asunto…

—No, no lo es. Mira —le tomó de los hombros y se agachó lo suficiente para mirarle a los ojos—. Eres un buen amigo, Locke. Probablemente el mejor que jamás haya tenido. Mi leal *pethon*. Me gustas muchísimo, pero… no como un posible marido. Y sé que tú…

—Yo… ah…

—Locke —dijo Nazca—, sé que la única mujer que posee la llave que abre ese corazón tuyo tan extraño se encuentra lejos, a miles de kilómetros. Y sé cuánto más prefieres ser miserable a su lado que feliz con cualquier otra.

—¿De veras? —Locke acababa de cerrar los puños—. Esa información debe de estar al alcance de cualquier idiota. Seguro que el Duque lo sabe por los informes periódicos. Da la impresión de que tu padre es la única persona que no está enterada.

—O que no le importa —Nazca enarcó las cejas—. Locke, es la relación entre capa y *pethon*. No es personal. Él da las órdenes y tú las cumples. Siempre.

—¿Y esta vez no? Yo pensaba que querías ser feliz. Al menos ha vuelto a hacer planes para el futuro.

—Yo hablé de planes *razonables* —Nazca sonrió en aquella ocasión de verdad, con franqueza—. Vamos, *pethon*. Síguele el juego durante unos días. Podemos seguirle la corriente y juntar nuestras cabecitas mientras pensamos en otras cosas. Que hablen de nosotros, ¿de acuerdo? El viejo no puede ganar, y no lo hará cuando sepa que no tiene nada que hacer.

—De acuerdo. Si tú lo dices…

—Lo digo. Vuelve pasado mañana. Prepararemos un plan. Nos quitaremos este nudo corredizo de encima. Y ahora, ve a atender a tus muchachos. Y ten *cuidado*.

Locke regresó al vestíbulo y Nazca cerró las puertas tras de él; Locke se quedó mirándola mientras el espacio entre ambas puertas se iba haciendo más estrecho, apartándola gradualmente de su vista hasta que se cerraron y cayeron los picaportes. Y hubiera jurado que ella le había guiñado un ojo antes de que las pesadas puertas se interpusieran entre ellos.

—… Y ésta es la carta que habíais sacado. El seis de chapiteles —dijo Calo, manteniendo levantada una carta y enseñándosela a los guardias del vestíbulo.

—No me jodas —dijo uno de ellos—, eso es brujería.

—Qué va, sólo es el antiguo toque de los Sanza —Calo barajó el mazo con una mano y se lo tendió a Locke—. ¿Una manita, jefe?

—No, gracias, Calo. Nos vamos, muchachos. Los asuntos que nos llevaron a este lugar se han terminado por hoy, así que dejemos de dar la lata a los chicos de las ballestas —y resaltó estas palabras diciendo con las manos—: *Las complicaciones importantes se discuten en otro lugar*.

—Maldición, estoy hambriento —dijo Jean, disponiéndose a seguirle—. ¿Por qué no cogemos algo en el Último Error y nos lo llevamos a nuestros aposentos?

—Sí —dijo Bicho—, ¡cerveza y tartitas de albaricoque!

—Me siento extrañamente inclinado a probar esa combinación tan repugnante —dijo Jean, dándole un capón en la coronilla al más joven de los Caballeros Bastardos y entrando el primero en el estrecho sendero de madera que mantenía apartada a la Tumba Flotante del resto del mundo.

9

Salvo Capa Barsavi (que se imaginaba que la banda de Locke aún seguía sentándose en los escalones los días de la semana que les tocaba, incluso con Cadenas en la tumba), nadie de la Buena Gente de Camorr sabía que los Caballeros Bastardos aún operaban en el templo de Perelandro. Mientras que Calo, Galdo y Bicho alquilaban habitaciones en diferentes lugares, dentro y fuera de la Trampa, mudándose de ellas a los pocos meses, Locke y Jean llevaban varios años manteniendo la ficción de que vivían juntos. Gracias a un tremendo golpe de suerte (aunque aún estaba por determinar si había sido buena o mala), Jean había conseguido unas habitaciones para ambos en el séptimo piso de la Torre Rota.

La noche era oscura y dominada por la lluvia, y ninguno de la banda se sentía particularmente ansioso por recorrer el camino que tenía que llevarles hasta las chirriantes escaleras exteriores que se bamboleaban en la cara norte de la Torre Rota. La lluvia que caía repiqueteaba en las jambas de las ventanas, y el viento, que llegaba y se iba, inducía un sollozo horripilante en las rendijas y huecos de la vieja torre. A la luz de las linternas de papel, los Caballeros Bastardos se sentaban en el suelo encima

de unos cojines para paladear la cerveza que les quedaba, de la variedad pálida y dulce que la mayor parte de los nacidos en Camorr preferían a la oscura de Tal Verrar, más amarga. Y aunque el aire estuviera viciado, al menos era tolerablemente seco.

Mientras cenaban, Locke les había contado toda la historia.

—Bueno —dijo Galdo—, es la cosa más requetecomplicada de todas las cosas complicadas que nos han pasado.

—Sigo diciendo —dijo Jean— que deberíamos acabar cuanto antes con el juego de Don Salvara y hacer los preparativos para largarnos cuanto antes. Este asunto del Rey Gris comienza a dar miedo y no podemos distraernos si Locke se encuentra metido en todo el fregado.

—¿Y cuándo lo damos por terminado? —preguntó Calo.

—Podríamos darlo por terminado ahora mismo —dijo Jean—. Ahora o en cuanto don Lorenzo nos entregue un nuevo pagaré. No más tarde.

—Mmmm —Locke se quedó mirando los posos de su jarra—. Hemos sudado mucho para hacer este trabajo. Confío en que podamos sacarle otras cinco o diez mil coronas, por lo menos. Quizá no las veinticinco mil que habíamos pensado, pero sí lo suficiente para sentirnos orgullosos. Ya sabéis que, para conseguir ese dinero, yo tuve que sacudirme la mierda de encima y Bicho saltó de un edificio.

—¡Y recorrí tres kilómetros dentro de un maldito barril!

—Vamos, Bicho —dijo Galdo—, hubiera sido peor si ese maldito barril hubiera saltado encima de ti en un callejón y te hubiera obligado a gatear dentro de él. Y coincido con Jean. Lo he dicho esta tarde, Locke. Aunque no creas que puedan servirte de mucho, ¿nos permites que, al menos, hagamos algunos arreglos para que puedas esconderte cuanto antes? Quizá incluso fuera de la ciudad.

—Apenas puedo creer que acabe de escuchar a un Sanza dando consejos acerca de cómo ser precavido —comentó Locke con una mueca—. Pensaba que éramos más ricos y más astutos que todos los demás.

—Y seguirás escuchándolos una y otra vez, Locke, mientras exista la posibilidad de que alguien pueda cortarte la garganta —dijo Calo, retomando el argumento de su hermano—. De una vez por todas he cambiado de idea acerca del Rey Gris. Es posible que ese lunático solitario pueda a los tres mil. Tú podrías ser uno de sus blancos. Y el hecho de que Barsavi quiera que te unas a su círculo más selecto sólo supondrá más problemas para ti.

—¿Podemos dejar de hablar de rebanar cuellos aunque sólo sea durante un momento? —Locke se levantó para acercarse a los batientes de la ventana que daba al mar, con intención de quedarse mirándolo con los brazos cruzados por detrás—. A fin de cuentas, ¿quiénes somos? Admito que estuve a punto de saltar a la maldita bahía cuando el Capa me encasquetó este asunto. Pero luego he tenido tiempo de pensar y de verlo claro… hemos llevado al viejo zorro a donde queríamos. Lo tenemos en la palma de la mano. Sinceramente, muchachos. Somos tan buenos en

todo lo que hacemos, que acaba de pedir a la Espina de la puñetera Camorr que *se case con su hija*. Hemos llegado tan lejos, que la situación es casi cómica.

—No obstante —dijo Jean—, es una complicación que podría echar a perder para siempre todo lo que habíamos preparado, y no un logro del que tengamos que ufanarnos.

—Por supuesto que podemos ufanarnos, Jean, y eso es lo que voy a hacer ahora mismo. ¿No lo ves? No es diferente de lo que hacemos a diario. Es uno de tantos trabajos que hacen los Caballeros Bastardos… sólo que ahora Nazca trabajará conmigo para sacar las cosas adelante. No podemos perder. Tengo las mismas ganas de casarme con ella como de que mañana mismo me nombren heredero del duque Nicovante.

—¿Tienes algún plan? —la mirada de Jean reflejó curiosidad, pero también recelo.

—Ni remotamente. No tengo ni la más puñetera idea de lo que tenemos que hacer. Los mejores planes que he preparado siempre han comenzado de esta manera —Locke se pasó por el gaznate la cerveza que le quedaba y estrelló la copa contra la pared—. Y después de tomarme la cerveza y las tartitas de albaricoque digo que el Rey Gris y Capa Barsavi pueden irse al infierno. Nadie va a apartarnos del juego de Don Salvara y nadie va a arrejuntarnos a Nazca y a mí en contra de nuestra voluntad. Nosotros siempre hacemos lo que queremos: esperar la oportunidad, aprovecharla y ganar cojonudamente bien.

—Uh… bueno —dijo Jean con un suspiro—. ¿Nos dejarás al menos que tomemos algunas precauciones? ¿Y querrás cubrirte tú mismo las espaldas en todas tus idas y venidas?

—Naturalmente, Jean, naturalmente. Consigue unos pasajes en cualquier barco que te guste; gasta todo lo que haya que gastar. No me importa a donde vaya con tal de que no sea Jerem. Así podremos perdernos durante unas cuantas semanas en cualquier sitio y regresar a escondidas cuando nos plazca. Calo, Galdo, mañana id a la Puerta del Vizconde. Dejadles alguna remuneración a los chicos de amarillo por si tenemos necesidad de abandonar la ciudad a una hora intempestiva. No seáis tacaños con el oro y la plata.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Bicho.

—Tú puedes vigilar nuestras espaldas. Mantener los ojos bien abiertos. Merodear alrededor del templo. Descubrir a quien esté fuera de lugar, a cualquiera que se quede quieto demasiado tiempo. Si alguien intenta echarnos el ojo encima, os prometo, *os garantizo*, que acabaremos con él y que desaparecerá como una meada en el océano. Hasta que llegue ese momento, confiad en mí. Prometo moverme los próximos días disfrazado la mayor parte del tiempo como Lukas Fehrwight. También puedo ponerme otros disfraces más chabacanos.

—Entonces supongo que eso es todo —dijo Jean con voz tranquila.

—Jean, puedo ser tu *garrista* o el tipo que compra cerveza y tartitas cuando a todos se les ha perdido, curiosamente, la bolsa —Locke miró a todos los allí reunidos con el ceño exageradamente fruncido—. Pero no puedo ser ambos, o uno u otro.

—Estoy nervioso —dijo Jean— porque no me gusta tener tan poca información como la que creo que tenemos. Comparto las sospechas de Nazca. El Rey Gris se guarda algo en la manga, algo que no alcanzamos a comprender. Nuestro juego es muy delicado y nuestra situación muy… fluida.

—Lo sé. Pero estoy siguiendo lo que me dicen mis tripas, y mis tripas me dicen que debemos ir al encuentro de lo que nos aguarda con la sonrisa en el rostro. Mira —añadió Locke—, cuanto más avanzamos en esta situación, tanto más comprendo los motivos por los que Cadenas nos entrenó. Y eran estos que ahora os diré. No nos entrenaba para vivir en un mundo tranquilo y ordenado donde pudiéramos coger y escoger lo que quisiéramos siempre que fuésemos lo suficientemente astutos. Nos entrenaba para una situación en que todo estuviera *jodido por cualquier parte por donde mirásemos*. Bueno, pues ya nos encontramos metidos en ella, y yo digo que estamos como ella. No necesito recordaros que estamos metidos hasta el cuello en un agua oscura. Lo único que quiero de vosotros, muchachos, es que recordéis que nosotros somos los malditos tiburones.

—¡Diablos, sí! —exclamó Bicho—. ¡Sabía que había algún motivo para que fueras el jefe de nuestra banda!

—Bueno, no voy a discutir la evidente sabiduría del chaval que salta desde los tejados de un templo. Pero confío en que hayas tomado nota de mis consideraciones —dijo Jean.

—Están más que anotadas —dijo Locke—. Han sido recibidas, reconocidas y debidamente consideradas con la seriedad que merecen. Selladas, pasadas por el notario y firmemente impresas en la parte que me hace racional.

—¡Por los dioses! Te lo estás tomando con mucha alegría. Sólo juegas con las palabras cuando te sientes realmente a gusto con el mundo —musitó Jean, pero sin que el más leve asomo de sonrisa le aflorara en las comisuras de los labios.

—Locke, si, después de todo, llegas a encontrarte en peligro —dijo Calo—, quiero que sepas que ignoraremos las órdenes de nuestro *garrista* y que a nuestro *amigo* le daremos un porrazo en su dura mollera y lo sacaremos de contrabando fuera de Camorr metido en una caja. Tengo la cachiporra imprescindible para el trabajo.

—Y yo tengo la caja —añadió Galdo—. Llevo años esperando una excusa para usarla.

—También anotado —dijo Locke— con mis más efusivos agradecimientos. Y, por la gracia del Guardián Avieso, voy a confiar en vosotros. También confiaré en el buen juicio de todo lo que nos dijo Cadenas. Y confiaré en que vamos a hacer lo mejor. Mañana tengo que actuar como Fehrwight y pasado mañana ver a Nazca. El Capa estará esperando que vaya a verla y seguro que a ella ya se le habrán ocurrido unas cuantas ideas.

Locke volvió a recordar la última imagen que había contemplado de ella, su guiño, cuando las dos grandes puertas de madera oscura se cerraron de golpe entre ellos. Mantener a salvo los secretos de su padre lo había sido todo para Nazca. ¿Acaso el tener a alguien sólo para sí podía significar algo para ella?

Interludio

El chico que lloraba por un cadáver

1

Tras la visita al Último Error, el padre Cadenas no dio ningún respiro a Locke en lo concerniente a sus estudios; al día siguiente, aún con dolor de cabeza por la resaca del ron con azúcar negro, Locke comenzó a estudiar los sacerdocios de Perelandro y del Benefactor. Aprendió señas secretas y entonaciones rituales, diferentes formas de saludo y los significados de los adornos de los hábitos. El cuarto día que llevaba al cuidado de Cadenas, Locke se sentó en los peldaños como uno más de los «iniciados de Perelandro», vestido de blanco e intentando dar una apariencia más humilde y patética, a tono con su condición.

A medida que pasaron las semanas, las enseñanzas de Cadenas fueron en aumento. Locke tuvo que leer y escribir durante dos horas al día; poco a poco, los garabatos que hacía con el *stilus* fueron haciéndose menos ilegibles, hasta que los hermanos Sanza le anunciaron que ya no escribía «como un perro con una flecha en el cerebro». Dicha alabanza motivó tanto a Locke que roció sus jergones con pimienta roja. Los Sanza se sintieron muy turbados por el hecho de que la broma que le habían gastado se hubiese visto desbaratada por la tremenda paranoia de Locke. Era evidente que aún arrastraba consigo las experiencias sufridas en la Colina de las Sombras y en la plaga del Fuego Encendido; era imposible acercarse a hurtadillas hasta él o pillarlo mientras dormía.

—En lo concerniente a las travesuras, los gemelos jamás habían podido encontrarse antes de ahora con la horma de su zapato —comentó Cadenas mientras cierto día muy caluroso se sentaba con Locke en los escalones—. Ahora serán muy cautelosos contigo. Y cuando comiencen a acercarse a ti hablando de *consejos*… entonces podrás estar seguro de que los has domesticado.

Locke sonrió sin decir nada, pues precisamente aquella mañana Calo se había ofrecido para ayudarle con la aritmética a cambio de que el más pequeño de los Caballeros Bastardos les contara, a él y a su hermano, cómo había conseguido descubrir las pequeñas trampas que le habían puesto y cómo las había desactivado.

Y aunque Locke les reveló con cuentagotas algunos de sus mejores trucos de supervivencia, aceptó que los dos hermanos le ayudaran con la aritmética. La única recompensa que recibía de Cadenas después de cada acierto era un nuevo problema más difícil. Por entonces comenzó a aprender la lengua de Vadran; Cadenas sólo la hablaba para darles órdenes, y en cuanto Locke estuvo razonablemente familiarizado con ella, solía ordenarles con frecuencia que la practicaran durante horas. Incluso

mientras cenaban, tenían que hablar la áspera e ilógica lengua del norte; y hubo ocasiones en que a Locke le pareció imposible decir nada en vadraní que no sonara como si estuviera enfadado.

—No se la oiréis hablar a la Buena Gente, pero sí, y mucho, a los comerciantes, y también la escucharéis en los muelles, eso puedo garantizároslo —comentó Cadenas —. Y cuando veáis que alguien la habla, no permitáis que sepa que la sabéis, a menos que sea absolutamente necesario. Os sorprendería lo arrogantes que se muestran algunos de esos tipos del norte en lo que se refiere a su lengua. Haceos, simplemente, los sordos y jamás conoceréis las tonterías que hubieran podido decir.

Luego aprendió las artes culinarias; Cadenas y Locke trabajaban como esclavos en los fogones un día sí y otro no, con el vigoroso concurso de Calo y Galdo.

—Es *vicce alo apona*, la quinta de las bellas artes de Camorr —dijo Cadenas—. Los jefes del gremio dominan mejor los ocho estilos que su propia polla, pero tú sólo aprenderás por ahora las técnicas básicas. Recuerda que son las mejores de todas. Sólo las de Karthain y de Emberlain se les acercan un poco; la mayor parte de los vadraníes no distinguirían la buena cocina de una mierda de rata en aceite de lámparas. Mira, esto es pimienta con un toque dorado, y esto otro aceite de oliva de Jeresh, y ahora voy a añadir una corteza seca de limón al cinamomo…

Locke guisó pulpo e hirvió patatas; partió en rodajas peras, manzanas y cierta fruta obtenida por hibridación alquímica que rezumaba un jugo con olor a miel. Añadió especias y sazonó mientras se mordía la lengua por la intensa concentración que le embargaba. Con mucha frecuencia era el arquitecto de horripilantes mezcolanzas que abandonaban a toda prisa el templo para convertirse en la pitanza del chivo. Y como iba mejorando en todo lo que concernía a su persona, también mejoró en lo concerniente a sus actividades en el fogón, de suerte que los Sanza dejaron de burlarse y comenzaron a confiar en él como ayudante, aunque poseído por una extraña creatividad.

Cierta noche en que Locke llevaba en la Casa de Perelandro más de año y medio, él y los Sanza colaboraron en la preparación de una fuente llena hasta arriba de crías de tiburón; se trataba de practicar la *vicce enta merre*, la primera de las bellas artes, la cocina de las criaturas marinas. Calo destripó los pequeños tiburones de piel suave y los rellenó con pimientos rojos y verdes, que antes Locke había atiborrado de salchichas y queso rojo-sangre; los diminutos e inmóviles ojos de las criaturas fueron reemplazados por aceitunas. Después de que les arrancaran las mandíbulas, les llenaron la boca con zanahorias glaseadas y arroz y les cortaron las aletas y la cola para hacer con ellas sopa.

—Ahhh —comentó Cadenas después de que el manjar hubiera sido cocinado y pasado por los cuatro gaznates que debían degustarlo—, es genuinamente excelente, muchachos. Pero mientras limpiáis y fregáis los platos, quiero oíros hablar en vadraní…

Y así siguieron las cosas; a Locke le enseñaron después el arte de poner la mesa y de servir a la gente de mucha categoría. Aprendió a presentar la silla para que se acomodaran en ella y a servir vino y té; él y los Sanza, con la seriedad de unos físicos que abrieran a un paciente, realizaban elaborados rituales de poner la mesa. Luego aprendió lo relacionado con el vestir: cómo atarse la corbata, cerrar las hebillas de los zapatos y tener gustos caros, como llevar las calzas de moda. De hecho, recibió una vertiginosa variedad de instrucciones en todas las esferas del comportamiento humano, excepto en las relacionadas con el robo.

A medida que se acercaba el primer aniversario de la entrada de Locke en el templo, todo aquello cambió.

—Debo algunos favores, muchachos —dijo Cadenas cierta noche, después de que todos ellos subieran a gatas al jardín marchito que se encontraba en el tejado del templo. Aquel lugar era el que prefería a la hora de discutir las cuestiones importantes de su vida en comunidad, al menos cuando no llovía—. Favores que no puedo ignorar cuando ciertas personas me los reclaman.

—¿Como el Capa? —preguntó Locke.

—Esta vez no —Cadenas aspiró profundamente el humo del acostumbrado cigarrillo que se fumaba después de la cena—. En esta ocasión se los debo a los alquimistas negros. ¿Habréis oído hablar de ellos, no?

Calo y Galdo asintieron con desgana; Locke dio a entender que no.

—Bueno —prosiguió Cadenas—, pues es cierto que existe un gremio de alquimistas; pero son muy mirados a la hora de elegir a las personas que los contratan y el trabajo que van a hacer para ellas. La existencia de los alquimistas negros es el motivo de que el gremio posea reglas tan estrictas. Venden sus productos a gente como nosotros y lo hacen en tiendas que les sirven de tapadera. Drogas, venenos, lo que sea. El Capa los gobierna lo mismo que a nosotros, pero nadie los contrata directamente. No son, ah, la clase de personas a las que uno quiera contrariar.

»Jessaline d’Aubert quizá sea la mejor de todos ellos. En cierta ocasión yo, uh, estuve a punto de morir envenenado. Ella me cuidó. Así que, al estar en deuda con ella, ha terminado por recordarme el favor. Necesita un cadáver.

—Del Túmulo de los Mendigos —dijo Calo.

—Y una pala —añadió Galdo.

—No, necesita un cadáver reciente. Aún caliente y jugoso, si es posible. Fijaos, los gremios de los alquimistas y de los físicos obtienen al año cierto número de cadáveres frescos por privilegio ducal. Directamente de la horca, para abrirlos e investigar. Los alquimistas negros no reciben esa deferencia, y Jessaline tiene ciertas teorías que quiere probar. Por lo tanto, he decidido que vais a hacer vuestro primer trabajo en equipo. Quiero que encontréis un cadáver más fresco que el pan que se hace de madrugada. Conseguidlo sin llamar la atención y traédmelo para que pueda mandárselo a Jessaline.

—¿Robar un cadáver? No parece muy divertido —dijo Galdo.

—Considéralo el mejor modo de comprobar vuestras habilidades —dijo Cadenas.

—¿Y luego tendremos que seguir robando más cadáveres? —preguntó Calo.

—No se trata de comprobar vuestras habilidades como ladrones de cadáveres, mi descarado y pequeño bobalicón —dijo amablemente Cadenas—. Quiero ver cómo trabajáis *todos juntos* en algo que considero más importante que preparar la cena. Podré daros todo lo que me pidáis, excepto consejos. Tendréis que hacerlo por vuestra cuenta.

—¿Todo lo que pidamos? —preguntó Locke.

—Dentro de lo razonable —dijo Cadenas—. Y permitidme que haga énfasis en el hecho de que no podéis «fabricar» el cadáver por vuestra cuenta. Debéis encontrar el de alguien que esté genuinamente muerto, a quien alguien haya matado.

Tan impresionante fue la voz de Cadenas cuando pronunció aquellas palabras, que los hermanos Sanza miraron muy serios a Locke durante varios segundos y luego se dirigieron recíprocas miradas de complicidad.

—¿Y para cuándo lo necesita esa dama? —preguntó Locke.

—Le vendría bien para dentro de una o dos semanas.

Locke asintió, y permaneció mirándose las manos durante unos instantes.

—Calo, Galdo —dijo—, ¿podéis sentaros mañana en las gradas para meditar acerca de esto?

—Sí —contestaron ellos, y al padre Cadenas no le pasó inadvertida la nota de esperanza que había en sus voces. Recordaría aquel momento para siempre: la noche en que los Sanza le permitieron a Locke que se convirtiera en el cerebro de la operación. La noche en que se sintieron *aliviados* por tenerle a él como cerebro de la operación.

—Genuinamente muerto —dijo Locke—, pero no por nosotros, y que aún no esté tieso. Correcto. Sé que podemos hacerlo. Será fácil, aunque todavía no sepa el cómo ni el cuándo.

—Tu confianza me parte el corazón —dijo Cadenas—, pero debo recordarte que sigues atado en corto. Si resulta que una taberna sale ardiendo o que desatas un tumulto, te arrojaré desde lo alto de este tejado con lingotes de plomo atados al cuello.

Calo y Galdo volvieron a mirar fijamente a Locke.

—Atado en corto. Vale. No te preocupes —dijo Locke—. Ya no soy tan imprudente como antes. Ya sabes, cuando era pequeño.

2

Al día siguiente Locke recorrió todo el distrito del Templo por primera vez, cubierto el rostro con la capucha de los hábitos de la Orden de Perelandro, que llevaban bordados de oro en las mangas, muy tieso ante la gente que pasaba a su lado. Se

sentía sorprendido por la deferencia con que miraban sus hábitos (una deferencia que, como él muy bien sabía, apenas era recíproca por parte del pobre loco que los vestía).

La mayor parte de los camorríes consideraban a la Orden de Perelandro con una mezcla de cinismo y de lastimera culpabilidad; la desvergonzada caridad del dios y de su clero no conseguían conmover el duro corazón de la ciudad. Pero la reputación de que gozaba el padre Cadenas, al ser una singularidad colorista llena de piedad, le suponía bastantes dividendos; la gente que, casi con toda seguridad, delante de sus amigos de sonrisa bobalicona solía burlarse de los sacerdotes vestidos de blanco que servían al dios de los mendigos, llenaba de monedas el caldero de Cadenas, aunque, eso sí, apartando la mirada cuando pasaba ante su templo. A ello se debía que cualquier joven iniciado pudiera pasearse por las calles vestido con sus hábitos sin ser molestado; la gente de los corrillos se apartaba en orden y los comerciantes saludaban muy educadamente a Locke cuando éste pasaba cerca de todos ellos.

Descubría por primera vez que caminar entre la gente con un disfraz apropiado le hacía estremecerse de contento.

El sol había comenzado a ascender lentamente hacia la posición que debía ocupar a mediodía y la gente se arremolinaba, llenando de vida la ciudad con sus ecos y sus murmullos. Locke caminó intencionadamente hacia la esquina sudoeste del distrito del Templo, donde un estrecho puente de cristal cruzaba el canal para llegar a la isla de la Ciudadela Vieja.

Aquellos puentes eran otro legado de los Antiguos que habían estado allí antes de la llegada de los hombres: unas estrechas arcadas de cristal no más anchas que las caderas de una persona de tamaño corriente, dispuestas por parejas sobre la mayoría de los canales de Camorr y sobre algunos puntos del recorrido del río Angevino. Aunque parecían tersos desde lejos, sus relucientes superficies eran tan ásperas como la piel del tiburón; para aquellos que poseían ciertas dosis de agilidad y confianza eran el mejor medio de cruzar los canales por bastantes lugares. El tráfico siempre se efectuaba por ellos en un único sentido; un decreto ducal establecía de modo efectivo que quienes siguieran el sentido correcto podían echar de él a empujones a quienes quisieran cruzarlo en sentido contrario.

Mientras se escabullía por aquel puente, meditando con gran concentración, Locke recordó algunas de las lecciones de historia que le había impartido Cadenas. El distrito de la Ciudadela Vieja había sido antaño la patria de los duques de Camorr, muchos siglos antes, cuando todas las ciudades-estado reclamadas por la gente de Therin habían doblado la rodilla ante un único trono, el de la ciudad imperial de Therim Pel. Aquel linaje de la nobleza camorrí, como muestra de respeto supersticioso por las torres de excelente cristal dejadas por los Antiguos, había ordenado levantar un enorme palacio de piedra en el centro de la parte meridional de Camorr.

Cuando uno de los tataratatarabuelos de Nicovante (en lo concerniente al pasado de algunos de los puntos más notables de la ciudad, como aquél, los prodigiosos

conocimientos de Locke acerca de casi todo se disolvían en una bruma dominada por las más completa indiferencia) decidió irse a vivir a la torre de cristal conocida por el nombre de El Alcance del Cuervo, la fortaleza de la antigua familia se convirtió en el Palacio de la Paciencia… sede de la justicia municipal de Camorr, pues eso es lo que era. Los casacas amarillas y sus oficiales estaban acantonados en él, así como los magistrados del Duque, doce hombres y mujeres que presidían los juicios vestidos con togas escarlata y máscaras de terciopelo para que sus auténticas identidades jamás fueran del dominio del gran público. Todos y cada uno de ellos recibían los nombres de los meses: juez Parthis, juez Festal, juez Aurim, y así sucesivamente, pues se iban turnando a lo largo del año.

Allí se encontraban las mazmorras y las horcas del Puente Negro que llegaban hasta las puertas de palacio, y *más cosas*. Y puesto que la Tregua Secreta había reducido drásticamente el número de personas que emprendían el breve trayecto del Puente Negro (y a las que el duque Nicovante no quería ahorcar en público por un exceso de magnanimidad), los servidores del Duque se habían dedicado a inventar otros castigos que eran tan espectaculares como refinadamente crueles, aunque, técnicamente, no fueran mortales.

El palacio era un gran bloque cúbico de piedra negra y gris, de diez pisos de alto; los enormes ladrillos que formaban sus paredes habían sido dispuestos para crear simples mosaicos, cuyas imágenes con el paso del tiempo eran poco menos que espectrales. Las hileras de ventanas de altas arcadas que adornaban todos los pisos de la torre tenían cristales emplomados en los que predominaban los diseños de colores blancos y rojos. De noche, una lámpara ardía siniestramente detrás de cada una de ellas, confiriéndoles la apariencia de ojos rojizos y menudos que miraran hacia todas las direcciones. Aquellas ventanas jamás estaban a oscuras: el mensaje que querían dar era evidente.

Había cuatro torres cilíndricas abiertas por arriba, dispuestas en cada una de las esquinas del palacio, que parecían colgar del aire cuando se las veía desde el octavo o el noveno piso. De sus superficies laterales colgaban unas buitreras de hierro negro donde los prisioneros, aislados para recibir un trato especial, se aireaban durante unas cuantas horas, o incluso algunos días, con los pies colgando. Aunque pueda parecer duro, era como estar sentados en el paraíso si se las comparaba con las jaulas de araña, un espectáculo que Locke pudo contemplar (tapado por las espaldas y los hombros de los adultos) cuando dejó el puente estrecho y se adentró entre la muchedumbre de la Ciudadela Vieja.

De la torre sudeste del Palacio de la Paciencia colgaban media docena de jaulas sostenidas por largas cadenas de hierro, que se movían lentamente al viento como pequeñas arañas que se balancearan de sus hilos de seda. Se fijó en dos de ellas, una que se movía muy despacio hacia arriba y otra muy deprisa hacia abajo. A los prisioneros condenados a las jaulas de araña no se les permitía ni un momento de tranquilidad, al igual que a los prisioneros condenados a trabajos forzados, los cuales

se afanaban tirando de los enormes cabrestantes que había en lo alto de la torre, dispuestos en cuadrillas que se movían en el sentido del reloj hasta que el ocupante de la jaula alcanzaba el grado de desquiciamiento o de arrepentimiento requeridos. Tambaleándose, crujiendo y expuestas a la total intemperie, las jaulas subían y bajaban sin parar. Por la noche, incluso a uno o dos distritos de distancia, era frecuente oír a quienes las ocupaban confesar a gritos su culpabilidad.

La Ciudadela Vieja no era un distrito muy cosmopolita. Fuera del Palacio de la Paciencia había muelles y establos reservados a los casacas amarillas, oficinas para los recaudadores de impuestos del Duque, los escribientes y demás funcionarios, y unas cafeterías de mala muerte donde abogados independientes y secretarios legales del juzgado intentaban trabajar de tapadillo para las familias y amigos de los que estaban en el palacio. Unas cuantas casas de empeños y otros negocios se adherían tenazmente a la parte norte de la isla, aunque ésta se encontraba atestada en su mayor parte por los negocios más siniestros del gobierno del Duque.

El otro sitio notable del distrito era el Puente Negro, que cruzaba el ancho canal que separaba la Ciudadela Vieja de la Mara Camorazza, un largo arco de piedra negra, construido por el hombre, que estaba adornado con lámparas rojas dispuestas encima de unos sudarios negros ceremoniales, los cuales podían ser bajados con unos cuantos tirones de cuerda; se suponía que las almas en pena de los condenados eran arrastradas hacia el mar si morían encima de una corriente de agua. Algunos pensaban que entonces podrían reencarnarse en los cuerpos de los tiburones, lo cual explicaba el problema que tenía Camorr con aquellas criaturas, idea que no parecía descabellada. Al menos, en lo concerniente a la mayor parte de los camorríes, parecía justo que pudieran cambiarse las tornas.

Locke se quedó mirando al Puente Negro un buen rato, mientras ejercitaba aquella capacidad de connivencia que Cadenas había reprimido por la fuerza durante muchos meses. Aunque era demasiado joven para autoanalizarse, los prolegómenos del plan que debía urdir le producían un auténtico placer, como si la boca de su estómago se estremeciera con una sensación cálida y agradable. Y aunque aún no tuviera claro lo que se disponía a hacer, los pensamientos que giraban en su mente comenzaron a concretarse en un plan, y cuanto más vueltas le daba más le gustaba. Y fue conveniente que la capucha blanca ocultara su rostro a la mayoría de los transeúntes, porque, de lo contrario, cualquiera hubiera podido ver cómo aquel iniciado de Perelandro que miraba fijamente las horcas sonreía de un modo muy siniestro.

3

—Necesito la lista de la gente que van a ahorcar durante las próximas dos semanas —dijo Locke al día siguiente, cuando él y Cadenas se hallaban sentados en los peldaños del templo.

—Si fueras emprendedor —comentó Cadenas—, y ciertamente lo eres, podrías obtener por ti mismo esa información y dejar tranquilo a tu pobre, viejo y gordo maestro.

—Podría, pero necesitaría algo más para conseguirla. No funcionaría si alguien me hubiera visto rondar por el Palacio de la Paciencia antes de los ahorcamientos.

—¿Qué no funcionaría?

—El plan.

—Oh, oh. Ladronzuelo presumido de la Colina de las Sombras, pensabas dejarme en la inopia. ¿Qué plan?

—El plan para robar un cadáver.

—Ajá. ¿No te gustaría contarme algo de él?

—Que es brillante.

Un transeúnte arrojó algo en el caldero. Locke hizo una reverencia y Cadenas, con un estruendo metálico, movió las manos en dirección al hombre y exclamó:

—¡Cincuenta años de prosperidad para ti y tus hijos, junto con la bendición del Señor de los Vigilados! —y luego, cuando se hubo ido aquel hombre, añadió en voz baja—: Debieran haber sido cien, porque sonó como medio cobre cortado. Y ahora tu brillante plan. Aunque bien sé que has concebido planes audaces, no estoy muy seguro de que éste sea *brillante*.

—Lo es, puedo asegurártelo. Pero necesito esos nombres.

—Si así es, si así es —Cadenas apoyó la espalda en los escalones para rascarse, gruñendo de satisfacción a cada restregón que se daba—, los tendrás antes de medianoche.

—Y también algo de dinero.

—Ah, bien, ya lo suponía. Toma de la cripta lo que necesites y apúntalo en el libro de cuentas. Y no vayas a desanimarte, ya que…

—Lo sé. Lingotes de plomo, gritos, muerte.

—Algo parecido. Aunque tu aportación no sea gran cosa, supongo que Jessaline podrá aprender una o dos cosas de ese cadáver.

4

El Día de la Penitencia era el día tradicionalmente reservado en Camorr para ahorcar a la gente; una vez a la semana, una turba resentida de prisioneros salía al trote del Palacio de la Paciencia, rodeada por guardias y sacerdotes. Las doce del mediodía era la hora en que eran ahorcados.

A las nueve de la mañana, cuando los funcionarios del patio del palacio abrían los batientes de madera de sus ventanas y se acomodaban para un largo día en el que no se cansarían de repetir a todos los que fueran a verlos «os fastidiáis en nombre del Duque», tres iniciados de Perelandro vestidos con sus hábitos introdujeron una estrecha carreta de madera en el patio. El más bajo de los tres fue a buscar al primer

funcionario que encontró disponible; su pequeño rostro lampiño apenas llegaba al borde superior de la ventanilla de su oficina.

—Qué extraño —dijo el funcionario, que resultó ser una mujer de mediana edad, cuyo vestido, aparte de darle la apariencia de un saco de patatas, no le confería aires de simpatía ni de cordialidad—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, van a ahorcar a un hombre —dijo Locke—. Hoy, a mediodía.

—No deberías decirlo. Yo creía que era un secreto de estado.

—Se llama Antrim. Antrim el Manco, así le llaman. Él tiene…

—Sólo una mano. Sí, caerá hoy. Incendio, robo, trata de esclavos. Un hombre encantador.

—Iba a decir que tenía esposa —repuso Locke—. Tiene cierto asunto que le concierne a él.

—Atiende, ya ha expirado el plazo para apelar. Saris, Festal y Tatris sellaron la pena de muerte. Ahora Antrim el Manco es de Morgante, y después lo será de Aza Guilla. Ni siquiera uno de los astutos alevines del dios de los mendigos puede hacer nada por él.

—Lo sé —dijo Locke—. No estoy aquí para implorar por su vida. Y a su mujer no le importa que lo ahorquen. He venido aquí por su cadáver.

—¿De veras? —los ojos de la funcionaria chispearon, movidos por una genuina curiosidad—. Ahora sí que es *extraño*. ¿Y qué pasa con el cadáver?

—Aunque su esposa sepa que se merece que lo cuelguen, quiere ofrecerle una suerte mejor. Ya sabe, con la Señora del Largo Silencio. Así que nos ha pagado para que recojamos el cadáver y lo llevemos a nuestro templo. Una vez allí, durante tres días seguidos encenderemos velas e invocaremos el nombre de Perelandro para que interceda por él. Y después le daremos sepelio.

—Entiendo —dijo la oficinista—. Por lo general, descolgamos los cadáveres una hora después y los amontonamos en fosas excavadas en el Túmulo de los Mendigos. Más de lo que se merecen, porque es un entierro decente. Pero no solemos entregarlos a cualquiera que nos lo pida.

—Lo sé. Mi maestro es invidente y no puede abandonar nuestro templo, de otro modo hubiera venido en persona a explicárselo todo. Creo que puedo decirle que conoce las molestias que todo esto puede ocasionarle a usted.

La manita de Locke apareció en el borde de la ventanilla con una pequeña bolsa de cuero que dejó en él.

—Es muy considerado por su parte. Todos conocemos la devoción del padre Cadenas —la oficinista empujó la bolsa con la mano hasta quedar bajo el mostrador; cuando le dio un golpecito y ésta tintineó, emitió un gruñido de placer—. Pero aún queda un pequeño problema.

—Mi maestro agradecería cualquier ayuda que pudiera proporcionarnos —otra bolsa más apareció junto a la ventanilla y la oficinista sonrió.

—Está dentro de lo posible —dijo—. Aunque, por supuesto, no puedo asegurártelo.

Locke hizo aparecer una tercera bolsa, y la oficinista se dio por vencida.

—Hablaré con los maestros de las sogas, pequeño.

—Incluso hemos traído una carreta —dijo Locke—. No queremos tener ningún problema.

—Estoy segura de que no lo tendréis —durante unos segundos su talante se hizo más dulce—. Chico, espero que no tomaras a mal lo que dije acerca del dios de los mendigos.

—No lo tomé a mal, señora. A fin de cuentas, eso es lo que hacemos —le dedicó lo que suponía que era su mueca más simpática—. Y ahora, dígame: ¿No me habrá concedido lo que le pedí por la simple bondad de su corazón, sin haber mediado en ello las monedas?

—Claro que sí —y le guiñó un ojo.

—Entonces veinte años de prosperidad para usted y sus hijos —dijo Locke con una reverencia, para luego desaparecer bajo la ventanilla—, y las bendiciones del Señor de los Vigilados.

5

Fue una ejecución rápida y limpia; los maestros de las sogas, al servicio del Duque, eran muy duchos en su oficio. No era la primera ejecución a la que asistía Locke, ni sería la última. Incluso él y los hermanos Sanza podían realizar los ademanes rituales si uno de los condenados solicitaba en el último minuto la bendición de Perelandro.

El tráfico por el Puente Negro quedó detenido mientras se procedía con las ejecuciones; el grupo no excesivamente numeroso de guardias, espectadores y sacerdotes atravesó el puente una vez terminada la ejecución. Más abajo, entre los crujidos de las sogas de las que pendían los cadáveres, éstos se mecían en la brisa; por respeto, Locke y los Sanza se mantenían apartados de los demás, junto a su carreta.

Como siempre, los casacas amarillas comenzaron a descolgar los cuerpos uno tras otro bajo la mirada vigilante de los sacerdotes de Aza Guilla, para depositarlos cuidadosamente en un carro sin toldo tirado por dos caballos negros vestidos con las gualdrapas negras y plateadas de la Orden de la diosa de la muerte. El último que descolgaron fue el de un hombre enjuto de barba larga y cabeza rapada; su mano izquierda se terminaba en un muñón rojo y arrugado. Cuatro casacas amarillas llevaron su cuerpo hacia la carreta de los muchachos; una sacerdotisa de Aza Guilla iba con ellos. Locke sintió que un escalofrío recorría su columna vertebral cuando la inescrutable máscara engarzada en plata se inclinó sobre él.

—Pequeños hermanos de Perelandro —dijo la sacerdotisa—, ¿qué tipo de intercesión solicitáis para este hombre? —su voz era la de una mujer joven de quizá

no más de dieciséis o diecisiete años. Sólo aquel simple detalle sirvió para hacerla más inquietante a los ojos de Locke, quien sintió que la garganta se le había secado de repente.

—Cualquier intercesión que pueda serle concedida —respondió Calo.

—Puesto que la voluntad de los Doce no es nuestra, nada podemos decir de ella —añadió Galdo.

La sacerdotisa inclinó la cabeza muy despacio.

—Me han dicho que la viuda de este hombre ha pedido que lo ingresen en la Casa de Perelandro antes del sepelio.

—Al parecer, ella pensaba que su marido podría necesitar que alguien pidiera perdón por él —dijo Calo.

—Hay precedentes de eso. Pero lo más frecuente es que la persona afligida solicite la intercesión de la Dama.

—Nuestro maestro —medió entonces Locke— prometió, ah, solemnemente a esa pobre mujer que nosotros cuidaríamos de su marido. Aunque no deseamos ofenderos a vos ni a la Dama Bellísima, nos vemos obligados a mantener la palabra dada.

—Por supuesto. No quería dar a entender que os hubierais comportado de un modo inapropiado; la Señora lo pesará, dijera lo que dijese e hiciera lo que hiciese, antes de que su receptáculo haya sido enterrado —y entonces hizo una seña a los casacas amarillas y éstos depositaron el cadáver encima de la carreta. Uno de ellos extrajo un sudario barato de algodón y cubrió con él el cuerpo de Antrim, pero no su cabeza—. Las bendiciones de la Señora del Largo Silencio sean con vosotros y con vuestro maestro.

—Las bendiciones del Señor de los Vigilados —dijo Locke, mientras él y los Sanza le hacían al mismo tiempo una ceremoniosa reverencia; la cuerda trenzada con plata que la sacerdotisa llevaba al cuello indicaba que había sobrepasado el nivel de iniciado en el que aún se encontraban los muchachos— sean con vos y con vuestros hermanos y hermanas.

Cada uno de los hermanos Sanza se situó delante de la carreta y tomó el extremo que le correspondía, mientras Locke se situaba detrás para que el peso y el empuje quedaran equilibrados. Al instante lamentó haber escogido aquella posición, porque, como el ahorcado se había ensuciado encima, el olor a su propia porquería era cada vez más fuerte. No obstante, apretando los dientes, exclamó:

—A la Casa de Perelandro, y mantengamos la dignidad.

Avanzando penosamente, los Sanza llevaron la carreta hacia la orilla oeste del Puente Negro, para luego girar hacia el norte y tomar el puente ancho, a muy poca altura, que les llevaría a la parte más oriental del distrito del Mercado Flotante. Ello les hizo dar un pequeño rodeo para no levantar sospechas… al menos hasta que los tres chicos vestidos con hábitos blancos estuvieran lejos de cualquiera que hubiera podido verlos abandonar la escena de las ejecuciones. Moviéndose un poco más deprisa, y disfrutando todos ellos de la deferencia añadida que les brindaba el muerto

(excepto Locke, que se sentía muy alicaído por la futilidad de lo último que aquel pobre diablo había hecho en vida), giraron hacia la izquierda y se dirigieron a los puentes de la Fauria.

Una vez allí, se dieron prisa en dirigirse al sur y cruzaron el distrito de Videnza: una isla relativamente limpia y espaciosa que era patrullada regularmente por los casacas amarillas. En el centro de Videnza se encontraba una plaza cuadrada ocupada por un mercado de artesanos, gente de prestigio que abominaba del caos frenético del Mercado Flotante. Trabajaban en los bajos de sus bonitas y antiguas casas combadas, las cuales eran remozadas periódicamente con mortero nuevo al tiempo que pintaban de blanco sus estructuras de madera. Por tradición, las tejas de sus casas estaban barnizadas con colores brillantes un tanto heterogéneos, azul, púrpura, rojo y verde, que encantaban la mirada al relucir como el cristal bajo el brillante y ardiente sol.

Al entrar por la parte norte de aquella plaza, Calo salió disparado como una flecha y se perdió entre la muchedumbre. Locke abandonó la retaguardia (musitando una oración agradecida) y ocupó su lugar. De tal suerte, él y Galdo tiraron de la carreta hacia la tienda de Ambrosine Strollo, primera dama de los fabricantes de velas de Camorr y abastecedora del mismísimo Duque.

—Si hay en Camorr una pizca de genuina amistad —había dicho Cadenas en cierta ocasión—, un lugar donde el nombre de Perelandro no sea pronunciado con la vergonzosa condescendencia que es usual en toda la ciudad, ese lugar es Videnza. Y aunque los comerciantes vivan míseramente y se vean acuciados por las necesidades diarias, los que consiguen sacar un poco de provecho haciendo lo que han querido hacer, *dan la impresión* de ser un poquito felices. Y viven en el mejor de los mundos a los que puede acceder la gente corriente. Asumir nuestra suerte es algo que no les molesta.

Locke estaba impresionado por la acogida que él y Galdo acababan de recibir al llevar la carreta hasta la tienda de cuatro plantas de la señora Strollo. Pues tanto los comerciantes como los compradores saludaban con una inclinación de cabeza al cadáver; incluso muchos de ellos hacían la bendición muda de los Doce, llevándose ambas manos a los ojos, después a los labios y, finalmente, al corazón.

—Queridos —dijo la señora Strollo—, qué honor y qué misión tan poco usual debéis de estar cumpliendo —era una mujer delgada que soportaba muy bien el peso de los años, una suerte de antítesis cósmica de la oficinista con la que Locke había tratado aquella misma mañana. Strollo desprendía atención y deferencia; se comportaba como si aquellos dos muchachos coloradotes que sudaban muchísimo bajo sus hábitos fueran los sacerdotes hechos y derechos de cualquier otra orden mucho más poderosa. Y si llegó a oler algo del pestazo de lo que Antrim llevaba dentro de los calzones, no lo dio a entender.

Se sentaba en el mirador de la tienda que daba a la calle, bajo una persiana recogida de recia madera que se desenrollaba de noche para dejar bien cerrado el local y evitar cualquier percance. El mirador tenía unos tres metros de ancho y la mitad de alto; la señora Strollo estaba rodeada de candelas dispuestas en hileras y pisos, unas junto a otras, como si formaran las casas y los torreones de una fantástica ciudad de cera. Puesto que los globos alquímicos habían reemplazado casi en su totalidad a los cirios baratos que eran la fuente de luz de poca intensidad preferida tanto por la nobleza como por las clases bajas, los pocos maestros candeleros que quedaban se esforzaban en crear velas provistas con las mejores mezclas de olores. Además estaban las prácticas ceremoniales de los templos y de los creyentes de Camorr, las cuales consideraban de todo punto inadecuada la fría luz producida por los globos.

—Tenemos que rezar tres días seguidos por este hombre —dijo Locke— antes de que lo enterremos. Mi maestro necesita velas nuevas para la ceremonia.

—¿Te refieres al viejo Cadenas? Pobre hombre. Veamos… Necesitaréis lavanda mientras lo limpiáis, flor de sangre otoñal para las bendiciones y rosas de azufre para la Dama Bellísima…

—Sí, por favor —dijo Locke, sacando una bolsa de cuero de aspecto mísero que tintineó con el sonido de la plata—, y unas cuantas más de las votivas sin olor. Media docena de cada una de ellas.

La señora Strollo escogió cuidadosamente las velas y las envolvió en una tela encerada.

—Estas últimas son regalo de la casa, y quizá añada algunas más —dijo en voz baja, sin darle tiempo a Locke a despegar los labios.

Locke intentó disuadirla por cuestión de formas, pero la mujer mayor se hizo la sorda durante los pocos segundos cruciales que le llevó empaquetar las velas.

Locke le pagó con tres solones que extrajo de la bolsa (haciendo todo lo posible para que pudiera ver que aún le quedaban una docena de monedas en la bolsa) y, mientras salía de la tienda, deseó a la señora Strollo cien años plenos de salud para ella y sus pequeños en nombre del Señor de los Vigilados. Luego dejó el paquete de velas en la carreta, cubriéndolo con la sábana que llegaba hasta la mirada vítrea e inmóvil de Antrim.

Apenas había ocupado su lugar al lado de Galdo cuando se topó con un chico más alto que él, vestido con unas ropas sucias y andrajosas, el cual le hizo caer de espaldas al suelo.

—¡Oh! —dijo aquel muchacho, que resultó ser Calo Sanza—. ¡Mil perdones! ¡Soy tan torpe! Permíteme que te ayude…

Agarró el brazo que Locke había levantado y tiró de él, logrando que el muchacho se pusiera de pie.

—¡Por los Doce Dioses! ¡Un iniciado! Perdonadme, perdonadme. No os había visto —y con una risita de preocupación quitó de los blancos hábitos de Locke la

suciedad del suelo—. ¿Estáis bien?

—Sí, lo estoy.

—Disculpad mi torpeza; no quería ofenderos.

—Nadie ha sido ofendido. Gracias por ayudarme a ponerme en pie.

Después de aquello, Calo hizo una reverencia burlesca y se metió entre la muchedumbre para perderse en ella segundos después. Locke estuvo quitándose el polvo de encima de la túnica (puro teatro) mientras contaba mentalmente hasta treinta. Al llegar a treinta y uno, se sentó de repente al lado de la carreta, se agarró la encapuchada cabeza con ambas manos y comenzó a sorber por las narices. Y pocos segundos después se echó a llorar desconsoladamente. Siguiéndole la corriente, Galdo se acercó y se sentó a su lado, poniéndole una mano encima del hombro.

—¡Chicos! —dijo Ambrosine Strollo—. ¡Chicos! ¿Qué sucede? ¿Os habéis hecho daño? ¿Os ha hecho algo ese atontado de antes?

Galdo hizo como si murmurara algo a Locke en el oído; Locke hizo lo mismo con Galdo hasta que éste, dejándose caer sobre sus posaderas, se quedó sentado. Luego se enderezó, estrujó con ambas manos su capucha en una excelente imitación de frustración y se quedó mirando a la nada.

—No, señora Strollo —dijo, finalmente—, es peor que todo eso.

—¿Peor? ¿A qué te refieres? ¿Qué ha ocurrido?

—La plata —Locke balbució, levantando la mirada para que ella pudiera ver cómo las lágrimas le corrían por las mejillas y las comisuras de los labios, levemente fruncidas con disimulo—. Se llevó mi bolsa. Me ha r-robado.

—Era el dinero que nos había dado la viuda de este hombre —dijo Galdo—. No sólo era para pagar las velas, sino para la estancia, las plegarias y el funeral. Teníamos que entregárselo al padre Cadenas junto con el…

—… el cadáver —Locke se echó a llorar—. ¡Le hemos fallado!

—¡Por los Doce! —musitó la vieja dama—, ¡maldito ladronzuelo bastardo! —y entonces, inclinándose por encima del mostrador que se encontraba junto al mirador, exclamó con voz sorprendentemente enérgica—: ¡AL LADRÓN! ¡ALTO! ¡AL LADRÓN! —y cuando Locke volvió a enterrar su cabeza entre las manos, ella volvió a levantar la suya y exclamó—: ¡LUCREZIA!

—Sí, abuela —dijo una voz que salía por alguna ventana abierta—. ¿Qué es eso de un ladrón?

—Pequeña, despierta a tus hermanos. Que vengan aquí y que traigan garrotes —se volvió para mirar a Locke y a Galdo—. No lloréis, mis queridos niños. No lloréis. Ya veréis cómo conseguimos arreglarlo todo.

—¿Qué es eso de un ladrón? —un sargento de la Guardia muy larguirucho acababa de llegar corriendo, porra en mano, su casaca de color amarillo mostaza pegada a él, con otros dos casacas amarillas tras sus talones.

—¡Vidrik, vaya policía que estás hecho si permites que esos pequeños bastardos del Caldero entren aquí a hurtadillas y roben a los clientes delante de mi tienda!

—¿Cómo? ¿Aquí? ¿Ellos? —el sargento de la Guardia se fijó en los muy preocupados muchachos, en la furiosa anciana y en el cadáver tapado; y fue como si sus cejas quisieran salírsele de la frente cuando dijo—: Ah, eso… bueno… este hombre está *muerto*…

—Claro que está muerto, sesos de mosquito; estos chicos lo llevaban a la Casa de Perelandro para rezar por él y hacerle un funeral. ¡Un ladronzuelo acaba de robarles la bolsa con el dinero que les había dado su viuda para pagar todo eso que te he dicho!.

—¿Que alguien ha robado a los iniciados de Perelandro? ¿A los chicos que ayudan a ese sacerdote ciego? —un hombre con el rostro colorado y una barriga más que lograda, por no hablar de la escuadra entera de papadas supernumerarias que remataban su barbilla, llegaba tambaleándose, con un bastón de caminar en una mano y una hachuela de venenoso aspecto en la otra—. ¡Bastardos apestosos de una rata follada! ¡Qué infamia! ¡Y en Videnza, a la plena luz del día!

—Lo lamento —dijo Locke con un sollozo—. Lo lamento mucho, no suponía… Hubiera debido agarrarla con más fuerza, no suponía… Fue tan rápido…

—No te lamentes, muchacho, no tuviste la culpa —dijo la señora Strollo.

El sargento de la Guardia comenzó a tocar el silbato; el hombre gordo del bastón siguió escupiendo vitriolo, y una pareja de hombres jóvenes apareció en la esquina de la casa de Strollo con unos garrotes curvos forrados de latón. La barahúnda fue en aumento hasta que comprendieron que su abuela no había sufrido daño alguno; y cuando descubrieron el motivo de que los hubiera llamado, no tardaron en apuntarse al coro de quienes proferían amenazas, maldiciones y promesas de venganza.

—Aquí —dijo la señora Strollo—, aquí, muchachos. Las velas os las regalo. En Videnza no pueden pasar estas cosas. No lo permitiremos —y le devolvió los tres solones que Locke le dejara antes encima del mostrador—. ¿Cuánto dinero más tenías en la bolsa?

—Tenía quince solones antes de que le pagara a usted —dijo Galdo—; así que lo robado son doce solones. Cadenas nos expulsará de la Orden.

—No digáis tonterías —dijo la señora Strollo, añadiendo otras dos monedas más al montón mientras la muchedumbre que rodeaba la tienda comenzaba a hacerse más numerosa.

—Tienen razón, diablos —exclamó el hombre gordo—. ¿Acaso podemos permitir que recaiga en nosotros un deshonor tan mísero y fácil de arreglar? Señora Strollo, ¿cuánto les ha dado? ¡Yo les daré más!

—Que los dioses se te lleven, viejo cochino egoísta, no vas a dejarme en entredicho…

—Yo os daré una cesta de naranjas —dijo una de las mujeres que se encontraba entre la muchedumbre— para vosotros y el Sacerdote Sin Ojos.

—Yo puedo darles un solón —dijo otro comerciante mientras, moneda en mano, intentaba llegar hasta ellos.

—¡Vidrik! —la señora Strollo ya había dejado de discutir con el individuo orondo —. Vidrik, ¡esto es por culpa tuya! ¡Por lo menos le debes algunos cobres a estos iniciados!

—¿Culpa mía? Mira…

—No, ¡mira tú! Cuando hablen de Videnza a partir de ahora dirán: «¡Ah! ¡Ahí es donde roban a los sacerdotes! ¡Ahí fue donde asaltaron a los pobrecitos iniciados de Perelandro! ¡Por el amor de los Doce! ¡Son iguales que los del Fuego Encendido! ¡O peores!» —dijo Strollo, escupiendo las palabras—. ¡Así que ya estás dándoles algo a modo de reparación o le daré tanto la lata a tu capitán que estarás remando en uno de los barcos de la mierda hasta que el cabello se te vuelva gris y los dientes se te caigan de las encías!

Con una mueca, el sargento de la Guardia fue hacia los muchachos y echó mano a su bolsa, pero no pudo llegar hasta ellos a causa del gentío que se apretujaba a su alrededor. Los abrumaban con monedas, frutas y todo tipo de regalos; un comerciante se guardó las monedas de mayor valor en uno de los bolsillos de su chaleco y les entregó la bolsa llena de calderilla. Locke y Galdo adoptaban expresiones muy convincentes de asombro y de sorpresa. Y a medida que los regalos caían sobre ellos, protestaban todo lo que podían, pero sólo para guardar las apariencias.

6

Dieron las cuatro de la tarde antes de que el cadáver de Antrim el Manco estuviera debidamente a salvo en el húmedo refugio de la Casa de Perelandro. Los tres chicos de los hábitos blancos (pues Calo, sin sufrir ningún contratiempo, se había unido a ellos donde comenzaba el distrito del Templo) acababan de bajar los peldaños del templo para sentarse al lado del padre Cadenas, que ocupaba su sitio acostumbrado mientras pasaba uno de sus fornidos brazos por encima del borde del caldero de cobre.

—Entonces, muchachos —dijo Cadenas—, ¿Jessaline tendrá que lamentar el haberme salvado la vida?

—En absoluto —contestó Locke.

—Es un cadáver genial —dijo Calo.

—Huele un poco —añadió Galdo.

—Es más que eso —dijo Calo—, es un cadáver *fantástico*.

—Ahorcado a mediodía —dijo Locke—. Aún está fresco.

—Estoy muy satisfecho. Muy, pero que muy satisfecho. Mas debo preguntaros… por qué diablos los hombres y mujeres que, desde hace media hora, vienen a echar dinero en el caldero me dicen que sienten lo sucedido en Videnza.

—Será porque sientan lo que ha sucedido en Videnza —dijo Galdo.

—No ardió ninguna taberna, lo juro por el Benefactor —dijo Locke.

—Muchachos, ¿qué hicisteis con el cadáver antes de depositarlo en el templo? —Cadenas les había hablado igual de despacio que cuando se habla a una mascota que acaba de comportarse mal.

—Conseguir dinero —Locke arrojó en el caldero la bolsa que les había dado el comerciante, donde aterrizó con un estrépito de metal—. Veintitrés solones con tres, para ser precisos.

—Y una cesta de naranjas —dijo Calo.

—Y un paquete de velas —añadió Galdo—, dos hogazas de pan de pimienta negra, un cartón encerado de cerveza y unos cuantos globos de luz.

Cadenas permaneció en silencio durante un momento y luego echó un vistazo furtivo al interior del caldero, haciendo como si se ajustase la venda. Entonces Calo y Galdo comenzaron a contarle por encima el plan que Locke había preparado y ejecutado con su ayuda, conteniendo la risa mientras lo hacían.

—Me habéis dejado de piedra —dijo Cadenas cuando hubieron terminado—. Lamora, no recuerdo haberte dicho que tu traílla estuviera lo suficientemente suelta como para permitirte hacer por la calle ese maldito teatro que tanto te gusta.

—Teníamos que recuperar el dinero como fuera —repuso Locke—. Tuvimos que pagar quince platas en el Palacio de la Paciencia para hacernos con el cadáver. Ahora tenemos un poco más, junto con las velas, el pan y la cerveza.

—Y naranjas —dijo Calo.

—Y globos de luz —añadió Galdo—, no vayas a olvidarte de ellos; son muy bonitos.

—Por el Guardián Avieso —dijo Cadenas—, esta misma mañana estaba sufriendo al pensar que había descuidado vuestra educación.

Durante unos instantes todos permanecieron en un silencio cómplice, mientras el sol se ponía por el oeste y las sombras comenzaban a surcar, reptantes, el rostro de la ciudad.

—Bueno, qué diablos —Cadenas agitó los grilletes varias veces para que la sangre volviera a circular por su cuerpo—. Me habéis devuelto lo que os di para gastar. Del dinero extra, vosotros dos, Calo y Galdo, podéis tomar una moneda de plata cada uno para gastárosla en lo que queráis. En cuanto a ti, Locke, puedes disponer del resto para tus… deudas. Lo habéis robado de una manera elegante.

En aquel momento, un hombre muy bien vestido con una casaca de color verde bosque y un sombrero con cuatro picos subía los peldaños del templo. Arrojó un puñado de monedas en el caldero que sonaron como si unas fueran de plata y otras de cobre. Luego alzó su sombrero para saludar a los tres muchachos y dijo:

—Soy de Videnza. Quiero que sepáis lo furioso que me siento por lo sucedido.

—Cien años de salud para vos y los vuestros, así como las bendiciones del Señor de los Vigilados —dijo Locke.

Capítulo 5

El Rey Gris

1

—Da la impresión, Lukas, de que se está gastando muy deprisa nuestro dinero —decía doña Sofía Salvara.

—Todo está de nuestra parte —la sonrisa de Locke, que en cualquier otra persona hubiera significado una mueca de dolor, representaba en el rostro de Fehrwight un gran triunfo—. Todo se está haciendo con un ritmo muy encomiable: los navíos, las tripulaciones y el cargamento; así que dentro de muy poco sólo nos quedará preparar vuestro guardarropa para un corto viaje.

—Magnífico, así lo espero.

¿Qué significaban aquellas ojeras? ¿Acaso muestras de recelo? Era evidente que no se encontraba muy a gusto. Locke tomó nota de que no debía llevar las cosas más lejos ni precipitarse. El estar disimulando todo el tiempo con ella, que sabía que él era un cuentista, pero que no sabía que él sabía que ella lo sabía, era un juego muy delicado.

Con un leve suspiro, doña Sofía estampó su sello personal en el cálido lacre azul que certificaba lo escrito en el pergamino. Encima del sello añadió unas breves líneas y su firma en la curva caligrafía de Therin que los nobles cultivados habían puesto de moda recientemente.

—Y si necesita otras cuatro mil más para hoy, sólo tiene que decirlo y las tendrá.

—Os estoy sinceramente agradecido, mi señora.

—Bueno, sé que pagará muy pronto por todo esto —dijo ella—. Y en la debida proporción, si nuestras esperanzas se ven confirmadas —y al decir aquello y entregarle el pagaré, sonrió con tan buen humor que se le formaron unas arrugas imperceptibles en los rabillos de los ojos.

¡Vaya! Mucho mejor. Cuanto más crean controlar la situación que hemos creado para ellos, mejor podremos controlarlos cuando llegue el momento, pensó Locke para sus adentros, recordando una de las viejas máximas del padre Cadenas que él mismo había seguido en incontables ocasiones.

—Por favor, dad mis más efusivas gracias a vuestro esposo cuando regrese de los negocios que tiene en la ciudad —dijo Locke, cogiendo el pergamino lacrado con una mano—. Y ahora me temo que tengo que ir a ver a ciertas personas… para efectuar ciertos pagos que no constarán en el libro de cuentas.

—Por supuesto. Ya sé a lo que se refiere. Conté le mostrará la salida.

El malhumorado y curtido hombre de armas estaba un tanto pálido, y le pareció a Locke que su zancada no era tan firme como antes. Era evidente que el pobre diablo intentaba compensar alguna parte dañada de su anatomía. Una oleada de simpatía, ciertamente inconsciente, brotó del estómago de Locke al recordar los incidentes de aquella noche.

—Disculpe, Conté —dijo Locke muy educadamente—, pero ¿se siente bien? Estos últimos días… discúlpeme por decirlo de esta manera… parece un tanto incómodo.

—Estoy bien en líneas generales, maese Fehrwight —Locke pudo apreciar una leve tensión en las comisuras de sus labios—. Será por el tiempo.

—¿Nada serio?

—Quizá alguna fiebre intermitente. Suele darme en esta época del año.

—Vaya, una de las faenas de su clima. Yo no he sentido nada parecido.

—Bueno —dijo Conté, el rostro carente de expresión—, pues entonces ha tenido suerte. Maese Fehrwight, Camorr puede ser un lugar muy peligroso cuando uno *menos se lo espera*.

¡Vaya! Así que también le han metido en el ajo; pues mejor. Veo que este hombre tiene tanto orgullo como Sofía, demasiado para desaprovechar la oportunidad de amenazarme. Tomaré buena nota, pensó Locke.

—Soy la precaución en persona, mi querido Conté —Locke metió el pagaré dentro de su chaleco negro y se ajustó las flotantes corbatas mientras se acercaban a la puerta principal de la mansión de los Salvara—. Siempre tengo mis aposentos muy bien iluminados para mantener a raya los miasmas y me pongo anillos de cobre después de la Falsa Luz. Es lo más apropiado para sus fiebres intermitentes. Apostaría a que unos cuantos días en el mar le dejarían como nuevo.

—No lo dudo —dijo Conté—. El viaje. Tengo que prepararme para… el viaje.

—Entonces todos estamos pensando en lo mismo —Locke aguardó a que el hombre de confianza del noble le abriera la puerta de hierro y cristal, y cuando salió al aire húmedo de la Falsa Luz inclinó la cabeza, leve pero cordialmente, para despedirse de él—. Mañana rezaré por su salud, buen amigo.

—Es muy amable, maese Fehrwight —el ex soldado llevó una mano a la empuñadura de uno de sus puñales, quizá inconscientemente—. Le aseguro que yo también rezaré por usted.

2

Locke comenzó a caminar hacia el sur con paso tranquilo, cruzando desde la isla de Durona hasta el Prado de las Dos Platas, como él y Calo habían hecho varias noches atrás. Puesto que el Viento del Ahorcado era más fuerte de lo usual, mientras caminaba a través del parque bajo la luz deslavada del cristal antiguo que iluminaba

la ciudad, los silbidos y los roces de las hojas le parecieron los suspiros de criaturas enormes escondidas en el verdor que le rodeaba.

Justo un poco menos de diecisiete mil coronas en media semana; el juego de Don Salvara iba un poco adelantado respecto al calendario original, que preveía un intervalo de dos semanas entre el primer sablazo y la estampía final. Locke estaba seguro de poder darle otro sablazo más al noble con completa impunidad… hasta alcanzar las veintidós mil o veintitrés mil coronas y luego desaparecer. Esconderse, tomárselo con calma durante unas pocas semanas, estar alerta y dejar que el asunto del Rey Gris se resolviese por sí solo.

Y entonces, como un milagro añadido, disuadiría al Capa del compromiso con su hija, y lo haría sin tener que llegar a grandes extremos. Locke suspiró.

Cuando llegaba la auténtica noche, la Falsa Luz no se extinguía de golpe, como si la extrajeran del cristal que la contenía porque un acreedor exigente la hubiera reclamado, sino que se iba atenuando lentamente. Por eso mismo las sombras comenzaron a hacerse más grandes y oscuras hasta que se tragaron el parque. En los árboles, aquí y allá, algunas linternas de color esmeralda volvían a la vida con una luz intermitente que era tan plácida e irreal como singularmente relajante. Ofrecían la iluminación suficiente para ver los senderos de grava que serpenteaban entre los muros formados por árboles y setos. Locke sintió que la tensión reprimida en su interior comenzaba a liberarse como un resorte, aunque no con toda la celeridad que a él le hubiese gustado; estaba atento al sonido que hacían sus pisadas sobre la grava, e incluso en algunas ocasiones le sorprendió descubrir que se hallaba poseído por una sensación peligrosamente rayana con el bienestar.

Estaba vivo; era rico; había tomado la decisión de no ocultarse ni de humillarse servilmente ante los problemas que concernían a su banda, la de los Caballeros Bastardos. Y entonces, en medio de las ochenta y ocho mil personas y del ruido desagradable, molesto y siempre creciente del comercio y de la maquinaria de la ciudad que las contenía, se sintió solo, con la única compañía de aquellos árboles del Prado de las Dos Platas que se mecían con tanta gracia.

Solo.

Entonces se le erizaron los cabellos de la nuca, y el antiguo miedo, el compañero inseparable de quien se ha criado en el arroyo, se despertó dentro de él para atenazarle con sus fríos dedos. Pero era de noche, era verano y estaba en el Prado de las Dos Platas, el parque público más seguro de toda la ciudad, patrullado constantemente por dos o tres escuadras de casacas amarillas provistos de pértigas con linternas. Lleno de tanta gente que en ocasiones hasta parecía una comedia, con los hijos e hijas de las clases adineradas recorriéndolo cogidos de la mano, aplastando insectos y buscando la intimidad de sombras y escondrijos.

Locke escrutó de arriba abajo los retorcidos senderos que se abrían ante su vista; estaba *realmente* solo. En el parque no había más sonidos que el susurro de las hojas y el zumbido de los insectos; nada de voces o de ruido de pasos que llegara a sus

oídos. Retorció el antebrazo derecho y un estilete delgado de acero pavonado fue desde la manga de su casaca hasta la palma de su mano con la empuñadura por delante. Lo llevó apoyado en el brazo, invisible a cierta distancia, mientras se apresuraba hacia la puerta sur del parque.

Se estaba levantando una bruma húmeda, cargada con los vapores que la hierba lanzaba hacia la noche. A pesar de aquel aire cálido y denso, Locke se estremeció. La bruma era perfectamente natural. Toda la ciudad se cubría con aquella sábana dos noches de cada tres. En ocasiones no se llegaba a ver ni la punta de la propia nariz. No obstante…

La puerta sur del parque. Locke estaba delante de la puerta sur del parque, mirando hacia fuera, hacia la vereda empedrada y vacía del puente cubierto por un sudario de bruma. Era el Arco de los Antiguos, con sus linternas rojas brillando de un modo siniestro en medio de la niebla.

El Arco de los Antiguos que llevaba hacia el norte, a la isla de Durona.

Se volvió en redondo. ¿Cómo era posible? El corazón le latía muy deprisa, y entonces… *Doña Sofía*. Esa zorra astuta. Debía de haberle hecho algo… de haberle echado algo alquímico en el pergamino. ¿La tinta? ¿El lacre? ¿Sería algún veneno que embotaría sus sentidos antes de hacerle efecto? ¿Y si era otra droga capaz de causarle alguna dolencia? ¿No estaría preparando los prolegómenos de una venganza mayor con la que saciarse a su debido momento? Buscó el pergamino sin acertar con el bolsillo interior de la casaca, consciente de que sus movimientos eran demasiado lentos y confusos para que todo aquello fuera simplemente producto de su imaginación.

Unos hombres se movían entre los árboles.

Uno a su izquierda y otro a su derecha… el Arco de los Antiguos había desaparecido; él había vuelto al lugar de los senderos que se cruzaban, en medio de una oscuridad sólo interrumpida por la luz esmeralda de las linternas. Se ahogó, se agachó, sacó el estilete y la cabeza le dio vueltas. Los hombres llevaban capas; llegaban por ambos lados. Oía el sonido de unas pisadas sobre la grava que no eran las suyas. La silueta incierta de las ballestas, las siluetas más precisas de los hombres… la cabeza le dio vueltas.

—Maese Espina —dijo una voz de hombre amortiguada en la lejanía—, le ordenamos que nos dedique una hora.

—Por el Guardián Avieso —dijo Locke, jadeando, y entonces incluso los pálidos colores de los árboles se fueron borrando de su vista y toda la noche se llenó de negrura.

3

Volvió en sí con un sobresalto. Era una sensación extraña. Ya había regresado en otras ocasiones de la negrura producida por heridas o por drogas, pero aquello era

diferente. Era como si alguien acabara de poner en marcha el mecanismo de su consciencia del mismo modo que un escolar abre la espita de una clepsidra de Tal Verrar.

Estaba en el salón público de una taberna, sentado en una silla al lado de una mesa.

Podía ver la barra, la parte central de la taberna y el resto de las mesas, pero aquel lugar estaba húmedo y vacío y olía a moho y a polvo. Una luz naranja parpadeaba encima de su cabeza… la luz de una linterna de aceite. Las ventanas, llenas de grasa y empañadas, no dejaban entrar la luz; a través de ellas no podía ver nada del exterior.

—Hay una ballesta apuntando a su espalda —dijo una voz que estaba detrás y a menos de un metro de él… la voz agradable de un hombre cultivado, ciertamente camorrí, aunque con un dejo de extranjerismos en algunos momentos. ¿Un nativo de Camorr que había estado fuera mucho tiempo? La voz le era completamente desconocida—, maese Espina.

Los escalofríos que Locke sentía en la columna vertebral fueron en aumento. Se estrujó ferozmente el cerebro para recordar los últimos segundos que había pasado en el parque… ¿no le había llamado así uno de aquellos hombres? Tragó saliva.

—¿Por qué me llama por ese nombre? Me llamo Lukas Fehrwight. Soy un ciudadano de Emberlain que trabaja para la Casa de Bel Auster.

—Podría creerme eso que dice, maese Espina. Su acento es convincente, y su buena disposición para soportar las ropas de lana negra tiene algo de heroicidad. Don Lorenzo y doña Sofía creían, ciertamente, en Lukas Fehrwight hasta que usted mismo les hizo creer lo contrario.

No tiene que ver con Barsavi. No puede ser… Barsavi hubiera llevado las riendas de esta conversación siempre que hubiese podido. Hubiera tenido lugar en el corazón de la Tumba Flotante, con todos los Caballeros Bastardos atados en postes y todos los cuchillos que el sabio Amabilidad guarda en una bolsa bien afilados y brillantes ante mi vista, pensó Locke, presa de la desesperación.

—Me llamo Lukas Fehrwight —insistió Locke—. No comprendo qué quieren ustedes ni lo que hago aquí. ¿No le habrán hecho nada a Graumann? ¿Está a salvo?

—Jean Tannen está perfectamente a salvo —dijo aquel hombre—. Como bien sabe. Cuánto hubiera dado por poder verle más de cerca cuando entró en el estudio de don Lorenzo Salvara con la cartera que llevaba ese sello ridículo escondida bajo su capa negra. ¡Destruir la confianza depositada en Lukas Fehrwight del mismo modo en que el padre confiesa blandamente a sus hijos que no existe el Dispensador Bendito! Usted es un artista, maese Espina.

—Creo haberle dicho que me llamo *Lukas*, Lukas Fehrwight, y que…

—Si repite una vez más que se llama Lukas Fehrwight, le clavaré un dardo en el brazo izquierdo. No le matará, pero le hará la vida más difícil. Un agujero grande y hermoso, quizá un hueso roto. Le estropeará el elegante traje que lleva, y es posible que la sangre cubra por completo ese pergamino que tanto aprecia. ¿Y cómo podrá

explicárselo a los empleados del Meraggio? Los pagarés suelen despertar muchísima atención cuando están manchados de sangre.

Locke guardó silencio durante un buen rato.

—Veo que ninguno de los dos insistiremos en lo dicho hasta ahora, Locke. Seguramente ya habrá comprendido que no puedo ser uno de los hombres de Barsavi.

¡Por los Trece! ¿En dónde he cometido un error?, pensó Locke.

Si aquel hombre decía la verdad, si no trabajaba para Capa Barsavi, entonces sólo quedaba una opción. Se trataba de la auténtica Araña. Los genuinos Merodeadores de la Medianoche. ¿Les habrían informado de que Locke había empleado su sello? ¿Acaso el falsificador de Talisham había pensado que podría sacar un beneficio extra si revelaba lo del sello a la policía secreta del Duque? Parecía la explicación más lógica.

—Dese la vuelta. Lentamente.

Locke se levantó e hizo lo que se le pedía, y entonces tuvo que morderse la lengua para evitar el grito de sorpresa que pugnó por escapar de sus labios.

El hombre que se encontraba en la mesa, delante de él, hubiera podido tener cualquier edad comprendida entre los treinta y los cincuenta años; era delgado y de rostro largo y estrecho, con canas en las sienes. La impronta de Camorr podía apreciarse en su rostro; tenía la piel aceitunada tostada por el sol, el cráneo alto y la nariz bien marcada.

Llevaba un jubón de cuero gris encima de una camisa de seda del mismo color; su capa era gris, así como la capucha que llevaba echada hacia atrás. Sus manos, que mantenía cruzadas ante sí, estaban cubiertas por unos finos guantes de espadachín, grises, de piel suave, gastados y llenos de estrías por el uso. El hombre tenía ojos de cazador, fríos, ágiles y calculadores. La luz naranja de la lámpara se reflejaba en sus pupilas negras. Durante un segundo le pareció a Locke que no aguardaba de él una reflexión, sino una declaración; al menos eso le decía el fuego oscuro que ardía detrás de sus ojos. Y a pesar suyo se estremeció.

—*Tú* —susurró, olvidando el acento que empleaba cuando interpretaba a Lukas Fehrwight.

—Nadie más —dijo el Rey Gris—. Abomino de estas ropas que sólo me proporcionan el toque teatral que necesito. De entre todos los hombres de Camorr tú deberías comprenderlo, maese Espina.

—No tengo ni idea de por qué sigues llamándome así —dijo Locke, arrastrando los pies como mejor podía mientras sentía el peso reconfortante del segundo estilete en la otra manga de su casaca—, y no veo la ballesta que habías mencionado.

—Sólo dije que apuntaba a tu espalda.

El Rey Gris hizo un gesto mientras miraba hacia la pared más alejada de ambos y esbozó una leve sonrisa que nada tenía de fingida. Locke giró la cabeza con mucha cautela.

Apoyado en la pared de la taberna, en el lugar exacto donde Locke acababa de mirar, apareció un hombre. Un hombre que se cubría la cabeza con la capucha de la capa que vestía, ancho de hombros, y que se apoyaba con indolencia en la pared mientras mantenía sobre uno de sus brazos una ballesta cargada cuyo dardo apuntaba casualmente al pecho de Locke.

—Yo… —cuando Locke se volvió, el Rey Gris ya no se sentaba junto a la mesa sino que se encontraba a cuatro metros de ella, a la izquierda de Locke, detrás de la barra en desuso del bar. La lámpara de la mesa ni se había movido. Locke pudo ver la mueca de aquel hombre—. No es posible.

—Claro que lo es, maese Espina. El número de tus posibilidades está *disminuyendo* a cada momento.

El Rey Gris describió un arco con la mano izquierda, como si empujara con ella una ventana; Locke volvió a mirar hacia atrás y vio que el ballestero acababa de desaparecer.

—No me jodas —dijo Locke—, eres un mago mercenario.

—No —repuso el Rey Gris—. No poseo esa ventaja, sólo soy un hombre como tú. Pero sí es cierto que dispongo de un mago mercenario —y señaló hacia la mesa donde había estado sentado.

En ella, sin que Locke hubiera sido capaz de descubrir mediante sus sentidos ninguna suerte de movimiento súbito o de salto, se hallaba sentado un hombre delgado que aún no debía de llegar a la treintena. La barbilla y las mejillas las tenía del color del melocotón, y el borde de la cabellera se encontraba en rápida retirada hacia su nuca. Los ojos los tenía encendidos por la diversión, y Locke no tardó en descubrir en él esa especie de presunción casual de autoridad que la mayor parte de la gente de sangre azul, que lo es por herencia, lleva encima como si fuera una segunda piel.

Se vestía con una casaca de color gris magníficamente cortada, rematada por unos puños muy sueltos de seda roja; la piel desnuda de su muñeca izquierda tenía tatuadas tres líneas negras. Encima de la mano derecha, que llevaba cubierta por un tupido guantelete de cuero, se encaramaba el halcón de caza más feroz que Locke jamás hubiese visto, el cual le miraba como si él, Locke, no fuera más que un ratón de campo con ilusiones de grandeza. El ave de presa le miraba directamente a él, sus ojos convertidos en unos nítidos círculos de negro y oro a ambos lados de un pico que parecía tan afilado como una daga. Sus plegadas alas, pardas y grises relucían por lo limpias, y sus garras… algo extraño le pasaba a sus garras. Eran enormes, distendidas, extrañamente alargadas.

—Mi socio, el halconero —dijo el Rey Gris—, un mago de la Liga de Karthain. Mi mago mercenario. La clave para muchas cosas importantes. Y ahora que todos nos hemos presentado, hablemos de lo que se espera que hagas por mí.

4

—Procura no joder a ninguno de ellos —le había dicho Cadenas en cierta ocasión, hacía de eso muchos años.

—¿Por qué no? —por entonces tenía doce o trece años y era más gallito que nunca, lo cual ya es decir bastante.

—Observo que vuelves a dejar a un lado la Historia. Dentro de poco tendrás que leer más —dijo Cadenas con un suspiro—. Los magos de la Liga de Karthain son los únicos brujos del continente, porque no permiten que nadie más estudie su arte.

—¿Y nadie se opone a ellos? ¿No hay nadie que luche contra ellos o que se esconda en la sombra?

—Por supuesto que por aquí y por allá hay algunos que lo hacen. Pero ¿qué pueden conseguir dos, cinco o diez brujos escondidos contra cuatrocientos? Lo que los magos mercenarios le hacen a los extranjeros y a los renegados… haría que Capa Barsavi pareciera un sacerdote de Perelandro a su lado. Son tremendamente celosos, tremendamente despiadados y tremendamente competitivos. Ya han conseguido el monopolio que deseaban. Nadie cobijará a ningún brujo en contra de la voluntad de los magos de la Liga, nadie. Ni siquiera el rey de los Siete Compañeros.

—Entonces es curioso —dijo Locke— que se llamen a sí mismos magos mercenarios.

—Sólo es falsa modestia. Creo que les divierte llamarse así. Cobran unos precios tan absurdos por sus servicios, que para ellos no se trata tanto de hacer un trabajo mercenario como de divertirse cruelmente a costa de sus clientes.

—¿Precios absurdos?

—Un novicio te costaría quinientas coronas al día. Un oficial te saldría por mil. Indican su rango con unos tatuajes que se hacen alrededor de las muñecas. Cuantos más círculos negros veas, tanto más educado tendrás que ser con ellos.

—¿Mil coronas al *día*?

—Ahora comprendes por qué no se los ve por todas partes, ni siquiera en las cortes de cada noble o de cada señor de la guerra que disponga de un cuantioso tesoro para derrochar. Incluso en tiempos de guerra y de otras crisis extremas sólo pueden ser contratados por tiempo limitado. Cuando te cruces con uno de ellos tendrás la completa seguridad de que su cliente le está pagando por hacer un trabajo efectivo.

—¿Cuál es su origen?

—Karthain.

—Ja, ja. Me refería al gremio. A su monopolio.

—Eso es fácil de contestar. Cierta noche, un brujo poderoso llama a la puerta de otro brujo que lo es menos. «Voy a crear una liga exclusiva», le dice. «Únete a mí o, en este mismo momento, te saco de tus cochinas botas con una explosión». Y eso lo repite todas las veces que le haga falta hasta que trescientos o cuatrocientos miembros de la nueva liga llaman a la puerta del último mago independiente, pues todos lo que dijeron «no» han muerto.

—Tendrán algunos puntos débiles —dijo Locke.

—Claro que los tienen, muchacho. Son hombres y mujeres mortales como nosotros. Comen, cagan, envejecen y mueren. Pero son como las jodidas avispas; métete con uno y los demás te dejarán lleno de agujeros. Que los Trece se compadezcan de cualquiera que mate a un mago mercenario, a propósito o accidentalmente.

—¿Por qué?

—Se trata de la regla más vieja de su gremio, de una regla que no admite excepciones. Mata a un mago de la Liga y todos dejarán lo que estén haciendo para ir por ti. Te buscarán por todos los medios a su alcance. Matarán a tus amigos, a tu familia, a tus socios. Quemarán tu casa. Destruirán todo lo que hayas conseguido hacer. Y antes de que, al fin, te dejen morir, se asegurarán de que tu linaje ha sido barrido de la faz de la tierra, con raíces y ramas.

—Entonces, a fin de cuentas, ¿nadie puede enfrentarse a ellos?

—Oh, puedes enfrentarte a ellos, claro que sí. Puedes intentar resistirte, si es que vale de algo, cuando uno de ellos va a por ti. Pero si llegas a matar a alguno de ellos, entonces no habrá valido la pena. Lo mejor será que te suicides, pues así no matarán a ninguna de las personas a las que amaste y en quien confiaste.

—¡Uff!

—Sí —Cadenas asintió con la cabeza—. La brujería siempre impresiona, aunque sea su cochina actitud la que les hace ser tan dañinos. Y éste es el motivo de que, cuando te encuentres cara a cara con uno de ellos, te inclines y le beses los zapatos, sin olvidarte de llamarle «señor» o «señora».

5

—Bonito pájaro, capullo —dijo Locke.

El mago mercenario le miró fría y fijamente, un tanto perplejo.

—Así que eres el responsable de que nadie pueda dar con tu jefe. A ti se debe que ninguno de los Coronas Enteras pudiera recordar lo que hacían cuando a Tesso el Largo lo clavaron en una pared.

El halcón emitió un chillido estridente y Locke retrocedió acobardado; la criatura expresaba su odio de manera más que evidente. Era algo más que el chillido de un animal enfadado… era algo personal. Locke enarcó las cejas.

—A mi familiar no le gusta el tono de su voz —dijo el halconero—. Siempre he sabido que su juicio era impecable. Yo que usted, refrenaría la lengua.

—Tu jefe espera que haga algo para él —dijo Locke—, lo que implica que debo mantener intactas todas mis funciones. Lo que a su vez implica que la manera en que me dirija a sus jodidos lacayos khartainíes tiene poca importancia. Algunos de los *garristas* a los que mataste eran amigos míos. ¡Y ahora tengo que enfrentarme a un jodido matrimonio por tu culpa! Así que, mago mercenario, come cáñamo y caga cuerda.

El halcón lanzó un feroz chillido y abandonó volando el guante de su amo. Locke adelantó el brazo izquierdo para proteger su rostro y el ave chocó con él, cortando con sus afiladas garras la tela de la manga de la casaca de Locke. El ave se agarró con fuerza al brazo de Locke, causándole un dolor muy agudo, y batió las alas para estabilizarse. Locke aulló y levantó el puño derecho para golpear al animal.

—Si lo hace —dijo el halconero—, morirá. Mire de cerca las garras de mi familiar.

Mordiéndose los carrillos por dentro para evitar el dolor, Locke hizo lo que el otro le pedía. Las garras de la criatura no eran garras convencionales, sino más bien ganchos curvados que finalizaban en una especie de aguja. Encima de sus garras había unos extraños sacos que latían. Incluso a Locke, que tenía un conocimiento muy limitado en lo concerniente a las aves de presa, aquello le pareció fuera de lugar.

—Vestris —dijo el Rey Gris— es un halcón-escorpión. Un híbrido creado por alquimia y brujería. Uno de tantos con los que los magos mercenarios suelen entretenerse. No hiere con las garras sino con un aguijón. Si *ella* dejara de mostrarse tolerante contigo, no podrías dar ni diez pasos seguidos antes de caer muerto.

La sangre había empezado a gotear del brazo de Locke; gimió. El ave chasqueó el pico como si quisiera morderle, disfrutando claramente de la situación.

—Y bien —dijo el Rey Gris—, ¿acaso no somos todos los que estamos aquí aves y hombres hechos y derechos? Lo de las funciones, Locke, posee una importancia relativa en este negocio. No me gustaría tener que darte otra demostración de lo relativo que es su valor.

—Lo siento —dijo Locke, rechinando los dientes—. Vestris es una avecilla tan elegante como persuasiva.

El halconero no dijo nada, y Vestris se soltó del brazo izquierdo de Locke, suscitando nuevos pinchazos de dolor. Locke agarró la manga ensangrentada y se masajeó las heridas sin remangársela. Vestris regresó volando al guante de su amo y allí se quedó, mirando fijamente a Locke.

—¿No te lo había dicho, halconero? —el Rey Gris sonreía alegremente a Locke —. Nuestra Espina sabe cómo recuperar el equilibrio. Hace dos minutos estaba demasiado asustada para pensar. Ahora acaba de insultarnos y seguro que ya tiene un plan para salir airosa de esta situación.

—No comprendo —dijo Locke— por qué sigues diciendo que soy la Espina.

—Claro que lo comprendes —dijo el Rey Gris—. Sólo voy a decírtelo una vez, Locke. Lo sé todo sobre vuestra pequeña madriguera, la que se encuentra bajo la Casa de Perelandro. Sobre vuestra cripta. Sobre vuestra fortuna. Sé que no malgastáis vuestras noches en robar como les decís al resto de la Buena Gente. Sé que violasteis la Tregua Secreta para abusar de los nobles que confiaban en vosotros, y sé lo bueno que sois en eso. Sé que no fuiste tú quien propaló ese ridículo rumor sobre la Espina de Camorr, pero tanto tú como yo sabemos que se refiere a tus hazañas, aunque indirectamente. Por último, sé que Capa Barsavi te haría algún trabajito interesante,

también se lo haría a tus Caballeros Bastardos, si todo lo que yo sé llegara a sus oídos.

—Por favor —dijo Locke—. No te encuentras en la mejor posición para susurrarle educadamente al oído y pensar que vaya a hacerte caso.

—No soy el único que podría susurrarle al oído —dijo sonriente el Rey Gris—. Si fracasas en la tarea que voy a encomendarte, dispongo de otros, lo suficientemente próximos a él, que lo harán por mí. Espero haberme expresado claramente.

Locke le miró ferozmente durante unos pocos segundos y luego se sentó con un suspiro, volviendo la silla para apoyar el brazo herido en su respaldo.

—Ya veo tu jugada. ¿Y a cambio?

—A cambio de la tarea que requiero de ti, te prometo que Capa Barsavi no se enterará de la doble vida que mantienes en secreto de una manera tan astuta, ni de la de tus compañeros.

—Y eso —dijo Locke, arrastrando las palabras— ¿cuánto me costará?

—Aunque no lo parezca por lo que me cuesta mi mago de la Liga, no soy avaricioso —el Rey Gris salió de detrás de la barra y cruzó los brazos—. Me pagarás con la vida, no con dinero.

—¿En qué consiste el trabajo?

—Un engaño sencillo —dijo el Rey Gris—. Quiero que *tú* te conviertas en *mí*.

—No te comprendo.

—Ya es hora de abandonar este juego de sombras. Barsavi y yo tenemos que hablar cara a cara. Dentro de muy poco prepararé una entrevista clandestina con el Capa, una entrevista que conseguirá sacarle de la Tumba Flotante.

—No lo conseguirás.

—En eso sí que puedes confiar en mí. Yo soy el arquitecto de los problemas que tiene; te lo aseguro, sé que puedo sacarle de esa húmeda fortaleza suya. Pero no seré yo quien hable con él. Serás tú, la Espina de Camorr. El mayor histrión que jamás haya creado la ciudad. Tú, en el papel que me corresponde. Sólo por una noche. Una representación propia de un virtuoso.

—Una representación por encargo. ¿Por qué?

—Tengo que estar en cierto lugar a la misma hora. La entrevista forma parte de un designio de mayor envergadura.

—¡Pero si yo conozco personalmente al Capa y a toda su familia!

—Acabas de convencer a los Salvara de que eres dos personas diferentes. Y en el mismo día. Te aleccionaré al respecto de lo que habrás de decir y te proporcionaré el disfraz apropiado. Si sumamos tu habilidad y el hecho de que nadie me conoce, nadie sospechará que estás metido en esto ni que no eres el auténtico Rey Gris.

—Un plan divertido. Un plan de pelotas, me resulta atractivo. Pero debes comprender que pareceré gilipollas —dijo Locke— cuando el Capa comience la entrevista con una docena de dardos apuntándome al pecho.

—Será un mal comienzo. Pero estarás perfectamente protegido contra la habitual estupidez de la gente del Capa. El halconero irá contigo.

Locke echó una rápida mirada al mago mercenario, que le sonrió con burlona magnanimidad.

—¿Acaso crees que te hubiera dejado el estilete que aún tienes en la otra manga si las armas pudieran herirme? —prosiguió el Rey Gris—. Intenta herirme. Incluso puedo dejarte una o dos ballestas. No tendrás más suerte con un dardo. Pues gozarás de la misma protección cuando vayas a ver al Capa.

—Entonces es cierto —dijo Locke— que las historias que se cuentan de ti son algo más que simples historias. Tu mago de compañía te ofrece algo más que la habilidad de hacer que mi cabeza parezca tan pesada como si hubiera estado bebiendo toda la noche.

—Sí. Y fue mi gente la que comenzó a difundir todas esas historias con un simple propósito… que las bandas de Barsavi se asustaran tanto por mi presencia que no se atrevieran a acercarse a ti cuando llegara el tiempo de que tuvieras que hablar con él. A fin de cuentas, tengo el poder de matar a la gente con un simple contacto —el Rey Gris sonrió—. Y cuando te hayas convertido en mí, también lo tendrás.

Locke frunció el ceño. Aquella sonrisa, aquel rostro… había algo endiabladamente familiar en el Rey Gris. Nada que poseyera la obviedad de lo que es inmediato…, sino la incómoda sensación de que Locke ya había estado antes frente a él. Se aclaró la garganta.

—Eres muy considerado por tu parte. ¿Y qué sucederá cuando haya terminado mi trabajo?

—Que nuestros caminos se separarán —dijo el Rey Gris—. Tú volverás a tus asuntos y yo a los míos.

—Eso me resulta difícil de creer.

—Locke, cuando haya terminado la entrevista con Barsavi seguirás vivo. Nada has de temer por lo que suceda después; te aseguro que no será tan malo como piensas. Si solamente quisiera asesinarte, sabes que lo hubiera hecho hace mucho tiempo.

—Has matado a siete de sus *garristas*. Le mantienes apartado de todo, en la Tumba Flotante, desde hace meses. ¿Que no será tan malo como pienso? Después de la muerte de Tesso mató a ocho de los Coronas Enteras, que eran de los suyos. No aceptará *de ti* una compensación de sangre que sea inferior.

—Barsavi se ha mantenido apartado de todo en la Tumba Flotante. Como te he dicho, Locke, debes confiar en que sabré poner fin a esta situación. El Capa *aceptará* lo que voy a ofrecerle. El asunto de Camorr quedará zanjado de una vez y para siempre a gusto de todos.

—Te concedo que eres peligroso —dijo Locke—, pero también que tienes que estar loco.

—Locke, puedes atribuirle a mis actos el significado que te plazca con tal que hagas lo que se te pide.

—Me parece —dijo un malhumorado Locke— que no tengo alternativas.

—Esto no sucede por accidente. ¿Estamos de acuerdo? ¿Harás lo que te he pedido?

—¿Me contarás qué quieres que le diga a Capa Barsavi?

—Sí.

—Quiero poner otra condición.

—¿En serio?

—Si voy a hacer este trabajo para ti —dijo Locke—, quiero tener la posibilidad de hablar contigo, o al menos de dejarte un mensaje, siempre que lo desee. Puede suceder algo que me impida esperarte hasta que llegues a mí de un salto, procedente de la nada.

—Es un despropósito —dijo el Rey Gris.

—Es una necesidad. ¿Quieres que tenga éxito en esa tarea o no?

—Muy bien —asintió el Rey Gris—. Halconero.

El halconero se levantó de su asiento; Vestris no apartaba los ojos de los de Locke. El maestro halconero hurgó dentro de su casaca con la mano que le quedaba libre y sacó una vela, un delgado cilindro de cera blanca con una extraña mancha carmesí a su alrededor.

—Enciéndala —dijo el mago mercenario— en un lugar solitario. No puede haber nadie delante. Pronuncie mi nombre; yo lo oiré y acudiré enseguida.

—Gracias, halconero —Locke cogió la vela con la mano derecha y la guardó en su casaca—. Es fácil de recordar.

Vestris abrió el pico sin emitir ningún sonido. Lo cerró de repente y guiñó un ojo. ¿Un bostezo? ¿La versión aviaria de una burla a expensas de Locke?

—No le perderá de vista —dijo el mago mercenario—. Lo que Vestris siente, yo lo siento, y lo que ella ve, yo lo veo.

—Eso aclara un poco las cosas —dijo Locke.

—Si ya estamos de acuerdo —dijo el Rey Gris—, aquí hemos terminado. Tengo algo que hacer esta noche. Gracias, maese Espina, por atender a mis razones.

—Dijo el hombre de la ballesta al hombre de la bolsa —Locke se levantó y deslizó su mano izquierda hasta uno de los bolsillos de la casaca; el antebrazo aún le dolía—. ¿Y cuándo se supone que debe tener lugar el encuentro?

—Dentro de tres noches —dijo el Rey Gris—. No creo que suponga ningún impedimento para el juego de Don Salvara.

—No, aunque no creo que eso te importe gran cosa.

—Entonces, que te vaya bien. Volvamos a nuestros propios asuntos.

—No irás a…

Pero ya era demasiado tarde; el halconero acababa de hacer una seña con la mano que tenía libre y de mover los labios para formar unas palabras que no había

pronunciado. La habitación comenzó a girar; la luz naranja de la linterna se convirtió en una tira de color que comenzó a desvanecerse en la negrura de la estancia y luego sólo hubo tinieblas.

6

Cuando Locke recobró plenamente todos los sentidos, se encontró de pie en el puente que unía la Trampa con la Hilera de los Besamonedas; según su cómputo personal, no había pasado ni un instante, pero cuando miró hacia arriba vio que ya no había nubes, que las estrellas habían recorrido vertiginosamente el cielo oscuro y que las lunas se hallaban muy bajas en el oeste.

—¡Hijo de puta! —dijo entre dientes—. ¡Han pasado varias horas! Jean debe de estar muy preocupado.

Pensó todo lo deprisa que pudo. Calo y Galdo habían planeado pasar la tarde haciendo la ronda de la Trampa, con Bicho a sus talones. Probablemente hubieran terminado en el Último Error, jugando a los dados, bebiendo e intentando que no los echaran fuera por marcar las cartas. Jean debía de haber pasado la noche en la habitación de la Torre Rota para dar la impresión de que estaba en ella, al menos hasta la llegada de Locke. En aquel momento Locke recordó que aún estaba vestido como Lukas Fehrwight y se dio un cachete en la frente.

Se despojó de la casaca y de las corbatas, se quitó del caballete de la nariz los anteojos que no necesitaba y los guardó en un bolsillo. Sintió de modo más que evidente los cortes del brazo izquierdo; eran profundos y aún le dolían, pero la sangre se había convertido en costra, así que al menos ya no goteaba sangre.

¡Que los dioses maldigan al Rey Gris y me den la oportunidad de devolverle lo que me ha hecho esta noche!, pensó Locke.

Se despeinó, se desabrochó la ropa, se bajó las mangas de la camisa y se agachó para doblar y ocultar las ridículas cintas de sus zapatos. Las corbatas y los cinturones de adorno fueron a parar al interior de la casaca, que Locke dobló luego y ató por las mangas. En la oscuridad daba la impresión de que cargara con un viejo saco de tela. Sin los floridos adornos de Lukas Fehrwight podría pasar desapercibido al menos durante algún tiempo. Satisfecho, se volvió y echó a andar a buen paso hacia la parte meridional del puente, hacia los perennes ruidos y luces de la Trampa.

Jean Tannen salió de un callejón y cogió del brazo a Locke cuando éste doblaba una esquina para dirigirse a la parte norte de la Torre Rota, desde la que se podía llegar a la entrada principal del Último Error por el suelo de guijarros.

—Jean, por los dioses, me alegro de verte. No estoy bien y creo que tú tampoco lo estás. ¿Dónde se encuentran los demás?

—Cuando vi que no regresabas —dijo Jean, hablándole a Locke en el oído—, me acerqué al Error Final y los envié a nuestras habitaciones, Bicho incluido. Desde

entonces he estado recorriendo todas las calles, intentando pasar desapercibido. No quería que todos estuviéramos desperdigados por la noche. Yo… todos temíamos…

—Me cogieron, Jean. Y luego me soltaron. Vayámonos a nuestras habitaciones. Acaban de guisarnos un nuevo problema que quema tanto como el infierno.

7

En aquella ocasión dejaron abiertas las ventanas, que estaban cubiertas por unas hojas delgadas de malla metálica para evitar la picadura de los insectos. El cielo se iba poniendo gris, con unas líneas de color rojo que sólo eran visibles por encima de los alféizares de las ventanas que daban al este, cuando Locke terminó de relatar los eventos de aquella noche. Y aunque las sombras adornaban todos y cada uno de los cansados ojos de sus oyentes, ninguno tenía cara de sueño.

—Al menos sabemos —así concluía Locke— que no intentan matarme como a los otros *garristas*.

—Al menos no hasta dentro de tres noches —dijo Galdo.

—No se puede confiar en ese bastardo —dijo Bicho.

—Pero cuando llegue el momento —dijo Locke—, tendré que *obedecerle*.

Locke se había cambiado de ropa; parecía de una clase inferior, lo cual era mejor, dado lo sucedido. Jean había insistido en lavarle el brazo con vino de alta graduación, calentado casi hasta el punto de ebullición en una piedra alquímica. Locke, iluminado por un pequeño globo luminoso, apretaba sobre el brazo una compresa empapada en brandy. Era cosa sabida entre los físicos de Camorr que aquella luz alejaba el aire maloliente y ayudaba a prevenir las infecciones resistentes.

—¿Lo harás? —Calo se rascó la barbilla llena de grasa—. ¿Cuán lejos supones que podríamos llegar si ahora mismo saliéramos pitando?

—¿Y quién lo sabe, con el Rey Gris en nuestros talones? —Locke suspiró—. No creo que mucho, con el mago mercenario.

—Entonces lo que tenemos que hacer —dijo Jean— es quedarnos sentados y dejar que tire de nuestras cuerdas como si fuéramos marionetas en un escenario.

—Sí, nos tiene atrapados —dijo Locke— al decirme que no piensa revelarle a Capa Barsavi nuestros juegos de engaño.

—Todo esto es una locura —dijo Galdo—. ¿Has dicho que ese halconero llevaba tres anillos negros en la muñeca?

—Sí, el que no los lleva es ese maldito halcón-escorpión.

—Tres anillos —murmuró Jean—. Es una locura. Tomar a su servicio a uno de esos… Hace dos meses que comenzaron a circular las historias del Rey Gris. Desde que el primer *garrista*… ¿Quién fue?

—Gil el Cuchilla, de los Sabuesos del Ron —dijo Calo.

—La suma de dinero que ha debido manejar tiene que ser… desorbitada. No creo que el Duque pueda mantener durante tanto tiempo a un mago de alquiler como ése.

Así pues, ¿quién cojones es ese Rey Gris, y cómo puede pagar tanto dinero?

—Ni idea —dijo Locke—. Lo único que sé es que dentro de tres noches, o más bien dos noches y media, ahora que llega el sol, habrá dos Reyes Grises y que luego sólo habrá uno.

—¡Por los Trece! —dijo Jean, sosteniéndose la cabeza con las manos y tapándose los ojos con las palmas.

—Ésas eran las malas noticias. Capa Barsavi quiere casarme con su hija y ahora el Rey Gris quiere que me haga pasar por él en la entrevista secreta que quiere mantener con Barsavi —Locke hizo una mueca—. Las buenas noticias es que el nuevo pagaré por un importe de cuatro mil coronas no se ha manchado de sangre.

—Le mataré —dijo Bicho—. Dadme unos cuantos dardos envenenados y un callejón, y le taladraré los ojos.

—Bicho —dijo Locke—, eso que dices hace que el salto que diste desde el tejado del templo parezca algo razonable.

—¿Quién se lo esperaría? —Bicho, que se sentaba debajo de una de las ventanas que daban al este, volvió la cabeza unos instantes para mirar fuera, tal y como había estado haciendo toda la noche—. Atended, todo el mundo sabe que cualquiera de vosotros podría intentar matarle. ¡Pero nadie se lo esperaría de mí! ¡Sorpresa total, un disparo en la cara y se acabó el Rey Gris!

—Suponiendo que el halconero permitiera que tu dardo alcanzara a su cliente —dijo Locke—, luego acabaría por pillarnos a todos cuando hubiéramos bajado la guardia. Por otra parte, dudo mucho que ese maldito pájaro suyo esté revoloteando ahora alrededor de esta torre, donde podemos verlo y escondernos de él.

—No creas —dijo Bicho—, creo haberlo visto cuando establecimos el primer contacto con don Lorenzo.

—Yo también creo haberlo visto —Calo paseaba un solón por encima de los nudillos de una mano, pero sin prestar atención a la moneda—. Fue mientras fingía que te estrangulaba, Locke. Algo voló por encima. Demasiado grande y rápido para ser un chochín o un gorrión.

—Entonces —dijo Locke— ha estado vigilándonos de verdad y sabe todo lo que hay que saber de nosotros. Aunque someterse a su debido momento sea lo más sabio, habrá algo que ahora podamos hacer.

—¿Quieres que demos ahora mismo por terminado el juego de Don Salvara? —preguntó Bicho con mucha resignación.

—¿Hmmm? No —Locke movió vigorosamente la cabeza—. Ahora no hay ningún motivo.

—Creía que sí lo había —dijo Galdo.

—El motivo de que discutiéramos la conveniencia de finalizar el juego antes de lo acordado sólo se debía al hecho de escondernos para evitar que nos matara el Rey Gris. Ahora estamos condenadamente seguros de que eso no sucederá, al menos en los próximos tres días. Así que proseguiremos con el juego de Don Salvara.

—Sí, durante tres días. Hasta que al Rey Gris ya no le seas de ninguna utilidad —Jean escupió—. El próximo paso de su plan, sea el que sea, será el de… gracias por cooperar conmigo y ahí van unos cuchillos de agradecimiento para la espalda de cada uno de vosotros.

—Es una posibilidad —reconoció Locke—, así que haremos lo siguiente. Tú, Jean, duerme un poco y después sal enseguida a darte una vuelta. Anula los preparativos del viaje por mar. Si tuviéramos que salir a toda prisa nos llevaría demasiado tiempo tener que esperar al barco. Y deja más dinero en la Puerta del Vizconde. Si tenemos que irnos, saldremos por tierra, así que quiero que esa puerta se vaya haciendo cada vez más grande y de más fácil acceso que la de una casa de putas.

»Calo, Galdo, haceos con un carro. Aparcadlo detrás del templo; dejad en él telas enceradas y sogas para empaquetar cuanto antes lo que sea. Conseguid comida y bebida para el viaje. Cosas sencillas y que alimenten. Echad capas. Ropas corrientes. Ya sabéis lo que hay que hacer. Si cualquiera de la Buena Gente os pilla trabajando, dejadle caer que estamos detrás de un jugoso negocio que tendrá lugar dentro de unos días. A Barsavi le encantará saberlo, si es que vuelve a hacerse con el control de todo.

»Bicho, mañana tú y yo vamos a ir a la cripta. Cogeremos todas las monedas que haya en ella y las meteremos en sacos de lona para llevarlas mejor. Si tenemos que salir a la fuga, quiero poder echarlas dentro del carro en muy pocos minutos.

—Tiene sentido —dijo Bicho.

—Vosotros, los Sanza, iréis juntos —dijo Locke—. Tú, Bicho, vendrás conmigo. Nadie tiene que quedarse solo ni siquiera un instante, excepto Jean. A menos que el Rey Gris haya guardado en la ciudad todo un ejército, es el que menos probabilidades tiene de que le molesten.

—Oh, cómo me conoces —Jean se llevó una mano a la nuca y la metió por dentro del holgado chaleco que llevaba encima de su sencilla camisa de algodón. Sacó un par de hachas idénticas, cada una de medio metro de longitud, con mangos cubiertos de cuero y finas hojas negras que cortaban como escalpelos. Estaban equilibradas con unas bolas de acero pavonado, cada una del tamaño de un solón de plata. Las Hermanas Malvadas… las armas preferidas de Jean—. Jamás viajo solo. Siempre vamos los tres.

—Entonces, todo bien —Locke bostezó—. Si necesitamos más ideas brillantes, podremos pensar en ellas cuando nos despertemos. Poned algo pesado detrás de la puerta, cerrad las ventanas y comenzad a roncar.

Cuando apenas los Caballeros Bastardos se habían derrumbado en el suelo para comenzar a poner en práctica tan acertado plan, Jean levantó una mano pidiendo silencio. Las escaleras que se encontraban al otro lado de la puerta, en la pared norte de la habitación, acababan de crujir por la llegada de mucha gente. Instantes después, alguien aporreaba la puerta.

—¡Lamora! —dijo una voz poderosa de hombre—. ¡Abre! ¡Es un asunto del Capa!

Jean deslizó las hachas en una mano y las ocultó detrás de su espalda para acercarse a la pared norte, a un metro de la puerta. Calo y Galdo se metieron la mano dentro de la camisa en busca de las dagas, Galdo poniendo a Bicho detrás de él. Locke se quedó en el centro de la habitación, recordando que sus estiletes aún se encontraban en el lío de ropa que había hecho con la casaca de Fehrwight.

—¿Cuánto cuesta una hogaza en el Mercado Cambiante? —preguntó Locke a voz en cuello.

—Sólo un cobre, pero la hogaza está húmeda —dijo aquella voz a modo de respuesta.

Locke se relajó un poco… acababan de pronunciar el santo y seña que estaban vigentes aquella semana; por otra parte, si hubieran querido sacarle fuera para hacerle algo sangriento, se hubiesen limitado simplemente a echar la puerta abajo de una patada. Indicando a los demás con las manos que estuvieran tranquilos, corrió el cerrojo y se asomó por la puerta lo suficiente para echar un vistazo.

Al otro lado había cuatro hombres de pie en la plataforma, a algo más de veinte metros por encima del Último Error. El cielo tenía el color del oscuro canal que se encontraba por debajo de ellos, pues las pocas estrellas que parpadeaban en él iban desvaneciéndose lentamente por aquí y por allá. Aquellos hombres tenían aspecto de tipos duros, inmóviles y tranquilos en su sitio como luchadores bien entrenados, con túnicas y collares de cuero y pañuelos rojos bajo las gorras de cuero negro. Los Manos Rojas… la banda a la que Barsavi acudía cuando necesitaba al momento cualquier trabajo que requiriera la fuerza de los músculos.

—Te pido perdón, hermano —el que parecía el jefe de los Manos Rojas apoyó una mano en la puerta—. El gran hombre quiere ver a Locke Lamora en este mismo momento, y ni le importa el estado en que se encuentre ni nos permite que aceptemos un no por respuesta.

Interludio

Jean Tannen

1

Locke creció bastante en el transcurso del primer año que pasó con Cadenas, aunque no todo lo que a él le hubiera gustado; y a pesar de que no era fácil adivinar su edad con cierta exactitud, era evidente que tenía más años de los que indicaba su cuerpecillo achaparrado.

—Te faltaron bastantes alimentos cuando eras muy pequeño —le decía Cadenas —. Estás mucho mejor desde que llegaste a este lugar, pero sospecho que siempre serás un poquito… bueno, de estatura mediana.

—¿Siempre?

—No te sientas demasiado contrariado —Cadenas se tocó con las manos la prominente barriga y cloqueó—. Un hombre pequeño puede escapar de apuros de los que no podría librarse un hombre más grande.

Luego tuvo que asistir a clase, siempre a clase. Más aritmética, más historia, más geografía, más lengua. En cuanto Locke y los Sanza tuvieron una base sólida para hablar en vadraní, Cadenas comenzó a instruirles en la fonética. Pasaban varias horas a la semana en compañía de un hombre de Vadran que remendaba velas, el cual, mientras iba pasando sus largas y espantosas agujas por metros y metros de velas plegadas, les echaba en cara su «torpe destrozo bucal» de la lengua del norte. Ellos intentaban hablar de cada una de las materias que dominaba aquel hombre, pero él corregía hasta la exasperación cualquier consonante que fuera demasiado corta y cualquier vocal que fuese demasiado larga. También hay que decir que, a medida que se prolongaban las sesiones, se iba poniendo cada vez más colorado y beligerante, pues Cadenas pagaba sus servicios con vino.

Hubo exámenes, algunos sencillos y otros no tanto. Cadenas ponía a prueba constantemente, y casi implacablemente, a sus muchachos; pero cuando había acabado cada nueva pregunta siempre les hacía subir al tejado del templo para explicarles lo que quería de ellos, así como el significado de las penas sufridas. Su sinceridad hacía que aquellos juegos a los que les sometía fueran más llevaderos, por no hablar de que conseguían el efecto añadido de unir a Locke, a Calo y a Galdo en contra de todo lo que les rodeaba. Cuanto más los ataba Cadenas en corto, más amigos se hacían los muchachos, y cuanto con más agrado trabajaban ellos juntos, menos les tenía que decir él que prepararan un plan entre todos.

La llegada de Jean Tannen cambió todo aquello.

Era el mes de Saris, en el septuagésimo séptimo año de Iono, a finales de un otoño inusualmente seco y frío. Las tormentas que azotaran el Mar de Hierro habían respetado curiosamente Camorr, ya fuera por algún capricho de los vientos o de los dioses, y las noches eran más agradables que cualesquiera otras que Locke recordara. Se sentaba en las gradas al lado del padre Cadenas, doblando los dedos y aguardando ansioso la llegada de la Falsa Luz, cuando descubrió al Hacedor de Ladrones cruzando la plaza que conduce a la Casa de Perelandro.

Los dos años pasados en ella habían atenuado el miedo que antaño sintiera Locke por su anterior maestro; pero no podía negar que aquel tipo viejo y delgaducho aún conservaba cierto magnetismo.

Los esqueléticos dedos del Hacedor de Ladrones se abrieron como un haz cuando hizo una reverencia, y los ojos se le encendieron al divisar a Locke.

—Mi querido y endiablado muchacho, no sabes qué placer siento al ver la vida tan provechosa que llevas en la Orden de Perelandro.

—El éxito se lo debe a tu antigua disciplina, por supuesto —la sonrisa de Cadenas le llegaba hasta la venda de los ojos—. Es lo que le ayudó a convertirse en el joven resuelto y moralmente crecido que es hoy.

—¿Crecido? —el Hacedor de Ladrones bizqueó delante de Locke, haciendo como si se concentrara—. Bueno, si insistes te concederé que ha crecido unos centímetros. Pero no importa. Te traigo al joven del que estuvimos hablando, el de la Esquina Norte. Da un paso adelante, Jean. No puedes ocultarte detrás de mí más de lo que te ocultaría una moneda de cobre.

Y era cierto que detrás del Hacedor de Ladrones se encontraba un chico, pues cuando aquel hombre mayor le obligó a que se mostrara ante todos, Locke comprobó que se le parecía en la edad; tendría unos diez años, aunque en todo lo demás fuese todo lo contrario. El chico nuevo era gordo, coloradote, con la forma de una pera sucia a la que le hubieran puesto un sombrerete grasiento de cabellos negros encima de la cabeza. Sus ojos eran grandes y nerviosos; todo el tiempo se estrujaba las manos.

—Ahhh —dijo Cadenas—. Ahhh. No soporto verlo, aunque las cualidades que el Señor de los Vigilados busca en sus sirvientes no están al alcance de los ojos humanos. ¿Eres piadoso, muchacho? ¿Eres sincero? ¿Eres tan pleno como aquellos a quienes nuestro maestro celestial ha traído hasta este rebaño?

Y entonces dio a Locke una palmadita en la espalda, entre un estruendo de grilletes y cadenas. Por su parte, Locke se quedó mirando al recién llegado y no dijo nada.

—Así lo espero, señor —dijo Jean con voz tímida y asustada.

—Bien —dijo el Hacedor de Ladrones—, la esperanza es lo que nos hace capaces de vivir, ¿no es así, muchacho? El bondadoso padre Cadenas es ahora tu maestro. Te dejo a su cuidado.

—No al mío, sino al cuidado del más alto poder a quien sirvo —le corrigió Cadenas—. Oh, antes de que te vayas, toma esta bolsa que casualmente encontré esta mañana encima de las gradas del templo —y le tendió una pequeña bolsa de cuero bastante grasienta y repleta de monedas, que agitó en dirección a donde se encontraba el Hacedor de Ladrones—. ¿No será tuya por un casual?

—¡Diantre, lo es! ¡Vaya si lo es! —el Hacedor de Ladrones arrancó la bolsa de las manos de Cadenas y la hizo desaparecer en uno de los bolsillos de su casaca gastada por el uso—. ¡Qué feliz coincidencia! —luego se inclinó una vez más, se dio la vuelta y comenzó a andar en dirección a la Colina de las Sombras silbando de un modo disonante.

Cadenas se levantó, se frotó las piernas y batió palmas.

—Permitámonos poner fin por hoy a nuestros quehaceres cotidianos. Jean, te presento a Locke Lamora, uno de mis iniciados. Por favor, ayúdale a llevar este caldero al interior del santuario. Cuidado, que pesa.

Ambos chicos, el gordo y el flaco, subieron el caldero escaleras arriba y entraron en el húmedo santuario; el Sacerdote Sin Ojos recogió sus cadenas y subió con ellos hasta guarecerse en la seguridad de su interior. Después de que Locke manipulara el mecanismo de las paredes para cerrar las puertas del templo, Cadenas se sentó en el centro del patio.

—El amable caballero que acaba de dejarte a mi cuidado —dijo Cadenas— me contó que sabes hablar, leer y escribir en tres idiomas.

—Sí, señor —dijo Jean, mirando a su alrededor con gran turbación—: Los de Therin, Vadran e Issavrai.

—Muy bien. ¿Y eres capaz de hacer sumas un poco complicadas? ¿El balance de un libro de cuentas?

—Sí.

—Excelente. Entonces podrás ayudarme a contar los ingresos del día. Pero antes acércate y dame la mano. Así, muy bien. Y ahora, Jean Tannen, veremos si posees los talentos necesarios para convertirte en un iniciado de este templo.

—¿Qué… tengo que hacer?

—Nada, sólo coloca las manos encima de la venda que me cubre los ojos… No, así, suavemente. Y ahora cierra los ojos. Concéntrate. Deja que los pensamientos virtuosos que hay en tu interior suban como burbujas a la superficie…

2

—No me gusta —dijo Locke—. No me gusta nada.

Eran las primeras horas del día siguiente y él y Cadenas preparaban el desayuno; mientras Locke hervía una sopa, hecha con ajo cortado en lonchas y unos pequeños cubos oscuros de forma irregular, sobras de carne de vaca, Cadenas intentaba romper

el lacre de un tarro de miel. Al fracasar con dedos y uñas volvía a la carga con un estilete, mascullando para sus adentros.

—¿Que no te gusta nada? Eso es una tontería —dijo la voz un tanto lejana de Cadenas— pues ni siquiera lleva un día con nosotros.

—Es gordo. Es fofo. No es uno de los *nuestros*.

—Claro que lo es. Le hemos mostrado el templo y la madriguera; le he tomado el juramento de *pethon*. Y le llevaré a ver al Capa dentro de uno o dos días.

—No me refiero a uno de nosotros, los Caballeros Bastardos. Me refiero a uno de los nuestros. No es un ladrón. Sólo es un gordo fofo…

—Un comerciante. Es hijo de comerciantes. Pero ahora es un ladrón.

—¡No robará nada! ¡No sirve para coger nada ni encantusar a nadie! Contó que antes de que nos lo trajeran llevaba muy pocos días en la colina. No es uno de los *nuestros*.

—Locke —Cadenas dejó de pelearse con el tarro de miel y le miró fijamente, el ceño fruncido—, Jean Tannen es un ladrón porque voy a educarle para que lo sea. Tienes que recordar que mi trabajo en este lugar es entrenar a ladrones de un tipo particular. ¿Todavía no te has dado cuenta?

—Pero es que él…

—Está mejor instruido que cualquiera de vosotros. Escribe de un modo muy claro y ágil. Entiende de negocios, de llevar las cuentas, del haber y del debe y de muchas otras cosas. Tu antiguo maestro sabía que yo podría encauzarle por el buen camino.

—Está gordo.

—Y yo también lo estoy. Y tú eres feo. Y Calo y Galdo tienen unas narices que parecen máquinas de asedio. Y a Sabetha le estaban saliendo granos en la cara la última vez que la vi. ¿No tienes nada mejor que decirme?

—Nos ha estado fastidiando toda la noche. No dejaba de *llorar* y no cerraba la boca.

—Lo siento —dijo una voz tímida a sus espaldas. Locke y Cadenas se volvieron (este último más despacio que el primero); Jean Tannen estaba de pie delante de la puerta que conducía a los dormitorios con los ojos enrojecidos—. No quería molestaros, pero no pude evitarlo.

—¡Ja! —Cadenas volvió a pelearse con el estilete y el tarro de miel—. Los chicos que viven en una madriguera de cristal no deberían hablar tan alto de los que se encuentran en la habitación de al lado.

—De acuerdo, no vuelvas a repetirlo, Jean —dijo Locke, bajando de un salto del taburete de madera donde solía subirse para llegar al fogón. Se dirigió a uno de los armaritos de las especias y comenzó a revolver los frascos, buscando algo—. La próxima vez cierra el pico y déjanos dormir. Calo, Galdo y yo no lloramos.

—Lo siento —dijo Jean, dando la impresión de que estaba a punto de llorar—. Lo siento, es que… mi madre. Mi padre, soy… soy huérfano.

—*¿Qué?* —Locke sacó un frasco de rábanos encurtidos que tenía un tapón de piedra como las pociones alquímicas—. *Yo* soy huérfano. Todos los que estamos aquí somos huérfanos. Cierra el pico y deja dormir a los demás. Los gimoteos no harán que tu padre y tu madre vuelvan a vivir.

Locke se volvió y dio dos pasos en dirección al fogón, de suerte que no pudo ver que Jean acababa de acercarse a él. Sólo sintió el brazo de Jean cuando éste le cogió del cuello por detrás; aquel abrazo no podía ser tan vigoroso, máxime cuando quien lo daba era un chico de diez años. Locke soltó los rábanos encurtidos; Jean le tiró al suelo, le dio la vuelta y luego le *golpeó*.

Los pies de Locke abandonaron el suelo en el mismo momento en que el frasco de los rábanos se estrellaba contra él; un segundo después la parte posterior de la cabeza de Locke rebotó contra la dura madera de la mesa, cayendo él al suelo y aterrizando dolorosamente sobre sus enjutas posaderas.

—¡Cierra el pico *tú*! —en aquellos momentos no había nada de mansedumbre en Jean; gritaba con el rostro encendido y lloraba a mares—. ¡Cierra el pico tú! ¡Cierra tu sucia boca! ¡Y no vuelvas a hablar *jamás* de mi padre y de mi madre!

Locke alzó las manos e intentó levantarse; uno de los puñetazos de Jean afectó tanto a su campo de visión que vio borroso medio mundo. Otro puñetazo le quitó del todo la visión y le obligó a retorcerse como una de esas galletitas con forma de lazo. Cuando recobró parte de sus sentidos abrazaba una pata de madera; la habitación daba vueltas a su alrededor como si bailara un minué.

—Wrrblg —dijo, la boca llena de sal y dolor.

—Ahora, Jean —dijo Cadenas, apartando a aquel peso pesado de Locke—, creo que tu mensaje ha sido recibido en todo lo que vale.

—Uff. Eso duele de verdad —dijo Locke.

—Sin rencor —Cadenas soltó a Jean, que abría y cerraba los puños mientras miraba a Locke y se estremecía—. Realmente te lo merecías.

—Uff… ¿sí?

—La verdad es que todos los que estamos aquí somos huérfanos —dijo Cadenas —. Mis padres murieron mucho antes de que nacieras. Tus padres se fueron hace ya muchos años. Lo mismo les pasó a Calo, a Galdo y a Sabetha. Pero Jean los perdió sólo hace cinco noches.

—Oh —Locke se levantó con un quejido—. No… no lo sabía.

—Pues ya lo sabes —Cadenas había conseguido abrir el tarro de miel; el lacre se rompió con un crujido perfectamente audible—. Siempre que no sepas las cosas que deberías saber, será el momento de cerrar tu maldito pico y de ser educado.

—Fue en un incendio —Jean aspiró profundamente sin dejar de mirar a Locke—. Ardieron vivos. Toda la tienda ardió. Se perdió todo —se volvió y regresó a los dormitorios, la cabeza gacha, frotándose los ojos.

Cadenas le dio la espalda a Locke y comenzó a darle vueltas a la miel para romper la cristalización que había tenido lugar en algunos puntos.

Entonces escucharon el eco del ruido que siempre hacía al caer la puerta secreta del templo que se encontraba más arriba, la puerta por la que se bajaba hasta la madriguera; momentos más tarde, Calo y Galdo entraban en la cocina, ambos vestidos con sus hábitos blancos de iniciados, ambos balanceando una tierna hogaza de pan en la cabeza.

—Ya hemos vuelto —dijo Calo.

—¡Con pan!

—¡Lo cual es obvio!

—¡No, vosotros sí que sois obvios!

Los gemelos se quedaron callados al ver que Locke se apoyaba en el borde de la mesa, los labios hinchados, la sangre goteando de las comisuras de la boca.

—¿Qué nos hemos perdido? —preguntó Galdo.

—Chicos —dijo Cadenas—, es posible que me olvidara de contaros algo la pasada noche, cuando os presenté a Jean. Vuestro antiguo maestro de la Colina de las Sombras me previno de que, aunque Jean suela hablar de un modo educado y tranquilo, posee un temperamento muy vivo y violento.

Moviendo la cabeza, Cadenas se acercó a Locke y le ayudó a mantener el equilibrio.

—Cuando el mundo deje de dar vueltas —dijo—, no te olvides de limpiar los rábanos y los vidrios rotos.

3

Aquella noche Locke y Jean se mantuvieron a saludable distancia el uno del otro en la mesa de la cocina, sin decir nada. Calo y Galdo se intercambiaron miradas de exasperación a un ritmo aproximado de varios cientos de veces por minuto, pero sin esforzarse en suscitar ninguna conversación. Los preparativos de la cena tuvieron lugar casi en silencio, con Cadenas aparentemente feliz por estar en tan hosca compañía.

Después de que Locke y Jean se hubieran sentado a la mesa, Cadenas puso delante de cada uno de ellos una caja tallada en marfil. Eran cuadradas, de aproximadamente treinta centímetros de lado, con tapas provistas de bisagras. Locke las reconoció inmediatamente por lo que eran: cajas resolutoras, delicados aparatos de Tal Verrar que empleaban complicados mecanismos, como molduras que se deslizaban y perillas de madera que giraban, con los cuales cualquiera que estuviera familiarizado con ellas podía hacer rápidamente una serie de operaciones matemáticas. Aunque conocía lo más básico del artilugio, habían pasado muchos meses desde la última vez que usara uno de ellos.

—Locke y Jean —dijo el padre Cadenas—. Atendedme, por favor. Tengo novecientos noventa y cinco solones de Camorr, y voy a tomar un barco para Tal Verrar. Me complacería mucho convertirlos en solari al llegar, teniendo el solar el

valor de, ah, cuatro quintos de una corona de Camorr. ¿Cuántos solari me darían los cambistas sin deducir su comisión?

Jean abrió inmediatamente la tapa de su caja y comenzó a trabajar con ella, toqueteando las perillas, apretando las molduras y corriendo unas varitas de madera delante y detrás. Locke, confundido, intentó hacer lo mismo. Sus nerviosos toqueteos a la máquina no fueron lo suficientemente rápidos, de suerte que Jean se le adelantó, anunciando al poco tiempo:

—Treinta y un solari, y me sobra un décimo —sacó la punta de la lengua y calculó durante unos segundos más—: Cuatro volani de plata y dos cobres.

—Maravilloso —comentó Cadenas—. Jean, esta tarde puedes cenar. Locke, me temo que no has tenido suerte. No obstante, gracias por intentarlo. Podéis cenar en vuestras habitaciones, si queréis.

—¿Cómo? —Locke sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas—. ¡Pero si nunca antes lo hemos hecho así! ¡Siempre nos has dado a cada uno el problema que teníamos que resolver! ¡Y no usaba esa caja desde…!

—Entonces, ¿quieres que te ponga otro problema?

—Sí.

—Muy bien. Jean, ¿eres tan amable de acompañarnos en las operaciones? Veamos… un galeón de Jeresh zarpa del Mar de Hierro, y su capitán es un individuo piadoso. Cada hora ordena a uno de los marineros que arroje al mar un bollo de bizcocho como ofrenda a Iono. Y cada bizcocho pesa cuatrocientos veinte gramos. El capitán también es un individuo previsor; compra el bizcocho por barricas, cada una de ellas de un cuarto de tonelada. Se hace a la mar para una semana. ¿Cuántas barricas tendrá que abrir? ¿Y cuánto bizcocho recibirá el Señor de las Aguas Codiciosas?

Una vez más los chicos manipularon sus cajas, y una vez más Jean levantó la mirada mientras Locke se afanaba en su caja, perlada su pequeña frente de gotitas de sudor.

—Sólo abrirá una barrica —dijo Jean— y gastará unos setenta kilos y medio de bizcocho.

El padre Cadenas aplaudió en sordina.

—Muy bien, Jean. Sigues cenando esta noche con nosotros. En cuanto a ti, Locke… bueno ya te llamaré a la hora de hacer la limpieza.

—Esto es ridículo —Locke estaba de mal humor—. ¡Sabe manejar la caja mejor que yo! ¡Has hecho todo esto para que perdiera!

—¿Ridículo? Últimamente has cogido ciertas ínfulas, mi querido muchacho. Ya has llegado a esa edad en que la mayoría de los chicos parecen despojarse del buen juicio que tenían y dejarlo a un lado durante algunos años. Diablos, también le sucedió a Sabetha. Eso es parte del motivo por el que la envié a donde ahora se encuentra. En cierto modo, me parece que levantas la nariz un poco más de lo que debiera hacer cualquier individuo que llevase al cuello una señal de muerte.

Locke se ruborizó profundamente. Jean le lanzó una mirada furtiva; Calo y Galdo, que ya sabían de mucho antes el asunto del diente del tiburón, se quedaron mirando fijamente sus platos y vasos vacíos.

—El mundo está lleno de acertijos que pondrán a prueba tus dotes. ¿Acaso presumes que siempre podrás escoger los que mejor se avengan a tus posibilidades? Si yo tuviera que enviar a un chico para que se hiciera pasar por el aprendiz de un cambista, ¿a quién crees que encargaría el trabajo si tuviera que escoger entre tú y Jean? Creo que sabes la respuesta.

—Yo… supongo.

—Supones demasiado. Te ríes de tu nuevo hermano porque su figura aspira a la noble cintura que yo tengo —Cadenas hizo una mueca y se frotó el estómago—. ¿No se te ha ocurrido pensar que, por eso mismo, encajaría en algunos lugares mejor que tú? Jean parece el hijo de un comerciante, o un noble bien alimentado, o un rollizo y joven estudiante. Su apariencia puede ser de tanto valor para él como la tuya para ti.

—Yo suponía…

—Y si necesitas más demostraciones de que él puede hacer cosas que tú no puedes, ¿por qué no podría enseñarle a zurrarte una vez más?

Locke intentó encogerse dentro de su camisa y desaparecer en el aire. Como no lo consiguió, agachó la cabeza.

—Lo siento —dijo Jean—, no quería pegarte tan fuerte.

—No necesitas estar sintiéndolo todo el rato —murmuró Locke—. Supongo que lo merecía de verdad.

—La amenaza de un estómago vacío activa enseguida la sabiduría —dijo Cadenas con una sonrisa de afectación—. Las privaciones son siempre arbitrarias, Locke. Jamás conocerás las cualidades peculiares que posees o que poseen otras personas si todo lo juzgas de antemano. Por ejemplo, que levanten la mano aquellos que se apelliden Sanza.

Calo y Galdo levantaron la mano a la espera de lo que pudiera suceder.

—Todos los que tengan el apellido Sanza —sentenció Cadenas— acompañarán esta noche a cenar a nuestro nuevo hermano Jean Tannen.

—¡Me encanta que me usen de ejemplo! —dijo Galdo.

—Todo el que tenga el apellido Lamora —dijo Cadenas— cenará, aunque no antes de haber traído todos los platos y de servir a Jean Tannen.

De tal suerte, Locke salió pitando con la vergüenza y el alivio mezclándose en su rostro. La cena era capón asado con relleno de ajos y cebollas, y guarnición de uvas e higos rehogados en una reducción de vino. El padre Cadenas hizo buena muestra de la usual mezcla de brindis y plegarias, dedicando el último de ellos a «Jean Tannen, que, aunque perdió a su familia, no tardó en conseguir una nueva».

Al oír aquello, los ojos de Jean se llenaron de lágrimas y él perdió cualquier ánimo que hubiera podido darle la comida. Al darse cuenta, Calo y Galdo entraron en acción para que no perdiera el buen humor.

—Fue realmente bueno lo que hiciste con la caja —dijo Calo.

—Ninguno de nosotros puede hacerlo tan deprisa —añadió Galdo.

—¡Y eso que somos muy buenos haciendo operaciones!

—O al menos —dijo Galdo— eso pensábamos hasta que tú apareciste.

—No fue nada especial —dijo Jean—, puedo ir mucho más deprisa. Yo… quería decir…

Miró muy nervioso al padre Cadenas antes de proseguir.

—Necesito gafas. Gafas para leer, para ver las cosas más de cerca. No puedo ver bien sin ellas. Yo, hum, podría ir más deprisa con la caja si tuviera puestas unas. Pero… perdí las mías. Uno de los chicos de la Colina de las Sombras…

—Tendrás unas nuevas —dijo Cadenas—. Mañana o dentro de dos días. No podrás llevarlas en público porque eso contravendría nuestro aire de pobreza. Pero podrás ponértelas cuando estés aquí dentro.

—¿Casi no veías cuando me pegaste? —preguntó Locke.

—Sólo veía un poco —dijo Jean—. Pero todo muy borroso. Por eso echaba el cuerpo hacia atrás.

—Un terror matemático —dijo como para sus adentros el padre Cadenas— y un chaval pendenciero bastante bueno. ¡Qué interesante combinación la que el Benefactor acaba de entregar a los Caballeros Bastardos en la persona de Jean Tannen! ¿No te parece, Locke?

—Sí —dijo éste, intentando dar a su voz un tono de enfado—, supongo que sí.

4

La noche siguiente fue clara y seca; todas las lunas estaban en lo alto, brillando en la negrura como soberanas, y las estrellas eran su corte. Jean Tannen se sentaba debajo de uno de los parapetos del tejado del templo, con un brazo estirado y, al extremo de él, un libro en la mano. Dos linternas de aceite que tenía ante sí hacían más nítida su silueta bajo su cálida luz amarilla.

—No quería molestarte —dijo Locke, y Jean se sobresaltó y alzó la mirada.

—¡Por los dioses! ¡Qué silencioso eres!

—No siempre lo soy —Locke se acercó a menos de un metro del chico más grande—. Puedo hacer mucho ruido, sobre todo cuando me comporto como un estúpido…

—Yo… hum…

—¿Puedo sentarme?

Jean asintió y Locke se dejó caer a su lado. Dobló las piernas y rodeó sus rodillas con los brazos.

—Lo siento —dijo Locke—. Creo que a veces puedo comportarme como un mierda.

—Yo también lo siento. No quería… Cuando te pegué… No soy el mismo cuando me enfado.

—Hiciste bien. No sabía lo de tus padres. Y lo lamento. Hubiera debido… Hubiera debido imaginármelo. He tenido mucho tiempo… para acostumbrarme a saber estas cosas.

Después de aquello, los dos muchachos estuvieron algún tiempo sin hablar; Jean cerró el libro y miró al cielo.

—Quizá ni siquiera fui uno de ellos. Un huérfano auténtico, me refiero —dijo Locke.

—No te comprendo.

—Quiero decir que mi… madre murió. Lo vi. Y lo sé. Pero mi padre… él, hum, se marchó cuando yo era muy pequeño; no me acuerdo de él; jamás lo vi.

—Lo siento —dijo Jean.

—Veo que ambos lo sentimos una barbaridad. Supongo que sería algún marinero o algo parecido. Quizá un mercenario, ¿quién lo sabe? Mi madre jamás quiso hablarme de él. Pero no lo sé. Quizá esté equivocado.

—Mi padre era un hombre bueno —dijo Jean—. Era… Los dos tenían una tienda en la Esquina Norte. Vendían por correo pieles, sedas y algunas gemas. Todas esas mercancías iban por el Mar de Hierro, algunas hacia el interior. Yo les ayudaba. No a empaquetar, sino a llevar las cuentas. A apuntar el dinero. Y cuidaba de los gatos. Teníamos nueve. Mamá solía decir que yo era su único hijo que no iba a cuatro patas.

Se sorbió un poco los mocos y se restregó los ojos.

—Ya se me han debido de acabar todas las lágrimas —dijo—. No sé si volveré a sentir esto mismo alguna vez. Mis padres me enseñaron a ser honesto y a saber que las leyes y los dioses aborrecían el robo. Y ahora descubro que el robo tiene hasta un dios. Y tengo que elegir entre morirme de hambre en la calle y en quedarme aquí y vivir confortablemente.

—No es tan malo —dijo Locke—. Jamás hemos hecho nada malo, al menos que yo recuerde. El de ladrón es un negocio honesto que acabará por gustarte como nos pasó a los demás. En ocasiones puede ser un trabajo duro —Locke buscó algo dentro de su camisa y sacó una bolsa de tela suave—. Toma esto —y se la dio a Jean.

—¿Qué… es?

—Dijiste que necesitabas gafas —Locke sonrió—. Hay un montador de lentes en Videnza que es más viejo que los dioses. Y no vigila la ventana de su tienda como debiera. Le he cogido unos cuantos pares para ti.

Jean movió la bolsa, la abrió y vio que contenía tres pares de antiparras; dos eran de montura metálica y sobredorada, con lentes circulares; las otras, en forma de medialuna, tenían la montura plateada.

—¡Gracias… Locke! —se las llevó una tras otra a los ojos y bizqueó a causa de los cristales, frunciendo ligeramente el ceño—. No… no me van… Hum, no quiero ser en absoluto desagradecido, pero no me vale ninguna —se apuntó a los ojos con el

dedo y sonrió tímidamente—. Las lentes tienen que ajustarse a las necesidades de quien tiene que llevarlas. Hay personas que no pueden ver de lejos, y yo creo que todos estos pares son para ellas. Tengo lo que se llama ceguera de cerca, no ceguera de lejos.

—Oh, maldición —Locke se rascó la nuca y sonrió con timidez—. Nunca las he llevado, así que no tenía ni idea. Realmente soy un idiota.

—Qué va. Voy a coger las monturas y hacer algo con ellas. Las ajustaré y pondré en ellas las lentes que me vengan bien. Me servirán de repuesto. Gracias de nuevo.

Después de aquello, ambos muchachos siguieron sentados en silencio, pero aquel silencio ya no era como el de antes, pues estaba cargado de amistad. Jean apoyó la espalda en la pared y cerró los ojos. Locke se quedó mirando a las lunas, esforzándose para distinguir en ellas las manchitas azules y verdes que, en cierta ocasión, Cadenas le había dicho que eran bosques donde vivían los dioses. Jean se aclaró la garganta.

—¿Realmente eres tan bueno… robando cosas?

—Tengo que ser bueno en algo. Y si no es en la pelea y en las matemáticas, ya me dirás.

—Tú, hum… el padre Cadenas me habló de una cosa que puedes hacer si hablas con el Benefactor. Lo llamó una ofrenda de muerte. ¿Sabes de qué se trata?

—Oh —dijo Locke—, sé todo lo que hay que hacer, creer en los trece dioses, poner las manos encima del corazón y desear morir.

—Me gustaría hacerla. Por mi madre y mi padre. Pero… jamás he robado nada. ¿No podrías ayudarme?

—¿Enseñarte a robar para que puedas hacer una ofrenda en condiciones?

—Sí —musitó Jean—. Supongo que si los dioses me han traído hasta aquí, tendré que cumplir las costumbres al uso.

—¿Y tú podrías enseñarme a utilizar la caja de los números para que la próxima vez parezca menos tonto?

—Creo que sí —dijo Jean.

—¡Entonces ya está hecho! —Locke cayó de pie de un salto y abrió las manos—. Mañana, Calo y Galdo plantarán sus culos en las gradas del templo. ¡Y tú y yo saldremos a robar!

—Eso parece peligroso —dijo Jean.

—Quizá lo sea para cualquier otro. Pero no para los Caballeros Bastardos, porque eso es, precisamente, lo que hacemos.

—¿Nosotros?

—Nosotros.

Capítulo 6

Limitaciones

1

Los Manos Rojas llevaron a Locke por la pasarela hasta la Tumba Flotante; en el distrito de la Lluvia de Ceniza el sol escarlata despuntaba por encima de las oscuras siluetas de sus edificios. Bajo aquella luz toda la Desolación de Madera se tiñó con el color rojo de la sangre, y cuando Locke abrió y cerró los ojos para acomodarse a ella, incluso las tinieblas relampaguearon con un destello rojo.

Locke intentó aclarar sus ideas, puesto que la mezcla de excitación nerviosa y de fatiga le hacían sentirse como si flotara unos pocos centímetros por encima del suelo, como si sus pies no tocaran realmente el camino. Había centinelas en el muelle, en las puertas, en el vestíbulo… muchos más de los que jamás hubiera visto. Todos tenían una expresión siniestra y guardaban silencio mientras Locke y los Manos Rojas se adentraban en la fortaleza flotante del Capa. Las puertas mecánicas del interior no estaban cerradas.

Capa Barsavi estaba de espaldas a Locke en el centro de la gran sala de audiencias, la cabeza gacha y las manos cogidas por detrás. Habían corrido las cortinas de las altas ventanas de cristal que cubrían el costado derecho del casco del galeón. Unos dedos de luz roja caían sobre Barsavi, sus hijos, un gran tonel de madera y el largo objeto cubierto que descansaba encima de unas andas portátiles de madera.

—Padre —dijo Anjais—, es Lamora.

Capa Barsavi refunfuñó y se volvió. Miró a Locke durante unos segundos, los ojos vidriosos y muertos. Agitó la mano izquierda.

—Dejadnos —dijo—, dejadnos.

Asintiendo con la cabeza, Anjais y Pachero salieron precipitadamente de la estancia llevándose consigo a los Manos Rojas. Momentos después, el eco del ruido que hacían las puertas al cerrarse de golpe y los pestillos mecánicos al correrse resonó en la estancia.

—¿Qué sucede, vuestra señoría? —preguntó Locke.

—La ha matado. El hijo de puta la ha matado, Locke.

—¿A quién?

—A Nazca. Anoche. Hace sólo unas horas… nos ha devuelto su cadáver.

Locke se quedó mirando a Barsavi sin saber qué decir, consciente de haberse quedado boquiabierto.

—Pero… ¿no estaba aquí con vos?

—Se había ido —Barsavi abría y cerraba los puños—. Por lo que sabemos, salió a escondidas. A las dos o a las tres de la mañana. Y… nos la devolvieron a las cuatro y media.

—¿La devolvieron? ¿Quiénes? *¿Qué sucedió?*

—Ven y mira.

Vencarlo Barsavi corrió la tela que cubría las andas; sobre ellas estaba Nazca… la piel cerúlea, los ojos cerrados, el cabello mojado. Dos abrasiones de un intenso color púrpura desfiguraban la antaño suave piel de la parte izquierda de su cuello. Locke sintió que los ojos le escocían y se mordió con fuerza el nudillo del dedo índice de su mano derecha.

—Mira lo que le ha hecho ese bastardo —dijo Barsavi con voz muy baja—. Era el vivo retrato de su madre. Mi única hija. Hubiera preferido morir antes que contemplar esto —las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de aquel hombre mayor—. La han… lavado.

—¿Lavado? ¿Qué queréis decir?

—Nos la devolvieron —dijo el Capa— dentro de eso. —Y señaló con un gesto el tonel que se encontraba a menos de un metro de las andas.

—¿En un tonel?

—Mira dentro.

Locke levantó la tapa del tonel y retrocedió cuando le asaltó el hedor de lo que había en su interior.

Estaba lleno de orina. Orina de caballo, oscura y turbia.

Locke se apartó del tonel dando tumbos y se cubrió la boca con ambas manos, a punto de vomitar.

—La mataron —dijo Barsavi— por ahogamiento. La ahogaron en meados de caballo.

Locke mudó de color, luchando con las lágrimas.

—No puedo creerlo —dijo—. No puedo creerlo. No tiene ni el más puñetero sentido.

Regresó al lado de las andas y echó otro vistazo al cuello de Nazca. Las abrasiones púrpura se habían convertido en hinchazones; justo al lado de ellas tenía unos arañazos en línea recta. Locke se quedó mirándolos y volvió a sentir las garras del halcón en su propia piel. Las heridas del antebrazo aún le ardían.

—Vuestra señoría —dijo—, es posible que la devolvieran dentro de esa cosa. Pero estoy casi seguro de que no la ahogaron dentro.

—¿Qué quieres decir?

—Las marcas en el cuello, los pequeños arañazos que tiene al lado —Locke improvisó, adoptando su tono de voz normal y una expresión facial neutra. ¿Qué podía decir que pareciera plausible?—. Vi unos iguales hace varios años, en Talisham. Vi a un hombre asesinado por un halcón-escorpión. ¿Habéis oído hablar de esas cosas?

—Sí —dijo el Capa—, un híbrido innatural, una suerte de criatura ideada por los brujos de Khartain. ¿Eso es lo que le hizo… las marcas en el cuello? ¿Estás seguro?

—A ella le picó un halcón-escorpión —dijo Locke—. Las señales de las garras junto a las heridas son claras. Debió de morir casi al instante.

—Así que… simplemente la dejó *en remojo* —susurró Barsavi— para ofenderme aún más. Para herirme con mayor crueldad.

—Lo siento —dijo Locke—. Sabía… que no os serviría de consuelo.

—Si estás en lo cierto, al menos tuvo una muerte mucho más rápida —Barsavi apartó la tela de la cabeza de Nazca y pasó los dedos entre sus cabellos antes de taparle el rostro para siempre—. Si fue el único consuelo que pudo recibir mi pequeña, rezaré para que así fuera… Pero ese bastardo gris no recibirá ninguno cuando le llegue la hora.

—¿Por qué lo haría? —Locke se pasó las manos por los cabellos, las pupilas dilatadas por la excitación—. No tiene sentido. ¿Por qué ella, por qué ahora?

—Él mismo te lo dirá —dijo Barsavi.

—¿Cómo? No os comprendo.

Capa Barsavi se metió la mano en el chaleco y extrajo de él un pergamino doblado. Se lo pasó a Locke, que lo abrió y vio que contenía una nota escrita a mano con trazo claro y firme, la cual decía así:

> *«BARSAVI, lamentamos habernos visto obligados a cumplir lo que estás viendo, lo cual ha sucedido para que seas consciente de nuestro poder y, por lo tanto, de la necesidad de colaborar con Nos. Deseamos fervientemente un encuentro contigo, de hombre a hombre y de la manera más cortés que sea posible, para zanjar de una vez por todas este asunto de Camorr que nos concierne a ambos. Estaremos esperándote en el Agujero del Eco, a las once de la noche del Día del Duque, dentro de tres noches. Estaremos solo y desarmado, aunque por tu parte podrás llevar todos los consejeros que desees, así como las armas que precises. Discutiremos nuestra situación de hombre a hombre para que, con el amable favor de los dioses, puedas evitar la pérdida de más súbditos leales y de más personas de tu propia sangre».*

—No me lo creo —comentó Locke—. ¿Una entrevista de buena fe, después de lo sucedido?

—No puede ser de Camorr —dijo Barsavi—. Yo sí que me he hecho camorrí después de llevar aquí tanto tiempo, lo soy más que los nacidos en este lugar. Pero no ese hombre —Barsavi movió vigorosamente la cabeza para dar más énfasis a sus palabras—. No puede comprender la infamia que ha hecho para conseguir mi atención, ni el oprobio con el que mis hijos y yo tendremos que cargar a la hora de negociar con él. Está perdiendo el tiempo con esta carta… y, además, ese tratamiento de plural mayestático. ¡Qué tipo tan afectado!

—Señoría, ¿y si *fuera consciente* de lo que hizo?

—Esa posibilidad es muy remota, Locke —el Capa rió entre dientes—. Si hubiera recapacitado en lo que se disponía a hacer, no lo hubiese hecho.

—Lo hubiera hecho si quería que la entrevista en el Agujero del Eco fuese una encerrona. Si quisiera haceros salir de la Tumba Flotante para que fuerais a un lugar donde pudiera causaros daño.

—Una vez más tu prudencia —dijo Barsavi, sonriendo con tristeza—. Ya se me había ocurrido, Locke, pero no lo considero posible… Más bien creo que él piensa que, si me asusta lo suficiente, podrá negociar en términos ventajosos para él. Voy a ir al Agujero del Eco. Me entrevistaré con él. Y, en lo que concierne a mis consejeros, me llevaré a mis hijos, a las hermanas Berangias y a cien de mis mejores y más crueles hombres. Y también te llevaré a ti y a tu amigo Jean.

El corazón volvió a latirle a Locke en el pecho como si fuera un pájaro enjaulado. Y estuvo a punto de gritar.

—Por supuesto —dijo—. Por supuesto. Jean y yo haremos lo que nos pidáis. Os… agradezco la deferencia.

—Bien. Porque sólo negociaré con dardos, espadas y puños. Si ese montón de mierda gris cree que va a dictarme sus condiciones sobre el cuerpo de mi única hija, se encontrará con una sorpresa.

Locke apretó los dientes al recordar las palabras del Rey Gris: «Sé que puedo sacarle de esa húmeda fortaleza suya».

—Capa Barsavi —dijo Locke—, ¿habéis considerado… bueno, todas esas cosas que se dicen acerca del Rey Gris, que puede matar a los hombres sólo con tocarlos; que puede atravesar las paredes; que no puede ser herido por espadas o flechas?

—Cuentos de borrachos. Hace lo mismo que yo cuando conquisté esta ciudad: se oculta y elige sabiamente sus blancos —el Capa suspiró—. Admito que es bueno, quizá tan bueno como yo lo era. Pero no es ningún fantasma.

—Quizá haya que contar también… —dijo Locke, pasándose la lengua por los labios. ¿Cuántas cosas de las que se estaban diciendo llegarían a oídos del Rey Gris? Había sido capaz de desenmarañar bastante bien los secretos de los Caballeros Bastardos. *Al infierno con él*— con un mago mercenario.

—¿Al servicio del Rey Gris?

—Sí.

—Locke, lleva haciendo en la ciudad toda serie de vejaciones durante los últimos meses. Eso podría explicar algunas cosas, pero el coste… el coste. Ni siquiera yo podría pagar los costes de un mago mercenario durante tanto tiempo.

—Los halcones-escorpión —dijo Locke— no fueron creados por los magos mercenarios. Aunque, por lo que sé, son los únicos que cuidan de ellos. ¿Podría un halconero… ordinario entrenar a un ave capaz de matarle accidentalmente con su aguijón? —*Vaya tontería, aunque bastante buena*, pensó—. Quizá el Rey Gris no hubiera necesitado a uno de ellos todo ese tiempo. ¿Y si el mago mercenario acabara de llegar? ¿Y si sólo hubiera sido contratado para unos pocos días, los que están por llegar, los que son más cruciales para los planes del Rey Gris? Quizá el Rey Gris hubiera hecho correr los rumores sobre sus poderes… para lo que está por llegar.

—Fantástico —dijo Barsavi—, eso explicaría muchas cosas.

—Explicaría por qué al Rey Gris no le importa ir solo y desarmado a la entrevista, escudado en uno de los magos de la Liga que puede hallarse o no presente.

—Eso no cambia la decisión que acabo de tomar —Barsavi apretó con una mano el puño que acababa de hacer con la otra—. Si uno de los magos de la Liga puede vencer a cien puñales, a ti y a mí, a mis hijos, a mis hermanas Berangias, a tu amigo Jean y a sus hachas… entonces será que el Rey Gris ha elegido sus armas mejor que yo. Pero, en lo que a mí concierne, no lo creo.

—¿Pero no descartáis la posibilidad? —insistió Locke.

—No, no la descarto —Barsavi posó una mano en el hombro de Locke—. Debes disculparme, muchacho, por lo sucedido.

—No hay nada que disculpar, vuestra señoría. —*Cuando el Capa cambia de conversación, es que da por concluido aquello de lo que está hablando*, pensó—. Lo sucedido no fue… por vuestra culpa.

—Es mi guerra. Es a mí a quien el Rey Gris quiere despedazar.

—Me ofrecisteis un gran trato, señor —Locke se humedeció los labios que se le habían quedado secos—. Mucho me complacerá ayudaros a acabar con ese bastardo.

—Así será. El Día del Duque, a las nueve de la noche, comenzaremos a reunirnos. Anjais se pasará por el Último Error para recogeros a ti y a Jean.

—¿Qué hacemos con los Sanza? Son buenos con los puñales.

—Y con las cartas, por lo que he oído. Me gustaría llevarlos con nosotros, pero son disparatados y chistosos. Para un asunto tan serio necesito gente seria.

—Como digáis.

—Y ahora —Barsavi cogió un pañuelo de seda de uno de los bolsillos de su chaleco y se enjugó con él ojos y mejillas—, déjame, por favor. Vuelve mañana por la noche vestido de sacerdote. Ya he convocado a los demás sacerdotes del Benefactor. Quiero que ella disponga… del ritual apropiado.

A su pesar, Locke se sintió halagado. El Capa sabía que todos los pupilos del padre Cadenas eran iniciados en el culto al Benefactor, y que Locke era todo un

sacerdote, aunque hasta aquel momento jamás le hubiera pedido que realizara ningún oficio.

—Por supuesto —dijo con voz tranquila.

Y salió, dejando al Capa bajo la ensangrentada luz de la mañana y, por segunda vez, solo en el corazón de su fortaleza sin más compañía que la de un cadáver.

2

—Caballeros —decía Locke mientras, resoplando y malhumorado, cerraba la puerta de sus habitaciones en la séptima planta—, esta semana ya nos hemos mostrado bastante, así que estaremos fuera del templo hasta nuevo aviso.

Jean se sentaba en una silla enfrente de la puerta, las hachas encima de los muslos, el gastado volumen de los romances de Kor en las manos. Bicho roncaba encima de un jergón, tumbado en una de esas posiciones tan poco recomendables que siempre suelen dar un ataque de artritis a los que no son demasiado jóvenes ni muy despreocupados. Los Sanza se sentaban junto a la pared del fondo, echando una partida de cartas un tanto deshilvanada; levantaron la mirada cuando entró Locke.

—Nos hemos librado de una complicación —dijo él— para meternos de cabeza en otra, y la muy cabrona muerde.

—¿Qué noticias nos traes? —preguntó Jean.

—Las peores —Locke se dejó caer en una silla, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Nazca ha muerto.

—¿Qué? —Calo se levantó de un salto; Galdo no se quedó atrás—. ¿Cómo sucedió?

—Por obra del Rey Gris. Debió de ser a lo que se refería cuando anoche, mientras yo era su invitado, dijo que tenía que hacer algo más. Y luego le devolvió a su padre el cadáver, pero metido en una cuba de pises de caballo.

—Por los dioses —dijo Jean—. Lo siento mucho, Locke.

—Y ahora —prosiguió Locke—, se supone que tú y yo debemos ir con el Capa para vengarla en el transcurso de la «conferencia clandestina» que tendrá lugar dentro de tres noches. Y que, dicho sea de paso, será en el Agujero del Eco. Y la idea que el Capa tiene de la clandestinidad es la de cien puñales a la carga con los que cortar en pedacitos al Rey Gris.

—Cortarte a ti en pedacitos, querrás decir —dijo Galdo.

—Muchas gracias, pero soy plenamente consciente de los riesgos de pavonearse por ahí con las ropas del Rey Gris. Y ahora estoy discutiendo conmigo mismo si debo o no colgarme una diana en el cuello. Ah, sí, y también si podré dividirme en dos antes del Día del Duque.

—Toda esta situación es una locura —molesto, Jean cerró el libro de golpe.

—Ya era antes una locura; pero ahora se ha vuelto maligna.

—¿Por qué mataría el Rey Gris a Nazca?

—Para llamar la atención del Capa —dijo Locke con un suspiro—. O para asustarle, lo que, ciertamente, no ha conseguido; o para joderle más allá de lo impensable, lo que sí ha conseguido.

—Ahora ya no habrá paz. El Capa matará al Rey Gris o morirá en el intento —Calo se paseaba furioso por la habitación—. El Rey Gris tiene que comprenderlo. No ha facilitado las negociaciones, las ha hecho imposibles. Por siempre jamás.

—Se me ha pasado por la mente —dijo Locke— que quizá el Rey Gris no nos haya contado todos sus planes.

—Entonces salgamos por la Puerta del Vizconde —dijo Galdo—, podemos pasar la tarde preparando el transporte y nuestras pertenencias. Podemos hacer las maletas con toda nuestra fortuna y desaparecer en la carretera. Joder, si no somos capaces de rehacer nuestras vidas con cuarenta mil coronas en la punta de los dedos, es que no nos merecemos vivir. Podríamos comprar unos títulos en Lashain; nombrar conde a Bicho y convertirnos en su séquito.

—O nombrarnos condes a nosotros mismos —dijo Calo— y convertir a Bicho en nuestro séquito. Que vaya de aquí para allá. Sería bueno para su educación moral.

—No podemos hacer nada de eso —dijo Locke—. Hay que suponer que el Rey Gris nos seguirá a donde vayamos, o quizá eso lo haga el mago mercenario. Mientras el halconero siga a su servicio no podemos huir. Ésa no es nuestra primera alternativa.

—¿Y cuál es la segunda?

—La que ahora estamos siguiendo, o, al menos, la que yo sigo. Podemos seguir con el plan primitivo: dejar todas las cosas preparadas y, si ya no vemos ninguna otra alternativa y tenemos que salir corriendo, ponernos los arreos y salir con los caballos.

—Lo que sólo nos deja por resolver la adivinanza —dijo Jean— de cómo podrás escaparte la misma noche que debes acudir a la entrevista del Agujero del Eco.

—No es ninguna adivinanza —dijo Locke—. El Rey Gris nos tiene cogidos; pero sabemos que podemos hacernos los locos con Barsavi. Por tanto, me haré pasar por el Rey Gris y buscaré una excusa para no acudir a la entrevista del Capa sin que nos vaya a ejecutar por negarnos a ir con él.

—Tiene que ser una buena excusa —dijo Jean.

—¿Y si eso no fuera necesario? —Calo señaló a su hermano—. Uno de los dos podría hacerse pasar por el Rey Gris, y así tú y Jean podríais acompañar a Barsavi tal y como se os ha ordenado.

—Sí —dijo Galdo—, es una idea excelente.

—No —dijo Locke—. Por dos razones. La primera es que soy mejor actor que cualquiera de vosotros dos, y lo sabéis. Da la casualidad de que los dos sois un poquitín famosos. No podemos arriesgarnos. Y la segunda porque, mientras esté haciendo de Rey Gris, todo el mundo se olvidará de vosotros. Tendréis la posibilidad de ir a donde queráis. Prefiero que nos esperéis en alguno de nuestros puntos de encuentro con el transporte dispuesto, por si las cosas salen mal y tenemos que huir.

—¿Y qué hay de Bicho?

—Bicho —dijo el propio Bicho— ha estado haciendo como que roncaba en estos últimos minutos. Además, conozco el Agujero del Eco; solía ocultarme en él cuando estaba en la banda de la Colina de las Sombras. Me esconderé debajo del suelo, al lado de la cascada y vigilaré por si pasa algo.

—Bicho —dijo Locke—, ¿tú…?

—Si no te gusta mi plan, no tendrás más remedio que encerrarme. Necesitas un observador, y el Rey Gris no te prohibió que tuvieras algunos amigos acechando por las proximidades. Eso es lo que yo hago. Acechar. Y ninguno de vosotros puede hacerlo porque sois más grandes, más lentos y más ruidosos y…

—Por los dioses —dijo Locke—, mis días de *garrista* están contados; el duque Bicho está dictando los términos de su servicio. De acuerdo, Excelencia. Os asigno un trabajo que os mantendrá cerca de mí… pero acecharéis cuando yo os lo diga, ¿de acuerdo?

—¡Cojonudo! ¡De acuerdo!

—Entonces ya está todo dicho —dijo Locke—, y si nadie más siente la imperiosa necesidad de imitar al grande y al poderoso, o si no quiere matar a cierto amigo mío, creo que podré echar un sueñecito.

—Lo de Nazca ha estado muy, pero que muy, mal —dijo Galdo—, ¡qué hijo de *la gran puta*!

—Sí —dijo Locke—. De hecho, esta misma tarde voy a comentar con él ese asunto. Con él o con su payaso de mago, con cualquiera de los dos que se presente.

—La vela —dijo Jean.

—Sí. Cuando ambos hayamos terminado lo que tenemos que hacer, después de la Falsa Luz, me aguardarás en El Último Error. Yo me quedaré sentado aquí y esperaré a que aparezcan —Locke hizo una mueca—. Espero que esos cabrones disfruten subiendo por nuestras escaleras.

3

El día fue claro y apacible, y la tarde más fresca de lo que solía serlo en Camorr; Locke estaba sentado en las habitaciones del séptimo piso, con las ventanas abiertas y las pringosas cortinas echadas, mientras el cielo púrpura se iluminaba con los gallardetes cada vez más nítidos de la luz espectral.

La vela del halconero ardía sin llama encima de la mesa que albergaba las sobras de la frugal cena de Locke, al lado de una botella de vino medio vacía. La otra mitad de aquella botella calentaba el estómago de Locke mientras éste se sentaba enfrente de la puerta, dándose un masaje en la venda limpia con la que Jean, antes de marcharse al Último Error para ocupar allí su puesto, había insistido en vendarle el brazo.

—Guardián Avieso —dijo Locke, hablando a solas—, si por algún motivo he podido ofenderte, no me castigues del retorcido modo que sueles emplear. Y si no te he ofendido, espero que aún me encuentres divertido —flexionó los dedos del brazo herido con una nueva mueca de dolor y tomó nuevamente el vaso y la botella.

—Una libación al aire para una amiga ausente —dijo, mientras llenaba el vaso con aquel vino rojo y oscuro, una retsina *Nacozza* que procedía de los viñedos que Salvara tenía río arriba. Un regalo que le había hecho a Lukas Fehrwight después de que éste se fuera de su barcaza de recreo, hacía ya muchos días de aquello… o quizá no tantos. Era como si ya hubiera pasado toda una vida—. Echamos de menos a la señorita Nazca Barsavi y le deseamos todo lo mejor. Era una excelente *garrista* que intentaba ayudar a su *pethon* en una situación que ninguno de ambos podía resistir. Se merecía algo mejor. Humíllame si así lo deseas, pero haz por ella todo lo que puedas. Te lo pido como servidor tuyo.

—Si deseas medir el arrepentimiento de un hombre —dijo el halconero— sólo tienes que observarle cuando cree comer a solas.

La puerta principal acababa de cerrarse tras el mago mercenario. Locke no la había visto abrirse, tampoco la había oído. La había cerrado con cerrojo a causa del asunto en que estaban comprometidos. El halconero, que no llevaba a su ave, vestía la misma casaca gris de grandes faldones y puños de escarlata, adornada con botones de plata, que Locke le había visto la noche anterior. Sobre la cabeza llevaba echada hacia atrás una gorra de terciopelo gris, adornada con un alfiler de plata que sujetaba una pluma, evidentemente, de Vestris.

—Jamás había visto a un hombre tan arrepentido —prosiguió—. Ni jamás me habían cansado tanto unas escaleras.

—Tu cansancio me parte de pena el corazón —comentó Locke—. ¿Dónde está tu halcón?

—Volando en círculos.

De repente, Locke reparó en las ventanas abiertas, que hasta aquel momento le habían parecido bien como estaban. Las mallas que las cubrían no impedirían entrar al halcón.

—Esperaba que quizá te acompañara tu amo.

—Mi cliente —rectificó el mago mercenario— está ocupado con otro asunto. Yo hablo por él y le repetiré lo que me diga. Suponiendo que tenga algo que decirme.

—Siempre tengo algo que decir —comentó Locke—. Palabras como «completamente lunático». Y «jodido idiota». ¿Acaso se os ocurrió a ti o a tu cliente que la única manera segura de conseguir que un camorrí jamás negociara con vosotros de buena fe era matar a alguien de su sangre?

—Cielos —dijo el halconero—. Ésta sí que es una mala noticia. Y eso que el Rey Gris *estaba seguro* de que Barsavi interpretaría el asesinato de su hija como un gesto amistoso —el halconero enarcó las cejas—. Y ahora le preguntaré si eso que me ha

dicho quiere decírselo por usted mismo o si quiere que salga corriendo para darle tan estupenda revelación.

—Qué gracioso eres, chupapollas de medio cobre. Mientras acepto bajo coacción hacer cabriolas por ahí vestido como tu amo tendrás que admitir que devolverle a su única hija metida en una cuba de meados va a complicar mi puto trabajo.

—Qué pena —dijo el mago de la Liga—, pero el trabajo sigue en pie, lo mismo que la coacción.

—Halconero, Barsavi me quiere de su parte en la entrevista. Me lo ha pedido esta mañana. Quizá antes hubiera podido escabullirme, pero no ahora. El asesinato de Nazca me ha metido en un atolladero de cojones.

—Usted es la Espina de Camorr. Yo, personalmente, me sentiría muy decepcionado si no diera con la manera de vencer esta nueva dificultad. Lo de Barsavi es una petición; lo de mi cliente, un requerimiento.

—Tu cliente no me contó todo lo que debía.

—Puede estar seguro de que conoce su oficio mejor que usted el suyo —con los dedos de la mano derecha, el halconero movía de un lado para otro un hilo delgado que tenía un extraño brillo plateado.

—Condenación —musitó Locke, entre dientes—. Quizá no me importe lo que le suceda al Capa, pero Nazca era amiga mía. La coacción puedo aceptarla; pero el mal por simple diversión, no. Vosotros, cabrones, no teníais *necesidad* de hacer lo que le hicisteis.

El halconero estiró los dedos y el hilo relució, convertido en una especie de trampa para gatos en miniatura; luego movió lentamente los dedos, estirando algunas partes y aflojando otras, con la misma destreza con que los Sanza se pasaban la moneda por el dorso de la mano.

—No puedo decirle —dijo el brujo— qué peso acaba de caer sobre mi conciencia al enterarme de que hemos perdido su graciosa aquiescencia.

Entonces musitó una palabra; una simple sílaba en una lengua que Locke no conocía. Aquel sonido denotaba algo malo y cobarde; resonó en la habitación como si proviniera de muy lejos.

Las contraventanas de madera que estaban detrás de Locke se cerraron de golpe y él saltó de la silla.

Una tras otra, las demás ventanas se cerraron violentamente y sus pequeños cierres quedaron echados, manejados por una mano invisible. El halconero movió nuevamente los dedos, y la red que tenía entre las manos brilló, y Locke se ahogó… y sintió un repentino dolor en las rodillas como si éstas hubieran recibido sendas patadas por ambos lados.

—Ésta es la segunda vez —dijo el mago de la Liga— que me habla a la ligera. Como no consigo descubrir por qué puede parecerle tan divertido, me veo obligado a insistir en las instrucciones de mi cliente, tomándome mi tiempo mientras lo hago.

Locke rechinó los dientes; cuando el dolor de sus rodillas se hizo más intenso y éstas palpitaron e irradiaron el dolor a otras partes, acudieron a sus ojos unas lágrimas que no deseaba. Entonces sintió como si una llama de hielo le atenazara la rótula por detrás; incapaz de sostener su propio peso, cayó hacia delante; y mientras, infructuosamente, se agarraba las piernas con una mano, con la otra intentó apoyarse en la mesa. Miró al mago mercenario e intentó hablar, descubriendo que los músculos del cuello se le llenaban de espasmos.

—Es una *propiedad*, Lamora. Pertenece al Rey Gris. A él no le importa que Nazca Barsavi fuera amiga suya; tuvo el infortunio de ser hija del padre que los dioses le asignaron.

Los espasmos bajaron por la columna vertebral de Locke hasta llegar a los brazos, luego descendieron por las piernas para encontrarse con el dolor helado como de mordedura que las atenazaba, y se mezclaron con él en una amalgama monstruosa. Cayó de espaldas, boqueando y estremeciéndose, el rostro convertido en una máscara ritual, las manos retorcidas como garras por encima de su cabeza.

—Parece un insecto arrojado al fuego. Y esto es una simple muestra de mi arte. No sabe lo que podría hacerle si tuviera su auténtico nombre bordado en una tela o escrito sobre un pergamino… Es evidente que «Lamora» no es el apellido que le dieron; es el término que en el lenguaje del Trono de Therin significa «sombra». Pero su nombre de pila, ahora que… me bastaría con él si tuviera que emplearlo.

El halconero movió los dedos de adelante hacia atrás, haciéndose borroso para Locke, estirando y encogiendo los hilos de plata al tiempo que el tormento de Locke crecía en proporción directa al movimiento de aquel diseño reluciente. Sus talones golpeaban el suelo, sus dientes castañeteaban en su mandíbula; era como si alguien intentara sacarle los huesos de los muslos cortándolos con unos carámbanos. Una y otra vez intentó aspirar el aire suficiente para poder gritar, pero sus pulmones no se movían; tenía la garganta llena de espinas y el mundo se iba volviendo negro y rojo en los márgenes…

Cuando terminó fue muy doloroso; yacía en el suelo como si no tuviera huesos, sintiendo los fantasmas del dolor latiendo en todo su cuerpo. Las lágrimas le caían por las mejillas.

—No es un hombre particularmente inteligente, Lamora. Un hombre inteligente jamás me hubiera hecho perder el tiempo de forma deliberada. Un hombre inteligente hubiera comprendido los matices de la situación en que se encontraba sin necesidad de… tener que repetirla.

Otro movimiento de lo que Locke veía de color plateado con el rabillo del ojo, y un nuevo dolor brotó de su pecho, como si una flor de fuego le rodeara el corazón. Podía sentirla allí dentro, quemándole en el propio centro de su ser; le daba la impresión de que podía oler la carne que crepitaba por el fuego, mientras el aire de sus pulmones se calentaba tanto como el pan en el horno. Locke gimió, se retorció, echó la cabeza hacia detrás y, finalmente, gritó.

—Le necesito —dijo el halconero—, así que me dominaré para que sea humilde y agradecido. Sus amigos son otro cantar. ¿Qué tal si le hago esto mismo a Bicho, mientras usted lo ve? ¿Y si se lo hago a los Sanza?

—No… por favor, no —exclamó Locke, doblado en dos por la agonía, agarrándose con ambas manos la parte izquierda del pecho. Entonces cayó en la cuenta de que se estaba desgarrando la camisa, como si fuera un animal enloquecido de dolor—. ¡A ellos no!

—¿Por qué no? No significan nada para mi cliente. Son prescindibles.

El dolor ardiente disminuyó, produciéndole a Locke una nueva conmoción al desaparecer por completo. Se acurrucó sobre un costado, respirando afanosamente, sin poder creer que un dolor tan fuerte pudiera desaparecer tan deprisa.

—Otra palabra hiriente —dijo el mago—, otra observación ocurrente, otra exigencia más, cualquier atisbo de cualquier cosa que no sea la más *completa abyección*, y ellos pagarán el precio de su orgullo —levantó de la mesa el vaso de retsina y lo probó. Luego chasqueó los dedos de la otra mano y el líquido del vaso se desvaneció en un instante, evaporado sin un asomo de llamas—. ¿Hemos conseguido librarnos de todos los malentendidos?

—Sí —dijo Locke—, de todos. Sí. Por favor, no les hagas daño. Cumpliré lo exigido.

—Claro que lo cumplirá. Le he traído la ropa que llevará en el Agujero del Eco. La encontrará al otro lado de la puerta. Es teatralmente apropiada. Creo que no será necesario decirle que haga bien su papel; estará en el Agujero del Eco a las diez y media de la noche, para la entrevista. Yo le guiaré desde allí y le diré lo que tenga que decir.

—Barsavi —Locke tosió—. Barsavi… intentará matarme.

—¿Acaso pone en duda que puedo seguir castigándole en este sitio todo lo que yo quiera hasta que enloquezca de dolor?

—No… no.

—Entonces no debe poner en duda que le protegeré de cualquier despropósito que el Capa pueda emplear contra usted.

—¿Y cómo vas a decirme lo que debo decir?

—*No necesito el aire* —dijo la voz del mago de la Liga, resonando en la cabeza de Locke con tanta fuerza que le hizo estremecerse— *para que mis instrucciones lleguen hasta usted. Cuando, en la entrevista con Barsavi, necesite algo, yo se lo daré. Cuando tenga que exigir algo o aceptar alguna exigencia, yo le diré cómo habrá de proceder. ¿Está claro?*

—Sí… sí. Perfectamente claro. Gracias.

—Debería estar agradecido por lo que mi cliente y yo hemos hecho por usted. Mucha gente tiene que esperar años para gozar de la gracia de Capa Barsavi. Eso es lo que nosotros le hemos servido en bandeja. ¿No somos generosos?

—Sí… ciertamente.

—Así es. Ahora le sugiero que encuentre el medio de librarse del servicio que le ha pedido. Así podrá concentrarse en el otro servicio que requerimos de usted. No queremos que divida su atención en el crítico momento, porque eso le causaría *angustia*.

4

El Último Error estaba medio vacío, un fenómeno que Locke jamás había presenciado con anterioridad. Las conversaciones habían enmudecido, las miradas eran frías y pesarosas, las bandas se hacían notar por su ausencia. Los hombres y las mujeres llevaban ropa que abrigaba más de lo que exigía la estación; más capas cortas, más casacas y más chalecos largos. Así era más fácil llevar armas debajo sin que se notara.

—¿Qué diablos te ha sucedido?

Jean se levantó para ayudarle a sentarse; ambos se dirigieron a la mesita que se encontraba cerca de una de las paredes agrietadas de la taberna desde donde se podía ver bien la puerta. Locke se sentó en una silla con un leve eco de los dolores imaginarios del halconero aún en las articulaciones y los músculos del cuello.

—El halconero —explicó en voz baja— quería exponer unas cuantas opiniones y, como ves, no resultó tan encantador como suponía —pasó un dedo por su camisa rota y suspiró—. Ahora la cerveza, la puta más tarde.

Jean le pasó una jarra de cerámica llena de la reconfortante cerveza negra de Camorr, y Locke se bebió la mitad en dos sentadas.

—Bueno —dijo después de limpiarse la boca—, creo que no fue acertado decirle lo que le dije. No creo que los magos de la Liga estén acostumbrados a que los insulten.

—¿Pudiste hacer algo?

—Nada —Locke se bebió la cerveza que le quedaba y dejó la jarra boca abajo antes de depositarla encima de la mesa—. Fue algo espantoso. Creía que me iba a morir, aunque en cierto modo fue aleccionador.

—Ese cabrón —Jean se estrujó las manos—. No sabes lo que le haría antes de matarle. Abrigo la esperanza de poder echarle el guante.

—Resérvate para el Rey Gris —musitó Locke—. He pensado que, si sobrevivimos a lo que vaya a suceder el Día del Duque, tendremos que impedir que vuelva a contratar al halconero. Y cuando el mago de la Liga le deje…

—Le haremos otra visita al Rey Gris. Con puñales.

—Correcto. Le seguiremos, si eso es lo que hay que hacer. No sabíamos en qué invertir nuestro dinero… bueno, pues podemos empezar por ahí. Sea lo que sea que haya planeado ese bastardo, cuando ya no pueda pagar a su mago le enseñaremos lo mucho que nos gusta que nos peguen como si fuéramos simples pelotas. Aunque

tengamos que seguirle por el Mar de Hierro y rodear el cabo de Nessek y llegar a Balinel en el Mar de Bronce.

—No está mal el plan. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—¿Esta noche? —repitió Locke con un gruñido—. Seguiré el consejo de Calo. Me voy a dar un paseo por la Cofradía de los Lirios y llenarme la cabeza con chicas. Ellas la devolverán a su situación normal por la mañana, cuando ya se hayan cansado de mí; ya sé que tendré que pagarles un extra, pero no me importa.

—Debo de estar volviéndome loco —dijo Jean—. Ya han pasado tres años y en todo ese tiempo, has estado…

—He estado frustrado y necesito un descanso y ella está a más de mil kilómetros de distancia y creo que, a fin de cuentas, también soy humano, por todos los diablos. Así que no me esperes levantado.

—Iré contigo —dijo Jean—. No es conveniente ir solo en una noche como ésta. La ciudad está soliviantada, ahora que ha corrido la noticia de la muerte de Nazca.

—¿No es conveniente? —Locke se rió—. Jean, soy el hombre más a salvo de Camorr. Sé positivamente que soy el único a quien nadie quiere matar esta noche. Al menos hasta que dejen de tirar de mis cuerdas.

5

—No funciona —dijo, cuando apenas habían pasado dos horas—. Lo siento, no… no es culpa tuya.

La habitación era cálida, oscura y muy acogedora, bien ventilada por el suave *shh-shh-shh* de un abanico de madera que se movía de uno a otro lado oculto en un respiradero. Unas norias daban vueltas fuera de la adornada casa de la Cofradía de los Lirios, en el extremo norte de la Trampa, moviendo las correas y cadenas que transmitían el movimiento a sus diversos mecanismos de bienestar.

Locke yacía en una cama grande, provista de un suave colchón de plumas y sábanas de seda, que se encontraba cubierta por un baldaquín. Se tumbaba desnudo bajo la suave luz roja de un globo alquímico, apenas más fuerte que el escarlata del claro de luna, y admiraba las suaves curvas de la mujer que le estaba pasando las manos por la cara interior de los muslos. Olía como el vino de manzanas calentado con especias y almizcle de cinamomo. Pero él no parecía excitarse.

—Felice, por favor —dijo—, no ha sido buena idea.

—Estás tenso —susurró Felice—. Es evidente que te obsesiona algo, y este corte del brazo… no creo que te sea de gran ayuda. Déjame intentar unas cuantas cosas más. No hay nada que más me guste que un desafío… profesional.

—No sé qué otra cosa podría serme de ayuda.

—Hmmm —Locke pudo escuchar lo compungida que parecía su voz, aunque, bajo aquel crepúsculo rojo, apenas viera de su rostro más que unas suaves líneas de sombra—. Hay vinos, como bien sabes. Alquímicos, de Tal Verrar. Afrodisíacos. No

son baratos, pero servirán —acarició el estómago de él, jugando con la delgada línea de vello que corría por su parte central—. Pueden hacer *milagros*.

—No necesito vino —dijo él con voz distante, cogiéndole la mano y apartándola de su piel—. Dioses, no sé lo que necesito.

—Entonces, permíteme una sugerencia —ella se movió por la cama hasta que se puso de rodillas junto a su pecho. Con un movimiento preciso (debajo de aquellas curvas también había músculos) se puso a horcajadas encima de su estómago y comenzó a masajear los músculos de su cuello y de su espalda, alternando el masaje con suaves caricias.

—Sugerencia… uhh… aceptada.

—Locke —dijo Felice, cambiando la voz que solía emplear en la habitación, llena de susurros y del haré-todo-lo-que-quieras-para-complacerte que formaba parte de las ilusiones más apreciadas en su oficio—, ¿sabías que nuestras asistentas de la salita de espera nos cuentan los deseos del cliente en cuanto nos entregan la comisión?

—Eso había oído.

—Bueno, pues tú dijiste que querías una pelirroja.

—Uh… más abajo, por favor… ¿qué quieres decir?

—Que sólo hay dos pelirrojas en los Lirios —dijo ella—, y que todo el tiempo solicitan sus servicios. Pero la cuestión es que unos quieren una pelirroja en *general* y otros una pelirroja en *particular*.

—Oh…

—Los que quieren una pelirroja en general, pasan el rato y se van. Pero tú… querías una pelirroja en particular. Y yo no doy el tipo.

—Lo siento… Ya te dije que no tenías la culpa.

—Lo sé. Es muy amable por tu parte.

—No me importa haberme gastado el dinero.

—Y eso también es un buen detalle —dijo ella, sonriendo entre dientes—. Pero si no lo hubieras hecho, la habitación se habría llenado de tipos fornidos con garrotes a los que les importan un pito mis pobres sentimientos.

—Mira —dijo Locke—, prefiero esta charla contigo a todas esas chorradas de antes del tipo cómo-puedo-agradarte-amo.

—A algunos hombres les gustan las putas sinceras. Otros sólo quieren oírles decir lo maravillosos que son —le estaba masajeando los músculos del cuello con la parte posterior de las palmas—. Todo es un negocio. Pero, como te decía, dabas la impresión de estar buscando a alguien. Y ahora te has dado cuenta.

—Lo siento.

—No es necesario que te estés disculpando todo el tiempo conmigo. Eres el único que tiene a su enamorada a medio continente de distancia.

—Por los dioses —refunfuñó Locke—. Si encuentras en Camorr a alguien que no lo sepa, te daré cien coronas, te lo juro.

—Pues yo acabo de enterarme por uno de los Sanza.

—¿Uno de los Sanza? ¿Cuál de los dos?

—No lo sé. Insistieron en decírmelo a oscuras.

—Voy a cortarles sus malditas lenguas.

—Oh, shhh —le acarició los cabellos—. No lo hagas, por favor. Ésas nos hacen a las chicas muy buenos servicios.

—Hmmmf.

—Pobre niño tonto. Lo estás pasando mal por ella. Sólo puedo decirte, Locke, que estás jodido —Felice rio en sordina—, pero no por mí.

Interludio

Los mocosos que eran obras maestras

1

El verano después de que Jean ingresara en los Caballeros Bastardos, el padre Cadenas le llevó de noche, después de cenar y acompañado por Locke, al tejado del templo. Mientras la luz del sol se sumía en el horizonte y el fuego cautivo del cristal antiguo de la ciudad ocupaba su puesto, Cadenas se fumó una hoja de tabaco de Jerem envuelta en papel.

Aquella noche quería hablarles de cortarle el cuello a la gente cuando es necesario.

—El año pasado tuve esta misma charla con Calo, Galdo y Sabetha —comenzó a decir—. Vosotros, muchachos, sois inversiones, tanto en tiempo como en dinero —como de costumbre, exhaló medias lunas deshilachadas de humo pálido sin lograr conjurar anillos perfectos—. Grandes inversiones. Quizá el trabajo de toda mi vida. Un par de mocosos que son obras maestras. Por eso quiero recordaros que cuando os veáis metidos en una lucha tendréis que dejar vuestras sonrisas. Si alguien desenvaina, espero que sobreviváis. En ocasiones eso significará que no podréis ser amables. Y en otras que tendréis que salir corriendo como si se os quemara el culo. Esto quiere decir que habréis de saber cuál es la elección correcta… por lo que ahora vamos a hablar de vuestras tendencias.

Cadenas miró fijamente a Locke mientras aspiraba profundamente el humo de su cigarro; la inhalación final del hombre que nada en aguas hostiles y que se prepara a sumergirse bajo ellas.

—Tú y yo, Locke, sabemos que posees múltiples talentos, facultades excelentes para hacer muchas cosas importantes. Por eso te voy a hablar sin tapujos: si llegas a las manos con un enemigo de verdad, sólo quedará de ti un par de calzones meados y una mancha de sangre. Puedes llegar a matar, es cierto, bien lo saben los dioses, pero no estás hecho para resistir un combate cara a cara. Y lo sabes, ¿estoy en lo cierto?

El silencio de Locke, que acababa de ruborizarse, fue una respuesta elocuente. Sintiéndose repentinamente incapaz de sostener la mirada de Cadenas, intentó dar a entender que sus pies eran unos objetos fascinantes en los que jamás había reparado.

—Locke, Locke, no podemos detener a todos los individuos malos con una espada en la mano, y no hay que penar por ello, así que haremos como si no hubiéramos visto que esos labios tuyos se estremecen como las tetas de una puta vieja, ¿de acuerdo? Aprenderás a desenvolverte con el acero, la soga y el callejón. Pero para emplear todo eso no de manera directa, sino a traición. Por detrás, desde un

costado, desde arriba, siempre en la oscuridad —Cadenas agarró por detrás a un oponente imaginario, le pasó la mano izquierda por el cuello y llevó la derecha a la altura de los riñones, haciendo como si el cigarro a medio fumar fuese una daga—. Siempre de lado, porque así evitarás que te hagan picadillo.

Cadenas hizo como si limpiara la sangre de su hoja rematada en ceniza y se echó otra calada.

—Y eso es todo. Métetelo en la cabeza y llévalo contigo cuando vayas a la ciudad. Jamás hay que olvidar las propias deficiencias. Existe un viejo dicho para las bandas: «Echa fuera las mentiras, pero deja la verdad en casa» —arrojó por las fosas nasales dos chorros gemelos de humo, complaciéndose de manera evidente al observar los rizos de vapor gris que remoloneaban alrededor de su cabeza—. Y se acabó el andar contoneándote por ahí como si fueras una jodida tía en pelotas, ¿de acuerdo?

Al escuchar aquello Locke esbozó una tímida mueca, pero alzó la mirada y asintió.

—Y ahora te toca a ti —dijo Cadenas, mirando a Jean—, todos sabemos que tienes ese tipo de temperamento capaz de partirle el cráneo a quien te saque de tus casillas. El cerebro adecuadamente malvado lo tenemos en Locke, que es un mentiroso fantástico. Calo y Galdo son plata en todo lo que tocan, pero no oro. Sabetha tiene unos dones innatos que la convierten en la reina de los mayores encantusadores de este mundo. Así que lo único que *nos falta* es el antiguo y consabido tío duro. Pienso que tú podrías ser el tipo pendenciero que se mantiene firme y que saca a sus amigos del atolladero. Un jodido perro rabioso con acero en las manos. ¿Te importaría intentarlo?

Los ojos de Jean bajaron de repente hacia el fascinante espectáculo que para él debían de ser sus propios pies.

—Hum, bueno, si piensas que podría hacer un buen papel, puedo intentarlo…

—Jean, yo te he visto enfadado.

—Y yo he sentido tu enfado —dijo Locke, haciendo una mueca.

—Concédeme algún crédito por tener cuatro veces tu puñetera edad, Jean. No te alteras y no amenazas; sólo te comportas con frialdad y consigues que todo marche. Algunas personas han nacido para resolver las situaciones difíciles —se echó una nueva calada y dejó caer una pizca de ceniza sobre las piedras que estaban a sus pies —. Creo que tienes el don de sacarle a la gente los sesos de un porrazo. Y eso, que en sí no es ni bueno ni malo, es algo que nosotros podemos aprovechar.

Jean hizo como si se lo estuviera pensando, aunque tanto Locke como Cadenas ya habían visto en sus ojos que había tomado una decisión. Los habían visto volverse duros y airados por debajo de la mata de cabellos que los cubría, así que el asentimiento final sólo fue una formalidad.

—¡Bien, muy bien! Como pensaba que te gustaría la sugerencia, me tomé la libertad de hacer algunos preparativos —y extrajo una cartera de cuero negro del

interior de uno de los bolsillos de su holgada casaca, que entregó a Jean—. Mañana, después del mediodía, te esperan en la Casa de las Rosas de Cristal.

Locke y Jean abrieron unos ojos como platos a la sola mención de la más célebre y selecta escuela de armas de Camorr. Jean abrió la cartera con un capirotazo. Dentro había un escudo plano, una rosa estilizada de cristal esmaltado que estaba íntimamente unida al cuero del interior. Con aquel distintivo Jean podía cruzar el Angevino y pasar los puestos de guardia que se encontraban al pie de las colinas de Alcegrante, pues estaba bajo la protección directa de don Tomsa Maranzalla, Maestro de la Casa de las Rosas de Cristal.

—Esta rosa te permitirá ir más allá del río y cruzar el mar, pero no te quedes dando vueltas por ahí una vez que hayas llegado. Haz lo que te he dicho, ve derecho y vuelve derecho. A partir de ahora, irás cuatro veces por semana. Y, por la seguridad de todos, aclárate las ideas. Si te ves apurado, acude al fuego y a la alabarda — Cadenas dio la última calada al cigarro aromatizado con hierbas perennes que estaba a punto de consumirse y arrojó la colilla por encima del muro. Cuando exhaló la última bocanada de humo de aquella noche, ésta fue a parar sobre las cabezas de los dos muchachos y se convirtió en un anillo que, aunque tembloroso, no dejaba de ser un anillo hecho y derecho.

—¡Hay que joderse! ¡Un presagio! —Cadenas se acercó al anillo que se movía a la deriva como si quisiera examinarlo—. O bien este plan va a salir a la perfección, o bien los dioses están contentos conmigo por los preparativos que he hecho para que tú, Jean Tannen, vayas a ese sitio nuevo. Me encantan los dilemas con dos proposiciones igual de agradables. Y ahora, decidme, ¿es que no tenéis nada que hacer?

2

En la Casa de las Rosas de Cristal había un jardín hambriento.

Aquel lugar era como Camorr, pero en microcosmos. Había sido de los Antiguos, que se lo habían dejado a los hombres para que desentrañaran sus misterios. El cristal antiguo que unía sus piedras entre sí era a prueba de humanos, como las Cinco Torres y la docena de estructuras dispersas en las islas de la ciudad. Los hombres y mujeres que vivían en los alrededores eran simples ocupas, lo que convertía a la Casa de las Rosas de Cristal en el lugar más peligroso de la ladera de las colinas de Alcegrante. El señor Maranzalla la gobernaba como muestra del grande y perdurable favor del Duque.

Al día siguiente, justo un instante antes de que el sol ascendiera hasta lo más alto de su recorrido, Jean Tannen llegaba ante la puerta de la torre de Maranzalla: una torre cilíndrica de cinco pisos de piedra gris y cristal plateado, una mole erguida e impresionante que hacía que las adorables casas de campo de los alrededores parecieran las maquetas de un arquitecto. Sobre ella se abatían incesantes las ondas

de calor de un cielo sin nubes, y el aire estaba cargado con los vapores ligeramente alcohólicos del río que pasaba por una ciudad cocida por las largas horas de sol. La vaga silueta de un rostro se insinuó en la ventana de vidrios esmaltados encastrada en la piedra, al lado de las enormes puertas laqueadas de la torre. La llegada de Jean no había pasado desapercibida.

Había ido hacia el norte, cruzando el río Angevino por un puente de cuerdas no más ancho que sus caderas, agarrándose a las cuerdas a lo largo de sus doscientos metros de longitud con manos sudorosas. No había ningún puente de anchura normal que llevara hasta la parte meridional de la isla de Zantara, la segunda isla más oriental de las Alcegrante. Las almadías cobraban medio barón de cobre por el pasaje; pero los que eran demasiado pobres para tomarlas tenían que enfrentarse al terror que producían los puentes de cuerdas. Jean jamás había subido por ninguno de ellos, y sólo la vista de los hombres y mujeres experimentados que, ignorando las cuerdas, lo cruzaban muy deprisa, le había bastado para convertirle las tripas en agua helada. Sentir de nuevo la consistencia del suelo bajo el calzado, al pisar tierra firme, había sido una bendición.

Los sudorosos casacas amarillas de guardia en la isla de Zantara habían dejado pasar a Jean con más premura de lo que él había supuesto después de que la alegría desapareciera de sus zafios rostros al reconocer el sello de la pequeña cartera negra. Al verlo, sus instrucciones habían sido lacónicas, y sus voces ¿se habían teñido por la pena o por el miedo?

—Te estaremos esperando, muchacho —le dijo de repente uno de ellos mientras Jean miraba el blanco empedrado de la calle—, por si mañana regresas colina abajo.

Así que era una mezcla de pena y de miedo. ¿Estaba Jean tan entusiasmado por aquella aventura como lo había estado la noche anterior?

Los crujidos y traqueteos que sólo podían provenir de unos contrapesos anunciaron la negra hendidura que no tardó en formarse entre los dos batientes de la puerta. Un segundo después, ambos se abrieron con lenta majestuosidad, empujados a fuerza de músculos por una pareja de hombres vestidos con libreas y fajines de color rojo sangre, y Jean pudo ver que cada uno de los batientes era de madera, con una anchura de veinte centímetros, reforzado por barras de hierro. Una oleada de olores se derramó sobre él: a piedra húmeda y a sudor rancio; a carne asada y a incienso de cinamomo. Olores de prosperidad y de seguridad, de vida dentro de aquellas paredes.

Jean mantuvo en alto la cartera para que la vieran los hombres que acababan de abrir la puerta, y uno de ellos agitó una mano con impaciencia.

—Le estábamos esperando. Entre en condición de invitado del señor de Maranzalla y respete esta casa como si fuese suya.

De la pared de la parte izquierda del suntuoso vestíbulo salían un par de escaleras de caracol, ambas de hierro pavonado; Jean siguió al hombre por una de ellas y subió un tramo de escalones estrechos, intentando mantener bajo control tanto su

respiración agitada como su transpiración mientras le llegaba el eco de la puerta de la torre, que acababa de cerrarse de golpe.

Prosiguieron su camino dejando tras de sí tres pisos de reluciente cristal y piedra antigua, adornados con gruesas alfombras rojas e innumerables tapices llenos de suciedad que Jean tomó por lo que eran, estandartes de guerra. Maranzalla había estado durante un cuarto de siglo al servicio del Duque, siendo su maestro de esgrima y el comandante de los casacas negras. Aquellos harapos ensangrentados era todo lo que quedaba de las innumerables compañías que el hado había lanzado contra Nicovante y Maranzalla en el transcurso de unos combates que se habían convertido en leyenda: las Guerras del Mar de Hierro, la Rebelión del Conde Loco, la Guerra de los Mil Días contra Tal Verrar.

Finalmente, la escalera de caracol acabó por conducirles a una pequeña habitación en penumbras, apenas más grande que una buhardilla y escasamente iluminada por la tenue luz rojiza de una linterna de papel. El hombre posó una mano encima de una perilla de latón y se volvió para mirar a Jean.

—Hemos llegado al Jardín Sin Fragancia —dijo—. Si ama la vida, camine con cuidado y no toque nada —luego empujó la puerta que conducía al tejado y echó una mirada tan luminosa y extraña que Jean le siguió.

La Casa de las Rosas de Cristal era el doble de ancha que alta, de suerte que el tejado, protegido a su alrededor por unas vallas, tenía al menos treinta metros de diámetro. Durante un instante, Jean pensó, muy asustado, que se encontraba ante un enorme fuego alquímico multicolor. Todas las historias y rumores que había escuchado no le habían preparado para la contemplación de aquel lugar que recogía la luz del sol del tórrido verano; era como si un diamante líquido enviase sus latidos por un millón de delicadísimas venas, reluciendo en otras tantas facetas y aristas. Aquél era un impecable jardín de rosas, un emparrado tras otro de espinas, pétalos y tallos perfectos, silenciosos y sin aroma, pero vivos por el calor que reflejaban, pues todo aquello estaba hecho de cristal antiguo: cientos de miles de flores, perfectas hasta en el menor detalle de las espinas. Deslumbrado, Jean se tambaleó hacia delante y proyectó una mano para no caerse; y cuando cerró los ojos, la oscuridad se llenó de imágenes que eran como relámpagos de luz y de calor.

El hombre de Maranzalla le cogió de los hombros con firmeza, pero también con cortesía.

—La primera vez causa una impresión abrumadora. Sus ojos se acostumbrarán en unos momentos, pero no olvide mis palabras y, por los dioses, no toque *nada*.

En cuanto los ojos de Jean se recobraron de la conmoción ocasionada por el jardín, aquella luz cegadora fue desapareciendo poco a poco de su vista. Y comprobó que los emparrados de las rosas eran transparentes; el que estaba más cerca de él se encontraba a dos pasos por delante. Y era completamente terso, tanto como decían los rumores, como si los Antiguos hubieran congelado cada flor y cada arbusto en el momento preciso en que el verano les otorgaba el culmen de su perfección. Por aquí

y por allá podían verse dentro de aquellas paredes esculpidas unas manchas de color auténticamente natural, masas transparentes de color rojizo oscuro que giraban como nubes de humo ocre congeladas en hielo.

Aquellas nubes eran de sangre humana.

Cada pétalo, cada hoja, cada espina era más afilada que cualquier navaja de afeitar; el simple roce de una de ellas cortaba la piel como si fuera de papel, y las rosas bebían sangre, o eso decían las leyendas, llevándola hasta lo más profundo de su interior por la red de tallos y de hojas de cristal. Se decía que si aquel jardín conseguía algún día alimentarse con todas las vidas que necesitaba, las flores y los emparrados cobrarían un vivo color rojo ocre. Algunos rumores decían que el jardín sólo bebía lo que le daban, mientras que otros insistían en que las rosas obtenían sangre de una simple herida y que eran capaces de desangrar completamente a un hombre por muy pequeña que fuera dicha herida.

Caminar por los senderos del jardín requería un gran esfuerzo de concentración; como la mayor parte sólo tenía una anchura de dos o tres pasos, un momento de distracción podía resultar fatal. Mucho se insistía en que, según Maranzalla, su jardín era el lugar ideal para que los jóvenes aprendieran a pelear. Por primera vez en su vida, Jean sintió una especie de temor reverencial ante las criaturas que se habían desvanecido de Camorr mil años antes de su nacimiento. ¿Cuántas sorpresas más habrían dejado atrás para que los hombres tropezasen con ellas? ¿Qué pudo obligar a huir a seres tan poderosos, capaces de crear algo como aquello? La respuesta tenía que ser terrible.

El hombre de Maranzalla soltó los hombros de Jean y ambos volvieron a entrar en la habitación medio en penumbra que se encontraba en lo alto de la escalera; dicha habitación, Jean era consciente de ello en aquellos momentos, sobresalía del contorno de la torre como la chabola de un jardinero.

—El señor de Maranzalla estará esperándole en el centro del jardín —dijo.

Y luego cerró la puerta tras de sí y Jean pensó que se había quedado solo en el tejado, bajo el implacable sol y enfrente de los sedientos emparrados.

Pero no estaba solo; hasta él llegó un sonido que provenía del corazón del jardín de cristal, el dañino roce del acero contra el acero, los gruñidos débiles de alguien que se esforzaba, las nítidas órdenes emitidas por una voz grave y llena de autoridad. Si sólo unos pocos minutos antes Jean hubiera jurado que pasar por el puente de cuerdas era la cosa más atroz que jamás había hecho, en aquellos momentos en que se encontraba frente a frente con el Jardín Sin Fragancia no le hubiera importado regresar a la parte media de aquel puente tan precario que se balanceaba a veinte metros por encima del Angevino y ponerse a bailar en él sin sujetarse a las cuerdas.

Pero la cartera negra que agarraba con la mano derecha le hizo recordar que el padre Cadenas estaba seguro de que saldría airoso de cualquier prueba que le aguardara en aquel jardín. A pesar del deslumbrante peligro que representaban todas aquellas rosas, ni estaban vivas ni pensaban; ¿cómo podría llegar a tener el corazón

de un asesino si le asustaba caminar entre ellas? La vergüenza le obligó a avanzar, paso a paso, mientras pisaba los senderos zigzagueantes del jardín con exquisito cuidado, el sudor cayéndole por el rostro y lastimándole los ojos.

—Soy un Caballero Bastardo —dijo en voz baja.

En el transcurso de su breve vida jamás había tardado tanto en caminar diez metros, la distancia que acababa de recorrer entre los fríos y anhelantes emparrados cristalinos de rosas.

Y no les había concedido ni la más mínima gota de su sangre.

En el centro del jardín había un claro de unos diez metros de diámetro; en él, dos chicos de apenas la edad de Jean daban vueltas uno alrededor del otro atacándose rápidamente con unos estoques. Otra media docena de chicos los observaba a disgusto, acompañados por un hombre a punto de cumplir los sesenta. Aquel hombre tenía una cabellera que le cubría los hombros y un bigote lacio del mismo color que las cenizas de los fuegos de campamento; su rostro parecía de un cuero al que hubieran teñido con el color de la arena; a pesar de llevar un jubón de caballero del mismo color rojo que los criados que se encontraban escaleras abajo, lucía unas calzas muy gastadas de soldado y unas botas de campaña cubiertas de arañazos.

Ninguno de los muchachos de la clase se hubiera burlado de las ropas de su maestro. Todos eran hijos de la *aristocracia*, vestidos con chalecos de brocado y calzas de sastrería, camisas de seda y brillantes imitaciones de botas de espadachín; todos llevaban casacas blancas de piel de ante, así como unos brazales tachonados con plata, del mismo material; exactamente lo necesario para parar las estocadas de las armas de entrenamiento. Jean se sintió desnudo en el instante en que entró en aquel claro, y sólo la amenaza de las rosas de cristal le impidió retroceder y esconderse.

Uno de los duelistas se sorprendió al ver salir a Jean del jardín; su oponente hizo buen uso de aquella distracción de una fracción de segundo y, rápidamente, hundió el estoque en el relleno del brazo del otro chico, perforando el ante. El muchacho tocado lanzó un chillido indecoroso y dejó caer su arma.

—Mi señor de Maranzalla —dijo uno de los chicos que lo habían visto, y había más aceite en su voz que el que suele haber en una hoja devuelta al estante de las armas—. ¡Lorenzo se distrajo de manera evidente al reparar en ese chico que acaba de salir del jardín! No ha sido un golpe limpio.

Todos los chicos del claro se volvieron para mirar a Jean, y fue imposible adivinar cuál de ellos fue el primero en poner a punto su desdén: sus ropas baratas, su silueta con forma de pera, su carencia de armas y de equipo. El muchacho que tenía en la manga la mancha de sangre, la cual iba creciendo de tamaño, fue el único que no se entretuvo en mirarle, pues tenía otros problemas en qué pensar. El hombre canoso se aclaró la garganta y luego habló con la voz grave que Jean había escuchado antes. Parecía divertido.

—Fuiste un necio, Lorenzo, al apartar los ojos de tu oponente, aunque, en cierto modo, te haya servido para conocer el dolor. Pero también es cierto, seamos ecuánimes, que un joven caballero no debe aprovechar una distracción externa para apuntarse un punto. Ambos tendréis que hacerlo mejor la próxima vez —y luego, señalando con el dedo a Jean sin mirarle, dijo con voz que ya no era amable—: Y tú, muchacho, piérdete en el jardín hasta que hayamos terminado. No quiero volver a verte hasta que estos jóvenes caballeros terminen de luchar.

Completamente seguro de que el fuego que le llenaba las mejillas hubiera podido eclipsar hasta la mismísima luz del sol, Jean se perdió de vista al instante; pasaron varios segundos antes de que se diera cuenta, aterrorizado, de que había saltado al interior del laberinto de emparrados de cristal. Colocándose a varias curvas de distancia del claro, embargado por una mezcla de miedo y de autocompasión, intentó no moverse mientras el calor del sol le hacía sudar a chorros.

Afortunadamente, no tuvo que esperar durante mucho tiempo; el sonido del acero contra el acero se desvaneció y Maranzalla terminó la clase. Los chicos pasaron al lado de Jean con las camisas y los jubones desabrochados, todos a sus anchas en medio de aquel laberinto de letales flores transparentes. Nadie dijo nada a Jean, pues aquélla era la casa del noble Maranzalla y hubiera sido una presunción por su parte ofender en sus dominios a cualquier persona del común. El hecho de que cada uno de aquellos muchachos hubiera sudado su camisa de seda hasta volverla transparente y de que a varios de ellos se le hubiera puesto la cara colorada e hinchada por el calor, sirvió de bien poco a la miseria que consumía a Jean.

—Muchacho —dijo el noble después de que la tropa de jóvenes caballeros desapareciera del jardín y enfilara la escalera—, ven aquí.

Haciendo acopio de toda la dignidad que podía, pero comprendiendo que la mayor parte de ella sólo estaba en su imaginación, Jean se secó las manos en su prominente barriga y se dirigió nuevamente al claro. Maranzalla no le estaba mirando, pues tenía en la mano el estoque de entrenamiento, más corto que el de verdad, que acababa de pinchar el bíceps de un chico descuidado. Y aunque en sus manos pareciera sólo un juguete, la sangre que brillaba en su punta era muy real.

—Yo, uh, lo siento, señor, mi señor de Maranzalla; creo que he llegado antes de tiempo. No quería interrumpir la lección…

El noble se volvió sobre sus talones, tan silencioso como un reloj de Tal Verrar, los músculos del tórax igual de rígidos que los de una estatua. Se quedó mirando fijamente a Jean, y el frío escrutinio de aquellos ojos negros de mirada aviesa le dio a Jean el tercer gran susto de la tarde.

—¿Te resulta divertido, plebeyo, hablar antes de que te dirijan la palabra, en un lugar como éste, a un hombre como yo? —dijo el aristócrata con un susurro como de serpiente—. ¿A un *noble* como yo?

La disculpa de Jean murió en su garganta con un borborigmo muy poco viril; algo parecido al ruido húmedo que hace la almeja cuando alguien le rompe la concha por

querer sacarla de una grieta.

—Por eso mismo, por si sólo se debe a que eres descuidado, en un abrir y cerrar de ojos te sacaré ese mal hábito de tu culo gordo —el noble avanzó a zancadas hacia el emparrado más cercano de rosas de cristal y, con evidente cuidado, deslizó la punta del florete manchado de sangre sobre una de las flores. Jean observó con una fascinación llena de terror cómo la mancha roja se desvanecía rápidamente de la hoja y entraba en el cristal, para difundirse por una especie de zarcillo de un anublado color rosa hasta llegar al interior de la escultura. El noble sacudió la espada limpia hacia el suelo—. ¿Se trata de eso? ¿Eres un chico pequeño, gordo y descuidado que me envían con la pretensión de aprender el manejo de las armas? Sin duda eres un sucio golfillo del Caldero; la cagada de alguna puta dejada de la mano de los dioses.

Al principio, la lengua de Jean se negó a moverse, pero luego escuchó la sangre martilleándole en los oídos como las olas del mar en la orilla. Sus puños se cerraron por algún impulso que les era propio.

—¡Nací en la Esquina Norte, y mi padre y mi madre eran gente del mundo de los negocios! —exclamó con un aullido.

En cuanto hubo escupido fuera aquellas palabras, su corazón pareció detenerse; mortificándose, se llevó los brazos a la espalda, inclinó la cabeza y dio un paso atrás.

Después de unos instantes de pesado silencio, Maranzalla rió con voz muy alta y dislocó sus nudillos con un ruido similar al que hacen las piñas cuando se abren en el fuego.

—Discúlpame, Jean —dijo—, pero quería comprobar si Cadenas me había contado la verdad. Por los dioses, que tienes pelotas. Y temperamento.

—Vos… —Jean se quedó mirando a Maranzalla, comenzando a comprender— *queríais* enfadarme, mi señor.

—Muchacho, sé que eres muy sensible respecto a tus padres. Cadenas me habló un poquito de ti —el noble dobló una rodilla ante Jean para que sus ojos estuviesen a la altura de los suyos y le puso una mano en el hombro.

—Cadenas no es ciego —dijo Jean—. Yo no soy un iniciado. Y vos no sois realmente… no sois realmente…

—¿Un viejo y desconsiderado hijo de puta?

A su pesar, Jean esbozó una risita.

—Yo, bueno… me preguntaba si iba a encontrarme con alguien que fuera lo que ellos parecen ser, mi señor.

—Sí. Ya viste que acaban de abandonar este jardín apenas unos minutos. Y, Jean, de verdad que soy un viejo y desconsiderado hijo de puta. Acabarás odiando mis miserables tripas antes de que termine el verano. Me maldecirás cuando amanezca y cuando llegue la Falsa Luz.

—Es posible —dijo Jean—, pero sólo estaremos haciendo lo que se espera de nosotros.

—Muy cierto —dijo Maranzalla—. ¿Puedo confesarte una cosa, Jean? No nací en este lugar; es un regalo por los servicios prestados. Y no creas que no lo aprecio… pero mis padres ni siquiera procedían de la Esquina Norte. Yo nací en una granja.

—¡Vaya! —dijo Jean.

—Sí —dijo el noble—. Aquí arriba, en este jardín, poco importa de dónde fueran los padres de cada uno. Haré que te esfuerces en el trabajo hasta que sudes sangre y supliques piedad. Te arrastraré por él hasta que te inventes nuevos dioses a los que rezar. Lo único que este jardín exige es concentración. ¿Serás capaz de concentrarte todo el tiempo que te encuentres en él? ¿Serás capaz de sublimar toda tu atención para dirigirla a donde de veras importa, de vivir por completo en el ahora y de olvidarte de todo lo demás?

—Yo… sólo puedo decir que lo intentaré, mi señor. Si he paseado por estos jardines una vez, puedo volver a repetirlo.

—Volverás a repetirlo. Y mil veces. Correrás entre mis rosas. Dormirás entre ellas. Y aprenderás a concentrarte. Pero, te lo aviso, algunos no lo consiguen.

Maranzalla se levantó y, con una de sus manos, describió un semicírculo a su alrededor.

—Por aquí y por allá encontrarás lo que dejaron atrás. En el cristal.

Jean tragó saliva por los nervios y asintió.

—Antes intentaste disculparte por llegar pronto. La verdad es que llegaste a su debido tiempo. Alargué la clase porque tengo la costumbre de consentir a esos desgraciados mierdecillas siempre que quieren pincharse los unos a los otros. En adelante, ven cuando uno de ellos haya herido a otro, para estar seguros de que no tardarán en irse. No podemos permitirles que vean cómo te enseño.

Antaño Jean había sido el hijo de un hombre acaudalado y había llevado ropas tan elegantes como las que acababa de ver en el jardín. Se dijo que lo que sentía en aquellos momentos sólo era el antiguo escozor que le producía el haberlo perdido todo, y no la simple vergüenza de sentirse un estúpido a causa de su cabello, sus ropas o incluso la panza que le colgaba. Y aquel pensamiento tan digno fue suficiente para que se le secaran los ojos y compusiera el rostro.

—Comprendo, mi señor. No… no desearía incomodaros en lo sucesivo.

—¿Incomodarme? Jean, no me conoces —Maranzalla dio un puntapié al estoque de juguete y éste suscitó un ruido metálico en el tejado—. Esos meones revoltosos vienen para aprender el vistoso y caballeresco arte de la esgrima, junto con las muchas limitaciones y prohibiciones que les impiden comprometerse en combates que *no sean honorables*. Pero tú no eres como ellos —añadió, mientras se volvía para darle a Jean un firme y amistoso golpe en mitad de la frente con uno de sus dedos—; tú has venido a aprender *cómo se mata con una espada*.

Capítulo 7

Al otro lado de la ventana

1

Locke perfiló su plan durante la comida, que fue tan larga como llena de nerviosismo.

El Día del Duque, los Caballeros Bastardos comían sentados a la mesa de su madriguera de cristal justo a la hora del mediodía. Aunque el sol derramaba fuera la usual dosis de castigo prescrita para aquellos momentos del día, allí dentro hacía fresco, quizá un frío innatural incluso para una bodega subterránea. Cadenas había especulado muchas veces con la posibilidad de que el cristal antiguo no sólo sirviera para dar luz.

Sobre ella habían dispuesto un festín que parecía más acorde con alguna celebración que con una simple reunión de mediodía: cordero estofado con cebolla y jengibre, anguilas rellenas en salsa de vino con especias y tartitas de manzana verde preparadas por Jean (con una dosis bastante liberal de brandy Austershalin por encima).

—Estoy por apostar a que al cocinero del Duque le desollarían las pelotas si hiciera esto —dijo Jean—. Según mis cuentas, cada tartita sale a dos o tres coronas.

—¿Y a cuánto pueden salir cuando, una vez comidas, salen por el otro lado? —preguntó Bicho.

—Tú mismo puedes echar las cuentas —dijo Calo—. Coge una balanza.

—Y una paleta —añadió Galdo.

Los Sanza redondearon la comida con unas cuantas tortillas rellenas de trocitos de riñones de cordero, que era uno de los platos favoritos. Pero aquel día, aunque todos estuvieran de acuerdo en que la comida era la mejor en muchas semanas, superando con creces a aquella otra con la que habían celebrado el primer éxito obtenido en el juego de Don Salvara, les supo insípida. Bicho fue el único que comió con auténtico apetito, concentrando toda su atención en el plato lleno con las tartitas de Jean.

—Miradme —dijo con la boca llena—, a cada mordisco que pego, valgo más.

Aquella payasada suscitó algunas sonrisas y nada más; el chico carraspeó con fuerza, enfadado, y golpeó la mesa con los puños.

—Bueno, si nadie quiere comer —dijo—, ¿por qué no comenzamos a pensar en el modo de escaquearnos esta noche?

—Ciertamente —dijo Jean.

—Muy bien dicho —añadió Calo.

—Sí —dijo Galdo—. ¿Qué vamos a hacer y cómo podremos llevarlo a cabo?

—Bien —Locke empujó su plato hacia un lado, dobló la servilleta y la lanzó hacia el centro de la mesa—. Para comenzar, tendremos que usar una vez más las habitaciones de la maldita Torre Rota. Me parece que aún no hemos terminado con esas escaleras.

Jean asintió.

—¿Y qué vamos a hacer allí?

—Allí será donde estaremos tú y yo cuando Anjais pase a recogernos a las nueve. Y allí nos quedaremos después de haberle dado una buena excusa para no acompañarle.

—¿Y cuál será esa buena excusa? —preguntó Calo.

—Una muy colorista —dijo Locke—. Necesito que esta tarde tú y Galdo le hagáis una visita a Jessaline d'Aubart. Para lo que voy a hacer, necesito la ayuda de un alquimista negro. Y esto es lo que le diréis…

2

La farmacia ilegal de Jessaline d'Aubart y de su hija Janellaine se encontraba encima de unas oficinas de secretarios legales sitas en el respetable vecindario del Recodo de la Fontana. Calo y Galdo subieron después de las dos del mediodía hasta el piso ocupado por los secretarios legales; una docena de hombres y de mujeres se inclinaban sobre unas enormes tablas de madera, anotando de una parte a otra, como autómatas, remesas de plumas, sal, carbón de madera y esponjas secas. Una sagaz disposición de espejos y tragaluces les permitía aprovechar la luz del día mientras trabajaban. De entre la gente dedicada en Camorr al comercio, pocos miraban tanto el dinero como aquellos oficinistas de primera.

En la parte trasera del primer piso había una escalera de caracol vigilada por una mujer joven que se hacía la distraída mientras empuñaba unas armas ocultas bajo su vestido pardo de brocado. Combinando las señas que hicieron con las manos con unos cuantos barones de cobre que desaparecieron en los bolsillos del vestido de la mujer, los gemelos Sanza dieron a entender que eran gente de confianza. Ella tiró de la cuerda de una campanilla que se encontraba al lado de la escalera y les indicó con la mano que subieran por ella.

En el segundo piso había un recibidor sin ventanas, de paredes y techo artesonados con una madera recia de color dorado que aún despedía un tenue aroma de laca de pino. Un mostrador alto dividía la habitación en dos; no había sillas en la parte de los compradores ni nada al otro lado, excepto una puerta cerrada.

Jessaline estaba de pie al lado del mostrador; era una mujer de poco más de cincuenta años, con una cabellera oscura del color del carbón vegetal que se derramaba en cascada sobre sus hombros y unos ojos cansados llenos de patas de gallo. Janellaine, que tenía la mitad de sus años, se encontraba de pie al lado de su madre, apuntando con una ballesta a las cabezas de Calo y de Galdo. Era un arma de

interiores, ligera y de poca fuerza, que, ciertamente, debía de tener la punta del dardo untada con algún veneno terrible. Ninguno de los Sanza se sintió particularmente inquieto, pues así era como trabajaban los alquimistas negros.

—Señora y señorita D'Aubart —dijo Calo, doblándose por la cintura—, a su servicio.

—Y también a su entera disposición —añadió Galdo.

—Maese y maese Sanza —dijo la mayor de las D'Aubart—, qué alegría veros.

—Aunque nos encontremos por entero poco dispuestas —dijo Janellaine.

—¿Puedo preguntaros si, por un casual, deseáis comprar algo? —Jessaline entrelazó sus manos encima del mostrador y enarcó una ceja.

—Da la casualidad de que un amigo nuestro necesita algo muy especial —Calo pescó una bolsa de monedas de su chaleco y la dejó a la vista sin abrirla.

—¿Especial?

—Quizá no sea específicamente especial. Tiene que sentirse enfermo. Muy enfermo.

—Lejos de mi intención el desaprovechar un negocio, queridos —dijo la D'Aubart mayor—, pero tres o cuatro botellas de ron harían el mismo servicio y sólo costarían una fracción del importe de cualquier cosa que pueda daros.

—Ah, no es esa suerte de dolencia —dijo Galdo—. Tiene que sentirse muy mal, como si estuviera a punto de llamar al dormitorio de la diosa de la muerte para preguntarle si puede entrar. Necesita una dolencia muy convincente.

—Hmmm —dijo Janellaine—. Creo que no disponemos de nada que pueda serviros, al menos no en este momento.

—¿Y para cuándo querría vuestro amigo lo que pedís? —dijo Jessaline.

—Esperábamos irnos de aquí con lo que hemos venido a pedirles —dijo Calo.

—Aquí no preparamos milagros, queridos —Jessaline tamborileó con los dedos encima del mostrador—. Al contrario de lo que la gente cree. Preferimos saber un poquito de lo que vamos a hacer. Revolverle a alguien las tripas para que se sienta mal y para que luego, pocas horas después, se sienta bien… es algo delicado.

—No somos magos mercenarios —añadió Janellaine.

—Se lo pido por los dioses —dijo Galdo—, lo necesitamos.

—Bueno —dijo Jessaline con un suspiro—, quizá podamos preparar algo juntas, una especie de chapuza que logre dar el pego.

—Flor de la tumba del muerto —dijo su hija.

—Sí —asintió Jessaline—. Y después pino de Somnay.

—Creo que tenemos las dos cosas en la tienda —dijo Jannelaine—. ¿Voy a comprobarlo?

—Hazlo, y pásame ese chisme mientras estás fuera.

Jessaline le pasó la ballesta a su madre, abrió la puerta del otro extremo de la habitación y desapareció, cerrándola por fuera. Jessaline apoyó suavemente el arma encima del mostrador y mantuvo uno de los largos dedos de su mano en el gatillo.

—Señora, nos ofende —dijo Calo—. Somos tan inofensivos como unos gatitos.

—Ni siquiera eso —dijo Galdo—, porque los gatitos tienen garras y se orinan en las cosas indiscriminadamente.

—No es por vosotros, muchachos. Es por la ciudad. Todo este sitio está en ebullición después de que acabaran con Nazca. El viejo Barsavi tiene que hacer algo para vengarse. Sólo los dioses saben quién es el tal Rey Gris y lo que quiere, pero yo estoy muy preocupada durante el día por lo que pueda subir por esas escaleras.

—Son tiempos revueltos —dijo Calo.

Janellaine regresó con dos pequeñas bolsas en las manos. Cerró la puerta tras de sí, pasó las bolsitas a su madre y se hizo de nuevo con la ballesta.

—Bueno —dijo la mayor de las D'Aubart—, ya lo tenemos aquí. Vuestro amigo debe tomarse esto, lo de la bolsita roja. Es flor de la tumba del muerto, una especie de polvo púrpura. Lo de la bolsita roja, no lo olvidéis. Que lo ponga en agua. Es un emético, no sé si esta palabra significa algo para vosotros.

—Nada agradable —dijo Galdo.

—Cinco minutos después de que se lo haya tomado, sentirá un dolor en el vientre. Diez minutos y le bailarán las piernas. Quince minutos y comenzará a vomitar todo lo que comió la semana pasada. No será agradable. Que tenga unos cuantos cubos a mano.

—¿Y parecerá absolutamente real? —preguntó Calo.

—¿Que si lo parecerá? Cariño, será completamente real. ¿Has visto alguna vez a alguien que finja estar vomitando?

—Sí —dijeron los Sanza con perfecta coordinación.

—Él lo hace con naranjas masticadas —añadió Galdo.

—¿Ah, sí? No creo que ahora vaya a fingir más. Cualquiera de los físicos de Camorr podrá jurar que su afección es auténtica y completamente natural. La flor de la tumba del muerto no se puede detectar, se disuelve rápidamente.

—¿Y entonces? ¿Qué pasa con la otra bolsa? —preguntó Calo.

—Contiene corteza de pino de Somnay. Hay que desmenuzarla y empaparla en té. Es el perfecto antídoto contra la flor púrpura, porque elimina completamente sus síntomas. Pero sólo podrá tomarlo después de que la flor le haya hecho efecto, no lo olvidéis. La corteza no hará que la barriga de vuestro amigo vuelva a llenarse de comida, ni le devolverá el vigor que perdió mientras estaba echando las tripas fuera. Se sentirá débil e hinchado durante uno o dos días.

—Parece maravilloso —dijo Calo—, según nuestra peculiar definición de lo que es maravilloso. ¿Qué le debemos?

—Tres coronas con veinte solones —dijo Jessaline—. Y sólo porque fuisteis los chicos del viejo Cadenas. Esto no tiene mucho que ver con la alquimia, sólo son preparados refinados y purificados, pero os servirán.

Calo contó veinte tirintos de oro de su bolsa y, luego de sacarlos de ella, los colocó en el mostrador, cada uno encima del otro.

—Aquí tienen cinco coronas. Con la seguridad de que esta transacción ha sido olvidada por todas las partes que intervinieron en ella.

—Sanza —dijo, muy seria, Jessaline d'Aubert— todas las compras que se hacen en mi tienda caen en el olvido, al menos en lo que concierne al mundo de fuera.

—Entonces ésta requiere —dijo Calo, añadiendo a la pila de monedas cuatro montoncitos más, con tres tirintos cada uno— un olvido extra.

—Bueno, si realmente quieres hacer énfasis en ese punto… —sacó un rascador de madera de debajo del mostrador y deslizó las monedas hasta que desaparecieron por el borde que estaba más cerca de ella, las cuales sonaron como si acabaran de caer en una bolsa de ante. Tenía mucho cuidado de no tocar las monedas con las manos, pues los alquimistas negros no solían alcanzar su edad si se relajaban de la paranoia que les impedía tocar, probar u oler los objetos.

—Pueden contar con nuestro agradecimiento —dijo Galdo— y también con el de nuestro amigo.

—Oh, no creo que cuente con lo último —Jessaline d'Aubert rió en voz baja—. Que primero se tome lo de la bolsita roja, y ya verás lo agradecido que se siente.

3

—Jean, dame un vaso de agua —desde la ventana de la habitación del séptimo piso que daba al canal, Locke observaba cómo los edificios de la parte meridional de Camorr se iban convirtiendo en largas sombras negras que se proyectaban hacia el este—. Es la hora de tomarme la medicina. Creo que son las nueve menos veinte.

—Ya está —dijo Jean, pasándole una pequeña taza en la que aún se movía una nube de posos de color lavanda—. Esta sustancia se disuelve en un abrir y cerrar de ojos, como decían los Sanza.

—Bueno —dijo Locke—, a la salud de los bolsillos mal vigilados, de los alquimistas auténticos, de un estómago resistente, del chapucero Rey Gris y a mayor gloria del Guardián Avieso.

—A nuestra salud, para que sigamos vivos cuando termine esta noche —dijo Jean, haciendo como si la copa imaginaria de la que bebía chocara con la taza de Locke.

—Mmm —Locke bebió un sorbo con mucha precaución, luego la inclinó y vació su contenido sin respirar—. Por ahora no me siento mal. Sabe a menta, muy refrescante.

—Un epitafio muy apropiado —dijo Jean, llevándose la taza.

Locke siguió mirando por la ventana un rato más; la malla estaba levantada porque el Viento del Duque, al seguir soplando con fuerza desde el mar, hacía que los insectos no picasen. Al otro lado de la Vía Camorazza, el distrito del Arsenal seguía inmóvil y en silencio; con todas las ciudades-estado del Mar de Hierro en relativa paz, los grandes astilleros, los almacenes y los diques secos tenían poco trabajo. En

tiempos de necesidad podían construir o reparar dos docenas de navíos a la vez; pero Locke sólo veía el esqueleto de un casco instalado en el dique seco.

Más lejos, el mar se convertía en espuma blanca al romperse contra la base de la Aguja del Sur, un rompeolas de piedra cuyo cemento era de cristal antiguo, de más de un kilómetro de longitud. En su parte más meridional una torre de vigilancia fabricada por los seres humanos se recortaba contra el mar oscurecido; más lejos aún podía divisar las blancas manchas de las velas bajo los rojos rizos de las nubes.

—Oh —dijo de repente—, creo que me sucede algo.

—Siéntate —dijo Jean—. Se supone que dentro de un instante vas a perder el equilibrio.

—Ya está sucediendo. De hecho… oh, dioses, creo que voy a…

Y así comenzó; una gran arcada subió por la garganta de Locke para arrastrar consigo todo lo que había comido el día anterior. Agarrado a un cubo de madera, permaneció de rodillas durante largos minutos con la misma devoción que cualquier hombre que rezara ante un altar pidiendo la intercesión de los dioses.

—Jean —musitó Locke, aprovechando un breve momento de calma entre arcadas —, la próxima vez que conciba un plan como éste, considera si debes plantarme un hacha en el cráneo.

—No creo que sirva de nada —Jean cambió un cubo lleno por otro vacío y le dio a Locke una palmada cariñosa en el hombro— tener que mellar mis excelentes y afiladas hachas en un cráneo tan duro como el tuyo…

Una a una, Jean comenzó a cerrar las ventanas. La Falsa Luz comenzaba a insinuarse.

—Por asqueroso que sea —dijo—, necesitamos este aroma para que Anjais se sienta impresionado al entrar.

Incluso después de que Locke tuviera el estómago completamente vacío, las molestias continuaron; se estremeció, temblequeó y se lamentó, agarrándose las tripas. Jean le cogió y le echó encima de un jergón, donde se quedó hecho un auténtico desastre.

—Te ves pálido y ojeroso —dijo—. No está mal. Muy real.

—¿Agradable, verdad? Dioses —susurró Locke—, ¿cuánto más van a tardar?

—No tengo ni idea —dijo Jean—, deberían llegar en este mismo momento; dales unos cuantos minutos para que se impacienten y den vueltas para ver si bajamos y para que luego entren al asalto.

Durante aquellos escasos minutos, Locke aprendió íntimamente el significado de lo que quería decir «una corta eternidad». Finalmente escucharon el crujido de los peldaños de la escalera y un fuerte porrazo en la puerta.

—¡Lamora! —era la voz de Anjais Barsavi—. ¡Tannen! ¡Abrid o echo la maldita puerta abajo!

—Gracias a los dioses —dijo Locke con un graznido, y Jean se levantó para correr el pestillo.

—¡Os hemos estado esperando delante del Último Error! ¿Venís o…? ¡Por los dioses! ¿Qué diablos ha sucedido aquí dentro?

Al entrar en la habitación, Anjais levantó un brazo para cubrirse el rostro apenas sintió el olor. Jean señaló con el dedo a Locke, que se retorcía en la cama, temblando y, a pesar del calor húmedo de la tarde, medio cubierto con una colcha liviana.

—Lleva así desde hace media hora —dijo Jean—. Vaciando el estómago por toda la habitación. No sé qué le pasa.

—Dioses, se está poniendo verde —Anjais dio unos pasos hacia Locke, mirándole con una expresión de pena y horror. Anjais se había vestido como si fuera a participar en un duelo, con un peto de cuero endurecido por ebullición, un cuello de cuero sin abrochar y un par de brazales de cuero tachonados de metal encima de sus antebrazos, que eran como jamones. Aunque varios hombres le habían seguido escaleras arriba, ninguno de ellos parecía muy decidido a entrar en el interior de la habitación.

—Yo tomé capón en la comida —dijo Jean— y él rollitos de pescado. Eso es lo último que comimos, y yo me encuentro bien.

—Por los meados de Iono. Rollitos de pescado. Seguro que los compró en oferta.

—Anjais —dijo Locke con voz penosa mientras alargaba una mano hacia donde aquél se encontraba—, no… no me dejes aquí. Aún puedo ir. Aún puedo luchar.

—Dioses, no —Anjais denegó con la cabeza—. Estás muy mal, Lamora. Creo que deberías llamar a un físico. ¿Has llamado a alguno, Tannen?

—No he podido. No he hecho más que cambiar los cubos y atenderle desde que comenzó.

—Pues sigue cuidándole. Quédate con él. No, Jean, no te enfades. No se puede quedar solo. Quédate y atiéndele. Y busca a un físico en cuanto puedas.

Anjais dio dos palmaditas a Locke en el hombro que tenía al descubierto.

—Cogeremos esta noche a ese cabrón, Locke. No te preocupes. Le joderemos bien y, cuando todo haya terminado, mandaremos a alguien para que te vea. Ya lo arreglaré con papá; él lo comprenderá.

—Por favor… por favor. Jean me puede ayudar a estar de pie. Aún puedo…

—Fin de la discusión. No puedes ni ponerte en pie; estás tan enfermo como un pez dentro de una botella de vino —Anjais se volvió hacia la puerta y saludó a Locke con un breve y cordial gesto de la mano antes de salir—. Si puedo ponerle la mano encima a ese bastardo, lo dejaré bien fino de tu parte, Locke. Quédate tranquilo.

Entonces la puerta se cerró con un golpe y Locke y Jean volvieron a quedarse solos.

4

Pasaron varios minutos que les parecieron muy largos. Jean abrió la ventana que daba al canal y miró el resplandor que producía la Falsa Luz. Vio cómo Anjais y los suyos

se abrían paso entre la muchedumbre y pasaban a toda prisa por un puente estrecho que cruzaba la Vía Camorazza para llegar al distrito del Arsenal. Anjais no volvió la cabeza hacia atrás ni una sola vez, y no tardó en ser tragado por las sombras y la distancia.

—Ya hace mucho que se han ido. Ahora voy a ayudarte con… —dijo Jean, apartándose de la ventana. Locke acababa de levantarse de la cama y echaba agua encima de la piedra alquímica, aparentando tener diez años más y diez kilos menos. Aquello era alarmante, pues Locke no podía permitirse el perder diez kilos de golpe.

—Encantador. Ya hemos terminado el trabajo menos complicado e importante de la noche. Prosigamos, Caballeros Bastardos —dijo Locke. Mientras dejaba una jarra de cristal encima de la reluciente piedra, su rostro se volvió rojo por el reflejo que despedía. ¿Diez años más viejo? Más de veinte—. Y ahora a por el té, quieran los dioses que sea mejor que el polvo púrpura.

Jean hizo una mueca al recoger dos cubos llenos de vómito, luego se dirigió a la ventana. La Falsa Luz comenzaba a morir; el Viento del Ahorcado comenzaba a soplar fuerte y cálido, llevando consigo un horizonte de nubes negras y bajas, visible hasta más allá de las Cinco Torres. Aquella noche las nubes ocultarían las lunas al menos durante algunas horas. Unos alfilerazos de luz aparecieron por la ciudad, como si algún joyero anónimo acabara de exponer su mercancía encima de una tela negra.

—La maldita poción de Jessaline ha debido de hacerme vomitar todo lo que había comido durante los últimos cinco años —dijo Locke—. Lo único que me queda por vomitar es el alma. Cerciórate de que no esté flotando en los cubos antes de vaciarlos —le temblaron las manos cuando desmenuzó la corteza de pino de Somnay para echarla en la jarra de agua; no le apetecía perder el tiempo en preparar el té.

—Creo que la estoy viendo —dijo Jean—. Es una cosa pequeña, muy repugnante y aviesa; te sentirás mejor cuando se pierda en el mar.

Jean echó una rápida mirada por la ventana para asegurarse de que ninguno de los barcos del canal podía recibir encima aquella espantosa sorpresa y luego vació los cubos uno tras otro. El agua, a unos veinte metros más abajo, recibió su contenido con fuertes chapoteos y Jean se cercioró de que nadie lo había visto. Los camorríes siempre arrojaban a la Vía Camorazza todo tipo de cosas repugnantes.

Satisfecho por su puntería, Jean abrió un armario secreto y sacó de él los disfraces… unas capas baratas de viaje y un par de sombreros de ala ancha de Tal Verrar fabricados con algún tipo de cuero innoble que tenía la untuosa textura de la piel de las salchichas. Pasó una capa de color gris amarronado por los hombros de Locke, que se resguardó bajo ella agradecido y tiritó.

—Jean, tienes la mirada preocupada de una madre. Yo debo de parecer una boñiga aplastada.

—Ahora mismo tienes el aspecto de alguien a quien hubieran ejecutado la semana pasada. Lamento preguntarlo, pero ¿estás seguro de seguir con esto?

—Me encuentre como me encuentre, tendré que seguir adelante —Locke se enrolló uno de los extremos de la capa en la mano derecha y cogió con ella la jarra que tenía la decocción. Echó un sorbo y se la tragó, corteza incluida, mientras se decía que el mejor sitio para guardar toda aquella porquería era su estómago vacío—. Ugg. Sabe igual de mal que si me hubieran dado una patada en las tripas. ¿No habré ofendido a Jessaline recientemente?

Su expresión era pintoresca, como si la piel de la cara se le fuera a caer y dejarle los huesos mondos, mientras intentaba que aquella especie de té bajara por sus tuberías, controlando la necesidad que sentía de escupir los ásperos fragmentos de corteza que acababa de tragarse. Jean le ayudaba poniéndole las manos encima de los hombros, muy asustado, aunque sin decirlo, por el hecho de que otra arcada más excediera la resistencia de Locke.

Pocos minutos después, Locke dejó la jarra vacía encima en el suelo y suspiró profundamente.

—No creo que pueda esperar a tener unas palabras con el Rey Gris en cuanto termine toda esta mierda —murmuró Locke—. Hay unas cuantas cosas que quiero preguntarle. Cuestiones filosóficas, algo así como: «Eh, cabronazo, ¿cómo se siente uno fuera de la ventana, colgado por las pelotas?».

—A mí me parece más una cuestión de física que de filosofía. Como dijiste, antes tendremos que deshacernos del halconero —dijo Jean con voz firme y desprovista de emoción, la voz que ponía siempre que se discutía un plan que apenas reflejaba prudencia y cordura—. Qué pena que no podamos atacar a ese bastardo desde un callejón.

—Si le damos un segundo para reaccionar, estaremos perdidos.

—Algo menos de veinte metros —calculó Jean—. Un buen blanco para una de las Hermanas; no me llevaría ni medio segundo.

—Pero ambos sabemos —explicó muy despacio Locke— que no se puede matar a un mago de la Liga. No duraríamos ni una semana. Karthain nos daría un castigo ejemplar, y también se lo daría a Calo, a Galdo y a Bicho. Eso no sería nada inteligente. Sería un suicidio —bajó la mirada hacia la piedra del hogar, cuya luminosidad residual estaba a punto de consumirse, y se frotó las manos—. Me pregunto, Jean, realmente me pregunto si esto es lo que sienten los demás cuando acabamos con ellos, cuando les quitamos lo que es suyo y nos esfumamos y ellos no pueden hacer nada.

La luminosidad de la piedra se fue debilitando antes de que le llegara la voz de Jean.

—Hace ya mucho tiempo que decidimos aceptar que recibían lo que se merecen, Locke. Ni más ni menos. Veo que te ha parecido el momento apropiado para decir tonterías.

—¿Decir tonterías? —Locke se sobresaltó, abriendo y cerrando los ojos como si acabara de despertarse—. No, no me malinterpretes, sólo es esta sensación de estar

atrapados. Eso de no tener escapatoria es para el resto de la gente, no para los Caballeros Bastardos. No me gusta estar atrapado.

A un súbito gesto de Locke, Jean le ayudó a levantarse. Aunque no estaba seguro de que el té le hubiera sentado mejor que la capa, lo cierto era que ya no temblaba.

—Lo correcto y lo debido —Locke seguía hablando, cada vez con más fuerza—. Hacer lo correcto y lo debido no es propio de los Caballeros Bastardos. Que se llenen de mierda los demás con ese maldito trabajo; ya veremos luego qué hacemos con esa asquerosa rata gris, nuestra preferida, y su mago mascota, después de que hayamos bailado al son que nos tocan.

Jean hizo una mueca y crujió los nudillos; luego se llevó una mano a la espalda. Era el gesto tan antiguo como familiar con el que se cercioraba de que las Hermanas Malvadas estaban en su sitio.

—¿Estás seguro de que podrás bajar por el Sendero de la Viña?

—Todo lo seguro que puedo estar, Jean. Diablos, peso muchísimo menos que antes de tomar la poción. Ir cuesta abajo será lo más sencillo que tenga que hacer esta noche.

5

El emparrado cubría toda la cara oeste de la Torre Rota, creando un camino difícil de tomar. La estructura de madera, apoyada en las ventanas de todos los pisos, estaba cubierta por viejas viñas. Aunque bastante incómoda de recorrer, era el camino perfecto para evitar los numerosos rostros conocidos con los que uno podía encontrarse en El Último Error todas las noches, de suerte que los Caballeros Bastardos solían tomar con frecuencia el Sendero de la Viña.

Los batientes de las ventanas que daban al callejón golpeteaban sin parar en el último piso de la Torre Rota; Locke y Jean habían apagado todas las luces de las habitaciones. Una silueta oscura de gran tamaño se deslizaba entre la masa de las viñas del emparrado, seguida por otra más pequeña. Agarrándose con férrea determinación, Locke cerró cuidadosamente las contraventanas que estaban por encima de él y ordenó a su delicado estómago que dejara de quejarse durante el descenso. El Viento del Ahorcado, que seguía su trayecto acostumbrado desde la salada negrura del Mar de Hierro, se pegó a su sombrero y a su capa con dedos invisibles que olían a marisma y a granja.

Jean se mantenía a menos de medio metro por debajo de Locke mientras ambos bajaban a un ritmo constante, sujetándose con pies y manos. Las ventanas de la sexta planta seguían cerradas y a oscuras.

Entre las contraventanas de la quinta planta se insinuaban unas rendijas de luz ámbar; sin mediar palabras, ambos escaladores frenaron su velocidad de descenso intentando quedarse todo lo inmóviles que les fuera posible y convertirse en manchas

de color gris, invisibles en la tiniebla más oscura que les rodeaba. Luego prosiguieron su descenso.

Las contraventanas de la quinta planta se abrieron cuando Jean llegó justo a ellas.

Una de ellas rebotó en su hombro, haciéndole casi perder el contacto con el emparrado. Asió con fuerza tallos y madera y miró hacia arriba. Locke le pisó la cabeza muy sorprendido y subió rápidamente unos cuantos centímetros.

—¡Sé que no hay otra solución, zorra miserable! —siseó una voz de hombre.

Entonces se escuchó un golpe y un súbito estremecimiento recorrió de arriba abajo el emparrado; alguien acababa de llegar hasta la ventana y agitaba las viñas que estaban a la misma altura que ellos y las que se encontraban un poco más abajo. Una mujer de cabellos negros sacó la cabeza por la ventana para mascullar algo a modo de respuesta, pero se atragantó al ver a Jean al otro lado de las hendiduras de la contraventana. Aquello llamó la atención del hombre que se encontraba justo debajo de ella, un hombre más grande que Jean.

—¿Qué cojones significa toda esta mierda? —dijo con voz ahogada—. ¿Qué haces tú cerca de esta ventana?

—Divertir a los dioses, caraculo —Jean se emocionó e intentó darle un codazo al recién llegado para que bajara por el emparrado, pero no lo consiguió—. ¡Haz el favor de irte un poco para abajo!

—¿Qué estás haciendo cerca de esta ventana, eh? ¿Te gusta mirar a hurtadillas? ¡Pues mira a hurtadillas mi puño, capullo!

Y gruñendo por el cansancio comenzó a subir, cogiendo a Jean por las piernas. Jean se estiró para apartarse y el mundo se tambaleó a su alrededor hasta que recobró el equilibrio. La pared negra, el cielo negro, los húmedos guijarros del suelo, negros, veinte metros más abajo. Era una caída mala, de ésas que cascan a la gente como si fuesen huevos.

—¡Eh, todos vosotros, apartaos de mi maldita ventana! ¡AHORA MISMO! ¡Ferenz, por el amor de Morgante, déjalos y *baja*! —dijo aquella mujer a gritos.

—Mierda —murmuró Locke, que se encontraba apenas a un metro más arriba, a la izquierda de la mujer, con su usual elocuencia mudada, aunque sólo temporalmente por el miedo, en sumisión—. ¡Señora, nos está complicando la noche, así que, antes de que bajemos para complicársela a usted, póngale el corcho a esa botella suya de decir idioteces y cierre la maldita ventana!

Ella alzó la mirada, aterrorizada.

—¿Sois dos? ¡Venga, todos abajo, abajo, ABAJO!

—¡Cierre la ventana, cierre la ventana, cierre la puta VENTANA!

—¡Os mataré a los dos, comemierdas! —aulló Ferenz—. ¡Dejad de joder la marrana…!

Entonces se escuchó el ruido de algo que se empezaba a resquebrajar y que les puso los pelos de punta; y el emparrado se estremeció bajo las manos de los tres hombres que se agarraban a él.

—Ah —dijo Locke—, ah, ya me lo había imaginado. Muchas gracias, Ferenz.

Entonces se desató un torrente de blasfemias polisílabas que brotaron de cuatro bocas; no sería fácil recordar con exactitud lo que dijeron. Como, al parecer, el emparrado sólo soportaba el peso de dos hombres, y eso siempre que se movieran despacio, al tener que aguantar el peso de aquellos tres que no dejaban de moverse, había comenzado a emitir una serie de crepitaciones y crujidos y a alejarse de la pared de piedra.

Ferenz, rindiéndose a la ley de la gravedad y a la del sentido común, comenzó a deslizarse hacia abajo a sorprendente velocidad, quemándose las manos mientras lo hacía y dejando pelado el emparrado al caer. Finalmente, éste cedió cuando el hombre estaba a siete metros del suelo, arrastrándolo hasta el callejón a oscuras, donde no tardó en quedar cubierto por las viñas y la madera que cayeron encima de él. Aquella caída había conseguido arrancar una sección del emparrado de al menos diez metros de larga, que comenzaba justo debajo de donde los pies de Jean bailoteaban en el aire.

Sin perder tiempo, Locke se movió como un péndulo hacia la derecha y cayó encima del alfeizar de la ventana, haciendo retroceder a la mujer con la puntera de una de sus botas. Jean subió gateando, pues la contraventana aún le impedía entrar en ella; cuando la sección del emparrado que se encontraba bajo él comenzó a apartarse de la ventana, se agarró a la contraventana de una manera muy poco ágil y entró por la ventana, ayudando a Locke a que hiciera lo mismo.

Ambos acabaron derrengados en el suelo de madera de la habitación, enredados con las capas.

—¡Salid por la puta ventana ahora mismo! —vociferó la mujer, subrayando cada una de sus palabras con una patada en la espalda o en las costillas de Jean. Afortunadamente, no estaba calzada.

—¡Eso sería una estupidez! —dijo Locke desde algún lugar por debajo de su voluminoso amigo.

—Eh —dijo Jean—. ¡Eh! ¡Eh! —cogió a la mujer por el pie y la lanzó hacia atrás, de suerte que aterrizó en la cama. Era parecida a una hamaca, una especie de jergón para dos personas hecho con una tela fuerte y ligera que debía de tener la mitad de seda, y que estaba anclada al techo por cuatro puntos. La mujer se tumbó en ella, y entonces Locke y Jean se dieron cuenta de que no llevaba nada encima aparte de la ropa interior. Y en verano, la ropa interior de la mujer de Camorr suele reducirse a su mínima expresión.

—¡Fuera, bastardos! ¡Fuera, FUERA! ¡Yo…!

Mientras Locke y Jean tropezaban al intentar ponerse en pie, la puerta que se encontraba en la pared de enfrente de la ventana se abrió sonoramente y entró por ella un hombre de anchas espaldas, con esos músculos tan grandes como losas que sólo suelen ostentar los estibadores o los herreros. Si el fuego de la venganza salía por sus ojos, el pestazo a licor barato rezumaba de todos los poros de su cuerpo, tan acre y cargado que podía olerse a diez pasos.

Locke se concedió medio segundo para preguntarse cómo era posible que Ferenz hubiera subido tan deprisa por la escalera, y otro medio segundo para caer en la cuenta de que aquel tipo no era Ferenz. Y entonces no lo pudo evitar y se rió.

El viento de la noche golpeó la contraventana que estaba a su espalda.

La mujer emitió un sonido gutural parecido al de un gato que se cayera desde lo alto de un muro.

—Zorra asquerosa —dijo el hombre, arrastrando las palabras—. Asquerosa, zorra asquerosa. Lo sabía. Sabía que no estabas sola —escupió y entonces asintió con la cabeza mientras miraba a Locke y a Jean—. Dos tíos a la vez, es demasiado. Maldición. Me lo tenía que haber imaginado. Que necesitas a varios para que hagan el servicio que yo te hago.

»Espero que vosotros dos os lo hayáis pasado bien con la mujer de otro hombre —prosiguió, mientras sacaba de su bota izquierda los más de veinte centímetros de acero pavonado que medía la hoja de su estilete—, porque ahora voy a *convertiros* en mujeres.

Jean se asentó sobre sus pies y metió la mano derecha dentro de la capa, preparándose a sacar las Hermanas. Con la izquierda dio un leve empujón a Locke para que se mantuviera un paso por detrás de él.

—¡Detente! —exclamó Locke, mientras agitaba las manos—. ¡So! Esto no es lo que parece, amigo, así que no saques conclusiones precipitadas —y señaló a la petrificada mujer que se agarraba a la oscilante cama—. ¡Ella estaba aquí *antes* que nosotros!

—Gathis —dijo la mujer entre siseos—, Gathis, esos hombres me atacaron. ¡Atrápalos! ¡Sálvame!

Gathis cargó contra Jean, aullando. Llevaba su arma por delante, agarrada como un luchador experto, pero aún seguía borracho y enfadado. Locke se apartó mientras Jean lo cogía por la muñeca, se echaba a un lado y lo enviaba al suelo con un rápido movimiento de piernas.

Entonces sonó un chasquido bastante desagradable y la hoja cayó de la mano de Gathis; como Jean seguía agarrándole por la muñeca, se la había retorcido al caerse al suelo. Durante un momento, Gathis se sintió demasiado atónito para gritar; después el dolor se abrió paso por sus entumecidos sentidos y lanzó un alarido.

Jean le levantó del suelo tirando rápidamente de su ropa, y lanzó a Gathis contra la pared de piedra que se encontraba a la izquierda de la ventana. La cabeza del hombretón rebotó en la dura superficie y cayó hacia delante; el arco apenas visto del derechazo de Jean suscitó un *crack* en su mandíbula que anuló el momento cinético que lo llevaba hacia delante. Cayó pesadamente en el suelo, desmadejado como un saco de pasta.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó la mujer—. ¡Sí! ¡Y ahora arrojadlo por la ventana!

—Por el amor de los dioses, señora —dijo Locke muy enfadado—, ¿primero se lleva a un hombre a la cama para pasarlo bien y luego quiere deshacerse de él?

—Si aparece muerto en el callejón que hay bajo su ventana —dijo Jean—, yo volveré para hacerle a usted lo mismo.

—Y si le cuenta a alguien que entramos por aquí —añadió Locke—, deseará que mi amigo hubiera vuelto y le hubiese hecho a usted *eso* que dice.

—Gathis no lo olvidará —dijo con voz de lechuza—. ¡Seguro que lo recuerda!

—¿Un tipo tan grandullón como él? Por favor —Jean convirtió en todo un espectáculo el componerse la capa y el darle forma al sombrero—. Dirá que fueron ocho hombres armados con garrotes.

Locke y Jean salieron a toda prisa por la puerta por donde había entrado Gathis, que conducía al descansillo de la quinta planta de la escalera que daba a la cara norte de la torre. Con el emparrado destruido, sólo podían bajar por ella lo más deprisa que pudieran, mientras rezaban al Guardián Avieso. Locke cerró la puerta tras de sí, dejando a la desconcertada mujer echada en la cama, con el inconsciente Gathis acurrucado al lado de la ventana.

—Es evidente que la suerte de los dioses está con nosotros —dijo Locke mientras bajaban a toda prisa los peldaños que crujían—. Al menos no perdimos estos ridículos sombreros.

Una pequeña sombra oscura los adelantó con un siseo y un agitar de alas, una sombra tersa que se interponía entre ellos y las luces de la ciudad.

—Resumiendo —dijo Locke—, ya sea para lo bueno o para lo malo, a partir de este punto creo que nos encontramos bajo las alas del halconero.

Interludio

Río arriba

1

Jean se encontraba en la Casa de las Rosas de Cristal la tarde en que Locke descubrió que iban a enviarlo al Angevino para vivir varios meses en una granja.

Como aquel Día Ocioso llovía mucho en Camorr, Cadenas se había llevado al comedor a Locke, a Calo y a Galdo para enseñarles a jugar a lo que jugaban el rico, el pobre, el soldado y el Duque… Era un juego de cartas que consistía en quitarle al vecino hasta el último cobre que tuviera. Ni que decir tiene que los chicos lo aprendieron enseguida.

—Dos, tres y cinco de chapiteles —dijo Calo—, más el sello de los Doce.

—Muere gritando, cretino —dijo Galdo—. Tengo una mano de cálices y el sello del sol.

—Te quedarás sin nada, gilitonto. A ver tus monedas.

—En realidad, Calo —dijo el padre Cadenas—, el sello robado gana al sello servido. Galdo te hubiera ganado. A menos…

—¿Le importa a alguien lo que tengo en la mano? —preguntó Locke.

—No gran cosa —dijo Cadenas—, porque nada puede ganar en este juego a la mano del Duque —dejó sus cartas sobre la mesa y chasqueó los nudillos con gran satisfacción.

—Eso es hacer trampas —dijo Locke—, hemos jugado seis partidas y has sacado la mano del Duque en dos de ellas.

—Claro que hacía trampas —dijo Cadenas—. Sin trampas el juego no resulta divertido. Cuando os deis cuenta de cómo hago trampas, entonces sabré que habéis comenzado a dominarlo.

—No deberías habérnoslo dicho —dijo Calo.

—Practicaremos toda la semana —dijo Galdo.

—El próximo Día Ocioso —afirmó Locke— te ganaremos la venda.

—Lo dudo —dijo Cadenas con voz divertida—, puesto que el Día de la Penitencia voy a enviarte a tres meses de noviciado.

—¿Que vas a hacer qué?

—¿No recuerdas que el año pasado le envié a Calo a Lashain para que fuera iniciado en la Orden de Gandolo? ¿Ni tampoco que Galdo fue a Ashmere para entrar en la Orden de Sendovani? Pues ahora te toca a ti. Irás río arriba para ser granjero durante unos meses.

—*¿Granjero?*

—Sí, habrás oído hablar de lo que es —Cadenas recogió las cartas de encima de la mesa y las barajó—. De ahí es de donde sale lo que comemos.

—Sí, pero… no sé nada de granjas.

—Claro que no. Tampoco sabes cocinar, servir, vestirte como un caballero o hablar en vadraní cuando yo te lo pido. Así que ahora vas a aprender algo nuevo.

—¿Y dónde?

—Angevino arriba, a diez o doce kilómetros de aquí. En un sitio pequeño llamado Villa Senziano. Yo me vestiré como un sacerdote de Dama Elliza y tú serás mi novicio, y tendrás que trabajar la tierra como parte de tu servicio a la diosa. Eso es lo que hacen.

—Pero no sé nada de la Orden de Dama Elliza.

—No lo necesitas. El hombre con el que estarás sabe que eres uno de mis pequeños bastardos. Y no hay más que decir.

—¿Y qué haremos nosotros mientras tanto? —preguntó Calo.

—Atender el templo. Sólo estaré fuera dos días; el Sacerdote Sin Ojos puede encontrarse enfermo y confinado en sus habitaciones. No os sentéis en las gradas mientras estoy fuera; a la gente le gustará perderme de vista durante algún tiempo y que, cuando aparezca, lo haga tosiendo y cojeando. Vosotros dos y Jean podréis entreteneros como queráis, mientras no lo dejéis todo patas arriba.

—Pero cuando regrese —dijo Locke—, seré el peor jugador de cartas del templo.

—Cierto. Que tengas buen viaje, Locke —dijo Calo.

—Saborea el aire del campo —dijo Galdo—. Y quédate todo el tiempo que quieras.

2

Las Cinco Torres se cernían sobre Camorr como la mano extendida hacia arriba de un dios; cinco cilindros irregulares y muy altos, provistos de torrecillas, chapiteles y pasarelas, la prueba evidente de que las criaturas que las habían diseñado no compartían en cierta medida el sentido estético de los humanos que después se apropiaron de ellas.

La más oriental era Acoge a la Aurora, de treinta metros de altura y de un plateado rojizo y muy brillante, como el reflejo del cielo del atardecer en una balsa de agua. Detrás estaba Lanza Negra, un poco más alta, construida con un cristal de obsidiana que suscitaba retazos de arco iris, como la superficie de un pozo de aceite. En el extremo más lejano (si se mira a las Cinco teniendo a Acoje a la Aurora en el centro de la mirada) se encontraba Vigía del Oeste, que relucía con los tenues tonos violeta de la turmalina y se hallaba surcada por venas del mismo color nacarado que las perlas. A su lado se elevaba majestuosa Cristal de Ámbar, con sus elaboradas flautas en las que el viento ejecutaba inquietantes melodías. En medio de las cuatro, más alta y grande que todas ellas, se encontraba Alcance del Cuervo, el palacio del

duque Nicovante, que brillaba como plata fundida y se hallaba coronada por el famoso Jardín Celeste, cuyas viñas más bajas pendían en el aire a doscientos metros por encima del suelo.

Una filigrana de cables de fibra de cristal (hacía varios siglos que en los túneles subterráneos de Camorr se habían encontrado kilómetros y kilómetros de cuerdas trenzadas de cristal antiguo) surcaban los tejados y las cubiertas de las torretas de las Cinco Torres. Por aquellos cables iban y venían cestas o jaulas que los siervos manipulaban con ayuda de enormes y chirriantes cabrestantes. Aquellas cestas llevaban tanto personas como mercancías. Aunque muchos de quienes vivían en la parte baja de Camorr proclamaran que los que vivían allí arriba estaban locos, para los nobles de las Cinco Familias el franquear aquellas distancias metido en una cesta que se bamboleaba en medio del vacío era una prueba de honor y valentía.

Aquí y allá, grandes cestas de mercancías subían o bajaban desde las plataformas que se habían añadido a las torres. A Locke, que miraba todo aquello con ojos aún no saciados por la contemplación de tantas maravillas, le recordaban las jaulas de araña del Palacio de la Paciencia.

Él y Cadenas se sentaban en una carreta de dos ruedas con un pequeño espacio detrás de los asientos, donde Cadenas había apilado varios paquetes de mercancías debajo de una vieja tela alquitranada. Cadenas llevaba el holgado ropaje de color pardo ribeteado de verde y plata que le identificaba como uno de los sacerdotes de Dama Elliza, Madre de las Lluvias y de la Siega. Locke llevaba sólo calzas y camisa, sin zapatos.

Cadenas conducía sus dos caballos (sin apaciguar, porque no le gustaba salir con criaturas de mirada blanca fuera de los muros de la ciudad) a un cómodo paso por los guijarros sueltos de la calle de las Siete Ruedas, el corazón del distrito de los Molinos de Agua. En realidad había más de siete ruedas girando en la blanca espuma del Angevino, más de las que Locke podía contar a simple vista.

Las Cinco Torres habían sido construidas en una meseta que se encontraba unos veinte metros por encima de la parte baja de la ciudad; las islas Alcegrante se inclinaban hacia la base de dicha meseta. El Angevino llegaba a Camorr desde aquella altura, justo al este de las Cinco, y caía con gran fuerza por una cascada de seis pisos recorriendo doscientos metros. Las ruedas daban vueltas en cada uno de aquellos pisos, embutidas dentro de un largo puente de cristal y piedra lleno de molinos de madera.

Las ruedas también daban vueltas debajo de la cascada, sobresaliendo por ambas márgenes del río, empleando el empuje de la corriente llena de espuma para moverlo todo, desde las piedras de molino hasta los fuelles que inyectaban aire a los fuegos que ardían bajo las cubas de destilación. Era un distrito atestado de negociantes y de trabajadores, con nobles escoltados en sus carruajes dorados que iban de un lado hacia otro para inspeccionar sus propiedades o para dar algún tipo de órdenes.

Giraron al este de los confines de los Molinos de Agua y cruzaron por un puente bajo y ancho para llegar al distrito de la Puerta de Cenza, por el que pasaba la mayor parte del tráfico terrestre de la ciudad que entraba y salía por el norte. Había en él una gran muchedumbre apenas controlada por un pequeño ejército de casacas amarillas. Las caravanas de carros entraban en la ciudad, sus conductores a merced de los agentes de impuestos y de aduanas del Duque, hombres y mujeres que llevaban unos sombreros altos y sin alas a los que, usualmente, se llamaba (aunque no a la cara) «los incordiantes».

Los pequeños comerciantes vendían de todo, desde cerveza caliente hasta zanahorias cocidas; los mendigos achacaban su miseria a mil causas diferentes, reclamando heridas que siempre tardaban en sanar, producidas en guerras que, obviamente, se habían terminado antes de que ellos nacieran. Los casacas amarillas sacaban fuera a los malolientes más contumaces con ayuda de sus varas laqueadas en negro. Aún no eran las diez de la mañana.

—Deberías ver este lugar a mediodía —dijo Cadenas—, especialmente durante la cosecha. Y cuando llueve. ¡Por los dioses!

Las vestimentas clericales de Cadenas (y el solón de plata pasado bajo cuerda en un apretón de manos) les sacaron de la ciudad con apenas poco más que «Buenos días, santidad». La Puerta de Cenza tenía una anchura de quince metros, con unos batientes de madera reforzados con hierro que eran tan gruesos como altos. Los guardias de la puerta no eran casacas amarillas sino casacas negras, los soldados del ejército de Camorr. Pudieron verlos paseándose en lo alto de la muralla, que tendría sus buenos siete metros de espesor.

Al norte de la ciudad todo eran arrabales tras arrabales de edificios de piedra liviana y madera, dispuestos en patios y plazas de una manera más airosa que la mostrada en las islas de la propia ciudad. A lo largo de la ribera del río se descubrían los prolegómenos de una marisma; hacia el norte y el este había colinas en terraza, entrecruzadas por las líneas blancas de piedras con las que las diversas familias que cultivaban aquellas tierras delimitaban sus propiedades. El aire tomaba olores diferentes según de donde soplara el viento; durante un minuto podía oler a sal marina y a humo de madera, y al siguiente a estiércol y a bosquecillos de olivos.

—Allí, fuera de las murallas —dijo Cadenas—, se encuentran lo que mucha gente que vive fuera de las grandes ciudades cree que son ciudades; pero esos pequeños grupos de casas de piedra y de madera no le gustarán mucho a alguien como tú. Y al igual que tú no has visto realmente toda esta tierra, tampoco han visto ellos la ciudad, o al menos la mayoría de ellos. Así que mantén los ojos bien abiertos y la boca cerrada, y sé consciente de las diferencias hasta que, dentro de unos cuantos días, consigas aclimatarte.

—Cadenas, ¿cuál es la auténtica finalidad de este viaje?

—Es posible que algún día necesites hacerte pasar por alguien de muy baja condición. Si aprendes algo de lo que hace un granjero, quizá acabes aprendiendo

algo de lo que hacen los que conducen los troncos, los que manejan las pértigas de las barcazas, los herreros de aldea, los médicos de las caballerías o incluso los salteadores de caminos.

La carretera que salía de Camorr hacia el norte era una antigua calzada del Trono de Therin, una cinta pétrea con cunetas poco profundas a los lados. Estaba cubierta de gravilla y virutas de hierro, los sobrantes de las forjas del distrito de Humo de Carbón. Por aquí y por allá la lluvia había oxidado o erosionado la gravilla, convirtiéndola en un cemento rojizo; las ruedas traquetearon al pasar por encima de los blandones de la carretera.

—Muchos casacas negras —Cadenas hablaba muy despacio— proceden de las granjas y aldeas que se encuentran al norte de la ciudad. A ellas acuden los duques de Camorr cuando necesitan más soldados, y que estén mejor entrenados que los procedentes de las levas de la gente de baja condición. El sueldo es bueno y, además, quienes cumplan veinticinco años seguidos de servicio podrán contar con unas tierras. Siempre que antes no los maten, claro. Llegan del norte y regresan al norte.

—¿Es ésa la causa de que los casacas amarillas y los casacas negras no se lleven bien?

—Psé —Cadenas le hizo un guiño—. Buena pregunta, y quizá no sea desacertada. La mayor parte de los casacas amarillas son chicos de ciudad que quieren seguir siéndolo. Aparte de eso, los soldados son la gente más maliciosa y condenadamente oportunista con la que jamás te encontrarás. Y parecen salidos del guardarropa de una dama de rancio abolengo, pues se pelean por cualquier cosa, como los colores de sus sombreros o la forma de sus zapatos. Es cierto, créeme.

—¿Quisiste ser uno de ellos?

—No, por los Trece. *Fui* uno de ellos.

—¿Un casaca negra?

—Sí —Cadenas suspiró y se acomodó en el duro asiento de madera del carro—. Hace ahora treinta años. Más de treinta. Fui uno de los piqueros del duque Nicovante el Viejo. La mayor parte éramos del mismo pueblo y de la misma quinta; corrían malos tiempos para ir a la guerra. El Duque necesitaba forraje, y nosotros comida y dinero.

—¿De cuál pueblo?

Cadenas le otorgó una sonrisa aviesa.

—De Villa Senziano.

—Oh.

—Por los dioses, éramos un montón —la carreta traqueteó durante unos instantes que obligaron a Cadenas a guardar silencio; luego prosiguió—. Sólo regresamos tres. O al menos salimos con vida.

—¿Sólo tres?

—Tres, que yo sepa —Cadenas se rascó la barba—. Uno de ellos es el hombre con el que voy a dejarte, Vandros. Un buen tipo; no muy leído pero muy sabio en

todos los sentidos. Cumplió los veinticinco años y el Duque le entregó una parcela de tierra en arriendo.

—¿En arriendo?

—La mayoría de la gente que vive fuera de la ciudad no es más dueña de la tierra que ocupa que la que vive de alquiler en la ciudad. Un viejo soldado con una tierra en arriendo sabe que la granja que construya en ella será suya hasta que muera; es una especie de concesión del Duque —cloqueó Cadenas— a cambio de la juventud y la salud de aquel a quien se entrega.

—Me temo que no cumpliste los veinticinco años.

—No —Cadenas jugueteó un poco más con su barba, un gesto que delataba nerviosismo—. Condenación, me gustaría echarme ahora un cigarro. La Orden de la Dama lo considera una costumbre abominable, no lo olvides. No, enfermé después de una batalla. Algo más grave que las usuales cagaleras y la inflamación de los pies. Una fiebre devastadora. No podía caminar y estaba a punto de morir, así que me abandonaron… junto con muchos otros. Al cuidado de uno de los sacerdotes itinerantes de Perelandro.

—Pero no moriste.

—Hay que ser un chico listo —dijo Cadenas— para deducir eso después de llevar viviendo tres años conmigo.

—¿Y qué sucedió?

—Sucedieron muchas cosas importantes —dijo Cadenas— y ya sabes cómo acaba. Subido en esta carreta, yendo hacia el norte y haciéndote agradable el camino.

—Vale, pero ¿qué le sucedió al hombre que falta, al tercero?

—Ah, sí —dijo Cadenas—. Siempre había tenido la cabeza en su sitio. Se hizo sargento abanderado poco después de que me abandonaran a causa de la fiebre. En la batalla de Nessek ayudó a Nicovante el Joven a mantener las líneas cuando a Nicovante el Viejo le clavaron una flecha en medio de los ojos. Salió vivo de aquello y le ascendieron; luego sirvió a Nicovante en las pocas guerras que hubo después.

—¿Y dónde está ahora?

—¿En este preciso momento? ¿Y cómo voy a saberlo? Sólo sé que esta misma tarde —añadió Cadenas— le impartirá a Jean Tannen la lección que acostumbra darle sobre armas en la Casa de las Rosas de Cristal.

—Oh —dijo Locke.

—Este mundo es muy divertido —dijo Cadenas—. Tres granjeros se convierten en soldados; y tres soldados se convierten, respectivamente, en un granjero, en un barón y en un sacerdote-ladrón.

—Y ahora yo voy a convertirme en granjero, al menos durante algún tiempo.

—Sí. Y recibirás un entrenamiento muy útil. Pero eso no es todo.

—¿Hay algo más?

—Otra prueba, muchacho. Sólo otra prueba más.

—¿En qué consiste?

—Durante todos estos años he estado preocupándome de ti. Has contado con Calo, Galdo, Jean y Sabetha de vez en cuando. Has hecho del templo tu propia casa. Pero el tiempo es como un río, Locke, y siempre nos lleva más lejos de lo que nos imaginamos —volvió a sonreír a Locke con auténtico afecto—. No voy a poder velar siempre por ti, chaval. Así que ahora tenemos que ver lo que eres capaz de hacer cuando te encuentres en un lugar que te es completamente desconocido.

Capítulo 8

El tonel funerario

1

Comenzó con el redoble lento y sostenido de los tambores funerarios y el paso lento y mesurado de quienes, abandonando la Tumba Flotante, marchaban hacia el norte, las rojas antorchas, como rescoldos, en las manos, una hilera doble de puntos de una luz tan roja como la sangre que se estiraba bajo las nubes grises y bajas.

En medio Vencarlo Barsavi, Capa de Camorr, flanqueado a cada lado por sus dos hijos. Delante de él, un ataúd envuelto en telas de seda negra y oro, llevado por seis porteadores a cada lado, doce en total, tantos como los dioses de Therin, todos ellos cubiertos con capas y máscaras negras. Detrás de Barsavi, sobre una carreta ocupada por seis hombres y una sacerdotisa velada por un negro sudario, una sacerdotisa del Decimotercero Sin Nombre, podía verse un enorme tonel de madera.

El sonido de los tambores siguió reverberando en los muros de piedra, en las calles empedradas, en los puentes y en los canales; y, a medida que el cortejo avanzaba, las antorchas suscitaron los reflejos de sus fuegos en cada ventana y fragmento de cristal antiguo. La gente miraba con aprensión, si es que miraba; algunos echaron el cerrojo a las puertas y cerraron las contraventanas cuando el cortejo fúnebre pasó ante ellos. Tal era el último recorrido de los ricos y poderosos por las calles de Camorr: el velatorio, la ceremonia y los funerales, llenos de brutales muestras de dolor. Un brindis para los que se habían ido; una celebración agridulce para aquellos a los que aún no les había llegado la hora de presentarse al juicio de Aza Guilla, Señora del Largo Silencio. Y el tonel funerario sólo proporcionaba el combustible necesario para el cumplimiento de dicha tradición.

Las hileras de procesionarios abandonaron la Desolación de Madera exactamente después de las diez de la noche y marcharon hacia el Caldero, y ningún golfillo ni ningún borracho se atrevió a interponerse en su camino, y todas las bandas de degolladores y de adictos a la Mirada Fija observaron en atento silencio el paso de su señor y de su corte.

Atravesaron el Humo de Carbón y luego, más al norte, el Silencio, y una bruma plateada se levantó, cálida y pegajosa, de los canales que los rodeaban. Ni uno solo de los casacas amarillas se cruzó en su camino; ni un solo servidor del orden contempló la procesión, pues todo había sido dispuesto para que aquella noche estuvieran atareados en otro sitio, para que fijaran con firmeza su atención en la parte occidental de la ciudad. Aquella noche la parte oriental era de Barsavi y de sus largas hileras de antorchas, y en la lejana parte norte, adonde iban, las familias más honestas

cerraron sus puertas con cerrojo, apagaron las luces y rezaron para que los asuntos de quienes marchaban en procesión se alejaran de ellas.

Si aquello lo hubiera estado viendo mucha gente, a nadie se le hubiese escapado que la procesión no se dirigía hacia la Colina de los Susurros, sino que había ido hacia el norte, serpenteando hacia la parte oeste del distrito del Agua Ferruginosa, donde la enorme estructura abandonada llamada el Agujero del Eco se erguía en medio de la oscuridad y de la niebla.

Un observador curioso se hubiera maravillado por el insólito tamaño de la procesión, más de cien hombres y mujeres con todos sus equipos. Sólo los porteadores estaban vestidos para un funeral; quienes llevaban las antorchas se habían vestido para la guerra, con armaduras de cuero hervido reforzadas con tachones de hierro pavonado, protectores para el cuello, yelmos, brazales y guantes, y puñales, mazas, hachas y rodelas al cinto. Eran la crema de las bandas de Barsavi, los más duros de la Buena Gente, hombres y mujeres de mirada fría con muchas muertes ligadas a sus nombres. Procedían de todos los distritos y de todas las bandas: los Manos Rojas y los Sabuesos del Ron, los Caras Grises y los Chicos del Arsenal, los Saltadores del Canal, los Torzales Negros, los Barones del Fuego Encendido, y muchos más.

Pero lo más interesante de la procesión era una cosa que ningún observador hubiera podido saber.

Y consistía en que el cadáver de Nazca Barsavi aún permanecía en sus antiguos aposentos de la Tumba Flotante, dispuesto bajo lienzos de seda impregnados con un preparado alquímico para impedir que la corrupción de la muerte hiciera presa en ella con la rapidez acostumbrada. Locke Lamora y otros doce sacerdotes del Decimotercero Sin Nombre, el Guardián Avieso, habían rezado por ella la noche anterior y dispuesto su cadáver en el interior de un círculo de velas sagradas, donde habría de permanecer hasta que su padre hubiera zanjado aquella misma noche los asuntos que tenía pendientes, lo cual convertía en superflua la Colina de los Susurros. Por lo tanto, aquel ataúd envuelto en sedas fúnebres se encontraba vacío.

2

—Soy el Rey Gris —decía Locke Lamora—. Soy el Rey Gris, que los dioses maldigan sus ojos, *soy* el Rey Gris.

—Un poco más bajo —dijo Jean Tannen mientras se peleaba con uno de los puños grises de la casaca de Locke—, y la voz un poco más rasposa. Dale una pizca de acento de Tal Verrar, porque has dicho que lo tiene al hablar.

—Soy el Rey Gris —repitió Locke—, y sólo me quedará media cara cuando los Caballeros Bastardos hayan acabado conmigo.

—Oh, mucho mejor —dijo Calo, que estaba untando los cabellos de Locke con una pomada alquímica que apestaba y que los volvía instantáneamente del color de la

ceniza—. Me gusta. Tiene el empaque suficiente para hacerla diferente.

Locke estaba tan tieso como el maniquí de un sastre, rodeado por Calo, Galdo y Jean que, provistos de aguja e hilo, le ponían y quitaban ropas y le untaban con cosméticos. Bicho se apoyaba en una de las paredes de su pequeña madriguera, con ojos y oídos en alerta por si aparecía algún intruso.

Los Caballeros Bastardos se escondían en el interior de unos almacenes abandonados del distrito del Agua Ferruginosa, siempre dominado por la niebla, sólo a algunas manzanas al norte del Agujero del Eco. Agua Ferruginosa era una isla muerta, insalubre y casi deshabitada. Una ciudad que había dejado a un lado los viejos prejuicios que tenían que ver con las estructuras de los Antiguos, aún sentía por el Agua Ferruginosa un miedo invencible. Se decía que las formas negras que se movían por la laguna del Agua Ferruginosa no eran tan agradables como los tiburones devoradores de hombres, sino unas cosas mucho peores y *más antiguas*. E independientemente de la verdad o falsedad de aquellos rumores, lo cierto es que era un lugar muy conveniente, por estar desierto, para que Barsavi y el Rey Gris zanjaran en él sus extraños asuntos. Por su parte, Locke sospechaba que la primera vez que el Rey Gris se había entrometido en su vida le había llevado a algún lugar de los alrededores.

Seguían preparando el disfraz hasta el más mínimo detalle, para que Locke pudiera hacerse pasar por el Rey Gris; ya tenía grises los cabellos, llevaba ropas grises, calzaba unas pesadas botas con alzas que aumentaban su estatura en cinco centímetros y le habían pegado encima del labio superior un bigote lacio también gris.

—No le queda mal —dijo Bicho con un tono de aprobación.

—Es tremendamente estrafalario, pero Bicho tiene razón —dijo Jean—. Y, ahora que he reducido esta estúpida casaca a tu tamaño, tienes un aspecto un tanto impresionante.

—Qué pena que no se trate de uno de nuestros juegos —dijo Galdo—. Me he divertido. Locke, échate hacia delante para que te ponga unas cuantas arrugas.

Con sumo cuidado, Galdo pintó el rostro de Locke con una sustancia caliente y cerúlea que le escoció; a los pocos segundos se secó y se quedó rígida, así que al poco tiempo Locke tenía una red completa de patas de gallo y de otras arrugas, tanto las que suele producir la risa como las que se quedan grabadas en la frente. Por lo menos aparentaba unos cuarenta y tantos. Si a plena luz del día aquel disfraz hubiera resistido bastante bien, en la oscuridad de la noche sería imposible de descubrir.

—La obra de un virtuoso —dijo Jean—, relativamente hablando, dada la premura y las condiciones en que hemos tenido que trabajar todos a la vez.

Locke se cubrió con la capucha y se puso los guantes grises de piel.

—Soy el Rey Gris —dijo en voz baja, imitando el extraño acento del auténtico Rey Gris.

—Es muy verosímil —dijo Bicho.

—Bueno, ya veremos si se lo parece a los demás —Locke movió la mandíbula arriba y abajo, sintiendo cómo aquella falsa piel llena de arrugas tiraba de la auténtica —. Galdo, dame los estiletes, por favor. Creo que me pondré uno en una bota y otro en una manga.

—*Lamora* —la voz del halconero era un susurro helado. Locke se puso en tensión al comprobar que no le había llegado por el aire.

—¿Qué sucede? —preguntó Jean.

—Era el halconero —dijo Locke—. Es… es espantoso…

—*Barsavi no tardará en llegar. Usted y sus amigos habrán de ocupar sus posiciones dentro de muy poco.*

—Tenemos un mago mercenario un tanto impaciente —dijo Locke—. Rápido. Bicho, ¿conoces de qué va el juego y dónde debes ponerte?

—Abajo, y quedarme quieto —dijo Bicho con una mueca—. En esta ocasión no hay ningún tejado desde donde saltar, así que no te preocupes.

—Jean, ¿te sientes incómodo con el lugar que te ha tocado?

—La verdad es que un poco, pero no hay ninguno mejor —Jean chasqueó los nudillos—. Estaré debajo del suelo, mirando a Bicho. Si todo acaba en una cagada, recuerda que tienes que saltar a la maldita cascada. Cubriré tus espaldas a la rápida y sangrienta usanza.

—Calo, Galdo —se dio la vuelta para mirar a los gemelos, que habían empaquetado a toda prisa todos los potingues y trastos empleados para disfrazar a Locke—. ¿Estará todo preparado cuando lleguemos al templo?

—Todo irá igual de suave que las nalgas de una de los Lirios —dijo Galdo—. Una fortuna enorme metida en sacos, dos carretas con sus caballos, provisiones para un largo y agradable viaje por carretera.

—Y los hombres de la Puerta del Vizconde nos dejarán pasar tan deprisa que será como si jamás hubiésemos estado en Camorr —añadió Calo.

—Bien. Mierda —Locke se frotó las manos enguantadas—. No sé qué decir. Ya se me han acabado las florituras retóricas; acabemos con esos bastardos y roguemos que todo nos salga bien.

Bicho dio un paso adelante y carraspeó.

—Sólo lo hago —dijo— porque de verdad me encanta esconderme por la noche en los edificios encantados de los Antiguos y reptar en la oscuridad.

—Eres un mentiroso —Jean arrastraba las palabras—. Yo sólo lo hago porque siempre he querido ver cómo a Bicho se lo acababa comiendo uno de los fantasmas de los Antiguos.

—¡Mentiroso! —dijo Calo—. Yo sólo lo hago porque me gusta un huevo sacar media tonelada de cochinas monedas de una cripta y meterlas en bolsas encima de una carreta.

—¡Mentiroso! —dijo Galdo, riendo entre dientes—. Yo sólo lo hago porque, mientras todos los demás estáis entretenidos, pienso ir a la tienda de Desesperanza

Harza para empeñar todo el mobiliario.

—Todos sois unos mentirosos —confesó Locke, mientras los demás le miraban con ojos expectantes—. Sólo lo hacemos porque nadie más de Camorr es lo suficientemente bueno para hacerlo, y nadie lo suficientemente tonto para dar el primer paso.

—*¡Bastardo!* —gritaron todos al unísono, olvidando por un instante el lugar donde se encontraban.

—*Les estoy oyendo gritar* —dijo la fantasmal voz del halconero—. *¿Se han vuelto todos locos de remate?*

Locke suspiró.

—Al prestamista no le gustará que le tengamos entretenido toda la noche con lo que vamos a llevarle —dijo—. Adelante y, por la gracia del Guardián Avieso, que todos podamos vernos en el templo en cuanto se haya terminado todo este lío.

3

El Agujero del Eco es un cubo de piedra gris cementada con una variedad opaca de cristal antiguo; jamás brilla bajo la Falsa Luz. De hecho, jamás devuelve reflejo alguno de cualquier luz que pase ante él. Tiene unos treinta metros de arista y una entrada significativa, una puerta del tamaño de una persona, situada en el extremo de una escalera vacía y a siete metros por encima de la calle.

Un acueducto sale del curso alto del Angevino, atraviesa el distrito de los Molinos de Agua, tuerce hacia el sur y llega al Agua Ferruginosa, derramando su agua en uno de los vértices del Agujero del Eco. Al igual que el cubo de piedra, se supone que dicho acueducto sufre algún mal antiguo, por lo que jamás se hace uso de él. Una pequeña catarata cae al suelo por un agujero hasta llegar a las catacumbas que se encuentran debajo del Agujero del Eco, donde puede escucharse el tumulto de las aguas. Una parte de dicha corriente pasa al canal situado en la ribera sudoeste del Agua Ferruginosa, y otra a otros lugares que nadie conoce.

Locke Lamora estaba de pie en el centro del Agujero del Eco, rodeado por la oscuridad y escuchando caer el agua por el agujero del suelo, mirando fijamente la mancha gris que señalaba la puerta por la que se salía a la calle. Su único consuelo era que Jean y Bicho, acurrucados sin ser vistos en la húmeda oscuridad que se abría bajo el suelo, eran un poco más aprensivos que él. Al menos hasta que tuviera lugar el encuentro.

—*Cerca* —dijo la voz del halconero—, *muy cerca. Prepárese*.

Locke oyó la procesión del Capa antes de poder verla; el sonido de los tambores funerarios llegó hasta sus oídos por la puerta de la calle que estaba abierta, opacado, casi al punto de no poder distinguirlo, por el sonido del agua que caía. Poco a poco se hizo más fuerte; el resplandor rojo que se encendió al otro lado de la puerta le permitió saber a Locke que la niebla se estaba levantando. Las antorchas parpadearon

débilmente como si ardieran bajo el agua. El aura roja creció; los contornos de la sala donde se encontraba se hicieron visibles, realzados por un suave color carmín. El redoble de los tambores cesó y de nuevo volvió a escucharse sólo el sonido de la cascada. Echó la cabeza hacia atrás, se llevó una mano a la espalda y se quedó mirando a la puerta, la sangre martillándole en los oídos.

Dos pequeños fuegos rojos aparecieron en la puerta como los ojos de los dragones de las historias de Jean; unas sombras negras se movieron delante de él, y cuando los ojos de Locke se hubieron acostumbrado a la luz escarlata, vio los rostros de dos hombres altos, cubiertos con capas y armados. Pudo distinguir lo suficiente de sus rasgos y ademanes para saber que estaban muy sorprendidos de verle; dudaron un instante y siguieron avanzando, uno caminando hacia su derecha y el otro hacia su izquierda. Por su parte, él no hizo nada, no movió ni un músculo.

Entraron otras dos antorchas y luego otras dos; Barsavi estaba enviando a sus hombres escaleras arriba por parejas. Al poco tiempo, Locke estaba rodeado por una semicircunferencia de hombres que iluminaban con sus antorchas el interior del Agujero Negro y bañaban de rojo sus relieves. Las paredes estaban llenas de inscripciones, unos extraños símbolos muy viejos… en la lengua de los Antiguos, que los hombres jamás habían podido descifrar.

Una docena de hombres, dos docenas; la muchedumbre de siluetas armadas creció y Locke vio rostros que conocía. Raja-gargantas, rompe-piernas, maltratadores. Asesinos. Una buena selección. Exactamente lo que Barsavi le había prometido a él mientras ambos contemplaban el cadáver de Nazca.

Pasaron unos momentos y Locke seguía sin decir nada. Y seguían llegando hombres y mujeres. Las hermanas Berangias… Incluso con poca luz, Locke era capaz de reconocer su contoneo. Se detuvieron en el centro de la muchedumbre que se iba congregando, delante de todos los recién llegados, sin decir nada, los brazos cruzados, los ojos brillantes bajo la luz de las antorchas. A causa de alguna orden que debían de haberles dado, nadie de la gente de Barsavi fue al encuentro de Locke. Permaneció sin nadie a su lado mientras todo aquel tropel de Buena Gente se desparramaba ante él.

Finalmente, la sección que correspondía a los degolladores se fue hacia un lado; Locke podía escuchar el eco de su respiración, de sus murmullos, del crujido de su cuero, rebotando de pared en pared y mezclándose con el sonido del agua que caía. Algunos de los que se encontraban junto a las paredes apagaron sus antorchas con unas bolsas de cuero mojadas; paulatinamente, el olor a humo llenó el aire mientras la luz se apagaba siguiendo el mismo ritmo, hasta que finalmente sólo una antorcha de cada cinco siguió encendida.

Había la luz suficiente para ver a Capa Barsavi cuando éste dobló el rincón y subió por la escalera; el cabello gris lo llevaba echado hacia atrás, peinado con varias rayas; ungido con aceite, sus tres barbas parecían arregladas recientemente. Llevaba su casaca de piel de tiburón y una capa negra de terciopelo, forrada con tejido de oro,

echada por encima de uno de sus hombros. Anjais estaba a su derecha y Pachero a su izquierda, pero rezagados respecto a él, que marchaba en cabeza; y en los fuegos que despedían sus ojos Locke sólo vio muerte.

—*Pero nada es lo que parece* —dijo la voz del halconero—. *No se amilane*.

Barsavi se detuvo al llegar al frente de aquella multitud y durante un largo momento sólo miró a Locke, o mejor a la aparición que se encontraba ante él, y a los fríos ojos naranja ocultos por la sombra de la capucha, y a la capa y a la casaca y a los guantes, todo de color gris.

—Rey —dijo finalmente.

—Capa —replicó Locke, intentando sentirse a la altura de lo que exigía su papel. Intentando sentirse el tipo de hombre capaz de estar delante de cien asesinos con una sonrisa en el rostro; el tipo de hombre capaz de emplazar a Vencarlo Barsavi después de dejar un reguero de cadáveres, el último de ellos el de su única hija. Aquél era el hombre que Locke tenía que ser, no el amigo de Nazca sino su asesino; no el travieso súbdito del Capa sino su igual. Su *superior*.

Locke hizo una mueca lupina y se apartó la capa del hombro izquierdo, echándosela hacia atrás. Con la mano izquierda hizo al Capa un gesto de desafío, como el toro que, estando en el callejón, reta a su oponente a dar el primer paso y a recibir el primer golpe.

—Matadlo —dijo el Capa, y una docena de hombres y de mujeres levantaron las ballestas.

¡Dame fuerzas, oh, Guardián Avieso!, imploró Locke, y apretó los dientes para ver qué pasaba. Incluso escuchó cómo le crujían los músculos de la mandíbula.

El sonido seco de los gatillos resonó en las paredes; una docena de cuerdas tirantes vibraron al distenderse. Los dardos eran demasiado rápidos para poder seguirlos con el ojo, unas imágenes negras, vistas y no vistas, que emborronaban el aire, y entonces… una docena de estrechas siluetas negras rebotaron en la nada delante de su rostro y cayeron al suelo con ruido metálico, formando un arco a sus pies como de aves muertas.

Locke rió con fuerza, y su risa era auténticamente genuina. Durante un breve instante hubiera sido capaz de besar al halconero si éste hubiese estado ante él.

—Por favor —dijo—, suponía que estarías al tanto de todas esas historias.

—Sólo estaba comprobando si eran ciertas —dijo Capa Barsavi—, *Majestad*.

Pero aquella última palabra la había dicho con mofa.

Locke se había esperado cierta cautela después del fracaso del ataque con las ballestas, pero Barsavi dio un paso hacia él sin aparentar miedo.

—Me agrada que hayas acudido a mi requerimiento —replicó Locke.

—La sangre de mi hija es lo único con lo que puedes requerirme —dijo Barsavi.

—Pues expláyate sobre lo sucedido si lo deseas —dijo Locke, mientras rezaba para sus adentros: *Nazca, dioses, perdonadme os lo ruego*—. ¿Acaso te comportaste tú con mayor gentileza cuando, hace veintidós años, te hiciste con esta ciudad?

—¿Acaso crees tú que vas a poder conseguirlo? —Barsavi se detuvo y se le quedó mirando; estaban a una distancia de algo más de diez metros—. ¿Que podrás quitarme la ciudad?

—He requerido tu presencia en este lugar para discutir el asunto de Camorr —dijo Locke—. Para zanjarlo a nuestra mutua satisfacción —y, al no interrumpirle el halconero, supuso que lo estaba haciendo bien.

—La satisfacción no será mutua —dijo Barsavi; luego alzó la mano izquierda y un hombre abandonó la muchedumbre.

Locke miró concienzudamente a aquel hombre; le parecía que era un antiguo conocido; delgado y calvo, no llevaba armadura. Hecho curioso. Daba la impresión de que se estremecía.

—Tal y como hablamos, Eymon —dijo el Capa—, mantengo el trato que te propuse, y no dudes de que lo cumpliré.

El hombre desarmado echó a andar hacia delante, lenta y temerosamente, mirando a Locke con evidente miedo. Pero siguió avanzando en línea recta hacia Locke, mientras cien hombres y mujeres armados aguardaban detrás de él sin hacer nada.

—Espero —dijo Locke, con tono de burla— que ese hombre no sea capaz de hacer lo que sospecho.

—Ahora veremos todos si es capaz de hacerlo —dijo el Capa.

—No podéis herirme, ni siquiera podéis atravesarme la piel —dijo Locke—, y ese hombre morirá con sólo yo tocarlo.

—Eso dicen —replicó el Capa. Eymon siguió acercándose; ya estaba a diez metros de Locke, luego a siete.

—Eymon —dijo Locke—, te están utilizando. Detente.

Dioses. No hagáis lo que creo que vais a hacer. No permitáis que le mate el halconero, imploró Locke.

Eymon siguió avanzando; las quijadas le temblaban, respiraba de un modo entrecortado. Llevaba las manos extendidas hacia delante, como si fuera a introducirlas en el fuego.

Guardián Avieso, te lo ruego, que no sufra daño alguno. Detenlo, por favor. Halconero, halconero, te lo ruego, asústale, hazle algo, pero que no lo maten. Un río de sudor le recorría la columna vertebral; agachó ligeramente la cabeza y miró fijamente a Eymon. Ahora estaba a tres metros.

—Eymon —dijo, intentando adoptar un tono neutro de voz que sólo consiguió a medias—, ya has sido advertido. Te encuentras en un grave peligro.

—Sí —dijo aquel hombre con voz trémula—. Sí, lo sé —y franqueó la distancia que los separaba y cogió con ambas manos el brazo derecho de Locke…

Joder, pensó Locke, y entonces supo que no tendría que matarlo, porque de eso se encargaría el halconero.

Y se apartó del contacto de Eymon.

Los ojos de Eymon enloquecieron; dio una boqueada y entonces, para terror de Locke, dio un salto hacia delante y volvió a coger con ambas manos el brazo de Locke, como un ave carroñera que acabase de agarrar la comida por la que llevaba esperando largo tiempo.

—¡Haaaaaaaaaaa! —exclamó, y durante un breve segundo Locke pensó que algo terrible le sucedía.

Pero no era así; Eymon aún estaba vivo y no le soltaba.

—Joder, joder —murmuró Locke, levantando la mano izquierda para darle una bofetada a aquel pobre diablo, pero perdió el equilibrio y Eymon lo aprovechó; aquel individuo tan delgado dio un empujón a Locke y exclamó:

—¡HAAAAAAAAAAAAA!

Era un grito de triunfo absoluto que dejó medio sordo a Locke mientras caía sobre sus posaderas.

Y entonces se oyó el ruido de muchos pies calzados con botas que se acercaron a donde estaba Eymon, y unas siluetas oscuras se acercaron a Locke para apresarle y, bajo la luz cambiante de dos docenas de antorchas, Locke descubrió que lo levantaban del suelo y que unas manos fuertes le agarraban de los brazos, de los hombros y del cuello.

Capa Barsavi se abrió paso entre la airada multitud de los hombres y mujeres que eran suyos y, con la mayor cordialidad posible, obligó a Eymon a permanecer a su lado; luego se encontró cara a cara con Locke, sus rubicundas y gordas facciones encendidas por lo que iba a suceder.

—Bueno, Majestad —dijo—, yo diría que ahora estás realmente jodido.

Y la gente de Barsavi rió, aplaudiendo la broma. Y el puño porcino del Capa se quedó plantado en el estómago de Locke, y el aire se le escapó de los pulmones, y un dolor insufrible explotó en su pecho. Y entonces supo lo profundamente metido dentro de la mierda que se encontraba.

4

—Sí, diría que estás muy, pero que muy jodido —dijo Barsavi, pavoneándose de un lado para otro delante de Locke, que seguía en poder de media docena de hombres, cualquiera de ellos con una vez y media su tamaño—. Y yo también. Vamos a echarle la capucha hacia atrás, muchachos.

Unas manos ásperas tiraron de la capucha de Locke, y el Capa se quedó mirándole fríamente, mientras se pasaba una y otra vez la mano por sus barbas.

—Gris, gris, gris. Parece como si fueras de alguna compañía de teatro —rió—. Y también pareces un poco canijo. Menudo hombrecillo el que hemos capturado esta noche… el Rey Gris, soberano de nieblas y sombras, y poco más.

Haciendo una mueca, el Capa le abofeteó con el dorso de la mano; y cuando apenas acababa de sentir el escozor en el carrillo, ya le estaba soltando otra bofetada

en el otro. No podía controlar el movimiento de su cabeza, pues le tiraban de los pelos por detrás para que su mirada quedara enfrente de la del Capa. Los pensamientos de Locke se arremolinaron en su mente. ¿Habían localizado al halconero? ¿Le habían distraído? ¿Estaba el Capa tan loco como para matar a un mago de la Liga si se le presentaba la ocasión?

—Oh, ya sabemos que no podemos herirte —prosiguió Barsavi— ni atravesar tu piel, lo que es una pena. Lo malo de los hechizos de un mago de la Liga es que son demasiado *específicos*, ¿o no?

Y entonces volvió a golpearle en el estómago, en medio de un murmullo de general consentimiento. Las rodillas de Locke perdieron toda su fuerza y quienes le tenían agarrado le levantaron, manteniéndole erguido mientras los calambres producidos por el dolor se irradiaban desde su abdomen.

—Uno de tus hombres —dijo Barsavi— se dio un paseo por la Tumba Flotante esta misma mañana.

Un escalofrío bajó por la columna vertebral de Locke.

—Me parece que no fui el único a quien humillaste al devolverme el cuerpo de Nazca de la manera en que lo hiciste —dijo Barsavi, mirándole de reojo—. Me parece que a algunos de tus hombres esa acción tan execrable no le pareció tan divertida como al resto de los demás de tu alegre y diminuta cuadrilla. Así que tu hombre y yo tuvimos una pequeña charla. Y convinimos un precio. Y entonces me contó muchas cosas fascinantes acerca de esos hechizos tuyos. Y respecto a eso que contaban de ti, de que podías matar a la gente con sólo tocarla, me dijo que era una chorrada.

La has fastidiado, dijo una vocecita por detrás de la nuca de Locke que, ciertamente, no era la del halconero. *La has fastidiado*. Era evidente que ni habían conseguido distraer al halconero ni hacerle prisionero. *Es como si te hubieras puesto tú mismo la soga al cuello.*

—Pero yo estaba dispuesto a confiar en aquel tipo —dijo Barsavi—. Así que hice un trato con Eymon, a quien creo que no has reconocido. Eymon se está muriendo. Lentamente, porque tiene unos tumores en el estómago y en la espalda del tipo que los físicos no pueden curar. Le quedan dos meses, quizá tres —el Capa le dio a Eymon una palmadita en la espalda con el mismo orgullo que si se hubiese tratado de alguien de su misma sangre.

»Y entonces le dije: “¿Por qué no vas y agarras a ese sucio bastardo, Eymon? Si de veras puede matar a la gente con sólo tocarla, pondrás fin a tus sufrimientos de un modo rápido y sencillo. Y si todo eso es mentira…” —Barsavi hizo una mueca, frunciendo sus coloradas mejillas de un modo grotesco—, entonces…

—Mil coronas —dijo Eymon, con una risita.

—Para empezar —añadió Barsavi—. Y esa promesa la pienso cumplir. Y *mejorar*. Le dije a Eymon que tendría su propia casa de campo y piedras preciosas, sedas y media docena de las damas que escogiera del Gremio de los Lirios para que

le hicieran compañía. Y que inventaría nuevos placeres para él. Y que moriría como un puto duque, porque esta noche voy a nombrarle el hombre más valiente de Camorr.

La aclamación fue general; hombres y mujeres aplaudían, golpeando con los puños sus escudos y armaduras.

—Todo lo contrario —susurró Barsavi— que el escurridizo y cobarde trozo de mierda que mató a mi única hija, a la que ni siquiera se atrevió a matar con sus propias manos. Porque permitió a un mago retorcido que cumpliera en ella su jodido y mercenario trabajo. A un *envenenador* —Barsavi le escupió a Locke en la cara; el cálido escupitajo se deslizó mejillas abajo—. Tu hombre me contó que el mago de la Liga había dejado de estar a tu servicio aquella misma noche, porque te sentías tan confiado que ya no querías seguir pagándole. Es evidente que no puedo por menos de aplaudir tu comprensión del concepto de economía.

Barsavi hizo una seña a Anjais y a Pachero; los dos dieron un paso adelante, el rostro completamente siniestro. Se quitaron las gafas y se las guardaron en el bolsillo, signo de mal agüero que ambos cumplieron al unísono de manera inconsciente. Locke abrió la boca para decir algo… y entonces, al ser consciente de que la había fastidiado, se quedó helado.

Podía revelar su verdadera identidad… hacer que el Capa le arrancara el bigote falso y la máscara, confesar toda aquella historia… pero entonces, ¿qué ganaría con ello? Jamás le creerían. Y además, había contado con la protección de un mago mercenario. Si confesaba que era Locke Lamora, los cien hombres y mujeres que estaban allí irían en pos de Jean, Bicho y los Sanza. Los Caballeros Bastardos serían cazados por las calles y sus vidas no valdrían nada.

Si quería salvarlos, tendría que seguir haciéndose pasar por el Rey Gris hasta que el Capa acabara con él, y entonces sólo le quedaría rezar por una pronta y piadosa muerte. Que Locke Lamora desapareciera para que sus amigos pudieran correr hacia el destino, ciertamente mejor que el suyo, que les aguardaba. Reprimiendo las ardientes lágrimas, se esforzó en hacer una mueca, miró a los dos hijos de Barsavi y dijo:

—Eh, jodidos engendros, a ver si sois capaces de hacerlo mejor que vuestro padre.

Aunque Anjais y Pachero sabían cómo golpear a un hombre hasta matarlo, eso mismo era lo que querían evitar. Así que le desollaron las costillas, le pegaron en los brazos con los nudillos, le dieron patadas en los muslos, le dieron puñetazos en la cara, haciendo que su cabeza se bamboleara de un lado para otro, y le golpearon en el cuello hasta casi cortarle la respiración. Al final Anjais le mantuvo levantado, sujeto por la barbilla para que pudiera mirarle directamente a la cara.

—Y, de paso —dijo—, esto por Locke Lamora.

Le movió la barbilla de un lado para otro con un dedo de una mano y le atizó duramente con la otra; Locke sintió un fortísimo dolor en el cuello y vio las estrellas

en la oscuridad teñida de rojo que le rodeó. Escupió sangre, tosió y se lamió los labios tumefactos.

—Y ahora —dijo Barsavi—, me tomaré una justicia digna de un padre por la muerte de Nazca.

Y batió palmas tres veces.

Tras él pudo escucharse el sonido que hace la gente al correr, el de unas fuertes pisadas que subían por los escalones de piedra. Por la puerta entraron media docena más de hombres que llevaban un tonel de madera bastante grande, un tonel del mismo tamaño que aquel otro en el que habían devuelto a Nazca al lado de su padre. El tonel funerario. La muchedumbre que rodeaba a Barsavi y a sus hijos se apartó a regañadientes para dejar pasar a quienes acarreaban el tonel. Lo dejaron en el suelo, al lado del Capa, y Locke escuchó el chapoteo de su contenido.

¡Oh! ¡Por los Trece!

—No pueden herirle ni atravesarle la piel —dijo el Capa, como si estuviera pensando en voz alta—. Pero ya hemos comprobado que sí pueden zurrarle. Y también que respira.

Dos de los hombres del Capa levantaron la tapa del tonel y suspendieron a Locke encima de él. El fuerte olor a orina de caballo, que hacía llorar, se dispersó por el aire, y Locke sintió náuseas y tosió.

—Contemplad las lágrimas del Rey Gris —musitó Barsavi—. Contemplad los sollozos del Rey Gris. Un espectáculo que recordaré como el más preciado de los tesoros hasta la última hora del día en que muera —y levantó la voz—. ¿Acaso sollozó Nazca? ¿Acaso lloró Nazca mientras la matabas? Yo creo que no.

El Capa estaba gritando.

—¡Miradlo por última vez! ¡Tendrá lo que Nazca tuvo, morirá como ella murió, pero por *mi mano*!

Barsavi cogió a Locke de los cabellos y bajó su cabeza hacia el tonel; durante un instante Locke tuvo el pensamiento irracional de sentirse a gusto por no tener nada en el estómago para vomitar.

Las náuseas suscitaron espasmos de dolor en los más que trabajados músculos de su estómago.

—Y morirá con un simple toque de mi mano —dijo el Capa, intentando refrenar los sollozos—. Morirás con un simple toque de mi mano, hijo de puta. Nada de veneno. Nada de morir rápidamente antes de que te meta dentro. Vas a saborear lo que contiene. Vas a saborearlo mientras te *ahogas*.

Y entonces lanzó un gruñido y agarró a Locke por la capa. Sus hombres le ayudaron y así, todos a una, le colocaron encima del borde superior del tonel y le dejaron caer, con la cara por delante, en aquélla densa y tibia porquería que le apartó al instante de los sonidos del mundo que le rodeaba y le sumió en una oscuridad húmeda que quemó sus ojos y sus heridas antes de engullirle.

Los hombres de Barsavi colocaron instantáneamente la tapa en el tonel. Varios de ellos la golpearon con martillos y con las conteras de sus hachas hasta que quedó completamente ajustada en su sitio. El Capa dio un puñetazo a la tapa y mostró los dientes cuando sonrió. Las lágrimas aún cruzaban sus mejillas.

—¡Creo que a este pobre cabrón… no le ha salido bien la negociación!

Los hombres y mujeres que le rodeaban lanzaron mil alaridos de contento mientras alzaban los brazos al aire y movían las antorchas, suscitando en las paredes mil sombras de frenesí.

—Llevaos a ese bastardo y que llegue hasta el mar —dijo el Capa, señalando con un gesto la cascada.

Una docena de pares de manos agarraron el tonel; entre risas y bromas, los hombres del Capa lo cogieron y se lo llevaron hacia la esquina noroeste del Agujero del Eco, justo donde el agua caía del techo y se desvanecía en la negrura a través de una fisura de tres metros de ancha.

—A la de una —dijo el que guiaba a los demás—, a la de dos… —y a la voz de «tres», arrojaron el tonel a las tinieblas. Cuando cayó al agua con un chapoteo, levantaron los brazos y prosiguieron con la diversión.

—¡Esta noche el duque Nicovante duerme a salvo entre las sábanas de su cama, encerrado en su torre de cristal! —exclamó Barsavi—. ¡Esta noche el Rey Gris duerme entre orines, encerrado en la tumba que yo mismo le he construido! ¡Hoy es mi noche! ¿Quién gobierna en Camorr?

—¡BARSAVI! —fue la respuesta de todas las gargantas que se encontraban en el Agujero del Eco, la cual reverberó en las piedras de su estructura, puestas allí por una mano no humana, y al Capa le rodeó un mar de ruidos, risas y aplausos.

—¡Enviad mensajeros esta noche a los cuatro rincones de MIS dominios! —dijo con un aullido—. ¡Enviad corredores al Fuego Encendido! ¡Despertad al Caldero y al Estrecho y a las Heces y a la Trampa! ¡Esta noche abriré mis puertas! ¡La Buena Gente de Camorr será invitada a la Tumba Flotante! Esta noche daré tal fiesta que la gente honrada atrancará sus puertas, los casacas amarillas se acoquinarán en sus cuarteles, y hasta los mismísimos dioses bajarán la mirada y exclamarán: «¿Qué es todo ese maldito estrépito?».

—¡BARSAVI! ¡BARSAVI! ¡BARSAVI! —coreó toda su gente.

—Esta noche —y concluyó con estas palabras— la celebraremos. Esta noche Camorr ha dicho adiós al último de sus reyes.

Interludio

La guerra con los Medias Coronas

1

A su debido tiempo, Locke y los demás Caballeros Bastardos pudieron pasearse a sus anchas vestidos con ropas de paisano. Locke y Jean estaban a punto de cumplir doce años de edad; daba de ojo que los Sanza eran algo mayores que él. Y cada vez era más difícil tenerlos enjaulados todo el tiempo en la Casa de Perelandro, sobre todo cuando no se sentaban en las gradas o uno de ellos se iba a donde fuera para aprender alguno de los «noviciados» del padre Cadenas.

Poco a poco Cadenas enviaba fuera a sus chicos para que fueran iniciados en los grandes templos de los once dioses restantes de Therin. Cualquiera de ellos entraba en un templo bajo un nombre falso, pero sólo a causa de los hilos que Cadenas podía mover y de las palmas en las que podía dejar alguna que otra moneda. Ya dentro, el joven Caballero Bastardo tenía por fuerza que agradar a sus superiores, ya fuera por su caligrafía, sus conocimientos de teología, su disciplina o su sinceridad. El ascenso llegaba rápidamente, de hecho lo más deprisa que era posible; así que, al poco tiempo, el recién llegado recibía las enseñanzas de lo que se llamaba el «ritual interior», formado por las oraciones y los actos rituales que los sacerdotes sólo compartían con los demás sacerdotes y los iniciados.

Aquellas enseñanzas no eran mantenidas en el más absoluto de los secretos, puesto que los sacerdotes de cualquiera de las órdenes de Therin no podían ni imaginarse que nadie pudiera tener la audacia de ofender a los dioses solicitando una iniciación que no deseaba verdaderamente. Tanto aquellos que compartían la idea un tanto herética de que había trece dioses, como la minoría que creía en la existencia del Decimotercero, no se podían ni imaginar que nadie pudiera hacer lo que, en efecto, hacían Cadenas y sus chicos.

Invariablemente, después de varios meses de excelente aprovechamiento, cada uno de aquellos fieles jóvenes iniciados moría en el transcurso de algún accidente imprevisto. A Calo le apetecía «ahogarse», puesto que podía contener la respiración durante muchísimo tiempo y le gustaba nadar por debajo del agua. Galdo prefería «desaparecer» simplemente, si era posible en el transcurso de alguna tormenta o de cualquier otro acontecimiento melodramático. Locke preparaba unos engaños muy bien elaborados que tardaba semanas en pergeñar. En cierta ocasión se escabulló de la Orden de Nara (Maestra de la Plaga y Señora de las Enfermedades Ubicuas) al dejar sus hábitos de iniciado, rotos y manchados con sangre de conejo, al lado de su cuaderno de apuntes y de unas cuantas cartas, en un callejón cerca del templo.

Cuando, instruidos de tal suerte, los chicos regresaban al templo de Cadenas, referían a los demás todo lo visto y escuchado.

—Lo importante —decía Cadenas— no es que lleguéis a convertiros en candidatos del Alto Cónclave de los Doce, sino daros la oportunidad de conocer cuáles son las ropas y máscaras que podréis necesitar si tenéis que haceros pasar por sacerdotes durante un corto período de tiempo. Porque, cuando se es sacerdote, la gente tiende más a fijarse en los hábitos que en el sacerdote.

Aquel día no había ningún nuevo noviciado en ciernes; Jean seguía aprendiendo el arte de la guerra en la Casa de las Rosas de Cristal y el resto de los muchachos le esperaba en la entrada sur del Mercado Flotante, junto a un desvencijado embarcadero de piedra situado en el extremo de un callejón. Era un agradable día de primavera, fresco y dominado por la brisa, con el cielo medio oculto por unas nubes grises y blancas con forma de lúnula que llegaban del noroeste y anunciaban tormenta.

Locke, Calo y Galdo observaban el resultado de una colisión entre la barca de un vendedor de pollos y un transporte de gatos. Cuando aquellas pequeñas embarcaciones habían chocado entre sí, algunas de sus jaulas se habían abierto, de suerte que los agitados comerciantes no hacían más que ir de un lado a otro mientras la batalla entre aves y felinos iba en aumento. Unos cuantos pollos se habían tirado al agua y se movían piando en pequeños círculos, prueba palpable de que la naturaleza conspiró contra ellos al permitirles nadar aún peor de lo que vuelan.

—Bueno —dijo una voz a sus espaldas—, ya lo veis. Esas pequeñas basuras parecen muy prometedoras.

Locke y los Sanza se volvieron al unísono y vieron a media docena de chicos y chicas de su misma edad delante de ellos, en medio del callejón. Se vestían de un modo parecido al suyo, con ropas modestas. El que parecía el jefe tenía una espesa mata de cabellos negros y rizados peinada hacia atrás y sujeta con una cinta de seda negra, la mejor marca de distinción de un golfillo.

—Eh, chicos, ¿sois amigos de los amigos? ¿Sois de la Buena Gente? —el cabecilla de los recién llegados seguía con las manos en las caderas; tras él, una chica bajita hizo con las manos algunas de las señas que servían para que los súbditos de Capa Barsavi se reconocieran entre sí.

—Somos amigos de los amigos —dijo Locke.

—Los mejores de los buenos —añadió Galdo, mientras hacía las señas de réplica.

—Buenos chicos. Nosotros estamos a las órdenes de los Coronas Enteras, del Estrecho. Nos llamamos los Medias Coronas. ¿Cómo os llamáis vosotros?

—Los Caballeros Bastardos —dijo Locke—. Distrito del Templo.

—¿Bajo las órdenes de quiénes estáis?

—No estamos a las órdenes de nadie —dijo Galdo—. Somos los Caballeros Bastardos, todos nosotros.

—Comprendo —dijo el jefe de los Medias Coronas con una mueca amistosa—. Yo soy Tesso Volanti. Éstos son los míos. Y vamos a quedarnos con vuestro dinero. A menos que hinquéis la rodilla y nos otorguéis vuestra preferencia.

Locke frunció el ceño. En la jerga de la Buena Gente, «otorgar la preferencia» quería decir que los Caballeros Bastardos debían aceptar que los Medias Coronas eran una banda de tipos mejores y más machotes que ellos; tenían que cederles el paso en la calle y tolerar cualquier abuso que quisieran infligirles.

—Yo soy Locke Lamora —dijo Locke mientras se ponía lentamente de pie—, y los Caballeros Bastardos no doblan la rodilla ante nadie que no sea el Capa.

—¿De veras? —Tesso hizo como si estuviera muy extrañado—. ¿Incluso seis contra tres? Será una charla suave si no aceptas lo que te digo.

—No debes de oír bien —dijo Calo, mientras él y su hermano se levantaban al mismo tiempo—. Ha dicho que os otorgaremos nuestra preferencia cuando les quitéis los guisantes a nuestras cagadas y los chupéis para cenar.

—Pues ahora, por esa chorrada que no viene a cuento —dijo Tesso—, voy a hacer un poco de ruido con vuestros cráneos.

Y antes de que hubiera terminado de hablar, los Medias Coronas avanzaron. Locke era el más bajito de todos, incluidas las chicas, así que cuando se metió entre todos, moviendo sus pequeños puños a uno y otro lado, sólo consiguió pegar al aire y recibir una lluvia de golpes. Una chica mayor se sentó encima de su espalda mientras otra le arrojaba a la cara un puñado de arena del callejón.

El primer chico que fue a interceptar a Calo recibió un rodillazo en la ingle y cayó al suelo con un quejido. Justo detrás de él llegó Tesso, que propinó a Calo un derechazo que le tiró hacia atrás. Galdo agarró a Tesso por la cintura, aullando, y ambos cayeron al suelo, creyendo cada uno de ellos que había vencido al otro. La «charla suave» quería decir que no se emplearían armas y que ninguno de los golpes propinados dejaría al contrario muerto o lisiado. Y no había más que decir. Los Sanza eran unos luchadores muy capaces, pero, aunque Locke hubiera podido aguantar hasta el final, la proporción numérica estaba en contra de ellos. Poco después, tras unos minutos de lucha libre, de sudar y de darse patadas, los tres Caballeros Bastardos quedaron tirados como basura en medio del callejón, llenos de polvo y vencidos.

—Correcto, muchachos. La preferencia, ¿de acuerdo? Quiero oír cómo lo decís.

—Dóblate por la mitad —dijo Locke— y chúpate el culo.

—Oh, respuesta equivocada, gilipollas —dijo Tesso, y mientras uno de los suyos le sujetaba los brazos a Locke, el jefe de los Medias Coronas rebuscó en los bolsillos de Locke en busca de monedas—. Hmm. Nada. Entonces, bomboncitos, mañana iré a buscaros. Y al día siguiente. Y al otro. Hasta que no dobléis la rodilla os vigilaré y os haré la vida imposible. Anota mis palabras, Locke Lamora.

Los Medias Coronas se fueron riéndose, con unas cuantas abrasiones y torceduras que deberían cuidarse, pero no tantas como las que habían infligido. Los Sanza se

levantaron maldiciendo y ayudaron a Locke a ponerse en pie.

Con mucha cautela, llegaron renqueando a la Casa de Perelandro y se deslizaron hasta la madriguera de cristal por una alcantarilla que tenía una puerta secreta.

—No vas a creerte lo que nos ha pasado —dijo Locke, mientras él y los Sanza entraban en la cocina. Cadenas estaba sentado ante la mesa de álamo negro, escrutando una colección de pergaminos y escribiendo en uno de ellos con una pluma de exquisito corte. Falsificar documentos de aduanas era una especie de pasatiempo que practicaba del mismo modo que algunas personas cuidan un jardín o crían perros. Tenía un portafolios lleno de ellos y, ocasionalmente, se sacaba un poco de dinero vendiéndolos.

—Mmmm —dijo Cadenas—, ¡que un grupo de Medias Coronas os han pateado el culo!

—¿Cómo te has enterado?

—La pasada noche me pasé por El Último Error. Y lo escuché de los mismísimimos Coronas Enteras. Me contaron que sus subordinados iban a dar un barrido por los alrededores, buscando a otros chavales para meterse con ellos.

—¿Y por qué no nos lo advertiste?

—Supuse que seríais precavidos y que no podrían cogeros. Pareces un poco distraído.

—Dijeron que les concediéramos nuestra preferencia.

—Claro —dijo Cadenas—. Es un juego de chicos. La mayor parte de los subordinados no tienen auténticos trabajos, así que se entretienen en buscar a otros para que se conviertan en sus subordinados. Ahora estás metido en una pequeña guerra que sólo terminará cuando uno de los dos pida merced. Sólo charla suave, no lo olvides.

—Si así están las cosas —dijo Locke—, ¿qué podemos hacer?

Cadenas alargó una mano y cogió a Locke por un puño, luego lo llevó lentamente hasta la mandíbula de Calo.

—Repítelo todas las veces que quieras —dijo Cadenas—, hasta que sólo te preocupe el tener que escupir los dientes.

—Lo intentamos. Lo cierto es que cayeron sobre nosotros cuando Jean no estaba. Y sabes que no soy muy bueno en ese tipo de cosas.

—Claro que lo sé. Por eso, la próxima vez cerciórate de que Jean esté con vosotros. Y usa ese pequeño cerebro retorcido tuyo —Cadenas acercó un pequeño cilindro de lacre a una lamparita—. Pero no quiero que prepares ningún plan demasiado elaborado, Locke. No metas en esto a la Guardia o a los templos o al ejército del Duque o a nadie más. Intentad parecer la cuadrilla de ladrones corrientes que siempre he dicho a todo el mundo que sois.

—Oh, genial —Locke cruzó los brazos mientras Calo y Galdo se limpiaban el uno al otro las heridas de la cara con unos trapos húmedos—. Así que sólo es otra maldita prueba.

—Qué chico tan listo —murmuró Cadenas, vertiendo lacre líquido en un pequeño recipiente de plata—. Desde luego que lo eres. Y yo personalmente me sentiré muy decepcionado si esos mierdecillas no te piden por favor que aceptes *su* preferencia antes de mediados del verano.

2

Al día siguiente, Locke y los hermanos Sanza se sentaron en el mismo embarcadero y a la misma hora. Los vendedores del Mercado Flotante estaban enrollando las lonas embreadas y recogiendo los doseles, pues la lluvia que había estado empapando la ciudad durante la noche anterior y la primera parte de la mañana había cesado desde hacía mucho tiempo.

—Debo de sufrir visiones —era la voz de Tesso Volanti—, porque no puedo imaginarme que vosotros, sesos de mosquito, realmente estéis sentados en el mismo sitio en que ayer os zurramos la badana.

—¿Y por qué no —dijo Locke—, si estamos más cerca de nuestro campo que vosotros y os vamos a poner las pelotas por corbata dentro de dos minutos?

Los tres Caballeros Bastardos se levantaron; ante ellos se encontraba la misma media docena de Medias Coronas, una sonrisa de impaciencia en sus rostros.

—Veo que ninguno de vosotros ha mejorado en aritmética desde que nos fuimos —dijo Tesso, chasqueando los nudillos.

—Me alegra que digas eso —dijo Locke—, porque los números han cambiado —y señaló hacia detrás de donde se encontraban los Medias Coronas; Tesso movió rápidamente la cabeza en aquella dirección y cuando vio a Jean Tannen en el callejón se echó a reír.

—Aún están de nuestra parte, sigo diciendo —y fue hacia Jean, que simplemente le miró con una sonrisa beata en su cara redonda—. ¿Y éste quién es? Un gordo bastardo coloradote. Ya veo tus gafas en mi bolsillo. ¿Qué crees que estás haciendo, gordo?

—Me llamo Jean Tannen y os estoy preparando una emboscada.

Aunque los largos meses de entrenamiento con Maranzalla apenas habían conseguido que Jean tuviera un aspecto ligeramente diferente al que tenía cuando empezó, Locke y los Sanza sabían que una especie de alquimia había cambiado lo que había dentro de aquella cáscara de apariencia blanda. Tesso se puso a su alcance, los dientes apretados, y los brazos de Jean salieron disparados como los pistones de bronce de un motor de agua de Tal Verrar.

Tesso cayó hacia atrás, doblando los brazos y las piernas como una marioneta atrapada en un ventarrón. Con la cabeza hacia delante, se quedó hecho un ovillo, los ojos en blanco.

Entonces fue como si en aquel callejón se desatara un pequeño infierno. Los tres chicos de los Medias Coronas cargaron contra Locke y los Sanza; las dos chicas se

acercaron sigilosamente a Jean. Una de ellas intentó arrojarle a la cara un puñado de gravilla del suelo; él se echó a un lado, la cogió del brazo y la arrojó con mucha facilidad contra una de las paredes de piedra del callejón. Era una de las lecciones de Maranzalla: que las paredes y el suelo hagan el trabajo por ti cuando luches con las manos desnudas. Y cuando ella rebotó, fuera de control, Jean le propinó un rápido gancho de derecha y la envió de cara al suelo.

—Es una descortesía el pegar a las chicas —dijo su compañera, dando vueltas a su alrededor.

—Aún lo es más el pegar a mis amigos —replicó Jean.

Ella le replicó a su vez girando alrededor de su talón izquierdo y lanzándole una rápida patada a la garganta; Jean reconoció el arte llamado *chasson*, una especie de boxeo con los pies importado de Tal Verrar. Desvió la patada con la palma de la mano izquierda mientras ella lanzaba una segunda, empleando el momento cinético de la primera patada para llevar el pie izquierdo hasta su cuello. Pero Jean se había movido antes de que consiguiera acertarle, así que lo que más cerca le llegó fue su muslo, que él paró con el brazo izquierdo. Y cuando la chica perdió el equilibrio, Jean le propinó un puñetazo en los riñones y la cogió de la pierna, haciéndole caer de espaldas en el suelo, donde permaneció retorciéndose de dolor.

—Señoras —dijo Jean—, acepten mis más sentidas condolencias.

Tal y como era usual, Locke recibía lo peor del encuentro, hasta que Jean cogió de un hombro a su oponente y le dio vueltas como una peonza. Luego rodeó con sus fuertes brazos la cintura del chico y le plantó un cabezazo en medio del plexo solar, golpeando su barbilla con la parte posterior de su cabeza. El chico cayó de espaldas, aturdido, y aquello decidió el resultado de la pelea. Calo y Galdo seguían a la par con sus oponentes, pero cuando Jean llegó ante ellos (con Locke al lado, que hacía todo lo que podía para parecer peligroso), los Medias Coronas retrocedieron y levantaron las manos.

—Bueno, Tesso —dijo Locke, cuando el chico de cabello rizado se levantó del suelo unos minutos después, tambaleándose y sangrando por la nariz—, ¿querrás darnos ahora tu preferencia o tendré que dejar que Jean te pegue un poco más?

—Admito que no estuvo mal —dijo Tesso, mientras su banda formaba en semicírculo detrás de él—, pero ahora estamos uno a uno. No tardaremos en vernos.

3

De tal suerte, la guerra prosiguió; los días se hicieron más largos y la primavera dio paso al verano. Cadenas dispensó a los chicos de que se sentaran en las gradas con él después del mediodía, así que comenzaron a merodear por el norte de Camorr, buscando empecinadamente a los Medias Coronas.

Tesso respondió con todos los efectivos de su banda; los Coronas Enteras eran la banda más numerosa de Camorr, y sus subordinados o segundos disponían de una

cantera similar de reclutas, algunos de ellos recién salidos de la Colina de las Sombras. Y como, incluso con tanta gente, las proezas de Jean Tannen eran difíciles de superar, la guerra cambió de táctica.

Los Medias Coronas se dividieron en grupos más pequeños que intentaban aislar y emboscar a los Caballeros Bastardos cuando no estaban juntos. La mayor parte de las veces, Locke mantenía su banda al alcance de la mano, pero en ocasiones no podía evitar que alguno de ellos se fuera a donde quisiera. A Locke le golpearon malamente en varias ocasiones; una tarde acudió a Jean con un labio partido y las espinillas magulladas.

—Atiende —dijo—, llevamos varios días sin tener noticias de Tesso. Así que debe de estar tramando algo. Mañana me iré al sur del mercado, como si estuviera buscando algo. Tú te esconderás lejos, a doscientos o trescientos metros de distancia. En algún lugar donde no puedan descubrirte.

—No podré llegar a tiempo para ayudarte —dijo Jean.

—El propósito no es que llegues antes de que comience a pegarme —prosiguió Locke—, sino que cuando llegues le zurres bien. Tienes que golpearle tan fuerte que lo oigan hasta en Talisham. Golpéale como nunca antes lo hiciste.

—Con mucho gusto —dijo Jean—, pero no funcionará; echarán a correr en cuanto me vean, como siempre. Lo único que no puedo hacer es perseguirlos a pie.

—Eso déjamelo a mí —dijo Locke—, y vete a buscar tu caja de costura. Quiero que hagas una cosa.

Y de tal suerte, cierto día encapotado, Locke Lamora merodeaba por un callejón próximo al lugar donde había comenzado el asunto de los Medias Coronas. El Mercado Flotante estaba en pleno apogeo, pues la gente intentaba terminar sus compras antes de que el cielo comenzara a descargar lluvia. Jean Tannen se encontraba lejos de allí, vigilando a Locke desde el confortable anonimato que le proporcionaba una barquichuela.

Locke sólo necesitó hacerse notar durante media hora antes de que Tesso diera con él.

—Lamora —dijo—. Creía que ya sabrías lo que te conviene. No veo a ninguno de tus amigos por aquí cerca.

—Hola, Tesso —dijo Locke, con un bostezo—. Lo que yo creo es que ha llegado el día en que vas a otorgarme tu preferencia.

—Y una mierda —dijo el chico mayor—. ¿Sabes lo que creo?, pues que cuando haya terminado contigo te voy a quitar la ropa y la voy a arrojar a un canal. Será divertido. Diablos, cuanto más tardes en doblar la rodilla, más me divertiré contigo.

Y avanzó confiado para atacarle, sabiendo que Locke jamás se le había resistido en una pelea. Locke le atacó con la cabeza, moviendo de un modo extraño la manga izquierda de su casaca. Aquella manga era un metro y medio más larga de lo usual, cortesía de los arreglos de Jean Tannen; Locke la había mantenido cuidadosamente

plegada junto a su costado para que Tesso no pudiera verla en toda su longitud mientras se aproximaba.

Aunque Locke no tenía grandes dotes de luchador, podía ser sorprendentemente rápido; el puño de la extraña manga llevaba cosido un pequeño peso de plomo para desplegarla con mayor facilidad. La lanzó hacia delante y rodeó con ella el pecho de Tesso. Y cuando el peso obligó a la manga a darse la vuelta, Locke la cogió y la mantuvo tirante.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó Tesso malhumorado y le dio un puñetazo a Locke encima del ojo derecho.

Locke vaciló, pero ignoró el dolor. Deslizó la manga anormalmente larga en una presilla de tela que sobresalía del bolsillo izquierdo de su casaca, fue recogiéndola poco a poco y tiró de una cuerda que la manga tenía por debajo. La red de cuerdas de nudos que Jean había cosido al interior del forro de la casaca resistió el tirón; los dos chicos se tocaban por el pecho, y sólo un cuchillo hubiera podido liberar a Tesso de la cincha de tela que los mantenía unidos entre sí.

Por si aquello no bastaba, Locke rodeó con sus brazos el abdomen de Tesso y abrazó con sus huesudas piernas las de Tesso, justo por encima de las rodillas. Tesso intentó zafarse y abofeteó a Locke, haciendo todo lo posible para librarse de aquel abrazo. Al no conseguirlo, lanzó a Locke unos fuertes golpes en los dientes y en la coronilla que le hicieron ver las estrellas.

—¿Qué demonios *haces*, Lamora? —dijo Tesso con un gruñido, a causa del esfuerzo de tener que soportar el peso de Locke y el suyo propio; finalmente, como Locke había estado esperando, se dejó caer hacia delante. Locke aterrizó de espaldas en la gravilla, con Tesso encima de él; el aire se escapó de sus pulmones y todo lo que le rodeaba osciló—. Es ridículo. No puedes pegarme ¡y no puedes huir! ¡Ríndete, Lamora!

Locke le escupió a la cara.

—No lucharé contigo y tú no huirás —hizo una mueca siniestra—. Sólo tengo que retenerte aquí… hasta que llegue Jean.

Tesso tragó saliva y miró alrededor; por fuera del Mercado Flotante una barquichuela se dirigía rápidamente hacia ellos. La rolliza silueta de Jean Tannen era visible en ella mientras impulsaba con fuerza los remos.

—Oh, mierda. Pequeño bastardo ¡Déjame ir, déjame ir, déjame ir!

Y cada vez que Tesso repetía aquellas dos palabras hacía énfasis en ellas con un puñetazo; Locke recibió golpes en nariz, ojos y cuero cabelludo. Poco después sangraba por nariz, labios y orejas, y por un corte debajo del pelo; Tesso le machacaba de lo lindo, pero Locke seguía sin soltarlo. La cabeza le daba vueltas con una combinación de dolor y de triunfo, así que se echó a reír muy alto y con alegría y, quizá, con una pizca de locura.

—No puedo pegarte ni huir —dijo con voz cascada—. He cambiado las reglas del juego. Sólo tengo que retenerte aquí… tío mierda. Aquí… hasta que… llegue Jean.

—¡Me cago en los dioses! —masculló Tesso, pegando más fuerte a Locke, dándole puñetazos, escupiéndole y mordiéndole, castigando de manera atroz la cabeza y el rostro del indefenso muchacho.

—Sigue pegándome —farfulló Locke—. Tú sigue pegándome. Puedo pasar así todo el día. Sólo sigue pegándome… hasta que… *¡llegue Jean!*

LIBRO III

Revelación

La Naturaleza jamás nos decepciona; somos nosotros quienes siempre nos decepcionamos a nosotros mismos.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU, *Émile ou De l'éducation*

Capítulo 9

Un cuento curioso para la Condesa del Cristal de Ámbar

1

A las diez y media de la noche del Día del Duque, mientras unas nubes negras se cernían a poca altura sobre la ciudad de Camorr, ocultando las estrellas y las nubes, doña Sofía Salvara subía hacia el cielo metida en la jaula de un ascensor para tomar un té tardío con doña Angiavesta Vorchenza, Condesa Viuda del Cristal de Ámbar, en el último piso de la torre de cristal antiguo de dicha gran dama.

La jaula traqueteaba y se movía de un lado para otro mientras Sofía se agarraba a las barras de hierro pavonado que servían para dicha función. El húmedo Viento del Ahorcado agitó la capucha de la casaca de la dama cuando ésta se quedó mirando hacia el sur. Bajo ella se extendía toda la ciudad, negra y gris de horizonte a horizonte, bañada por el resplandor del fuego y de la alquimia. Cada vez que tenía ocasión de contemplar aquella vista desde una de las Cinco Torres sentía el pundonor del orgullo. Los Antiguos habían construido maravillas de cristal de las que los hombres podían sentirse orgullosos; los ingenieros habían levantado edificios de piedra y madera en medio de las ruinas de los Antiguos, para hacer suyas aquellas ciudades; los magos de la Liga pretendían poseer los poderes que antaño habían sido de los Antiguos. Pero era la alquimia la que, a diario, hacía retroceder la oscuridad; la alquimia la que iluminaba la casa más pobre y la torre más alta con luz más clara y segura que la del propio fuego. Era aquel arte, el suyo, el que domeñaba a la noche.

Su larga ascensión acababa de terminar; la jaula se detuvo con un traqueteo final en una plataforma de embarque que estaba a un quinto de la distancia que había que recorrer desde el suelo para llegar a lo más alto de la torre Cristal de Ámbar. El viento sollozaba con pena en los extraños arcos acanalados que remataban la torre. Dos hombres vestidos con libreas, calzas y guantes tan blancos como la leche la ayudaron a salir con la misma diligencia que hubieran mostrado si aquello hubiese sido el suelo y ella acabara de llegar en un carruaje. Una vez que se encontró a salvo sobre la plataforma, ambos hombres le hicieron una reverencia.

—Mi señora de Salvara —dijo el que estaba a su izquierda—, nuestra señora os da la bienvenida a Cristal de Ámbar.

—Muy amable —dijo doña Sofía.

—Si tenéis la amabilidad de aguardarla en la terraza, no tardará en reunirse con vos.

Aquel mismo criado la precedió mientras la conducía hasta la terraza, en cuyo camino se encontró con media docena de criados, vestidos con la misma librea, que

trabajaban afanosamente en el complicado mecanismo de engranajes, palancas y cadenas que servía para subir y bajar las jaulas. También ellos le hicieron una reverencia cuando pasó a su lado, que ella devolvió con una sonrisa y un gesto cordial de su mano. Jamás estaba de más el agradar a los criados a cargo de tan peculiar operación.

La terraza de doña Angiavesta consistía en una espaciosa medialuna de cristal antiguo transparente, rodeada por una barandilla de latón, que se proyectaba hacia fuera desde la cara norte de la torre. Como siempre, doña Sofía miró hacia abajo, a pesar de que siempre le aconsejaran que no era conveniente hacer tal cosa. Y tuvo la impresión de que ella y los criados caminaban en medio del aire a cuarenta pisos por encima de los patios de piedra y de los almacenes que se encontraban en la base de la torre; las lámparas alquímicas eran puntos de luz, y los carruajes, cuadrados negros, más pequeños que cualquiera de sus uñas.

A su izquierda, visibles a través de las altas ventanas rematadas por arcos cuyos alféizares estaban a la misma altura que su cintura, se encontraban los apartamentos y saloncitos de la propia torre. Doña Angiavesta tenía muy pocos familiares con vida y ningún hijo, pues era la última de un clan antaño poderoso, por lo que todos estaban seguros (al menos los codiciosos nobles de las estribaciones de las Alcegrante) de que, tras su muerte, Cristal de Ámbar pasaría a otra familia. La mayor parte de la torre se hallaba oscura y en silencio, y la mayor parte de su opulento mobiliario, guardado en cofres y armarios.

Pero aquella vieja dama aún sabía cómo servir a sus invitados el último té de la noche. En el rincón noroeste de la traslúcida terraza, desde el que podía contemplarse una perspectiva imponente de la parte norte de la ciudad, un toldo de seda se agitaba por el Viento del Ahorcado. Unas linternas alquímicas dispuestas en el interior de unas cajas de latón sobredorado colgaban a cierta altura de las cuatro esquinas del toldo, arrojando su cálida luz sobre la mesita y las dos sillas de respaldo alto dispuestas bajo él.

El criado colocó un suave cojín negro en el asiento de la silla de la derecha y la desplazó para que Sofía se sentara en ella, lo que la aristócrata hizo con un roce de faldas mientras le daba las gracias. El criado le hizo una reverencia y se apartó, quedándose a una prudente distancia para no escuchar lo que ambas mujeres tuvieran que decirse, aunque no tan lejos como para ignorar cualquier orden.

Sofía no tuvo que esperar durante mucho tiempo a su anfitriona; pocos minutos después de su llegada, doña Angiavesta salía por una puerta de madera situada en la pared norte de su torre.

El paso de los años suele acentuar los rasgos físicos de quienes se obsesionan por él; el llenito tiende a ser más orondo, y el delgado tiende a consumirse. El paso de los años había encogido a Angiavesta Vorchenza; aunque no estaba tan marchita como para consumirse de repente, era la caricatura estrecha y patilarga de un ser vivo, una figurilla de madera animada por la brujería de una extraña voluntad de vivir. Aunque

ya ni se acordaba de cuando había cumplido los setenta años, aún podía moverse sin ayuda de nadie, ni siquiera la de un bastón. Se vestía de manera excéntrica con una levita de terciopelo negro provista de cuello y puños. Renunciando a la serie de enaguas que las damas de su época habían puesto de moda, llevaba unos pantalones negros y unos chapines plateados. La blanca cabellera la tenía echada hacia atrás, sujeta con unos alfileres laqueados; sus ojos negros brillaban detrás de unas gafas de medialuna.

—Sofía —dijo, mientras avanzaba despacio bajo el toldo—, qué placer verte de nuevo. Han pasado varios meses desde la última vez, mi querida niña, varios meses. No, siéntate, no me asusta tener que correr por mí misma la silla. Ah, y dime, ¿qué tal está Lorenzo? Tenemos que hablar de tu jardín.

—Lorenzo y yo estamos bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Y el jardín prospera, doña Angiavesta. Muchas gracias por preguntarlo.

—¿Teniendo en cuenta las circunstancias? ¿Es que os sucede algo? ¿Algo, si me permites la indiscreción, externo, ajeno a vuestra relación?

En Camorr, el té por la noche es una tradición mujeril; se emplea siempre que una desea obtener el consejo de otra o, simplemente, cuando quiere disponer de un oído amigo ante el que lamentarse o quejarse… por lo general de los hombres.

—No es una indiscreción en absoluto, doña Angiavesta. Y sí, «externo» es un término muy adecuado para expresarlo.

—O sea, que no tiene que ver con Lorenzo.

—Claro que no. Lorenzo me satisface en todos los aspectos —Sofía suspiró y contempló nuevamente el efecto óptico de que sus pies y la silla en la que se sentaba estuvieran suspendidos en el aire—. Se trata de que… los dos necesitamos consejo.

—Consejo —doña Angiavesta rió entre dientes—. Consejo. Los años juegan malas pasadas. Es como si la alquimia transmutase nuestros balbuceos y les confiriera el aire de la respetabilidad. Da consejos a los cuarenta y eres una bruja. Dalos a los setenta y eres una sabia.

—Doña Angiavesta —dijo Sofía—, siempre habéis sido de gran ayuda para mí. No se me ocurre pensar… en nadie más con quien pudiera sentirme tan a gusto hablando de estos asuntos.

—¿De veras? Bueno, mi querida niña, estoy ansiosa por prestarte toda la ayuda que pueda. Pero ahí llega nuestro té… vamos, concedámonos un descanso.

Uno de los criados con librea de doña Angiavesta llevó hasta ellas un carrito cubierto con una tapadera dorada en forma de cúpula y lo dejó al lado de la mesita. Cuando levantó la tapadera y la dejó a un lado, Sofía observó que el carrito no sólo contenía un reluciente servicio de té hecho en plata, sino un detalle precioso: una réplica de la Torre del Cristal de Ámbar de algo menos de treinta centímetros de altura, perfecta hasta en los puntitos de luz alquímica que iluminaban sus torreones. Los pequeños globos de luz no eran mayores que uvas.

—Esto es por lo poco que hago trabajar a mi pobre jefe de cocina —dijo doña Angiavesta, riendo entre dientes—. Sufre tanto por tener que agradar a un paladar tan sencillo y simple como el mío, que se venga preparando estas pequeñas sorpresas. No puedo ni pedir un simple huevo cocido sin que él busque algún pollo danzarín para llevarlo directamente a mi plato. Dime, Gilles, ¿este edificio es comestible en su totalidad?

—Perfectamente comestible, mi señora Angiavesta, excepto las luces. La torre está hecha con bollo especiado; los torreones y terrazas con fruta en gelatina. Los edificios y carruajes de la base de la torre son, mayormente, de chocolate; el relleno del interior es crema de brandy de manzana, y las ventanas…

—Gracias, Gilles; está muy bien como resumen de su arquitectura. ¿Has dicho que debemos escupir las luces cuando hayamos terminado?

—Sería menos indecoroso, mi señora —dijo el criado, un hombre con rostro redondo y delicado, y rizos negros que le llegaban a los hombros—, que me permitierais quitároslas antes de que vayáis a tomarlo…

—¿Menos indecoroso? Gilles, ¿quieres ahorrarnos el placer de escupirlas por encima de la barandilla como si fuéramos niñas pequeñas? Te agradecería que no las tocaras. ¿Y el té?

—Como deseéis, doña Angiavesta —dijo con voz melosa—. Es té de luz —levantó la tetera de plata y sirvió una línea vaporosa de líquido marrón claro en cada una de la tazas; las tazas de la señora de Vorchenza tenían la forma de la flor alargada del tulipán, asentada sobre una base de plata. Cuando el té comenzó a reposar en la tetera, despidió un débil resplandor que poseía un precioso color naranja.

—Oh, qué bonito —dijo doña Sofía—. Había oído hablar de él… es de Tal Verrar, ¿no?

—De Lashain —doña Angiavesta tomó la tetera de manos de Gilles y la acunó con las suyas—. Es el último grito. Sus maestros del té están poseídos por el espíritu de la competición. El año próximo tendremos algo más extraño que lo que hicieron los anteriores. Pero, discúlpame, querida; espero que no te importe beber los productos de tu arte mientras trabajas con otros parecidos en tu jardín.

—En absoluto —dijo Sofía, mientras el criado, con una reverencia, dejaba ante ella la taza de té que le correspondía; el té olía a vainilla y a flores de naranja. Cuando lo probó, los sabores se desparramaron por su lengua con una sensación cálida, y su vapor aromatizado le subió a la nariz. Gilles desapareció en la torre mientras las damas comenzaban a tomarse el té; durante unos momentos estuvieron disfrutándolo en un silencio no exento de admiración, que, al menos mientras duró, hizo que Sofía se sintiera contenta.

—Luego veremos —dijo doña Angiavesta, mientras dejaba su taza medio vacía— si sigue brillando a la salida.

A su pesar, doña Sofía emitió una risita, y las líneas del enjuto rostro de su anfitriona se marcaron aún más cuando también sonrió.

—¿De qué querías hablarme, querida?

—Doña Angiavesta… —comenzó a decir y luego dudó—. Se comenta… que vos disponéis de los medios para… ah… comunicaros con… la policía secreta del Duque.

—¿Pero el Duque tiene una policía secreta? —doña Angiavesta se llevó una mano al pecho para expresar de un modo educado su incredulidad por aquellas palabras.

—Los Merodeadores de la Medianoche, doña Angiavesta, los Merodeadores y su jefe…

—La Araña del Duque. Sí, sí. Discúlpame, querida; sé a lo que te refieres. Pero eso que dices de que… «se comenta». Se comentan muchas cosas, pero quizá *no cómo se debiera*.

—Es muy curioso —dijo Sofía Salvara— que, en más de una ocasión, cuando las mujeres de nuestra clase acudieron a veros con algún problema en ciernes, el problema llegara… a oídos de la Araña. O dio esa impresión. Y… los hombres del Duque lo resolvieron.

—Oh, mi querida Sofía. Cuando un cotilleo llega hasta mí lo empaqueto; luego le musito una o dos palabras en la oreja derecha y el cotilleo adquiere vida propia. Antes o después llega a oídos de alguien que emprende alguna acción.

—Doña Angiavesta —dijo Sofía—, espero que me permitáis deciros, sin ofenderos por ello, que estáis disimulando.

—Y yo espero poder decirte, sin querer desilusionarte por ello, que apenas tienes pruebas que apoyen esa sugerencia.

—Doña Angiavesta —Sofía se agarró con tanta fuerza al borde de la mesa, que varias de las articulaciones de sus dedos crujieron—. A Lorenzo y a mí nos están robando.

—¿Robando? ¿Qué quieres decir con eso?

—Y hay unos Merodeadores de la Medianoche implicados. Nos hicieron… una petición de lo más extraordinaria, bajo presión. Pero, doña Angiavesta…, debe haber alguna manera de confirmar que son lo que dicen ser.

—¿Estás diciendo que unos *Merodeadores de la Medianoche* os están robando?

—No —Sofía se mordió el labio superior—. No, los que nos roban no son los Merodeadores. Se… supone que ellos controlan la situación mientras aguardan el momento oportuno para actuar. Pero hay algo que no va. O quizá sea que no nos han contado todo lo que debían.

—Mi querida Sofía —dijo doña Angiavesta—, mi pobrecita niña preocupada, tienes que contarme exactamente lo sucedido, sin omitir ningún detalle.

—Es… difícil, doña Angiavesta. La situación es bastante… embarazosa. Y complicada.

—Estamos a solas en mi terraza, querida. Al venir a verme has dejado atrás lo más difícil. Ahora tienes que contármelo todo… todo. Y luego veremos si esta partida tan peculiar de cotilleos puede llegar enseguida al oído que debe.

Sofía tomó otro pequeño sorbo de té, carraspeó y se acomodó en su asiento para mirar a doña Angiavesta directamente a los ojos.

—Seguramente habréis oído hablar del brandy Austershalin, doña Angiavesta.

—No sólo he oído hablar de él, querida. Creo que aún debo de tener algunas botellas escondidas en las vitrinas de los vinos.

—¿Y sabéis cómo se elabora? ¿Los secretos que rodean su preparación?

—Oh, creo conocer la esencia de la mística del Austershalin. Los remilgados vinateros de Emberlain, siempre vestidos con casacas negras, son precedidos por el aura que rodea a sus productos.

—Entonces comprenderéis, doña Angiavesta, que Lorenzo y yo reaccionáramos del modo en que lo hicimos cuando se nos presentó la oportunidad de aprovechar lo que acababa de caernos en el regazo por un capricho de los dioses…

2

La jaula que llevaba a doña Sofía traqueteaba y se movía de un lado para otro mientras bajaba hacia el suelo, haciéndose cada vez más pequeña y difuminándose en el color gris del patio. Doña Angiavesta siguió sujetándose a la barandilla de latón de la plataforma de embarque, mirando a la noche por espacio de varios minutos, mientras el grupo de criados controlaban la maquinaria del cabrestante. Cuando Gilles pasó a su lado con el carrito de plata que contenía la tetera medio vacía y la torre de cristal antiguo medio devorada, se volvió hacia él.

—No —dijo—, sube el pastel al solario. Ahí es a donde vamos a ir.

—¿Vos y quién más, mi señora?

—Reynart —ya se volvía hacia la puerta de sus aposentos que daban a la terraza, haciendo con sus chapines un sonido de *clap-clap-clap* que resonó al aire libre—. Busca a Reynart. No me importa lo que esté haciendo. Encuéntralo y tráemelo cuando me lleves el bizcocho.

Después de entrar en sus aposentos y de cerrar la puerta, doña Angiavesta comenzó a subir las escaleras. Y como le dolían las rodillas, los pies y los tobillos, blasfemó.

—Maldita venerabilidad —murmuró—, me meo en los dioses por regalarme el reumatismo —como respiraba con dificultad, se desabrochó los botones de la levita, porque le daba calor, y siguió esforzándose en subir los peldaños.

Arriba del todo, en la auténtica cima de la torre, pero por dentro, había una pesada puerta de roble reforzada con bisagras y tiras de hierro. Tomó la llave que colgaba de la cinta de seda que rodeaba su muñeca derecha y la insertó en la cerradura plateada, encima del pomo de cristal, oprimiendo cierta placa ornamental de cobre de uno de los candelabros de la pared. Con una serie de chasquidos que reverberaron en las paredes, la puerta se abrió hacia dentro.

Olvidarse de la placa de cobre no era buena idea, había comentado ella tres décadas antes, al instalar la trampa que ocultaba una ballesta.

Ya había llegado al solario, situado a ocho pisos por encima de la terraza. La habitación tenía el diámetro de la parte más alta de la torre, algo más de dieciséis metros. El suelo estaba completamente cubierto de alfombras; una larga galería curva con una barandilla de latón y escaleras a ambos lados ocupaba la mitad norte de aquel espacio. La galería era una gran estantería de madera de álamo negro dividida en miles y miles de cubículos y compartimentos. La cúpula transparente del techo convertía las nubes bajas en un lago cubierto de vapores. Mientras subía por las escaleras que la llevaban hasta su archivo, doña Angiavesta dio unos golpecitos a los globos alquímicos para que cobraran vida.

Y allí se puso a trabajar, absorta en lo que hacía, sin preocuparse del tiempo que pasaba mientras sus dedos enjutos iban de un compartimiento a otro. Sacó de ellos varios montones de pergaminos y luego los juntó, descartando otros, murmurando para sí similitudes y conjeturas. Sólo se evadió de su arrobamiento al oír cómo se abría la puerta del solario.

El hombre que entró por ella era alto y ancho de espaldas; tenía el rostro anguloso típico de la gente de Vadran, y los cabellos de color lino los llevaba recogidos en una coleta. Vestía un jubón de cuero a rayas con mangas negras acuchilladas, calzas negras y botas altas del mismo color. Los pequeños botones de plata que llevaba al cuello le conferían el rango de capitán de la Compañía del Cristal Nocturno, formada por casacas negras, la guardia personal del Duque. Un estoque con guardas rectas colgaba de su cadera derecha.

—Stephen —dijo doña Angiavesta sin más preámbulos—, ¿algunos de tus chicos y chicas han visitado recientemente al señor y a la señora de Salvara que viven en la isla de Durona?

—¿A los Salvara? Seguro que no, mi señora.

—¿Estás seguro? ¿Absolutamente seguro? —con los pergaminos en la mano, las cejas enarcadas, bajaba por las escaleras casi a punto de perder el equilibrio—. Necesito que me digas la verdad, no me ocultes nada.

—Conozco a los Salvara, mi señora. Estuve con ellos el año pasado durante la festividad del Día de los Cambios; subí hasta el Jardín Celeste en la misma jaula que ellos.

—¿Y no has enviado a ninguno de los Merodeadores de la Medianoche a que les hagan una visita?

—No, por los doce dioses. No tenía ningún motivo para hacer tal cosa.

—Entonces alguien está abusando de tu buen nombre, Stephen. Así que, finalmente, creo que vamos a capturar a la Espina de Camorr.

Reynart se quedó mirándola y luego enseñó los dientes con una mueca.

—Bromeáis. ¿No? Pues pinchadme, debo de estar soñando. ¿Cuál es la situación?

—Lo primero es lo primero; sé que piensas mejor cuando le damos de comer a ese maldito diente tuyo ávido de dulce. Echa un vistazo al interior del montaplatos mientras yo voy a sentarme.

—Ay de mí —dijo Reynart mientras corría la trampilla del montaplatos—, es como si alguien se hubiera estado divirtiendo con este pobre bizcocho especiado. Le evitaré más sufrimientos. También copas y vino… me parece que es dulce, uno de los que os gustan.

—Los dioses bendigan a Gilles; me olvidé de pedírselo, atareada como estaba con el archivo. Anda, sé un subordinado bueno y obediente y sírveme un vaso.

—Seré un «subordinado bueno y obediente». Y si queréis, os limpiaré los chapines a cuenta del bizcocho.

—Mantendré esa oferta tuya en reserva para la próxima vez que me humilles, Stephen. Oh, llena más el vaso… no tengo trece años. Y ahora, siéntate y escucha. Si esto tiene algún sentido, como creo que lo tiene, entonces pillaremos al bastardo cuando se encuentre haciendo uno de sus chanchullos.

—¿De veras?

—Contestaré a tu pregunta con otra, Stephen —tomó un largo trago del vino blanco que contenía su copa y se acomodó en la silla—. Dime, ¿hasta qué punto conoces lo que se cuenta del brandy Austershalin?

3

—Haciéndose pasar por uno de los nuestros —dijo Reynart, hablando en voz alta cuando ella hubo terminado de contarle lo sucedido—. Qué cara más dura. ¿Y estáis segura que se trata de la Espina?

—Si no lo es, habremos de suponer que nos encontramos ante otro ladrón igual de diestro y de audaz que está vaciando los bolsillos de mis pares. Y creo que es suponer demasiado. Incluso para una ciudad tan llena de fantasmas como ésta.

—¿Y no podría tratarse del Rey Gris? Todos los informes dicen que es muy resbaladizo.

—Mmmm. No, el Rey Gris está asesinando a la gente de Barsavi. La Espina opera sólo con el engaño, sin derramar ni una sola gota de sangre, al menos hasta ahora. Así que no creo que sea una coincidencia.

Reynart dejó a un lado el plato vacío que había contenido el bizcocho y bebió un sorbo de vino.

—Si hacemos caso a la historia de doña Sofía, tendremos que buscar una banda de, al menos, cuatro personas. La Espina de Camorr, llamémosle Lukas Fehrwight para no alterar el argumento, su criado Graumann y los dos hombres que irrumpieron en la mansión de los Salvara.

—No está mal como comienzo, Stephen. Pero yo supongo que la banda debe de estar formada por cinco o seis.

—¿Por qué lo suponéis?

—Porque creo que el falso Merodeador de la Medianoche le decía la verdad a don Lorenzo cuando le habló de la emboscada cerca del Templo de las Aguas Afortunadas; tiene que ser así para darle cuerpo a su plan. Así que tenemos dos cómplices más: los asaltantes enmascarados.

—Suponiendo que no los hubieran contratado para hacer ese trabajo.

—Lo dudo. Piensa que no tenemos ninguna información anterior a todo esto… Ningún informe, ninguna baladronada, ningún soplo de nadie. Ni una pizca de información referente a nadie que se haya jactado de *trabajar* con la Espina de Camorr. Y ya sabemos que, antes o temprano, los ladrones suelen jactarse en voz alta, y durante mucho tiempo, ante los colegas a quienes quieren dejar a la altura del betún. Es muy raro.

—Bueno —dijo Reynart—, si liquidas a un degollador después de que haya terminado el trabajo que le encomendaste, te evitas el tener que pagarle.

—Pero hablamos de la Espina, y sigo diciendo que actuar de esa manera es impropio de él.

—Y toda la banda se esconde luego en algún lugar secreto; eso tendría sentido. Pero quizá no sean seis. Los dos que estaban en el callejón pudieron ser los mismos que entraron en la mansión disfrazados de Merodeadores de la Medianoche.

—Oh, querido Stephen. Qué conjetura más interesante. Digamos que son cuatro como mínimo y seis como máximo, según nuestra primera estimación, porque si no, nos pasaremos toda la noche discutiendo. Sospecho que si fueran más les sería muy difícil ocultarse, como no es el caso.

—Entonces de acuerdo —Reynart se detuvo a pensar unos instantes—. Ahora mismo puedo poner a vuestra disposición quince o dieciséis espadas; algunos de mis muchachos se encuentran en la Trampa y en el Caldero desde que nos enteramos del funeral de Nazca Barsavi. Y no puedo sacarlos de allí todo lo deprisa que me gustaría. Pero concededme tiempo hasta el amanecer y podré disponer de unos cuantos, ya equipados y dispuestos para el combate. Tenemos a la Compañía del Cristal para que nos cubra la retaguardia, no necesitamos meter en esto a los casacas amarillas, pues pueden estar en el ajo.

—Eso estaría bien, Stephen, si quisiéramos atraparlos en este mismo momento. Pero no lo haremos… Creo que aún disponemos de unos días para estrecharle el cerco a ese individuo. Sofía me contó que ya le habían entregado un desembolso inicial de veinticinco mil coronas; sospecho que la Espina no dejará escapar las otras siete u ocho mil que aún tienen que entregarle.

—Dejadme al menos que prepare una escuadra; puedo dejarlos en el Palacio de la Paciencia, ocultos entre los casacas amarillas. Podrán intervenir cinco minutos después de que los avise.

—Muy bien pensado; hazlo así. Y ahora, para ver lo que hace la Espina, mañana enviarás a alguien al Meraggio, el más sutil de los que conozcas. Para que compruebe

si Fehrwight tiene abierta allí una cuenta, y entonces comenzaremos nuestro trabajo.

—Calviro. Enviaré a Maraliza Calviro.

—Excelente elección. Y hay que pensar que todos aquellos que el tal Fehrwight haya presentado a los Salvara serán sospechosos. Investiga al secretario legal a quien conoció su marido después de la emboscada en el templo.

—¿Eccari? ¿Dijo que se llamaba Evante Eccari, no?

—Sí. Y luego quiero que investigues el Templo de las Aguas Afortunadas.

—¿Yo? Pero, mi señora, vos más que nadie sabéis que de vadraní tengo sólo el aspecto, no las creencias.

—Pero la fe la puedes fingir, que es lo único que yo quiero. No deseo que levantes sospechas. Vigila el lugar, busca algo que desentone. Busca si hay dentro alguna banda o alguien que haga algo ilícito. Existe la remota posibilidad de que en el templo hubiera alguien de apoyo. Y si no es así, podremos descartarla.

—Entonces haré lo que decís. ¿Y qué hay de su posada?

—Sí, el Hogar Vacilante. Manda a una persona, pero sólo a una. He infiltrado en su personal a un par de antiguos informadores; uno de ellos cree que sus informes llegan a los casacas amarillas, y la otra piensa que trabaja para el Capa. Ya te daré sus nombres. Por ahora sólo quiero que compruebes si aún siguen en sus habitaciones, la suite del Bauprés. Si están, quiero que sitúes allí a dos de tus hombres vestidos como el personal de la posada. Por ahora sólo quiero que vigilen.

—Muy bien —Reynart se levantó de la silla y se quitó de las calzas las miguitas que le habían caído encima—. ¿Y el lazo? Suponiendo que el plan siga adelante, ¿cuándo y dónde estrecharéis el lazo?

—Poco después de que hayamos pillado a la Espina con las manos en la masa —contestó ella—. Quiero acorralarlo en un lugar del que no pueda escapar, apartado de sus amigos y completamente rodeado por los nuestros.

—¿Por los nuestros? ¿Cómo…? ¡*Claro*, en el Alcance del Cuervo!

—Sí. Muy bien, Stephen. El Día de los Cambios, exactamente dentro de semana y media. La fiesta del Duque. A más de ciento cincuenta metros de altura, rodeado por los nobles de Camorr y cien guardias. Daré las instrucciones pertinentes a doña Sofía para que invite a Lukas Fehrwight a la cena del Duque, como invitado de los Salvara.

—Siempre que no sospeche que se trata de una trampa…

—Yo creo que el detalle le gustará. Y que la audacia de nuestro misterioso amigo acabará por llevarle, finalmente, hasta nosotros. Le diré a doña Sofía que finja tener algún problema financiero y que le diga que sólo podrá entregarle los últimos miles de coronas que aún le quedan por cobrar después de la fiesta. Será como un anzuelo con dos cebos, codicia y vanidad. Y me atrevo a asegurar que no podrá resistirse a la tentación.

—¿Y podré situar allí a los míos?

—Por supuesto —doña Angiavesta se echó un sorbito de vino y sonrió pausadamente—. Quiero que quien le recoja la casaca sea un Merodeador de la

Medianoche, que quienes le atiendan antes del banquete sean Merodeadores de la Medianoche. Y que, si emplea un orinal, quien se lo recoja también sea un Merodeador de la Medianoche. Le atraparemos en el Alcance del Cuervo; vigilaremos los alrededores para ver quién viene y adónde va.

—¿Algo más?

—No. Manos a la obra, Stephen. Vuelve con un informe dentro de unas horas. Aún estaré levantada… espero recibir mensajes de lo que sucede en la Tumba Flotante cuando regrese a ella la procesión fúnebre de Barsavi. Mientras tanto, le enviaré al viejo Nicovante una carta con lo que sospechamos.

—Siempre a vuestro servicio, mi señora —Reynart hizo una reverencia y se marchó a grandes zancadas del solario.

Antes de que la pesada puerta se cerrara de golpe, doña Angiavesta ya se había dirigido a la pequeña mesa de escritorio de la alcoba que se encontraba a la izquierda de la puerta. Sacó de ella media hoja de pergamino, garrapateó apresuradamente unas cuantas líneas, la dobló y selló el pergamino con un pequeño grumo de lacre azul que sacó de un tubo forrado con papel. Como aquella sustancia era alquímica, el lacre se secó a los pocos instantes de quedar expuesto al aire. Prefería no encender ningún fuego en aquella habitación, atestada con tantos informes recogidos y seleccionados cuidadosamente a lo largo de muchas décadas.

Dentro del escritorio descansaba el sello que doña Angiavesta jamás sacaba de aquella habitación; en él figuraba un motivo que no aparecía en el escudo de armas de la familia Vorchenza. Presionó el sello sobre el lacre azul que comenzaba a endurecerse y luego lo levantó con una leve crepitación.

Cuando dejó la carta dentro del montaplatos y éste bajó, uno de los criados del turno de noche corrió con ella hacia la plataforma de la fachada noreste de la torre y se metió en la jaula que debía llevarle hasta el Alcance del Cuervo para entregársela personalmente al viejo Duque, aunque éste estuviera descansando en su dormitorio.

Tal era la costumbre que se seguía con cualquier carta sellada con lacre azul que mostrara en su sello la figura estilizada de una araña.

Interludio

El Maestro de las Rosas

—No, mi corazón está aquí. Hiere. Hiere. Ahora aquí. *Ataca*.

El agua fría y gris caía sobre la Casa de las Rosas de Cristal; las lluvias invernales de Camorr formaban un charco de tres centímetros bajo los pies de Jean Tannen y del noble Maranzalla. El agua formaba hilillos y arroyuelos en cada una de las rosas del jardín; bajaba en riachuelos desde la cabeza de Jean Tannen hasta sus ojos mientras éste hería una y otra vez con su estoque el relleno del blanco, no más grande que el puño de un hombre grande, que Maranzalla sujetaba en el extremo de un palo.

—Hiere aquí. Y ahí. No, demasiado bajo. Eso es el hígado. Ahora mátame antes de que transcurra un minuto. Aún puedo devolver una estocada. ¡Más arriba! En el corazón, bajo las costillas. Mejor.

Una luz entre blanca y gris explotó en el corazón de las nubes que daban vueltas más arriba, retorciéndose como el fuego que se contempla a través del humo. El trueno llegó instantes después, estruendoso y lleno de ecos, el sonido de los dioses enfadados. Jean intentó imaginarse cómo sonaría en lo alto de una cualquiera de las Cinco Torres, que en aquellos momentos sólo eran una serie de difusas columnas grises perdidas en el cielo que se veía tras el hombro derecho de Maranzalla.

—Basta, Jean, es suficiente. Te lo estás pasando bien con ese pincho para cerdos; quiero que te familiarices con él. Pero ya es hora de descubrir tus aptitudes —don Tomnas Maranzalla, abrigado con un capote encerado muy gastado, levantó salpicones de agua al acercarse a una larga caja de madera—. No creo que puedas mantener bien agarrada una espada larga si la mueves en círculo. Tráeme al herido.

Jean echó a andar deprisa por el laberinto de rosas de cristal para llegar hasta la pequeña habitación que daba a la torre. Aunque aún le imponían las rosas, sólo un loco las hubiera menospreciado, ya se había acostumbrado a su presencia. Ya no le daba la impresión de que se cernieran sobre él y de que se le acercaran rápidamente como si estuvieran hambrientas; sólo eran un obstáculo que había que mantener alejado de uno.

«El herido», guardado en el interior de aquella pequeña habitación seca que se encontraba al final de la escalera, era un maniquí de cuero, clavado en una pértiga de hierro, que adoptaba la forma de la cabeza, torso y brazos de un hombre. Echándoselo por encima del hombro izquierdo, Jean volvió a mojarse mientras regresaba al centro del Jardín Sin Fragancia. Y aunque el herido rozó varias veces las paredes de cristal, las rosas dieron a entender que no les gustaba el sabor del cuero mojado.

Maranzalla había abierto la caja de madera y hurgaba en su interior; Jean dejó al herido en el centro del patio. La pértiga de metal se deslizó por el agujero perforado al efecto en la piedra y se fijó en él, suscitando al entrar un breve surtidor de agua.

—Observa algo particularmente feo —dijo Maranzalla, agitando una cadena de más de un metro de longitud y forrada con un cuero muy fino parecido a la piel del cabrito—. Se llama la «tralla del alguacil», y forrada de esta manera no hace ruido. Si la miras más de cerca observarás unos pequeños ganchos en cada extremo para que puedas enrollártela a la cintura como si fuera un cinto. Es fácil de esconder bajo la ropa de abrigo… aunque tú necesitarás una más larga que se adapte a tu figura —el noble dio un paso y lanzó uno de los extremos de la cadena hacia la cabeza del herido, donde rebotó con un sonido húmedo.

Jean se entretuvo unos cuantos minutos en darle al herido con la tralla, bajo la mirada de Maranzalla. Hablando entre dientes consigo mismo, el noble apartó la cadena y ofreció a Jean un par de espadas idénticas. De filo curvo y muy cortante, tenían una longitud de treinta centímetros. La empuñadura, tachonada con pequeños clavos de bronce, protegía toda la mano.

—Son unas cabronas de cuidado. Por lo general se las conoce con el nombre de «los dientes del ladrón». No hay que emplearlas con sutileza, sino para apuñalar, cortar o, simplemente, dar un puñetazo con ellas. Estos pequeños clavos de bronce pueden arrancarle a un hombre la cara, y estas guardas sirven para parar cualquier golpe. Pruébalas.

Jean demostró que era mejor con las espadas que con la tralla; Maranzalla aplaudió como signo de aprobación.

—Eso es, en el estómago, debajo de las costillas. Hijo, métele por ahí a cualquiera una de esas hojas para hacerle cosquillas en el corazón y habrás ganado la discusión —y, mientras recogía las espadas de manos de Jean, preguntó con una sonrisa—: ¿Qué te ha parecido hoy esta «lección de dientes», eh, muchacho?

Jean se le quedó mirando, perplejo.

—¿Ya habías escuchado antes la expresión, verdad? Tu Capa Barsavi no es de Camorr, al menos no nació aquí. Enseñaba en la Universidad de Therin. Por eso, cuando coge a alguien y quiere hacerle hablar, dice que va a darle unas «lecciones de etiqueta». Y cuando ya va a hablar, pasa a las «lecciones de canto». Y cuando le corta la garganta y lo arroja a los tiburones de la bahía…

—Oh —dijo Jean—, eso serán las «lecciones de dientes». Lo he pillado.

—Correcto. Jamás di ninguna de estas últimas, quiero que lo sepas. Sólo las dan los de tu gremio. Estoy seguro de que el gran tipo sabe dar muchas y muy variadas, pero nadie será capaz de decírselo a la cara. Y volvemos a lo de siempre, escoger entre ser degollador o soldado. Pero… pasemos a nuestro siguiente juguete…

Maranzalla tendió a Jean un par de hachas con mango de madera que tenían una hoja curva de metal en un extremo y un contrapeso redondeado en el otro.

—Nadie se ha inventado un nombre de fantasía para estas revientacráneos. Supongo que ya habrás visto un hacha antes de ahora. Tú eliges si debes usar la hoja o la bola; es posible que si le pegas a alguien con la bola no lo mates, pero si le

golpeas con mucha fuerza es igual de letal que hacerlo con la hoja, así que piénsatelo con cuidado cuando te enfrentes a un contrincante que no sea el herido.

Casi instantáneamente, Jean comprendió que le gustaba el tacto de aquellas hachas; su longitud las hacía más efectivas que cualquier arma que pudiera llevarse en el bolsillo, como las navajas o las cachiporras que la mayor parte de la Buena Gente llevaban encima por costumbre. Eran lo suficientemente pequeñas para moverlas rápidamente en espacios cerrados, y le daba la impresión de que serían fáciles de ocultar bajo una casaca o cualquier traje.

Se agachó; aquella posición propia de los que luchan con puñales era muy natural con aquellas cosas en las manos. Saltando hacia delante, atacó al herido simultáneamente desde ambos lados, hundiendo las hojas de las hachas en el relleno del maniquí. Con un giro de la mano, le cortó el brazo derecho, haciendo que el aparato se estremeciera. Luego, sin darse la vuelta, volvió la mano hacia la cabeza, usando la bola en vez del filo. Durante varios minutos troceó y llenó de cuchilladas al herido, los brazos como pistones, en el rostro una sonrisa cada vez mayor.

—Hmmm. No está mal —dijo Maranzalla—. No está mal para un completo novato, puedo asegurártelo. Pareces muy a gusto con ellas.

Entonces, presa de un arrebato, Jean se volvió y echó a correr hacia uno de los lados del patio, dejando cinco metros entre él y el herido. La lluvia seguía cayendo, interponiendo sus dedos grises entre el blanco y Jean mientras éste se concentraba… Instantes después, apuntó al blanco y lanzó una de las hachas con toda la fuerza de su brazo, de sus caderas y de su torso. El hacha se alojó en la cabeza del herido y atravesó las capas de relleno casi sin hacer ruido.

—Magnífico —dijo Maranzalla. El rayo volvió a brillar en el cielo, y el trueno a resonar sobre sus cabezas—. Magnífico. Ya *tenemos* los cimientos de lo que aún está por construir.

Capítulo 10

Lecciones de dientes

1

En la oscuridad que dominaba las profundidades del Agujero del Eco, apenas iluminada por el rojo resplandor de las antorchas de la gente de Barsavi, Jean Tannen había comenzado a moverse antes de que el tonel se estrellase en las oscuras aguas.

Por debajo del antiguo cubo de piedra había una red de traviesas suspendidas, construidas con madera de álamo negro y sujetas con cuerdas de cristal antiguo; las traviesas estaban cubiertas de moho y de todo tipo de plantas por lo viejas que eran, pero habían resistido tanto como las piedras que se encontraban más arriba y aún estaban enteras.

La cascada que caía del techo iba a parar a uno de los canales que se encontraban bajo las traviesas. La red de canales era un auténtico laberinto; algunos eran tan apacibles como una superficie de cristal, mientras que otros eran tan turbulentos como los rápidos de un río. Unas cuantas ruedas y otros aparatos, éstos más extraños, giraban lentamente en las intersecciones de las traviesas; Jean los estudió brevemente a la luz de una pequeña bola alquímica en cuanto se sentó por allí a esperar; Bicho, como no se quería alejar mucho de Jean, se había acurrucado encima de una traviesa, a menos de siete metros de Jean.

Por encima de ellos, en el techo de piedra del Agujero del Eco podían ver unos pequeños agujeros de forma cuadrada y de unos cinco centímetros de ancho, irregularmente dispuestos, que debían de servir para alguna función imposible de adivinar. Jean se había colocado entre dos de ellos, sabiendo que, con el ruido de la cascada cerca de sus oídos, sería imposible enterarse de lo que sucedía.

Puesto que su conocimiento de la situación era más que imperfecto, cuando pasaron varios minutos que le parecieron eternos y creció la luz de las antorchas, y Capa Barsavi y Locke comenzaron a hablar, la inquietud de Jean se convirtió en miedo. Escuchó gritos, maldiciones, pisadas de botas en el suelo… vítores. Habían cogido a Locke. ¿Dónde diablos se había metido el maldito mago mercenario?

Jean se deslizó por la traviesa, buscando la mejor manera de llegar hasta la cascada. Había cerca de dos metros desde las traviesas hasta el borde de la abertura de la roca por donde se vertía el agua, pero si se mantenía fuera del alcance del agua que caía, podría conseguirlo… era el camino más rápido para llegar hasta arriba, de hecho el único. Bajo la tenue luz roja que se filtraba por los agujeros del techo, Jean hizo señas a Bicho de que siguiera en su lugar.

Arriba sonó otra salva de vítores, y luego la voz del Capa se filtró, alta y clara, por uno de los agujeros:

—Llevaos a ese bastardo y que llegue al mar.

Que llegue al mar. A Jean le dio un salto el corazón. ¿Ya habrían degollado a Locke? Le escocieron los ojos por el simple pensamiento de que lo siguiente que iba a ver sería un cuerpo inerte cayendo en la espuma blanca de aquella agua borboteante, un cuerpo inerte vestido todo de gris.

Entonces cayó el tonel, un objeto enorme y pesado que, luego de producir un enorme chapoteo y una gran salpicadura, se sumergió en el negro canal que se encontraba en la base de la cascada; Jean abrió y cerró los ojos dos veces seguidas antes de comprender lo que acababa de ver.

—Oh, dioses —murmuró—. ¡Ojo por ojo! Barsavi siempre tiene que ser asquerosamente poético.

Más arriba prosiguieron los vivas, y el ruido de idas y venidas se incrementó. Barsavi gritaba a voz en cuello, y los suyos aullaban a modo de respuesta. Luego, las tenues hebras de luz roja comenzaron a titilar, cubiertas por sombras que no dejaban de pasar, y se dirigieron hacia la puerta que daba a la calle. Barsavi se movía; Jean decidió arriesgarse e ir en busca del tonel.

Hubo otro sonido de chapoteo, audible incluso en medio del silbido y retumbar de la cascada. ¿Qué diablos era aquello? Jean buscó entre sus ropas, sacó el globo de luz y lo agitó. Una tenue estrella blanca floreció en medio de la tiniebla. Agarrándose con la otra mano a la húmeda traviesa como mejor podía, Jean arrojó el globo hacia el canal donde había caído el tonel, situado a más de diez metros hacia su derecha. Golpeó el agua y se mantuvo a flote, dándole a Jean el tiempo suficiente para observar lo sucedido.

El canal tenía algo menos de tres metros de ancho, con unas aceras de piedra a ambos lados, y el tonel se mecía en él, sumergido en sus tres cuartas partes.

Bicho daba vueltas en el canal, visible sólo por los brazos que sacaba fuera del agua. El globo de Jean había caído a un metro de donde se encontraba; Bicho había saltado al agua por propia iniciativa.

Maldición, aquel chico debía tener algo en su constitución que le impedía estar mucho tiempo subido en cualquier lugar alto.

Jean miró frenético a su alrededor; le llevaría algún tiempo llegar hasta un lugar desde el que poder saltar al canal apropiado sin romperse las piernas por chocar contra una de las aceras de piedra que separaban los canales.

—¡Bicho! —exclamó Jean, seguro de que el jaleo de más arriba taparía sus palabras—. ¡Bicho! ¡Tu luz, enciéndela ahora! ¡Locke está en ese tonel!

Bicho rebuscó entre sus ropas para sacar el globo de luz, que luego agitó; gracias al súbito resplandor de aquella nueva luz, Jean pudo apreciar la silueta del bamboleante tonel negro. Calculó la distancia que le separaba de él, se decidió y alargó la mano para coger una de sus hachas.

—¡Bicho! —exclamó—. ¡No intentes abrirlo por los lados! ¡Prueba con la tapa del tonel, la parte plana!

—¿Cómo dices?

—¡Quédate donde estás!

Jean se inclinó hacia la derecha, sujetándose a la traviesa con la mano izquierda; levantó el hacha en su mano derecha, susurró un sencillo «Por favor» al Benefactor y la lanzó. El hacha se clavó con un estremecimiento en la oscura madera del tonel; Bicho retrocedió y nadó con toda la fuerza que podía, para coger el arma.

Jean comenzó a deslizar su corpachón por la traviesa, pero el nuevo movimiento que acababa de captar en medio de la oscuridad con el rabillo del ojo le obligó a detenerse. Escrutó las tinieblas que se encontraban a su izquierda; algo se movía en la superficie de uno de los canales del maldito laberinto. Varias cosas… unas siluetas negras del tamaño de un perro que se movían muy deprisa. Sus patas erizadas de cerdas se separaron aún más cuando se sumergieron en el agua oscura para luego salir a flote y caminar por encima de las piedras…

—Joder —murmuró—. Joder, no es posible.

Los diablos de la sal, a pesar de su terrorífico tamaño y aspecto, eran criaturas tímidas. Aquellas enormes arañas vivían acurrucadas en las anfractuosidades de las costas rocosas del sudoeste de Camorr, cazando peces y gaviotas y, ocasionalmente, siendo cazadas por los tiburones y los calamares gigantes cuando se aventuraban demasiado lejos de la orilla. Los marineros les arrojaban piedras y dardos, dominados por un temor supersticioso.

Sólo un loco se acercaría a una de ellas a causa de sus colmillos, que medían lo que uno de los dedos de una persona adulta, y de su veneno, que, aunque no siempre significara la muerte, podía llevar a desearla a quien lo recibía. Pero a los diablos de la sal no les gustaba enfrentarse a los humanos, eran cazadores solitarios que tendían emboscadas, incapaces de tolerar cerca de sí a otro de su especie. Cuando era más pequeño, Jean se había asustado muchas veces al leer las observaciones de los investigadores y naturalistas que habían estudiado aquellas criaturas.

Y allí había toda una manada de aquellas malditas cosas, unas al lado de las otras como si fueran perros, caminando por encima del agua y de la piedra hacia donde se encontraban Bicho y el tonel.

—¡Bicho! —exclamó Jean—. ¡Bicho!

2

Bicho se había enterado mucho menos que Jean de lo que sucedía más arriba, pero cuando, en medio de la oscuridad, escuchó que el tonel se estrellaba contra el agua, comprendió al momento que no acababa de caer por casualidad. Así que, al estar enfrente del canal que quedaba debajo de la cascada, se dejó caer cinco metros hasta sumergirse en la corriente.

Juntó las piernas y cayó con el trasero por delante como la piedra de una catapulta; aunque su cabeza se sumergió por el efecto de la caída, no tardó en descubrir que hacía pie; el canal tenía poco más de un metro de profundidad.

Ya con el hacha de Jean en la mano, golpeó frenéticamente la tapadera del tonel. Aunque había dejado su globo de cristal en la acera de piedra que estaba al lado del canal, el de Jean, que se encontraba bajo el agua, despedía la luz suficiente para poder ver lo que hacía.

—¡Bicho! —gritaba el grandullón, la voz seria de repente, con la entonación del auténtico peligro—. ¡Bicho!

El muchacho se volvió hacia su derecha y vislumbró lo que acababa de abandonar las sombras y se movía hacia él; un escalofrío de repugnancia invencible recorrió su columna vertebral, haciéndole mirar en todas las direcciones para asegurarse de que aquel espanto sólo llegaba por una de ellas.

—¡Bicho, sal del agua! ¡Ve por la parte de piedra!

—¿Y qué será de Locke?

—¡No va a salir del tonel en este puto momento! —bramó Jean—. ¡Confía en mí!

Mientras que Bicho gateaba por la acera de piedra para alejarse de aquella agua iluminada por la alquimia de los globos, el tonel comenzó a dirigirse, contoneándose, hacia el extremo sur del laberinto, donde el canal salía hacia algún lugar sólo conocido por los dioses. Demasiado desesperado para detenerse a pensar en su propia seguridad, Jean corrió en paralelo al canal para dirigirse a la cascada, patinando por la suciedad acumulada por los años y moviendo los brazos hacia uno y otro lado como molinos para equilibrar su avance. Pocos segundos después detenía su marcha al encontrar de frente una viga vertical; y aunque patinó durante un instante, se aferró a ella con fuerza. La alocada carrera le había llevado cerca de la cascada, así que, juntando las piernas y llevándolas hasta su pecho, saltó hacia delante; al caer levantó tanta agua como el tonel y chocó con el fondo.

Subió a la superficie farfullando algo, con la segunda hacha en la mano. Bicho estaba agachado sobre las losas de piedra que se encontraban junto al canal, agitando su globo alquímico en dirección a las arañas. Jean observó que los diablos de la sal estaban a cinco metros del chico, caminando sobre el agua, aunque no tan deprisa como antes. Sus caparazones tenían motas negras y grises, y sus ojos múltiples, del color de la noche más profunda, brillaban con reflejos siniestros ante la luz de Bicho. Agitaban sus pedipalpos velludos mientras movían, temblorosos, sus largos colmillos negros.

Cuatro de aquellas cosas infames. Jean sacó su corpachón del canal que se encontraba al lado de Bicho, escupiendo agua, mientras tenía la impresión de que unos cuantos de aquellos ojos inhumanos se volvían para mirarle.

—Jean —dijo Bicho con un quejido—. Jean, esas cosas parecen acojonadas.

—No es normal —dijo Jean, corriendo al lado de Bicho, que le entregó la otra hacha. Las arañas estaban a un metro de ellos, en la superficie del agua; estaban

rodeados por treinta y dos ojos que no pestañeaban, por treinta y dos patas negras y peludas—. No es normal en absoluto; los diablos de la sal no se comportan de ese modo.

—Bueno —Bicho mantenía el globo alquímico todo lo lejos que le permitía su brazo—, pues díselo a ellos.

—Estoy seguro de que podré decírselo. Hablo de corrido el lenguaje del hacha.

Apenas hubo dicho Jean aquellas palabras, las arañas se movieron al unísono y se alejaron dando cuatro zancadas cada una. El tonel se había aproximado y se encontraba a un metro a la derecha de Jean y de Bicho. Una silueta negra acababa de pasar por debajo de él. Muchas patas negras salieron del agua, golpeándola como lanzas a un escudo, aguardando una presa; Bicho gritó con una mezcla de asco y de horror. Jean arremetió contra ellas, golpeando hacia abajo con ambas hachas; con una serie de crujidos nauseabundos, dos de aquellas patas se abrieron por las heridas y de ellas manó un líquido azul oscuro. Jean retrocedió.

Las dos arañas que habían resultado indemnes salieron del agua pocos segundos después, dejando atrás a sus hermanas heridas, y se abalanzaron sobre Jean, golpeteando con sus patas velludas los húmedos bloques de piedra que pisaban. Comprendiendo que corría la suerte de perder el equilibrio al atacar a ambas a la vez, Jean optó por un plan más ofensivo.

La Hermana Malvada que tenía en la mano derecha cayó con un mortífero arco y alcanzó la cabeza del diablo de la sal que estaba más a su derecha en medio de sus hileras simétricas de ojos. Cuando sus patas se agitaron de modo reflejo con los espasmos de la muerte, Bicho dejó caer su globo alquímico y saltó hacia atrás. Jean aprovechó el impulso de su mano derecha para levantar la pierna izquierda; la araña de aquel lado levantaba ya sus colmillos cuando Jean bajaba el talón de su bota hacia donde se suponía que estaba la cabeza del animal. Los ojos se le reventaron como jalea de frutas; Jean la pisoteó con todas sus ganas y sintió la impresión de estar pisando un saco de pieles mojadas.

Al levantar la bota, ésta rezumó sangre de araña, y entonces, entre siseos y chasquidos, las arañas heridas se acercaron a las que habían caído.

Una adelantó a otra, como dándole empujones, y amenazó a Jean, las patas extendidas, la cabeza alta para mostrar sus colmillos curvos. Jean bajó de golpe las dos Hermanas, los filos hacia arriba, y le aplastó la cabeza a la araña encima de las piedras húmedas, deteniendo su avance. Su icor le salpicó en el cuello y en la frente, pero lo ignoró.

Otro maldito monstruo menos. Muy enfadado por el retraso que le estaban causando, Jean lanzó un bramido y dio un salto. Con los brazos extendidos aterrizó encima del caparazón de la última criatura que quedaba. Explotó con un sonido húmedo, doblando las patas que aún se debatían hacia arriba en un ángulo imposible. Aún latían con la vida que se escapaba de ellas mientras Jean seguía pisándola entre gruñidos.

—¡Agh! —exclamó Bicho al recibir un chaparrón del líquido azul que antes había circulado por el interior del diablo de la sal.

Antes de saltar nuevamente al agua, Jean le dejó a Bicho una de sus Hermanas manchada de icor. El tonel había avanzado unos tres metros hacia el sur. Jean nadó vigorosamente hacia él y lo agarró con la mano izquierda. Luego comenzó a mover su brazo derecho arriba y abajo como un pistón, cortando la madera de la tapa con el hacha.

—¡Bicho! —exclamó—. ¡Asegúrate bien de que ya no queda ni una sola de esas malditas cosas arrastrándose hacia nosotros!

Hubo un chapoteo detrás de Jean cuando Bicho saltó al canal; instantes después, el chico llegaba junto al barril y lo agarraba con sus delgados brazos.

—No veo ninguna, Jean. Date prisa.

—Ya me —*crack, crack, crack*— doy prisa, una prisa de cojones —su hacha había conseguido perforar la madera; cuando la orina se vertió en el agua, a Bicho le dieron ganas de vomitar. Afanándose furiosamente, Jean hizo el agujero más grande y luego intentó mirar dentro del tonel. Un chorro de la asquerosa sustancia amarillenta que contenía le mojó el pecho; sin pensárselo dos veces, siguió agrandando el agujero hasta poder entrar dentro del tonel y sacar el cuerpo inmóvil de Locke Lamora.

Jean, frenético, buscó en él señales de cortes, cuchilladas y heridas; el cuello le pareció intacto.

Levantando a Locke lo más deprisa que podía y depositándolo encima de la acera de piedra que estaba al lado de las arañas muertas, algunas de cuyas partes aún se retorcían, Jean salió del agua para agacharse junto a él. Le quitó la capa; Bicho apareció en aquel instante para cogerla y tirarla al agua. Jean desgarró las grises ropas de Locke y le auscultó.

—Bicho —dijo, medio ahogándose—, acércate y flexiónale las piernas. Sus humores calientes se han enfriado. Si le damos un masaje quizá consigamos que entren en calor. Por los dioses, si vive, juro que me leeré diez libros de medicina y me los aprenderé de memoria.

Bicho salió del agua y comenzó a flexionarle a Locke las piernas, mientras Jean presionaba el estómago y el pecho de Locke, primero uno y luego el otro, dándole bofetadas en las mejillas.

—Vamos, maldita sea —murmuraba Jean—, no te rindas, canijo…

Locke arqueó la espalda entre grandes convulsiones y comenzó a toser con fuerza; intentó apoyarse en el suelo y se giró hacia el costado izquierdo. Jean suspiró aliviado y se sentó, sin darse cuenta de que acababa de hacerlo encima del charco formado por el icor de las arañas.

Locke vomitó encima del agua, sintió una nueva arcada, se estremeció y vomitó otra vez. Bicho se había arrodillado a su lado, sujetándole por los hombros. Locke permaneció en la misma posición durante varios minutos, estremeciéndose, respirando con dificultad y escupiendo flemas.

—Oh, dioses —dijo finalmente con una vocecita apenas audible—. Oh, dioses. Mis ojos. Casi no puedo ver. ¿Eso de ahí es agua?

—Sí, una corriente de agua —Jean se inclinó sobre él y le cogió por un brazo.

—Entonces arrójame a ella. Por los trece dioses, *quítame* esta asquerosidad de encima.

Locke se dejó caer en el canal con un chapoteo antes de que Jean o Bicho pudieran hacer algo para ayudarle; sumergió la cabeza varias veces bajo la corriente de agua y comenzó a quitarse la ropa, quedándose sólo con una camisa blanca y las calzas grises.

—¿Mejor? —preguntó Jean

—Supongo que sí —Locke sintió otra arcada—. Los ojos me escuecen; la nariz y la garganta me arden; el pecho me duele y tengo un dolor de cabeza del tamaño de Therim Pel; la familia Barsavi en pleno me ha dado una paliza y estoy cubierto de meados de caballo, así que me da la impresión de que el Rey Gris acaba de hacer alguna jugada muy astuta a expensas nuestras. —Apoyó la cabeza nuevamente sobre el borde del pasillo de piedra y tosió varias veces; cuando se incorporó, cayó en la cuenta de las arañas muertas y retrocedió de un salto—. Ugh. Dioses. Creo que me he perdido vuestro encuentro con estas cosas.

—Diablos de la sal —dijo Jean—, toda una manada de esos bichos que trabajaban de común acuerdo entre sí llegaron para atacarnos con saña. Como si no les importara morir.

—No tiene sentido —dijo Locke.

—Sí que lo tiene —replicó Jean.

—Una conspiración divina —murmuró Locke—. Oh, ahora caigo. *Brujería*.

—Sí. Ese maldito mago mercenario. Si es capaz de amaestrar a un halcón-escorpión, también podrá…

—¿Y si sólo se tratara de este lugar? —le interrumpió Bicho—. Ya conocéis las historias que se cuentan de él.

—No tenemos que preocuparnos por esas historias —dijo Locke— cuando sabemos que por ahí anda suelto un mago. Jean tiene razón. No me metieron dentro de ese barril por ser mal actor, y esas cosas que pican no estaban aquí de vacaciones. Los dos teníais que morir, y si no moríais…

—Teníamos que salir corriendo asustados. Al distraernos no hubiéramos podido salvarte.

—Es posible —Locke se rascó por enésima vez los ojos que le escocían—. Es sorprendente comprobar cómo cada vez que creo que ya no puedo aguantar más este asunto, encuentro algo que me hace odiarlo todavía más. Calo y Galdo… tenemos que avisarles.

—Es posible que ahora estén con la mierda hasta el cuello —dijo Jean.

—Quizá lo estén, pero todo nos irá mejor cuando volvamos a estar juntos.

Locke intentó salir del agua por sus propios medios y no lo consiguió. Jean se inclinó sobre él y le agarró por el cuello de la camisa, sacándolo del agua. Locke se lo agradeció moviendo la cabeza y se levantó poco a poco, aún lleno de estremecimientos.

—Me temo que me he quedado sin fuerzas. Lo siento, Jean.

—No lo sientas. Esta noche has sufrido un castigo enorme. Estoy muy contento de que pudiéramos sacarte de esa cosa antes de que fuera demasiado tarde.

—Tengo una gran deuda con vosotros dos, creedme. Fue… fue como si… —Locke meneó la cabeza—. Fue una cosa espantosa.

—Me lo imagino —dijo Jean—. ¿Nos vamos?

—A toda prisa. Regresemos por el camino por el que llegasteis, pero en silencio. La gente de Barsavi aún puede andar por aquí. Y mantened los ojos abiertos por si aparece, ah, un ave.

—De acuerdo. Entramos en este sitio por una especie de gatera que está en la parte oeste del canal —Jean se dio una palmada en la frente y miró a su alrededor—. Qué tonto soy, me iba sin las Hermanas.

—No te preocupes —dijo Bicho, entregándoselas—. Me figuraba que volverías por ellas, así que las recogí.

—Muchas gracias, Bicho —dijo Jean—. Tengo la intención de emplearlas en algunas personas antes de que termine esta noche.

3

El distrito del Agua Ferruginosa seguía tan vacío como siempre cuando ellos salieron arrastrándose de la gatera y treparon por el muro del canal para salir a la parte oeste del Agujero del Eco. Aunque el cortejo fúnebre de Barsavi no se veía por ninguna parte, los tres Caballeros Bastardos se agacharon y escrutaron el cielo lleno de oscuridad en busca de un halcón que diera vueltas en él, pero no vieron nada.

—Vayamos hacia el Humo de Carbón —dijo Locke—, dejando atrás el Túmulo de los Mendigos. Podemos robar un bote y entrar en casa por la alcantarilla.

La alcantarilla de drenaje que se encontraba en el lado sur del distrito del Templo, justo debajo de la Casa de Perelandro, ocultaba un mecanismo en su tapadera. Los Caballeros Bastardos solían levantarla para ir y venir por la alcantarilla siempre que lo necesitaran.

—Buena idea —dijo Jean—, no me siento muy a gusto teniendo que desviarme por puentes y calles.

De tal suerte se dirigieron hacia el sur, agradecidos a la bruma húmeda que los cubría con sus rizos. Jean empuñaba sus hachas y movía la cabeza de un lado para otro, tan receloso como un gato encima de una cuerda de la ropa. Los condujo hasta un puente, mientras Locke no hacía más que tropezar y caerse, y después hasta la ribera sudeste del Silencio. Una vez allí, la enorme silueta negra del Túmulo de los

Mendigos se destacó a la izquierda en medio de la bruma, y el olor a mojado de las tumbas de los pobres saturó el aire.

—Ningún guardia —susurró Locke—. Nadie, chico o chica, de la Colina de las Sombras. Ni un alma. Es condenadamente extraño incluso en este lugar.

—¿No ha sucedido ya todo lo que tenía que suceder esta noche? —Jean apretó el paso todo lo que pudo y cruzaron rápidamente otro puente, el que les llevaría hacia el sur, hasta Humo de Carbón. Locke intentaba mantener el paso, agarrándose el estómago y las costillas que le dolían. Bicho iba en la retaguardia, echando rápidas miradas por encima del hombro.

En la ribera noreste del Humo de Carbón podía verse una fila de dársenas deterioradas, escaleras bamboleantes y muelles de piedra a punto de desmoronarse. Todos los barcos más grandes y bonitos, así como las barcazas, estaban bien amarrados con cadenas, mientras que unas pocas barquichuelas se movían por aquí y por allá, solamente amarradas con una soga. En una ciudad como Camorr, llena de aquellas barquichuelas, ningún ladrón en su sano juicio se hubiera tomado la molestia de robar una… al menos la mayoría.

Treparon hasta la primera que vieron que tenía remo; Locke se derrumbó en la popa mientras Bicho empuñaba el remo y Jean soltaba la soga.

—Gracias, Bicho —Jean se deslizó sobre el fondo mojado de la pequeña embarcación de madera; los tres habían estado muy apurados aquella noche—, ocuparé tu lugar dentro de un momento.

—Diantre, ¿eso no hará que se resienta mi educación moral?

—Tu educación moral ha terminado —Jean alzó la vista hacia el cielo mientras el muelle quedaba atrás y Bicho los llevaba hacia el centro del canal—. Ahora vas a aprender una o dos cosas sobre la guerra.

4

Sin ser vistos ni molestados por nadie, Jean remó con tranquilidad hasta que los condujo a todos a la ribera norte del canal, justo al sur de su templo; la Casa de Perelandro sólo era una silueta oscura y maciza bajo la oscuridad de la niebla que los cubría hasta más arriba de la cabeza.

—Con calma, con calma —dijo el hombretón, hablando como para sí mientras abría la alcantarilla; estaba a un metro más arriba del agua y tenía una anchura de metro y medio. Conducía, más o menos directamente, hasta un pasadizo oculto que se encontraba detrás de la escalera del propio templo. Bicho deslizó una mano a través de los barrotes de hierro que se encontraban donde terminaba el desagüe, y tropezó con la cerradura oculta; entonces sacó un estilete que llevaba debajo de la camisa y se dispuso a subir.

—Yo voy primero —dijo justo antes de que Locke le tirara del cuello de la camisa.

—Creo que no. Las Hermanas Malvadas irán primero. Tú siéntate y vigila el bote.

Así lo hizo Bicho, poniendo mala cara, y Locke se rió. Jean entró por el desagüe y comenzó a arrastrarse en la oscuridad.

—Puedes tener el honor de entrar el segundo, Bicho —dijo Locke—. Quizá necesite una mano que tire de mí.

Cuando los tres estuvieron a salvo dentro del conducto, Locke se volvió y empujó el bote con el pie para alejarlo hasta el centro del canal. La corriente lo arrastraría hacia la Vía Camorazza, perdido entre la bruma, hasta que alguien lo abordara con un bote mayor o lo reclamara como si le hubiera caído del cielo. Después Locke volvió a poner los barrotes en su sitio y echó el cierre; los Caballeros Bastardos solían aceitar los goznes para silenciar sus idas y venidas.

Siguieron avanzando a rastras en la oscuridad, rodeados por los pausados ecos de su propia respiración y del sonido de sus ropas al rozar con el suelo. Cuando Jean manipuló la cerradura de la entrada secreta de la madriguera y sonó un *clic*, un haz de pálida luz plateada cayó sobre ellos.

Jean avanzó con cuidado por el suelo de madera del pasadizo; exactamente a su derecha, las cortinas ocultaban la entrada de lo que antaño fuera el dormitorio del padre Cadenas. A pesar de los esfuerzos que hacía Jean para moverse despacio, el suelo no dejaba de crujir al recibir su peso. Locke entró tras él en el pasadizo, el corazón latiéndole muy deprisa.

La luz era muy escasa. En el transcurso de todos los años que había vivido allí, las paredes siempre habían estado iluminadas por una suave luz dorada.

Jean avanzó hacia delante, siempre a rastras, las hachas ondeando en sus manos. Al llegar al recodo del pasillo, giró por él y entonces se detuvo y lanzó un gruñido.

—*Mierda*.

La cocina se encontraba en el más completo desorden.

Los armarios de las especias estaban volcados; el suelo se hallaba cubierto por los vidrios de la cristalería y los calderos rotos. El armario de la vajilla estaba abierto y vacíos sus estantes; habían volcado el barril del agua y ésta cubría las baldosas del suelo. Las sillas doradas estaban hechas trizas, apiladas todas en uno de los rincones. El lustre tan bonito que había colgado sobre las cabezas de todos desde que entraran por primera vez en la madriguera de cristal estaba hecho una pura ruina. Se sostenía del techo por unos cuantos cables; sus planetas y constelaciones estaban destrozados, sus esferas armilares dañadas más allá de cualquier posible reparación. El sol que ardía en su centro, reventado como un huevo; los aceites alquímicos que lo iluminaban, derramados encima de la mesa.

Locke y Jean se detuvieron ante la salida del pasillo, anonadados por el espectáculo. Bicho dobló la esquina, dispuesto a la acción contra el enemigo invisible y se quedó parado entre ambos.

—Por los dioses. *¡Por los dioses!*

—¿Calo? —Locke acababa de comprobar que el sigilo era innecesario—. ¡Galdo! ¡Calo! ¿Estáis aquí?

Jean corrió la pesada cortina que cubría la puerta del guardarropa. No hizo ningún comentario ni emitió ningún sonido, pero las Hermanas Malvadas se le cayeron de las manos y resonaron estruendosamente al llegar al suelo.

También el guardarropa había sido saqueado. Todas las hileras de ropas y vestidos elegantes, todos los sombreros, corbatas, calzas y calzones, todos los chalecos, camisas y miles de otros accesorios… todo había desaparecido. Habían roto los espejos; la caja del maquillaje estaba volcada y su contenido roto y pisoteado por el suelo.

Calo y Galdo estaban allí, la espalda apoyada en la pared, mirando sin ver en la penumbra. Les habían rajado la garganta de oreja a oreja, un par de cortes idénticos… un par de heridas gemelas.

5

Jean cayó de rodillas.

Bicho intentó colarse, pero Locke no se lo permitió y le devolvió a la cocina con toda la poca fuerza que le quedaba.

—No, Bicho, no… —dijo, pero ya era tarde. El muchacho se apoyó con fuerza sobre la mesa de madera de álamo negro y rompió en sollozos.

Dioses, pensó Locke mientras chocaba con Jean al dirigirse al guardarropa, *dioses, he sido un loco. Teníamos que haber hecho el equipaje y salir a escape*.

—Locke… —dijo Jean con un gemido, y entonces se tiró al suelo, los dedos engarabitados, agitado y estremecido como si sufriera un ataque.

—¡Jean! Por los dioses, ahora que… —Locke se agachó al lado del hombretón y puso una mano bajo su redonda y fuerte barbilla. A Jean se le acababa de disparar el pulso… Miró a Locke con ojos vacuos y abrió y cerró la boca sin conseguir escupir las palabras que le quemaban. Los pensamientos de Locke también se aceleraron.

¿Veneno? ¿Una trampa? ¿Algún objeto alquímico dejado en la habitación? ¿Por qué no le había afectado a él? ¿No habría sentido los síntomas por sentirse ya mal de por sí? Recorrió la habitación con mirada frenética hasta que sus ojos se posaron en un objeto negro que descansaba entre los dos gemelos Sanza que yacían en el suelo.

Una mano, una mano humana cortada, gris y reseca como si fuera de cuero. Tenía la palma hacia el techo y los dedos curvados ligeramente hacia atrás. Habían usado un hilo negro para escribir un nombre con él y luego coserlo en la piel muerta de la mano; y aunque aquellas letras eran toscas, no por ello eran ilegibles, pues en ellas, realzado por un tenue brillo de color azul oscuro, podía leerse:

JEAN TANNEN

No sabe las cosas que podría hacerle si tuviera su auténtico nombre bordado. Aquellas palabras del halconero regresaron inconscientemente a su memoria. Jean gimió nuevamente, la espalda arqueada por el dolor, mientras Locke se agachaba sobre la mano cortada. Una docena de ideas giraron en su mente: convertirla en picadillo con una de las hachas, abrasarla en la piedra alquímica del hogar, arrojarla al río… Conocía muy poco la práctica de la brujería, pero seguro que cualquiera de esas ideas era mejor que nada.

Entonces escuchó el sonido de los pasos de alguien que pisaba los vidrios rotos de la cocina.

—No te muevas, chaval. No creo que el gordo de tu amigo pueda ayudarte ahora. Ahí está, sentado a la derecha.

Locke levantó sin hacer ruido una de las hachas de Jean que seguían en el suelo, la empuñó en su mano derecha y dio unos pasos hacia la puerta del guardarropa.

Un hombre estaba de pie ante la entrada de la habitación, un completo extranjero a ojos de Locke. Vestía un capote encerado de tonos pardo-rojizos y había echado la capucha hacia atrás, revelando un pelo largo y sucio y unos mostachos caídos. Tenía una ballesta en la mano derecha y apuntaba a Bicho de manera displicente. Abrió los ojos cuando Locke apareció en la entrada del guardarropa.

—Esto no va bien —dijo—. Se suponía que no tendrías que estar aquí.

—Tú eres el hombre del Rey Gris —dijo Locke. Apoyaba la mano izquierda en la pared que estaba al lado de la puerta como si quisiera apoyarse de verdad en ella, aunque lo que intentaba era ocultar el hacha.

—*Uno* de los hombres del Rey Gris. Tiene unos cuantos.

—Te daré lo que me pidas —dijo Locke— si me revelas quién es, qué está haciendo y cómo puedo librarme del mago.

—No puedes. Por decirte eso no voy a cobrarte. ¿Todo lo que me pidas? No tienes tanto dinero.

—Tengo cuarenta y cinco mil coronas.

—Las tenías —dijo el ballestero con cierto humor—, pero ya no las tienes.

—Un dardo —dijo Locke—. Nosotros somos dos —Jean gimió, todavía echado en el suelo—. La situación es como para pensársela.

—No pareces en muy buenas condiciones, y el muchacho no está mejor que tú. He dicho que *no te muevas*, chaval.

—Un dardo no será suficiente —dijo Bicho, la mirada dominada por una furia que Locke jamás había visto en ella—. No tienes ni idea de a quiénes quieres joder.

—Tranquilos, caballeros —dijo el hombre del Rey Gris—, no veo que ninguno de vosotros se muestre muy ansioso por recibir un dardo en la cara.

—No sabes con quiénes tienes que vértelas, ni las cosas que hemos hecho — Bicho movió lentamente la muñeca y algo se le cayó de la manga y fue a parar a su mano. Locke apenas percibió el movimiento… ¿qué podía ser esa cosa? ¿Un torzal

de huérfano? Oh, por los dioses… no serviría de nada contra un cuadrillo de ballesta…

—Bicho… —murmuró.

—Díselo, Locke. Dile que no sabe a quién quiere joder. ¡Dile que no sabe lo que va a sucederle! Podemos ganarle.

—Antes de que uno de vosotros se haya movido un centímetro, éste saldrá volando —el ballestero retrocedió con una zancada, cogió la ballesta con la mano izquierda y la movió hacia uno y otro lado, apuntando a Locke y a Bicho.

—Bicho, no…

—Podemos ganarle, Locke. Tú y yo. No puede detenernos a los dos. Diablos, apostaría a que no puede detener *a uno* de los dos.

—Bicho, escucha…

—Escucha a tu amigo, chaval —el intruso sudaba a pesar de su arma.

—¡Soy un Caballero Bastardo! —dijo Bicho muy despacio, con voz airada—. Nadie se mete con nosotros. Nadie se lleva lo mejor de lo nuestro. ¡Lo vas a *pagar*!

Y diciendo estas palabras, Bicho saltó desde el suelo, levantando la mano con la que cogía el torzal de huérfano, una mirada de la más absoluta determinación en su flaco rostro. La ballesta dio un chasquido y el tañido de su cuerda al soltarse reverberó sonoramente en las paredes de cristal de la cocina.

El dardo que tenía que clavársele a Bicho entre los ojos erró su blanco, yendo a parar a su cuello.

El hombre del Rey Gris bajó la ballesta e intentó desenvainar la espada que llevaba al cinto, pero Locke salió por la puerta precedido por el hacha que había estado ocultando hasta entonces, la cual cayó con toda la rabia que la empuñaba. Si Jean hubiera sido capaz de partirle la cabeza a aquel hombre con el hacha, Locke apenas pudo golpearle con la bola. Pero fue suficiente, porque ésta le alcanzó justo debajo del ojo derecho y le hizo retroceder, gritando de dolor.

Locke se le adelantó y cogió la ballesta, aullando. Le golpeó con el mango en la cara y le rompió la nariz con gran profusión de sangre. Y cayó, golpeándose la cabeza con el cristal antiguo de las paredes del pasillo. Y mientras caía, proyectó las manos hacia delante para parar el siguiente golpe de Locke. Locke le rompió los dedos con la ballesta; los gritos de ambos hombres se mezclaron y resonaron en tan reducido espacio.

Locke dio por concluido el asunto al golpearle en la mejilla con una de las partes curvas de la ballesta. Entonces al intruso se le fue la cabeza hacia un lado, la sangre salpicó en el cristal y él cayó desmadejado en el rincón del pasillo, inmóvil.

Locke tiró la ballesta, se volvió y corrió hacia Bicho.

El dardo había atravesado el cuello del muchacho justo a la derecha de la tráquea, entrando hasta las plumas en medio de un surtidor de sangre oscura. Locke se arrodilló y acunó la cabeza de Bicho entre sus manos, sintiendo la punta del dardo por detrás del cuello del chico. Algo caliente mojaba las manos de Locke; podía

sentirlo cada vez que el chico respiraba de forma entrecortada. Bicho tenía los ojos muy abiertos y le miraba fijamente.

—Perdóname —dijo Locke mientras lloraba—. Que los dioses me maldigan, Bicho, ha sido por mi culpa. Tendríamos que haber huido. Podríamos haberlo conseguido. Mi orgullo… tú, Calo y Galdo. Ese dardo tendría que haber sido para mí.

—Tú orgullo —susurró el chico— estaba justificado. Caballero… Bastardo.

Locke hizo presión con los dedos sobre la herida de Bicho, imaginando que, de algún modo, serviría para detener la hemorragia, pero el chico gritó y Locke apartó sus dedos temblorosos.

—Justificado —dijo Bicho. La sangre le corría por las comisuras de la boca—. ¿Y yo… no era tu subordinado? ¿Nada de aprendiz, sino un auténtico Caballero Bastardo?

—Tú jamás fuiste el subordinado de nadie, Bicho. Jamás fuiste un aprendiz —dijo Locke entre sollozos, intentando acariciar el cabello del muchacho y espeluznándose al contemplar la huella ensangrentada que acababa de dejar con la mano sobre su pálida frente—. Idiota valiente, valiente y estúpido bastardo. Ha sido por mi culpa, Bicho. Por favor, di… di que ha sido por mi culpa.

—No —susurró Bicho—, oh, dioses… me duele… me duele mucho…

La respiración del chico se paró mientras Locke le tenía cogido. Y no volvió a hablar.

Locke alzó la mirada. Y le pareció que aquel techo de cristal no hecho por los humanos, que durante tantos años había iluminado su vida con su cálida luz, se complacía en ofrecerle en aquellos momentos una luz roja: el reflejo del suelo en el que se sentaba mientras mantenía contra sí el cuerpo inerte de Bicho, que aún sangraba entre sus brazos.

Y hubiera podido seguir sentado en aquel lugar toda la noche, perdido en una ensoñación de dolor, si no hubiese escuchado los fuertes gemidos de Jean en la habitación de al lado.

Locke volvió a la realidad con un estremecimiento y depositó en el suelo la cabeza de Bicho con toda la suavidad que pudo. Se levantó tambaleándose y, una vez más, recogió del suelo el hacha de Jean. Sus movimientos fueron lentos e inseguros mientras regresaba al guardarropa, levantaba el hacha por encima de su cabeza y la lanzaba con toda la fuerza de la que había podido hacer acopio contra la mano embrujada que seguía entre los cadáveres de Calo y de Galdo.

El pálido resplandor azulado disminuyó cuando la hoja del hacha mordió la mano reseca; detrás de él, Jean lanzó un grito entrecortado, que Locke interpretó como signo de buen agüero. Metódicamente, complaciéndose mientras lo hacía, partió la mano en partes más pequeñas. Siguió partiendo aquella piel de cuero y los huesos quebradizos hasta que los hilos negros que formaban el nombre y el apellido de Jean se fueron cada uno por su sitio y el resplandor azul desapareció por completo.

Se quedó mirando a los Sanza hasta que oyó a Jean moverse a su espalda.

—Oh, Bicho. Oh, maldición —el hombretón se levantó tambaleándose y gimió —. Perdóname, Locke. No podía… no podía moverme.

—No hay nada que perdonar —dijo Locke, y hasta el pronunciar aquellas palabras le hizo sentir dolor—. Era una trampa. Tu nombre estaba escrito en esa cosa que el mago dejó para nosotros. Debieron de suponer que regresaríais.

—¿Una… mano cortada? ¿Una mano humana con mi nombre cosido en ella?

—Sí.

—El Apretón de la Mano del Ahorcado —dijo Jean, mirando los trozos de carne y los cadáveres de los Sanza—. Leí algo acerca de eso cuando era más joven. Parece que funciona.

—Con eso intentaban dejarte fuera de combate —dijo Locke con frialdad—, para que el asesino que se escondía arriba bajara a mataros a ti y a Bicho.

—¿Sólo uno?

—Sólo uno —suspiró Locke—, Jean. Arriba, en las habitaciones del templo. El aceite para las lámparas… por favor, vete a por él.

—¿El aceite para las lámparas?

—Todo lo que haya —dijo Locke—, apresúrate.

Jean se detuvo en la cocina, se arrodilló y cerró los ojos de Bicho con la mano izquierda. Luego se puso en pie, titubeante, se secó las lágrimas y corrió a cumplir la petición de Locke.

Locke regresó despacio a la cocina, llevando consigo el cadáver de Calo Sanza. Lo colocó al lado de la mesa, cruzó sus brazos encima del pecho, se arrodilló y le besó en la frente.

El hombre que seguía en el rincón gimió y movió la cabeza. Locke se levantó, le dio una patada en la cara y regresó al guardarropa para coger el cadáver de Galdo. Al poco tiempo había colocado a los Sanza en el suelo de la expoliada cocina y a Bicho entre ellos. Incapaz de soportar la mirada vítrea de los gemelos, Locke cubrió los tres cadáveres con los manteles de seda de uno de los armarios volcados.

—Hermanos, os prometo una ofrenda de muerte —susurró Locke cuando hubo terminado—. Os prometo una ofrenda de la que se enterarán hasta los dioses. Una ofrenda que conseguirá que las sombras de todos los duques y capas de Camorr se sientan miserables. Una ofrenda de sangre, oro y fuego. Lo juro por Aza Guilla, que cuida de nosotros, y por Perelandro, que nos dio cobijo, y por el Guardián Avieso, que pone un dedo en uno de los platillos de la balanza cuando pesan nuestras almas. Y lo juro por Cadenas, que nos mantuvo a salvo. Y pido perdón por no haber conseguido hacer lo mismo que él.

Con un esfuerzo, Locke siguió en pie y volvió a sus quehaceres.

Habían tirado unos cuantos trajes viejos en los rincones del guardarropa. Locke los recogió, junto con algunos elementos de la saqueada caja del maquillaje: un puñado de bigotes postizos, un trozo de barba postiza y un poco del adhesivo que se emplea en el teatro. Todo eso lo arrojó al pasillo de la entrada de la madriguera y

luego echó un vistazo a la cripta. Tal y como había sospechado, estaba completamente vacía. No quedaba ni una moneda en los rincones ni en los estantes. Sin duda alguna, los sacos cargados en el carro habrían volado antes.

Recogió sábanas y colchas de los dormitorios que estaban detrás de la madriguera, y después hojas, libros y rollos de pergamino; hizo con todo ello un montón en la mesa ante la que se sentaban a comer. Finalmente, se inclinó sobre el sicario del Rey Gris, las manos y las ropas cubiertas de sangre, y esperó a que Jean regresara.

6

—Despierta —dijo Locke—. Sé que me estás escuchando.

El sicario del Rey Gris abrió y cerró los ojos, escupió sangre e intentó arrastrarse con ayuda de sus pies para resguardarse en la esquina.

Locke se le quedó mirando mientras pensaba que aquello suponía un vuelco del orden natural de las cosas; el asesino era musculoso, una cabeza más alto que Locke, y Locke era más alfeñique de lo habitual después de todo lo sucedido aquella noche. Pero en aquellos momentos todo el espanto que le rodeaba se concentraba en sus ojos, que miraban al asesino que tenían más abajo con un odio tan intenso como mortal.

Jean se detuvo a unos pasos de su espalda, un saco sobre el hombro, sus hachas sujetas en el cinto.

—¿Quieres vivir? —preguntó Locke.

El asesino no contestó.

—Es una pregunta sencilla y no me gustaría repetirla. ¿Quieres vivir?

—Sí —dijo aquel hombre con un hilillo de voz.

—Entonces será un placer no concederte la vida —Locke se arrodilló a su lado, introdujo una de sus manos debajo de sus ropas y sacó una pequeña bolsa de piel que llevaba atada al cuello—. En cierta ocasión, cuando tuve la suficiente edad para saber lo que hacía, sentí vergüenza de ser un asesino. Incluso después de haber saldado mis cuentas, sigo llevando esto. Y lo he llevado encima desde entonces, para no olvidarlo.

Y entonces se quitó la bolsa y tiró de la cuerda. Cuando la abrió, sacó de ella lo único que contenía: el diente de un tiburón blanco. Luego agarró la mano derecha del asesino, colocó el diente y la bolsa en su palma y apretó sus dedos rotos encima de ella, para cerrarla. El asesino se retorció de dolor y gritó. Locke le dio un puñetazo.

—Pero ahora —prosiguió— tengo que volver a asesinar una vez más. Voy a comenzar a matar a todos los hombres del Rey Gris hasta que no quede ni uno. ¿Me oyes, mamón? Cogeré al mago mercenario y al Rey Gris, y aunque todos los poderes de Camorr, de Karthain y del mismísimo infierno se pongan contra mí, sólo quedará… sólo quedará un largo reguero de muertos entre tu maestro y yo.

—Estás loco —susurró el asesino—, jamás podrás vencer al Rey Gris.

—Haré algo más que eso. Todo lo que él planee hacer, yo lo *desharé*. Todo lo que él cree, yo lo *destruiré*. Cualesquiera que fueran las razones que te impulsaron a venir hasta aquí para matar a mis amigos, se desvanecerán. Todos los hombres del Rey Gris morirán por nada, comenzando contigo.

Jean Tannen dio un paso adelante y agarró al asesino con una mano, arrastrándolo por las rodillas. Lo llevó hasta la cocina, haciendo oídos sordos de sus peticiones de clemencia. El asesino fue arrojado sobre la mesa, cayendo al lado de los tres cadáveres cubiertos y de la pila de tela y papel, y entonces distinguió el olor empalagoso del aceite de lámparas.

Sin decir palabra, Locke golpeó con la bola de una de sus hachas la rodilla derecha del sicario. Otro golpe rápido le rompió la rótula de la pierna izquierda, y entonces el asesino se hizo un ovillo para protegerse de los demás golpes que iban a caer… pero no cayó ninguno.

—Cuando veas al Guardián Avieso —dijo Locke, retorciendo algo entre sus manos—, dile que Locke Lamora aprende muy despacio, pero bien. Y cuando veas a mis amigos, diles que van de camino más de los tuyos.

Abrió las manos y dejó caer un objeto; era un trozo de cuerda de nudos de color gris carbón, con filamentos blancos que salían de uno de sus extremos. Una cerilla alquímica de torsión: cuando los filamentos blancos quedaban expuestos al aire durante sólo unos segundos, producían la ignición de la cuerda más gruesa que los envolvía, la cual ardía durante más tiempo. Cayó en el borde de un charco de aceite de lámparas.

Locke y Jean salieron por detrás de la cortina y subieron hasta el viejo templo, dejando que las puertas se cerraran tras ellos con estruendo.

En la madriguera de cristal que se encontraba bajo ellos, las llamas comenzaron a subir.

Primero las llamas, y luego los gritos.

Interludio

El cuento de los antiguos jugadores de balonmano

El balonmano es un deporte de Therin tan apreciado por la gente de las ciudades-estado del sur como denostado por los vadraníes en su reino del norte (aunque a los vadraníes que viven en el sur también les guste). A los estudiosos les desagrada la hipótesis de que el juego fuera creado en la era del Trono de Therin, cuando el emperador loco Sartirana quiso divertirse jugando con las cabezas cortadas de sus víctimas. Pero no la niegan rotundamente, porque no suele ser aconsejable el subestimar los excesos cometidos en la era del Trono de Therin sin disponer de pruebas que lo avalen.

El juego del balonmano es un deporte tosco para gente tosca, que dos equipos juegan en la superficie más plana que consigan encontrar. La pelota es una masa elástica de látex vegetal, forrada con piel, de quince centímetros de diámetro; el campo tiene una longitud comprendida entre los veinte y treinta metros, con unas líneas rectas marcadas (con tiza, por lo general) en sus extremos. Ambos equipos intentan llevar la pelota hasta la línea de gol del contrario; la pelota siempre tiene que estar entre las dos manos del jugador mientras éste corre, camina o avanza deprisa hacia el extremo del campo.

La pelota puede ser pasada de uno a otro jugador, pero no puede ser tocada con ninguna parte del cuerpo que se encuentre de cintura para abajo, y no puede caer al suelo, pues entonces su posesión pasaría al otro equipo. Un juez imparcial, conocido como el Justicia, intenta hacer respetar las reglas en el transcurso de los partidos, aunque su labor no sea reconocida unánimemente.

Los partidos suelen jugarse entre los equipos que representan a los barrios o a las islas de Camorr, y las bebidas, las apuestas y las pendencias que los rodean comienzan varios días antes y terminan cuando el partido ya sólo es un recuerdo. A pesar de esto, el partido suele ser frecuentemente una isla de calma relativa y de buena voluntad en un mar de caos.

Se cuenta que, en cierta ocasión, durante el reino del duque Andrakana el Viejo, se concertó un partido entre el Caldero y el Fuego Encendido. Un joven pescador, Markos, era considerado el mejor jugador del Caldero, mientras que de su amigo íntimo Gervain se decía que era el mejor Justicia de la ciudad. Es evidente que a Gervain se le adjudicó el arbitraje del encuentro.

Éste tuvo lugar en una de las polvorientas plazas abandonadas del distrito de Lluvia de Ceniza, en medio de los mil gritos que los espectadores medio borrachos lanzaban desde las casas derruidas y callejas que rodeaban la plaza. Fue un encuentro desagradable en el que se combatió todo el tiempo. Cuando faltaba muy poco para

que terminara y caían los últimos granos de arena del reloj que marcaba el tiempo del partido, el Caldero perdía por un punto.

Markos, la pelota entre las manos, gritó como un loco furioso y se abrió paso entre las filas de los jugadores del Fuego Encendido. Con un ojo morado, las manos de color púrpura por los golpes, chorreando sangre por codos y rodillas, intentó desesperadamente llegar a la línea de meta en el mismo segundo en que se terminaba el encuentro.

Markos quedó tirado encima de las piedras, con los brazos extendidos y la pelota tocando la línea de tiza, pero sin sobrepasarla. Gervain echó a un lado a los jugadores que se arremolinaban a su alrededor, se quedó mirando a Markos durante unos segundos y dijo:

—No ha cruzado la línea. No se anota el punto.

El tumulto y la alegría que siguieron a aquellas palabras se confundieron entre sí; algunos dicen que los casacas amarillas mataron a una docena de hombres al intentar reprimirlos, aunque otros afirman que fueron cerca de cien. Al menos tres de los capas de la ciudad murieron en el transcurso de la pequeña guerra que aconteció entre los apostadores que no quisieron pagar, y Markos juró que jamás volvería a hablar a Gervain. Los dos habían pescado juntos en el mismo barco desde que eran niños; después de aquello, el Caldero en pleno advirtió a toda la familia de Gervain de que sus vidas valdrían menos que una piel de salchicha si alguno de ellos volvía a poner el pie en aquel distrito.

Pasaron veinte, treinta, treinta y cinco años. Andrakana el Viejo murió y llegó al poder el primero de los Nicovantes. Markos y Gervain no se habían hablado durante todo ese tiempo; Gervain llevaba viviendo muchos años en Jeresh, paseando a la gente en barco y cazando calamares gigantes por encargo. Sintiendo nostalgia de su tierra, casualmente compró un pasaje para Camorr. Al llegar al muelle le causó una extraña impresión el hombre que acababa de salir de un pequeño barco de pesca, un hombre marcado por el paso de los años, canoso y con barba, igual que él, en el que reconoció a su viejo amigo Markos.

—¡Markos! —exclamó—. ¡Markos, del Caldero! ¡Markos! ¡Benditos sean los dioses! ¿No te acuerdas de mí?

Markos se volvió para observar al viajero que se encontraba ante él; le miró durante unos segundos. Y luego, sin previo aviso, desenvainó el largo cuchillo de pescador que llevaba al cinto y se lo clavó hasta la empuñadura a Gervain en el estómago. Mientras Gervain doblaba el cuerpo por el dolor, Markos le empujó hacia un lado, y el que antaño fuera Justicia se hundió en las aguas de la bahía de Camorr para no volver jamás a su superficie.

—No ha cruzado la línea. *Y una mierda* —masculló Markos.

La gente de Tal Verrar, Karthain y Lashain asentía con la cabeza cuando escuchaba aquella historia. Y aunque suponían que era apócrifa, les servía para

confirmar algo de lo que estaban muy seguros en lo más hondo del corazón: que los de Camorr estaban todos muy locos.

Los camorríes, por otra parte, la consideraban como una valiosa advertencia contra el aplazamiento en materia de venganza… o acerca del mérito que supone el no olvidar jamás las cosas cuando uno no puede darles satisfacción inmediata.

Capítulo 11

En la corte de Capa Raza

1

Por haber dispuesto Locke del bote de una manera tan liberal, tuvieron que robar otro. Cualquier otra noche se hubiera reído a gusto por aquel disparate.

Y pensó que también lo hubieran hecho Bicho, Calo y Galdo.

Locke y Jean se dirigieron hacia el sur, entre el Estrecho y la Mara Camorazza, encorvados bajo unas viejas capas que habían encontrado tiradas en el guardarropa y apartados del resto de la ciudad a causa de la bruma que los envolvía. Las tenues luces que chispeaban en la distancia y las voces apagadas que llegaban a sus oídos le parecieron a Locke los artefactos de una vida tan extraña como ajena, abandonada hacía mucho, y no los elementos de la ciudad donde vivía desde que podía recordar.

—He sido tan necio —murmuró. Estaba echado encima de la borda y la cabeza le daba vueltas al sentir los calambres que le subían desde lo más hondo de su castigado estómago.

—Si vuelves a repetirlo sólo una vez más —dijo Jean—, te arrojaré al agua y te pasaré la quilla por encima de la cabeza.

—Tenía que haber permitido que nos fuéramos.

—Es posible —dijo Jean—, pero también es posible, hermano, que no todas las desgracias que nos abruman sean consecuencia directa de tu decisión. Es posible que hubieran sucedido, hiciéramos lo que hiciésemos. Es posible que, si hubiéramos huido, ese mago mercenario nos hubiera dado caza en la carretera y hubiese dispersado nuestros huesos entre Camorr y Talisham.

—Y, no obstante…

—Seguimos con vida —dijo Jean con mucho aplomo—. Seguimos con vida y podremos vengarlos. Al hombre del Rey Gris que dejamos en la madriguera le hiciste lo que había que hacer. Las preguntas que ahora debemos hacernos son éstas: ¿Por qué? ¿Qué pasará ahora? Y dejar de comportarte como si respiraras los vapores de la piedra fantasma. Necesito todo tu ingenio, Locke. Necesito a la Espina de Camorr.

—Pues avísame cuando lo encuentres. Es un estúpido cuento de hadas.

—Se sienta en este bote, a mi lado. Y, si no eres la Espina, tendrás que serlo. Sólo la Espina puede vencer al Rey Gris. Yo no puedo hacerlo solo. Lo sé. ¿Por qué nos ha hecho esto el Rey Gris? ¿Qué beneficios le ha reportado? ¡Piensa, maldita sea!

—Es pensar demasiado —dijo Locke. Su voz recobró algo de vigor cuando comenzó a hacer suposiciones—. Afinemos la pregunta y pensemos en los recursos de que dispone. Hemos visto a uno de los suyos en el templo. Yo vi a otro cuando me

secuestró la primera vez. Así que sabemos que, al menos, dispone de dos hombres, sin contar al mago de la Liga.

—¿No querría impresionarte para que te convirtieras en uno de sus agentes infiltrados?

—No —Locke juntó las manos—. No, todo lo que ha hecho me parece tan complicado como un reloj de Tal Verrar.

—Pero sólo mandó un hombre a la madriguera.

—Sí… los Sanza ya estaban muertos; se suponía que yo también lo estaba y que tú ibas a ser presa de lo que había dejado para ti el mago mercenario; así que sólo había que reservar un dardo de ballesta para Bicho y asunto terminado. Rápida y cruelmente.

—Pero ¿por qué no envió a dos hombres? ¿O a tres? ¿Por qué no asegurarse *absolutamente* del resultado? —Jean dio unos pequeños impulsos para vencer la corriente y seguir hacia delante—. No puedo creer que se volviera descuidado de repente, justo cuando sus planes estaban a punto de tener éxito.

—Quizá —dijo Locke—, quizá necesitara al resto de los suyos en algún otro sitio con mucha urgencia. Quizá sólo podía prescindir de uno —Locke jadeó y golpeó la palma de su mano izquierda con la derecha, que acababa de cerrar en un puño—. Quizá, después de todo, porque no éramos la meta final de su plan.

—¿Y cuál era entonces?

—No cuál, sino quién. ¿A quién ha estado atacando todos estos meses? Jean, si Barsavi cree que el Rey Gris ha muerto, ¿qué crees que hará esta noche?

—Dará… una fiesta. Lo mismo que suele hacer el Día de los Cambios. Lo celebrará.

—En la Tumba Flotante —dijo Locke—. Dejará sin vigilar todos los accesos, llevará toneles… ¡por los dioses!, reales esta vez. Convocará a toda su corte. A toda la Buena Gente, todos borrachos como cubas por todos los arrecifes y los muelles de la Desolación de Madera. Igual que en los viejos tiempos.

—Entonces, ¿el Rey Gris fingió su propia muerte para obligar a Barsavi a dar una fiesta?

—No se trata de que se distraiga con la fiesta —dijo Locke—, sino de la gente. De toda la Buena Gente. ¡Eso es, por los dioses, es eso! Esta noche Barsavi aparecerá delante de los suyos por primera vez en muchos meses. ¿No lo comprendes? Delante de todas las bandas, y los *garristas* verán todo lo que suceda.

—¿Y eso qué importancia tiene para el Rey Gris?

—El maldito cabrón siente debilidad por lo dramático. Barsavi está con la mierda hasta el cuello. Rema Jean, llévame hasta el Caldero. Puedo cruzar la Desolación por mi propio pie. Tengo que llegar cuanto antes a la Tumba Flotante.

—¿Has perdido la cabeza? Si el Rey Gris y sus hombres todavía siguen merodeando por ahí, te matarán, tenlo por seguro. Y Barsavi hará lo mismo, pues se

supone que estabas a punto de morir de un flujo estomacal. ¡Morirás de la peor manera!

—No verán a Locke Lamora —dijo Locke, manoseando algunos de los artículos que había conseguido salvar de la caja del maquillaje. Se puso una barba postiza encima de la barbilla e hizo una mueca que envió oleadas de dolor a su mandíbula—. Aún tendré los cabellos grises durante unos días, pues el ungüento que anulaba su efecto arde mientras hablamos. Me tiznaré con un poco de hollín y me pondré la capucha, convirtiéndome en otro don nadie demacrado con la cara llena de cardenales que quiere tomarse unos vinos a cuenta del Capa.

—Deberías descansar; ya has estado a punto de perder tu cochina vida. Eres un completo desastre. Y no creo que tengas que salir corriendo en este mismo instante.

—Tengo dolores en sitios que ni siquiera sabía que tenía —dijo Locke, aplicándose con los dedos una pasta adhesiva en la barbilla—. Pero no puedes ayudarme. Éstos son los únicos aditamentos de maquillaje que nos quedan; no tenemos dinero, ni ropa, ni templo, ni amigos. Y sólo dispones de unas pocas horas, a lo más, para encontrar algún escondrijo donde guarecernos antes de que el Rey Gris eche de menos a uno de sus hombres.

—Pero aún…

—Abulto la mitad que tú, Jean. Esta vez no puedes hacer nada por mí. Puedo ir sin que me vean; tú serás inconfundible en cuanto salga la luz del sol. Te sugiero que te agencies un cuchitril en el distrito de Lluvia de Ceniza, lo limpies de ratas y dejes por los alrededores unos cuantos de nuestros signos secretos. Sólo tienes que garrapatear alguno con hollín en las paredes. Yo te encontraré cuando haya acabado.

—Pero…

—Jean, buscabas a la Espina de Camorr. Pues ya la tienes —Locke colocó la barba postiza encima de su barbilla e hizo presión sobre ella hasta que la pasta adhesiva dejó de abrasarle, y luego esperó a que se secara—. Acércame hasta el Caldero y déjame allí. Va a ocurrir algo en la Tumba Flotante y tengo que ver qué es. Todo lo que ese bastardo nos ha hecho tendrá su desarrollo lógico en las próximas horas… si es que no lo está teniendo ya.

2

Hubiera podido decirse, y ello hubiese sido absolutamente cierto, que Vencarlo Barsavi se había excedido a sí mismo en las celebraciones de la victoria lograda contra el asesino de su hija.

La Tumba Flotante estaba abierta a todos; aunque los centinelas seguían en sus puestos, se notaba una agradable falta de disciplina. Unas enormes linternas alquímicas, dispuestas bajo los toldos de seda que cubrían el puente superior del galeón varado, iluminaban como faros en la niebla la Desolación de Madera dominada por el cielo oscurecido.

Como habían despachado corredores al Último Error en busca de comida y alimento, la taberna no tardó en quedarse sin provisiones, tanto en lo concerniente a sus barriles como a sus parroquianos. Ebrios o sobrios, unidos por la curiosidad y la expectación, formaban una fila que se dirigía hacia la Desolación de Madera.

Los centinelas del muelle los observaron sin poder hacer nada más; hombres y mujeres armados de manera más que evidente pasaron ante ellos sin sufrir más que un registro precipitado. Colorado por la victoria, el Capa había decidido mostrar su magnanimidad de varias maneras. Aquello beneficiaba a Locke; con la capucha por encima, la barba postiza y completamente tiznado el rostro, se coló en medio de una muchedumbre de degolladores del Caldero que se abría paso por la pasarela hacia el galeón de Barsavi, iluminado como las galeras de recreo citadas en los cuentos fantásticos de los bajás del Mar de Bronce.

La Tumba Flotante estaba atestada de hombres y mujeres; Capa Barsavi se sentaba en su silla de respaldo alto, rodeado por sus íntimos: sus hijos, tan colorados como él, que no dejaban de gritar; los más poderosos de sus *garristas* que habían sobrevivido; las silenciosas y siempre en guardia gemelas Berangias. Locke tuvo que apretujarse, dar empellones y maldecir para poder llegar al corazón de la fortaleza; se encajonó en uno de los rincones que estaban cerca de la puerta principal de la sala de baile y desde allí se puso a vigilar, dolorido e incómodo, aunque bastante contento por haber conseguido un buen observatorio.

Los miradores seguían vomitando tipos duros de todas las bandas de Camorr… las disputas parecían crecer minuto a minuto. El calor era increíble, lo mismo que los olores; Locke sintió como si los olores le apretasen contra la pared. Lana húmeda y algodón sudado, vino y aliento a vino, aceites para el pelo y cuero curtido.

Cuando era, precisamente, la una de la madrugada, Barsavi se levantó bruscamente de su asiento e hizo una señal con la mano.

La expectación corrió como una ola; la Buena Gente se daba codazos para guardar silencio y señalaba al Capa. En menos de un minuto, los caóticos ecos de la fiesta se convirtieron en débiles murmullos. Barsavi asintió en señal de agradecimiento.

—Espero que estéis disfrutando.

Hubo entonces un estallido general de vítores, aplausos y pataleos. Locke se preguntó si realmente se encontraba en un barco. Y tuvo la precaución de aplaudir con la muchedumbre.

—¿No es maravilloso ver que las nubes se han disipado por completo?

Otra ovación. Locke se rascó la barba provisional, mojada para entonces de sudor. Acababa de sentir una punzada en el estómago, precisamente en el mismo sitio en que uno de los hijos de Barsavi le había dedicado un puñetazo. El calor y los olores comenzaban a producirle un cosquilleo extraño por detrás de la garganta, como si fuera a vomitar. Ya había tenido más que suficiente de aquella sensación para el resto

de su vida. Muy incómodo por ella, tosió, cubriéndose el rostro con las manos, y rezó para que las fuerzas le acompañasen unas pocas horas más.

Una de las hermanas Berangias se acercó al Capa, sus pulseras de dientes de tiburón brillando bajo la luz de los candelabros de la sala, y le dijo algo al oído. Él la escuchó atentamente durante unos segundos y después sonrió.

—Cheryn —exclamó— me propone que les permita a ella y a su hermana que nos entretengan. ¿Qué os parece?

Los vítores de respuesta fueron el doble de estruendosos (y el doble de genuinos, pensó Locke) que los anteriores. Las paredes de madera retumbaron al acusar su impacto; Locke retrocedió acobardado.

—¡Entonces tendremos un Espectáculo de los Dientes!

Los siguientes minutos fueron un caos; docenas de hombres de Barsavi hicieron retroceder a los bulliciosos para despejar un área cuadrada en el centro del suelo de unos diez metros de lado. La gente alborotada subió por las escaleras y ocupó los miradores hasta que éstos crujieron bajo su peso; habían practicado unos agujeros en el techo para que quienes se encontraban en el puente superior pudieran mirar por ellos y observar lo que pasaba más abajo. A Locke lo apabullaron contra el rincón con más fuerza.

Unos hombres provistos de pértigas rematadas en un gancho corrieron con ellas unos paneles de madera del suelo, revelando las negras aguas de la bahía de Camorr; un estremecimiento de anticipación y de alarma recorrió la muchedumbre ante el simple pensamiento de lo que podía estar rondando más abajo. *En primer lugar, los espíritus inquietos de ocho Coronas Enteras*, pensó Locke.

Cuando hubieron corrido los últimos paneles del centro de la abertura, casi todos los allí presentes pudieron ver los pequeños soportes sobre los que descansaban las plataformas, no más anchos que una palma. Se encontraban a una distancia de metro y medio unos de otros. El espacio que Barsavi se reservaba para su propio Espectáculo de los Dientes; un desafío para cualquier *contrarequialla*, incluso para dos tan experimentadas como las hermanas Berangias.

Cheryn y Raiza, viejas en el oficio de cautivar a las multitudes, comenzaron a despojarse de sus jubones de cuero, brazales y collares. Lo hicieron con parsimonia, mientras los súbditos del Capa mostraban su aprobación con aullidos, copas y vasos en alto y, en algún momento, alguna que otra proposición deshonesta.

Anjais salió corriendo con un pequeño envoltorio de polvo alquímico en las manos que arrojó al agua, para luego dar, prudentemente, un paso atrás. Era la «citación», una potente mezcla de sustancias capaces de enfadar al tiburón y de mantenerlo en dicho estado durante todo el tiempo que durase la contienda. Aunque la sangre también podía atraer y encolerizar a un tiburón, la citación le hacía sentir el ansia de atacar… de saltar, de dar vueltas y de destrozar a las mujeres que saltaban de un lado para otro sobre aquellas plataformas tan pequeñas.

Las hermanas Berangias se acercaron al borde de la piscina artificial llevando en sus manos las armas tradicionales: las hachas terminadas en pico y las jabalinas cortas. Anjais y Pachero se situaron detrás de ellas, justo a su izquierda; el Capa seguía sentado en su silla, aplaudiendo y haciendo muecas.

Una aleta negra rompió la superficie de la piscina; resonó un látigo y entonces la muchedumbre se sintió electrizada. Locke pudo apreciarlo en su persona… una mezcla de lascivia y de terror, una sensación profundamente animal. Aunque los espectadores se habían apartado dos metros de los bordes de la piscina, algunos de los que se encontraban en las primeras filas aún seguían nerviosos, y unos cuantos intentaban abrirse camino entre la muchedumbre para poner suelo por medio, entre la complacencia y la irrisión de quienes los rodeaban.

En realidad, aquel tiburón no debía de medir más de metro y setenta o dos metros; algunos de los que intervenían en la Fiesta Cambiante alcanzaban el doble de tamaño. Pero uno de aquellos peces podía mutilar al saltar y, si conseguía arrastrar hasta el agua a alguien, poco importaba su tamaño en tan desigual situación.

Las hermanas Berangias alzaron en alto los brazos y luego se volvieron al unísono hacia el Capa. La hermana de la derecha (¿Rayza? ¿Cheryn?, lo cierto era que Locke jamás había conseguido diferenciarlas; al pensar en aquello sintió gran pesar por los Sanza) le hizo una seña. Acostumbrado a jugar con las masas, Barsavi levantó ambas manos y miró en derredor a su corte; cuando le vitorearon se acercó a las dos mujeres, parándose entre ambas, y cada una de ellas le dio un beso en la mejilla.

El agua acababa de agitarse justo delante de los tres; una sombra negra y tersa pasó junto al borde de la piscina y luego se sumergió en las profundidades sin luz. Locke pudo sentir que quinientos corazones detenían sus latidos y que quinientas gargantas contenían la respiración; era como si tuviera problemas para concentrarse, porque apreciaba los detalles de cada momento como si se congelasen ante su vista, desde la sonrisa vehemente del rostro redondo y colorado de Barsavi hasta las ondulaciones de los reflejos sobre el agua producidos por la luz de los candelabros.

—¡Camorr! —exclamó la gemela que se encontraba a la derecha del Capa. Y de nuevo murió el ruido del gentío, como si hubieran rajado con un cuchillo la tráquea gigante por donde salía. Quinientos pares de ojos estaban fijos en el Capa y sus guardaespaldas.

—Dedicamos esta muerte —prosiguió la joven— al Capa Vencarlo Barsavi, ¡nuestro señor y patrón!

—Que bien se lo merece —dijo su hermana.

Entonces el tiburón saltó del agua con una explosión, justo delante de ellos, una cosa diabólica y de negrura tersa, de negros ojos sin párpados y blancos dientes en sus enormes fauces; un surtidor de agua de tres metros brotó de la superficie junto con él; y en mitad del aire hizo una contorsión y se impulsó hacia delante, cayendo… directamente hacia Capa Barsavi.

Barsavi levantó los brazos para protegerse; las abiertas fauces del tiburón quedaron enfrente de uno de ellos. El más que musculoso cuerpo del pez golpeó sonoramente el suelo de madera y se llevó a Barsavi. Aquellas mandíbulas implacables se cerraron con fuerza, y el Capa gritó cuando la sangre comenzó a brotar a borbotones de su costado derecho, yendo y viniendo de un lado para otro a medida que el tiburón movía su chato morro.

Sus hijos corrieron precipitadamente en su ayuda. La gemela de la derecha miró al tiburón, adoptó una postura de combate, levantó la reluciente hacha y la lanzó, cargando en el golpe toda la fuerza de su torso.

La hoja hendió la cabeza de Pachero Barsavi justo encima de su oreja izquierda; las gafas de aquel hombre tan alto salieron volando mientras titubeaba y caía hacia delante, el cráneo partido, muerto antes de que sus rodillas tocaran el suelo.

La muchedumbre gritó y se agitó, mientras Locke pedía al Benefactor que le mantuviese con vida el tiempo suficiente para comprender el sentido de lo que aún tenía que suceder.

Anjais se quedó boquiabierto mirando a su padre que se debatía y a su hermano que acababa de caer. Pero antes de que pudiera articular una sola palabra, la otra Berangias se acercó a él por detrás, lo suficiente para aprisionar su barbilla con el asta de la jabalina y, acto seguido, clavarle ésta por detrás en la nuca. Anjais escupió sangre y cayó hacia delante para quedarse inmóvil.

El tiburón se retorcía mientras tiraba del brazo derecho del Capa, que gritaba y le golpeaba en el morro con la mano izquierda, en carne viva por la piel abrasiva de la criatura. Con un tirón final, que fue espantoso de ver, el tiburón le arrancó el brazo de cuajo y se deslizó hacia el agua, dejando en el suelo de madera un gran reguero de sangre a su paso. Barsavi se dio la vuelta, salpicando sangre del muñón de su brazo, y se quedó mirando los cadáveres de sus hijos, dominado por un terror cuyo origen no podía comprender. Intentó ponerse en pie.

Una de las hermanas Berangias le dio una patada para que siguiera en el suelo.

Entonces todo fue confusión entre los que se encontraban delante del Capa caído; unos cuantos Manos Rojas saltaron hacia donde se encontraba, las armas en la mano, lanzando incoherencias a las hermanas Berangia. Lo que sucedió después fue un misterio tan violento como borroso para Locke; lo cierto es que las semidesnudas hermanas Berangias trataron a la media docena de hombres armados que se enfrentaron a ellas con una brutalidad que ya hubiera querido para sí el tiburón. Las jabalinas volaron, las hachas giraron, las gargantas se abrieron y la sangre se derramó por doquier. El último Mano Roja caía desmadejado al suelo, el rostro convertido en una ruina escarlata llena de heridas, quizá cinco segundos después de que el primero de su banda atacase a las hermanas.

Entonces la lucha llegó a los miradores. Locke divisó a unos hombres que se abrían camino entre la muchedumbre, unos hombres ataviados con pesados capotes encerados y armados con ballestas y cuchillos largos. Algunos de los guardias de

Barsavi se apartaron y no hicieron nada, otros intentaron huir, otros fueron emboscados por los asaltantes cubiertos con capotes y muertos al instante. Las cuerdas de las ballestas cantaron; los dardos zumbaron en el aire. A la izquierda de Locke resonó un golpe seco; los grandes batientes de la puerta de la sala de baile se cerraron de golpe, al parecer por sí mismos, y los mecanismos de su interior giraron y se detuvieron con un ruido seco. La muchedumbre intentó abrirlos en vano.

Uno de los hombres de Barsavi se abrió paso en medio de la asustada muchedumbre, empujando a la Buena Gente, y apuntó con una ballesta a las hermanas Berangias, que permanecían al lado del Capa herido como leonas que guardaran una presa muerta. Una sombra oscura, proveniente de los sombríos rincones del techo, se abatió sobre él; entonces se escuchó un chillido inhumano, y el dardo salió muy desviado y siseó por encima de las cabezas de las Berangias para clavarse en la pared de enfrente. El guardia se debatió furiosamente contra la sombra, que retrocedió en el aire con ayuda de sus largas alas curvas… se llevó una mano al cuello, vaciló y cayó de cara al suelo.

—Quedaos donde estáis —retumbó una voz con aires de autoridad indiscutible—. Quedaos donde estáis y aguardad.

La orden tuvo mayor efecto de lo que Locke había esperado; incluso él mismo sintió cómo su miedo se hacía menos acuciante, cómo se le quitaban las ganas de salir corriendo de aquel lugar. Los lamentos y gritos del gentío fueron decreciendo hasta que una calma sobrenatural reinó en lo que, apenas dos minutos antes, había sido la exultante corte de Capa Barsavi.

A Locke se le erizó la nuca; el cambio que había sufrido toda aquella gente no era natural. Aunque quizá estuviera confundiéndose, estaba por asegurar que ya había sufrido antes aquel influjo… había brujería en el aire. A su pesar, sintió un escalofrío.

Por los dioses, espero que el haber venido siga siendo tan buena idea como me pareció en un principio, pensó.

Y, de repente, el Rey Gris ya se encontraba entre ellos.

Fue como si acabara de salir por una puerta que acabara de formarse en el aire que estaba al lado de la silla del Capa. Llevaba la capa con capucha de siempre y caminaba entre los cadáveres de los Manos Rojas con el aplomo y la confianza del cazador; y el halconero iba a su lado, con su guantelete levantado en alto. Vestris se acomodó en él, extendió las alas y emitió un chillido de triunfo. Hubo toses entrecortadas y murmullos entre la muchedumbre.

—No sufriréis daño alguno —dijo el Rey Gris—, esta noche ya he hecho todo el que tenía que hacer —se acercó a donde estaban las hermanas Berangia y bajó la mirada hacia el Capa Barsavi, que seguía retorciéndose y gimiendo en el suelo—. Hola, Vencarlo. Por los dioses, te he visto con mejor aspecto.

Luego se echó la capucha hacia atrás y Locke volvió a ver aquellos ojos tan expresivos, aquellos rasgos de su cara, aquel cabello negro con hebras grises, aquel semblante enjuto y reseco. Y entonces tragó saliva, porque acababa de descubrir lo

que, durante todo el tiempo que había durado su primer encuentro con el Rey Gris, le había estado machacando el cerebro, la extraña sensación de que le conocía de algo.

Todas las piezas de aquel singular rompecabezas acababan de juntarse delante de él. Cuando el Rey Gris se detuvo al lado de las hermanas Berangias, fue evidente, al menos a ojos de Locke, que los tres eran hermanos y… casi trillizos.

3

—¡Camorr! —exclamó el Rey Gris—. ¡El reinado de la familia Barsavi toca a su fin!

Sus hombres habían terminado por controlar completamente a la muchedumbre; quizá fueran dos docenas, sin contar a las hermanas Berangias y al halconero. Éste dobló, retorció y flexionó los dedos de su mano izquierda mientras murmuraba para sí y recorría la gran sala con la mirada. Aunque el encantamiento que estaba ejecutando consiguiera calmar a la multitud, era evidente que la sola visión de los tres anillos negros que llevaba en la muñeca que tenía al aire, también debía de calmar a quienes hubieran pensado en armar jaleo.

—De hecho —proseguía el Rey Gris—, el reinado de la familia Barsavi ha terminado. Ya no te quedan hijos ni hijas, Vencarlo. Antes de morir quiero que sepas que he barrido de la faz de este mundo la depravación que engendraron tus riñones.

»En el pasado —dijo con fuerte voz— me conocisteis con el nombre de Rey Gris. Pero ahora que he salido de la sombra… no volveréis a llamarme por ese nombre. A partir de ahora me llamaréis… *Capa Raza*.

Raza. La palabra del Trono de Therin para «venganza». Poco sutil, pensó Locke.

Muy pocas cosas relacionadas con el Rey Gris lo eran, como iba descubriendo poco a poco.

Capa Raza, como acababa de autodenominarse, se inclinó sobre Barsavi, que se encontraba muy débil por la sangre perdida y gemía. Raza se acercó hasta él y arrancó de la pálida mano que le quedaba su sortija de sello; la levantó en alto para que toda la muchedumbre la viera y se la puso en el dedo anular de su mano izquierda.

—Vencarlo —dijo Capa Raza—. He tenido que esperar muchos años para verte en el estado en que ahora te encuentras. Ahora tus hijos han muerto y tu oficio ha pasado a mí, junto con tu fortaleza y tu tesoro, y cualquier legado que pensaras dejar a alguien de tu sangre se encuentra ahora en mis manos. Te he borrado de la historia. ¿Cuadra bien eso con tu fantasía, estudioso? Te he borrado como si fueras una marca de tiza perdida en medio de una pizarra.

»¿Recuerdas la muerte tan larga de tu esposa? ¿Cómo confiaba también en tus hermanas Berangias? ¿Cómo le llevaban la comida? No murió a causa de un tumor en el estómago. Fue alquimia negra. Sólo quería calmar mi apetito durante los largos años invertidos en preparar esta muerte para ti —Capa Raza esbozó una mueca cargada de alegría diabólica—. Creo que tardó mucho en morir, ¿no es así? He oído

que su muerte fue muy dolorosa. Bueno, pues no fue una decisión de los dioses, Vencarlo. Como le ha sucedido a todos los que amabas… ella murió por tu culpa.

—¿Por qué? —dijo Barsavi con una vocecita apenas audible.

Capa Raza se arrodilló a su lado, tomó casi con ternura la cabeza de Barsavi entre sus manos, y le habló al oído durante varios minutos. Cuando terminó, Barsavi le miró boquiabierto, los ojos abiertos como platos, llenos de incredulidad, y Raza asintió lentamente.

Cogió con una mano la cabeza de Barsavi, tirándole de las barbas, y la movió arriba y abajo. Apoyando el estilete que acababa de aparecer en su otra mano, y que evidentemente se le había caído de la manga, contra sus desprotegidas papadas, lo apretó y se lo clavó hasta la empuñadura. Barsavi pataleó sin fuerzas y se quedó inmóvil.

Capa Raza liberó la hoja del estilete y se puso en pie. Las hermanas Berangias agarraron por las solapas a quien había sido su amo y señor y lo arrojaron a las negras aguas de la bahía, que acogió su cadáver de la misma forma que antes, durante todos los años de su largo reinado, acogiera a sus víctimas y a sus enemigos.

—Un solo Capa gobierna en Camorr —dijo Raza—, y soy yo. ¡Ahora soy yo! —levantó el ensangrentado estilete por encima de la cabeza y recorrió con la vista la gran sala, como si invitara a todos a expresar su descontento. Cuando nadie lo hizo, prosiguió—: No era mi intención acabar con todo lo que había hecho Barsavi, sino, simplemente, reemplazarle. Y tengo mis propias razones. Así pues, nada impide que sigamos haciendo negocios, vosotros, la Buena Gente, y yo —y, muy despacio, siguió recorriendo con la vista a todos los que le miraban, los brazos cruzados sobre el pecho, la barbilla erguida, como los generales victoriosos de las antiguas esculturas de bronce—. Escuchad mis palabras y luego decidid.

4

—Nada de lo que conseguisteis os será arrebatado —prosiguió—. Nada de aquello que conseguisteis con vuestro trabajo o vuestro esfuerzo será revocado. Admiro los acuerdos que consiguió Barsavi tanto como odio al hombre que los logró. Os doy mi palabra.

»Todo quedará como estaba. Los *garristas* y sus bandas seguirán controlando los mismos territorios y pagando el mismo tributo el mismo día de la semana. La Tregua Secreta se mantiene, y si cualquier vulneración de la misma suponía la muerte bajo el gobierno de Barsavi, también sucederá lo mismo bajo el mío.

»Reclamo todas las facultades y poderes de Barsavi. Reclamo todos sus derechos. En justicia, también he de reclamar todas sus deudas y responsabilidades. Si alguno de vosotros puede demostrar que Barsavi estaba en deuda con él, Capa Raza será ahora su deudor. El primero será Eymon Danzier… Da un paso adelante, Eymon.

La muchedumbre que se encontraba a la derecha de Capa Raza se llenó de murmullos, y también de un movimiento como de ondulación, cuando el individuo delgaducho que Locke recordaba muy bien del Agujero del Eco fue empujado por los que le rodeaban hasta llegar al lado del Capa, obviamente aterrorizado. Sus huesudas rodillas temblaban tanto que se juntaban la una con la otra.

—Tranquilízate, Eymon —Raza adelantó la mano izquierda con la palma hacia abajo y extendió los dedos, como antes solía hacer Barsavi delante de todos—. Arrodíllate y di que soy tu Capa.

Estremeciéndose, Eymon dobló una rodilla, tomó la mano de Raza y besó el anillo que llevaba. Cuando terminó, sus labios estaban manchados con la sangre de Barsavi.

—Capa Raza —dijo en un tono casi de disculpa.

—Te comportaste con mucha valentía en el Agujero del Eco, Eymon. Algo que muy pocos hubieran hecho en tu lugar. Barsavi tenía razón al prometerte tantas cosas… y yo mantendré sus promesas. Dispondrás de mil coronas y de un aposento con muchas habitaciones, y de tantas comodidades que cualquier hombre con más años de servicio que tú rogará a los dioses estar en tu lugar.

—Yo… yo… —los ojos de aquel hombre comenzaban a anegarse de lágrimas—. No estaba seguro de que quisierais… Gracias, Capa Raza. Gracias.

—Deseo que disfrutes muchísimo del servicio que hiciste por mí.

—Entonces… si me permitís la pregunta, Capa Raza, ¿no erais vos… no erais vos el que estaba en el Agujero del Eco?

—Claro que no, Eymon —Raza rió con voz profunda y agradable—. No, eso sólo fue una ilusión.

En el lejano rincón de la sala de baile de la Tumba Flotante aquella particular ilusión echaba pestes en silencio contra sí mismo, abriendo y cerrando las manos.

—Esta noche habéis podido verme con sangre en las manos —Raza se dirigía ahora a la muchedumbre—, y también las habéis visto abiertas a lo que, espero que así lo hayáis considerado, era un gesto de auténtica generosidad. No soy un hombre con el que sea difícil tratar; quiero que todos consigamos juntos la prosperidad. ¿Puedo pediros, *garristas*, que inclinéis la rodilla ante mí y que beséis mi anillo para convertirme en vuestro Capa?

—¡Los Sabuesos del Ron! —exclamó una mujer bajita y delgada que se encontraba en la primera fila de la muchedumbre.

—¡Los Tajadores de la Falsa Luz! —exclamó otro hombre—. ¡Los Tajadores de la Falsa Luz decimos que sí!

Esto no tiene ni el más puñetero sentido, pensó Locke. *El Rey Gris asesinó a los* garristas *más antiguos. ¿No estará jugando con éstos a algún juego que sólo él conoce?*

—¡Los Chuchos Listos!

—¡Los Barones del Fuego Encendido!

—¡Los Ojos Negros!

—¡Los Coronas Enteras! —dijo otra voz, seguida por un coro de afirmaciones—. ¡Los Coronas Enteras están con Capa Raza!

De repente, a Locke le entraron ganas de reír. Así que se llevó una mano a la boca y convirtió la risa en una tos ahogada. Acababa de comprender lo evidente: el Rey Gris no sólo había eliminado a los *garristas* más leales de Barsavi, sino que, de antemano, debía de haber cortado los lazos que existían entre aquél y sus subordinados. En aquella sala había más hombres del Rey Gris que los que habían entrado con él vestidos con los capotes… esperando a que diese comienzo el auténtico espectáculo de la noche.

La media docena de hombres y de mujeres dieron un paso adelante y se arrodillaron ante Raza, muy cerca de la piscina donde el tiburón no había mostrado ni la aleta después de haberse llevado de un tirón el brazo de Barsavi. *Es evidente que el maldito mago de la Liga tiene un don con los animales,* pensó Locke con una mezcla de ira y de celos. Cada vez que el halconero daba nuevas muestras de su arte se sentía como empequeñecido.

Uno tras otro, los *garristas* se arrodillaron ante el Capa y le rindieron pleitesía, besando su anillo y diciendo «Capa Raza» con auténtico entusiasmo. Otros cinco los siguieron y repitieron lo mismo que habían hecho los anteriores, posiblemente para que lo sucedido y lo que estaba por suceder no les desbordase. Locke hizo un cálculo rápido: Raza ya podía decir que contaba con trescientas o cuatrocientas personas entre los suyos. El poder de coacción del que disponía había aumentado considerablemente.

—Entonces ya nos conocemos todos —dijo Raza a todo el gentío—. Ya nos hemos conocido y ya os he contado mis intenciones. Sois libres para volver a vuestros quehaceres.

El halconero hizo unos cuantos movimientos con la mano que tenía desocupada; los mecanismos que cerraban la puerta de la sala se desplazaron una vez más con un sonido metálico y quedó lista para abrirse.

—A partir de ahora, concedo tres noches a los indecisos —prosiguió Raza—, tres noches para que vengan a mí y me rindan pleitesía, doblando la rodilla y haciendo el juramento tal y como hicieron con Barsavi. Deseo con todas mis fuerzas no ser severo… pero os advierto de que no es el momento de enfurecerme. Ya habéis visto lo que he hecho. Ya sabéis que dispongo de medios de los que Barsavi no disponía. Ya sabéis que puedo ser implacable cuando algo me desagrada. Si no os contenta el servir bajo mis órdenes, si pensáis que puede ser más interesante o más excitante el oponerse a mí, entonces escuchad la siguiente sugerencia que os doy. Llevaos toda vuestra fortuna y abandonad la ciudad por vía terrestre. Si deseáis iros, los míos no os harán ningún daño. Tres noches, os lo garantizo.

»Después de esas tres noches —añadió, bajando la voz—, después de eso, haré algo ejemplar. Marchaos y hablad con vuestros *pethons*. Hablad con vuestros amigos

y con los demás *garristas*. Contadles lo que he dicho y decidles que aguardo su sumisión.

Algunos de los presentes comenzaron a salir por la puerta; otros, quizá más inteligentes, comenzaron a alinearse ante Capa Raza. Quien antaño fuera el Rey Gris recibió la pleitesía de cada uno de ellos en medio de un círculo de cadáveres; los Manos Rojas y los hijos de Barsavi seguían sangrando en los lugares donde habían caído.

Locke aguardó varios minutos para poder moverse con desahogo, a que aquel torrente compacto que daba tanto calor y olía a humanidad se convirtiera en unas pocas hileras de personas que no se dieran tantos achuchones como antes; sólo entonces avanzó hacia la puerta. Los pies le dolían tanto como la cabeza, y sintió que la fatiga comenzaba a vencerle.

Había cuerpos desperdigados por el suelo: los guardias que habían permanecido leales a Barsavi. Locke pudo verlos cuando la muchedumbre dejó de apelotonarse. Justo al lado de los altos batientes de la puerta yacía Bernell, que se había hecho viejo al servicio de Barsavi. Le habían rajado la garganta; yacía encima de un charco formado por su propia sangre, sus cuchillos de combate enfundados en sus vainas. No había tenido tiempo de desenvainarlos.

Locke gimió. Se detuvo un momento en el umbral y volvió la cabeza para mirar a Capa Raza y al halconero. Le pareció que el mago mercenario se le quedaba mirando y, por un instante, el corazón se le encabritó, pero el brujo no dijo ni hizo nada. Simplemente siguió observando el ritual del beso del anillo de Capa Raza por parte de sus nuevos súbditos. Vestris bostezó, abriendo y cerrando el pico brevemente, como si aquellos asuntos de la gente sin alas le aburrieran terriblemente. Locke salió a toda prisa.

Todos los guardias que vigilaban a los invitados a la fiesta que salían del galeón para entrar en la pasarela eran hombres de Raza; no se habían molestado en apartar los cadáveres que aún yacían en el suelo, a sus pies. Unos se limitaban a mirar con frialdad, otros asentían con camaradería. Locke reconoció a unos cuantos.

—Tres noches, damas y caballeros, tres noches —decía uno de ellos—. Decídselo a vuestros amigos. Ahora sois de Capa Raza. No debéis alarmaros, sino seguir haciendo lo que siempre hicisteis.

Por lo menos ahora tenemos algunas respuestas, pensó Locke. *Perdóname una vez más, Nazca. No hubiera podido hacer nada aunque hubiese tenido el valor de intentarlo*.

Se llevó una mano al estómago, que le dolía muchísimo, mientras caminaba con la cabeza gacha. Ningún guardia se molestó en mirar dos veces a aquel ladrón anciano barbudo, canijo y lleno de mugre; en Camorr había mil más como él, mil perdedores intercambiables entre sí, sin esperanza ni dinero, en el nivel más bajo de la miseria que sólo los bajos fondos podían ofrecer.

Y ahora a ocultarse y a preparar un plan, pensó Locke, que, murmurando en voz baja, cuando dejó atrás al último de los guardias, añadió:

—Disfruta de todo lo que has arrebatado esta noche, hijo de puta. Disfruta todo lo que puedas… para que así aprecies mejor cómo tus ojos se quedan sin luz cuando te clave mi maldito puñal en el corazón.

5

Pero uno no puede hacer grandes planes de venganza cuando está solo. Los fuertes dolores que había sentido en el estómago volvieron cuando, solo y con paso cansino, se hallaba a mitad de camino del distrito de Lluvia de Ceniza.

El estómago le dolía, se agitaba y rugía; era como si la noche se hiciese más oscura a su alrededor, mientras la estrecha silueta de la ciudad, opacada por la niebla, titilaba de un modo extraño, como si él estuviera bebido. Locke titubeó y se agarró el pecho, sudando y murmurando.

—Maldito drogata de la Mirada Fija —dijo una voz en la oscuridad—, quizá esté cazando dragones y arcos iris o buscando el tesoro perdido de Camorr.

A aquellas palabras le siguieron unas risas mientras Locke daba un tropezón, preocupado por si, casualmente, se había convertido en un blanco. Jamás se había sentido tan agotado. Era como si todo su vigor hubiese ardido en su interior, convirtiéndose en un montón de rescoldos que a cada segundo que pasaba se fueran enfriando, haciéndose más grises.

El distrito de Lluvia de Ceniza, jamás acogedor, le pareció a Locke, que cada vez podía concentrarse menos en lo que hacía, una infernal aglomeración de formas sombrías… Cada vez respiraba con mayor dificultad y cada vez sudaba más copiosamente. Sintió como si alguien le estuviera introduciendo, cada vez con mayor celeridad, bolas de algodón seco detrás de los globos oculares. Sus pies eran cada vez más pesados, pero él les obligaba a seguir adelante, paso a paso, aunque le escocieran, hacia la negrura y las sombras altas y melladas de los edificios derruidos. Unas cosas que no conseguía distinguir se movían asustadas por la noche; unos observadores que tampoco podía ver murmuraban a su paso.

—¿Qué…? Por los dioses, yo… tengo… Jean —murmuró al tropezar con un montón de ladrillos tan altos como un hombre y volcarlos en medio de las sombras; aquel lugar olía a piedra, al humo de los fuegos hechos para cocinar y a orina. No tenía fuerzas para levantarse.

—Jean —musitó una vez más; y luego cayó de cara, inconsciente aún antes de llegar al suelo.

6

Avistaron las luces a las tres de la mañana, quizá a una milla náutica al sur de las Heces, donde un núcleo de oscuridad mayor se deslizaba a muy poca altura por encima del agua, virando lentamente como a trompicones. Las velas blancas y espectrales del navío ondeaban bajo las brisas mientras se dirigía hacia el Puerto Viejo; los aburridos guardias que ocupaban la torre de tres pisos situada en el extremo de la Aguja del Sur fueron los primeros en divisarlo.

—Un poco chapucero ese marino —dijo el guardia más joven, con el catalejo en la mano.

—Quizá verrarí —dijo entre dientes el más viejo, que torturaba metódicamente un trozo de marfil con un cuchillito de tallar. Quería darle la forma que tenía la terraza esculpida del templo de Iono, repleta con los magníficos relieves y las fantásticas representaciones de los ahogados que el Señor de las Aguas Codiciosas se había llevado consigo. Pero lo que estaba consiguiendo se parecía más bien a un borujo blanco, a escala natural, de mierda de perro—. Antes confiaría un barco a un borracho ciego y manco que a un verrarí.

Aquel navío no mereció más atención por parte de los guardias hasta que, de repente, aparecieron las luces, cuyos profundos tonos amarillos serpentearon sobre la oscura superficie del agua.

—Luces amarillas, sargento —dijo el guardia más joven—. Luces amarillas.

—¿Qué? —el hombre más viejo dejó el trozo de marfil, arrebató el catalejo de las manos de su compañero y echó un largo vistazo al navío que llegaba—. Mierda. Son amarillas.

—Un barco infectado con la plaga —susurró el otro guardia—. Jamás había visto ninguno.

—Puede ser un barco infectado o algún gilipollas que no conoce los colores apropiados que hay que poner para entrar en puerto —cerró el catalejo y subió los peldaños que le condujeron hasta el cilindro de latón instalado en el extremo de la pared oeste de la estación, con el que apuntó hacia las torres débilmente iluminadas que se encontraban sobre la costa del distrito del Arsenal—. Toca la campana, muchacho. Toca la maldita campana.

El guardia más joven fue al otro lado del parapeto de la torrecilla para coger una soga que colgaba, y comenzó a hacer sonar la pesada campana de bronce de la estación en una rápida repetición de dos toques, *ding-ding, ding-ding, ding-ding*.

Una luz azulada y parpadeante se insinuó en una de las torres del Arsenal. El sargento manipuló el botón del cilindro de latón, abriendo y cerrando las ventanillas que ocultaban la luz del potentísimo globo alquímico instalado en su interior. Disponía de una lista de mensajes sencillos que podía mandar a los puestos del Arsenal, los cuales retransmitirían a su vez, rápidamente, la misma lista. Con suerte, podían llegar al Palacio de la Paciencia o incluso al Alcance del Cuervo en dos minutos.

Pasó algún tiempo y el barco infectado se hizo más grande y nítido.

—Vamos, idiotas —murmuró el sargento—. Despertaos. Muchacho, deja de tocar la maldita campana. Creo que nos han oído.

Reverberando entre los edificios de la ciudad cubierta por un sudario de bruma, acababan de llegarle los sonidos agudos de los silbatos de la Guardia de Cuarentena; a aquel sonido se le unió poco después otro de tambores… la revista nocturna de los casacas amarillas. Después de que unas luces blancas cobraran vida en las torres del Arsenal, el sargento distinguió las pequeñas siluetas negras de unos hombres que corrían por la costa.

—Bueno, por fin veremos algo —murmuró.

Otras luces más aparecieron por el noreste, las de las numerosas torrecillas que, entre la Aguja del Sur y las Heces, vigilan el Puerto Viejo, donde, por ley y por costumbre, Camorr confina los navíos que llegan infectados con la plaga. Cada una de dichas torrecillas poseía un ingenio de artillería capaz de lanzar por encima del agua veinticinco kilos de piedra o de aceite ardiente. El fondeadero de la plaga estaba a unos ciento cincuenta metros al sur de las Heces, sobre sesenta brazas de agua, dentro del radio de tiro de una docena de ingenios que podían hundir o quemar en minutos cualquier cosa que estuviera a flote.

Una galera salía de la puerta del Arsenal por entre sus dos torres brillantemente iluminadas, era uno de esos pequeños barcos rápidos que llaman «gaviotas», debido al rápido ritmo de sus remos. Una gaviota llevaba veinte remos a cada lado y estaba tripulada por ochenta hombres a sueldo; sobre el puente transportaba cuarenta espadachines, cuarenta arqueros y un par de los lanzadores pesados llamados *scorpia*. No cargaba ningún tipo de provisiones y tenía un solo mástil con una simple vela arriada. Estaba diseñada para cumplir una única función: acercarse a cualquier nave que amenazara a la ciudad de Camorr y matar a todos los hombres que se encontraran a bordo siempre que éstos no obedecieran sus señales.

Unos botes de menor tamaño, con linternas blancas y rojas que relampagueaban en sus proas, acababan de partir desde la parte norte de la Aguja del Sur, llevando a los prácticos y a los casacas amarillas.

En el lado opuesto del largo rompeolas, la gaviota comenzaba a tomar velocidad; las filas de airosos remos entraban y salían de las negras aguas del mar, levantando una espuma blanca. Una estela comenzó a formarse detrás de la galera: el sonido de un tambor cruzó las aguas, acompañado por varias órdenes emitidas a gritos.

—Más cerca, más cerca —murmuró el sargento—. Tenéis que acercaros más. Ese pobre bastardo no maniobra bien; van a acabar con una piedra en la proa antes de que aminoren la velocidad.

Unas cuantas siluetas oscuras se recortaban contra la pálida claridad de las velas del barco infectado… muy pocas para poder cumplir bien la maniobra. Pero cuando la nave se deslizó hacia el Puerto Viejo pudieron ver que ya no era tan veloz. Habían arriado las gavias, aunque de manera tosca y desmañada, disponiendo las demás velas para que no recibieran el impulso del viento. Fueron quedándose deshinchadas y,

entre los crujidos de las poleas y las órdenes a voz en grito, comenzaron a subir hacia las vergas.

—Oh, tiene unas formas muy bonitas —comentó para sí el sargento—. Bonitas formas.

—No es un galeón —dijo el guardia más joven.

—Se parece a uno de esos barcos caros que se supone construidos en Emberlain; fragatas de moda, creo que así los llaman.

La nave de la plaga no sólo era negra porque fuera de noche; estaba laqueada en negro y adornada de proa a popa con filigranas de madera de álamo negro. No se apreciaba en ella ningún tipo de arma.

—Norteños chiflados. Incluso sus naves tienen que ser oscuras. Pero es endiabladamente elegante. Y rápida, estoy por apostar. Vaya montón de mierda que le ha caído encima. Ahora tendrá que guardar la cuarentena durante varias semanas. Los pobres bastardos ya pueden darse por contentos si logran salir de ésta con vida.

La gaviota contorneó el cabo de la Aguja del Sur, los remos hundidos profundamente en el agua. Gracias a sus luces de posición, los dos guardias pudieron apreciar que los *scorpia* estaban cargados y listos para disparar; que los arqueros, de pie en las plataformas ya levantadas, asían inquietos sus armas.

Pocos minutos después la gaviota interceptaba a la nave negra, cuya deriva le había llevado a un punto que se encontraba a cuatrocientos metros de la costa. Un oficial trepó hasta el largo espolón de la gaviota y se llevó un altavoz a la boca.

—¿Nombre de la nave?

—*Satisfacción*, de Emberlain —respondió una voz.

—¿Último puerto de escala?

—Jerem.

—No pinta bien —murmuró el sargento—. Es posible que los pobres bastardos no lleven nada.

—¿Cargamento? —preguntó el oficial de la gaviota.

—Sólo las provisiones para la nave; teníamos que recoger un cargamento en Emberlain.

—¿Tripulación?

—Sesenta y ocho. Veinte de ellos muertos.

—¿Dispusisteis, entonces, las luces de plaga por encontraros en grave necesidad?

—Sí, por el amor de los dioses. No sabíamos que… La tripulación tiene una fiebre muy alta. El capitán ha muerto; el físico murió ayer. Necesitamos ayuda.

—Dispondréis del fondeadero para plagas —exclamó el oficial camorrí—. Si os acercáis a nuestra costa a menos de ciento cincuenta metros, os hundiremos. Cualquier bote que echéis al agua será quemado o hundido. Cualquier hombre que intente llegar a nado hasta la costa recibirá una flecha… eso si consigue dejar atrás a los tiburones.

—Por favor, enviadnos un físico. Enviadnos un alquimista, por el amor de los dioses.

—No podréis arrojar los cadáveres por la borda —prosiguió el oficial—. Habréis de dejarlos a bordo. Cualquier bulto u objeto que arrojéis de vuestra nave y llegue hasta la costa será quemado sin mayor dilación. Cualquier intento de arrojar lo que sea, nos obligará a hundir o a quemar vuestra nave. ¿Lo habéis comprendido?

—Sí, pero, os lo ruego, ¿no podéis hacer nada más por nosotros?

—Podréis disponer de los sacerdotes que se encontrarán en la orilla, así como de agua fresca y provisiones de caridad que os enviaremos desde el muelle mediante unas sogas… uno de nuestros barcos cargará con ellas desde la orilla… las cuales serán cortadas después si es menester.

—¿Y nada más?

—No podréis acercaros a nuestras costas so pena de ser atacados, pero podréis dar media vuelta e iros cuando queráis. Que Iono y Aza Guilla os asistan en esta hora de penuria; rezo por vosotros y os deseo una rápida liberación en nombre del duque Nicovante de Camorr.

Pocos minutos después, el esbelto navío negro ancló en el lugar reservado a la cuarentena con las velas izadas, las luces amarillas reluciendo sobre las negras aguas del Puerto Viejo, y allí se quedó silencioso, mientras la ciudad dormía arropada por las plateadas brumas.

Interludio

La Señora del Largo Silencio

1

Jean Tannen entró al servicio de la diosa de la muerte medio año después de que Locke regresara de su estancia entre los sacerdotes de Nara, adonde había ido con las usuales instrucciones de aprender todo lo que pudiera y regresar al cabo de cinco o seis meses. Jean, bajo el nombre de Tavrin Callas, abandonó Camorr y recorrió el sur durante más de una semana hasta llegar al gran templo de Aza Guilla conocido por su sobrenombre de Casa de la Revelación.

A diferencia de las otras once (o doce) órdenes sacerdotales de la religión de Therin, los siervos de Aza Guilla recibían la iniciación en un único lugar. Las tierras altas del sur de Talisham se extendían hasta unos enormes acantilados blancos, a más de cien metros por encima de las olas del Mar de Hierro que se estrellaban contra ellos. La Casa de la Revelación, que miraba al mar, había sido tallada en uno de aquellos acantilados, y aunque su factura recordara a la de los Antiguos, sólo se debía a los hombres, que la habían construido poco a poco y con mucho esfuerzo.

Imaginaos cierto número de galerías, rectangulares y profundas, excavadas en el acantilado y con salida sólo al exterior. Para ir a cualquier parte de la Casa de la Revelación uno tiene que salir fuera y recorrer las pasarelas, las escaleras y los peldaños tallados en la roca sin preocuparse por el tiempo que haga. Y como las barandillas son desconocidas en la Casa de la Revelación, tanto los iniciados como sus profesores se mueven por el exterior, ya sea a plena luz del día o en medio de la oscuridad, llueva o haga un día esplendoroso, sin más barreras entre sus personas y el mar que su confianza en sí mismos y su buena fortuna.

Doce columnas altas y excisas, dispuestas al oeste de la Casa de la Revelación, sostienen en lo alto otras tantas campanas de bronce; aquellos cilindros de roca expuestos al viento, de dos metros de anchura y veintitrés de altura, tienen tallados por detrás pequeños asideros para las manos y los pies. Esto se debe a que, tanto al alba como al anochecer, los iniciados deben subir por ellos y comprobar que cada campana suena doce veces, una por cada uno de los dioses del panteón. Curiosamente, como al carillón siempre le pasa algo, cuando a Jean le tocó subir, la campana que tenía asignada tocó trece veces.

Antes de que Jean llevara un mes en el templo, tres iniciados habían muerto realizando aquel ritual. Dicho número le pareció sorprendentemente bajo, dado que la mayor parte de las tareas religiosas de los nuevos sirvientes de Aza Guilla (por no

mencionar la arquitectura de su casa) estaban claramente pensadas para fomentar los encuentros prematuros con la diosa de la muerte.

—Nos encontramos aquí para hablar de los dos aspectos diferentes de la muerte: la muerte como transición y la muerte duradera —decía uno de los profesores, una sacerdotisa muy mayor que llevaba tres galones de plata en el cuello de sus vestiduras negras—. Si la muerte duradera es el reino de la Dama Más Afable, un misterio que no debemos intentar penetrar ni comprender desde este lado del velo de la Señora, la muerte como transición es lo único que puede permitirnos conseguir el máximo conocimiento de su sombría majestad.

»El tiempo que permaneceréis aquí, en la Casa de la Revelación, os acercará en muchas ocasiones a la muerte como transición, y es muy cierto que algunos de vosotros la trascenderéis antes de haber terminado vuestro aprendizaje. Eso puede suceder por la falta de atención, el cansancio, la mala fortuna o, incluso, por la inescrutable voluntad de la Dama Más Afable. Como iniciados de la Señora, quedaréis expuestos a la muerte como transición y a sus consecuencias el resto de vuestros días. Debéis acostumbraros a ello. Es natural para la carne viviente el retroceder espantada ante la presencia de la muerte y ante los pensamientos de muerte. Vuestra disciplina habrá de vencer lo que es natural.

2

Como sucedía en la mayor parte de los templos de la religión de Therin, los iniciados al Primer Misterio Oculto debían aprender gramática, aritmética y retórica para poder acceder a los niveles superiores de conocimiento sin distraer a los iniciados más adelantados. Jean, dada la ventaja que tanto su edad como sus conocimientos le daban sobre los demás iniciados del templo, se contó entre los aspirantes al Segundo Misterio Oculto apenas mes y medio después de su llegada al templo.

—De aquí en adelante —decía el sacerdote que oficiaba la ceremonia— os taparéis el rostro; no tendréis rostro de chico o de chica, de hombre o de mujer. El clero de la Dama Más Afable sólo tiene un rostro, y dicho rostro es inescrutable. No debemos ser considerados como individuos, como miembros masculinos o femeninos. El oficio de los sirvientes de la diosa de la muerte causaría desasosiego si quienes tuvieran que cumplirlo no se encontraran en sintonía con la propia diosa.

El Rostro Afligido era la máscara de plata de la Orden de Aza Guilla; la de los iniciados tenía un tosco parecido con un rostro humano, apenas un bulto por nariz y unos agujeros por ojos y boca. La de los sacerdotes ordenados venía a ser una semiesfera ligeramente ovoide de fina aleación de plata. Cuando Jean se cubrió con el Rostro Afligido, ansioso por seguir atesorando más secretos de la Orden, descubrió que sus tareas apenas habían cambiado desde que el primer mes se convirtiera en uno de los iniciados al Primer Misterio Oculto. Aún seguía llevando mensajes y rollos de pergamino, barriendo suelos y fregando cocinas, y todavía subía a toda prisa por los

precarios asideros tallados en la roca que conducían hasta las Campanas de los Doce, con el mar hostil estrellándose muy por debajo y el viento tironeándole de la ropa.

La única diferencia consistía en que ya podía hacer todo aquello oculto bajo la máscara de plata, incluso con la visión periférica parcialmente bloqueada. Poco después de la promoción de Jean, dos iniciados al Segundo Misterio Oculto tuvieron un cálido encuentro con la muerte como transición.

3

—Cada vez más cerca —dijo la sacerdotisa con voz que sonaba amortiguada y lejana —. Cada vez más cerca de la muerte como transición, del mismísimo borde del misterio. Sentid cómo vuestros miembros se vuelven fríos. Sentid cómo vuestros pensamientos se hacen más lentos. Sentid cómo el latido de vuestros corazones parece detenerse. Los humores cálidos comienzan a sedimentarse; el fuego de la vida se apaga.

Les había dado a beber una especie de vino verde, un veneno que Jean no había podido identificar; y los doce iniciados al Segundo Misterio Oculto que asistían a la clase de la mañana estaban postrados en el suelo y se retorcían ligeramente, la máscara de plata mirando fijamente hacia arriba, ya que el cuello no les respondía.

Su instructora apenas les había hablado de los efectos del vino antes de que les ordenara que se lo bebieran; Jean sospechaba que la complacencia de que daban muestra los demás iniciados, a la hora de bailar alegremente al borde de la muerte como transición, era más teoría que realidad.

Por supuesto que me acercaré a quien sabe todas las cosas, dijo para sí, maravillándose de lo dormidas y lejanas que sentía sus piernas. *Guardián Avieso… este clero está loco. Dame fuerzas para seguir vivo y regresar al lado de los Caballeros Bastardos… donde la vida sí tiene sentido*.

Lo cierto era que vivía en una bodega de paredes de cristal antiguo que se encontraba bajo un templo ruinoso, pretendiendo ser uno de los sacerdotes de Perelandro mientras recibía las lecciones sobre el manejo de las armas que le daba el maestro de armas del propio Duque. Era muy posible que estuviera un poco borracho o que le estuviera haciendo efecto alguna droga, pensó Jean, un tanto divertido.

Daba la impresión de que el sonido reverberaba en el techo, por otra parte bastante bajo, de la sala de estudios; la sacerdotisa se dio la vuelta lentamente. Aunque el Rostro Afligido ocultase su auténtico rostro, la drogada mente de Jean le aseguraba que no le quitaba el ojo de encima.

—¿Alguna inspiración, Tavrin?

Otra vez le entró la risa al pensar que ni siquiera podía inspirarse a sí mismo. Era como si el veneno estuviese eliminando, sin que aquello le importase un pito, todas las inhibiciones que, para que no le descubrieran, se había impuesto a sí mismo al entrar en aquel templo.

—Vi cómo morían mis padres, quemados vivos —dijo—. Vi cómo morían mis gatos, quemados vivos. ¿Sabes el ruido que hace un gato al arder? —otra risita estúpida; estuvo a punto de morderse la lengua al comprobar, sorprendido, que las palabras se le escapaban de la boca—. Me quedé mirando y no hice nada. ¿Sabes dónde hay que apuñalar a un hombre para matarlo al momento o para que muera un minuto o dos horas más tarde? Yo sí —y se hubiera retorcido de risa si hubiese sido capaz de moverse; así que lo único que pudo hacer fue estremecerse y retorcer los dedos de sus manos—. ¿Una muerte lenta? ¿Dos o tres días de dolor? También puedo darla. ¡Ja! ¿La muerte como transición? ¡Pero si somos viejos conocidos!

La máscara de la sacerdotisa le miró fijamente, y así siguió durante varios segundos que a Jean le parecieron eternos a causa de la droga.

¡Oh, dioses! ¡Qué mierda! ¡Ahora sí que la he fastidiado!, pensó entonces Jean.

—Tavrin —dijo la sacerdotisa—, cuando se te hayan pasado los efectos del vino esmeralda, quédate aquí. El Alto Prefecto querrá hablar contigo.

El resto de la mañana lo pasó Jean con una mezcla de miedo y de diversión; aún le daban los ataques de risa, seguidos después por náuseas como de resaca. *Demasiado para una sesión seguida de trabajo. Tengo que volver a poner cara de bueno.*

Aquella noche, apenas se lo podía creer, se le confirmó su promoción al Tercer Misterio Oculto de Aza Guilla.

—Sabía que podíamos esperar algo excepcional de ti, Callas —dijo el Alto Prefecto, un viejo encorvado con voz resollante, al menos bajo la máscara—. Antes fueron la extraordinaria diligencia que mostraste en los estudios de las cosas mundanas y tu rápido dominio de los rituales exotéricos. Y ahora una visión… una visión en el transcurso de tu primera Congoja. ¡Estás marcado! ¡Marcado! Un huérfano que contempló la muerte de sus padres… Estabas predestinado a servir a la Dama Más Afable.

—¿Y cuáles, ah, son las tareas adicionales de un iniciado al Tercer Misterio Oculto?

—Pues la Congoja —dijo el Alto Prefecto—. Un mes de Congoja, un mes para explorar la muerte como transición. Volverás a tomar el vino esmeralda y luego experimentarás otras maneras de aproximarte al abrupto momento en que la Señora te abrace. Penderás de colgaduras de seda hasta que estés a punto de morir. Serás desangrado. Cogerás serpientes y nadarás por la noche en el océano, donde moran muchos servidores de la Señora. Te envidio, pequeño hermano. Te envidio, porque acabas de nacer a nuestros misterios.

Jean huyó de la Casa de la Revelación aquella misma noche.

Metió en un saco sus escasas pertenencias y saqueó la cocina en busca de alimentos. Antes de entrar en la Casa de la Revelación había enterrado una pequeña bolsa de monedas bajo un lugar reconocible que se hallaba a kilómetro y medio de los arrecifes, cerca del pueblo llamado Alivio del Dolor, que abastecía al templo del

acantilado de las cosas materiales que precisaba. El dinero le bastaría y sobraría para llegar hasta Camorr.

Garrapateó una nota y la dejó encima del jergón de la solitaria celda que, debido a su nuevo rango, acababan de asignarle. Así decía:

> *«Muy agradecido por la oportunidad, pero no puedo esperar. He decidido buscar el estado de la muerte duradera; no puedo contentarme con los misterios menores de la muerte como transición. La señora me llama.*
>
> *Tavrin Callas»*

Escaló por última vez los peldaños tallados en la roca, mientras las olas se estrellaban más abajo, en la negrura; el suave resplandor rojo de las lámparas alquímicas, diseñadas para ver incluso en medio de la tormenta, le guió hasta más arriba de la Casa de la Revelación y desde allí hasta la cumbre de los acantilados, donde se desvaneció en la noche.

4

—Diantre —dijo Galdo, cuando Jean hubo terminado de referir lo sucedido—. No sabes lo que me alegra que me enviara a la Orden de Sendovani.

La noche en que volvió Jean, el padre Cadenas le interrogó en profundidad respecto a las experiencias que había tenido en la Casa de la Revelación y luego se llevó consigo a los cuatro al tejado, con sendas jarras de cerámica llenas con la tibia cerveza negra de Camorr. Y allí se sentaron bajo las estrellas y las dispersas nubes plateadas, degustando la cerveza con ostensible despreocupación. Saboreaban la ilusión de ser hombres que se reunieran en aquel sitio por su propia voluntad para pasar las largas horas nocturnas que aún les quedaban.

—Es cierto —dijo Calo—; en la Orden de Gandolo, cada dos semanas nos daban pastas y cerveza negra, y una moneda de cobre el Día Ocioso, para gastárnosla como quisiéramos. Ya sabéis, a la salud del Señor de la Moneda y del Comercio.

—Yo estoy particularmente contento de que pertenezcamos a la Orden del Benefactor —dijo Locke—, puesto que nuestras principales obligaciones consisten en

sentarnos aquí y dar a entender que el Benefactor no existe… siempre, claro, que no estemos robando algo.

—Muy bien dicho —apuntó Galdo—, el sacerdocio de la Muerte es para imbéciles.

—Jean, ¿jamás te preguntaste si tenían razón? —Calo tomó un sorbo de cerveza y añadió—: ¿Que realmente estuvieras predestinado por el Hado para servir a la Dama Más Afable?

—Lo estuve pensando mientras regresaba a Camorr —dijo Jean—. Y creo que tenían razón. Aunque quizá no por lo que ellos pensaban.

—¿A qué te refieres? —preguntaron al unísono los Sanza, como era usual cuando algo les picaba la curiosidad al mismo tiempo.

A modo de contestación, Jean se levantó la ropa por detrás y extrajo un hacha que le había regalado Maranzalla. Sencilla y sin adornos, estaba perfectamente equilibrada y era muy fácil de empuñar por cualquiera que aún no hubiera llegado a convertirse en hombre. Jean la dejó encima de las piedras del tejado y sonrió.

—Oh —dijeron al unísono Calo y Galdo.

LIBRO IV

Improvisación a la desesperada

Estoy a tope, como si se me quemara el pelo.

MITCH WILLIAMS

Capítulo 12

El sacerdote gordo de Tal Verrar

1

Como Locke yacía boca arriba, lo primero que vio cuando se despertó y levantó la mirada fue un mural mugriento y desvaído que alguien había pintado en el enlucido de un techo. El mural representaba a unos hombres y mujeres ataviados con ropa de la época del Trono de Therin que se habían reunido alrededor de un barril de vino, con copas en la mano y sonrisas en sus rostros despreocupados y coloradotes.

—Y aquí le tenemos de nuevo —decía una voz que no le resultaba familiar—, como te dije, exactamente como te dije. La cataplasma le ha salvado; es una excelente medicina para la enervación de los canales corporales.

—¿Y quién diablos es usted? —Locke acababa de descubrir que acababa de despertarse con un temperamento muy poco diplomático—. ¿Y dónde me encuentro?

—Estás a salvo, aunque yo no diría que muy cómodo —Jean Tannen le puso una mano en el hombro y sonrió. Por lo general muy atildado, llevaba varios días sin afeitarse y su rostro se veía desaseado—. Supongo que algunos de los antiguos pacientes del renombrado maese Ibelius no compartirían lo último que te he dicho.

Jean hizo a Locke un par de señas secretas que querían decir: *Estamos a salvo, puedes hablar libremente*.

—Bah. Jean, tus pequeños arreglos han pagado con creces el trabajo de los últimos días —la voz, que no le era familiar, procedía sin duda de un hombre arrugado con cara de pájaro y piel tan gastada que parecía la de un tapete marrón; sus ojos oscuros y nerviosos miraban a Locke por detrás de los cristales de sus antiparras, los más gruesos que jamás hubiese visto. Vestía una camisa de algodón barata, salpicada con lo que sin duda eran manchas secas de salsa o de sangre, debajo de un chaleco de color amarillo mostaza que no se llevaba desde hacía veinte años. Unos rizos de cabello gris parecían salir en línea recta por detrás de su cabeza para recogerse en una coleta—. He conseguido que tu amigo regrese a las costas de la consciencia.

—¡Oh, Ibelius, por el amor de Perelandro, que no tenía un dardo de ballesta alojado en la cabeza: sólo necesitaba descansar!

—Sus humores cálidos se hallaban muy menguados; los canales de su cuerpo estaban completamente drenados de energía. Se encontraba pálido, insensible, magullado, deshidratado y mal nutrido.

—¿Ibelius? —Locke intentó incorporarse y sólo lo consiguió a medias; Jean le tomó de los hombros y le ayudó a terminar lo que había empezado. La habitación le

dio vueltas—. ¿El mismo Ibelius que ejerce como matasanos en el distrito de Agua Roja?

Los «matasanos» venían a ser el equivalente en medicina de los alquimistas negros; sin tener credenciales ni sentarse en el Cónclave de los Físicos, trataban las heridas y enfermedades de la Buena Gente de Camorr. Un físico genuino miraría de soslayo al paciente a quien estaba curando de un hachazo a las dos y media de la madrugada, y luego avisaría a la Guardia de la ciudad. Un matasanos no haría ninguna pregunta siempre que hubiese cobrado su minuta de antemano.

El problema con los matasanos se debía a que había que confiar en sus habilidades y credenciales. Algunos eran realmente físicos (médicos) que habían pasado una mala racha o que habían sido expulsados de la profesión por algún crimen, como la profanación y el robo de tumbas. Otros eran simples improvisadores que aplicaban los años de conocimientos prácticos adquiridos en reyertas de bar y atracos. De éstos, unos cuantos estaban completamente locos o eran unos homicidas, o (y esto último resultaba encantador) ambas cosas.

—Mis colegas del Agua Roja son matasanos —dijo Ibelius con un sorbetón—, yo soy físico. Con estudios universitarios. Su propia recuperación lo certifica.

Locke recorrió la habitación con la mirada; yacía (sin nada encima excepto un taparrabos) en un jergón dispuesto en el rincón de lo que, sin duda, era una de las casas de campo abandonadas del distrito de Lluvia de Ceniza. Una cortina de cañamazo ocultaba la única puerta de la habitación; dos linternas alquímicas de tonos anaranjados la llenaban con su luz. Locke tenía seca la garganta, aún le dolía todo el cuerpo y olía bastante mal, aunque no todo aquel mal olor fuera debido a su falta de aseo. Un extraño residuo traslúcido que le cubría el estómago y el esternón comenzaba a formar escamas. Le dio un capirotazo con los dedos.

—¿Qué es esta porquería que tengo encima del pecho? —preguntó.

—La cataplasma, señor, la cataplasma. La cataplasma de Varagnelli, para ser exactos, aunque no creo que se encuentre familiarizado con la terminología. La empleé para concentrar la energía de los canales de su cuerpo, que estaba a punto de desvanecerse; para confinar el movimiento de sus humores cálidos en la región más apropiada… es decir, su abdomen. No queríamos que se quedara sin fuerzas.

—¿De qué estaba hecha?

—La cataplasma sólo es un excipiente, ya que la esencia de su principio es el resultado de una mezcla de ayudantes del jardinero y de trementina.

—¿Ayudantes del jardinero?

—Lombrices de tierra —dijo Jean—. Quiere decir lombrices de tierra molidas con trementina.

—¿Y tú le dejaste que me pusiera eso encima? —se lamentó Locke, dejándose caer de nuevo en el jergón.

—Sólo se lo puse encima del abdomen, señor, de su muy castigado abdomen.

—El físico es él —dijo Jean—. Yo sólo sirvo para zurrar a la gente, no para hacer que se recupere.

—Bueno, ¿y qué me ocurría?

—Enervación… enervación completa, como pude descubrir —mientras hablaba con Locke, Ibelius le levantó la muñeca izquierda y le tomó el pulso—. Jean me dijo que el Día del Duque, por la tarde, se tomó un emético.

—Sí.

—Y que después no tomó alimentos ni bebida. Que le secuestraron, que le dieron una fuerte paliza y que estuvo a punto de morir ahogado en un barril lleno de orina de caballo… ¡que fantástica ignominia! Y que recibió una profunda herida en el antebrazo izquierdo, una herida que ahora se está cicatrizando perfectamente, pero no a causa de sus penosas experiencias: mantener la actividad en el transcurso de la noche a pesar de sus heridas y de su agotamiento; proseguir con lo que tenía que hacer a la mayor prontitud, sin tomarse un descanso.

—Me suena vagamente familiar.

—Así que, simplemente, se desmayó, señor. En términos legales, su cuerpo revocó el poder que le había dado para que siguiera abusando de él —Ibelius finalizó con una cuchufleta.

—¿Cuánto llevo aquí?

—Dos días enteros —dijo Jean.

—¿Qué? Por todos los diablos. ¿Y he estado inconsciente todo este tiempo?

—Completamente inconsciente —dijo Jean—. Te vi caer. No estaba ni a treinta metros de ti, acurrucado en un escondrijo. Tardé varios minutos en descubrir por qué aquel viejo mendigo barbudo me sonaba familiar.

—Le he mantenido sedado —dijo Ibelius— por su propio bien.

—¡Maldición!

—Es evidente que hice bien, porque no se hubiera quedado aquí de otro modo. Y eso me permitió administrarle una serie de cataplasmas muy desagradables para reducir la hinchazón y las abrasiones de su rostro. Si hubiera estado despierto, estoy por asegurar que se hubiese quejado del olor.

—¡Aggh! —exclamó Locke—. Dígame si hay algo a mano que pueda beber.

Jean le pasó un pellejo de vino tinto; estaba caliente, agrio y tan aguado que más que tinto parecía clarete, pero Locke se bebió la mitad de su contenido en una rápida sucesión de tragos muy poco elegantes.

—Tenga cuidado, maese Lamora, tenga cuidado —dijo Ibelius—, pues me temo que tiene un conocimiento bastante escaso de sus propias limitaciones. Que se tome la sopa, Jean. Necesita recobrar la fuerza animal antes de que sus humores vuelvan a debilitarse. Está demasiado delgado para su constitución, tanto que poco le falta para quedarse anémico.

Locke devoró la sopa que le ofrecieron (tiburón y patatas hervidas en leche: todo blando, con cuajarones y cocinado desde hacía varias horas, pero, a buen seguro, la

cosa más espléndida que jamás se había tomado) y luego se estiró.

—Por los dioses, dos días. No habremos tenido la suerte de que en ese tiempo Capa Raza se cayera por alguna escalera y se rompiera el cuello, ¿verdad?

—Pues no —dijo Jean—. Todavía sigue entre nosotros. Y también su mago mercenario. Ambos han estado muy atareados. Te interesará saber que los Caballeros Bastardos han sido declarados proscritos de modo oficial, y que yo soy el único que se supone aún con vida. Le valdré quinientas coronas al hombre que me lleve ante él, preferiblemente si ya he dejado de respirar.

—Hmmm —dijo Locke—. ¿Puedo preguntarle, maese Ibelius, por qué se tomó las molestias de ponerme encima esas lombrices para que me curara, cuando cualquiera de nosotros dos hubiera sido la llave del favor en metálico de Capa Raza?

—Yo te lo explicaré —dijo Jean—; al parecer había otro Ibelius que trabajaba para Barsavi, era uno de los guardias de la Tumba Flotante. Y uno de sus hombres *leales*, debo añadir.

—Oh —dijo Locke—, mis condolencias, maese Ibelius. ¿Hermano suyo?

—Era mi hermano pequeño. Pobre idiota. Le dije que se dedicara a otra cosa. Por lo que veo, todos compartimos grandes penas por cortesía de Capa Raza.

—En efecto —dijo Locke—, en efecto, maese Ibelius. Voy a meter a ese cabrón en un agujero y lo voy a cubrir con mierda; y estará más abajo que cualquiera de los hombres a los que asesinaron desde el comienzo de los tiempos.

—Ahhh —dijo Ibelius—, algo parecido comentó Jean. Ése es el motivo de que no le haya cobrado por mis servicios. La verdad, no creo que sus probabilidades sean muy grandes, pero cualquier enemigo de Capa Raza es bienvenido, tanto en lo que se refiere a mis cuidados como a mi discreción.

—Es muy amable —dijo Locke—. Y si, en alguna otra ocasión, debo tener lombrices de tierra y trementina encima del pecho, será un placer que usted… supervise la operación.

—A su servicio, señor —dijo Ibelius.

—Bueno, Jean —dijo Locke—, al parecer, éste es un buen lugar para que se oculten un físico y dos como nosotros. ¿A cuánto asciende nuestro activo?

—A diez coronas, quince solones y cinco cobres —respondió Jean—. El jergón en el que estás echado. El vino y la sopa que te has tomado. Las Dos Hermanas, que, por supuesto, aún siguen en mi poder. Unas cuantas capas, unas botas, tu ropa. Y todo el estuco a medio caer y las paredes rotas que te puedas imaginar.

—¿Y eso es todo?

—Sí, excepto una pequeña cosa —Jean mantuvo en alto la máscara de aleación de plata de uno de los sacerdotes de Aza Guilla—. La ayuda y el consuelo de la Señora del Largo Silencio.

—¿Cómo demonios has conseguido eso?

—Justo después de que te dejara en uno de los extremos del Caldero —dijo Jean —, decidí volver remando al distrito del Templo y hacer algo provechoso.

2

El fuego que había consumido el interior de la Casa de Perelandro ya estaba apagado cuando Jean Tannen llegó medio vestido a la puerta de servicio de la Casa de Aza Guilla, dos manzanas al noreste del templo que los Caballeros Bastardos llamaban su casa.

Por supuesto que el cristal antiguo y la piedra no podían arder, pero sí lo que se encontraba dentro de la Casa de Perelandro. Debido al cristal antiguo, que reflejaba y concentraba el calor de las llamas, todo lo que había dentro de la madriguera se convirtió en cenizas, y poco le faltó al templo que se encontraba más arriba para que le sucediera lo mismo. Los casacas amarillas de una brigada contra incendios acordonaban el templo, esperando a que el calor y el repugnante humo que olía a muerte dejaran de salir por sus puertas, porque no podían hacer otra cosa.

Jean dio un golpecito en la puerta de madera del templo de la diosa de la muerte, que tenía echado el pestillo, y rezó para que el Guardián Avieso le ayudase a hablar con el acento de Tal Verrar que había practicado tan poco en los últimos meses. Luego se arrodilló delante de ella para parecer más patético.

Minutos después sonó un chasquido y la puerta se abrió unos centímetros. Un iniciado que llevaba unos hábitos negros sin adornos y la máscara de plata más sencilla de la Orden, tan familiar a Jean, se le quedó mirando.

—Me llamo Tavrin Callas —dijo Jean— y requiero vuestra ayuda.

—¿Te estás muriendo? —preguntó el iniciado—. Poco podemos hacer por los que tienen buena salud; si necesitas alimento y socorro, te sugiero la Casa de Perelandro, aunque creo que esta noche… tienen algunas dificultades.

—No me estoy muriendo, y requiero ayuda y socorro. Soy un siervo ordenado de la Dama Más Afable, un iniciado al Quinto Misterio Oculto.

Jean había preparado aquella mentira con sumo cuidado; el cuarto grado de la Orden de Aza Guilla era el sacerdocio. El quinto grado sonaba más real para alguien encargado de llevar asuntos importantes de ciudad en ciudad. Al no atribuirse un grado más alto evitaba hablar con los sacerdotes y sacerdotisas superiores, que podían haber oído hablar de él.

—Me enviaron desde Tal Verrar a Jeresh por asuntos de nuestra Orden, pero unos piratas de Jerem asaltaron mi nave durante el viaje. Me robaron los hábitos, los sellos, la documentación y el Rostro Afligido.

—¿Cómo? —la iniciada, pues era una joven, se agachó para ayudarle a levantarse; como pesaba casi la cuarta parte que él, su esfuerzo resultó cómico—. ¿Se atreven a entrometerse en los asuntos de un enviado de la Señora?

—Los jeremitas no profesan la fe de los Doce, pequeña hermana —dijo Jean mientras se levantaba por sus propios medios—. Se complacen en atormentar a los piadosos. Me encadenaron a un remo durante varios días. Durante la pasada noche, la galera que me había capturado ancló en la bahía de Camorr; a mí me obligaron a

vaciar los orinales por la borda, mientras los oficiales desembarcaban para satisfacer sus impulsos más bajos. Vi en el agua las aletas de nuestros Hermanos Negros; recé a la Señora y aproveché la oportunidad.

Los hermanos y hermanas de Aza Guilla no solían informar a los extraños (sobre todo en Camorr) de que creían que la diosa de la muerte amaba a los tiburones; que sus misteriosas idas y venidas y sus súbitos y brutales ataques eran una muestra perfecta de la naturaleza de la Dama Más Afable. Para el clero de la máscara de plata, los tiburones eran un augurio hecho carne; el Alto Prefecto no bromeaba al anunciar a Jean que nadaría de noche en el océano, pues en la Casa de la Revelación se decía que sólo quienes no tenían fe eran atacados en las aguas que se encontraban bajo ella.

—Los Hermanos Negros —dijo la iniciada, cada vez más excitada—, ¿te ayudaron a escapar?

—No debes suponer que me ayudaron —dijo Jean—, pues la Señora no ayuda sino que *consiente*. Y eso fue lo que sucedió con los Hermanos Negros. Me sumergí en el agua y sentí su presencia a mi alrededor; los sentí nadando bajo mis pies y vi sus aletas cortando la superficie del agua. Mis captores dijeron a gritos que estaba loco, así que cuando vieron a los Hermanos supusieron que no tardarían en devorarme y rieron. Yo también reí… cuando me arrastré por la orilla, incólume.

—Da las gracias a la Señora, hermano.

—Las di, las doy y las daré —dijo Jean—. Ella me ha librado de mis enemigos; ella me ha dado una segunda oportunidad para cumplir mi misión. Te lo ruego, llévame hasta el mayordomo de vuestro templo. Permíteme que me reúna con tu Padre Divino o con tu Madre Divina. Solamente necesito un Rostro y unos hábitos, así como una habitación para pasar unas cuantas noches mientras voy poniendo en orden mis asuntos.

3

—¿No era ése el nombre que tenías cuando, hace ya tantos años, te hiciste pasar por aprendiz? —dijo Locke.

—Lo era.

—¿Y si envían un mensaje? ¿Y si investigan y descubren que Tavrin Callas, movido por la curiosidad de las cosas divinas, se arrojó desde un acantilado?

—Claro que investigarán —dijo Jean—. Pero les llevará semanas enviar el mensaje y recibir la contestación… y yo no pienso proseguir con esta farsa durante tanto tiempo. Además les resultará divertido porque, cuando descubran, si es que lo descubren, que Callas está supuestamente muerto, proclamarán toda suerte de visiones y milagros. Algo así como una manifestación salida de la tierra de las sombras.

—Un manifestación salida del culo de un excelente mentiroso —dijo Locke—. Bien hecho, Jean.

—Supongo que sé cómo hablar con los sacerdotes de la Muerte. Todos tenemos algún talento oculto.

—Con vuestro permiso —le interrumpió Ibelius—. ¿Es correcto eso que haces? ¿Pavonearte con los hábitos de los sacerdotes de la mismísima diosa de la muerte? ¿Pellizcarle en la nariz a la Dama Más Afable? —Ibelius se llevó las manos a los ojos, luego a los labios y, finalmente, entrelazó los dedos de ambas sobre su corazón.

—Si la Dama Más Afable se siente ofendida por mi pavoneo —dijo Jean—, puede echar mano de una gran gama de posibilidades para dejarme más plano que una hoja de oro.

—Además —intervino Locke—, Jean y yo hicimos los votos al servicio del Benefactor, el Padre de los Pretextos Necesarios. ¿Aprueba al Guardián Avieso, maese Ibelius?

—Mi experiencia me demuestra que jamás resulta dañino el tener a alguien que se preocupe por uno. Quizá no le haya dedicado ninguna vela ni haya entregado monedas para su culto, pero… jamás he hablado groseramente del Benefactor.

—Bien —dijo Locke—, pues nuestro mentor nos dijo en cierta ocasión que los iniciados del Benefactor eran extrañamente inmunes a las consecuencias de hacerse pasar por miembros de las restantes órdenes sacerdotales.

—Diría que tengo la extraña sensación de hallarme de nuevo en casa —añadió Jean—. Además, en las presentes circunstancias, hay que agradecer cualquier disfraz que le venga bien a un hombre de mi talla.

—Ah, ya veo adónde quieres llegar, Jean.

—Parece que la diosa Muerte ha estado últimamente muy atareada —dijo Locke— con más gente, aparte de con nosotros. Jean, ahora me encuentro completamente bien y, maese Ibelius, me siento muy cómodo aquí. Ya no tengo ganas de levantarme… mi pulso era muy bueno la última vez que lo sentí, excepto dentro de mi muñeca. ¿Qué más puedes contarme, Jean?

—La situación es tensa y complicada por culpa de Capa Raza. Ha corrido la voz de que todos hemos muerto, excepto yo, ya sabes el bonito precio que han puesto a mi cabeza. Se supone que nos negamos a jurarle fidelidad a Raza, que intentamos defender a Barsavi y que nos mataron en la refriega. Todos los demás *garristas* le juraron fidelidad. Y Raza no esperó tres días a que los demás hicieran lo mismo. A los más recalcitrantes les ha rajado el cuello esta misma noche, eran cinco o seis. Ha sucedido hace apenas unas horas.

—Dioses. ¿Cómo te has enterado?

—En parte por Ibelius, que salió a darse un paseo por los alrededores sin que lo vieran. En parte por mi trabajo de sacerdote, ya que me encontraba en la Desolación de Madera cuando llegó un montón de gente en busca de alguien que rezara por sus muertos.

—Entonces Raza tiene a la Buena Gente en el bolsillo.

—Eso creo. Se están amoldando a la nueva situación. Y aunque todos estén dispuestos a desenvainar el cuchillo a la menor oportunidad que se les presente, ya sea el pinchazo de un alfiler o la picadura de un mosquito, Raza les hará entrar en razones. Sigue operando desde la Tumba Flotante, como Barsavi. Y está cumpliendo la mayor parte de las promesas que hizo. La gente no ve la necesidad de discutir si todo sigue igual.

—Y ¿qué hay de nuestro… otro asunto? —Locke hizo la seña que se refería a la Espina de Camorr—. ¿Has oído algo? ¿Ha aparecido alguna, hum, grieta en la fachada?

—No —dijo Jean en voz baja—. Da la impresión de que Raza se limitó a matarnos como a simples ladrones, sin hacer ningún comentario al respecto.

Locke suspiró aliviado.

—Pero han pasado cosas extrañas —prosiguió Jean—. La pasada noche, Raza apresó a media docena de hombres y mujeres de diferentes bandas y distritos. La gente dice que eran agentes de la Araña.

—¿En serio? ¿Crees que lo eran o que se trata de otro de sus retorcidos planes?

—Pienso que podían serlo —dijo Jean—. Cuando Ibelius me dijo sus nombres, estuve meditando bastante sobre este asunto y no encontré nada que los relacionara entre sí. Nada que tuviera un significado especial. Raza les perdonó la vida y los envió al exilio… les dio un día para que pusieran en orden sus asuntos y se marcharan de Camorr.

—Interesante. Me gustaría saber qué significado puede tener.

—Quizá ninguno.

—No estaría mal.

—¡Y luego está el barco infectado, maese Lamora! —dijo Ibelius, muy vehemente—. ¡Un navío singular! Jean no ha tenido tiempo de contárselo.

—¿Un navío infectado, Jean?

—Una nave negra de Emberlain, una nave preciosa y cara. Tan hermosa como el infierno, aunque ya sabes que apenas entiendo nada de barcos —Jean se rascó la barbilla, bastante oscura por la falta de aseo, y prosiguió—: Le ordenaron fondear en la zona reservada a las plagas la misma noche en que Capa Raza le daba a Capa Barsavi sus lecciones de dientes.

—Es una coincidencia… muy interesante.

—¿Tú crees? A los dioses les gusta hacer cosas que parezcan presagios. Se supone que hay veinte o treinta cadáveres a bordo. Pero ahora viene lo más *extraño*: Capa Raza se ha mostrado caritativo y piensa encargarse del suministro de provisiones.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Sus hombres escoltan los suministros desde que salen de los muelles; ha entregado dinero a la Orden de Sendovani para que compren pan y carne.

Llenan el hueco dejado por la Orden de Perelandro desde que sucedió… lo que tú sabes.

—¿Y por qué diablos tienen que escoltar sus hombres los suministros de agua y comida?

—A mí también me extrañó —dijo Jean—. Así que anoche fui a echar un vistazo, investido con mis atributos sacerdotales, como puedes suponer. Y descubrí que lo que les están enviando no sólo es agua y comida.

4

La madrugada del Día del Trono, veinticuatro horas después del ascenso al poder de Capa Raza, caía la más suave de las lluvias, apenas un cálido y húmedo beso que el cielo le daba a la tierra. Un sacerdote de Aza Guilla más rollizo de lo acostumbrado, cuyos hábitos flotaban al viento, miraba fijamente el barco de la plaga que había fondeado en la bahía de Camorr. Bajo el brillo amarillento de las luces del barco, su máscara relucía con el color del bronce sobredorado.

Una barquichuela decrépita se mecía en las tranquilas aguas que se encontraban a uno de los lados del larguísimo embarcadero que se proyecta desde las Heces; de la barquichuela salía una soga que llegaba hasta el barco de la plaga. La *Satisfacción*, anclada a una distancia de un tiro de flecha, parecía un esqueleto de extraña factura a causa de las velas que llevaba recogidas. En algunas partes de su puente podían verse las sombras de unos cuantos hombres.

En el embarcadero, un pequeño equipo de estibadores muy atareados descargaban en la barquichuela el contenido de una carreta, bajo la atenta mirada de media docena de hombres y mujeres cubiertos con capotes, evidentemente armados. Sin ningún género de dudas, aquella operación podía ser vista con un catalejo desde cualquiera de los puestos de guardia que rodeaban el Puerto Viejo; pero, aunque la mayoría de dichos puestos estaban llenos de guardias (y lo seguirían estando mientras el barco infectado siguiera en las proximidades), ninguno de ellos se preocupaba por lo que pudiera llegar al barco, sino por lo que pudiera *salir* de él.

Por otra parte, Jean sentía gran curiosidad por el súbito interés que Capa Raza parecía mostrar por el bienestar de aquellos pobres navegantes llegados de Emberlain.

—Eh, tú, date la vuelta y menea el culo… Oh, os pido perdón, santidad.

Jean se concedió unos momentos para disfrutar del evidente malestar pintado en el rostro de los hombres y mujeres vueltos hacia él, al acercarse al extremo del embarcadero. Aunque eran chicos y muchachas duros, luchadores de verdad, acostumbrados a dar y a recibir dolor, sólo con ver su Rostro Afligido se sintieron tan culpables como unos niños a los que hubieran pillado merodeando muy cerca de un tarro de miel.

No reconoció a ninguno de ellos, lo cual significaba que debían formar parte de la banda personal de Raza. Intentó catalogarlos con una mirada para ver si descubría algo incongruente o inusual que pudiera arrojar alguna luz sobre su procedencia, pero no vio nada. Llevaban encima mucha bisutería, sobre todo pendientes… siete u ocho en cada oreja, como era el caso de una joven. Aquella moda era más náutica que criminal, así que no probaba nada.

—Sólo he venido a pedir —dijo Jean— la intercesión de la Dama Más Afable para esos infortunados que flotan ahí a lo lejos. No os preocupéis por mí; proseguid con vuestro trabajo.

Y Jean subrayó aquellas palabras dándoles la espalda; pero mientras miraba al barco, no perdía detalle de los sonidos que hacían los que trabajaban a su espalda. Gruñidos de esfuerzo al levantar algo que no veía, de pisadas, el crujido de maderas gastadas por la intemperie y por el agua. La carreta estaba llena de pequeñas sacas, cada una de ellas del tamaño de un odre de cuatro litros. Y aunque aquella gente las manejaba con cuidado, al cabo de unos pocos minutos…

—¡Maldición, Mazzik! —una de aquellas sacas acababa de hacer un extraño ruido metálico al golpear el embarcadero. El capataz de los estibadores se retorció las manos y miró a Jean—. Perdón, santidad. Os juramos… uh, os prometemos que todos estos suministros llegarán sanos y salvos al barco de la plaga.

Jean se volvió lentamente para que aquel hombre acusara el efecto dramático de su mirada sin rostro.

—Hacéis una labor muy sufrida. Vuestro señor es muy caritativo al tomar para sí una obligación que, de ordinario, hubiera recaído en la Orden de Perelandro.

—Sí, pero… realmente fue muy malo. Me refiero, uh, a la tragedia.

—La Dama Más Afable cuida su jardín humano según su voluntad —dijo Jean—, recogiendo las flores que desea. No te encolerices con tus subordinados. Es muy natural sentirse desconcertado por la presencia de algo… tan poco corriente.

—Oh, os referís al barco de la plaga —dijo aquel hombre—. Sí, a todos nos da escalofríos.

—Os dejaré para que prosigáis con vuestro trabajo —dijo Jean—. Venid a buscarnos a la Casa de Aza Guilla si, por casualidad, los hombres del barco precisan nuestros servicios.

—Sí… seguro. Gra-gracias, santidad.

Mientras Jean caminaba despacio por el muelle, de regreso a la playa, los estibadores terminaron de cargar la barquichuela y soltaron sus amarras.

—¡Tirad! —exclamó uno de los que se encontraban en el extremo del embarcadero.

La soga se tensó lentamente y entonces, mientras las negras siluetas a bordo de la *Satisfacción* cumplían rítmicamente su trabajo, la barquichuela comenzó a cruzar el Puerto Viejo y se dirigió hacia la fragata a velocidad constante, dejando una ondulante estela plateada en las oscuras aguas.

Jean se dirigió al norte, hacia las Heces, empleando el digno y mesurado paso de un sacerdote para seguir dándole vueltas a la pregunta que no dejaba de obsesionarle.

¿Qué sentido podía tener el enviar bolsas llenas de monedas a un barco lleno de muertos y de moribundos?

5

—¿Bolsas llenas de monedas? ¿Estás completamente seguro?

—Eran monedas contantes y sonantes, Locke. Y permíteme que te recuerde que no hace mucho teníamos una cripta entera llena de ellas. Ambos tenemos un oído muy acostumbrado al sonido que hacen las monedas al chocar las unas contra las otras.

—Hum. A menos que al Duque se le haya ocurrido meter coronas en el pan, esas provisiones tienen la misma caridad que mi mal humor.

—Saldré a dar una vuelta para husmear y ver si me entero de algo, Locke.

—Hazlo… Bueno, bueno, ahora tenéis que levantarme de esta cama para que haga algo.

—¡Maese Lamora, no está en condiciones de abandonar el lecho para hacer lo que le venga en gana! —exclamó Ibelius—. ¡Ha sido justamente su manía de cumplir siempre su santa voluntad lo que le ha traído hasta aquí, llevándole a este estado de enervamiento!

—Con el debido respeto, maese Ibelius, ahora que ya estoy despierto tengo que preparar algún plan contra Capa Raza, aunque para ello tenga que arrastrarme por la ciudad con manos y pies. Y esta guerra comenzará aquí mismo.

Se levantó por sus propias fuerzas del jergón e intentó quedarse de pie; una vez más, la cabeza le dio vueltas, las rodillas se le doblaron y cayó al suelo.

—¿Ahí mismo? —comentó Jean—. Parece algo un tanto incómodo.

—Ibelius —refunfuñó Locke—. Esto es intolerable. Tengo que moverme. Necesito recobrar las fuerzas.

—Mi querido maese Lamora —dijo Ibelius, agachándose para ayudarle a levantarse mientras Jean le cogía por el otro lado y entre ambos le devolvían al jergón —. Acaba de enterarse de que lo que usted necesita y lo que su organismo puede soportar son dos cosas completamente diferentes. ¡Si tuviera un solón por cada uno de los pacientes que me han dicho lo mismo que usted, sería rico! «Ibelius, he estado fumando el polvo de Jerem durante veinte años y ahora me sangra la garganta, ¡cúreme!» «Ibelius, he estado bebiendo y peleándome toda la noche, y me han dado una cuchillada en un ojo, ¡devuélvame la vista que tenía en él, maldito!» Aunque no me hubieran dado un solón sino un barón de cobre por cada uno de esos arranques de ira… ¡hubiera podido jubilarme en Lashain y vivir como un señor!

—Poco daño podré hacerle a Capa Raza si sigo mordiendo el polvo de este cuchitril —repuso Locke, nuevamente de mal humor.

—¡Pues entonces descanse, señor mío, *descanse*, y haga el favor de dejar de fustigarme con su lengua porque el poder de los dioses no aflore por las yemas de mis dedos! —masculló Ibelius, poniéndose colorado—. Descanse y recobre las fuerzas. Y mañana, cuando haya disminuido el peligro de moverse por ahí fuera, le daré más de comer; un buen apetito será señal de que se encuentra mejor. Con comida y descanso, dentro de uno o dos días habrá conseguido un nivel aceptable de vigor. ¡Acaba de caerse al suelo! No espere salir de un agotamiento nervioso dando brincos y riendo. Descanse y tenga paciencia.

Locke suspiró.

—Muy bien. Sólo que… me duele saber que estoy a punto de poner fin al corto reinado de Capa Raza.

—Yo también quiero que usted, maese Lamora, esté pronto a punto —Ibelius se quitó las gafas y las limpió con la camisa—. Si pensara que ahora podría matarle con poco más que las fuerzas de un gatito medio ahogado, yo mismo le metería en una cesta y le llevaría hasta él. Pero no es el caso, y ninguna de las cataplasmas de mis libros de medicina podrá conseguirlo.

—Escucha a maese Ibelius, Locke, y deja la murria a un lado —dijo Jean, dándole una palmadita en el hombro—. Piensa que tendrás la oportunidad de ejercitar la mente. Yo recogeré toda la información que pueda y seré tu hombre fuerte. Prepárame un plan para destripar a ese cabrón y enviarlo al infierno. Por Calo, Galdo y Bicho.

6

A la noche siguiente Locke ya había recobrado la fuerza suficiente para pasearse por la habitación sin ayuda de nadie. Sentía los músculos como si fueran de gelatina y movía los miembros como si los controlara desde una lejanísima distancia… como a través de mensajes que transmitiera por heliógrafo antes de que se convirtieran en movimientos de las articulaciones y los tendones. Pero no volvió a caerse hacia delante cuando se levantó del jergón y pudo comerse medio kilo de salchichas asadas junto con media hogaza de pan untada con miel, lo primero que se comía desde la sopa de tiburón.

—Maese Ibelius, usted y yo tenemos la misma talla —dijo al físico cuando éste le tomó el pulso, según Locke, por trecemilésima vez—. ¿No tendrá casualmente algo de ropa en buen estado? ¿Con calzas a tono, chaleco y adornos de caballero?

—Ah —dijo Ibelius—, tuve todas esas cosas cuando me vestía a la moda, pero me temo… me temo que Jean no se lo ha contado…

—Ibelius, lo mismo que nosotros, vive aquí —dijo Jean—, doblando la esquina, en otra habitación de esta casa.

—Mis aposentos, desde donde cuidaba de mis asuntos… —Ibelius frunció el ceño y a Locke le dio la impresión de que una niebla muy sutil comenzaba a formarse

en los cristales de sus gafas—, ardieron a la mañana siguiente de que Raza se hiciera con el poder. A ninguno de los que teníamos lazos de sangre con los hombres de Barsavi, muertos por ellos, nos animaron, precisamente, a quedarnos en Camorr. Todo lo contrario. Ya han matado a varios de nosotros. Yo aún puedo ir y venir si tengo cuidado, pero… he perdido la mayor parte de los bienes más preciados que tenía. Y a mis pacientes. ¡Y mis libros! He aquí otra razón más para desear fervientemente que a Raza le suceda algo malo.

—Condenación —dijo Locke—. Maese Ibelius, ¿podría dejarme unos minutos a solas con Jean? Tenemos que tratar un asunto… con la mayor discreción y por una buena razón. Le ruego que me perdone.

—No es necesario, señor, no es necesario —Ibelius se levantó de su asiento y se quitó un poco de polvo de yeso de encima del chaleco—. Me ocultaré fuera hasta que sea necesario. El aire de la noche revigorizará la acción de los capilares y devolverá a su punto preciso el equilibrio de mis humores.

En cuanto se hubo marchado, Locke se pasó los dedos por el cabello y gimió al sentirlo grasiento.

—Por los dioses, me daría un baño. Incluso ahora mismo no me importaría quedarme media hora bajo la lluvia. Jean, necesitamos algún recurso más si queremos atacar a Raza. El muy cabrón nos robó cuarenta y cinco mil coronas, y aquí estamos sentados con diez. Hay que reactivar el juego de Don Salvara, aunque me temo que no vaya muy bien, después de llevar tanto tiempo sin preocuparnos por él.

—No lo creo —dijo Jean—, porque el día antes de que recobraras la consciencia me gasté un poco de dinero en papel y tinta. Envié a los Salvara una carta, firmando como Graumann, en la que les notificaba que estabas ocupado con ciertos asuntos delicados y que no podrías verlos durante unos días.

—¿Eso hiciste? —Locke le miró como si fuera un individuo al que van a ajusticiar y que en el último minuto consigue no sólo el perdón sino un saco de oro—. ¿De veras que lo hiciste? Que los dioses bendigan tu corazón, Jean. Te besaría, pero tienes encima tanta mugre como yo.

Locke se movió en círculos por la habitación, muy furioso, o al menos todo lo furioso que se lo permitían las circunstancias, porque aún sufría espasmos y se estremecía. Ocultándose en aquel maldito tugurio, apartado súbitamente de las ventajas que siempre había pensado que serían eternas… sin la madriguera, sin la cripta llena de monedas, sin el guardarropa, sin la caja de maquillaje… sin banda. Raza se lo había quitado todo.

Embalado con las monedas de la cripta había un paquete de documentos y de llaves envuelto en papel encerado. Aquellos documentos tenían que ver con las cuentas abiertas en las oficinas del Meraggio a nombre de Lukas Fehrwight, de Evante Eccari y de las demás identidades falsas que los Caballeros Bastardos habían adoptado a lo largo de los años. Aunque en aquellas cuentas había montones de coronas, sin los documentos no estaban a su alcance. En aquel paquete también se

encontraban las llaves de la suite del Bauprés, en el Hogar Vacilante, donde numerosos trajes extra, confeccionados para Lukas Fehrwight, le esperaban cuidadosamente alineados en un armario de madera de cedro, protegidos por una cerradura tan buena que ni siquiera un ladrón que dispusiera del décuplo de la destreza de Locke (que, por otra parte, éste jamás había poseído) podría abrir.

—Maldición —dijo Locke—. No podemos hacer nada. Necesitamos dinero. Podría pedírselo a los Salvara, pero no puedo ir a verlos con esta facha. Necesito ropa de caballero, aceite de rosas, chorreras… Fehrwight tiene que parecerse a Fehrwight. Y no puedo conseguirlo con diez coronas.

Por otra parte, las ropas y accesorios que había llevado encima cuando se hizo pasar por el mercader de Vadran (sin contar las gafas, que simplemente eran de adorno) habían costado cuarenta coronas… una suma que no podría conseguir robando a la gente que iba por la calle… Además, los pocos sastres capaces de proporcionarle las prendas tan peculiares que necesitaba habían convertido sus talleres, situados en las mejores partes de la ciudad, en poco menos que fortalezas, custodiadas no por escuadras de casacas amarillas sino por batallones.

—Hijo de puta —dijo Locke—, qué *disgustado* estoy. Todo se reduce a lo mismo. Ropa, ropa, ropa. Qué cosa tan ridícula el verse frenado por la ropa.

—Puedes disponer de las diez coronas como mejor te convenga —dijo Jean—. Con las monedas de plata que nos quedan, podremos ir tirando algún tiempo.

—Bueno —dijo Locke—, algo podremos hacer —se echó en el jergón, no sin cierto esfuerzo, y se quedó sentado en él con la barbilla apoyada en ambas manos. Las cejas y la boca se le enarcaron hacia abajo con aquella expresión de concentración tensa que Jean había visto cien veces desde que ambos eran pequeños. Pocos minutos después, Locke suspiró y alzó la mirada hacia Jean.

—Si pudiera levantarme, mañana cogería siete u ocho coronas y me iría a la ciudad.

—¿A la ciudad? ¿Tienes algún plan?

—No —dijo Locke—, ni siquiera un esquema. Ni la más puñetera idea. Pero ¿acaso no comienzan así los planes que luego me salen mejor? Encontraré una salida… algo, y luego, supongo, tendremos que escapar a toda prisa.

Interludio

Los conjurados del Hierro Blanco

Se dice en Camorr que la diferencia entre el comercio honesto y el deshonesto se reduce al hecho de que cuando un hombre o una mujer, ambos honestos comerciantes, arruinan a alguien, no tienen la cortesía de cortarle el gaznate para zanjar el asunto.

Tal es, en ciertos aspectos, el mal servicio que se hace a los comerciantes, especuladores y prestamistas de la Hilera de los Besamonedas, cuyo extenuante trabajo a lo largo de siglos ha servido para que las ciudades-estado de Therin (todas, no sólo Camorr) surgieran de las cenizas del caído Trono de Therin y para que… algunos segmentos afortunados de la población de Therin conocieran cierta prosperidad que podría considerarse frenética.

La cuantía de las operaciones realizadas en la Hilera de los Besamonedas es tal que daría vértigo a cualquier pequeño comerciante. Un mercader anota quince kilos en una de las oficinas de contabilidad de Camorr; unos documentos sellados se envían a Lashain, donde cuatro galeones con una tripulación de trescientas almas parten con rumbo al puerto más lejano de Emberlain, las bodegas cargadas de mercancías que exceden toda descripción. Cientos de caravanas de mercaderes se embarcan y llegan durante la mañana de cierto día predeterminado, todos ellas aseguradas, y sus mercancías reseñadas hasta en el más mínimo detalle, por hombres y mujeres bien vestidos que trazan redes comerciales a lo largo de miles de kilómetros, mientras saborean el té en los reservados de sus oficinas.

Pero también hay bandidos, a los que se avisa para que se encuentren en los lugares y en los momentos debidos y se aseguren de que tal o cual caravana con la enseña de cierto comerciante desaparezca. Hay conversaciones en voz baja que tienen lugar en momentos de asueto, y dinero que cambia de mano sin quedar registrado. Hay asesinos, alquimia negra y acuerdos en silencio pactados con las bandas. Hay usura, fraude y gente con información privilegiada; hay cientos de prácticas financieras tan astutas y arcanas que aún no han recibido ningún nombre… falsificaciones de monedas y de documentos ante las cuales los magos de la Liga se troncharían por la cintura como reconocimiento a la retorcida sutileza que demuestran.

Y aunque el comercio sea todas esas cosas, en Camorr, cuando uno habla, bien o mal, de prácticas comerciales, de comercio en gran escala, un nombre acude a su mente antes que los demás y por encima de todos ellos: *el Meraggio*.

Giancana Meraggio es el séptimo de su linaje; su familia ha poseído y dirigido las oficinas que llevan su nombre desde hace dos siglos y medio. Pero, en cierto sentido,

el nombre de pila no es importante; lo que importa es que se apellida Meraggio y es de los Meraggio. «El Meraggio» se ha convertido en el nombre de una oficina.

La familia Meraggio hizo su fortuna después de la súbita muerte del popular duque Stravoli de Camorr, que falleció de fiebres palúdicas mientras realizaba una visita de Estado a Tal Verrar. Nicola Meraggio, capitana mercante de un bergantín bastante rápido, se gastó hasta el último medio cobre que tenía en adquirir todo el crepé negro que había en Camorr, pero antes de que se conociera la noticia de la muerte del Duque. Cuando lo vendió a un precio abusivo para que el funeral de Estado pudiera desarrollarse con la dignidad que requería, invirtió parte de los beneficios en una pequeña tienda de café situada en la avenida que se encuentra a lo largo del canal, la cual llegaría a llamarse (sobre todo debido a sus descendientes) la Hilera de los Besamonedas.

Como si fuera una proyección de las ambiciones de la familia, el edificio jamás se ha mantenido con las mismas dimensiones durante mucho tiempo. Cada cierto tiempo crece de repente, consumiendo las estructuras que se encuentran cerca, añadiendo habitaciones, pisos y galerías, desplegando paredes al igual que la cría del ave empuja lentamente fuera del nido a sus rivales aún por nacer.

Los primeros Meraggio se labraron un nombre como comerciantes y especuladores activos; eran hombres y mujeres que proclamaban en voz alta su habilidad para estrujar los fondos de sus inversores y sacar más provecho que cualquiera de sus rivales. El tercer Meraggio famoso, Ostavo Meraggio, se hizo célebre porque todos los días enviaba un bote pintado con colores chillones para que arrojase cincuenta tirintos de oro a la parte más profunda de la bahía de Camorr. Y aquello duró un año. «A pesar de esto que hago, aún me queda más beneficio al día que a cualquiera de mis colegas», solía decir muy ufano.

Los Meraggio que llegaron después pusieron más énfasis en acumular, contar, guardar y prestar dinero; fueron los primeros en reconocer que se podía hacer una fortuna estable ayudando al comercio sin participar activamente en él. Y de tal suerte, el Meraggio se convirtió en el corazón de la red financiera, con varios siglos de antigüedad, que venía a ser algo así como la sangre y los tendones de las ciudades-estado de Therin; su firma en un pergamino tenía tanto peso como un ejército en el campo de batalla o una flotilla de navíos de guerra en los mares.

Así pues, el dicho de que en Camorr había dos duques, Nicovante, el Duque del Cristal, y Meraggio, el Duque del Hierro Blanco, no era desacertado.

Capítulo 13

Orquídeas y asesinos

1

Al día siguiente, Locke Lamora se encontraba delante de los escalones que conducían a las oficinas del Meraggio justo en el momento en que el enorme reloj de agua de Tal Verrar, instalado en el interior del vestíbulo, daba las diez de la mañana. Caía un chaparrón a plena luz del sol, una lluvia cálida y en absoluto desagradable, bajo un cielo blanquiazul y despejado. Era hora punta en la Vía Camorazza, llena de barcazas de carga y barcos de pasajeros que se peleaban por un espacio libre con ese entusiasmo que sólo suele encontrarse en el campo de batalla.

Jean había empleado una de las coronas en vestir a Locke (que seguía llevando el cabello teñido de gris y la barba postiza, aunque recortada y convertida en una modesta perilla) con una ropa aceptablemente limpia, la misma que podía llevar cualquier correo o secretario; aunque, evidentemente, no tenía el aspecto de un hombre adinerado, sí que parecía el vivo retrato de un empleado respetable.

Las oficinas del Meraggio ocupaban un edificio de cuatro pisos, el híbrido de doscientos años de caprichos arquitectónicos, con columnas, ventanas de arco, fachadas de piedra y de madera laqueada, y galerías exteriores para sentarse, tanto para uso decorativo como funcional. Dichas galerías estaban cubiertas con toldos de seda de todos los colores de las monedas de Camorr: pardo por el cobre, amarillo por el oro, gris por la plata, y blanco lechoso por el hierro blanco. Fuera, en la plaza, había cien Lukas Fehrwight más: otros tantos hombres de negocios con casacas muy bien cortadas. Cualquiera de los trajes que vestían costaba lo que el sueldo de varios años de un trabajador.

Si Locke hubiera puesto sólo un dedo encima de cualquiera de ellos, aunque sólo hubiese sido para cogerle de una manga, los guardias del Meraggio habrían salido de golpe del edificio como las avispas de su nido. Hubiera habido, entonces, una auténtica competición entre ellos y las escuadras de la Guardia que patrullan aquel lado del canal, por el premio que consistía en sacarle a golpes de cachiporra los sesos por los oídos.

Siete coronas de hierro blanco, ocho tirintos de oro y unos cuantos solones de plata tintineaban en la bolsa de Locke. Estaba completamente a merced de los acontecimientos. Apenas tenía una vaga idea de lo que decir o hacer si aquel plan no tenía éxito.

—Guardián Avieso —murmuró—, voy a entrar en esas oficinas para salir de ellas con lo que necesito. Me gustaría que me ayudaras. Si no lo haces, puedes irte al

infierno. De cualquier modo, saldré de ellas con lo que necesito.

Y, acto seguido, la cabeza alta y la barbilla fuera, comenzó a subir los escalones.

2

—Un mensaje privado para Koreander Previn —dijo a los guardias de servicio que se encontraban dentro del vestíbulo, pasándose una mano por los cabellos para eliminar parte del agua que les había caído encima. Los guardias eran tres, todos vestidos con casacas marrones de terciopelo, calzas negras y camisas negras de seda; si sus botones sobredorados brillaban, las empuñaduras de los largos cuchillos de combate y de las mazas que llevaban al cinto se veían mates por el uso.

—Previn… Previn… —musitó uno de los guardias mientras consultaba el directorio encuadernado en piel—. La galería pública, el cincuenta y cinco. No veo nada escrito que diga que no acepta visitas. ¿Sabe adónde tiene que ir?

—Ya he estado antes —dijo Locke.

—Muy bien —el guardia dejó el directorio y tomó la carpeta donde se apuntaban las visitas; luego cogió la pluma del tintero que se encontraba encima de una mesita y se dispuso a escribir—. ¿Nombre y distrito?

—Tavrin Callas —dijo Locke—. Esquina Norte.

—¿Puede escribir?

—No, señor.

—Entonces haga una señal aquí.

El guardia no soltó la carpeta mientras Locke garrapateaba una gran «X» negra al lado de «TEVRIN KALLUS». Era evidente que el guardia escribía peor de lo que hablaba.

—Adelante, pues —dijo el guardia.

El piso principal del Meraggio (la galería pública) era un campo de mesas de escritorio y de mostradores, ocho a lo largo y otros ocho a lo ancho. Cada mesa de escritorio estaba atendida por un comerciante, un agente de cambio, un secretario legal y un amanuense que debía de cumplir alguna función que desconocía; la mayor parte de ellas también contaban con un cliente que se sentaba delante, el cual solía hablar con mucha seriedad, esperar con mansedumbre o discutir acaloradamente. Los hombres y mujeres que se sentaban detrás de aquellas mesas se las alquilaban al Meraggio; algunos de ellos las usaban todos los días de la semana, mientras que otros sólo se podían permitir el alquilarlas un día sí y otro no, y eso con la ayuda de algún socio. La luz del sol entraba a raudales por la habitación a través de grandes claraboyas; el suave golpeteo de la lluvia se mezclaba con el furioso parloteo de los negocios.

A ambos lados, cuatro pisos de galerías protegidas con barandillas de latón subían hasta el techo. En la agradable penumbra del interior de dichas galerías se repantigaban los individuos más poderosos, acaudalados y mejor asentados en el mundo de los negocios. Aunque se decía que eran miembros del Meraggio, el

Meraggio no compartía con ellos ni una pizca de su poder, pues sólo se limitaba a garantizarles una larga lista de privilegios que los situaban por encima (tanto literal como metafóricamente) de los hombres y mujeres que trabajaban en la galería pública.

En cada rincón del edificio había guardias que, aunque relajados, observaban todo lo que les rodeaba; unos camareros con chalecos y calzas negras y largas libreas marrones iban y venían de un lado para otro. Había una cocina muy amplia en la fachada posterior del Meraggio, así como una bodega de la que cualquier tabernero se hubiera sentido orgulloso. Con frecuencia, los asuntos de los hombres y mujeres de las oficinas eran demasiado acuciantes para andar perdiendo tiempo en salir a comer o en encargar comida. Algunos de los miembros secretos vivían prácticamente allí, pues sólo volvían a sus casas para dormir o cambiarse de ropa, lo cual explica que el Meraggio sólo cerrase sus puertas poco después de la Falsa Luz.

Moviéndose con confianza en sí mismo, Locke buscó el emplazamiento de la mesa 55 de la galería pública. Koreander Previn era el secretario legal que gestionaba desde hacía varios años las cuentas, perfectamente legales, de los Sanza. Locke le recordaba como un individuo con una estatura parecida a la suya; muy para sus adentros, rogó para que, con los años, aquel hombre no se hubiera aficionado a la buena comida.

—Sí —dijo Previn, que, gracias a los dioses, seguía tan delgado como siempre—, ¿en qué puedo ayudarle?

Locke estudió la casaca que aquel hombre llevaba desabrochada; era de color verde-pino con ribetes dorados en los puños, de un color púrpura muy vivo. El hombre tenía buen ojo para los puños de moda, aunque, al parecer, fuera tan ciego como una estatua de bronce en lo concerniente a la mezcla de colores.

—Maese Previn —dijo Locke—, soy Tavrin Callas, y me encuentro ante un problema de naturaleza muy singular, un problema que usted podría resolver perfectamente, aunque antes me permitirá advertirle de que excede un tanto sus obligaciones cotidianas.

—Soy secretario legal —dijo Previn— y mi tiempo es muy importante cuando me siento con un cliente. ¿Me está proponiendo ser cliente mío?

—Lo que le propongo —dijo Locke— le supondrá como mínimo cinco coronas de beneficios quizá antes del mediodía —pasó una mano por el borde de la mesa de Previn y una corona de hierro blanco apareció en ella como por prestidigitación; aunque su técnica dejaba mucho que desear, Previn no lo dio a entender, porque levantó las cejas.

—Ya veo… *tiene* toda mi atención, maese Callas —dijo Previn.

—Bien, bien. Espero tener también dentro de muy poco toda su cooperación. Maese Previn, represento a un grupo comercial cuyo nombre, seamos sinceros, preferiría no mencionar. Aunque soy nativo de Camorr, vivo y trabajo en Talisham. Esta noche he sido invitado a una cena a la que asistirán varios contactos muy

importantes, entre ellos un noble, para discutir las cuestiones comerciales por las que he sido enviado a esta ciudad. Pero…, ah, ahora viene la cuestión más embarazosa, me temo que he sido víctima de un cuantiosísimo robo.

—¿Un robo, maese Callas? ¿A qué se refiere?

—A mi guardarropa —dijo Locke—. Me han robado todas mis ropas y pertenencias mientras dormía. El dueño de la taberna, los dioses confundan al muy bastardo, afirma que no tiene ninguna responsabilidad en semejante crimen e insiste en que yo dejé abierta la puerta de mi habitación.

—Puedo recomendarle a un abogado para que ponga una denuncia en su nombre —Previn abrió un cajón y rebuscó entre los pergaminos que se encontraban dentro—. Puede llevar al dueño de la taberna ante el Tribunal de Reclamaciones Comunes del Palacio de la Paciencia; sólo se demorará cinco o seis días, siempre que consiga que uno de los oficiales de la Guardia corrobore su historia. Y puedo preparar todos los documentos necesarios para…

—Maese Previn, discúlpeme. Lo que me propone es un procedimiento muy acertado que yo aceptaría gustoso en cualquier otra circunstancia, pidiéndole que preparara los documentos que fueran necesarios. Pero no dispongo de cinco o seis días; me temo que sólo tengo unas horas. La cena, señor, la cena es esta noche, como ya le he dicho.

—Hmmm —dijo Previn—, ¿no puede excusar su presencia? Seguro que sus socios lo comprenderán… en una situación tan extrema… en un vuelco tan desaforado de la fortuna.

—Oh, si fuera posible… Pero, maese Previn, ¿cómo podría presentarme ante ellos y pedirles que confíen cientos de miles de coronas al grupo que represento, cuando ni siquiera soy capaz de cuidar de mi propio guardarropa? Es… una situación muy embarazosa. Me temo que perderé este negocio, que se me escurrirá de los dedos. El noble en cuestión es… un tanto excéntrico. Me temo que no toleraría una irregularidad como la presente; si no asisto a ese encuentro, me temo que jamás querrá volver a verme.

—Interesante, maese Callas. Sus suposiciones pueden ser… válidas. Creo que conoce bien el carácter de sus socios. Pero, dígame, ¿cómo puedo ayudarle?

—Ambos somos de la misma complexión, maese Previn —dijo Locke—. Ambos somos de la misma estatura, y yo aprecio mucho la sutileza de su ojo para el corte del traje y los colores… tiene un gusto singular. Lo que le propongo es que me alquile un traje apropiado para la ocasión, con todos los adornos y complementos necesarios. Le entregaré cinco coronas en depósito, y cuando haya terminado mis asuntos y le devuelva las ropas podrá quedarse con ellas.

—¿Usted… usted quiere que le *alquile* mi ropa?

—Sí, maese Previn, y le daré mil gracias por ser tan considerado. Su ayuda será inconmensurable. Mi grupo se mostrará muy agradecido con usted, puedo asegurárselo.

—Hmmm —Previn cerró el cajón del escritorio y se acarició la barbilla, el ceño fruncido—. El dinero que se propone darme en depósito es la sexta parte del precio de las ropas que podría alquilarle al gusto de las exigencias de un aristócrata. La sexta parte, o quizá menos.

—Ah, yo le aseguro, maese Previn, que, si exceptuamos este desafortunado robo, siempre me he considerado como la precaución hecha carne. Cuidaré de su ropa como si mi vida dependiera de ella… como realmente *así es*. Si esta negociación fracasa, creo que me quedaré sin trabajo.

—Es… es algo muy fuera de lo corriente, maese Callas. Lo que me pide es algo muy irregular. ¿Cuál es el nombre del grupo para el que trabaja?

—Me da… cierto embarazo revelarle su nombre, maese Previn. Por miedo de que mi situación repercuta en ellos. Sólo intento comportarme con la lealtad que les debo, compréndame.

—Lo comprendo, lo comprendo, aunque también quiero que usted comprenda que ningún hombre con dos dedos de frente le entregaría a un completo desconocido treinta coronas a cambio de cinco, a menos… de poseer algo más que una garantía verbal. Le ruego que me disculpe, pero así tiene que ser.

—Muy bien —dijo Locke—. Trabajo para el Grupo Mercantil Occidental del Mar de Hierro, registrado en Tal Verrar.

—El Grupo Mercantil Occidental del Mar de Hierro… hmmm —Previn abrió otro cajón y rebuscó en unos cuantos documentos—. Aquí tengo el directorio del Meraggio para el año en curso, el septuagésimo octavo año de Aza Guilla, y en Tal Verrar… no aparece registrado ningún Grupo Mercantil Occidental del Mar de Hierro.

—Ah, el maldito problema de siempre —dijo Locke—. Nos registramos durante el segundo mes del año en curso; somos demasiado recientes para aparecer en ese listado. Eso ya me ha dado algún que otro problema, créame.

—Maese Callas —dijo Previn—, me cae simpático, de veras, pero esta situación es… perdóneme por lo que voy a decirle… es demasiado irregular para sentirme cómodo con ella. Me temo que no puedo ayudarle, aunque espero que dé con alguna solución para contentar a sus socios.

—Maese Previn, se lo ruego, por favor…

—Señor, la entrevista ha terminado.

—Entonces estoy condenado —dijo Locke—. No tengo ninguna esperanza. Le ruego, señor, que lo reconsidere…

—Soy un secretario legal, maese Callas, no un sastre. La entrevista ha terminado; le deseo buena suerte y *buenos días*.

—¿No hay nada que yo pueda hacer para, al menos, tener la posibilidad de…?

Previn cogió la campanilla que descansaba a un lado de su escritorio y la agitó por tres veces; los guardias comenzaron a insinuarse en medio de la muchedumbre. Locke recogió la moneda de hierro blanco de encima del escritorio y suspiró.

—Este hombre debe salir de aquí bajo escolta —dijo Previn cuando uno de los guardias del Meraggio posó su mano enguantada encima de los hombros de Locke—. Por favor, trátenle con la cortesía debida.

—Por supuesto, maese Previn. Por aquí, señor —respondió el guardia, mientras Locke era levantado de su asiento por no menos de tres individuos tan grandes como casas y, acto seguido, llevado hasta el pasillo principal de la galería pública, sacado del vestíbulo y devuelto a los escalones de la entrada. La lluvia había cesado y la ciudad, envuelta en el vapor que brotaba de sus piedras aún calientes, olía como si acabaran de lavarla.

—Será mejor que no volvamos a verle —dijo uno de los guardias. Los tres seguían mirándole mientras hombres y mujeres subían por los escalones, ignorándole. No podía decirse lo mismo de los casacas amarillas, que le miraban fijamente con cierto interés.

—Mierda —dijo en voz baja, y se dirigió hacia el sudeste a buen paso. Cruzaría uno de los puentes hasta llegar a Videnza y buscaría a uno de los sastres que vivían en aquel distrito…

3

El reloj de agua daba las doce del mediodía cuando Locke regresó al pie de los escalones del Meraggio. Las ropas de tonos claros de «Tavrin Callas» se habían esfumado; en su lugar, Locke vestía un grueso chaleco de algodón, unas calzas baratas y unas medias, todo de color negro; llevaba oculto el cabello bajo una gorra de terciopelo negro, y en lugar de la perilla (que había conseguido quitarse con mucho dolor… más adelante se acostumbraría a llevar siempre consigo un tubo de disolvente para desprender el adhesivo) lucía un espeso bigote. Tenía las mejillas encendidas y sudaba en más de un sitio. Con un rollo de pergamino (en blanco) en una mano, incluso se permitió una pizca de acento de Talisham cuando, después de subir por los escalones y de entrar en el vestíbulo, se dirigió a los guardias.

—Necesito un secretario legal —dijo Locke—. No tengo cita y tampoco negocios con ninguno de los bufetes de abogados de este lugar; no me importa esperar a que alguno quede libre.

—Secretarios legales a la derecha —el guardia al que ya conocía de antes consultó el directorio—. Puede intentarlo con Daniella Montagu, galería pública, mesa dieciséis; o quizá… con Etienne Acalo, mesa treinta y seis. De cual modo, hay un área reservada para las visitas.

—Es muy amable —dijo Locke.

—¿Nombre y distrito?

—Galdo Avrillaigne —dijo Locke—. Soy de Talisham.

—¿Puede escribir?

—Sí, casi siempre —dijo Locke—, excepto cuando me encuentro enfermo.

El guardia se le quedó mirando unos instantes hasta que otro de los guardias que se encontraba detrás de Locke lanzó una risita; entonces el guardia del directorio mostró en su rostro los síntomas evidentes de que acababa de comprender la chanza de Locke y, como no le hizo mucha gracia, se limitó a decir:

—Firme aquí o haga una señal, maese Avrillaigne.

Locke tomó la pluma que acababa de entregarle y escribió una firma muy fluida y elaborada al lado del «GALLDO AVRILLANE» que había puesto el guardia, tras lo cual se dirigió al interior de las oficinas, luego de saludarle cordialmente con la cabeza.

Locke entró rápidamente en la galería pública mientras fingía sentirse azorado por tanta gente; pero en vez de sentarse en el área de espera, que estaba señalizada con unas barandillas de latón, se dirigió directamente hacia el joven bien vestido que se sentaba en la mesa 22, el cual garrapateaba con furia en un trozo de pergamino, solo, sin ningún cliente. Locke se sentó en la silla que se encontraba delante de la mesa y carraspeó.

El hombre alzó la vista; era un camorrí delgado de cabellos negros echados hacia atrás y gafas que ocultaban unos ojos grandes y muy expresivos. Llevaba puesta una casaca de color crema con forro de color ciruela tirando a púrpura, tal y como podía apreciarse por los puños de la misma; el forro iba a juego con la camisa y el chaleco. Sus onduladas corbatas de seda estaban formadas por varias capas de colores crema y púrpura oscuro. El hecho de que aquel hombre vistiera con demasiada elegancia y fuera unos cinco o seis centímetros más alto que Locke no suponía ningún obstáculo insalvable.

Locke puso la voz de «no soy de tu ciudad», pero con el estilo más familiar y convincente, cuando dijo:

—¿Le gustaría tener esta tarde cinco monedas de hierro blanco en el bolsillo?

—Cinco… Señor, creo que me encuentro en desventaja con usted. ¿En qué puedo ayudarle y quién es usted?

—Me llamo Galdo Avrillaigne —dijo Locke—, y soy de Talisham.

—Lo último es evidente —comentó aquel hombre—. ¿Ha dicho cinco coronas? No suelo cobrar tanto por mis servicios, pero antes me gustaría escuchar qué necesita de mí.

—Sus servicios —dijo Locke—, sus servicios profesionales no son, precisamente, lo que necesito de usted, maese…

—Magris, Armand Magris —dijo aquel hombre—, pero si usted no me conoce y no necesita mis…

—He mencionado el hierro blanco —Locke mostró la misma moneda que, dos horas antes, había descansado encima del escritorio de Koreander Previn. Apareció por encima de sus nudillos y ahí se quedó, pues Locke jamás había conseguido aprender aquel arte de moverla entre ellos que tan bien practicaban, o habían practicado, los Sanza—. Cinco coronas de hierro blanco por un servicio insignificante, aunque un tanto inusual.

—¿Cómo de inusual?

—Recientemente he tenido una racha de mala suerte, maese Magris —dijo Locke—. Soy representante comercial de Strollo e Hijos, los pasteleros más célebres de toda Talisham y distribuidores de dulces y exquisiteces. Me embarqué en Talisham para entrevistarme en Camorr con unos clientes potenciales… clientes de alto rango, si me permite decirlo. Dos nobles y sus esposas llamaron a mis superiores para que animaran sus comidas con nuevas experiencias gustativas.

—¿Desea que le prepare algún tipo de documento para una eventual sociedad o para efectuar alguna venta?

—Nada tan mundano, maese Magris, nada tan mundano. Por favor, entérese de hasta dónde llega mi infortunio. Me enviaron a Camorr por vía marítima con cierto número de paquetes. Dichos paquetes contenían preparados azucarados de excelencia y delicadeza insuperables, exquisiteces que ni siquiera sus famosos cocineros de Camorr jamás hubieran imaginado: pastelillos rellenos de crema alquímica… tartas de cinamomo con brandy Austershalin de Emberlain glaseado… Maravillas. Iba a cenar con nuestros potenciales clientes y comprobar si las artes de mis superiores les habían llenado de entusiasmo. Las sumas implicadas en la celebración del festín… el contrato es muy cuantioso.

—No lo dudo —dijo Magris—, parece un trabajo muy agradable.

—Lo sería si no fuese por un hecho desafortunado —dijo Locke—. El navío que me conducía con la velocidad que habíamos estipulado… estaba infestado de ratas.

—Oh, amigo… ¿no me irá a decir que…?

—En efecto —dijo Locke—. Mis productos. Mis excelentes productos se hallaban protegidos por un embalaje muy sutil. El hecho de no guardarlos en la bodega debió de darles a las ratas más tiempo para disponer de ellos. Cayeron sobre mis productos como cuervos hambrientos; todo lo que llevaba quedó inservible.

—Lamento muchísimo enterarme de tan gran pérdida —comentó Magris—. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Mis productos estaban embalados junto con toda mi ropa —explicó Locke—. Y ahora viene la parte que es más embarazosa. Entre las depredaciones causadas por los dientes y, oh, los excrementos, perdón por la indelicadeza…, mi guardarropa quedó completamente destruido. Me había vestido de un modo sencillo para el viaje y ahora ésta es la única ropa que me queda.

—¡Por los Doce, vaya lío! ¿No tendrán abierta sus jefes alguna cuenta aquí, en el Meraggio? ¿Tiene usted algún tipo de crédito que le permita comprarse nuevas ropas?

—Por desgracia, no —dijo Locke—. Estuvimos discutiéndolo, y yo insistí en que la abrieran. Pero no disponemos de ninguna cuenta de la que ahora pueda valerme, y el compromiso de la cena de esta noche se va haciendo más acuciante a medida que pasa el tiempo. Y aunque no pueda presentarles nuestros productos, al menos puedo presentarme yo y disculparme… pues no quiero ofenderlos. Uno de nuestros clientes potenciales es, ah, un hombre muy particular y muy selecto. *Muy* particular y selecto.

Y no quiero defraudarle por completo. Estoy por afirmar que haría correr la voz en su mundillo de que Strollo e Hijos no son de fiar. Y eso sería una imputación no sólo contra nuestros productos, sino contra nuestra propia cultura; creo que lo comprende.

—Sí, algunos de nuestros nobles se hallan firmemente asentados en sus… costumbres. Pero aún no consigo descubrir cuándo va a entrar en escena esa ayuda que me pide.

—Ambos somos de una talla similar, señor, de una talla curiosamente similar. Y su gusto, maese Magris, es superlativo; podríamos ser hermanos perdidos desde hace largo tiempo por lo que nos parecemos en el gusto por los colores y los trajes. Usted es un poco más alto que yo, pero creo que podré soportarlo el poco tiempo que será necesario. Así que, lo que le pido, señor, lo que le suplico… es que me alquile unas cuantas ropas suyas. Esta noche tengo que cenar con los nobles; ayúdeme a cumplir mi papel para que mis jefes puedan terminar este asunto con el nombre bien alto.

—¿Me pide… me está pidiendo que le alquile casaca y calzas, medias y zapatos, y todos los aditamentos necesarios?

—Eso mismo —dijo Locke—, con mi más seria promesa de que cuidaré de cada una de sus puntadas como si fuera lo último de este mundo. Y lo que es más, le propongo dejarle en prenda cinco coronas de hierro blanco. Guárdelas hasta que le haya devuelto la última hebra de tejido, y luego quédese con ellas. Creo que son la paga de uno o dos meses y las habrá ganado sin tener que trabajar.

—Realmente… es una bonita suma. No obstante —dijo Magris, mirándole como si intentara reprimir una sonrisa burlona— es…, creo que me comprende, una situación muy extraña.

—Le comprendo perfectamente, le comprendo no sabe cuánto. ¿No consigo inspirarle un poco de lástima? No me siento orgulloso de tener que pedírselo, maese Magris. Pero no sólo es mi trabajo lo que está en juego, sino la reputación de mis jefes.

—No lo dudo —dijo Magris—. No lo dudo. Es una pena que las ratas no hablen el therinés; estoy por apostar que su declaración sería interesante.

—Seis coronas de hierro blanco —insistió Locke—. Puedo estrujar mi bolsa hasta ese punto. Se lo imploro, señor…

—*Criik-criik, criik-criik,* dirían —se chanceó Magris—. Y eso sería todo lo que escucharíamos de esas gordas descreídas de ratas. Declararían y luego las meteríamos en un barco que fuera hasta Talisham para que siguieran dándose en él un festín. Sus Strollo e Hijos tendrían unos empleados que les serían leales de por vida, aunque demasiado pequeños, por supuesto.

—Maese Magris, eso es un completo…

—Realmente, usted no es de Talisham, ¿verdad que no?

—Maese Magris, *por favor*.

—Ésta es una de las pruebas del Meraggio, ¿no?, del estilo de la que le hicieron a la pobre Willa el mes pasado —Magris ya no pudo contener la risa; era evidente que

se sentía muy contento consigo mismo—. Puede informar al buen maese Meraggio de que mi dignidad no echa a correr con sólo ver una monedita de hierro blanco. Jamás deshonraré a este establecimiento haciéndome cómplice de semejante broma. ¿Será tan amable, por supuesto, de darle los mejores saludos de mi parte?

Puesto que Locke ya había tenido antes ocasión de conocer lo que era la verdadera frustración, pudo reprimir con cierta facilidad las ganas que sentía de saltar por encima del escritorio de Magris y estrangularle. Gimiendo para sus adentros, recorrió la sala con la mirada durante un breve instante… y entonces, de pie en una de las galerías del segundo piso, descubrió al propio Meraggio.

Giancana Meraggio llevaba una levita a la última moda, muy elegante, amplia y desabotonada, con puños llamativos y brillantes botones de plata un tanto superfluos. Casaca, calzas y corbatas eran de un azul oscuro particularmente bonito, el color del cielo poco antes de la Falsa Luz… Aquella ropa, elegante y de excelente calidad, mostraba claramente que era cara, pero de un modo tan sutil que no resultaba ostentoso ni ofensivo. Aquel individuo tenía que ser Meraggio, porque en la solapa derecha de su casaca llevaba una orquídea prendida con un alfiler… aquella orquídea recién cortada, con la que diariamente adornaba la ropa que se ponía, era el único toque de afectación que solía permitirse.

Al compararlo con los contables y ayudantes que se encontraban a su lado, Locke estimó que su constitución y su estatura eran muy similares a las suyas.

El plan salió de la nada y barrió los pensamientos que llenaban su mente como si llegara al abordaje… En un abrir y cerrar de ojos se había hecho fuerte y se erguía ante él; era tan sencillo como caminar en línea recta. Locke abandonó el acento de Talisham y le devolvió la sonrisa a Magris.

—Vaya, maese Magris, veo que es demasiado astuto para mí. Demasiado astuto, y con mucho. Mis felicitaciones; hizo muy bien negándose a lo que le pedía. Y no tema… informaré personalmente al propio Meraggio. Su perspicacia no le pasará desapercibida. Y ahora, si me disculpa…

4

En la fachada trasera del Meraggio había una entrada de servicio que daba a un callejón bastante ancho, por la que entraba todo lo que iba a parar a las cocinas y a las despensas. También era el lugar donde los camareros se tomaban el almuerzo, que los recién incorporados al establecimiento debían despacharse en pocos minutos, nada comparable a la media hora que los miembros veteranos tenían para comer y repantigarse entre los cambios de turno. Un único guardia, con cara de aburrimiento, apoyaba la espalda en la pared donde se encontraba la puerta de servicio, los brazos cruzados; cuando Locke se le acercó, volvió a la vida.

—¿Asunto?

—Realmente ninguno —dijo Locke—. Sólo quería hablar con uno de los camareros o con alguien de la cocina.

—Esto no es un parque público. Haría mejor largándose.

—Sea amable —dijo Locke. Un solón apareció en una de sus manos, lo suficientemente cerca del guardia para que éste pudiera cogerlo—. Estoy buscando trabajo, eso es todo. Sólo quiero hablar con algún camarero o ayudante de cocina, ¿de acuerdo? Con los que no estén de servicio. No molestaré a nadie más.

—Si es así, adelante —el guardia hizo desaparecer la moneda en uno de sus bolsillos—. Pero no tarde demasiado.

Justo al lado de la entrada de servicio se encontraba el recibidor, que era pequeño, de techo muy bajo y poco ventilado. Media docena de camareros silenciosos apoyaban la espalda en la pared o se paseaban; uno o dos tomaban sorbos de té mientras los demás saboreaban el simple placer de no hacer nada. Locke los catalogó enseguida, escogió el que más se acercaba a su estatura y constitución, y se dirigió rápidamente hacia él.

—Necesito que me ayudes —dijo Locke—. Te daré cinco coronas; no nos llevará más que unos pocos minutos.

—¿Quién diablos eres?

Locke se le acercó aún más, agarró una de sus manos y deslizó en ella una moneda de hierro blanco. El hombre apartó la mano de un tirón y miró lo que había en ella. Sus ojos hicieron una interpretación bastante buena de cómo se les vería cuando quisieran salirse de sus órbitas.

—El callejón —dijo Locke—. Tenemos que hablar.

—Por los dioses —dijo el camarero, calvo, con cara de perro pachón y unos treinta y tantos años.

Ambos salieron por la puerta de servicio y entraron en el callejón, donde anduvieron un trecho hasta quedarse a más de diez metros de distancia del guardia, para que éste no pudiera escuchar lo que iban a decirse.

—Trabajo para el Duque —explicó Locke—, y tengo que entregarle este mensaje a Meraggio, pero no pueden verme en las oficinas con estas ropas. Hay ciertas… complicaciones —Locke agitó el rollo de pergamino (en blanco) delante del camarero.

—Yo, ah, podría entregarlo en tu nombre.

—Cumplo órdenes —repuso Locke—. Es una entrega en mano, ni más ni menos. Tengo que subir adonde está y pasar desapercibido; sólo necesito cinco minutos. Como ya te he dicho, te daré cinco coronas. Dinero contante y sonante para gastártelo al mediodía. Sólo tengo que hacerme pasar por un camarero.

—Mierda —dijo el camarero—. Por lo general, siempre hay algo de ropa sobrante… libreas negras y delantales. Podrías habértelas arreglado con eso, pero hoy toca lavandería. No queda nada de ropa.

—Claro que queda —dijo Locke—. La que llevas puesta es, exactamente, la que necesito.

—No, espera un minuto. No es posible…

Locke volvió a cogerle de una mano para deslizar en ella cuatro coronas de hierro blanco.

—¿Acaso has tenido alguna vez tanto dinero en tu vida?

—No, por los Doce —dijo el hombre con un susurro. Se humedeció los labios, miró a Locke durante uno o dos segundos y asintió con la cabeza—. ¿Qué tengo que hacer?

—Sólo seguirme —dijo Locke—. Será rápido y sencillo.

—Tengo unos veinte minutos —dijo el camarero—. Después tendré que estar de vuelta.

—Cuando haya terminado el asunto que me trae hasta aquí —dijo Locke—, eso no tendrá importancia. Le diré a Meraggio que nos has ayudado; saldrás de apuros.

—Uh, de acuerdo. ¿Adónde vamos?

—Justo al doblar esta esquina… necesitamos una posada.

La Sombra Acogedora estaba justo al doblar la manzana donde se encontraban las oficinas del Meraggio; estaba aceptablemente limpia, era barata y desprovista de todo lujo… el tipo de lugar donde se albergaban correos, estudiosos, secretarios, asistentes y funcionarios de categoría inferior, no las clases superiores del mundo de los negocios. Era un edificio cuadrado de dos plantas con un patio central a la manera de las casas de campo de la época del Trono de Therin. En el centro de dicho patio se encontraba un olivo bastante alto cuyas hojas susurraban de un modo muy agradable bajo la luz del sol.

—Una habitación —dijo Locke— exterior, sólo para un día —y dejó unas monedas encima del mostrador. El dueño salió llave en mano para acompañar a Locke y al camarero hasta una habitación del segundo piso con un «9» en la puerta.

La habitación número 9 tenía un par de catres plegables, una ventana de papel encerado, un pequeño servicio y nada más. El dueño de la Sombra Acogedora les hizo una leve reverencia y se fue sin más. Como la mayoría de los posaderos de Camorr, las preguntas que hubiera podido formular a sus clientes solían desvanecerse en cuanto el dinero caía en el mostrador.

—¿Cómo te llamas? —Locke cerró la puerta y echó la llave.

—Benjavier —dijo el camarero—. ¿Estás, ah, seguro… de que esto funcionará?

En respuesta, Locke sacó la bolsa de monedas de uno de sus bolsillos y se la puso a Benjavier en la mano.

—Aquí dentro hay más de dos coronas, sin contar lo que recibirás. Más unas pocas monedas de oro y de plata. Mi palabra es tan buena como el dinero… puedes quedarte con la bolsa hasta que regrese.

—Por los dioses —dijo Benjavier—. Todo esto… es muy extraño. Me pregunto qué habré podido hacer para merecer toda esta fortuna.

—La mayoría de los hombres no hacen nada para merecer lo que los dioses disponen según sus designios —dijo Locke—. ¿Cerramos el trato o no?

—Sí, sí —Benjavier se quitó el delantal y lo tendió a Locke; entonces comenzó a desabotonarse la librea y las calzas. Locke se quitó la gorra de terciopelo.

—Veo que tienes el pelo gris. No aparentas la edad que tienes… en la cara, quiero decir.

—Siempre he gozado de una apariencia jovial —dijo Locke—. Algo que me ha sido provechoso a la hora de servir al Duque. También necesito tus zapatos… los míos estarían fuera de lugar con estas ropas tan buenas.

Sin perder tiempo, los dos se quitaron la ropa y Locke se fue vistiendo hasta quedarse en el centro de la habitación convertido en uno de los camareros del Meraggio, con el delantal marrón en la cintura. Benjavier, en ropa interior, se tumbó en uno de los jergones, pasándose de una mano a otra la bolsa llena de tintineantes monedas.

—Bueno, ¿cómo me ves?

—Muy elegante —dijo Benjavier—. Todo te queda bien.

—Muy bien. Por mi parte, yo te veo rico. Quédate ahí y cierra la puerta; volveré enseguida. Llamaré cinco veces, ni una más. ¿Entendido?

—Entendido.

Locke cerró la puerta tras de sí, bajó deprisa las escaleras, cruzó el patio y salió a la calle. Recorrió el camino más largo para regresar al Meraggio, con intención de entrar por la puerta de la fachada principal y evitar al guardia de la entrada de servicio.

—Se supone que no debéis estar entrando y saliendo por aquí —dijo el guardia del directorio cuando Locke entró como una exhalación en el vestíbulo, las mejillas encendidas y sudando.

—Lo sé, perdón —Locke agitó el rollo de pergamino (en blanco) que llevaba en la mano—. Me envían para entregar esto a uno de los secretarios legales… uno de los miembros de la galería privada, en particular.

—Oh, lo siento. No te entretengas; adelante.

Por tercera vez, Locke se adentró en la muchedumbre que atestaba el piso principal del Meraggio, satisfecho de las pocas miradas que suscitaba su paso. Se movió con destreza entre los hombres y mujeres bien vestidos y se apartó del camino que seguían los camareros que llevaban bandejas de plata con sus tapaderas, teniendo la precaución de asentir familiarmente con la cabeza cuando pasaba cerca de ellos. En unos momentos se encontró con lo que había estado buscando… dos guardias apoyados en una de las paredes, las cabezas juntas mientras charlaban.

—Parecen muy animados, caballeros —dijo Locke cuando pasó ante ellos; cualquiera de los dos pesaba al menos treinta y cinco kilos más que él—. ¿No habrán visto a un hombre llamado Benjavier? Es uno de mis camareros.

—Le conozco de vista —dijo uno de los guardias.

—Pues está con la mierda hasta el cuello —dijo Locke—. Ahora se encuentra en la Sombra Acogedora y acaba de cagarla con una de las pruebas del Meraggio. Tengo que traerlo de vuelta, y se me había ocurrido que ustedes dos podrían ayudarme.

—¿Una de las pruebas del Meraggio?

—Ya saben —dijo Locke—, como la que le hicieron a Willa.

—Oh, sí, esa secretaria de la sección pública. ¿Dice que se llama Benjavier? ¿Y qué ha hecho?

—Venderse, y al Meraggio no le ha gustado. Cuanto antes le traigamos de vuelta, mejor.

—Uh… claro, claro.

—Salgamos por la puerta de servicio.

Locke se situó estratégicamente para dar la impresión de que caminaba al lado de los guardias, cuando la verdad era que los estaba siguiendo a través de las cocinas, los pasillos de servicio y, finalmente, el recibidor. Entonces los adelantó y los dos guardias que le seguían los talones se detuvieron a la entrada del callejón, moviendo ostensiblemente las manos en dirección al guardia que no estaba de servicio. Aquel hombre no dio muestras de haberle reconocido; el propio Locke ya había visto a docenas de camareros con sus propios ojos. Sin duda alguna, cualquier desconocido podía hacerse pasar por uno de ellos al menos por algún tiempo, que era lo único que necesitaba Locke.

Pocos minutos después, llamaba cinco veces a la habitación número 9 de la Sombra Acogedora. Benjavier abrió la puerta, pero sólo una pizca, hecho que Locke aprovechó para colarse por ella y comenzar a hablar de una manera que le era familiar, la misma que había empleado cuando, haciéndose pasar por uno de los Merodeadores de la Medianoche, había aleccionado a don Lorenzo Salvara.

—Era una prueba de lealtad, Benjavier —dijo Locke, mientras entraba con paso majestuoso en la habitación, la mirada fría—. Una prueba de *lealtad*. Y tú la cagaste. Cójanlo bien fuerte, compañeros.

Los dos guardias avanzaron para apoderarse del semidesnudo camarero que los miraba atónito.

—Pero… pero si yo no… pero si dijiste…

—Tu trabajo consiste en servir a los clientes del Meraggio y en mantener la confianza depositada en el Meraggio. El mío en localizar y tratar a la gente que *no es* digna de su confianza. Me vendiste tu maldito uniforme —Locke recogió del camastro las coronas de hierro blanco y la bolsa con las demás monedas, dejando caer aquéllas en la bolsa mientras hablaba—. Yo hubiera podido ser un ladrón. O peor, un asesino. Y tú me hubieras dejado acercarme hasta maese Meraggio llevando el mejor de los disfraces.

—Pero tú… ¡oh, dioses, no puedes hablar en serio! ¡Esto no puede estar sucediendo!

—¿Acaso no te parecen serias las caras de estos hombres? Lo siento, Benjavier. No es nada personal… tu decisión fue completamente desacertada —Locke había dejado la puerta abierta—. Vamos, fuera con él. Regresamos al Meraggio a toda prisa.

Benjavier pataleó, refunfuñó y lloriqueó.

—No, no, no pueden hacer eso, he sido completamente leal todo este tiempo…

Locke le agarró de la barbilla y le miró a los ojos, diciendo:

—Si te resistes, pataleas, gritas o sigues armando un escándalo de mil diablos, el asunto no se quedará en el Meraggio, ¿me comprendes? Te entregaremos a la Guardia. Y veremos cómo te llevan encadenado al Palacio de la Paciencia. Maese Meraggio tiene muchos amigos es ese sitio… A lo peor tu caso se traspapela y no aparece en varios meses. Y a lo mejor tú te quedas metido en una jaula de araña, pensando en la mala acción que hiciste mientras comienzan a caer las lluvias del invierno. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí —sollozó Benjavier—. Oh, dioses, lo siento, lo siento…

—No es conmigo con quien tienes que disculparte. Y ahora, como he dicho, lleváoslo enseguida. Maese Meraggio quiere hablar con él.

Locke encabezó el regreso a las oficinas, con Benjavier que sollozaba, pero sin protestar. Locke entró teatralmente en el recibidor, se cruzó con el guardia de la puerta de servicio, que se había quedado atónito, y dijo con voz tonante:

—Despejad la habitación. *Ahora mismo*.

Algunos de los camareros francos de servicio pusieron cara de ir a decir algo, pero entonces, descubrir a Benjavier semidesnudo y sujeto con fuerza por los dos guardias les convenció de que algo malo sucedía. Así que salieron corriendo de la habitación.

—Retenedlo aquí —dijo Locke—. Voy a avisar a maese Meraggio; estaremos de vuelta en muy pocos momentos. La habitación tiene que estar sin nadie hasta que regresemos. Que los camareros vayan a descansar a cualquier otro sitio.

—Eh, ¿qué está pasando? —el guardia de la puerta de servicio acababa de meter la cabeza por la puerta del recibidor.

—Si valora en algo su trabajo —amenazó Locke—, mantenga los ojos bien abiertos en el callejón, y no deje entrar a nadie. Meraggio no tardará en llegar y estará de mal humor, así que lo mejor que puede hacer es que no se fije en usted.

—Creo que tiene razón, Laval —dijo uno de los guardias que retenían a Benjavier.

—Uh… claro, claro —y el guardia de la puerta de servicio se esfumó.

—Y en cuanto a ti —dijo Locke, acercándose mucho a Benjavier—, como ya dije, no es nada personal. ¿Puedo darte un consejo? No juegues. No hagas chorradas. A Meraggio no puedes mentirle. Ninguno de nosotros puede, ni siquiera estando inspirados. Así que confiesa. Sé completamente honesto. ¿Me comprendes?

—Sí —dijo Benjavier, sorbiendo por la nariz—, sí, por favor, haré lo que sea…

—No tienes que hacer nada. Pero si quieres que maese Meraggio sea benévolo contigo, o incluso amable, entonces, desembucha de una puta vez, por los dioses, y de corrido. Y no juegues, ¿recuerdas?

—Sí, de acuerdo… lo que sea…

—Regresaré enseguida —dijo Locke y dio media vuelta en dirección a la puerta. Al dejar atrás el recibidor se permitió una sonrisita de satisfacción; había conseguido que los dos guardias se asustaran tanto de él como el camarero. Le extrañaba lo deprisa que unas cuantas baladronadas y disparates podían convertirse en un asomo de autoridad. Se abrió camino entre los pasillos de servicio y las cocinas hasta que llegó a la sala abierta al público.

—¿Puede decirme si maese Meraggio se encuentra en las galerías reservadas a los miembros? —preguntó al primer guardia con el que se cruzó mientras ondeaba el rollo de pergamino (todavía en blanco) como si tuviera que ver con algún asunto crucial.

—Por lo que yo sé —respondió el guardia—, debe de estar en la tercera planta, recogiendo informes.

—Muchas gracias.

Saludando con la cabeza a la pareja de guardias que se encontraba al comienzo de la gran escalera que llevaba a la galería de socios del primer piso, Locke comenzó a subir sus peldaños de hierro pavonado. Aunque le pareciera que su uniforme oscuro le otorgaba las garantías suficientes para poder llegar hasta las galerías, siguió mostrando con ostentación el rollo de pergamino, por si acaso. Escrutó la galería del primer piso y, al no encontrar a quien buscaba, tiró hacia el segundo.

Encontró a Giancana Meraggio en la tercera planta, tal y como le había indicado el guardia. Meraggio observaba fijamente las oficinas de acceso público, aunque con la mirada perdida, mientras escuchaba los comentarios de la pareja de contables que tenía tras él, acerca de unos gráficos grabados en unas tablillas de cera que a Locke no le dijeron nada. No daba la impresión de que Meraggio tuviera ningún guardaespaldas cerca, pues, sin duda, debía de sentirse a salvo dentro de los límites de su reino comercial. Mucho mejor. Locke fue a su encuentro, pero no de frente, para saborear la arrogancia de hacer lo que se disponía a hacer, y se detuvo antes de llegar, para dar tiempo a que Meraggio reparara en él.

Los contables y otros que se encontraban cerca, en la galería de los miembros, comenzaron a hablar entre sí en voz baja; unos segundos después, Meraggio se volvió y descargó todo el poder de su mirada, tan fuerte como la luz de una linterna sorda, sobre Locke. Tan sólo le llevó unos pocos segundos a aquella mirada pasar de la irritación a la sospecha.

—Tú —dijo Meraggio— *no* trabajas para mí.

—Le traigo saludos del Capa Raza de Camorr —dijo Locke con voz tranquila y respetuosa—. Tengo un asunto muy serio que someter a su atención, maese Meraggio.

El dueño de las oficinas se le quedó mirando, luego se quitó las gafas y las guardó en uno de los bolsillos de su casaca.

—Así que es cierto. Había oído que Barsavi había seguido el camino de todos los seres vivos… y ahora su maestro me envía un lacayo. Cuánta amabilidad. ¿De qué asunto se trata?

—Un asunto que no desentona con los suyos, maese Meraggio. Estoy aquí para salvarle la vida.

Meraggio lanzó un resoplido.

—No creo que mi vida peligre, mi querido e impropiamente vestido amigo. Estamos en mi casa, donde cualquiera de sus guardias le cortará las pelotas con sólo dos palabras que salgan de esta boca. Si yo fuera usted, comenzaría explicando de dónde ha salido ese uniforme.

—Se lo compré —dijo Locke— a uno de sus camareros, un individuo llamado Benjavier. Sabía que era maleable porque formaba parte de una conjura para acabar con la vida de usted.

—¿Ben? Por todos los dioses, maldita sea… ¿qué pruebas tiene de eso que me cuenta?

—Tengo a varios de sus guardias que ahora lo retienen, medio vestido, en la entrada de servicio.

—¿A qué se refiere con eso de que *usted* tiene a varios de *mis* guardias? ¿Quién diablos se cree que es?

—Capa Raza me ha dado la orden de salvarle la vida, maese Meraggio. Y es lo que intento hacer. Y, respecto a quién soy yo, es evidente que soy su *salvador*.

—Mis guardias y mis camareros…

—No son de fiar —comentó Locke con un siseo—. ¿Está usted ciego? No he comprado lo que tengo puesto en un ropavejero; me limité a entrar por la puerta de servicio y a ofrecer unas cuantas coronas, y su hombre, Benjavier, me vendió el uniforme así de fácil —y Locke chasqueó los dedos—. El guardia de la puerta de servicio me dejó pasar por mucho menos… un simple solón. Sus hombres no son de piedra, maese Meraggio; tengo grandes dudas en lo concerniente a su fidelidad.

Meraggio se le quedó mirando, las mejillas cada vez más encendidas; le miraba como si fuera a golpearle. Pero se limitó a toser y a levantar las palmas de las manos hacia arriba.

—Dígame lo que tenga que decirme —dijo Meraggio— y aquí mismo decidiré lo que debo hacer.

—Esos empleados suyos me están apabullando. Despáchelos para disponer de un poco de intimidad.

—No me diga lo que tengo que hacer en mi propia…

—Sí que le diré lo que tiene que hacer, por todos los diablos —masculló Locke —. Soy su maldito guardaespaldas, maese Meraggio. Usted se encuentra en peligro mortal; los minutos cuentan. Ya conoce, al menos, a un camarero comprometido y a

un guardia negligente; ¿durante cuánto tiempo más continuará impidiéndome que le mantenga con vida?

—¿Por qué le preocupa tanto mi seguridad a Capa Raza?

—Su bienestar personal no significa nada para él —dijo Locke—. Sin embargo, la seguridad del Meraggio es de capital importancia. Ciertos sectores comerciales de Tal Verrar, que desean que el capital de Camorr vaya a menos, han firmado un contrato de asesinato. Raza lleva cuatro días en el poder, así que si a usted le asesinaran, la ciudad se conmovería hasta sus cimientos. La Araña y toda la ciudad harían trizas a toda la gente de Raza para encontrar respuestas. Simplemente, no puede permitirse que a usted le suceda ningún mal. Tiene que mantener la estabilidad en la ciudad, que es lo mismo que quiere el Duque.

—¿Y cómo se ha enterado su maestro de todo eso?

—Fue un regalo de los dioses —dijo Locke—. Cuando los agentes de mi maestro andaban en pos de cierto asunto, que no tiene que ver nada con el que ahora tratamos, interceptaron unas cartas. Por favor, despida a esos contables.

Meraggio meditó durante unos segundos y luego emitió un gruñido, despidiendo a sus ayudantes con un ademán de la mano no exento de enfado. Ellos retrocedieron con los ojos tan abiertos como platos.

—Alguien muy malvado va por usted —dijo Locke—. Es un trabajo que requiere una ballesta; el asesino es de Lashain. Se supone que sus armas han sido tratadas por un mago de la Liga de Karthain; es endiabladamente resbaladizo y siempre da en el blanco. Pero debe sentirse halagado, porque creo que su minuta es de diez mil coronas.

—Es un asunto difícil de digerir, maese…

—Mi nombre no es importante —dijo Locke—. Acompáñeme al recibidor que está detrás de las cocinas. Podrá hablar con el propio Benjavier.

—¿El recibidor que está detrás de las cocinas? —Meraggio frunció el ceño—. No tengo ningún motivo para pensar que no quiera llevarme hasta allí con intención de hacerme alguna jugarreta.

—Maese Meraggio —dijo Locke—, sigue llevando seda y algodón, no cota de malla. Ya han pasado varios minutos desde que se puso al alcance de mi puñal; si mi maestro deseara su muerte, sus entrañas ya estarían manchando la alfombra. No tiene que agradecérmelo, ni siquiera tengo que caerle bien, pero, por el amor de los dioses, hágame el favor de creer que me han ordenado que le proteja, pues nadie se niega a cumplir las órdenes del Capa de Camorr.

—Hmmm. Es algo a tener en cuenta. Y dígame, ¿ese Capa Raza es tan formidable como lo fue Barsavi?

—Barsavi murió llorando a sus pies —dijo Locke—, Barsavi y todos sus hijos. Saque sus propias conclusiones.

Meraggio volvió a ponerse las gafas encima de la nariz, se arregló la orquídea y se llevó las manos a la espalda.

—Vayamos al recibidor —dijo—. Usted primero.

5

Tanto Benjavier como los guardias pusieron cara de terror cuando Meraggio entró al asalto en el recibidor, detrás de Locke. Era evidente que estaban más acostumbrados que Locke a los malos humores de su jefe, y que lo que acababan de ver en su rostro tenía que ser algo realmente turbador.

—Benjavier —dijo Meraggio—, Benjavier, me resulta muy difícil de creer. Después de todo lo que he hecho por ti… después de acogerte y de aclarar todo ese asunto con tu antiguo capitán… ¡No tengo palabras!

—Lo siento, maese Meraggio —dijo el camarero, cuyas mejillas estaban más mojadas que un tejado bajo una tormenta—. Lo siento. No creía que tuviera importancia…

—¿Que *no creías* que tuviera importancia? ¿Es cierto lo que este hombre acaba de contarme?

—¡Oh, dioses, perdonadme! ¡Lo es, es cierto, maese Meraggio! Lo siento, lo siento muchísimo… Por favor, créame…

—¡Silencio, que los dioses te dejen sin luz!

Meraggio se quedó inmóvil y boquiabierto, como si acabara de recibir una bofetada. Miró a su alrededor como si fuera la primera vez que veía el recibidor, como si los guardias vestidos de librea fueran unos seres desconocidos. Parecía a punto de vacilar y de caerse de espaldas, pero se volvió hacia Locke con los puños apretados.

—Cuénteme todo lo que sepa —dijo con un rugido—. Por los dioses, todos los que se encuentren implicados en este asunto acabarán sabiendo hasta dónde llega mi brazo, lo juro.

—Lo primero es lo primero —dijo Locke—. Tiene que sobrevivir a este mediodía. Tiene unos aposentos privados encima de la galería del quinto piso, ¿es correcto?

—Lo es.

—Vayámonos ahora mismo a ellos —dijo Locke—. Arroje a ese pobre bastardo a un sótano; seguro que tiene alguno que sirva. Ya hablará con él cuando se haya terminado este asunto. Por ahora, el tiempo no está de nuestra parte.

Banjavier estalló en sollozos una vez más y Meraggio asintió con cara de disgusto.

—Encerrad a Benjavier en el almacén de las provisiones secas y echad la llave. Vosotros dos quedaos de guardia. Y en cuanto a *ti*…

El guardia de la puerta de servicio acababa de asomar la cabeza por el rincón. Se puso completamente rojo.

—Si esta tarde vuelve a pasar otra persona sin autorización por esa puerta, aunque sea un niño pequeño, te cortaré las pelotas y las sustituiré por unos carbones ardientes. ¿Está claro?

—Per-fectamente claro, m-maese Meraggio, señor.

Meraggio se volvió y salió de la habitación, y en aquella ocasión fue Locke quien tuvo que correr detrás de él.

6

Los aposentos privados, y fortificados, de Giancana Meraggio iban a juego con su ropa, pues estaban magníficamente provistos de todo lo que estaba de moda; a aquel hombre le gustaba mucho emplear materias primas y artesanía como adornos básicos.

La puerta reforzada con acero se cerró con un chasquido metálico tras ellos y la maquinaria de Tal Verrar rechinó mientras sus cilindros de seguridad se incrustaban en el marco. Meraggio y Locke estaban solos. La elegante clepsidra en miniatura que descansaba sobre el escritorio laqueado acababa de llenar el depósito que marcaba la una de la tarde.

—Por ahora, maese Meraggio —dijo Locke—, tendrá que quedarse dentro de estos aposentos hasta que hayamos liquidado a nuestro asesino. No es seguro, pero suponemos que atacará entre la una y las cuatro de la tarde.

—Eso me causará problemas —replicó Meraggio—. Tengo asuntos que atender; notarán mi ausencia en la casa.

—No necesariamente —dijo Locke—. ¿No se ha dado cuenta de que tenemos una constitución parecida? ¿Y no ha pensado que, en la sombra de las galerías de los pisos superiores cualquier hombre podría confundirse con otro?

—¿Me… está proponiendo hacerse pasar por mí?

—En las cartas que interceptamos —dijo Locke— encontramos una información que puede jugar mucho a nuestro favor. Al asesino no le han dado una descripción detallada de su persona, sino que le han dicho que habrá de disparar su dardo contra el único hombre de estas oficinas que lleva una orquídea muy grande en la solapa de su casaca. Si yo me vistiera como usted y ocupara el lugar que suele ocupar en la galería, y me pusiera en la solapa una orquídea sujeta con un alfiler… bueno, pues ese dardo volaría hacia mí y no hacia usted.

—Encuentro muy difícil de creer que posea la santidad necesaria para querer ponerse en mi lugar, si es que ese asesino es tan letal como afirma.

—Maese Meraggio —dijo Locke—, le ruego que me perdone por si acaso no me he expresado con suficiente claridad. Si no lo hago por usted, mi maestro me matará. Además, quizá yo esté más acostumbrado al abrazo de la Señora del Largo Silencio de lo que pueda imaginarse. Y, además, está la recompensa que se me ha prometido por llevar este asunto a buen fin… bueno, si usted estuviera metido en mi pellejo, seguro que no le importaba mirar de frente a ese dardo.

—Y, mientras tanto, ¿qué quiere que haga?

—Quedarse tranquilo en estos aposentos —dijo Locke—. Cerrar las puertas a cal y canto. Entretenerse durante estas pocas horas, pues sospecho que la espera no será larga.

—¿Y qué pasará si el asesino dispara su dardo?

—Me da cierto reparo tener que admitir —dijo Locke— que mi maestro dispone de media docena de hombres dentro de estas oficinas. Algunos de sus clientes no son, realmente, clientes, sino los tipos más listos y duros de Capa Raza, acostumbrados a trabajar deprisa y en silencio. Cuando su asesino dispare, se lanzarán sobre él. Y entre ellos y los guardias de usted, no llegará ni a enterarse.

—¿Y si usted no fuera tan rápido como cree? ¿Y si el dardo llegara a su objetivo?

—Entonces habría muerto, usted seguiría vivo y mi maestro estaría satisfecho —dijo Locke—. Los que hacemos este trabajo también cumplimos el juramento que hacemos, maese Meraggio. Yo sirvo a Raza hasta la muerte. ¿No es así como debe ser?

7

Locke Lamora abandonó los aposentos privados de Meraggio a la una y media, vestido con las mejores ropas (casaca, chaleco y calzas) que jamás se había puesto; todas ellas eran de color azul oscuro, el mismo del cielo antes de la Falsa Luz, y le sentaban muy bien. La camisa de seda blanca era tan fresca al tacto como el agua del río en otoño; estaba sin estrenar, lo mismo que las medias, los zapatos, las corbatas y los guantes. El cabello, echado hacia atrás, se lo había perfumado con aceite de rosas; en el bolsillo guardaba un frasco, junto con la bolsa de tirintos de oro sustraída de uno de los cajones del guardarropa de Meraggio. La orquídea de Meraggio, que llevaba en la solapa derecha sujeta con un alfiler, aún lanzaba al aire su fresca fragancia, tan agradable como el olor a frambuesa.

Los ayudantes de Meraggio habían sido informados de la mascarada, junto con unos cuantos de sus guardias, los mejores. Saludaron con la cabeza a Locke cuando éste salió a pasearse por la galería de la cuarta planta reservada a los miembros, con las gafas de Meraggio puestas. No tardó en comprobar que lo último era un error, porque todo lo que le rodeaba estaba borroso; así que se maldijo a sí mismo por no tener la cabeza donde debía tenerla y las devolvió al bolsillo de la casaca de donde habían salido… las que llevaba cuando se hacía pasar por Fehrwight no tenían graduación, mientras que las de Meraggio sí la tenían, y sólo le servían a él. Un detalle a tener en cuenta.

Con toda naturalidad, como si formara parte de su plan, Locke llegó a las escaleras de hierro pavonado y comenzó a bajar por ellas. A cierta distancia se parecía tanto a Meraggio que nadie lo pondría en duda; pero cuando llegó a la galería

pública, aceleró el paso para evitar que le vieran. Y cuando se dispuso a entrar en la cocina, se arrancó la orquídea de la solapa y la guardó en un bolsillo.

A la entrada del almacén de las provisiones secas, mientras se quitaba una mota de polvo con un capirotazo, hizo una señal a los guardias.

—Maese Meraggio los quiere a los dos vigilando la puerta trasera. Échenle una mano a Laval. Que nadie pase por allí, so pena de, uh, los carbones ardientes. Ya oyeron al viejo. Ahora tengo que tratar un asuntillo con Benjavier.

Los guardias se miraron el uno al otro y asintieron; la autoridad que Locke les imponía era tan sólida que, si les hubiera ordenado que se vistieran con ropa interior de señora, hubiese obtenido la misma respuesta de ellos. Era muy posible que, en el pasado, Meraggio hubiera dispuesto de unos cuantos agentes especiales para llevar a buen término sus operaciones; bueno, pues si así había sido, Locke no les iba a la zaga.

Benjavier alzó la vista cuando Locke entró en el almacén y cerró la puerta tras de sí. Una genuina mirada de incomprensión se dibujó en su rostro; estaba tan sorprendido que cuando Locke le lanzó una bolsa de monedas, ésta le dio en un ojo. Benjavier gritó y chocó contra la pared, cubriéndose el rostro con ambas manos.

—Mierda —dijo Locke—, no quería hacerte daño; deberías esconder esto.

—¿Qué quieres ahora?

—He venido a disculparme. No tengo tiempo para explicártelo; lamento haberte metido en esto, pero tenía motivos para hacerlo; y ahora tengo que resolver ciertos asuntos.

—¿Lamentas haberme metido en esto? —a Benjavier se le quebró la voz; sorbió por la nariz y escupió—. ¿De qué cojones hablas? ¿Qué sucede? ¿Qué cree maese Meraggio que he hecho?

—No tengo tiempo para contártelo. En esa bolsa hay seis coronas, algunas en tirintos, para que las puedas gastar con más facilidad. Tu vida no valdrá una mierda si te quedas en Camorr; sal por las puertas que dan al interior. Ponte la ropa que dejé en la Sombra Acogedora: aquí tienes la llave.

En aquella ocasión, Benjavier cazó la llave al vuelo.

—Y ahora —prosiguió Locke—, nada de más preguntas estúpidas: voy a cogerte de una oreja y llevarte hasta el callejón; y tú harás como si estuvieras cagándote de miedo. Cuando hayamos doblado la esquina y desaparecido de la vista, te dejaré ir. Si en algo amas la vida, saldrás cagando leches hacia la Sombra Acogedora, te vestirás y huirás a toda prisa de la ciudad. Vete a Talisham o a Ashmere; en la bolsa tienes más de un año de salario. Supongo que podrás hacer algo con todo ese dinero.

—No…

—O nos vamos ahora —dijo Locke—, o te dejo aquí dentro para que mueras; el conocimiento de las cosas que están pasando es un lujo que no te puedes permitir. Lo siento.

Momentos después, Locke llegaba al recibidor con el camarero, al que llevaba cogido de una oreja; aquella manera tan particular de llevar a alguien era sobradamente conocida por los guardias y vigilantes de la ciudad. Benjavier hizo un trabajo aceptable al gimotear, sollozar y rogar por su vida; los tres guardias de la puerta de servicio le miraron sin simpatía mientras Locke tiraba de él y ellos se quedaban atrás.

—Estaré de vuelta en tres minutos —explicó Locke—. Maese Meraggio quiere tener unas cuantas palabras con este pobre bastardo, pero en privado.

—Oh, dioses —se lamentó Benjavier—. ¡No le dejéis que se me lleve! ¡Va a golpearme!… ¡Por favor!

Los guardias se rieron al oírle, aunque el que había aceptado el solón de Locke no parecía tan alegre como los otros dos. Locke siguió tirando de Benjavier hasta llegar a la esquina y girar en ella; en cuanto dejaron de ver a los tres guardias, Locke le soltó.

—Vete —dijo—. Corre como si te persiguieran mil demonios. Quizá transcurran veinte minutos antes de que comprendan que se han comportado como unos asnos y manden a buscarte. ¡JODER, NO TE QUEDES AHÍ, LÁRGATE!

Benjavier se le quedó mirando, luego asintió con la cabeza y echó a correr hacia la Sombra Acogedora. Mientras veía cómo se alejaba, Locke jugueteó con una de las puntas de su bigote postizo, luego se dio media vuelta y se perdió entre la multitud. Aunque el sol derramaba su luz y su calor con la intensidad acostumbrada, y Locke sudaba bajo sus nuevas y elegantes ropas, una sonrisa de satisfacción se insinuó en su rostro.

Se encaminó hacia el norte, hacia el Prado de las Dos Platas; había una tienda de complementos de caballero muy cerca de la entrada sur del parque, así como ciertos alquimistas negros a los que conocía de vista en algunos de los distritos cercanos. Con un poco de disolvente para despegarse el bigote y algún ungüento para devolver sus cabellos a su color natural, volvería a ser nuevamente Lukas Fehrwight, con lo que podría visitar a los Salvara y sacarles algunos miles más de coronas.

Capítulo 14

Tres invitaciones

1

—¡Oh, Lukas! —el rostro de doña Sofía se iluminó con una sonrisa cuando salió a recibirle a la puerta de la mansión de los Salvara. La luz amarilla que brotaba de la puerta se derramó sobre la noche; pasaban unos pocos minutos de las once. Después de lo sucedido en el Meraggio, Locke había pasado oculto la mayor parte del día, aunque no antes de enviarles una nota a los Salvara en la que les notificaba que los visitaría a última hora—. ¡Han pasado varios días! A pesar de recibir la nota de Graumann, ya comenzábamos a preocuparnos por nuestros negocios en común… y por usted, desde luego. ¿Se encuentra bien?

—Mi señora de Salvara, es un placer volver a veros. Y sí, me encuentro muy bien, gracias por preguntarlo. La semana pasada tuve que tratar con ciertos individuos de mala reputación, pero todo marcha bien; ya disponemos del primer barco y del correspondiente cargamento, a bordo del cual podremos emprender viaje la próxima semana. Y estamos a punto de hacernos con el segundo.

—Pero no se quede aquí en la escalera, como si fuera un mensajero. ¡Conté!, unos refrescos. Trae unas cuantas naranjas de las mías, las más recientes. Estaremos en el reservado.

—Al momento, mi señora —Conté miró fijamente a Locke con ojos entornados y sonrisa torva—. Maese Fehrwight, espero que goce de buena salud.

—Muy buena, Conté.

—Espléndido. Estaré de vuelta enseguida.

La mayor parte de las mansiones de Camorr poseen cerca del vestíbulo dos cuartos de estar; a uno de ellos lo llaman el «cuarto de los negocios», que es donde tienen lugar los encuentros con gente desconocida y donde se tratan los asuntos que requieren la mayor seriedad posible; debe poseer un aire impersonal y hallarse inmaculadamente limpio y amueblado con gran profusión; las alfombras deben estar lo suficientemente limpias para, incluso, comer en ellas. El «reservado», en cambio, se destina a las amistades íntimas y a los conocidos de confianza, por lo que su mobiliario, que sólo busca el bienestar de quienes lo ocupan, debe reflejar la personalidad de los señores de la casa.

Doña Sofía condujo a Locke hasta el reservado, donde se encontraban cuatro sillones de cuero muy mullido con respaldo alto, los cuales venían a ser una especie de caricaturas de tronos. Mientras que los cuartos de estar suelen tener unas mesitas al lado de las sillas, en aquella sala había cuatro arbolillos metidos en otros tantos

tiestos, cada uno de ellos una pizca más alto que el asiento de la correspondiente silla. Los arbolillos olían a cardamomo, cuyo aroma bañaba la habitación.

Locke observó de cerca los arbolillos; no eran pimpollos, como hubiera pensado en un principio, sino una especie de miniaturas de árbol; sus hojas apenas eran más grandes que la uña de su pulgar; sus troncos no más gruesos que el brazo de un hombre, y sus ramas tan delgadas como dedos. Bajo la retorcida bóveda de sus ramas, cada árbol tenía una pequeña repisa de madera y una linterna alquímica. Sofía dio unos golpecitos a las linternas para activarlas, de suerte que la habitación se llenó de luz ambarina y de sombras teñidas de verde; los juegos de sombras que las hojas hacían sobre las paredes eran tan fantásticos como relajantes. Locke pasó un dedo por las hojas, tan tersas como menudas, del árbol que tenía más cerca.

—¿Lo habéis creado vos, doña Sofía? —preguntó—. Incluso para aquellos de nosotros que estamos familiarizados con el trabajo de nuestros maestros plantadores, es sorprendente… Para nosotros se reduce a negocios, suelos y cosechar la uva. Pero vos poseéis una aptitud natural.

—Gracias, Lukas. Tome asiento, por favor. El reducir alquímicamente de tamaño especies botánicas que son bastante grandes es un antiguo arte del que disfruto muchísimo, una especie de afición. Y, como puede ver, los resultados también suponen un adorno muy bonito. Pero en esta habitación hay maravillas mejores… Vaya, por lo que veo se ha puesto ropas de Camorr.

—¿Éstas? Creo que uno de sus sastres se apiadó de mí y me hizo una oferta que no pude rechazar. Y como en esta ocasión no estoy de paso en Camorr, pensé que sería una buena idea fundirme con el paisaje.

—¡Espléndido!

—Sí, lo es —dijo Salvara, que acababa de llegar y se abotonaba los puños—. Mucho mejor que esa ropa negra de Vadran que le tenía aprisionado. No me malinterprete, está muy bien para un clima más septentrional, pero aquí da la impresión de que quiera estrangular al que la lleva. Dígame, Lukas, ¿cómo andan las cuentas de todo el dinero que hemos invertido?

—Un galeón es definitivamente de nuestra propiedad —dijo Locke—. Ya tengo la tripulación y el cargamento apropiado; yo mismo supervisaré cómo lo llevan a la bodega dentro de unos días. Estará listo para partir la próxima semana; tengo una interesante opción sobre un segundo que estará dispuesto para zarpar cuando el otro, más o menos.

—«Una interesante opción» no es lo mismo que «definitivamente de nuestra propiedad» —dijo doña Sofía—, a menos que haya entendido mal.

—Habéis entendido bien, doña Sofía —Locke suspiró mientras intentaba aparentar que se sentía un tanto avergonzado por lo que iba a decir—. Pero hay un problema… El capitán del segundo barco ha recibido una jugosa oferta para llevar un cargamento especial hasta Balinel; aunque se trata de un viaje relativamente largo, parece muy bien pagado. Así que aún sigue sin decidirse a aceptar mi oferta.

—Y supongo —dijo don Lorenzo, mientras tomaba asiento al lado de su esposa— que unos cuantos miles de coronas más, arrojadas a sus pies, le harían entrar en razón.

—Mucho me temo, mi buen señor de Salvara, que tal sea el caso.

—Hmmm. Tendremos que discutirlo. Ahí llega Conté; permítame la libertad de mostrarle lo último que ha logrado hacer mi esposa.

Conté llevaba una fuente con tres cuencos de plata; cada uno de ellos contenía media naranja, cortada de tal manera que su carne pudiera ser cogida con un pequeño tenedor de dos dientes. Conté depositó un cuenco, un tenedor y una servilleta de lino en la repisa del árbol que estaba a la derecha de Locke. Los Salvara le miraron expectantes mientras a cada uno de ellos se les servía la media naranja.

Locke se esforzó para reprimir cualquier nerviosismo que pudiera delatarle; tomó el cuenco en una mano y pescó con el tenedor que tenía en la otra un gajo de naranja. Cuando se lo llevó a la lengua, le sorprendió la comezón ardiente que le inundó toda la boca. La fruta estaba saturada con algo alcohólico.

—¿Le han inyectado licor? —preguntó—. Algo con un sabor muy agradable… ¿brandy de naranja? ¿Una pizca de limón?

—No se le ha inyectado nada, Lukas —dijo don Lorenzo con una mueca infantil que era completamente genuina—, las naranjas se encuentran en su estado natural. El árbol de Sofía prepara por sí mismo el licor y se lo añade a la fruta.

—¡Por los Compañeros Sagrados! —exclamó Locke—. ¡Vaya híbrido tan curioso! Por lo que yo sé, ya se había hecho algo parecido con los cidros…

—Di con la fórmula precisa hará apenas unos meses —dijo Sofía—, por lo que algunos de los árboles que crecieron antes no dieron frutos apropiados para la mesa. Pero éste salió bien. Después de varias pruebas más y de unas cuantas cosechas, podremos ponerlas a la venta con cierta fiabilidad.

—Me gustaría llamarlas «Sofías» —dijo don Lorenzo—, la variedad Sofía de las naranjas de Camorr, una maravilla alquímica que hará que los vinateros de Tal Verrar llamen a gritos a sus madres.

—A mí me gustaría ponerles otro nombre —dijo Sofía, dándole un golpecito amistoso a su marido en la muñeca.

—Mi señora, los maestros plantadores —dijo Locke— descubrirán que sois tan maravillosa como vuestras naranjas. Como ya se comentó… quizá nuestra sociedad pueda ofrecer más posibilidades de las contempladas hasta ahora. Vuestro, ah, don… la manera en que convertís a todo lo verde que os rodea en algo maleable… Me atrevo a profetizar que, en el siglo venidero, el carácter de la casa de Bel Auster acusará más vuestra impronta que todo lo que le viene de nuestras antiguas tradiciones de Emberlain.

—Me adula, maese Fehrwight —dijo Sofía—, pero no hay que contar los barcos antes de que lleguen a puerto.

—Ciertamente —apuntó don Lorenzo—. Y tras este descanso, volvamos a los negocios… Lukas. Me temo que no puedo darle buenas noticias. Y no sólo no son buenas, sino un tanto embarazosas. He sufrido… ciertos contratiempos en los últimos días. Uno de mis acreedores, que vive río arriba, me ha devuelto una cuantiosa factura; algunas de mis inversiones han resultado ser demasiado optimistas. Así que, hoy por hoy, no tenemos la liquidez que sería de esperar. La posibilidad de inyectar unos cuantos miles de coronas a nuestro proyecto común se ha convertido en una duda razonable.

—Oh —comentó Locke—, eso que decís es… una desgracia.

Llevó a su boca otro gajo de naranja y bebió su licor dulzón, empleándolo como un estímulo natural para que, después de aquellas palabras, las comisuras de sus labios vencieran su inclinación natural y siguieran derechas.

2

En la fachada de las Heces que daba al mar, un sacerdote de Aza Guilla salía de una sombra para entrar en otra, moviéndose con una gracia tan lenta y paciente que desentonaba con su tamaño.

La bruma de aquella noche era poco espesa, y el calor pegajoso del verano especialmente opresivo. Por detrás de la aleación de plata del Rostro Afligido, el sudor caía a chorros por la cara de Jean. Suelen decir en Camorr que las semanas comprendidas entre el Día de Mediados del Verano y el Día de los Cambios son las más calurosas del año. Más a lo lejos, por encima del agua, aún brillaban las linternas amarillas que habían llegado a serle familiares; a medida que los hombres a bordo de la *Satisfacción* tiraban de otro bote lleno de «provisiones de caridad», sus gritos y chapoteos llegaban a sus oídos.

Jean pensaba que no conseguiría enterarse de lo que contenían aquellos botes a menos que hiciera algo obvio, como atacar a quienes los aprovisionaban… algo que, ciertamente, no podía hacer. Así que aquella noche decidió concentrar toda su atención en cierto almacén que se encontraba a una manzana de los muelles.

Aunque las Heces no estaban tan deterioradas como la Lluvia de Ceniza, llevaban camino de convertirse en lo mismo.

Los edificios se caían o se deformaban hacia cualquier lado; toda aquella área parecía estar hundiéndose en una especie de pantano de maderas podridas y tejas caídas. Cada año, aquel pantano devoraba un poco más del mortero que unía entre sí las piedras, de suerte que los negocios legítimos abandonaban el distrito para irse a otro lugar y cada vez más aparecían nuevos cadáveres, apenas ocultos por los montones de escombros… o expuestos al aire libre.

Mientras rondaba por allí con aquellas ropas negras, Jean había observado en el transcurso de varias noches cómo varios de los hombres de Raza entraban y salían en fila del almacén; aunque su estructura estuviera abandonada, aún era habitable, lo que

no podía decirse de los edificios cercanos, a punto de derrumbarse. Jean había visto detrás de sus ventanas luces encendidas hasta el alba, grupos de trabajadores que iban y venían con sacos pesados al hombro e incluso una o dos carretas tiradas por caballos.

Pero aquella noche no vio nada; si el almacén había estado antes tan activo como una colmena, en aquellos momentos se encontraba oscuro y silencioso. Pero aquella noche suscitaba su curiosidad, así que mientras Locke degustaba un té con la nobleza, Jean hizo lo posible para descubrir los negocios que Capa Raza se traía entre manos.

Podría conseguirlo siempre que se armara de paciencia y vigilara y caminara lo más despacio que le fuera posible. Ya había estado merodeando por el almacén varias veces, evitando el contacto con la gente que pasaba por la calle y ocultándose en cualquier parte oscura que tuviera a mano. Disponiendo de un buen número de sombras, incluso un hombre del tamaño de Jean podía caminar de modo furtivo, pues había la luz suficiente para ver dónde poner los pies.

Moviéndose en círculos cada vez más pequeños, Jean comprobó para su satisfacción que ninguno de los tejados de los edificios circundantes albergaba ningún observador y que nadie le vigilaba desde la calle. *Aunque, por supuesto, también pueden ser mejores que yo*, pensó, mientras apoyaba la espalda sobre la pared sur del almacén.

—Aza Guilla, te recuerdo —murmuró mientras se dirigía hacia una de las puertas — que si esta noche no me ayudas, jamás podré devolverles a tus siervos estos hábitos y esta máscara, todos ellos excelentes. Sólo es una humilde observación que te ruego tengas a bien considerar.

La puerta no tenía cerradura; de hecho estaba ligeramente entreabierta. Jean se llevó las dos hachas a la mano derecha y dejó que se deslizaran por la manga de sus hábitos; quería tenerlas cerca por si las necesitaba, pero no tanto que fueran visibles, pues podía toparse con alguien que sintiera respeto por sus ropajes.

Abrió la puerta con un crujido y entró en el almacén, apoyando la espalda en la pared que estaba junto a la puerta, observando y escuchando. La oscuridad era muy grande, apenas atenuada por el brillo de la máscara que incidía en sus ojos; un extraño olor se sobreponía al de la suciedad y de la madera podrida que cabía esperar en un lugar como aquél… algo que olía como a metal fundido.

Mantuvo aquella posición durante varios minutos, inmóvil, para percibir cualquier sonido. No escuchó nada aparte de los crujidos y gemidos lejanos de los barcos que estaban anclados y del sonido que hacía el Viento del Ahorcado soplando sobre el mar. Hurgó por debajo de sus hábitos con la mano izquierda y sacó un globo de luz alquímica similar al que había llevado cuando la peripecia del Agujero del Eco. Le dio una serie de sacudidas rápidas y el globo se volvió incandescente.

Bajo la pálida luz del globo comprobó que el almacén sólo tenía las cuatro paredes y que era muy amplio; un montón de tabiques caídos y rotos, junto a la pared que se encontraba enfrente de él, debía de haber sido, en alguna ocasión, una oficina.

El suelo estaba lleno de mugre apelmazada, y aquí y allá, apilados en los rincones o contra las paredes, había montones de escombros, algunos de ellos cubiertos con lonas.

Jean ajustó cuidadosamente la posición del globo al apretarlo con fuerza sobre su pecho y proyectar su luz hacia delante en un arco de pocos grados. Aquello ocultaría su presencia, pues no pensaba invertir más que unos pocos minutos en registrar aquel lugar.

Mientras caminaba lentamente hacia el extremo norte del almacén distinguió otro olor, un olor que le erizó el vello del cogote… habían tirado algo en aquel sitio y se estaba pudriendo… pero el olor era demasiado dulzón. Jean no necesitó verlo para saber que se trataba de cadáveres.

Eran cuatro, ocultos bajo una pesada lona en el rincón noreste del edificio, tres hombres y una mujer. Eran muy musculosos y vestían camisa y calzas, botas pesadas y guantes de piel. Aquello le desconcertó a Jean hasta que miró sus brazos y descubrió los tatuajes. Era la costumbre de Camorr que los oficiales artesanos se tatuaran las manos o los brazos con algún símbolo relacionado con su profesión. Respirando por la boca para evitar el mal olor, Jean movió los cadáveres hasta estar seguro de que los símbolos eran lo que le habían parecido ser.

Alguien había asesinado a una pareja de artesanos del cristal y a otra de orfebres. Tres de los cadáveres habían sido obviamente apuñalados, y el tercero, el de la mujer… tenía un par de moratones de color púrpura en una de las mejillas de su rostro cerúleo y exangüe.

Jean suspiró y dejó caer la lona encima de los cadáveres. Mientras lo hacía, captó un reflejo que provenía del suelo. Se agachó y recogió una mota de cristal con forma de gota aplanada. Debía de haber caído al suelo en estado de fusión y luego solidificarse en él. Un breve movimiento del globo de luz le permitió descubrir docenas de gotas similares entre la suciedad que rodeaba la lona.

—Aza Guilla —susurró Jean—, aunque haya robado estos atavíos, no creo que pueda valerme de ellos ante esta gente. Si acaso soy el único que puede rezar por ellos tras su muerte, te pediré que no los juzgues con severidad, teniendo en cuenta el dolor de su tránsito y la indignidad del lugar en que descansan. Guardián Avieso, si pudieras hacer algo por ellos te lo agradecería muchísimo.

Se escuchó un crujido cuando alguien empujó la puerta de la fachada norte del edificio y la abrió. Jean se dispuso a retroceder de un salto, pero se lo pensó mejor; puesto que alguien había visto la luz, lo mejor sería comportarse como un dignísimo sacerdote de Aza Guilla. Así que las hachas siguieron ocultas dentro de su manga derecha.

Las hermanas Berangias eran las últimas personas a las que hubiera esperado ver entrar por la puerta norte del almacén.

Cheryn y Raiza llevaban unos capotes encerados con la capucha bajada, de suerte que la luz del globo de Jean se reflejó en los dientes de tiburón que llevaban a modo

de brazaletes. Cada una de las hermanas llevaba también un globo, así que cuando los agitaron, una poderosa luminosidad roja inundó el interior del almacén, como si cada una de ellas llevara fuego en la palma de la mano.

—Buenas noches, sacerdote metomentodo —dijo una de las hermanas.

—No es el tipo de lugar —siguió la otra— por el que vuestra Orden suela rondar sin ser invitada.

—Mi Orden tiene que ver con la muerte bajo cualquiera de sus formas —Jean apuntó hacia la lona su globo de luz—. Aquí se ha cometido un acto execrable; estaba rezando una oración fúnebre, que es lo que se merecen todas las almas antes de entrar en el Largo Silencio.

—Oh, un acto execrable. ¿Le dejamos proseguir con sus asuntos, Cheryn?

—No, Raiza, pues, curiosamente, sus asuntos se han inmiscuido en los nuestros durante estas últimas noches, ¿no es así?

—Tienes razón, hermana. Fisgonear una o dos veces puede disculparse. Pero este sacerdote ha sido persistente, ¿o no?

—Inusualmente persistente —las hermanas Berangias habían comenzado a acercársele lentamente, sonriendo como gatas que se acercaran a un ratón lisiado—. Agravantemente persistente. En nuestro embarcadero y en nuestro almacén.

A Jean le latía deprisa el corazón cuando dijo:

—¿Tenéis el atrevimiento de sugerir que vais a inmiscuiros en los planes de un emisario de la Señora del Largo Silencio? ¿De Aza Guilla, la mismísima diosa de la muerte?

—Inmiscuirnos es algo que solemos hacer profesionalmente —dijo la hermana de la derecha—. Dejamos la puerta abierta por si acaso decidías meter la cabeza por ella.

—Suponíamos que no lo resistirías.

—Y también sabemos una o dos cosillas sobre la Dama Más Afable.

—Los servicios que le hacemos son un poquitín más directos que el tuyo.

Y con estas palabras, la luz roja refulgió sobre el acero desnudo; cada una de las hermanas acababa de desenvainar una espada curva cuya hoja tenía una longitud de un brazo… «los dientes del ladrón», la misma que Maranzalla le había mostrado hacía tantos años. Las gemelas Berangias siguieron acercándose a él.

—De acuerdo —dijo Jean—, si ya se os han terminado las ocurrencias, permitidme a mí terminar con esta mascarada —dejó el globo de luz en el suelo, se enderezó, se echó hacia atrás la capucha y se quitó la máscara.

—Tannen —dijo la hermana de la derecha—. Vaya cagada. Así que, después de todo, no escapaste por la Puerta del Vizconde —las hermanas Berangias se detuvieron y se quedaron mirándole. Luego comenzaron a rodearle por la izquierda, moviéndose de un modo muy concertado y no exento de belleza, apartándose la una de la otra.

—Tienes mucho descaro —dijo la otra— al hacerte pasar por un sacerdote de Aza Guilla.

—¿Tú crees? Vosotras ibais a *matar* a un sacerdote de Aza Guilla.

—Ah, sí. Pero creo que nos has librado de incurrir en tan espantosa impiedad, ¿o no?

—Hay que hacerlo —dijo la otra hermana—. Jamás supuse que fuera fácil.

—Pase lo que pase —dijo Jean—, os aseguro que no lo será.

—¿Te gustó lo que hicimos en tu pequeña bodega de cristal? —la que hablaba era la hermana de la izquierda—. Tus dos amigos, los gemelos Sanza. Gemelos muertos por gemelas, la misma herida en la garganta, la misma posición en el suelo. Nos pareció apropiado.

—¿Apropiado? —Jean sintió que una furia que jamás había sentido se agolpaba en su nuca. Rechinó los dientes—. Apunta mis palabras, zorra. He estado preguntándome cómo me sentiría cuando llegase este momento, y ahora tengo que deciros que creo que me siento cojonudamente.

Las hermanas Berangias arrojaron sus capotes al mismo tiempo, haciendo casi el mismo movimiento; mientras las telas enceradas caían revoloteando al suelo, arrojaron los globos de luz y desenvainaron un cuchillo más. Dos hermanas, cuatro hojas. Miraron a Jean sin apartar de él la vista, bajo la luminosidad mezclada de rojo y blanco, y se agacharon, como habían hecho cientos de veces en la Fiesta Cambiante delante de una multitud de miles de gargantas que gritaban, como habían hecho cientos de veces en la corte de Capa Barsavi delante de las víctimas que pedían clemencia.

—Hermanas malvadas —dijo Jean, dejando caer hasta su mano las hachas que llevaba escondidas en la manga—, tengo el gusto de presentaros a las Hermanas Malvadas.

3

—Pero no se lo tome tan a mal —dijo doña Sofía mientras dejaba la piel de la media naranja en la repisa de su arbolillo—, seguro que podremos remediarlo.

—Sólo estaremos sin efectivo unos días —añadió don Lorenzo—. Puedo recurrir a otras instancias; conozco a ciertos pares míos que se sentirían encantados de prestarme unos cuantos miles de coronas. Incluso algunos me deben favores desde hace mucho. Puedo llamarlos.

—Es… un alivio, mis señores de Salvara. Me agrada saber que vuestra… situación no va a echar por tierra nuestros planes. Y no diría que esta situación es embarazosa… porque si alguien conoce lo que son las dificultades económicas, ésa es la Casa de Bel Auster.

—Hablaré con algunos de los que pueden prestarnos dinero el próximo Día Ocioso que cae, ciertamente, en el Día de los Cambios. Lukas, ¿ha asistido alguna vez a la celebración?

—Me temo que no, don Lorenzo. Jamás había estado en Camorr por esta época.

—¿De veras? —doña Sofía enarcó las cejas, mirando a su marido—. ¿Por qué no le invitamos a la fiesta de cumpleaños del Duque?

—¡Excelente idea! —dijo don Lorenzo, sonriendo a Locke—. Lukas, puesto que no podremos viajar hasta no disponer de los miles de coronas que precisamos, ¿por qué no nos acompaña? Todos mis pares de Camorr estarán en ella, así como la gente importante de la ciudad baja…

—Al menos —intervino doña Sofía—, los que gozan del favor del Duque.

—En efecto —dijo Lorenzo—. Vamos, véngase con nosotros. La celebración tendrá lugar en el Alcance del Cuervo; el Duque sólo abre sus puertas una vez al año, que es, precisamente, ésa.

—Mis señores de Salvara, es… un honor inesperado. Pero me temo que no puedo aceptar vuestra hospitalidad, pues podría interferir con la marcha de nuestros negocios.

—Oh, vamos, Lukas —dijo Lorenzo—. Es dentro de cinco días, y ha dicho que usted mismo supervisará la carga del primer galeón dentro de muy poco. Tómese un descanso… venga con nosotros y disfrute de una oportunidad ciertamente singular. Sofía puede acompañarle mientras yo intento sacarles a algunos de mis amigos los fondos que precisamos. Con ese dinero en la mano, podremos disponer de unos cuantos días más, asumiendo que no haya omitido ninguna posible complicación que vaya a manifestarse súbitamente.

—No, mi señor de Salvara, lo del segundo galeón es la única complicación, sin hablar de la otra, vuestra falta de, ah, efectivo. De cualquier manera, el cargamento que hay que llevar a Balinel no llegará a la ciudad hasta la próxima semana… si la Fortuna y los Compañeros nos ayudan una vez más.

—¿Entonces, de acuerdo? —doña Sofía dejó una mano entre las de su marido y sonrió—. ¿Será nuestro invitado en el Alcance del Cuervo?

—Supone un honor para el anfitrión —le confesó Salvara— el invitar al cumpleaños del Duque a personas interesantes y que se salen de lo corriente. Así que, como ve, estamos impacientes de que venga con nosotros.

—Si os place que así sea, así será —dijo Locke—. Y aunque… me temo que no estoy para muchas fiestas, el trabajo podrá esperar por una noche.

—No tiene que sentirse mal, Lukas —dijo doña Sofía—; estoy segura de que, cuando comience nuestro viaje, todos recordaremos la fiesta con alegría.

4

Por muchos motivos, a la hora de luchar en un lugar cerrado es muy difícil hacerlo contra dos contrincantes; pues es casi imposible conseguir que uno de ellos se acerque al otro para que interfiera en lo que hace, sobre todo si ambos están acostumbrados a luchar en pareja. Si alguna pareja de luchadores estaba acostumbrada a combatir de esa manera, era la formada por las hermanas Berangias.

Jean contó con aquella desventaja mientras daba vueltas a sus hachas en espera de que una de las gemelas iniciara el primer movimiento; las había visto en acción una docena de veces, tanto en la Fiesta Cambiante como en la Tumba Flotante. Y aunque la pelea no acabara bien para él, pues no era un tiburón, haría todo lo que estuviera en su mano.

—Hemos oído que eres bastante bueno —dijo la hermana de la izquierda y, entonces, mientras decía aquellas palabras, la que estaba a la derecha saltó hacia delante, con uno de los cuchillos en posición de parada y el otro bajo, para herirle con él. Jean se echó a un lado para evitar la estocada, bloqueó el cuchillo con el hacha que tenía en la mano izquierda y dirigió la otra hacia los ojos de la joven. Pero como ella levantó el cuchillo que tenía en posición de parada, el hacha rebotó en la guarda. Era tan increíblemente rápida como se había imaginado. Mucho mejor: no pararía la patada que pensaba darle en la rodilla izquierda, un sencillo truco con el que, a lo largo de los años, había roto una docena de rótulas.

De algún modo, la joven presintió el golpe que se le venía encima y dobló la pierna para evitarlo. Así que lo recibió en la pantorrilla, perdiendo el equilibrio, pero poco más. Jean apartó las hachas para dirigirlas al lugar donde ella debía caer, pero la joven convirtió su caída en una fulminante patada: basculó sobre su cadera izquierda de un modo tan rápido que él no la pudo seguir con sus ojos, y giró la pierna derecha para describir un arco que Jean apenas percibió. El pie se estrelló contra su frente, justo encima de los ojos, y todo lo que le rodeaba se estremeció.

Chasson. Claro. En realidad odiaba ese arte.

Cayó de espaldas; sólo su instinto bien entrenado le salvó de lo que siguió, un golpe frontal que hubiera debido alcanzarle en el plexo solar y clavarle el cuchillo hasta la empuñadura. Jean giró sus hachas hacia atrás y hacia delante, una maniobra a la que Maranzalla había dado el jocoso nombre de «las pinzas del cangrejo»; atrapó la hoja del cuchillo con el hacha de la mano derecha y tiró de ella hacia un lado. Como aquel movimiento la sorprendió, Jean aprovechó aquella fracción de segundo llena de dudas para dirigir el botón de la otra hacha hacia la base de su cráneo; aunque no tenía tiempo de lanzar un golpe lateral, podía hacerle bastante daño. Ella cayó hacia atrás, tambaleándose, y entonces volvió a haber entre ambos un metro de distancia. En la lucha cuerpo a cuerpo aquellos cuchillos eran muy superiores a sus hachas. Necesitaba poder darle un gancho.

La Berangias de la izquierda avanzó hacia delante cuando la de la derecha cayó hacia atrás, y Jean lanzó una palabrota. Con la espalda en la pared no podrían atacarle de flanco, pero él no podría salir corriendo, de modo que se alternarían para atacarle, una recuperándose y la otra atacando, hasta que cometiera algún error.

La ira volvió a dominarle; con un bramido lanzó las dos hachas a su nueva contrincante. La tomó por sorpresa; ella se echó a un lado con la misma rapidez que había mostrado su hermana, mientras las hachas le pasaban a ambos lados, una de ellas cortándole un mechón de pelo. Luego cargó contra ella con las manos

extendidas… las manos desnudas eran lo mejor contra los dientes del ladrón cuando la distancia del oponente era inferior a la de un beso. La hermana que se encontraba delante de él esgrimió los cuchillos, confiando en que no tardaría en matarle, pero era muy fácil subestimar la velocidad de Jean cuando uno no la había sufrido de cerca. Jean agarró con sus manos los puños de la joven y luego recurrió a su peso y a sus músculos para separarle los brazos por la fuerza. Tal y como había esperado, ella levantó una de las piernas para darle una patada.

Hundiendo con fuerza sus dedos en los músculos de los antebrazos de la joven para mantener alejadas de él las hojas de los cuchillos, tiró de ella tan fuerte como pudo. Salió disparada hacia delante y su nariz chocó con la frente de Jean, haciendo un ruido de aplastamiento que reverberó en las paredes del almacén. Escupió sangre caliente que le manchó los hábitos. Jean deseó que Aza Guilla le perdonara por aquella pequeña iniquidad. Antes de que su oponente pudiera recobrarse, Jean adelantó los brazos y cogió el rostro de la joven con una de sus manos, haciendo fuerza como si quisiera levantarla del suelo, como si fuera uno de los lanzadores de los antiguos juegos del Trono de Therin. Ella salió volando hacia su hermana, que apenas tuvo tiempo de apartar sus cuchillos para no herir a su gemela, de suerte que ambas cayeron encima de la lona que cubría el montón de cadáveres.

Jean corrió hasta el centro del almacén, donde sus hachas yacían entre la mugre. Las recogió, dio unos cuantos molinetes con ellas y, acto seguido, se llevó una mano al broche que mantenía sus hábitos en su sitio. Cuando las hermanas se recuperaron, Jean se quitó los hábitos y los dejó en el suelo.

Nuevamente las gemelas Berangias avanzaron hacia él hasta quedarse a una distancia de tres metros, lo que le permitió comprobar que se hallaban desconcertadas. *¡Por los dioses, la mayoría de los hombres tomarían una nariz rota como un presagio de que debían escapar a toda prisa!*, pensó Jean. Pero las gemelas seguían acercándose a él, sus negros ojos relucientes de malicia, la extraña luz roja y blanca enmarcando sus siluetas con un resplandor sobrenatural a medida que abrían los brazos para abarcar más espacio entre sus cuchillos.

Al menos tenía espacio para maniobrar.

Sin decirse una palabra, las hermanas Berangias se precipitaron contra él, cuatro hojas que brillaban. Aquella vez a Jean le salvó su profesionalidad; sabía que una haría una finta y que la otra le atacaría de frente. La hermana de la izquierda, la de la nariz rota, atacó un segundo antes de que lo hiciera la que estaba a su derecha. Con el hacha que tenía en la mano izquierda levantada en posición de defensa, Jean siguió el camino que tomaba la que le atacaba por la izquierda. La otra hermana, los ojos muy abiertos por la sorpresa, lanzó una estocada en el lugar que Jean acababa de abandonar, lo que él aprovechó para girar el hacha que llevaba en la mano derecha justo hacia atrás, con la bola por delante, alcanzándola en la coronilla. Hubo un sonido húmedo y ella cayó inmediatamente al suelo, soltando los cuchillos de sus dedos insensibles.

La hermana que quedaba en pie lanzó un grito, y Jean pagó las consecuencias del error que había cometido, pues cualquier finta puede convertirse fácilmente en un golpe mortal. Las hojas de ella le alcanzaron, precisamente, cuando levantaba de nuevo el hacha que llevaba en la mano derecha; pudo atrapar y desviar una con el hacha, pero la otra se deslizó dolorosamente entre sus costillas, justo debajo del pecho derecho, dejando expuestos piel, grasa y músculo. Dio una boqueada y ella le propinó una patada en el estómago, haciéndole perder el equilibrio. Cayó de espaldas.

Ella estaba encima de él, chorreando sangre por la cara y el cuello, los ojos dominados por la ira; él le dio patadas con ambas piernas. Ella expulsó el aire de sus pulmones y retrocedió. Jean sentía un dolor agudo en el bíceps derecho, y una línea de fuego parecía recorrerle el muslo derecho. Maldición, le había clavado los cuchillos cuando la obligó a echarse hacia atrás… ¡la herida del muslo se la había hecho él mismo! Gimió; aquello tenía que terminar enseguida o la pérdida de sangre sería más dañina que los cuchillos de la hermana sobreviviente.

Ella acababa de levantarse; dioses, era rápida. Jean se puso de pie con un esfuerzo, acusando el dolor de una cuchillada en las costillas de la parte derecha del tórax. Sintió un calor húmedo que caía en cascada de su estómago y de sus piernas; aquella humedad la llevaba sintiendo un buen rato. Ella le atacaba de nuevo; la hoja relucía bajo la luz roja, y Jean hizo su última jugada.

Como no creía que a su brazo derecho le quedara la fuerza suficiente para propinar con él un golpe contundente, le arrojó el hacha directamente a la cara. No llevaba la suficiente velocidad para herirla gravemente, menos aún para matarla, pero fue suficiente para que vacilara durante una fracción de segundo, y aquello le bastó. Jean dirigió el hacha que tenía en la otra mano hacia la rodilla derecha de ella, que se rompió con un sonido que a Jean le pareció el más agradable de todos los que había escuchado en su vida. La joven se tambaleó; un tirón rápido y un giro hacia atrás y el filo de su hacha mordió profundamente la parte delantera de la otra rodilla. Entonces le atacó con los cuchillos, pero él los apartó; el acero silbó al pasarle cerca de una oreja, mientras quien manejaba los cuchillos caía hacia delante, sus rodillas incapaces de soportar su peso. Gritó una vez más.

Jean se lanzó al suelo y dio varias vueltas hacia su derecha… sabia decisión. Cuando se puso en pie, agarrándose el costado derecho, vio que la hermana sobreviviente se arrastraba hacia él, un cuchillo aún en alto.

—Estás sangrando mucho, Tannen. No sobrevivirás a esta noche, jodido bastardo.

—Es Caballero Bastardo —dijo Jean—. Y creo que tengo alguna probabilidad de sobrevivir. ¿Y tú qué? Calo y Galdo ahora se ríen de ti, zorra.

Levantó el brazo izquierdo y dejó que el hacha que le quedaba emprendiera el vuelo al lanzarla con toda la fuerza y todo el odio que le era posible. El filo dio en el blanco, justo entre los ojos de la hermana Berangias, que cayó hacia delante con una expresión de sorpresa y desconcierto en el rostro, quedándose tirada en el suelo como una muñeca rota.

Jean no perdió tiempo en reflexionar sobre lo sucedido. Se arrodilló y comprobó el estado de la primera de las hermanas que había caído; la sangre negra que brotaba de nariz y oídos le confirmó que el golpe asestado había hecho su trabajo. Luego recogió las hachas y se puso uno de los capotes encerados de las hermanas, cubriéndose la cabeza con la capucha. Precisamente comenzaba a darle vueltas; reconoció todos los síntomas de la pérdida de sangre que, desafortunadamente, ya había experimentado en carne propia mucho antes.

Dejando los cuerpos de las hermanas bajo la luz de los globos alquímicos, salió tambaleándose a la noche. Debía evitar el Caldero, porque era seguro que allí le amenazaba alguna emboscada, así que cruzó de un tirón la parte norte de la Desolación de Madera; si podía llegar hasta el escondrijo de la Caída de Ceniza, encontraría a Ibelius, y seguro que Ibelius era capaz de sacarse algún truco de la manga.

Y Jean decidió que si el matasanos intentaba aplicarle una cataplasma, le rompería los dedos.

5

En su solario situado en la cima de la torre Cristal de Ámbar, doña Angiavesta pasaba la primera hora de la madrugada sentada en su silla favorita, leyendo los informes de la tarde. En ellos se le notificaba el número creciente de ajustes de cuentas, resultado de la subida del Rey Gris al trono de Barsavi: más cadáveres de ladrones degollados en edificios abandonados. Vorchenza denegó con la cabeza; tanta confusión era lo último que necesitaba para llevar a buen fin el asunto de la Espina. Raza había identificado y enviado al destierro a la media docena de espías que ella había infiltrado en sus bandas, lo cual era muy inquietante. Ninguno de ellos conocía la existencia de los demás. Así que una de tres… o sus agentes eran más torpes de lo que pensaba… o Raza tenía una percepción fantástica… o había algún fallo en la seguridad a un nivel superior al de los agentes de campo.

Condenación. ¿Y, por qué los había desterrado, en lugar de matarlos por las buenas? ¿Intentaba que no se enfadase? Pues era evidente que no lo había conseguido. Ya era tiempo de enviarle un mensaje… Prepararía una entrevista entre el tal Capa Raza y Stephen, que acudiría acompañado por unos cuarenta o cincuenta casacas negras para hacer énfasis en los puntos de vista de ella, la Araña.

La complicada cerradura de la puerta del solario chasqueó con un sonido metálico y se abrió. No suponía que Stephen regresara tan pronto. Una afortunada coincidencia. Podría exponerle sus propios puntos de vista respecto a la situación de Capa Raza…

El hombre que acababa de entrar en el solario no era Stephen Reynart.

Era un hombre de aspecto rudo, mejillas enjutas y ojos oscuros; comprobó que su cabello negro se entreveraba de gris en sus sienes cuando se paseó por el más privado

de sus aposentos como si le perteneciera. Vestía casaca, calzas, medias y zapatos, todo de color gris; también eran grises sus guantes y su camisa, y sólo las corbatas de seda que sobrepasaban su barbilla tenían un color más animado, pues eran tan rojas como la sangre.

El corazón de doña Angiavesta se aceleró; se llevó una mano al pecho y le miró con desconfianza. No sólo aquel intruso había conseguido abrir la puerta sin recibir el dardo que siempre la protegía, sino que otro hombre acababa de entrar con él… más joven y de mirada penetrante, vestido de gris como él, excepto por los puños de su casaca, que eran de un escarlata muy llamativo.

—¿Quién diablos es usted? —exclamó y, durante unos momentos, aquella voz debilitada por la edad recobró algo del timbre agudo que antes poseyera. Se levantó del asiento, con los puños cerrados—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Somos vuestros servidores, mi señora de Vorchenza, vuestros servidores, llegados hasta aquí para presentaros, por fin, sus respetos. Disculpad la descortesía de hace un momento, pero las cosas se han complicado últimamente en mi pequeño reino.

—Habla como si le conociera, señor. Dígame su nombre.

—Tengo varios —dijo el hombre de mayor edad—, pero ahora me llaman Capa Raza. Os presento a mi socio, que se hace llamar «el halconero». Y respecto al asunto que nos trae a vuestro muy apreciado solario…

Hizo un gesto al halconero y éste alzó la mano izquierda, con la palma hacia arriba. Cuando la manga cayó hacia abajo, los tres círculos negros que tenía tatuados en la muñeca quedaron al descubierto.

—Dioses —susurró doña Angiavesta—, un mago de la Liga.

—Ciertamente —dijo Capa Raza—, por lo que habréis de disculparme; pero sus artes me parecieron la única manera de evitar que vuestros sirvientes nos impidieran la entrada, para así poder llegar hasta vuestro refugio sin molestaros.

—Pues ahora me molestan —la dama escupió las palabras—. ¿Qué se proponen?

—A mí y a mi socio —dijo Raza— nos agradaría mantener una charla con la Araña del Duque.

—Por los dioses, ¿de qué está hablando? Ésta es mi torre; aparte de los criados no hay nadie más.

—Cierto —dijo Capa Raza—, así que ya no es necesario que, al menos ante nosotros, sigáis haciendo teatro.

—Usted —dijo doña Angiavesta con voz fría y equilibrada— se confunde sobremanera.

—Y esos estantes que tenéis detrás de vos, ¿qué contienen? ¿Recetas de cocina? Y esos pergaminos que tenéis al lado de la silla, ¿qué son? ¿Acaso los informes que os envía regularmente Stephen Reynart se refieren a la moda y a los peinados que van a llevarse este año, de los cuales se entera por la gente que desembarca? Vamos, mi

señora. Dispongo de medios poco usuales para recoger información y no soy estúpido. Cualquier disimulo por vuestra parte lo consideraré un insulto.

—Pues exactamente lo mismo que yo considero su presencia en este lugar, adonde no han sido invitados —replicó doña Angiavesta tras un momento de reflexión.

—Si os he causado alguna molestia —dijo Raza— ya me he disculpado por ello. Mas ¿acaso sois capaz de evitar esta molestia con el uso de la fuerza? Vuestros criados duermen apaciblemente; vuestro Reynart y todos sus Merodeadores de la Medianoche andan por ahí, fisgoneando en mis asuntos. Así pues, encontrándonos vos y yo a solas, ¿por qué no hablar como personas civilizadas? He venido para hablar seria y civilizadamente.

Ella le miró con frialdad durante un largo momento y luego indicó con una mano uno de los sillones del solario.

—Siéntese, maese Venganza. Me temo que no dispongo de una silla más cómoda para su socio…

—No importa —dijo el halconero—, me encantan las mesas de escritorio —y se sentó delante del pequeño escritorio que estaba cerca de la puerta, mientras Raza cruzaba la habitación y se sentaba enfrente de doña Angiavesta.

—Hmmm. Venganza, ciertamente. ¿Ya la ha conseguido?

—Sí —dijo un Capa Raza muy contento—. Hice todo lo que tenía que hacer.

—¿Estaba resentido con Capa Barsavi?

—¡Ja! Sí que lo estaba. Puede decirse que ése fue el motivo de que matara a sus hijos delante de él y de que a él le entregara como pasto a los tiburones que tanto amaba.

—¿Algún antiguo asunto entre él y usted?

—Estuve pensando durante veinte años la manera de causarle la ruina a Vencarlo Barsavi —confesó Raza—. Y ahora lo he conseguido y me he puesto en su lugar. Lamento que este asunto haya sido… un tanto inconveniente para vos. Por eso os digo ahora que lo siento.

—Barsavi no era un hombre amable —dijo Angiavesta—, sino un criminal despiadado. Pero era muy perceptivo; sabía muchas cosas que los capas de rango inferior ignoraban. El acuerdo que hice con él fue beneficioso para ambos.

—Y sería una pena no mantenerlo —dijo Raza—. Admiro muchísimo la Tregua Secreta, doña Angiavesta. La admiro tanto como odiaba a Barsavi; me gustaría que siguiera vigente. Por mi parte, di órdenes al respecto la misma noche en que ocupé el puesto de Barsavi.

—Eso mismo me contaron mis agentes —dijo doña Angiavesta—, aunque debo confesar que llevaba varios días esperando oírlo de sus propios labios.

—Mi retraso es imperdonable —dijo Raza—, pero aquí estamos; confieso que mis maneras son terribles. Permitidme hacer las paces con vos.

—Usted dirá.

—Pues me gustaría muchísimo —dijo Raza— tener la oportunidad de asistir a la fiesta que el Duque celebra el Día de los Cambios; puedo vestirme y comportarme bastante bien. Podríais presentarme como un caballero que vive de las rentas… os aseguro que nadie de los que se encuentren en el Alcance del Cuervo me reconocerá. Siempre he admirado las torres de Camorr desde que era pequeño. Y así le presentaría mis respetos a la aristocracia de Camorr al menos una vez. No iría con las manos desnudas, pues he estado pensando en un regalo que podría haceros a todos.

—Eso es mucho pedir —dijo doña Angiavesta, arrastrando las palabras—. Nuestros mundos, Capa Raza, no deben mezclarse; yo no asisto a las fiestas de los ladrones.

—Pero vuestros agentes sí —repuso él, muy divertido.

—Ya no lo harán. Dígame, ¿por qué les ordenó que se exiliaran? Si, entre su gente, la pena por chaquetear es la muerte, ¿acaso no se merecían un tajo en la garganta?

—¿Acaso hubierais preferido que los matara, doña Angiavesta?

—Claro que no —replicó ella—, pero siento mucha curiosidad por su forma de proceder.

—Yo, por mi parte, creo que mi forma de proceder es bastante transparente. Necesitaba tener seguridad; no podía permitir que vuestros agentes conocieran todos mis planes, como hizo Barsavi. Y como no quería enemistarme con vos más de lo necesario, supuse que dejarlos con vida sería un gesto de buena voluntad.

—Hmmm.

—Señora de Vorchenza —dijo Raza—, estoy seguro de que no tardaréis en poneros manos a la obra para infiltrar nuevos agentes entre los míos. No me importa: que venza el mejor. Pero hemos dejado a un lado el motivo de esta conversación.

—Capa Raza —dijo la aristócrata—, como me parece usted hombre que necesite que le presenten las cosas con suma delicadeza para no herir sus sentimientos, hablaré claro. Una cosa que debe quedar absolutamente entre nosotros es que nuestra relación, exclusivamente de trabajo, tiene como fin el preservar la Tregua Secreta por el bien de toda Camorr. Incluso hubiera disfrutado si se hubiese reunido conmigo en este lugar después de ser debidamente invitado y escoltado. Pero lo que no puedo hacer es llevarle ante el Duque; no puedo llevar a su presencia a un hombre de su condición.

—Me decepcionáis —dijo Capa Raza—, pues, si estoy en lo cierto, habéis invitado a Giancana Meraggio, un hombre que utilizó los servicios de mi predecesor en más de una ocasión. Y a muchos otros capitanes de las navieras y de las finanzas que se han aprovechado de los arreglos pactados con las bandas de Barsavi. La Tregua Secreta enriquece a todos los nobles de Camorr, mientras que, en efecto, yo sigo siendo su siervo. Y, mientras mi indulgencia les llena los bolsillos de dinero, ¿aún sigo siendo una criatura de tan baja condición que ni siquiera puedo sentarme a tomar un refresco en la mesa donde ellos se sientan, teniéndome que quedar entre

bambalinas y contentarme con mirar mientras se enriquecen? ¿Ni siquiera vagabundear por el Jardín Celeste para satisfacer mi curiosidad?

—Capa Raza —dijo doña Angiavesta—, está pulsando las cuerdas de una conciencia que no sonarán. No me he convertido en la Araña del Duque por tener buen corazón. De veras que no quiero insultarle, pero permítame que me exprese con claridad. Lleva de Capa sólo una semana. Apenas he comenzado a formarme una opinión de usted, así que, señor mío, sigue siendo un extraño para mí. Si consigue gobernar durante un año a partir de ahora y consigue que la Buena Gente se mantenga tan estable como hasta ahora, entonces… es posible que tome en consideración su propuesta.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo, por ahora.

—Ay —dijo Capa Raza—, esa negativa me duele más de lo que podéis imaginar; he dispuesto regalos para todos los nobles de esta bella ciudad que no pueden esperar un año. Así que, lamentándolo muchísimo, debo rechazar vuestra negativa.

—¿Qué diantre quiere decir?

—Halconero…

El mago mercenario se levantó del escritorio de doña Angiavesta; llevaba en una mano una pluma y en la otra una hoja de pergamino.

—Angiavesta, ¿no? —dijo, mientras escribía con una letra llena de curvas—. Angiavesta Vorchenza. Qué nombre tan bonito… muy, muy bonito… es vuestro nombre auténtico…

Comenzó a mover el hilo de plata que llevaba en la mano izquierda hacia delante y hacia atrás, y entonces comenzó a formarse un resplandor de color azul y plata en la hoja de pergamino; cuando el nombre, ANGIAVESTA VORCHENZA, quedó aureolado por aquel fuego azulado, la aristócrata gimió en el otro extremo de la habitación y se llevó las manos a la cabeza.

—Lamento tener que presentar mi caso de un modo tan poco amable, doña Angiavesta —dijo Capa Raza—, pero veo que no comprendéis la gran ventaja que supondrá para el Duque el tenerme de invitado. Seguro que no queréis que le niegue los regalos que, con el mayor de los respetos, pienso dejar a sus pies.

—No… puedo… decir…

—Sí —dijo el halconero—, claro que sí. Os agrada muchísimo lo que os está proponiendo; os agrada que Capa Raza sea invitado a la fiesta del Día de los Cambios, dando así muestra de la cordialidad que debe presidir una buena amistad.

Las palabras escritas en el pergamino brillaron con más intensidad.

—Capa Raza —dijo doña Angiavesta muy despacio—, le ruego… que acepte la hospitalidad del Duque.

—No aceptaréis un «no» como respuesta —dijo el halconero—. Capa Raza tiene que aceptar vuestra invitación; no aceptaréis un «no» como respuesta.

—No lo aceptaré… como… respuesta.

—Y yo no lo daré —dijo Raza—. Sois muy amable, mi señora de Vorchenza. Muy amable. En cuanto a mis regalos, tengo cuatro esculturas exquisitas que me gustaría regalar al Duque; no tengo necesidad de molestarle; mi gente puede dejarlas en cualquier lugar de la celebración, si vos me ayudáis a ello. Podemos enseñároslas cuando tengáis un momento libre.

—Qué amable —dijo el halconero—. Os encanta ese detalle.

—Nada me gustaría más… Capa Raza. Es muy… propio de usted.

—Sí —dijo Capa Raza—, es muy propio de mí. Sólo lo justo —se rió, luego se levantó de su asiento y le hizo una seña al halconero.

—Mi señora de Vorchenza —dijo el halconero—, esta conversación os ha agradado sobremanera. Haréis todo lo preciso para ver a Capa Raza el Día de los Cambios y para prestarle cualquier ayuda en lo concerniente a que esos regalos tan importantes lleguen al Alcance del Cuervo —dobló el pergamino y se lo guardó en uno de los bolsillos del chaleco, manipulando después el hilo de plata.

Doña Angiavesta parpadeó varias veces seguidas y respiró profundamente.

—Capa Raza —dijo—, ¿ya tiene que irse? Ha sido realmente muy agradable poder hablar con usted esta noche.

—Y yo, por mi parte, he descubierto en vos a la más encantadora de las anfitrionas, mi señora doña Angiavesta —le hizo una reverencia adelantando el pie derecho, en el estilo más perfecto de la corte—. Pero los asuntos me acucian; debo atender los míos y dejaros a vos los vuestros.

—Así sea, querido muchacho —dijo ella, haciendo ademán de levantarse, pero él le indicó con un gesto que siguiera sentada.

—No, no os molestéis por nosotros. Podremos encontrar el camino que conduce al exterior de vuestra preciosa torre; os ruego que volváis a lo que estuvierais haciendo antes de nuestra llegada.

—Apenas me interrumpisteis —dijo doña Angiavesta—. ¿Entonces os veré el Día de los Cambios? ¿Aceptáis la invitación?

—Sí —dijo Capa Raza; se volvió y le dedicó una sonrisa antes de salir por la puerta del solario—. Acepto vuestra invitación muy gustoso. Y os veré el Día de los Cambios, en el Alcance del Cuervo.

Interludio

Las Hijas de Camorr

La primera revolución auténtica en los asuntos criminales de Camorr había acontecido mucho antes de Capa Barsavi; de hecho, cincuenta años antes, como resultado de la falta de autocontrol de cierto alcahuete llamado Trevor Vargas «el Rudo».

Trevor el Rudo tenía muchos otros apodos, la mayor parte de los cuales los empleaba de modo privado en su pequeño establo de putas; pero decir que era un lunático criminal y desmesurado heriría los sentimientos de la mayor parte de los lunáticos que son criminales y desmesurados. Como suele suceder, era más peligroso para sus putas que las lacras que ellas se agarraban para conseguir unos cuantos cobres y platas; la única protección que realmente les ofrecía era la de sus propios puños, que podían conseguir por sólo una pequeña fracción del dinero que ganaban.

Una noche, cierta puta particularmente molesta se encontró participando, en contra de su voluntad, en la diversión vespertina que a él le gustaba más; a saber, obtener placer de la boca de una mujer mientras le tiraba del pelo hasta que gritaba. Antes de que ella fuera consciente de lo que hacía, había desenfundado la daga que llevaba en el corpiño para clavársela a Trevor a la izquierda de lo que le confería la virilidad, justo donde se le juntaba con el muslo, y después cortar hacia la derecha. Entonces brotó un chorro de sangre muy aparatoso, por no hablar de los alaridos; pero los intentos de Trevor, primero para golpearla y luego para echar a correr, se vieron grandemente mermados por la prisa con que la vida se le escapó de entre las piernas. Su (antaño) puta le arrastró por el suelo y se sentó encima de su espalda para evitar que saliera a gatas de la habitación; primero se quedó sin fuerzas y luego murió, sin que nadie le llorase.

A la noche siguiente, el capa de Trevor envió a otro hombre para que cumpliera el trabajo vacante. Las mujeres del viejo establo de Trevor le recibieron con caras sonrientes y le ofrecieron sus servicios gratis. Debido a que tenía un pequeño montón de ladrillos donde la gente suele tener los sesos, aceptó; cuando acababa de desvestirse y de dejar a un lado las armas que llevaba, recibió tantas puñaladas como mujeres había. Aquello llamó realmente la atención del viejo capa de Trevor, de suerte que, a la noche siguiente, envió a cinco o seis hombres para resolver la situación.

Pero, mientras tanto, había sucedido una cosa ciertamente curiosa: otras dos o tres fulanas se habían librado de sus chulos; y el grupo de mujeres que reivindicaban en la parte norte de la Trampa una casa de putas para ellas solas fue en aumento. Los hombres del Capa no se encontraron con seis o siete putas asustadas, como les habían

dicho, sino con docenas de mujeres enfadadas que habían estado comprando armas con todo el dinero que poseían.

Las ballestas son siempre igualitarias, sobre todo de cerca y con la ventaja de la sorpresa, así que a aquellos cinco o seis hombres no se les volvió a ver.

Y de tal suerte se llegó a una guerra; los capas, que habían perdido tanto a los chulos como a sus putas, intentaron enmendar la situación, mientras que el número de mujeres que se unían a la revolución aumentaba día a día. Pagaron a otras bandas para que les dieran protección; establecieron casas de placer según sus condiciones y comenzaron a trabajar en ellas. El servicio que ofrecían en habitaciones confortables y bien provistas era superior al que seguían dando las bandas de putas gobernadas por hombres, de modo que los nuevos clientes desequilibraron la balanza al dejar su dinero en las casas gobernadas por mujeres.

Las putas de Camorr se unieron en un gremio; menos de un año después de la muerte de Trevor el Rudo, los últimos chulos que se aferraban desesperadamente a su virilidad fueron convencidos (en ocasiones a muerte) de que debían encontrar nuevos medios de mantener el cuerpo y el alma juntos.

Hubo un gran baño de sangre; docenas de putas fueron asesinadas brutalmente y varios de sus burdeles ardieron hasta los cimientos. Pero por cada una de las damas de la noche que había caído, a los hombres del Capa les había sucedido lo propio; las damas devolvían los golpes ojo por ojo con el mismo rencor del que siempre habían hecho gala todos los capas de la historia de Camorr. Eventualmente, aquella especie de tregua incómoda se fue convirtiendo en un acuerdo estable y beneficioso para ambas partes.

Las fulanas de la ciudad formaron de común acuerdo dos grupos basados en el territorio; las Portuarias se asentaron en la parte oeste de Camorr y el Gremio de los Lirios en la este, y ambas organizaciones compartieron amistosamente la Trampa, donde se hacía el mejor negocio. Todas siguieron prosperando; contrataron a gente musculosa de entre los suyos y dejaron de contar con los servicios de los degolladores de las demás bandas. Y aunque, dado el carácter de sus negocios, quizá sus vidas no fueran del todo agradables, al menos siguieron con el control de sus propios negocios y pudieron obligar a sus clientes a mantener ciertas reglas de decoro.

Construyeron y preservaron un monopolio dirigido por los dos gremios: a cambio de prometer a sus miembros que jamás se dedicarían a cualquier otra actividad que no fuese aquélla, aseguraban el derecho a sofocar sin piedad cualquier intento que obligase a prostituirse a cualquiera de ellas en una nueva banda, y lo ejercitaban. Naturalmente, algunos hombres no hicieron caso a las reglas que habían puesto aquellas mujeres; intentaron golpear a la fulana con la que estaban, o no quisieron pagar el servicio recibido, o ignoraron las reglas que las damas habían impuesto en lo tocante a la limpieza y a la ebriedad. Hubo que dar algunas lecciones: como muchos hombres no tardaron en aprender, para su desgracia, es imposible resultar

intimidatorio cuando una mujer enfadada tiene tu pajarito entre los dientes y otra te inmoviliza los riñones con un estilete.

Cuando Vencarlo Barsavi aplastó a sus oponentes y se convirtió en el único capa de Camorr, ni siquiera se atrevió a alterar el equilibrio existente entre las bandas de toda la vida y los dos gremios de putas. Recibió a las representantes de las Portuarias y de los Lirios con suma cortesía y estuvo de acuerdo en mantener su estatuto de casi autonomía a cambio de recibir los pagos periódicos que costaba su asistencia… pagos, un porcentaje de los beneficios, que eran notoriamente mucho más bajos que los que le pagaban al Capa el resto de la Buena Gente de Camorr.

Barsavi sabía que muchos de los hombres de la ciudad eran lentos de mollera, pensamiento que, años después, siguió manteniendo cuando adoptó a las hermanas Berangias como sus principales defensoras. Pero también era lo suficientemente inteligente para saber que uno podía encontrarse en peligro por subestimar a las mujeres de Camorr.

Capítulo 15

La mordedura de la Araña

1

—¿Puede prometerme que se cuidará mejor que antes, mejor de lo que se cuidó su amigo Jean la semana pasada? —decía Ibelius.

—Usted es nuestro físico, maese Ibelius —le respondió Locke—, no nuestra madre, como ya le he dicho esta misma tarde una docena de veces. Estoy completamente preparado, en cuerpo y alma, para el asunto que me lleva al Alcance del Cuervo. Soy la precaución hecha carne.

—Entonces, señor mío, espero que dicha precaución no vaya a convertirse en temeridad.

—Ibelius —se lamentó Jean—, déjele solo; para sermonear tanto a un hombre antes hay que tener la decencia de casarse con él.

Jean se sentó en el jergón, ojeroso y bastante desaliñado; la negrura de su espesa cabellera resaltaba la palidez de su rostro. Sus heridas estaban curadas; una gran venda cubría su pecho desnudo, similar a la que llevaba bajo las calzas, rodeándole una rodilla, y a la que podía verse en su brazo derecho.

—Estos físicos son muy útiles —dijo Locke, ajustándose los puños de la casaca (anteriormente de Meraggio)—, pero creo que la próxima vez cogeremos la versión muda, aunque haya que pagar más.

—¡Y también podrían ponerse las vendas ustedes mismos y aplicarse las cataplasmas, aunque creo que acabarían antes si cavaran su propia tumba y se metieran en ella para esperar su inevitable tránsito hacia una condición más apacible!

—Maese Ibelius —dijo Locke, agarrando por los brazos a aquel hombre mayor —, Jean y yo le estamos más que agradecidos por su ayuda; sospecho que ambos estaríamos muertos si no hubiera sido por usted. Quiero resarcirle por el tiempo que ha pasado con nosotros en este agujero; espero recibir varios cientos de coronas en muy poco tiempo. Algunas serán para usted, para que pueda llevar una vida nueva lejos de aquí con los bolsillos bien llenos. Las demás las emplearemos en meter a Capa Raza bajo tierra. Anímese, recuerde lo que Jean le hizo a sus hermanas.

—Una proeza que no estoy en condiciones de repetir —dijo Jean—. Cuídate, Locke, porque esta noche no podré correr en tu ayuda si algo se tuerce.

—No tengo dudas de que lo intentaría —dijo Ibelius.

—No te preocupes, Jean, sólo será un asunto rutinario. Con el Duque y toda su puñetera corte metidos en una torre de cristal a doscientos metros de altura, ¿qué podría salir mal?

—Tanto sarcasmo no suena convincente —dijo Jean—; espero que lo tengas todo bajo control.

—Lo tendré, Jean. Cadenas se alegraría muchísimo si pudiera verme; voy a actuar como Lukas Fehrwight delante del maldito Duque, por no mencionar a ciertos nobles que conocemos de antaño: los De Marre, los Feluccia, el viejo Javarriz… Gloria al Guardián Avieso, porque ésta va a ser *una representación buenísima*. Suponiendo que la jugada termine bien. Y después… monedas en los bolsillos. Y después… venganza.

—¿A qué hora te esperan en la mansión de los Salvara?

—A las tres de la tarde, o sea, que no puedo entretenerme más. Jean, Ibelius… ¿qué tal estoy?

—Apenas podría reconocer al hombre que yacía en el lecho del dolor hace sólo unos días —dijo Ibelius—. Le confesaré que sus habilidades profesionales son sorprendentes; jamás hubiera pensado que se le daba tan bien el disfrazarse.

—Es una de nuestras mejores armas, maese Ibelius —dijo Jean—, por desgracia una de las pocas que nos quedan. Está listo para la velada, maese Fehrwight. Ahora supongo que se dirigirá a la isla de Durona por el camino más largo, ¿no?

—Claro que sí —dijo Locke—. Sólo estoy loco para algunas cosas. Me dirigiré al norte pasando por los túmulos y tiraré hacia el Silencio. Espero no ver ni a una sola alma cuando salga de la Lluvia de Ceniza.

Y a pesar del calor sofocante, se cubrió mientras hablaba con el capote encerado que Jean había dejado allí después de su encuentro con las hermanas Berangias. Hasta llegar a la Colina de las Sombras ocultaría sus finos ropajes de la vista de todos. Un hombre vestido con ropas elegantes atraería demasiado la atención de la gente que acecha por los lugares en penumbra de la Lluvia de Ceniza.

—Pues vayámonos al Alcance del Cuervo —dijo Locke—. Hasta mucho más tarde. Jean, descansa. Maese Ibelius, concédale a Jean su atención maternal; espero volver con buenas noticias.

—Con que simplemente vuelva, me daré por satisfecho —dijo Ibelius.

2

Nos encontramos a mediados del verano, en el Día de los Cambios, el decimoséptimo día de Parthis del septuagésimo octavo año de Aza Guilla, según el calendario de Therin. Y durante el Día de los Cambios, la ciudad de Camorr enloquece.

La parte central del mercado estaba invadida por la gente que asistía a una Fiesta Cambiante más pequeña y de inferior calidad que las que usualmente se celebraban cada mes; en su centro, a modo de patio, podía verse un espacio rectangular para jugar al balonmano, hecho de tablas que se apoyaban sobre cierto número de barcazas planas amarradas entre sí. Los jugadores sacaban banderas de un barril; después de formar dos equipos al azar, se sacudían unos a otros como borrachos, siendo

aclamados por la multitud, formada exclusivamente por gentes del común. Cuando uno de los equipos se anotaba un tanto, tiraban de la barquichuela que transportaba un barril de cerveza para que contornease el recinto y entonces, con un cucharón, servían a cada uno de los miembros del equipo un buen trago de cerveza. Lógicamente, los partidos iban haciéndose más sucios y violentos a medida que pasaba el tiempo; unos jugadores que acababan de caer al agua estaban siendo pescados por los casacas amarillas que se dedicaban a tal menester, el único que podían hacer sin interferir en el juego.

Los plebeyos invadían las calles de la parte baja de Camorr durante el Día de los Cambios, haciendo meriendas, arrastrando barriles de cerveza negra y llevando consigo odres de vino. La gente formaba hileras que se entrecruzaban, se daban empujones, se juntaban y luego se separaban; cualquier dios que hubiese mirado a la ciudad sólo hubiera visto en ella una muchedumbre sin orden ni concierto que recorría las calles del mismo modo en que la sangre corre por las venas de un borracho.

En la Trampa los negocios se multiplicaban aquel día; como en una marea viva, la fiesta arrastraba hasta allí a marineros y visitantes llegados de costas extranjeras; unas cuantas horas de la hospitalidad camorrí y los invitados a la fiesta no serían capaces de distinguir sus traseros de sus tímpanos. Las ganas de beber, de jugar y de gastárselo todo eran como una marea que los anegase; se ahogaban en el libertinaje con sumo placer. Al día siguiente muy pocas naves saldrían del puerto; muy pocos de sus tripulantes dispondrían de la fuerza necesaria para izar un gallardete, no digamos una vela.

En el Caldero, el Estrecho y las Heces, la gente de Capa Raza celebraba la generosidad de su nuevo gobernante; por orden suya, docenas y docenas de barriles de vino tinto peleón habían llegado en carretillas; las bandas que eran demasiado pobres o estaban demasiado cansadas para acercarse hasta la encrucijada de maldad que era el Estrecho, bebían como idiotas en las aceras. Los *garristas* de Raza se desplazaban entre los suyos con cestas de pan, entregándole hogazas a cualquiera que las pidiese; daba la casualidad de que cada una de aquellas hogazas tenía dentro una moneda de cobre o de plata, de suerte que cuando aquellos regalos quedaron al descubierto (a costa de la mala fortuna de algunos dientes rotos), al sur del distrito del Templo ni una sola hogaza de pan se libró de la depredación.

La Tumba Flotante de Raza estaba abierta al público; varios *garristas* y sus bandas pasaban el rato con las cartas, de suerte que el juego no tardó en alcanzar proporciones épicas; en el culmen de la partida, cuarenta y cinco hombres y mujeres discutían, barajaban, bebían y se gritaban los unos a los otros por encima de las oscuras aguas de la Desolación, las mismas aguas que se habían tragado a Capa Barsavi y a toda su familia.

A Raza no se le veía por ningún sitio; aquella noche tenía cosas que hacer al norte de la ciudad, y nadie que no perteneciera al círculo de sus siervos más allegados sabía

que se encontraría en la corte del Duque, mirándolos desde lo alto del Alcance del Cuervo.

En el distrito del Templo, el Día de los Cambios se celebraba de una manera más tranquila; todos los sacerdotes e iniciados de cada templo intercambiaban sus cometidos y luego volvían a intercambiarlos, y luego otra vez, ininterrumpidamente. Los hábitos negros de Aza Guilla celebraban un ritual muy vistoso en las escaleras del templo de Iono; los servidores del Padre de las Aguas Codiciosas también celebraban el suyo. La Dama Eliza y Azri, Morgante y Nara, Gandolo y Sendovani… todos los sacerdotes de dichas divinidades encendían velas y cantaban al cielo en diferentes altares, y luego hacían una procesión. Se ofrecieron plegarias especiales por la incendiada Casa de Perelandro, donde un hombre mayor con los hábitos blancos del Señor de los Vigilados, recientemente llegado de Ashmere, estudiaba los daños sufridos por el templo que acababa de quedar bajo su cuidado. No tenía ni idea de cómo comenzar a escribir el informe acerca de la destrucción acontecida en la bodega de cristal antiguo… que debía presentar al Jefe Divino de Perelandro, porque sólo había conocido los detalles al llegar a Camorr.

En la Esquina Norte y en el Recodo de la Fontana, las parejas de jóvenes acomodados se dirigieron al Prado de las Dos Platas, porque se suponía que daba buena suerte hacer el amor la víspera del Día de Mediados del Verano. Se decía que cualquier unión consumada antes de la Falsa Luz le daría al futuro niño todo lo que sus padres desearan; y aunque realmente aquello fuera un regalo, la mayor parte de los hombres y mujeres que se ocultaban entre los senderos de gravilla y las susurrantes paredes de verdor sólo se acordaban, llegado el momento, del deseo que sentían el uno por el otro.

Sobre las aguas del Puerto Viejo, la fragata *Satisfacción* seguía anclada, las banderas amarillas agitándose en sus mástiles, las linternas amarillas encendidas incluso durante el día. Una docena de figuras se movían silenciosas sobre su puente, haciendo subrepticiamente los preparativos para la acción de aquella noche; las ballestas quedaron junto a los mástiles, ocultas por unas lonas. Las redes contra el abordaje fueron dispuestas bajo los pasamanos del puente superior de la nave, para lanzarlas rápidamente sin que nadie las pudiera ver antes. También dejaron allí sacos de tierra para apagar las llamas; si los ingenios de la costa eran disparados, algunos de ellos lanzarían el fuego ardiente que el agua no sólo no apaga sino que reaviva.

En las oscuras bodegas que se encontraban bajo el puente, tres docenas de hombres y de mujeres tomaban una comida copiosa para tener el estómago lleno en el momento del combate. Entre ellos no había ningún enfermo… ni nadie con fiebre.

Al pie del Alcance del Cuervo, palacio y hogar del duque Nicovante de Camorr, cien carruajes estaban aparcados en espiral rodeando la base de la torre; cuatrocientos conductores y guardias de librea se arremolinaban a su alrededor, disfrutando de los refrigerios que, en todo momento, les llevaban los hombres y las mujeres vestidos todos ellos con los colores del Duque. Allí habrían de aguardar durante toda la noche

a que sus señores y señoras bajaran de la torre… El Día de los Cambios era la única ocasión anual en que todos los nobles de Camorr, incluso los de rango inferior de las islas Alcegrante y los de las Cinco Familias que ocupaban las torres de cristal, se juntaban en un solo lugar para beber, conmemorar, conspirar, intrigar, saludarse e insultarse, y todo ello bajo la mirada del reumático Duque. A cada año que pasaba, la nueva generación de los gobernantes de Camorr se fijaba más en la vieja guardia encanecida; a cada año que pasaba, sus reverencias y cortesías eran un poco más exageradas; a cada año que pasaba, los susurros que decían al estrecharles la mano eran un poco más envenenados. Quizá el duque Nicovante llevara gobernando mucho tiempo.

El Alcance del Cuervo estaba provisto de seis ascensores de cadenas que subían y bajaban, subían y bajaban. A cada nueva apertura de las puertas de sus jaulas, un nuevo alud de gente con casacas de muchos colores y vestidos muy elaborados era regurgitado sobre la terraza de embarque para mezclarse con la parloteante marea de nobles y aduladores, de poderosos agentes de negocios y pretendientes, de comerciantes, de zánganos, de borrachos y de depredadores elegantes. Pajarracos que volaban en círculo, revoloteando indolentes mientras el sol los hería con todo su poder; era como si los nobles de Camorr se bañaran en un lago de plata fundida situado en lo más alto de una columna de ardiente fuego.

Fue como si el aire deformara las imágenes con sus ondas de calor cuando la jaula que llevaba a Locke Lamora y a los Salvara se detuvo, oscilando con un sonido metálico, en el soporte de la terraza del Duque que la acogió.

3

—¡Por los Santos Compañeros, jamás había visto nada parecido! —dijo Locke—. ¡Jamás había estado tan alto! ¡Por las Manos Bajo las Aguas, jamás me había encontrado en tan *selecta* compañía! Mi señor y señora de Salvara, disculpadme si me agarro a vosotros como un hombre que se está ahogando.

—Sofía y yo hemos estado viniendo un año tras otro desde que éramos niños —dijo Lorenzo—, precisamente este día. Uno sólo se siente abrumado las primeras diez u once veces, se lo aseguro.

—¡Tendré que confiar en su palabra, mi señor!

Unos criados con librea negra y plata, surcada por varias hileras de botones de plata que relucían a la luz del sol, les abrieron la puerta de la jaula. Locke siguió a los Salvara hasta la terraza de embarque. Una escuadra de casacas negras en traje de gala pasó ante ellos, los estoques a la espalda, en sus vainas nieladas con plata. Aquellos soldados llevaban un sombrero alto de piel con el escudo del Ducado de Camorr encima casi de los ojos; Locke intentó imaginarse cómo se encontraban tras varias horas de idas y venidas bajo el implacable sol. Él mismo sentía que sus ropas

comenzaban a mojarse de sudor, aunque tanto él como sus anfitriones tenían la posibilidad de entrar al interior de la torre.

—¿Don Lorenzo y doña Sofía, mis señores de Salvara?

El hombre que acababa de acercárseles, dejando atrás la muchedumbre, era muy alto y ancho de hombros; les sacaba la cabeza a la mayor parte de los camorríes presentes, y su rostro anguloso y su cabello rubio poco frecuente denotaban en él la antigua sangre de Vadran en toda su pureza. Los antepasados de aquel hombre debían de provenir del lejano noreste, de Astrath o de Vintila, de las tierras interiores del reino de los Siete Compañeros. Curiosamente, llevaba el uniforme negro de la Compañía del Cristal Nocturno, con los distintivos de capitán al cuello; su acento era el neutro de la clase superior de Camorr, sin pizca de cualquier otro.

—En efecto —dijo don Lorenzo.

—A vuestro servicio, señor, señora. Soy Stephen Reynart; creo que la señora de Vorchenza ya os ha hablado de mí.

—Oh, en efecto —doña Sofía adelantó su mano; Reynart llevó el pie derecho hacia delante, dobló la cintura, le tomó la mano e hizo ademán de besársela—. No sabe lo que me complace haberle conocido al fin, capitán Reynart. ¿Cómo se encuentra esta tarde doña Angiavesta?

—Está haciendo *punto* —dijo Reynart con una mueca que debía de ocultar alguna broma privada—. Ha pedido para ella sola una de las salas de estar del Duque; ya sabéis lo poco que le agradan las reuniones largas y ruidosas.

—Lo sé demasiado bien —dijo Sofía—. Me gustaría hablar con ella.

—Seguro que ese sentimiento es mutuo, mi señora. ¿Puedo suponer que quien os acompaña es maese Fehrwight, el comerciante de Emberlain que dijisteis que traeríais con vos? —Reynart volvió a inclinarse, pero más en aquella ocasión, y dijo en la sonora lengua de Vadran—: Que los Compañeros corran con suavidad y los mares con calma, maese Fehrwight.

—Que las Manos Bajo las Olas os traigan buena fortuna —replicó Locke en la misma lengua, que él hablaba marcando menos las sílabas tónicas, realmente sorprendido. Luego, por cortesía, volvió a la de Therin—. Capitán Reynart, ¿un paisano mío al servicio del Duque? ¡Qué fascinante!

—Es evidente que mi sangre es de Vadran —dijo Reynart—; cuando era un niño, mis padres murieron en el transcurso de la misión comercial que les había traído hasta aquí. Fui adoptado y educado por doña Angiavesta, la Condesa del Cristal de Ámbar, esa torre de brillo dorado que puede ver a lo lejos. No tenía hijos; y puesto que no podía heredar su título y sus propiedades, se me permitió entrar en la Compañía del Cristal Nocturno del Duque.

—¡Asombroso! Debo decir que tiene usted un porte espléndido… muy parecido al de los reyes de los Compañeros. No me cabe duda de que el Duque debe de hallarse muy complacido por tenerle a su servicio.

—Espero con toda la fuerza de mi corazón que así sea, maese Fehrwight. Pero le estoy entreteniendo. Os pido perdón, mis señores de Salvara; no soy digno de convertirme en motivo de conversación. Si me lo permitís, os conduciré al interior de la torre.

—Por favor —dijo Sofía. Luego se situó muy cerca de Locke y le susurró al oído —: Doña Angiavesta es un ser muy querido, algo así como la abuela de todas nosotras, las damas de Alcegrante; es el árbitro de todas nuestras habladurías. No se encuentra bien… a cada mes que pasa se aleja más y más… aunque manteniéndose lo más cerca de nosotras que puede. Espero que tenga la suerte de llegar a conocerla.

—Lo intentaré, mi señora doña Sofía.

Reynart los condujo hasta las estancias del Alcance del Cuervo, y Locke se atragantó sin querer cuando su mirada se cruzó con la de él.

Desde fuera, el Alcance del Cuervo tenía la opacidad de la plata. Pero por dentro, al menos las plantas que podía ver, era casi transparente. El cristal parecía lleno de una calina humeante que eliminaba el calor del sol y reducía éste a un círculo blanco que podía ser contemplado a simple vista; por otra parte, a Locke le daba la impresión de hallarse colgado en el vacío. La campiña surcada de colinas y el caudaloso Angevino quedaban al norte, mientras que todas las islas de la ciudad baja las veía hacia el sur, extendidas como las ilustraciones de un mapa. Locke siguió mirando; incluso podía ver las negras siluetas de los mástiles de los barcos bamboleándose al otro lado de la ribera sur del río. El estómago le palpitó con la sensación del vértigo.

Justo encima de ellos comenzaba el Jardín Celeste; se decía que había cien toneladas de tierra fértil en las terrazas y conductos del tejado. Las viñas caían en cascada hacia abajo; numerosos arbustos y árboles completamente crecidos, y muy bien cuidados, brotaban del ápice de la torre, formando una floresta redonda y en miniatura. En las ramas de uno de aquellos árboles, que apuntaba al sur del Mar de Hierro, había sido dispuesta una silla de madera de la cual se decía que era el punto más alto de Camorr que cualquier persona en su sano juicio podía alcanzar. Cualquier otro día que no fuera precisamente aquél, el Jardín Celeste hubiera estado lleno de niños, pues cuando los nobles tenían que atender los asuntos de la corte que se encontraba más abajo, solían dejar en él a sus hijos para que se divirtieran y solazaran.

La habitación que pisaban no ocupaba toda la sección transversal de la torre, con un diámetro de treinta metros, sino sólo su mitad norte. Locke se agarró a una barandilla que se encontraba en la parte sur y miró hacia abajo; había otras cuatro galerías semicirculares, cada una a siete metros por debajo de la que la precedía, llenas a rebosar de hombres y mujeres. Volvía a sentir vértigo; el hecho de mirar lo que había más abajo, a casi treinta metros de donde se encontraba, unido a la transparencia del revestimiento de la torre y a la perspectiva de las tierras que se

encontraban al sur, le hizo sentir que el mundo había comenzado a girar alrededor de la torre. La mano de don Lorenzo encima de su hombro le hizo volver a la realidad.

—Ha cogido el mal del Alcance del Cuervo —comentó con una sonrisa—. Se aferra a la barandilla como si fuera una amante. Tomemos algún refresco; sus ojos se acostumbrarán a esta nueva perspectiva y volverá a sentirse bien.

—Oh, mi señor don Lorenzo, espero que se trate de eso. Me apetecía visitar las mesas del banquete.

El noble le guió a través de los apretones de sedas, algodones, casimires y pieles exóticas, asintiendo y saludando con la mano a unos y otros. Sofía había desaparecido, junto con Reynart.

Las mesas del banquete, de casi veinte metros de un extremo a otro (aunque quizá hubiera sido más propio decir que eran «las mesas de los aperitivos», a pesar de que dichos aperitivos, ligeros, porque era por la tarde, pudieran rivalizar con los platos principales de cualquier banquete menos notorio que aquél), estaban cubiertas con manteles de lino bordados con plata. Los jefes del gremio de cocineros, los Maestros de las Ocho Bellas Artes de Camorr, estaban de pie junto a ellas, vestidos con sus hábitos ceremoniales de color amarillo crema y sus birretes negros de estudiosos, de los que pendían unos cordones dorados que les caían por detrás de las orejas. Cada uno de aquellos cocineros, ya fuera hombre o mujer, lucía intrincados tatuajes en cuatro de los dedos de cada mano, tantos como las Ocho Formas del Gastrónomo, cada uno de los cuales representaba la maestría conseguida en la correspondiente Forma.

En uno de los extremos de las mesas se encontraban los postres (la quinta bella arte): pasteles de crema de cereza envueltos en hoja de oro que se suponía comestible; tartas de cinamomo a las que, con mucho trabajo y pasta de miel, se les había dado la forma de veleros, una flotilla de barquitos de velas de mazapán y uvas pasas como tripulación. Había peras rellenas con pulpa de sandía y/o crema de brandy; había sandías sin corteza, peladas de tal guisa para que revelaran la carne rosada de su interior. Sobre la superficie de cada una de ellas había sido esculpido el escudo de armas de Camorr, realzado de manera muy agradable por la suave luminosidad rosada que desprendía un globo alquímico dispuesto en su interior.

En el otro extremo de las mesas se encontraba la comida propiamente dicha: cada uno de los platos de plata contenía una *phantasmavola*… un manjar imposible, una especie de quimera formada al juntar las mitades de dos criaturas diferentes en el transcurso de su elaboración y guisado. Locke vio un jabalí asado que tenía cabeza de salmón y descansaba sobre un lecho de caviar negro. A su lado se encontraba una cabeza de cerdo que tenía una manzana de pantano en la boca, cuyo cuerpo era el de un capón asado. La salsa oscura de caramelo e higos que lo cubría le dio a Locke una punzada en el fondo del estómago. Permitió a uno de los cocineros que le cortara una buena loncha del cerdo/capón, se la sirviera en un plato y le proporcionara un pequeño tenedor de plata; cuando se la llevó a la boca sintió que su textura era como

la de la mantequilla, y su sabor le hizo casi marearse. No había probado nada tan excelente durante semanas; y supo que habría necesitado toda su arte culinaria y el concurso de los hermanos Sanza en su mejor momento para preparar algo tan exquisito en la pequeña cocina de cristal. Aquel pensamiento le estropeó la degustación del manjar y terminó por comérselo enseguida.

Se sintió muy contento de no tener que probar la cabeza de buey con cuerpo de calamar.

En el centro de cada una de las mesas se encontraba el culmen (de aquella planta en particular, por supuesto). Era una enorme sutileza que nada tenía de sutil: una maqueta comestible de la ciudad de Camorr. Las islas eran pan de azúcar dispuesto encima de unas pequeñas plataformas de metal; los canales que se encontraban entre dichas plataformas estaban llenos con el licor azul que el cocinero que se encontraba a la derecha del diorama se encargaba de verter y de agitar. Cada uno de los grandes puentes de la ciudad estaba representado por la correspondiente réplica en azúcar caramelizado; cada una de las construcciones de cristal antiguo era una miniatura, desde la Torre Rota del sur hasta la Casa de las Rosas de Cristal y las Cinco Torres, que lo dominaban todo. Locke se fijó en que incluso había un galeón de chocolate escarchado, apenas más grande que una almendra, flotando en una Desolación de Madera hecha con pudín marrón.

—¿Cómo vamos, Lukas?

Don Lorenzo estaba otra vez a su lado, con una copa de vino; un criado de librea negra le arrebató a Locke el plato de las manos en cuanto éste se volvió para responder al noble.

—Me siento abrumado —respondió Locke, sin necesidad de exagerar mucho—. No tenía ni idea de lo que me esperaba; por los Compañeros, veo que fue acertado el que no me hiciera una idea de antemano. La corte del rey de los Compañeros debe de ser muy parecida a ésta; no se me ocurre nada más para compararla.

—Ese pensamiento tan amable honra a nuestra ciudad —dijo Lorenzo—. Estoy muy contento de que se decidiera a venir con nosotros. He estado hablando con algunos de mis amigos. Dentro de una hora tendré una charla seria con uno de ellos; pienso que podrá darme unas tres mil coronas. Siento decirlo, pero es muy maleable y yo le agrado mucho.

—Lukas —doña Sofía acababa de aparecer con Reynart pegado a sus talones—, ¿Lorenzo se lo está enseñando todo como es debido?

—Mi señora doña Sofía, me encuentro anonadado por la fastuosidad de la celebración; creo que si vuestro marido me hubiera dejado sentado en un rincón para que me chupara el dedo, no me hubiese aburrido ni un solo instante.

—Por supuesto que yo hubiera sido incapaz de hacer tal cosa —dijo Lorenzo entre risas—. Cariño, acabo de hablar con don Bellarigio. Ha venido con el escultor al que protege desde hace varios meses, ese individuo de Lashain que lleva un parche en el ojo.

Un grupo de criados con librea pasó ante ellos, cuatro hombres que llevaban algo pesado en unas andas de madera. El objeto era una escultura de oro y cristal, una pirámide reluciente en cuya cima podían verse las armas de Camorr. Debía de tener en su interior alguna lámpara alquímica, porque el cristal relucía con un tono naranja muy agradable. Cuando Locke la miró, viró al verde, luego al azul, después al blanco y, finalmente, volvió al naranja.

—¡Huy, qué bonito! —era evidente que doña Sofía sentía gran cariño por todo lo alquímico—. ¡Los colores cambian! Hay que hacer algunos ajustes, ¡cómo me gustaría verlo por dentro! Decidme, ¿el escultor lashainí de don Bellarigio podría esculpir uno de *esos* para mí?

Tres grupos más de criados pasaron por delante de ellos, acarreando otras tantas esculturas; cada una de ellas poseía una cadencia diferente de colores cambiantes.

—Lo ignoro —dijo Reynart—. Son los regalos que uno de nuestros invitados menos… corrientes ha traído para el Duque. Tendríamos que discutirlo con mis superiores, a quienes realmente les parecen muy bonitos.

Locke se volvió hacia la mesa del banquete más próxima y de repente se encontró a menos de dos metros de Giancana Meraggio, que llevaba una orquídea sobre el pecho, un plato de fruta en una mano y una vistosa joven con una falda roja en la otra. Cuando Locke pasó ante la mirada de Meraggio, éste se fijó con un sobresalto en él; aquellos ojos penetrantes escrutaron su persona y la ropa que llevaba. El maestro de los cambistas abrió la boca, volvió a mirar a Locke y dijo, con voz helada:

—Señor. Le ruego que me disculpe, pero es que…

—¡Vaya, si es maese Meraggio! —don Lorenzo se puso a su lado; al ver a un aristócrata, Meraggio se calló e hizo una reverencia, aunque no muy marcada.

—Don Lorenzo; hermosa doña Sofía. ¡Qué placer veros! Mis saludos, capitán Reynart —despidió al espigado vadraní con una inclinación de cabeza y miró nuevamente a Locke.

—Maese Meraggio —dijo Locke—, ¡qué afortunada coincidencia! Es un placer poder conocerle al fin. No sabe cuántas veces he intentado verle en sus oficinas sin tener la fortuna de presentarle mis respetos

—¿De veras? Pues yo iba a preguntarle por su nombre, señor.

—Maese Meraggio —intervino don Lorenzo—, permítame presentarle a Lukas Fehrwight, al servicio de la Casa de Bel Auster. Ha llegado a la ciudad para discutir la importación de cierta cantidad de cerveza; me gustaría ver qué aceptación tienen las cervezas negras de Emberlain al compararlas con las nuestras. Lukas, le presento al honorable Giancana Meraggio, dueño de la empresa que lleva su nombre, a quien muchos conceden el título de Duque del Hierro Blanco por muy buenas razones. Todos los asuntos de las finanzas giran a su alrededor como las constelaciones en el cielo.

—A su servicio, señor —dijo Locke.

—¿De Emberlain? ¿De la Casa de Bel Auster?

—Sí —dijo doña Sofía—. Le hemos traído a la fiesta en condición de nuestro invitado especial.

—Maese Meraggio —dijo Locke—, no quiero parecer demasiado presumido, pero ¿le gusta el corte de mi casaca? ¿Y la tela?

—Es curioso —dijo Meraggio con el ceño fruncido—, porque tanto el uno como la otra me resultan familiares.

—Y tiene razón —dijo Locke—, porque, siguiendo el consejo de los señores de Salvara, mandé hacer estas ropas según la moda de Camorr; le pedí al sastre que me hiciera unas que fueran las más elegantes de la ciudad. Y como usted es el más elegante, copió estas ropas de *otras que le había hecho*. Espero que no piense que soy un descarado si le digo que las encuentro muy confortables.

—Oh, no —dijo Meraggio, terriblemente confundido—. Oh, no. En absoluto. Es muy halagador, señor, muy halagador. Y ahora, discúlpeme… No me encuentro muy bien; el calor, ya sabe. Creo que no debiera haberme tomado el ponche de algunas de esas exquisiteces. Ha sido un placer el conocerle, maese Fehrwight. Si me excusan, doña Sofía, don Lorenzo.

Y se fue, saludando a Locke con la cabeza.

Oh, Guardián Avieso, que tío más cachondo eres, pensó Locke.

—Lukas —dijo doña Sofía—, ¿ha probado la comida?

—Creo que me tomaría un poco más, mi señora de Salvara.

—¡Magnífico! Creo que voy a ir en busca de doña Angiavesta; se oculta en una de las galerías de más abajo, encorvada mientras hace punto. Si hoy se encuentra lúcida, ya verá lo encantadora que es, se lo aseguro.

—Doña Angiavesta —dijo Reynart— se encuentra en la habitación que da más al norte de la galería oeste, dos plantas más abajo. ¿Sabéis a qué sitio me refiero?

—Sí —respondió doña Sofía—. ¿Qué me dice, Lukas? Vayamos a ofrecerle nuestros respetos. Lorenzo puede darse una vuelta y terminar los asuntos importantes que le aguardan.

—No se me había olvidado, querida —dijo Lorenzo, como haciéndose el ofendido—. Maese Fehrwight, supongo que nuestra anciana señora hablará esta tarde en therinés; puede descubrir que quizá le presenten lo más parecido a una estatua de piedra, a menos que sólo se comportara así cuando fui a verla hace un momento.

—Me gustaría decir, mi señor de Salvara, que todo eso era simple afectación —dijo Reynart—. Y ahora tengo que irme a dar una vuelta para dar la impresión de que aún estoy de servicio. Saludad de mi parte a doña Angiavesta, mi señora doña Sofía.

—Por supuesto, capitán. ¿Me acompaña, Lukas?

La aristócrata le condujo hasta una de las grandes escaleras de cristal antiguo con barandillas de madera laqueada. Unas lámparas alquímicas situadas en unas hornacinas muy elaboradas iluminaban tenuemente la parte baja de las escaleras; al anochecer darían un espectáculo encantador. La disposición del suelo era la misma que el de más arriba; tenía otra mesa de banquete de la misma longitud, repleta de

exquisiteces y maravillas culinarias; una de aquellas extrañas pirámides de cristal y oro descansaba cerca de ella.

Curioso, pensó Locke, que respondió en voz alta, sonriendo, mientras la señalaba con el dedo:

—Mi señora de Salvara, quizá podamos convencer a los criados de que os presten una de esas esculturas cuando haya acabado la fiesta, para poderle echar un vistazo por dentro.

—Oh, Lukas, cuánto me gustaría… pero no podemos agradecer la hospitalidad del Duque llevándonos prestada una de esas cosas sólo por capricho. Vamos, tenemos que bajar otro piso más. Lukas, ¿Lukas, qué sucede?

Locke acababa de quedarse helado al mirar a la escalera que conducía al piso de abajo. Alguien subía por ella, un hombre que vestía casaca, guantes y calzas a juego, todo de color gris; el chaleco y el sombrero de cuatro picos eran negros, las pañoletas del cuello de un vivo escarlata, y en la mano izquierda, puesto encima del guante, llevaba un anillo que a Locke le era muy familiar… el anillo de Barsavi con la perla negra del Capa de Camorr.

Locke Lamora cruzó su mirada con la de Capa Raza, el corazón latiéndole al ritmo del tambor de una galera de guerra. El señor de los bajos fondos de Camorr se detuvo en seco, pasmado; la extrañeza y el asombro cruzaron su rostro para alegría de Locke, cuya alma se regocijó en lo más profundo de su ser. Entonces el odio se manifestó en Capa Raza durante una fracción de segundo, en la que apretó los dientes y las líneas de su rostro quedaron en tensión. Luego recobró el control sobre sí mismo… ondeó el elegante bastón de ébano laqueado, rematado por un botón dorado, se lo puso debajo del brazo izquierdo y fue al encuentro de Locke y de doña Sofía como si nada hubiese pasado.

4

—Vos debéis de ser una aristócrata de Camorr —dijo Capa Raza—; no creo tener el placer de conoceros, graciosa dama —se despojó del sombrero e hizo una reverencia llevando su cintura al ángulo exigido y adelantando el pie derecho.

—Soy doña Sofía Salvara, de la isla de Durona —explicó ella y adelantó la mano; él la tomó e hizo como que la besaba.

—A vuestro servicio, mi señora de Salvara; soy Luciano Anatolius. Encantado, mi señora, completamente encantado. ¿Y vuestro acompañante? ¿Es posible que nos conozcamos?

—No lo creo, señor —dijo Locke—. Me suena muchísimo, pero creo que si nos hubieran presentado antes de ahora lo recordaría.

—Maese Anatolius, tengo el gusto de presentarle a maese Fehrwight, comerciante de Emberlain al servicio de la Casa de Bel Auster e invitado personal mío a esta fiesta del Duque —dijo doña Sofía.

—¿Un comerciante de Emberlain? Mis saludos, señor. Por lo que veo, tiene que disponer de *grandes recursos* para abrirse camino hasta tan selectos círculos.

—Hago lo que debo, señor, hago lo que debo. Curiosamente, tengo en Camorr buenos amigos que me brindan ventajas *insospechadas*.

—No lo dudo. ¿La Casa de Bel Auster, dice? ¿Los famosos comerciantes de licores? Completamente genial. Me gusta tanto la buena bebida como al que más. De hecho, prefiero meter en toneles todas mis inversiones.

—No me diga, señor mío —Locke sonrió—. Sí, ésa es la especialidad de mi firma; jamás sabe uno las cosas maravillosas y sorprendentes que pueden salir de un barril. Nosotros nos enorgullecemos de dar *satisfacción*… de dar completa satisfacción por todo lo que recibimos, tal por tal… si entiende lo que quiero decirle.

—Lo entiendo —dijo Capa Raza, haciendo una de sus típicas muecas—. Una práctica comercial admirable que me llega al corazón.

—Claro —dijo Locke—, ya sé por qué me sonaba su rostro, maese Anatolius. ¿No tendrá usted una hermana? ¿O quizá son dos? Creo haberlas visto en alguna ocasión… el parecido es *realmente* sorprendente.

—No —dijo Capa Raza, el ceño fruncido—. Me temo que está muy confundido; no tengo hermanas. Doña Sofía, maese Fehrwight, ha sido un enorme placer conocerles, pero ahora tengo unos asuntos importantes que atender. Les deseo que se diviertan muchísimo en la fiesta.

Locke le ofreció la mano con una sonrisa amistosa e inocente.

—Siempre es grato conocer a nuevas personas, maese Anatolius. ¿Volveremos a vernos?

Capa Raza se quedó mirando la mano extendida de Locke; luego recapacitó en que rechazar aquel signo de cortesía hubiera parecido extraño. Su fuerte mano apretó el antebrazo de Locke y éste apretó a su vez el suyo. Los dedos de la otra mano de Locke se retorcieron; si el estilete que llevaba no se hubiera encontrado oculto en una bota, inconvenientemente lejos de sus manos, no hubiera dudado en emplearlo, en contra de los dictados de la razón.

—Es usted muy amable, maese Fehrwight —dijo Capa Raza con el rostro tranquilo—, pero dudo que volvamos a vernos.

—Si he aprendido algo de esta ciudad, maese Anatolius —repuso Locke—, es que está llena de sorpresas. Que pase una buena velada.

—Y usted también —dijo Raza—, comerciante de Emberlain.

Y se dirigió lentamente hacia donde se congregaba la muchedumbre; Locke le siguió con la mirada. Raza se volvió y sus miradas volvieron a cruzarse. Instantes después había desaparecido por las escaleras que llevaban al piso de más arriba, y Locke sólo consiguió ver una parte de su casaca gris.

—Lukas —dijo doña Sofía—, ¿me he perdido algo?

—¿Que si os habéis perdido algo? —Locke sonrió inocentemente al estilo de Fehrwight—, no lo creo, mi señora. Es que ese hombre me recordó a alguien que

conocí en cierta ocasión.

—¿Un amigo de Emberlain?

—Oh, no, todo lo contrario —respondió Locke—. No era un amigo. Y ahora está muerto… muy, pero que muy muerto —consciente de que le rechinaban los dientes, se contuvo y volvió a ser el de siempre—. ¿Vamos por fin a buscar a doña Angiavesta, mi señora?

—Claro —dijo Sofía—, dejemos ese asunto. Sígame.

Ella le condujo por las escaleras por donde había aparecido Raza y llegaron a otra galería que estaba llena de gente de alcurnia («sangre azul y sangre dorada», que hubiera dicho el padre Cadenas). En lugar de disponer de una tabla de banquete, en aquel piso habían instalado un bar: quince metros de brillante madera de álamo negro atendidos por dos docenas de hombres y mujeres, todos con la librea del Duque. Tras ellos, en mesas y anaqueles, se encontraban miles y miles de botellas; como entre éstas y la pared habían dispuesto unas lámparas alquímicas, la galería estaba bañada por una cascada de luces multicolores. Unas enormes pirámides de vasos de vino y de cerveza se amontonaban a ambos lados de la barra, protegidas por unos cordones de terciopelo: cualquier movimiento poco profesional hubiera roto contra el suelo cientos de coronas invertidas en tan excelente cristalería. Unos casacas negras que montaban guardia cerca de las pirámides de vidrio suponían una seguridad adicional para su integridad. Y, hablando de pirámides, otra de aquellas bonitas esculturas piramidales se encontraba a menos de un metro de la parte derecha de la barra, detrás de uno de los cordones de terciopelo.

Doña Sofía le llevó hacia la parte oeste, dejando atrás el bar y la larga fila de nobles que hacían cola para encontrar en el líquido el coraje que estaban buscando; algunos de ellos acababa de aprender el noble arte de esperar sentado. En la pared oeste de la galería había una pesada puerta de madera de álamo negro con la divisa plateada del propio Duque. Doña Sofía abrió la puerta y accedió a un vestíbulo curvo iluminado por la suave luz de varias linternas alquímicas. De las tres puertas que daban al vestíbulo, doña Sofía escogió la que estaba a un extremo, cerca de donde Locke pensaba que debía de hallarse la fachada norte de la torre.

—Y ahora —dijo doña Sofía, con un mohín divertido— o encontramos a doña Angiavesta o nos topamos con una parejita que está haciendo algo indebido…

Abrió la puerta y echó un vistazo a su interior, para, acto seguido, tirarle a Locke de una manga.

—Todo correcto —susurró—, es ella.

En la habitación sólo había una silla de madera de respaldo alto, y en ella una vieja dama un tanto encorvada; se inclinaba encima de un par de agujas de hacer punto mientras fijaba la vista en el objeto indiscernible de punto que descansaba en su regazo y que iba creciendo por virtud de su esfuerzo; varias madejas de lana negra yacían a sus pies. Se vestía de un modo excéntrico con una casaca negra de hombre y unos pantalones de púrpura oscura de los que suelen llevar los oficiales de caballería;

sus chapines negros y curvados hacia arriba parecían salidos de un cuento de hadas. Daba la impresión de que los ojos que se encontraban al otro lado de las antiparras de media luna que llevaba eran claros, aunque no levantó la mirada del punto cuando doña Sofía llevó a Locke hasta el centro de la estancia.

—¿Doña Angiavesta? —Sofía se aclaró la garganta y alzó la voz—. ¿Doña Angiavesta? Soy Sofía, mi señora… os traigo a una persona que desea conoceros.

Clic-clic, le respondieron las agujas, *clic-clic*, sin que los ojos se apartaran de ellas para mirar a los recién llegados.

—Doña Angiavesta Vorchenza —Sofía se dirigía a Locke—, Condesa Viuda del Cristal de Ámbar. Ah… va y viene —dijo con un gemido—. ¿Es tan amable de quedarse con ella sólo un momento? Voy al bar; en ocasiones se toma un poco de vino. Quizá un vasito consiga hacer que vuelva.

—Claro que sí, doña Sofía —dijo Locke con muy buen humor—. Me sentiré muy honrado de atender a la Condesa. Tráigale cualquier cosa que considere necesaria.

—¿Le traigo algo a usted, Lukas?

—Oh, no. Sois muy amable, mi señora de Salvara. Ya tomaré algo después.

Sofía asintió y abandonó la habitación, cerrando la puerta tras de sí con un chasquido metálico. Durante unos momentos, Locke se paseó por la habitación, las manos a la espalda.

Clic-clic, seguían diciendo las agujas, *clic-clic*. Locke enarcó una ceja; lo que aquellas agujas tejían seguía siendo un misterio. Quizá le faltaba mucho para estar terminado. Suspiró, se dio otro paseo y miró por la ventana.

Las colinas marrones y verdes ocupaban el horizonte curvo del norte de la ciudad; Locke podía distinguir las carreteras, los tejados multicolores de los edificios pequeños y el color gris-azulado del Angevino, todo desdibujado por la calina del sol y la lejanía. El sol derramaba por doquier su blanca y tórrida luz; no había ni una nube a la vista.

Entonces sintió el súbito dolor de un pinchazo detrás del cuello, a la izquierda.

Locke se volvió mientras llevaba una de sus manos al sitio donde sentía el dolor. Doña Angiavesta Vorchenza, Condesa Viuda del Cristal de Ámbar, se encontraba de pie ante él, extrayendo la aguja de hacer punto que acababa de clavarle cerca de la nuca. Sus ojos se veían muy vivos tras las gafas de media luna, mientras su sonrisa rompía el entramado de arrugas que era su rostro enjuto.

—¡Huuuuuuuuuuf! —se masajeó el cuello mientras intentaba hablar con el acento de Vadran, aunque no sin tremenda dificultad—. ¿Qué *diablos* ha sido eso?

—Sauce llorón, maese Espina —dijo doña Angiavesta—. El veneno del sauce llorón, del que estoy segura que habrá oído hablar. Sólo le quedan unos pocos minutos de vida… y me agradaría muchísimo que los pasara hablando conmigo.

5

—Vos… vos…

—Yo le he pinchado en el cuello. Sí, debo confesar, querido muchacho, que me ha gustado mucho. ¿Qué puedo decirle? Nos ha costado muchísimo darle caza.

—Pero… pero… doña Angiavesta, no os comprendo. ¿En qué he podido ofenderos?

—Puede dejar el acento de Vadran. Es excelente, pero me temo, maese Espina, que en esta ocasión no podrá sonreír y salirse de rositas.

Locke suspiró y se frotó los ojos.

—Doña Vorchenza, si es cierto que esa aguja está envenenada, ¿por qué tendría que molestarme en contaros nada?

—Es una pregunta razonable —llevó una mano al interior de su casaca y extrajo de ella una pequeña ampolla con un tapón de plata—. A cambio de su cooperación estoy dispuesta a entregarle el antídoto. Deberá venir conmigo sin resistirse, por supuesto. Se encuentra a varios cientos de metros sobre el suelo, y todos mis Merodeadores de la Medianoche se encuentran aquí, disfrazados de criados. Sería tratado con la mayor de las ignominias si intentase recorrer siquiera tres metros fuera del vestíbulo.

—Vuestros… Merodeadores… Quiere decir… tiene que ser una maldita broma. ¿*Sois* vos la Araña?

—Sí. Y por los dioses que me encanta poder decírselo a la cara a alguien capaz de apreciarlo.

—Pero si la Araña es… o al menos se suponía que la Araña era…

—¿Un hombre? Eso pensaba usted, junto con el resto de la ciudad, maese Espina. Siempre he sabido que lo que pensaba el resto de la gente era el mejor de los disfraces, ¿no le parece?

—Hmmm —Locke se sentía cansado. Una comezón que también tenía algo de entumecimiento comenzaba a extenderse alrededor de su herida; y no era producto de su imaginación—. Me he ahorcado con mi propia soga, doña Angiavesta.

—Es usted brillante, maese Espina —dijo la anciana—. Eso se lo concedo; todo lo que ha hecho, tener en vilo a toda mi gente estos últimos años… Por los dioses, no sabe cuánto me gustaría no tener que encerrarle en una de esas jaulas que cuelgan. Quizá podríamos llegar a un trato, después de que hubiera cumplido unos cuantos años para recapacitar en ello. Debe resultarle novedoso, también inusual, que alguien haya podido hacerle caer en una trampa.

—Oh, no —Locke gimió y escondió el rostro entre las manos—. Oh, doña Angiavesta, lamento tener que contradecirla, pero la lista de la gente que no me ha engañado a mí va haciéndose cada vez más pequeña a medida que corre el maldito tiempo.

—Bueno, ya sé que no resulta divertido y que ahora tiene que sentirse muy raro; no se tiene en pie. Dígame que sí. Dígame dónde se encuentra todo el dinero que ha robado y quizá podamos reducir el número de años que le esperan en el Palacio de la

Paciencia. Deme los nombres de sus cómplices y podremos llegar a un acuerdo, se lo aseguro.

—Doña Angiavesta —dijo Locke con gran convicción—, no tengo cómplices, y si los tuviera no le diría dónde se encuentran.

—¿Y qué hay de Graumann?

—Graumann es un mercenario —dijo Locke— que cree sinceramente que soy un comerciante de Emberlain.

—¿Y los supuestos bandidos que se encontraban cerca del Templo de las Aguas Afortunadas?

—Mercenarios, que regresaron enseguida a Talisham.

—¿Y los falsos Merodeadores que fueron a visitar a los Salvara?

—Homúnculos —dijo Locke—, me salen por el ojo del culo cuando es luna llena; llevan molestándome desde hace años.

—Vamos, maese Espina… el sauce llorón no tardará en aplacar para siempre esa lengua suya. Sólo tiene que revelarme ahora mismo sus secretos; rendirse, para que pueda darle la ampolleta y proseguir esta conversación en un lugar más agradable.

Locke miró fijamente a doña Angiavesta durante bastantes segundos; enlazó su mirada con la suya y vio satisfacción en sus ojos; y entonces su mano derecha le propinó un gancho casi por iniciativa propia. Quizá doña Angiavesta estaba tan acostumbrada a su condición privilegiada que había olvidado los años que le sacaba; quizá no le entraba en la cabeza que un hombre aparentemente refinado, por muy criminal que fuese, pudiera hacer lo que Locke acababa de hacer.

Le dio un puñetazo en los dientes, un derechazo que hubiera resultado cómico si quien lo hubiera recibido hubiese sido un hombre hecho y derecho. Pero aun así, la cabeza de doña Angiavesta cayó hacia atrás, los ojos se le quedaron en blanco y sus rodillas se desmadejaron. Locke la recogió mientras caía, tomando el vial de sus dedos con mucho cuidado. Luego la devolvió a su silla, abrió el tapón de la ampolleta y se echó al coleto su contenido. El cálido fluido sabía a cidro; se lo tragó con ansia y arrojó el recipiente vacío al suelo. Después, con la mayor prisa que podía darse, se quitó la casaca y con ella ató a doña Angiavesta en la silla, haciendo varios nudos en las mangas por detrás.

Su cabeza cayó hacia delante mientras murmuraba algo; Locke le dio una palmadita en el hombro. Movido por un impulso invencible, le metió las manos rápidamente (y con toda la corrección que le era posible) por la casaca y gruñó de satisfacción al sacar una bolsita que tintineaba por las monedas que había en su interior.

—No era lo que estaba buscando —dijo—, pero digamos que es a cambio de la maldita aguja que me clavasteis en el cuello, ¿qué me decís?

Locke se quedó de pie y dio unos cuantos pasos. Se volvió hacia doña Angiavesta, se arrodilló ante ella y le dijo:

—Mi señora, lamento profundamente tener que tratar a alguien como vos de un modo tan cruel; la verdad es que os admiro muchísimo y que, en otras circunstancias, me hubiera gustado conocer por vuestros labios cuándo la fastidié y quién os advirtió de mi existencia. Pero debéis comprender que tendría que estar loco para acompañaros; lisa y llanamente, el Palacio de la Paciencia no está hecho para mí. Gracias por tan interesante velada; saludad de mi parte a los señores de Salvara.

Y, diciendo esto, abrió la contraventana todo lo que pudo y salió de la habitación.

Si se miraba de cerca la superficie exterior del Alcance del Cuervo, se apreciaba que estaba llena de irregularidades, pequeños salientes y rebordes que rodeaban cada uno de los pisos de la torre. Locke comenzó a caminar por uno de aquellos rebordes de menos de quince centímetros de ancho; aplastó el estómago contra el cálido cristal de la torre y aguardó a que los latidos de su corazón, que lanzaban tumultuosamente la sangre a sus sienes, dejaran de sonar como los puñetazos de un hombre fornido. Pero no lo hicieron, y él se lamentó con un quejido.

—Soy el Rey Idiota —murmuró— de todos los malditos idiotas del mundo.

El viento cálido le golpeó en la espalda mientras avanzaba palmo a palmo hacia su derecha; el reborde se ensanchó momentos más tarde y pudo agarrarse con una mano a un saliente. Estando seguro de que ya no corría peligro de caerse, al menos mientras siguiera allí, Locke miró por encima de su hombro y no tardó en lamentarlo.

El interior de la torre de cristal ofrecía una especie de mampara entre el ojo y lo que éste veía; pero allí fuera le daba la impresión de que podía ver a simple vista el mundo en el que se encontraba; no estaba a doscientos metros por encima del suelo, estaba a mil, a diez mil, a un millón… a una altura tan inconmensurable que sólo los dioses podían atreverse a subir hasta ella. Apretó los ojos y se aferró a la superficie de cristal como si pudiera entrar por ella como hace el mortero al meterse entre las piedras. Se estremeció. El cerdo y el capón que tenía en el estómago estaban investigando con mucho entusiasmo el modo de escaparse por su boca en un nauseabundo torrente; su garganta parecía estar a punto de dar por terminada aquella investigación.

Dioses, espero no estar encima de una de las secciones transparentes de la torre, porque parecería un consumado gilipollas, pensó.

Escuchó un crujido por encima de su cabeza; alzó la mirada y tragó saliva.

Una de las jaulas del ascensor bajaba hacia donde se encontraba; estaba alineada con él e iba a pasar a un metro de su posición.

Estaba vacía.

—Guardián Avieso —susurró—, voy a intentarlo, pero te pido, es lo único que te pido, que, si lo consigo, me hagas el puñetero favor de que lo olvide. Borra su recuerdo de mi memoria y jamás escalaré alturas de más de un metro hasta el día en que me muera. Te lo ruego.

La jaula bajó hasta él chirriando; estaba a tres metros por encima, después a metro y medio y luego su parte superior pasó por delante de sus ojos. Con una profunda

boqueada de pánico, Locke se dio la vuelta y apoyó la espalda en la superficie de la torre. El suelo que estaba más abajo y el cielo le parecieron demasiado grandes para querer abarcarlos con la mirada; dioses, no tenía que pensar en ellos. La jaula comenzaba a alejarse; ahí estaban sus barrotes, a un metro de él, pero a más de cincuenta pisos por encima del suelo.

Gritó y abandonó de un salto la superficie cristalina de la torre. Cuando golpeó el hierro pavonado de la jaula, se agarró a ella con manos y pies, con la misma desesperación con la que cualquier gato suele aferrarse a la rama de un árbol. La jaula osciló de un lado para otro mientras él intentaba ignorar las cosas increíbles que hacían el cielo y el horizonte. La puerta de la jaula… tenía que pasar por la puerta. Estaba cerrada por seguridad, pero su cerradura no era de las difíciles.

Ayudándose con unas manos que le temblaban como si el aire estuviera helado, Locke consiguió abrir la cerradura de la puerta y la dejó abierta. Entonces se deslizó cuidadosamente hasta el interior y, con el estallido final del vértigo que hasta entonces había podido mantener lejos de sí, cogió el pomo de la puerta y la cerró con fuerza. Se sentó en el suelo de la jaula y respiró con profundas boqueadas, tembloroso por haber pasado ya lo peor y por los efectos del veneno.

—Uff —musitó—. Bueno, ha sido espantosamente peligroso.

Una jaula que subía, llena de invitados de la nobleza, quedó a la altura de Locke, unos siete metros a la derecha; sus ocupantes le miraron con cierta curiosidad y él les respondió agitando la mano.

Temiendo que la jaula donde se encontraba se detuviera antes de llegar al suelo para invertir su sentido e ir hacia arriba, decidió que, si pasaba tal cosa, no tendría más remedio que ingeniárselas mientras estuviera confinado en el Palacio de la Paciencia. Pero tal cosa no sucedió, la jaula siguió bajando. Vorchenza aún debía de seguir atada a la silla, fuera de combate. Locke se puso de pie cuando la jaula tocó el suelo; los hombres de librea que la abrieron le miraron con ojos como platos.

—Discúlpeme —dijo uno de ellos—, pero ¿estaba usted en esta jaula… cuando abandonó la plataforma de embarque?

—Claro que sí —respondió Locke—. ¿No vieron esa silueta que cayó en picado de la torre? Era un ave. El ave más enorme que jamás hayan visto. Y no me miren con esas caras de asustados. ¿Hay por aquí algún carruaje que pueda llevarme a donde sea?

—Diríjase a la fila exterior —dijo el hombre—. Busque los que llevan banderas blancas y faroles.

—Muchas gracias —Locke contó rápidamente el contenido de la bolsa de doña Angiavesta; contenía una satisfactoria cantidad de monedas de oro y plata. Mientras salía de la jaula, entregó un solón al hombre de librea que le había abierto la puerta —. Era un ave, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —dijo el otro, llevándose la mano a su sombrero negro—. El ave más enorme que jamás hayamos visto.

6

El cochero le llevó hasta la Colina de los Susurros. Luego de darle una propina generosa que significaba «olvidará que hizo esta carrera», caminó hacia el sur, atravesando la Lluvia de Ceniza. Serían las seis de la mañana cuando regresó al escondite, irrumpiendo a través de la cortina que hacía de puerta y gritando:

—¡Jean, tenemos un problema de cojones…!

El halconero estaba en el centro de la pequeña habitación, sonriendo a Locke, las manos cruzadas por delante. Locke observó la escena en un segundo: Ibelius yacía en el suelo, junto a la pared de enfrente, y no se movía; Jean estaba a los pies del mago mercenario, retorciéndose de dolor.

Vestris seguía posada en el hombro de su amo, mirándole con sus ojos de azabache y oro; luego abrió el pico y lanzó un chirrido triunfante. Locke hizo una mueca de dolor.

—Muy cierto, maese Lamora —dijo el halconero—. Sí, yo también diría que *tienen* un problema de cojones.

Interludio

El Trono hecho cenizas

Antaño se llamó a Therim Pel la Perla de los Antiguos; era la ciudad más grande y excelsa de todas aquéllas que la extinta raza de los Antiguos dejó a los hombres que reclamaron sus tierras mucho después de que hubieran desaparecido.

Therim Pel se asentaba en la cabecera del río Angevino, en el mismo lugar en que éste sólo era un torrente de blanca espuma que caía de las montañas; se asentaba bajo su áspera majestuosidad, rodeada por prósperas campiñas que se extendían en todas las direcciones hasta una distancia igual a la que se podía recorrer a caballo durante dos días. En otoño, aquellas campiñas se mecían bajo las espigas de granos ambarinos; la sede magnífica y perfecta para un imperio, lo que, precisamente, era Therim Pel.

Todas las ciudades del sur doblaban la rodilla ante el Trono de Therin; de suerte que los ingenieros del Imperio construyeron decenas de millares de carreteras para unirlas entre sí. Los generales del Imperio las llenaron de patrullas que las libraron de bandidos, al tiempo que acantonaban tropas en pueblos y ciudades más pequeñas para asegurar que el comercio y el correo pudieran circular sin ningún impedimento de un extremo a otro del Imperio, desde el Mar de Hierro al Mar de Bronce.

Karthain y Lashain, Nessek y Talisham, Espara y Ashmere, Iridain y Camorr, Balinel e Issara, todas ellas poderosas ciudades-estado gobernadas por duques que recibían su corona de plata de manos del propio Emperador; los pocos duques que quedaban en la actualidad aún poseían gran poder, pero éste les venía de sí mismos; los altos linajes que databan de la era del Trono de Therin se habían extinguido hacía ya mucho tiempo.

El Trono de Therin comenzó su declive cuando la norteña Vadran entró en escena; un pueblo de marinos y piratas, tomaron para sí los protectorados de la mitad septentrional del continente; llamaron a los siete ríos caudalosos que desembocaban en el mar del norte los Siete Compañeros Sagrados y frustraron todos las tentativas del Trono para reconquistar aquel territorio al aplastar a todos los ejércitos que éste envió hacia el norte. Debilitado, el Trono de Therin tuvo que desistir del intento y su poderío quedó mermado… mermado, pero no vencido.

Los magos de la Liga de Karthain serían los encargados de darle el golpe de gracia.

Los magos de la Liga acababan de consolidarse en la ciudad de Karthain; comenzaban a extender el poder de su gremio, tan singular como letal, a otras ciudades, y mostraban pocas muestras de doblegarse a las airadas demandas del emperador de Therim Pel. Éste insistía en que cesaran en sus actividades, a lo que ellos le contestaron enviándole una corta lista de los precios que ponían a sus

servicios, los cuales ofrecían a Su Augusta Majestad. El Emperador les envió a los brujos que tenía bajo su mando, que fueron muertos sin excepción. Entonces el Emperador reunió a sus legiones y las envió a Karthain, con la orden expresa de matar a cualquier brujo que reclamara para sí el título de mago de la Liga.

La declaración de guerra del Emperador tuvo como consecuencia que la Liga declarase públicamente, a su vez, que tomaría represalias contra todos aquellos que se atrevieran a causar daño a sus miembros.

En su marcha hacia Karthain, los soldados del Emperador consiguieron matar a una docena de ellos.

Cuatrocientos magos de la Liga se enfrentaron con las legiones del Emperador al este de Karthain; tuvo lugar, entonces, una batalla campal en el transcurso de la cual un tercio de las fuerzas del Emperador sucumbieron en menos de dos horas. Unas extrañas brumas surgieron del terreno para confundir sus maniobras; las ilusiones y los fantasmas los atormentaron. La lluvia de flechas se detenía en mitad del aire y caía al suelo, o daba media vuelta para caer sobre los arqueros que las habían lanzado. El camarada de armas se volvía contra el camarada de armas, enloquecido y ofuscado por una brujería que podía controlar los actos de los hombres como si fueran marionetas. El propio Emperador fue descuartizado por su guardia personal; se dice que el trozo más grande del mismo, que luego sería quemado en una pira, no era más grande que un dedo. Muerto el Emperador, los generales que habían sobrevivido se dispersaron y los soldados que aún quedaban huyeron como conejos asustados hacia Therin Pel.

Pero ahí no terminó todo; los magos de la Liga reunidos en concilio decidieron endurecer sus reglas, endurecerlas de tal manera que todo el mundo se estremeciera ante el solo pensamiento de cruzarse con ellos, y eso por los siglos de los siglos.

Y decidieron llevar su venganza a la ciudad de Therim Pel.

La tormenta de fuego que conjuraron fue tan espantosa como innatural; cuatrocientos magos de común acuerdo castigaron el corazón del Imperio de una manera tan atroz que los historiadores aún se estremecen al describir lo sucedido. Se dice que las llamas eran tan candentes como los corazones de las mismísimas estrellas; que la columna de humo era tan alta que se podía ver desde el interior del Mar de Hierro, muy al este de Camorr, y aún desde el lejano norte, desde Vintila, capital del joven reino de los Siete Compañeros.

Pero ni siquiera aquella magia tan poderosa pudo destruir el cristal antiguo; las estructuras de la ciudad que habían sido construidas por la ciencia de los Antiguos quedaron intactas. Pero no así lo demás que había recibido el contacto del fuego: la madera, la piedra, el metal, el cemento, el papel y los seres vivos, todos los edificios, los cultivos y toda la población de la ciudad que no pudo escapar antes de que los magos comenzaran sus ensalmos, ardió, y sólo quedó de todo ello un desierto de cenizas, un desierto cuyas cenizas cubrían, con treinta centímetros de altura, la negra cicatriz del suelo que se encontraba más abajo.

Aquellas cenizas revoloteaban dando giros alrededor del único objeto que los magos dejaron incólume… el trono del Imperio. Y dicho trono aún pervive hasta el día de hoy en la ciudad embrujada de Therim Pel, rodeado por un campo de cenizas que el tiempo y la lluvia han convertido en una especie de asfalto negro. Nada crece en Therim Pel; y nadie, ni hombre ni mujer, pone un pie en aquel negro monumento levantado a la obstinación de los magos de la Liga.

Fueron ellos quienes quebraron el Trono de Therim con su fuego innatural; quienes lanzaron a las ciudades-estado del sur a cientos de años de disputas territoriales y de guerras, mientras el reino de los Siete Compañeros prosperaba en el norte.

Y ésa es la imagen que acude a las mientes de la mayoría de los hombres cuando se cruzan con un mago de la Liga… la imagen de un trono vacío que se yergue solitario en un agostado mar de desolación.

Capítulo 16

La justicia es roja

1

Cuando el halconero movió los dedos, Locke Lamora cayó de rodillas al suelo, presa de aquel dolor sobradamente familiar que le quemaba los huesos. Luego se vino abajo y cayó al lado de Jean.

—Ha sido un *placer* —dijo el brujo— descubrir que logró sobrevivir a todo lo que le hicimos en el Agujero del Eco. Estoy impresionado. Siempre pensé, a pesar de su reputación, que éramos demasiado listos para usted. Esta misma tarde creía que sólo tendría que buscar a Jean Tannen; pero así será mucho más entretenido.

—Eres un maldito cabrón retorcido —Locke escupía las palabras.

—No —replicó el mago de la Liga—, sólo obedezco las órdenes del cliente que me paga. Que consisten en asegurarme de que quien asesinó a sus hermanas tarde en morir —el halconero chasqueó los nudillos—. A usted lo consideraré como llovido del cielo.

Locke gritó e intentó acercarse hasta el mago de la Liga, haciendo de tripas corazón por el dolor que sentía; pero el halconero murmuró algo y entonces el dolor se multiplicó por diez. Locke arqueó la espalda para respirar mejor, pero los músculos que rodeaban sus pulmones estaban tan rígidos como si fueran de piedra.

Cuando el mago mercenario dejó de atormentarle, cayó nuevamente al suelo, ahogándose; y fue como si la habitación diera vueltas a su alrededor.

—Cuán extraño es —comentó el halconero— que la notoriedad de nuestras propias victorias acabe convirtiéndose en el instrumento de nuestra propia caída. Por ejemplo, usted, Jean Tannen… tiene que ser un luchador extraordinario para haber vencido a las hermanas de mi cliente, aunque acabo de ver que le costó bastante el conseguirlo. Y ahora ellas le llaman desde el otro lado de la tierra de las sombras. La adivinación nos resulta muy fácil siempre que podemos tocar algún residuo físico de la persona… los recortes de las uñas, por ejemplo. Un mechón de cabellos. *La sangre del filo de un cuchillo.*

Jean gimió, incapaz de responderle.

—Sí —prosiguió el halconero—, me sorprendí muchísimo al comprobar que esa sangre me conducía hacia usted; si yo hubiera estado en su pellejo, hubiese tomado la primera caravana que se dirigía al otro extremo del continente. Es posible que incluso le hubiese dejado en paz.

—Los Caballeros Bastardos —intervino Locke— no se abandonan unos a otros y no echan a correr cuando aún tienen que vengarse.

—Es cierto —dijo el mago de la Liga—, y por eso también mueren a mis pies en sitios tan infectos como este cuchitril.

Vestris echó a volar desde lo alto de su hombro y se posó en una repisa que se encontraba al otro lado de la habitación, moviendo la cabeza hacia uno y otro lado, evidentemente excitado. El halconero introdujo una mano en el interior de su casaca y extrajo una hoja de pergamino, una pluma y un frasquito de tinta. Abrió el frasquito y lo depositó encima del jergón; introdujo en él la pluma y sonrió a Locke.

—Jean Tannen —dijo el halconero—. Es un nombre sencillo; y escribirlo es aún más fácil que bordarlo.

La pluma recorrió el pergamino; escribía con muchas curvas, y su sonrisa fue en aumento a medida que delineaba cada una de las letras. Cuando hubo terminado, el hilo de plata apareció entre los dedos de su mano izquierda, que comenzó a mover con un ritmo casi hipnótico. Un resplandor plateado brotó del pergamino que sostenía en la mano, resaltando sus facciones.

—Jean Tannen —dijo—, levántate, Jean Tannen. Levántate. Tengo un trabajo para ti.

Estremeciéndose, Jean se levantó, aún medio agachado, y luego se irguió, quedándose inmóvil delante del halconero. Por su parte, Locke seguía sin poder moverse.

—Jean Tannen —prosiguió el halconero—, recoge tus hachas. Nada deseas más en este momento que recoger tus hachas.

Jean se inclinó sobre el jergón y tomó las Hermanas Malvadas con ambas manos, frunciendo las comisuras de la boca.

—Ahora te apetecería hacer algo con ellas —el halconero movió el hilo de plata que seguía en su mano izquierda—. Te gustaría sentir cómo se hunden en la carne… Te gustaría ver cómo derraman sangre. Claro que sí… Pero no te preocupes; gracias al trabajo que voy a encomendarte, podrás usarlas.

El halconero señaló a Locke con el pergamino que tenía en la mano derecha.

—Mata a Locke Lamora —dijo.

Jean se estremeció; avanzó un paso hacia Locke y se detuvo, dudando. Frunció el ceño y cerró los ojos.

—He pronunciado tu nombre, Jean Tannen —dijo el mago de la Liga—. He pronunciado tu nombre, el verdadero, el nombre del espíritu. He pronunciado tu nombre. Mata a Locke Lamora. Empuña tus hachas y *mata a Locke Lamora*.

Jean dio un paso más hacia Locke; comenzó a levantar las hachas poco a poco; apretaba las mandíbulas. Una lágrima cayó de su ojo derecho; respiró profundamente y dio otro paso más. Gimió y levantó las Hermanas Malvadas por encima de sus hombros.

—No —dijo el halconero—. Aún no. Aguarda. Retrocede.

Jean obedeció y se situó a más de un metro de distancia de Locke, que rezó en silencio una plegaria de agradecimiento, sólo interrumpida por el miedo a lo que

podría seguir.

—Aunque Jean dé la impresión de ser el débil —dijo el halconero—, el débil es usted. Fue usted quien me imploró que dejara en paz a sus amigos, sin importarle lo que pudiera hacerle; fue usted quien se metió en el tonel sin despegar los labios, cuando hubiera podido traicionar a sus amigos y quizá salvarse… Oh, no. Sé cómo hacer esto mucho más entretenido. Jean Tannen, deja caer las hachas.

Las Hermanas Malvadas golpearon el suelo con un sonido sordo, quedándose al lado de los pies del halconero. Momentos después, el mago mercenario habló en un lenguaje muy extraño y movió el hilo que tenía en la mano izquierda. Jean Tannen lanzó un alarido y cayó al suelo, estremeciéndose débilmente.

—Creo que será mucho más entretenido —dijo el halconero— si *usted* mata a *Jean*, maese Lamora.

Vestris chirrió mientras miraba a Locke, a quien le pareció que aquel sonido encerraba un tono de burla.

Oh, joder; oh, dioses, pensó Locke.

—Por supuesto que ya sabemos que su apellido es falso. Pero no necesito el nombre completo, pues me basta con sólo un fragmento del nombre verdadero. Ya lo verá, Locke. Le prometo que lo verá —el hilo de plata desapareció. Volvió a mojar la pluma y escribió algo en el pergamino.

—Sí —dijo—, puede moverse —y era cierto; la parálisis había desaparecido, tal y como descubrió Locke al mover los dedos para comprobarlo. Entonces el mago de la Liga volvió a juguetear otra vez con el hilo; Locke sintió que algo cobraba forma en el aire que le rodeaba, ejerciendo una extraña presión, y el pergamino volvió a relucir.

—Ahora —dijo el halconero— pronuncio tu nombre, Locke. Pronuncio tu nombre, tu nombre auténtico, el nombre del espíritu. Pronuncio tu nombre, Locke —el halconero empujó las Hermanas Gemelas hacia donde estaba Locke—. Levántate. Levántate y recoge las hachas de Jean Tannen. Levántate y mata a Jean Tannen.

Locke se puso de rodillas y se apoyó con las manos durante un momento.

—*Mata a Jean Tannen.*

Con mano temblorosa, alcanzó una de las hachas de Jean, la acercó hasta sí y se arrastró hacia delante, con ella en la mano derecha. Respiraba con mucha dificultad. Jean Tannen seguía a los pies del mago de la Liga, a poco más de un metro de Locke, el rostro pegado al polvoriento suelo del refugio.

—*Mata a Jean Tannen.*

Locke se detuvo a los pies del halconero y movió lentamente la cabeza para mirar a Jean. El grandullón tenía abierto un ojo y no lo movía, auténticamente aterrorizado. Jean intentó mover los labios para formar con ellos una palabra, pero no lo consiguió.

Locke se levantó y alzó el hacha, rugiendo para sus adentros.

Lanzó un golpe con la pesada bola del hacha por delante que alcanzó al halconero entre las piernas. El hilo de plata y el pergamino cayeron volando de sus manos mientras daba una boqueada y caía hacia delante, agarrándose la ingle.

Locke giró hacia la derecha, aguardando el ataque del halcón-escorpión; para su sorpresa, descubrió que el ave acababa de caerse del lugar donde se había encaramado y se retorcía en el suelo, aleteando; una serie de chirridos débiles salían de su pico.

—¿Así que era eso? —hizo una mueca feroz al mago de la Liga mientras alzaba lentamente el hacha, la bola apuntando al suelo—. Ves lo que ella ve; cada uno de vosotros siente lo que el otro siente.

Aquellas palabras le llevaron a un estado de feroz exultación que estuvo a punto de hacerle perder el combate; el halconero acababa de disponer de la concentración suficiente para formular una sílaba y para doblar sus dedos como si fueran garras. Locke se quedó sin aire y retrocedió, tropezando. Sintió como si una daga al rojo le atravesara los riñones; el dolor era tan grande que no podía moverse, ni siquiera pensar.

El halconero intentó levantarse, pero entonces Jean Tannen se echó a rodar por el suelo y llegó hasta él para agarrarle por las solapas de la casaca. El hombretón tiró fuerte de él y el halconero quedó boca abajo en el suelo, aplastado por el peso de Jean. El dolor que Locke sentía en las tripas desapareció y Vestris volvió a chirriar desde el suelo, muy cerca de sus pies. No perdió el tiempo en contemplaciones.

Golpeó con el hacha hacia abajo y alcanzó a Vestris en el ala izquierda, que se rompió con un crujido seco.

El halconero gimió y se retorció, debatiéndose con la fuerza suficiente para librarse momentáneamente de Jean. Se agarró el brazo izquierdo y emitió un gran baladro, los ojos abiertos como platos por la conmoción. Locke le dio una fuerte patada en el rostro que le envió a rodar por el suelo, escupiendo la sangre que brotó de repente de su nariz.

—Sólo una cuestión, maldito y arrogante *chupapollas* —dijo Locke—. Puedo estar de acuerdo contigo en que era fácil de descubrir que el apellido Lamora era falso; la verdad es que ignoraba su significado cuando me lo puse. Lo tomé prestado de un antiguo vendedor de salchichas que cierta vez, antes de la Plaga, cuando yo vivía en el Fuego Escondido, se mostró amable conmigo. Me gustaba cómo sonaba.

»Pero ¿de dónde coño sacaste la estúpida idea de que me pusieron el nombre de *Locke*? —añadió, hablando muy despacio.

Volvió a levantar el hacha con el filo hacia el suelo, y la dejó caer con toda la fuerza que podía sobre la cabeza de Vestris, que quedó separada de su cuerpo.

El sonido de los últimos chirridos del ave, interrumpidos para siempre, resonó en la habitación mientras se mezclaba con los gritos del halconero, que se agarró la cabeza pataleando salvajemente. Sus gritos eran pura locura, y fue toda una bendición para los oídos de Locke y de Jean que cesaran poco después, cuando él se sumió, gimiendo, en la inconsciencia.

2

Cuando el halconero de Karthain se despertó, no tardó en descubrir que se encontraba en el suelo del escondite, con los miembros extendidos. El aire olía a sangre, la de Vestris. Cerró los ojos y comenzó a llorar.

—Está firmemente sujeto, maese Lamora —dijo Ibelius, quien después de despertarse, libre ya del encantamiento, fuera el que fuese, que le había echado el brujo, se dio buena maña en atar al khartainí. Luego de que él y Jean se hicieran con unas estacas metálicas sacadas de algún sitio, las clavaron en el suelo para, acto seguido, atar a ellas las muñecas y tobillos del mago de la Liga con ayuda de unas largas tiras de tela hechas con unas sábanas. Otras tiras más pequeñas sujetaban y separaban sus dedos, para que no pudiera moverlos.

—Magnífico —comentó Locke.

Jean Tannen se sentaba en el jergón, mirando al mago de la Liga con ojos cansados y profundamente sombríos. Locke se acercó hasta el mago y le miró sin reprimir el asco que le daba.

Un pequeño fuego ardía en un bote de cristal; Ibelius se sentaba a su lado, calentando lentamente un puñal. El delgado penacho de humo se enroscaba al llegar al techo.

—Estáis locos —dijo el halconero entre sollozos— si habéis decidido matarme. Mi Hermandad me vengará; pensad en las consecuencias.

—No voy a matarte —dijo Locke—, sólo voy a jugar contigo a un jueguecito que se llama «Grita de dolor hasta que respondas a mis malditas preguntas».

—Haz lo que quieras —dijo el halconero—. El código de mi Orden me prohíbe traicionar a mi cliente.

—Ahora no trabajas para tu cliente, capullo —dijo Locke—. De hecho jamás volverás a trabajar para él.

—Ya está listo, maese Lamora —dijo Ibelius.

El mago de la Liga estiró el cuello para mirar a Ibelius; tragó saliva y se humedeció los labios con la lengua, mirando frenético a su alrededor.

—¿Qué ocurre? —Locke se acercó a Ibelius y le quitó con mucho cuidado el puñal de las manos; la hoja estaba al rojo—. ¿Te asusta el fuego? ¿Y por qué tendría que asustarte? —Locke hizo una mueca desprovista de humor—. El fuego es lo único que impedirá que te *desangres hasta morir*.

Jean se levantó del jergón y puso una de sus rodillas encima del brazo izquierdo del halconero. Mientras la tenía sujeta, Locke se acercó lentamente hasta situarse encima de él, el hacha en una mano y el cuchillo candente en la otra.

—Es evidente que apruebo esto en teoría —dijo Ibelius—, pero no en la práctica… creo que no lo presenciaré.

—Como quiera, maese Ibelius —dijo Locke.

La cortina suscitó un sonido áspero por el roce, al levantarla el médico para irse.

—Acabo de comprender —dijo Locke— que no sería buena idea matarte. Así que, cuando te deje volver a rastras a Karthain, te habrás convertido en un ejemplo

andante que siempre recordará a los miembros de tu consentida, retorcida y arrogante Hermandad lo que puede pasarles si joden a los amigos de alguien de Camorr.

La hoja del hacha de Jean silbó cuando le cortó al mago el dedo meñique de la mano izquierda. El halconero gritó.

—Esto por Nazca —dijo Locke—. ¿Te acuerdas de Nazca?

Y volvió a bajar el hacha; el dedo anular rodó por la mugre del suelo, salpicando sangre.

—Y esto por Calo.

Otro golpe y el dedo medio había desaparecido de la mano. El halconero se retorció para librarse de sus ataduras, agitando la cabeza de un lado para otro a causa del dolor.

—También por Galdo. ¿Te suenan estos nombres, maese mago de la Liga? ¿Estas *notas a pie de página* de tu cochino contrato? Para mí eran espantosamente reales. Y ahora le toca a este dedo… por Bicho. Quizá a Bicho le hubiera debido tocar el dedo meñique, pero qué diablos —el hacha volvió a caer; el dedo índice de la mano izquierda del Halconero acompañó a sus hermanos en su sangriento exilio.

—Y ahora el resto —dijo Locke—, los demás dedos, pues los dos pulgares son por mí y por Jean.

3

Fue un trabajo tedioso; tuvieron que volver a calentar el puñal varias veces para cauterizar todas las heridas. Para cuando acabaron, el halconero estaba medio loco a causa del dolor; tenía los ojos cerrados y los dientes le castañeteaban. El aire del interior de la habitación cerrada olía a carne quemada y a sangre recalentada.

—Ahora —dijo Locke, sentándose encima del pecho del halconero—, ha llegado el momento de hablar.

—No puedo —dijo el mago de la Liga—. No puedo… traicionar los secretos de mi cliente.

—Ya no tienes cliente —dijo Locke—. Ya no estás al servicio de Capa Raza; él contrató a un mago de la Liga, no a una rareza sin dedos cuyo mejor amigo es un ave muerta. Cuando te dejé sin dedos, también terminé con tus obligaciones para con Capa Raza… o así lo entiendo yo.

—Vete al infierno —le espetó el halconero.

—Vaya, has escogido el camino difícil —Locke sonrió una vez más y le entregó el puñal a Jean, que lo dejó encima de la llama para que se fuera calentando—. Si pertenecieras a otra clase de hombres, ahora les llegaría el turno a tus pelotas. Ya sabes que circulan muchos chistes de eunucos, y supongo que podrías soportarlo. Pero la mayor parte de vosotros no sois hombres. Así que creo que lo único que podría dolerte de verdad, hasta el alma, sería que te cortara la lengua.

El mago de la Liga se le quedó mirando con labios temblorosos.

—Por favor —musitó al fin—. Apiádate de mí, por el amor de los dioses, apiádate de mí; mi Orden sólo existe para servir… yo cumplía un contrato.

—Cuando aquel contrato se convirtió en mis amigos —dijo Locke—, te excediste en tu cometido.

—Por favor —susurró el halconero.

—No, te la voy a cortar, y luego te la cauterizaré mientras te retuerces en el suelo. Te convertiré en un mudo… supongo que podrías hacer algo de magia sin dedos, pero no sin lengua.

—Por favor.

—¡Habla! —dijo Locke—. Dime lo que necesito saber.

—Dioses —gimió el halconero—, que los dioses me perdonen. Hablaré. Contestaré a tus preguntas.

—Si te pillo en una mentira —dijo Locke—, primero les tocará a las pelotas y luego a la lengua. No abuses de mi paciencia. ¿Por qué quería Capa Raza acabar con nosotros?

—Por dinero —dijo el halconero—. Monedas. Vuestra cripta. La descubrí cuando os espié por primera vez. Él quería servirse de vosotros sólo para distraer a Capa Barsavi, pero cuando descubrió todas las monedas que habíais robado, quiso hacerse con ellas… para pagarme. Un mes más disponiendo de mis servicios, para ayudarle a concluir lo que aún le quedaba por hacer en la ciudad.

—¿Asesinaste a mis amigos e intentaste asesinarnos a Jean y a mí por el dinero que teníamos en la cripta?

—Tú parecías de ese tipo de personas que jamás perdona —susurró el halconero —. ¿No es divertido? Así que pensamos que lo mejor es que todos estuvierais bien muertos.

—Pensasteis bien —dijo Locke—. Y ahora Capa Raza, el Rey Gris o como cojones se llame…

—Anatolius.

—¿Ése es su nombre auténtico? ¿Luciano Anatolius?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Jódete, halconero, y responde a mis preguntas. Anatolius. ¿Qué deuda era ésa que tenía con Barsavi?

—La Tregua Secreta —contestó el mago de la Liga—. La Tregua Secreta se firmó con grandes dificultades y un gran baño de sangre. Había un comerciante bastante poderoso que disponía de los recursos necesarios para descubrir lo que Barsavi y la Araña del Duque habían tramado juntos; pero al no ser de sangre azul fue eliminado.

—Barsavi le mató —dijo Locke.

—En efecto. Se llamaba Avram Anatolius, un comerciante del Recodo de la Fontana. Barsavi le asesinó junto con su esposa y sus tres hijos más pequeños… Lavin, Ariana y Maurin. Pero los tres mayores escaparon con una de las doncellas.

Ella les protegió, haciéndoles pasar por hijos suyos, y los condujo a Talisham, donde vivieron a salvo.

—Luciano, Cheryn y Raiza.

—Sí, el chico mayor y las gemelas. La obsesión de la venganza les consumió. Maese Lamora, tus preparativos a la hora de timar a alguien no pueden ni compararse con los suyos. Invirtieron veintidós años en preparar lo sucedido en los últimos dos meses. Cheryn y Raiza regresaron hace ocho años con nombre falso; se labraron una buena reputación como *contrarequialla* y se convirtieron en las súbditas más leales de Barsavi.

»Mientras tanto, Luciano… Luciano se hizo a la mar para aprender las artes de la guerra y del mando y amasar una fortuna. Una fortuna con la que comprar los servicios de un mago mercenario.

—¿Capa Raza se hizo capitán de un barco mercante?

—No —contestó el mago—, se hizo bucanero. No uno de esos piratas idiotas que recorren el Mar de Bronce, sino uno tranquilo, eficiente y profesional. Atacaba raras veces, pero cuando lo hacía, obtenía grandes beneficios; se apoderaba del cargamento de los galeones de Emberlain y luego los hundía, sin dejar a nadie con vida para que pudiera revelar su nombre.

—¡Maldición! ¡Por todos los dioses! ¡Es el capitán de la *Satisfacción*!

—En efecto, a la que llaman el barco de la plaga —dijo el halconero—. Cuán extraño es lo fácil que resulta tener a la gente alejada de tu barco y lo difícil que es entrar en él.

—Así que está cargando toda su fortuna en él, disfrazada como «provisiones de caridad» —dijo Jean—. Seguro que es todo lo que nos robó a nosotros y todo lo de Barsavi.

—Sí —dijo el mago mercenario con voz triste—, ahora pertenece a mi Orden, por los servicios cumplidos.

—Eso lo veremos. Otra cosa, hace unas horas vi a tu amo Anatolius en el Alcance del Cuervo, ¿qué puñetas trama ahora?

—Hmmm —el mago mercenario guardó silencio unos instantes. Locke le empujó en el cuello con el hacha de Jean, mientras sonreía de un modo muy siniestro—. ¿Piensas matarle, Lamora?

—*Ila justica vei cala* —dijo Locke.

—Tu sintaxis de la lengua del Trono de Therin es pasable —dijo el mago mercenario—, pero tu fonética me produce colitis. «La justicia es roja», ciertamente. Así que no sólo quieres apresarle, también quieres ver cómo grita cuando le amenaces con ese cuchillo.

—Será un buen comienzo.

Entonces el halconero echó hacia atrás la cabeza y comenzó a reír… Su risa, muy aguda, estaba teñida de locura. Su pecho se estremeció por la risa mientras las lágrimas se derramaban de sus ojos.

—¿Qué haces? —Locke volvió a amagarle con el hacha—. Deja de portarte como un anormal y contesta a mi jodida pregunta.

—Te daré dos respuestas —dijo el Halconero—, y entonces te verás ante un dilema que te causará dolor, eso te lo garantizo. ¿Qué hora es?

—¿Para qué coño quieres saberlo?

—Te lo contaré todo si me dices qué hora es.

—Creo que las siete y media —dijo Jean. Entonces el mago mercenario rompió a reír de nuevo. Sobre su rostro macilento se dibujó una sonrisa beatífica, incongruente en un individuo que acababa de quedarse sin dedos.

—¿Qué coño te pasa? Desembucha o te quedarás sin algo.

—Anatolius —dijo el halconero— debe de encontrarse ahora en la Tumba Flotante. Tiene amarrado un bote al lado del galeón, al que puede llegar por una de las escotillas de escape de Barsavi. Cuando llegue la Falsa Luz, la *Satisfacción* recogerá anclas y se hará a la mar; pero antes se dirigirá al este, para pasar rápidamente por el extremo sur de la Desolación de Madera y llegar a aguas profundas. Los que antes se encontraban en la ciudad ya han entrado a escondidas en el barco, metidos en el bote de aprovisionamiento. Como ratas que abandonan el barco que se hunde. Pero él se quedará en Camorr hasta el último momento: es su estilo. El último. Lo recogerán al sur de la Desolación.

—«Los que antes se encontraban en la ciudad» y que van a recogerlo son los hombres del Rey Gris, ¿no es así?

—Sí —dijo el mago mercenario—. Si te apresuras… aún podrás capturarlo antes de que llegue al barco.

—Eso no me ha causado dolor —dijo Locke— sino, más bien, placer.

—Aún queda la segunda respuesta. La *Satisfacción* se hará a la mar cuando el plan de Anatolius se haya cumplido en su práctica totalidad.

—¿Práctica totalidad?

—Piensa, Lamora, pues no eres duro de mollera. Cuando Barsavi mató a Anatolius, ¿quién no lo impidió? ¿Quién se hizo cómplice del asesinato?

—Vorchenza —dijo Locke muy despacio—. Doña Angiavesta Vorchenza, la Araña del Duque.

—Sí —dijo el halconero—. ¿Y quién poseía la autoridad suficiente para tomar tal decisión?

—El duque Nicovante.

—Muy bien —dijo el hechicero con un susurro, realmente animado por la conversación—. Muy bien, pero ahí no acaba la cosa. ¿A quiénes les beneficiaba la Tregua Secreta? ¿A quiénes les resultaba provechosa, aun a expensas de hombres como Avram Anatolius?

—A los nobles.

—Cierto. A los nobles de Camorr. Y Anatolius los quiere.

—¿Qué quieres decir con que «los quiere»? ¿A quiénes quiere?

—Los quiere a todos, maese Lamora.

—No me jodas, es imposible.

—De eso nada, mi querido maese Lamora. Las esculturas, las cuatro esculturas tan singulares que regaló al Duque. Dispuestas en varios puntos diferentes del Alcance del Cuervo.

—¿Las esculturas? Las he visto… unos trastos de oro y cristal, con luces alquímicas dentro. ¿Las hiciste tú?

—Yo no —dijo el halconero—, yo no fabrico esas cosas. Las luces alquímicas sólo son para llamar la atención… quedan muy bien, supongo. Pero aún queda dentro de esos trastos mucho espacio libre para la auténtica sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

—Unas mechas alquímicas —respondió el halconero— dispuestas para que, a la hora señalada, prendan unos pequeños botes de cerámica llenos de aceite ardiente.

—No te creo.

—Pues créetelo, maese Lamora —el brujo sonreía con ganas—. Antes de contratarme, Anatolius gastó parte de su considerable fortuna en comprar grandes cantidades de una extraña sustancia.

—No más juegos, halconero… ¿de qué estás hablando?

—De la piedra fantasma.

Locke guardó silencio durante un largo momento; luego agitó la cabeza como para querer aclararse y dijo:

—No puedes estar hablando en serio.

—Hay cientos de kilos de esa sustancia dentro de las cuatro esculturas. Cuando llegue la Falsa Luz, toda la nobleza de Camorr ocupará las galerías… el Duque, su Araña y todos sus familiares y amigos, servidores y herederos. ¿Conoces las propiedades del humo de la piedra fantasma, maese Lamora? Apenas es más ligero que el aire. Subirá hasta ocupar todas las plantas en que se celebra la fiesta del Duque; saldrá por los respiraderos del tejado y se difundirá por el Jardín Celeste, donde ahora, mientras hablamos, juegan todos los hijos de la nobleza. Los que se encuentren en la plataforma de embarque *podrán* librarse —dijo con sorna—, aunque lo dudo mucho.

—A la llegada de la Falsa Luz —dijo Locke casi sin voz, una mano encima de la boca.

—Sí —dijo el hechicero, con voz más llena de silbidos que de siseos—. La Falsa Luz. Ahora te encuentras ante el dilema que te decía, tienes que elegir, maese Lamora. Cuando llegue la Falsa Luz, el hombre a quien, pase lo que pase, quieres matar, estará solo, aunque apenas unos instantes, en la Tumba Flotante. Al mismo tiempo, seiscientas personas en lo más alto del Alcance del Cuervo sufrirán un destino peor que la muerte. Tu amigo Jean no parece en muy buen estado, así que no creo que pueda ayudarte, decidas lo que decidas. La elección es tuya. Deseo que la disfrutes.

Locke se levantó y le quitó el hacha a Jean.

—No puedo elegir —dijo—. Que los dioses te maldigan, halconero, no puedo elegir.

—Vas a ir al Alcance del Cuervo —dijo Jean.

—Por supuesto.

—Perderás un tiempo precioso —dijo el halconero— en convencer de tu sinceridad a la nobleza y a los guardias; la propia Angiavesta está convencida de que las esculturas son completamente inocuas.

—Qué remedio —dijo Locke, haciendo una mueca siniestra mientras se rascaba la nuca—. Ahora soy bastante popular en el Alcance del Cuervo; seguro que se alegran de verme.

—¿Cómo piensas salir de allí? —preguntó Jean.

—No lo sé —respondió Locke—. No tengo ni puta idea; hay cierto asunto del que pude valerme hace tiempo. Me voy a toda prisa. Jean, por el amor de los dioses, si vas a acercarte a la Tumba Flotante, hazlo, pero escóndete cerca y no se te ocurra entrar en ella: no estás en condiciones de luchar —se volvió hacia el mago mercenario—. ¿Qué tal es Capa Raza con la espada?

—Mortal —respondió el halconero con una sonrisa.

—Jean, atiende. Primero me acercaré al Alcance del Cuervo y luego intentaré llegar, como sea, a la Tumba Flotante. Si no llego a tiempo, pues se acabó. Seguiremos el rastro de Capa Raza y le encontraremos donde se encuentre. Pero si llego a tiempo… si aún no se ha marchado…

—No puedes hablar en serio, Locke. Déjame, al menos, que te acompañe. Si realmente es diestro con una espada, entonces te hará morder el polvo.

—No quiero discutir más, Jean; estás demasiado maltrecho para poder ayudarme. Yo estoy bien, aunque furioso y, ciertamente, loco. Puede suceder cualquier cosa. Pero ahora tengo que irme —Locke le estrechó la mano a Jean, dio un paso hacia la cortina y se volvió—. Córtale la lengua a ese maldito bastardo.

—¡Lo prometiste! —exclamó el halconero—. ¡Lo *prometiste*!

—No te prometí una mierda. A mis amigos que están muertos… a ellos sí que les prometí muchas cosas.

Locke se volvió, apartó la cortina y salió por la puerta. Detrás de él, Jean calentaba una vez más el cuchillo en la llama. Los gritos del halconero siguieron a Locke mientras éste recorría la calle de baldosas levantadas, para luego perderse en la distancia cuando giró hacia el norte y comenzó a correr con zancada corta, aunque mantenida, en dirección a la Colina de los Susurros.

4

Pasaban las ocho de la tarde cuando Locke pisaba nuevamente las losas que se encuentran bajo las Cinco Torres de Camorr; no había sido fácil llegar hasta allí. Se

sintió afortunado por haber hecho a salvo el trayecto, evitando tanto a las bandas de los que habían asistido a la Fiesta Cambiante, tan borrachos que habían perdido el sentido (y la sensibilidad), como a los guardias de los puestos de las Alcegrante (a quienes había podido convencer, tras muchos esfuerzos, de que era un secretario legal que iba al encuentro de uno de los invitados a la fiesta del Duque; era evidente que el «regalo del Día de Mediados del Verano», varios tirintos de oro provenientes del bolsillo oculto que tenía en la manga, había sido decisivo para que le dejaran pasar). Faltaba hora y cuarto para la llegada de la Falsa Luz; el cielo comenzaba a tornarse rojo por el oeste y azul oscuro por el este.

Avanzó entre las hileras e hileras de carruajes que se apretujaban entre sí. Los caballos pataleaban y relinchaban; muchos de ellos se habían aliviado encima de las preciosas piedras del patio más amplio de Camorr. Lacayos, guardias y criados, mezclados en grupos, compartían la comida y miraban hacia las cimas de las Cinco Torres, donde la gloria del crepúsculo a punto de llegar pintaba de extraños colores las superficies de cristal antiguo.

Como Locke estaba distraído, pensando lo que habría de decir a los hombres que manejaban los montacargas, no vio a Conté hasta que fue demasiado tarde. Aquel hombre, más alto y fuerte que él, le puso una mano en el pescuezo y uno de sus largos cuchillos en la espalda.

—Vaya, vaya —dijo—, si es maese Fehrwight. Los dioses se muestran amables. Chitón y venga conmigo.

Medio guiándole y medio tirando de él, Conté le llevó hasta un carruaje cercano; Locke lo reconoció: era el que le había llevado a la fiesta en compañía de los Salvara. El coche venía a ser una caja de madera laqueada en negro con una ventana enfrente de la puerta, cerrada y con las cortinillas echadas.

Locke cayó encima de uno de los mullidos asientos del carruaje. Conté echó el pestillo a la puerta y se sentó enfrente de él con el cuchillo en ristre.

—Conté, por favor —dijo Locke, ya sin el acento que empleaba cuando se hacía pasar por Fehrwight—, tengo que regresar al Alcance del Cuervo; todos los que están dentro se enfrentan a un grave peligro.

Locke jamás había pensado que nadie pudiera dar una patada con fuerza estando sentado, pero Conte, agarrándose al asiento con la mano que tenía libre, se lo dejó bien claro. La pesada bota del guardaespaldas le envió a un rincón del coche. Locke se mordió la lengua; la boca le supo a sangre mientras su cabeza iba de una a otra de las paredes entapizadas del coche.

—¿Dónde está el dinero, tío mierda?

—Me lo han quitado.

—No me joda. ¿Dieciséis mil quinientas coronas contantes y sonantes?

—Algo menos; olvidas el gasto adicional de la comida y los aperitivos de la Fiesta…

La bota de Conté salió disparada de nuevo, y Locke fue a parar al rincón de enfrente, donde se quedó tumbado.

—¡Joder, Conté! ¡No lo tengo! ¡No lo tengo! ¡Me lo han quitado! ¡Pero eso no tiene importancia en este momento!

—Permítame que le diga una cosa, maese Lukas-*joder*-Fehrwight. Yo estuve en la Colina de la Puerta de los Dioses; por aquel entonces era más joven que lo que usted es ahora.

—Mejor para ti, pero me importa una m… —dijo Locke, y, por aquella palabra que estaba a punto de decir, se tragó otra vez la bota.

—Estuve en la Colina de la Puerta de los Dioses —prosiguió Conté—, era un jodido crío, el más acojonado y bajito de los piqueros que el duque Nicovante tenía en aquella batalla. Lo estaba pasando mal; mi señor de la guerra estaba con la mierda hasta el cuello, rodeado por la caballería de Tal Verrar y del Conde Loco. La nuestra había retrocedido; mi posición estaba a punto de ser tomada. Nuestros nobles de Camorr habían emprendido la retirada, pensando sólo en salvarse… con una puñetera excepción.

—Es la cosa más irrelevante que jamás haya… —dijo Locke, moviéndose hacia la puerta; Conté levantó el cuchillo y le convenció de que regresara a su asiento.

—El barón Ilandro Salvara —dijo Conté—. Combatió hasta que su caballo cayó al suelo; siguió combatiendo hasta que recibió cuatro heridas y tuvieron que sacarlo a rastras del campo de batalla. Todos los demás nobles nos trataban como si fuéramos basura; Salvara estuvo a punto de morir por salvarnos. Cuando dejé de estar al servicio del Duque, probé con la Guardia durante unos años; cuando se convirtió en una mierda, solicité una audiencia al viejo señor de Salvara y le conté que le había visto pelear en la Colina de la Puerta de los Dioses; le dije que me había salvado la cochina vida y que estaba dispuesto a servirle por el resto de ella si me tomaba a su servicio. Y lo hizo. Y cuando dejó de estar entre nosotros decidí quedarme y servir a Lorenzo. Si vuelve a intentar acercarse una vez más a la puta puerta, tendré que *sangrarle* para que tanto entusiasmo no le haga daño a su organismo.

»Y Lorenzo —Conté no ocultaba el orgullo que sentía— es más negociante que su padre. Pero está hecho de la misma pasta; corrió hacia el callejón con la espada en la mano, y eso que no le conocía, pensando que le atacaban unos jodidos bandidos que eran reales y que iban a hacerle daño. ¿Se siente orgulloso, maldito cabrón? ¿Se siente orgulloso por lo que le ha hecho al hombre que intentaba salvar su asquerosa vida?

—Lo hecho, hecho está —dijo Locke con una amargura que le sorprendió incluso a él mismo—. Lorenzo no es un santo de Perelandro sino un noble de Camorr que se beneficia de la Tregua Secreta. Es muy posible que su tataratatarabuelo degollase a alguien para que le nombrasen noble. Lorenzo se beneficia de eso todos los días. En el Caldero, la gente hace té con pises y cenizas, mientras que Lorenzo y Sofía te

tienen a ti para que les peles las uvas y les tires las pepitas. No me recuerdes lo que hice. Sólo te digo que tengo que volver al Alcance del Cuervo *ahora mismo*.

—Hablaba en serio cuando le preguntaba dónde está el dinero —dijo Conté—, así que dígame dónde está o le daré tantas patadas en el culo que hasta el más ínfimo trozo de mierda que le salga por él llevará de por vida la marca de mi bota.

—Conté —insistió Locke—, todos los que se encuentran en el Alcance del Cuervo están en peligro. Tengo que volver allí.

—No le creo —dijo Conté—. Y no le creería aunque me dijera que me llamo Conté o que el fuego quema y el agua moja. No conseguirá nada de lo que está buscando, sea lo que sea.

—Conté, atiende. De allí no podré escaparme ni de coña. Allí están todos los condenados Merodeadores de la Medianoche, la Araña, la Compañía del Cristal Nocturno… ¡y trescientos de los nobles de Camorr! Estoy desarmado. Llévame a rastras tú mismo, si quieres, pero ¡por el amor de los puñeteros dioses!, llévame hasta allí. Si no estoy antes de la Falsa Noche, será demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—No tengo tiempo para explicártelo; escucha mientras se lo cuento a Angiavesta y entonces mataré dos pájaros de un tiro.

—¿Y para qué diablos tiene que hablar con esa vieja bruja caduca?

—Es culpa mía —dijo Locke—, creo que estoy más enterado de las cosas que tú. Atiende, no voy a seguir jodiendo la marrana. Hazme caso, te lo ruego. No soy Lukas Fehrwight; soy un maldito ladrón. Átame las manos, ponme el cuchillo en la espalda. Haz lo que quieras. Pero déjame regresar al Alcance del Cuervo como sea. Sólo dime que vamos a volver.

—¿Cómo se llama de verdad?

—Eso no importa.

—Desembuche —dijo Conté— y quizá le ate las manos y llame a algunos guardias y le suba hasta lo más alto del Alcance del Cuervo.

—Me llamo —dijo Locke con un suspiro de resignación— Tavrin Callas.

Conté le miró muy serio durante unos instantes y dijo:

—Muy bien, maese Callas. Junte las manos y no se mueva. Voy a atárselas tan fuerte que le dolerán muchísimo, se lo garantizo. Y luego nos daremos un paseo.

5

Cerca de la entrada que llevaba a los ascensores, se encontraban tres soldados del Cristal Nocturno a quienes se había dado la descripción de Locke; ni que decir tiene que se sintieron encantados cuando Conté le llevó a empujones hacia ellos con las manos atadas por delante. Locke volvía a subir una vez más, con Conté a sus espaldas y dos casacas negras que le cogían por ambos brazos.

—Por favor, llévenme a presencia de doña Angiavesta —dijo Locke—. Si no consiguen encontrarla, llamen a uno de los Salvara. O incluso a un capitán de su compañía, apellidado Reynart.

—Cierra el pico —dijo uno de los casacas negras—. Irás a donde tengas que ir.

La jaula se encajó en sus alojamientos de la terraza de embarque; una muchedumbre de nobles y de sus invitados se fijó en Locke cuando éste salió escoltado por los tres hombres. Cuando pasaron por la puerta, para dirigirse a la primera de las galerías de la torre, se encontraron casualmente con el capitán Reynart, que tenía en las manos un plato de barquitos de dulce; abrió unos ojos como platos, le dio un último mordisco a una vela de mazapán, se limpió los labios y confió el plato a un camarero que pasaba cerca de él, el cual por poco no se cae del susto.

—Por los dioses —dijo—, ¿dónde le habéis encontrado?

—No le hemos encontrado —respondió uno de los casacas negras—. El hombre que va delante de nosotros dice que está al servicio de los señores de Salvara.

—Lo capturé cerca de los carruajes —dijo Conté.

—Fantástico —comentó Reynart—. Bajadlo a la planta de abajo, al ala este de las suites. Allí hay un almacén vacío sin ventanas. Registradle, desnudadle hasta la cintura y arrojadlo en él. Que todo el tiempo haya fuera dos guardias. Le sacaremos de allí después de la medianoche, cuando la fiesta esté a punto de concluir.

—No puede hacer eso, Reynart —se lamentó Locke, debatiéndose inútilmente contra los hombres que le sujetaban—. He vuelto por mi propia voluntad, por la mía propia, ¿no lo comprende? Todos los que se encuentran aquí, están en peligro. ¿Ayuda usted a su madre adoptiva en sus asuntos? ¡Necesito hablar con Angiavesta!

—Se me advirtió que fuera selectivo a la hora de escuchar sus propuestas —Reynart hizo un gesto a los casacas negras—. Al almacén con él.

—¡No, Reynart! ¡Reynart, las esculturas! ¡Mire en el interior de las malditas esculturas!

Locke estaba gritando; los invitados y los nobles comenzaban a mostrar gran interés por lo que se estaba diciendo, así que Reynart le tapó la boca con una mano. Varios casacas negras salieron de la muchedumbre.

—Pronuncie una palabra más alta que otra —dijo Reynart— y todos estos señores y señoras verán de qué color es la sangre —y agitó la mano.

—¡Sé quién es, Reynart! ¡Sé lo que hace la señora de Vorchenza! Lo diré a gritos por todas estas galerías. Voy a comenzar a dar patadas y a gritar para que todos los que están aquí dentro lo sepan. Eche un vistazo al interior de las malditas esculturas, por favor.

—¿Qué les pasa a las esculturas?

—Por todos los diablos, hay algo dentro de ellas. Es una conspiración. Las ha enviado Capa Raza.

—Se las han regalado al Duque —dijo Reynart—. Mis superiores las revisaron personalmente.

—Sus superiores —replicó Locke— tienen que estar implicados. Capa Raza contrató a un mago mercenario. Conozco sobradamente sus poderes mentales.

—Es ridículo —dijo Reynart—. No sé por qué le permito que siga con sus historias. Llevadlo abajo, pero antes dejadme que lo amordace —Reynart tomó una servilleta de lino de la bandeja de otro camarero que pasaba cerca y comenzó a doblarla.

—Reynart, por favor, se lo ruego, permítame hablar con Angiavesta. ¿Por qué puñetas iba a volver si no fuera importante? Si me encierra en el almacén, todos los que se encuentren aquí morirán. Permítame hablar con Angiavesta, *por favor*.

Stephen le miró con frialdad y luego apartó la servilleta. Le puso un dedo en la cara mientras decía:

—Voy a llevarle a presencia de doña Angiavesta. Si pronuncia una sola palabra por el camino, le amordazaré, le golpearé hasta dejarle sin sentido y le encerraré en el almacén. ¿Ha quedado claro?

Locke asintió vigorosamente.

Reynart indicó con un gesto a los casacas negras que los siguieran; Locke recorrió la galería y bajó por dos tramos de escalera, siempre escoltado por seis soldados y Reynart, cuyo ceño fruncido revelaba lo preocupado que se encontraba. Finalmente, llegaron al vestíbulo y a la habitación donde Locke viera por primera vez a doña Angiavesta. Se sentaba en la misma silla, su labor de punto caída a sus pies, y se llevaba una servilleta húmeda a los labios. Doña Sofía estaba arrodillada a su lado. Don Lorenzo miraba por la ventana con la rodilla apoyada en el antepecho; los tres parecieron muy sorprendidos cuando Reynart empujó a Locke al interior de la habitación y entró tras él.

—Nadie más puede entrar en esta habitación —dijo Reynart a sus guardias—. Lo siento, pero eso también es para usted —añadió, cuando Conté intentó entrar.

—Stephen, deja pasar al hombre de los Salvara —dijo doña Angiavesta—; puesto que ya sabe más de la mitad, puede enterarse del resto.

Conté entró en la habitación, saludó con una reverencia a Angiavesta y cogió a Locke del brazo derecho cuando Reynart cerró la puerta. Los Salvara obsequiaron a Locke con una mirada asesina.

—Hola, Sofía. ¿Qué tal, Lorenzo? Qué placer volver a veros —dijo Locke con la voz que era natural en él.

Doña Angiavesta se levantó de la silla y recorrió con dos pasos la distancia que la separaba de Locke para propinarle un bofetón en la boca; la cabeza se le fue hacia la derecha mientras su cuello se llenaba de pinchazos de dolor.

—Uff —dijo—. ¿Qué puñetas os pasa?

—Era una deuda pendiente, maese Espina.

—¡Me clavasteis en el cuello una maldita aguja envenenada!

—Era evidente que se lo merecía —dijo doña Angiavesta.

—Bueno, entonces tendré que dis…

Reynart acababa de agarrarle del hombro izquierdo para, una vez que se hubo girado, propinarle un puñetazo en la mandíbula. Si el de Angiavesta había sido sorprendente en alguien de su edad y su constitución, el de Reynart era pura fuerza. A Locke le dio la impresión de que la habitación desaparecía durante unos segundos, aunque después, cuando volvió a estar donde siempre, resultó que lo que había cambiado de sitio era él, pues yacía de costado, desmadejado en un rincón. Y fue como si unos herreros diminutos golpearan en unos yunques que, desafortunadamente para él, estaban justo encima de sus ojos; Locke se preguntó cómo podrían haber llegado hasta allí.

—Sabía que doña Angiavesta era mi madre adoptiva —decía Reynart.

—Vaya —dijo un Conté divertido—, ahora llegamos a la parte de la fiesta que me gusta.

—¿Ninguno se ha preguntado por qué diablos regresé al Alcance del Cuervo cuando ya había conseguido poner tierra de por medio?

—Saltó desde uno de los saledizos y después se dejó caer encima de uno de los ascensores cuando pasó cerca de usted, ¿fue así, verdad?

—Sí, porque cualquier otra manera de llegar al suelo hubiera sido excesivamente perjudicial para mi salud.

—¿Ves? Ya te lo había dicho, Stephen.

—Quizá pensaba que fuera posible, pero no quería reconocer que lo había logrado —dijo el vadraní.

—A Stephen no le gustan las alturas —comentó Angiavesta.

—Y tiene mucha razón —dijo Locke—, pero les ruego que me escuchen. He vuelto para advertirles… de esas esculturas. Capa Raza trajo cuatro. Todos los de esta torre se encuentran en un peligro tremendamente mortal.

—¿Unas esculturas? —doña Angiavesta le miró con aire pensativo—. Un caballero vino a dejarnos cuatro esculturas de oro y cristal; eran un regalo para el Duque —miró a Stephen—. Puedo asegurar que los propios hombres del Duque comprobaron que eran inocuas. Pero de hecho no lo sé, porque mi papel en este asunto fue el de interceder a favor de uno de mis pares.

—Eso me dijeron mis superiores —dijo Reynart.

—Vamos, déjenlo ya —dijo Locke—. Vos sois la Araña. Y yo la Espina de Camorr. ¿Os entrevistasteis con Capa Raza? ¿Le acompañaba un mago mercenario que se dice halconero? ¿Os hablaron de las esculturas?

Los Salvara se quedaron mirando a doña Angiavesta, que tartamudeó y tosió.

—Vaya —dijo Locke—, no se lo había contado a Sofía y a Lorenzo. Siempre jugando al amigo-del-amigo. Lo siento. Pero necesito hablar con la Araña. Cuando llegue la Falsa Luz todos los del Alcance del Cuervo estaremos jodidos.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —dijo Sofía, agarrando a su marido del brazo y apretándoselo con tanta fuerza que suscitó en él una mueca de dolor—. ¿No te lo había dicho?

—Yo aún no estoy seguro —dijo Lorenzo.

—No —dijo doña Angiavesta con un suspiro—. Sofía tiene razón. *Soy* la Araña del Duque. Ya lo he dicho. Si sale de esta habitación, rodarán cabezas.

Conté la miró con ojos de sorpresa, pero también con asentimiento; Locke volvía a caerse al suelo.

—Y en lo concerniente a las esculturas —dijo doña Angiavesta—, yo misma supervisé su entrada; *son* un regalo para el Duque.

—Forman parte de una conspiración —dijo Locke—. Son una trampa. ¡Abrid una de ellas y lo comprobaréis! Capa Raza quiere arruinar la vida de cada hombre, mujer y niño de esta torre… sería mucho peor que si los asesinara.

—Capa Raza —dijo doña Angiavesta— es el perfecto caballero; cuando le invité a la fiesta, aceptó a regañadientes y apenas estuvo unos instantes. Es otra más de sus fabulaciones con la que quiere obtener alguna ventaja.

—Mierda, claro que sí. Después de escaparme de aquí, regresé por las buenas para que me ataran y me empujaran todos los de la Compañía del Cristal Nocturno. Y ahora vamos a llegar a donde quería llegar. Esas esculturas están repletas de piedra fantasma. ¡Angiavesta, *piedra fantasma*!

—¿De piedra fantasma? —Sofía estaba horrorizada—. ¿Cómo lo sabe?

—No lo sabe —dijo Angiavesta—. Miente. Las esculturas son inocuas.

—Abran una —dijo Locke—. Podemos comprobarlo de una manera muy sencilla. Por favor, la Falsa Luz está a punto de llegar. Abran una. Se prenderán cuando llegue la Falsa Luz.

—Esas esculturas —dijo Angiavesta— son una propiedad ducal que cuesta miles de coronas. No voy a estropearlas por el capricho enloquecido de un notorio criminal.

—Miles de coronas —dijo Locke— a cambio de cientos de vidas. Todos los nobles de Camorr se convertirán en tontos de baba, ¿no lo comprenden? ¿Pueden imaginarse a todos esos niños del jardín con los ojos igual de blancos que los de un caballo apaciguado? Pues eso es lo que va a sucederles —en ese momento subió la voz—: ¡Apaciguados! ¡Esa mierda *se comerá nuestras jodidas almas*!

—¿Acaso puede hacernos algún daño el comprobarlo?

Locke miró agradecido a Reynart.

—Claro que no puede hacerles daño, Reynart. Compruébelo, por favor.

Doña Angiavesta se dio un masaje en las sienes.

—Es imposible —dijo—. Por favor, Stephen, encierra a este hombre en algún lugar seguro mientras dure la fiesta. Una habitación sin ventanas, si eres tan amable.

—Doña Angiavesta —dijo Locke—, ¿el nombre de Avram Anatolius significa algo para vos?

Ella le miró fríamente.

—No podría decirle, ¿qué se supone que significa para usted?

—Capa Barsavi asesinó a Avram Anatolius hace veintidós años —dijo Locke—, y vos lo sabíais. Sabíais que suponía un obstáculo para la Tregua Secreta.

—No consigo comprender qué importa eso ahora —dijo doña Angiavesta—. Cállese o ahora mismo le haré callar.

—Anatolius tenía un hijo —dijo Locke muy deprisa, movido por la desesperación, mientras Stephen daba un paso hacia él—. Un hijo que le sobrevivió, doña Angiavesta. Luciano Anatolius. Luciano es Capa Raza. Luciano se vengó de Barsavi por matar éste a sus padres y hermanos, ¡y ahora quiere vengarse de vos! De vos y de todos los nobles.

—No —dijo doña Angiavesta, llevándose nuevamente las manos a la cabeza—. No, eso no es cierto. Mientras estuve charlando con Capa Raza disfruté de su conversación. No puedo ni imaginar que quisiera hacer algo semejante.

—El halconero —dijo Locke—, ¿os acordáis del halconero?

—El socio de Raza —dijo Angiavesta, como si se hallara muy lejos—. También disfruté de su conversación. Era un hombre muy tranquilo y educado.

—Os hizo algo, doña Angiavesta —insistió Locke—. Yo le he tenido delante de los ojos. ¿Pronunció vuestro auténtico nombre? ¿Le visteis escribir algo en un trozo de pergamino?

—No… puedo… Es… —doña Angiavesta se encogió; las arrugas de su rostro se acentuaron como si le doliese algo—. Tengo que invitar a Capa Raza… Sería una falta de educación no invitarle… a la fiesta… —se dejó caer en la silla y gritó.

Lorenzo y Sofía intentaron ayudarla; Reynart agarró a Locke por la casaca y lo levantó con fuerza, apoyándolo en la pared. Sus pies se quedaron bamboleándose a treinta centímetros del suelo.

—¿Qué le ha hecho? —aulló Reinart.

—Nada —dijo Locke, atragantándose—. Un mago mercenario le hizo un conjuro. Piense, ¿acaso se está comportando racionalmente con el asunto de las esculturas? El muy bastardo debió de hacerle algo a su mente.

—Stephen —dijo doña Angiavesta casi sin voz—, baja a la Espina. Él tiene razón. Tiene razón… Raza y el halconero… Lo había olvidado hasta ahora. Yo no estaba dispuesta a aceptar la petición de Raza… entonces el halconero se acercó al escritorio y yo… yo…

Volvió a ponerse en pie, ayudada por Sofía.

—Dijo que es Luciano Anatolius, que Capa Raza es el hijo de Anatolius. ¿Cómo ha podido saberlo?

—Porque hasta hace menos de una hora he tenido a ese mago mercenario atado en el suelo —dijo Locke, mientras Reynart le bajaba al suelo—. Le tuve que cortar todos los dedos para que hablara, y cuando me hubo revelado todo lo que yo quería oír, le corté la maldita lengua y cautericé la herida.

Todos los de la habitación se le quedaron mirando.

—También le dije que era un capullo —añadió Locke—, y no le gustó.

—Matar a un mago mercenario es una suerte peor que la muerte —dijo doña Angiavesta.

—No ha muerto; sólo está hecho un maldito desastre.

Doña Angiavesta denegó con la cabeza y dijo:

—Stephen, las esculturas. Creo que hay una en esta misma planta, junto al bar.

—Sí —dijo Reynart, dirigiéndose hacia la puerta—. ¿Qué más sabe de este asunto, Espina?

—Que tienen unas mechas alquímicas y unos recipientes de aceite ardiente. Cuando llegue la Falsa Luz se inflamará el aceite y toda la torre se llenará con el humo de la piedra fantasma. Ahora Anatolius se dispone a hacerse a la mar mientras se ríe de todos nosotros.

—¿El tal Luciano Anatolius es el individuo que vimos en la escalera? —preguntó Sofía.

—El mismo —dijo Locke—, Luciano Anatolius, alias Capa Raza, alias el Rey Gris.

—Si esas cosas son alquímicas —dijo Sofía—, no estaría de más que les echase un vistazo.

—Si puede haber peligro, yo iré contigo —dijo Lorenzo.

—Y yo —dijo Conté.

—¡Genial! ¡Vayamos todos! ¡Será divertido! —Locke señaló la puerta con sus manos atadas—. Pero si no vamos enseguida, la fastidiaremos.

Conté le tomó del brazo y le empujó a la retaguardia de la procesión; Reynart y Angiavesta iban en cabeza, mientras los casacas negras los miraban atónitos. Reynart les ordenó que los siguieran. Dejaron el vestíbulo y regresaron a la galería principal.

La muchedumbre de invitados, todos ellos con el rostro más que encendido, desapareció de la galería cuando la extraña procesión entró por ella. Reynart avanzó a zancadas hacia el casaca negra que se encontraba al lado de la reluciente pirámide de vasos de vino.

—Esta parte del bar se halla cerrada temporalmente. Haz que se cumpla la orden —y volviéndose hacia los demás soldados, dijo—: Acordonad esta área cinco o siete metros por ese lado. No dejéis que se acerque nadie, en nombre del Duque.

Doña Sofía pasó por debajo del cordón de terciopelo y se agachó al lado de la escultura con forma de pirámide. Las lucecitas seguían encendidas, cambiando de color por debajo de las ventanillas de cristal dispuestas en las caras; cada una de las pirámides tenía setenta y cinco centímetros de base y un metro de altura.

—Capitán Reynart —dijo Sofía—. Me parece que lleva un par de guantes al cinto, ¿tiene la amabilidad de dejármelos?

Reynart le pasó los guantes de piel negra y ella se los puso.

—No es aconsejable ser demasiado confiado; los venenos de contacto son un juego de niños —dijo para sí, mientras pasaba los dedos por la superficie de la escultura, al tiempo que la observaba con todo detalle. Cambió de posición varias veces, frunciendo el ceño cada vez que lo hacía.

»No consigo ver ninguna abertura en la cubierta exterior —dijo, poniéndose de pie—. No he descubierto ninguna junta; el trabajo es muy bueno. Si el mecanismo ha sido ideado para generar humo, no sé por dónde puede salir —y dio un golpecito con uno de sus dedos enguantados en una de las ventanillas de cristal.

»A menos… —y repitió el golpecito—. Este cristal es del tipo que llamamos ornamental; es muy delgado y frágil. No suele emplearse en escultura ni en el laboratorio, porque no resiste el calor…

Volvió la cabeza hacia Locke; sus rubios rizos del color de las almendras brillaron como si los envolviese un halo cuando le preguntó:

—¿Ha dicho usted que ahí dentro puede haber recipientes de aceite ardiente?

—Eso me dijo cierto hombre que sentía mucho apego por su lengua.

—Entonces es posible —dijo Sofía—. El aceite ardiente generaría mucho calor en el interior de este recipiente de metal. El cristal estallaría… ¡y dejaría escapar el humo! Capitán, desenvaine su estoque, por favor. Me gustaría servirme de él.

Desechando cualquier escrúpulo que aquella petición hubiera podido ocasionarle, Reynart desenvainó su estoque y se lo tendió con la empuñadura por delante. Ella examinó el pomo dorado del arma, asintió y golpeó con él el cristal, que se rompió con un sonido muy agudo. Luego le dio la vuelta al estoque y empleó su punta para apartar de la ventanilla los fragmentos de cristal, devolviéndoselo luego a Reynart. Hubo murmullos y exclamaciones en la muchedumbre que observaba, la cual fue contenida con mil disculpas por el tenue arco formado por los casacas negras de Reynart.

—Mucho cuidado, Sofía —dijo don Lorenzo.

—No digas a un marinero cómo cagar en el océano —replicó ella con voz muy baja mientras miraba por la ventanilla, cuya base medía unos veinte centímetros, y daba unos golpecitos en su extremo superior. Luego metió por ella una de sus manos enguantadas y tocó una de las lamparillas alquímicas; acto seguido, retorció el puño y la extrajo.

—No está conectada con nada —dijo, dejándola en el suelo—. Oh, dioses —susurró cuando vio lo que había debajo de la lamparilla. Se llevó la mano a la boca y se levantó, muy agitada.

—¿Y bien? —doña Angiavesta acababa de llegar hasta ella.

—Es piedra fantasma —dijo doña Sofía muy asustada—. Toda la escultura está llena de esa sustancia; acabo de verla e incluso de olerla —se estremeció lo mismo que las personas que se asustan de las arañas, sobre todo de las grandes que se cruzan en su camino—. Dentro de esta escultura hay la cantidad suficiente para apaciguar a todos los de esta torre. Da la impresión de que vuestro Capa Raza no quería dejar nada al azar.

Doña Angiavesta observó por la ventana la parte norte de Camorr; el cielo estaba mucho más oscuro que cuando habían llevado a Locke a su presencia.

—Sofía —dijo la condesa del Cristal de Ámbar—, ¿qué sabes de esos chismes? ¿Puedes impedir que ardan?

—No lo creo —dijo la baronesa de Salvara—, no consigo ver dónde están las mechas alquímicas; deben de encontrarse debajo de la piedra fantasma. Y también es posible que se prendan si alguien las toca; si estuviera en mi laboratorio podría hacer algo. Creo que intentar desmontar el mecanismo será tan peligroso como dejar que se prenda sin hacer nada.

—Tenemos que sacar las esculturas de la torre —dijo Reynart.

—No —disintió Sofía—. El humo de la piedra fantasma siempre sube hacia arriba; es más ligero que el aire. No podremos librarnos de ellas antes de que llegue la Falsa Luz; si las encerráramos en los sótanos del Alcance del Cuervo, aún podría salir algo de humo. Lo mejor que podemos hacer es ponerlas bajo el agua; cuando la piedra fantasma se moja, pierde su actividad en pocos minutos. El aceite seguiría ardiendo, pero sin que la piedra fantasma despidiera humo. ¡Si pudiéramos arrojarlas al Angevino!

—No podemos —dijo Angiavesta—, pero sí podríamos arrojarlas a la cisterna del Jardín Celeste; tiene tres metros de profundidad y cinco de diámetro. ¿Funcionaría?

—¡Sí! Sólo necesitamos echarlas dentro.

—Stephen… —dijo doña Angiavesta, pero el capitán Reynart ya se le había adelantado.

—Mis señoras, mis señores —Reynart hablaba lo más fuerte que podía—, el duque Nicovante requiere con premura vuestra ayuda. A mí el Cristal de la Noche. Necesito un camino despejado hasta las escaleras, así que, mis señoras, mis señores, lamento deciros que no podremos comportarnos gentilmente con aquellos que nos impidan el paso.

»Necesitamos sacar esas malditas cosas hasta las galerías y luego subirlas hasta el Jardín Celeste —Reynart cogió por el hombro a uno de sus hombres—. Echa a correr hacia la terraza de embarque y busca al teniente Razelin. Dile que despeje el Jardín Celeste bajo mi propia responsabilidad. Dile que dentro de cinco minutos no quiero ver allí a ningún niño. Él sabrá lo que hay que hacer. Primero la acción, luego las disculpas.

—Desáteme las manos —dijo Locke—. Esas cosas son pesadas; aunque no tenga mucha fuerza, puedo echar una mano.

Doña Angiavesta le miró con curiosidad.

—¿Por qué regresó para ayudarnos, maese Espina? ¿Por qué no aprovechó para fugarse?

—Soy un ladrón, doña Angiavesta —dijo Locke muy serio—. Soy un ladrón y puede que también un asesino, pero esto me sobrepasa. Además, intento matar a Raza, así que debía frustrar todos sus planes —abrió las manos y ella asintió, moviendo despacio la cabeza.

—Puede echar una mano, pero luego tendremos que hablar.

—Es algo que deseo mucho, pero esta vez sin agujas, por favor —dijo Locke—. Conté, pórtate como un amigo y quítame estas cuerdas.

El delgado guardaespaldas cortó las ataduras de Locke con uno de sus cuchillos.

—Si intenta fastidiarla, le echaré a la cisterna para que las esculturas le caigan encima.

Locke, Conté, Reynart, don Lorenzo y varios casacas negras se arrodillaron para levantar la escultura; Sofía esperó unos segundos con el ceño fruncido y entonces se situó al lado de su marido para sostener la escultura por la misma arista que él había elegido.

—Voy a ver si encuentro al Duque —dijo Angiavesta— para informarle de lo que está sucediendo —y cruzó la galería a toda prisa.

—Bueno, con ocho no resulta tan difícil —dijo Reynart—, pero será tan molesto como el infierno. Aún nos quedan unos cuantos escalones por subir.

Tropezando todos entre sí, subieron la escultura por el primer tramo de escaleras. Varios casacas negras los esperaban en la galería.

—¡Buscad las demás esculturas! —la voz de Reynart era como un bramido—. ¡Ocho hombres para cada una! ¡Buscadlas y llevadlas hasta el Jardín Celeste! ¡Y, en el nombre del Duque, dadle un buen empujón a cualquiera que se cruce en vuestro camino! ¡Y, por los dioses, que no se os vayan a caer!

Instantes después, varios equipos de soldados afanosos y empapados de sudor imitaban al grupo de Reynart y cargaban con las esculturas. Locke estaba jadeante y sudoroso; quienes le rodeaban no se encontraban mejor que él.

—¿Qué pasará si esto se activa mientras lo llevamos? —preguntó uno de los casacas negras.

—Pues que primero nos quemaremos las manos —respondió Sofía, el rostro encendido por el esfuerzo— y luego nos quedaremos sin sentido antes de haber dado seis pasos, y entonces estaremos apaciguados. Y nos sentiremos muy tontos.

Después de subir hasta la última galería y de dejarla atrás, ya no escucharon el bullicio de la fiesta. Camareros y criados salían corriendo a medida que ellos entraban por los pasillos de servicio. En el mismísimo tejado del Alcance del Cuervo, una gran escalera de caracol hecha de mármol subía hasta el Jardín Celeste, contorneando con su trazado helicoidal la cara interior de paredes que eran tan transparentes como el humo. Toda Camorr giraba a su alrededor a medida que la recorrían; el sol no era más que la mitad de un medallón de color pálido, hundido cada vez más en el curvo horizonte; Locke tuvo que fijarse repetidas veces antes de comprender que lo que estaba viendo eran las ondulantes viñas del Jardín Celeste, agitadas por el viento del exterior.

Docenas de niños corrían en sentido contrario al suyo, gritando mientras los soldados los perseguían y los criados los regañaban. La escalera terminó por desembocar en el jardín del tejado, que realmente era un bosque en miniatura; bajo el

cielo púrpura y desprovisto de nubes, olivos, naranjos e híbridos alquímicos con hojas del color de la esmeralda movían entre susurros sus hojas por el cálido viento.

—¿Dónde está la maldita cisterna? —preguntó Locke—. Jamás he subido hasta aquí.

—En el borde este del jardín —dijo Lorenzo—. Yo solía venir a jugar aquí.

La cisterna se encontraba debajo de las caedizas ramas de un sauce llorón, y venía a ser un estanque de cinco metros de diámetro, como les había anunciado doña Angiavesta. Sin ningún tipo de preámbulos, arrojaron la escultura al agua, la cual, en su despertar, les roció con una buena salpicadura de agua que empapó a dos casacas negras. Se hundió rápidamente con una estela de color lechoso y golpeó sonoramente el fondo de la cisterna.

Una tras otra, las esculturas restantes fueron llevadas allí, hasta que las cuatro descansaron bajo la superficie de las, para entonces, lechosas aguas de la cisterna, mientras el Jardín Celeste se llenaba de casacas negras.

—¿Y qué pasará ahora? —pregunto Locke, casi sin resuello.

—Ahora despejaremos el tejado —dijo doña Sofía—. Aún sigue activa una gran cantidad de piedra fantasma; nadie puede acercarse a ella, ni siquiera aunque esté bajo el agua, durante varias horas.

Y ni que decir tiene que todos los que se encontraban en el tejado se sintieron muy felices de cumplir su sugerencia.

6

Cuando la Falsa Luz acababa apenas de comenzar, doña Angiavesta se reunió con ellos en la galería más elevada del Alcance del Cuervo. A través de la alta puerta que daba a la plataforma de embarque podían verse los centelleantes gallardetes de espectral colorido que eran las torres de cristal antiguo. La reunión estaba dominada por el ruido que hacían los casacas negras mientras subían y bajaban, disculpándose con todos los nobles con quienes se tropezaban.

—Es como una guerra —comentó cuando los Salvara, Locke y Reynart se sentaron a su alrededor—. Intentar algo semejante es peor que un asesinato en masa. ¡Por los dioses! Nicovante está llamando al Cristal Nocturno; Stephen, os aguarda una noche atareada.

—¿A los Merodeadores de la Medianoche? —preguntó.

—Llévatelos a todos fuera de aquí —contestó ella—, en silencio y lo más rápido que puedas. Que se reúnan en el Palacio de la Paciencia; que se preparen para el combate. Los llevaremos a donde Nicovante decida que son más necesarios.

»Maese Espina, le estamos muy agradecidos por todo lo que ha hecho, lo cual va a suponerle un excelente trato por nuestra parte. Pero la suya en este asunto ha terminado; voy a conducirle escoltado al Cristal de Ámbar. Aunque estará bajo arresto, disfrutará de ciertas comodidades.

—Tonterías —dijo Locke—. Me debéis más que todo eso. Raza es mío.

—Raza —replicó doña Angiavesta— se ha convertido en el hombre más buscado de toda Camorr; el Duque quiere aplastarlo como a un insecto. Vamos a ocupar sus dominios y a entrar por la fuerza en la Tumba Flotante.

—¡No sean *idiotas*, Raza no manda sobre la Buena Gente, sólo los utiliza arteramente para sus planes! —exclamó Locke—. La Tumba Flotante está vacía; ahora mismo, mientras hablamos, Raza emprende la fuga. No quería ser Capa, sino aprovechar su puesto para acabar con Barsavi y barrer a todos los nobles de Camorr.

—¿Cómo sabe tanto de los asuntos de Raza, maese Espina?

—Cuando Raza aún seguía llamándose el Rey Gris, me obligó a engañar a Capa Barsavi. El trato fue que después me dejaría en paz, pero me hizo una mala faena: mató a tres amigos míos y se llevó mi dinero.

—¿Su *dinero*? —dijo don Lorenzo, cerrando una mano y convirtiéndola en un puño—. Creo que se refiere al nuestro.

—Sí —dijo Locke—, el suyo y todo el que le quité a la señora de Marre, a don Javarriz y a los Feluccia. Más de cuarenta mil coronas… una fortuna. Raza me la robó. Así que no mentía cuando dije que ya no tenía dinero.

—¿Entonces no tiene nada de valor con lo que poder negociar? —preguntó doña Angiavesta.

—He dicho que me había quedado sin el dinero, no que no supiera dónde estaba —dijo Locke—. Raza lo tiene con la fortuna de Barsavi, y ahora se dispone a abandonar a hurtadillas la ciudad. Se supone que iba a emplearlo para pagar al mago mercenario.

—Entonces díganos dónde está.

—Raza es mío —dijo Locke—. Quiero acabar con él y seguir en libertad. Raza mató a tres amigos míos, por eso quiero atravesar con un puñal su maldito corazón; así que negociaré con todo el hierro blanco de Camorr.

—En esta ciudad se ahorca a la gente por robar unas pocas monedas de plata —dijo doña Angiavesta— y usted, culpable de haber robado decenas de miles de coronas, nos propone que le dejemos en libertad. Creo que no.

—Es la hora de la verdad, doña Angiavesta —insistió Locke—; ¿queréis recuperar el dinero? Pues yo puedo deciros dónde está. Os diré donde se encuentra, junto con la fortuna de Barsavi, que debe ser considerable. A cambio, lo único que quiero es a Raza. Seguiré en libertad y mataré al hombre que intentó acabar con vos y con todos vuestros pares. Sed razonable… ahora que conocéis mi voz y mi rostro, los días de mi antigua profesión se han terminado, al menos en Camorr.

—Supone demasiado.

—¿Acaso la Araña de Camorr evitó que Capa Raza reuniera en el Alcance del Cuervo la suficiente piedra fantasma para apaciguar a toda esta puñetera ciudad? No, porque quien lo evitó fue la *Espina* de Camorr, muchas gracias. Esta noche, todos los hombres, mujeres y niños de la ciudad se encuentran a salvo porque tengo un corazón

demasiado blando, y no porque vos hayáis hecho vuestro trabajo. Así que me lo debéis, Angiavesta. Por vuestro honor que me lo debéis. Dadme a Raza y tendréis el dinero.

Ella le lanzó una mirada capaz de convertir el agua en hielo.

—Por mi honor, maese Espina —dijo finalmente—, y por los servicios rendidos al Duque y a mis pares, le dejo ir en libertad; y si nos conduce hasta Raza podrá hacer con él lo que quiera, aunque si no lo hace, no se lo echaré en cara. Y si vuelve a sus antiguas actividades y si nuestros caminos vuelven a cruzarse de nuevo, le ejecutaré sin juicio previo.

—Me parece justo. Necesitaré una espada —dijo Locke—. Casi lo olvido.

Para su sorpresa, el capitán Reynart se quitó el cinturón del que colgaba su estoque y se lo tendió a Locke.

—Que no siga seco —dijo—; con mis cumplidos.

—¿Y bien? —dijo doña Angiavesta mientras Locke se ajustaba el cinturón encima de las excelentes calzas azules de Meraggio—. El dinero, ¿dónde está?

—Al norte de los Dientes de Camorr —respondió Locke—, en el fondeadero privado, hay tres barcazas llenas de porquería; vos las conocéis; sacan de la ciudad toda la suciedad y los excrementos y lo llevan a los campos del norte.

—Por supuesto —dijo doña Angiavesta.

—Raza ha escondido toda su fortuna dentro de una de ellas —dijo Locke—. En cofres de madera cubiertos con telas enceradas, por razones obvias. Su plan consiste, luego de escabullirse de Camorr, en abordar la barcaza más al norte y en recuperar el tesoro. Todo está allí, debajo de todos esos montones de mierda.

—Eso es ridículo —dijo doña Angiavesta.

—No dije que lo que iba a revelaros fuese agradable —dijo Locke—. Pensadlo. ¿Cuál sería el último sitio en el que nadie miraría a la hora de buscar un escondrijo de monedas?

—Hmmm. ¿Y de cuál de las barcazas se trata?

—No lo sé —respondió Locke—. Sólo sé que es una de las tres.

Vorchenza miró a Reynart.

—Bueno —dijo el capitán—, los designios de los dioses son inescrutables.

—Oh, mierda —dijo Locke como si se atragantase, mientras pensaba *Haz una buena representación. Haz una representación buenísima*—. Doña Angiavesta, esto no se ha terminado.

—¿De qué está hablando?

—Barcos, barcazas, fuga. He estado pensando. El halconero estuvo haciendo juegos de palabras mientras se encontraba bajo mi cuchillo. Se burló de mí sin referirse a nada en particular y ahora acabo de caer en lo que era. El barco de la plaga. La *Satisfacción*; hay que hundirla.

—¿Y por qué?

—Es de Anatolius —dijo Locke—. Según el halconero, Anatolius se hizo pirata en el Mar del Hierro Blanco para amasar la fortuna suficiente con la que contratar a un mago mercenario y regresar a Camorr en busca de venganza. La *Satisfacción* es su nave. Pero Anatolius no planea escapar en ella… piensa abandonar la ciudad por el norte y remontar el Angevino.

—¿Por qué?

—El halconero comentó algo de un plan alternativo. El barco de la plaga es el plan alternativo. No está lleno de cadáveres, doña Angiavesta. Su tripulación fue escogida cuidadosamente… gente que sobrevivió al Susurro Negro, como los Gules del Duque. Una tripulación escogida y las bodegas llenas de animales: cabras, ovejas, monos. Pensé que el halconero se estaba mofando… pero ahora lo comprendo.

—Animales que pueden propagar el Susurro —dijo Reynart.

—Sí —dijo Locke—. No mueren por su causa, pero seguro que nos lo pueden contagiar. Hundid ese maldito barco, doña Angiavesta. Es otra jugada de Raza. Si descubre que no pudo acabar con los nobles, puede intentar vengarse de toda la ciudad. Es su última oportunidad.

—Qué locura —susurró doña Angiavesta, no muy convencida.

—Anatolius ya ha intentado barrer a todos los nobles de Camorr, incluidos los niños. Está loco, Condesa del Cristal de Ámbar. ¿Cómo suponéis que reaccionará al ver frustrado su primer intento? Lo único que tienen que hacer sus hombres es dirigir el barco hacia los muelles y soltar esos animales. O quizá lanzar unas cuantas ovejas a la ciudad con ayuda de una catapulta. *Hundid ese maldito barco*.

—Maese Espina —dijo doña Angiavesta—, aun siendo ese ladrón cuyos apetitos conocemos tan bien, no deja de sorprenderme que su corazón esté tan lleno de ternura.

—He hecho los votos que me ligan al Decimotercero Sin Nombre, el Guardián Avieso, el Benefactor —dijo Locke—. Soy sacerdote. No he salvado a la gente que se encontraba en esta torre para ver ahora cómo muere toda la ciudad. Por amor al decoro, doña Angiavesta, por amor al decoro, hundid ese condenado barco. Os lo ruego.

Ella se le quedó mirando por encima de los bordes de sus antiparras en forma de medialuna y se volvió hacia Reynart.

—Capitán —dijo muy despacio—, vaya al puesto de señales de la plataforma de embarque. Envíe el siguiente mensaje al Arsenal y a las Heces —cruzó las manos sobre su estómago y suspiró—: «Por la autoridad que me confiere el duque Nicovante, les ordeno que hundan a la *Satisfacción* y que disparen a cualquier sobreviviente que intente llegar a la costa».

Locke suspiró aliviado.

—Gracias, doña Angiavesta. ¿Y mi ascensor?

—Su ascensor, maese Espina… por mi honor que estará listo enseguida. Y si los dioses le conceden a Capa Raza antes de que mis hombres den con él… que también

le concedan su fuerza.

—Os echaré de menos, doña Angiavesta —dijo Locke—, y tambien a vosotros, mi señor y mi señora de Salvara… y mis disculpas por el hecho de que la mayor parte de vuestra fortuna esté enterrada bajo la mierda. Espero que sigamos siendo amigos.

—Ponga un solo pie en nuestra casa —dijo Sofía— y se quedará para siempre en mi laboratorio.

7

Unas luces azuladas relampaguearon en la plataforma de embarque del Alcance del Cuervo; incluso bajo la luz trémula y cambiante de la Falsa Luz, tenían la suficiente potencia para ser vistas en la estación que se encontraba en lo más alto del Palacio de la Paciencia, la cual debía retransmitirlas. En unos instantes, los obturadores de las linternas se abrieron y cerraron rápidamente; el mensaje surcó el aire, por encima de los millares de personas que continuaban con la fiesta, y llegó a sus destinos… el Arsenal, la Aguja del Sur, las Heces.

—Vaya mierda —dijo el sargento de la Guardia que se encontraba en la torre de la mismísima cúspide de la Aguja del Sur, abriendo y cerrando los ojos para aclararse la vista, mientras se preguntaba si había interpretado correctamente el mensaje. Con bastante remordimiento, ocultó debajo de la silla el pellejo de vino con el que había estado celebrando, ilícitamente por cierto, el Día de los Cambios.

—Sargento —dijo su compañero más joven—, esa fragata está haciendo una cosa muy rara.

A lo lejos, sobre las aguas del Puerto Viejo, la *Satisfacción* acababa de girar lentamente hacia babor; podía verse a los marineros subidos a las vergas de los palos mayores y de los trinquetes, dispuestos a desplegar las gavias. Varias docenas de figuras negras más pequeñas se movían por el puente, iluminadas tanto por el resplandor de las linternas amarillas como por la claridad de la Falsa Luz.

—Está desamarrando, señor; va a hacerse a la mar. ¿De dónde ha salido toda esa gente? —dijo el guardia más joven.

—No lo sé —dijo el sargento—, pero acabo de recibir un mensaje. Por los dioses misericordiosos, quieren hundir a esa zorra iluminada de amarillo.

Unos puntitos de luz anaranjada comenzaron a encenderse por toda la periferia de las Heces; todas las torrecillas de los ingenios tenían lámparas de emergencia que se encendían para indicar que los artilleros se hallaban en sus puestos y listos para la acción. Los tambores comenzaron a sonar en el Arsenal; el sonido de los silbatos se extendió por toda la ciudad, sobreponiéndose al tenue murmullo de la multitud que celebraba el Día de los Cambios.

Con un fuerte chasquido, uno de los ingenios de la costa lanzó su carga. La piedra se convirtió en una sombra difusa que subió por el cielo; no acertó el blanco por metros, levantando un surtidor de agua cerca del costado de estribor de la fragata.

Lo siguió un segundo ingenio, del cual nació un arco de fuego naranja que se quedó suspendido unos instantes en el cielo, como si fuera un estandarte de luz ardiente capaz de hipnotizar con su sola contemplación. Los guardias de la Aguja del Sur lo miraron con respeto y temor mientras se estrellaba sobre el puente de la *Satisfacción* y salpicaba hilillos de fuego en todas las direcciones. Los hombres corrían frenéticamente, algunos de ellos ardiendo. Uno saltó por la borda, sumergiéndose en el agua como una carbonilla en un charco.

—Por los dioses, eso es aceite ardiente —dijo el guardia más joven—. Seguirá ardiendo hasta que lo haya quemado todo.

—No importa, a los tiburones también les gusta la carne asada —bromeó el sargento—. Pobres bastardos.

Una piedra se estrelló en uno de los costados de la fragata, aplastando las barandillas de madera y creando una lluvia de astillas; los marineros se retorcían, gritaban y caían al suelo del puente. El fuego prendía en las velas y en los aparejos, a pesar de los frenéticos esfuerzos de la tripulación para apagarlo con arena. Otra bola de fuego explotó en el alcázar; los hombres y mujeres que manejaban la rueda del timón fueron engullidos por un halo de llamas ardientes. Ni siquiera tuvieron tiempo de gritar.

Más piedras alcanzaron el barco, cayendo entre las pocas velas que quedaban. El fuego ardía, descontrolado, por proa, popa y parte central. Unos dedos de colores naranja, rojo y blanco jugueteaban entre las cubiertas y se elevaban por el cielo, junto con una humareda multicolor. Situada dentro del radio de acción de una docena de ingenios, la fragata, desarmada y prácticamente inmóvil, no había tenido ninguna posibilidad de escapar al ataque. Cinco minutos después de que la señal fuera emitida desde el Alcance del Cuervo, la *Satisfacción* era una pira… una montaña de llamas blancas y rojas que emergía del agua encrespada, la cual era como un espejo de color rojo dispuesto bajo el casco del moribundo navío.

Los arqueros tomaron posiciones en la costa, listos para disparar contra cualquier sobreviviente que intentara llegar nadando hasta ella, pero no llegó nadie. Con el fuego, el agua y las cosas que acechaban en las profundidades de la bahía, las flechas eran superfluas.

8

Luciano Anatolius, el Rey Gris, el Capa de Camorr, el último miembro vivo de su linaje, se mantenía erguido en el puente superior de la Tumba Flotante, bajo los toldos de seda que se mecían al recibir el Viento del Ahorcado, bajo el cielo oscuro que reflejaba el irreal resplandor de la Falsa Luz, viendo cómo ardía su barco.

Miraba fijamente hacia el oeste mientras el rojo del fuego se reflejaba en sus ojos que no parpadeaban; miraba fijamente hacia el norte, contemplando la incandescencia

del Alcance del Cuervo, donde se mezclaban destellos azules y rojos, donde ninguna nube de humo pálido ascendía al cielo.

Se mantenía erguido sobre el puente de la Tumba Flotante sin llorar, aunque su corazón lo desease ardientemente en aquellos momentos.

Cheryn y Raiza no lloraron, se dijo. Madre y padre no lloraron; *no lloraron* cuando, a medianoche, los hombres de Barsavi echaron abajo la puerta de su casa. Cuando su padre murió, intentando protegerlos el tiempo suficiente para que Gisella pudiera envolverlos a él y a las gemelas con unas ropas y sacarlos por la puerta de detrás.

La *Satisfacción* ardía ante su mirada mientras él volvía a verse corriendo por la oscuridad de los jardines, con sólo trece años, tropezando por caminos que le eran familiares mientras las ramas le azotaban el rostro y las lágrimas ardientes le corrían por las mejillas. En la casa de campo que habían dejado atrás, los cuchillos se alzaban y caían, un niño pequeño llamaba llorando a su madre… y luego, de repente, sólo se escuchó el silencio.

—Jamás lo olvidaremos —había dicho Raiza en la oscuridad de la bodega del navío que los conducía hasta Talisham—, jamás lo olvidaremos, ¿verdad, Luciano?

Y su manita apretaba con fuerza la suya; junto a su otro costado, Cheryn dormía con un sueño lleno de sobresaltos, murmurando y gritando.

—Jamás lo olvidaremos —contestó él—. Y volveremos. Te lo prometo, algún día volveremos.

Se mantenía erguido en el puente de la fortaleza que Barsavi tenía en Camorr, sin poder hacer nada mientras su barco teñía de rojo las aguas del Puerto Viejo al morir.

—¿Capa Raza?

Aquella voz temerosa se encontraba ante él; un hombre acababa de abrirse paso por el pasillo que conducía a las galerías de más abajo. Uno de los Sabuesos del Ron que formaba parte del extravagante círculo de jugadores creado en su salón del trono. Se volvió lentamente.

—Capa Raza, acaban de traer esto… Uno de los Tajadores de la Falsa Luz, señoría. Dice que en la Lluvia de Ceniza un hombre le entregó un tirinto y le pidió que os lo trajera.

Le tendió un saco de harpillera donde, con unas letras negras de trazo apresurado, había sido escrita la palabra RAZA. La tinta aún estaba fresca.

Luciano tomó el saco y despidió al hombre con un ademán de la mano; el Sabueso del Ron volvió al pasillo y desapareció por él, no muy contento de lo que había visto en los ojos de su maestro.

El Capa de Camorr abrió la bolsa y descubrió el cadáver de un halcón-escorpión… sin cabeza. Volcó su contenido encima del puente; la cabeza y el cuerpo de Vestris cayeron con un sonido seco sobre las planchas de madera. Un trozo de pergamino doblado y manchado de sangre cayó, revoloteando, instantes después. Lo cogió y lo abrió. Así decía:

Luciano permaneció mirando aquellas palabras durante algún tiempo; quizá cinco segundos, aunque bien hubieran podido ser cinco minutos. Estrujó el pergamino entre sus manos y lo tiró al suelo; cayó al puente y rodó por él hasta detenerse al lado de los ojos de mirada inmóvil y vítrea de Vestris.

Si estaban llegando, que llegaran. Aún habría tiempo de huir después de haber satisfecho aquella última deuda.

Entró por el pasillo que conducía a la galería de más abajo, en medio de la luz y la algarabía de los jugadores. El olor a humo y a licor flotaba en el aire; sus botas hicieron crujir el maderamen cuando bajó corriendo por las escaleras.

Los hombres y las mujeres levantaron la vista de sus naipes y dados cuando pasó a su lado; algunos agitaron la mano y profirieron gritos de saludo, pero nadie recibió ninguna respuesta. Capa Raza abrió de golpe la puerta de sus aposentos privados (antaño de Barsavi) y permaneció en su interior varios minutos.

Cuando salió, llevaba las vestiduras del Rey Gris, la casaca y calzas de color gris-niebla, las botas grises de piel de tiburón con las brillantes hebillas de plata, los guantes grises de espadachín, dados de sí en los nudillos por el uso, la capa gris con la capucha echada. La capa ondeó a su alrededor cuando echó a caminar; las luces de la Tumba Flotante se reflejaban en el acero desnudo del estoque que llevaba desenvainado.

La partida se terminó en un instante.

—Largaos —dijo—, largaos y no volváis. Dejad abiertas las puertas. Nada de guardias. Largaos mientras tenéis la posibilidad de iros.

Los naipes cayeron al suelo formando una espiral; los dados repiquetearon al golpear la madera. Hombres y mujeres se levantaron de un salto, llevándose consigo a los camaradas borrachos; las botellas rodaron y el vino se derramó a medida que la desbandada fue generalizándose. En menos de un minuto, el Rey Gris se había quedado solo en el corazón de la Tumba Flotante.

Caminó lentamente hacia estribor, hacia un montón de cuerdas plateadas que colgaban del techo del viejo galeón. Tiró de una de ellas y las luces blancas de los candelabros murieron; tiró de otra y las cortinas que cubrían las altas ventanas del salón del trono se plegaron, rindiendo la estancia a la oscuridad de la noche. Un tirón de una tercera y unos globos alquímicos de color rojo, instalados en los oscuros nichos de las paredes, volvieron a la vida; el corazón de la fortaleza de madera se convirtió en una cueva bañada por una luz carmesí.

Se sentó en su trono con el estoque cruzado encima de sus piernas, y la luz rojiza hizo brillar sus ojos, ocultos por la sombra que proyectaba la capucha.

Se sentó en su trono y esperó a que los dos Caballeros Bastardos que aún vivían le encontrasen.

9

A las diez y media de la noche, Locke Lamora entró en el salón del trono y se quedó mirando, una mano sobre el estoque, al Rey Gris, que se sentaba en silencio a treinta metros de él. Locke tenía la respiración agitada, aunque no por el viaje, pues había cubierto la mayor parte del trayecto en un caballo robado.

El hecho de sentir bajo su mano la empuñadura de la hoja de Reynart era tan vigorizante como terrorífico. Sabía que en un combate limpio se encontraría en desventaja, pero le ardía la sangre. Y tenía el atrevimiento de pensar que la ira, la velocidad y la esperanza podrían valerle en lo que estaba a punto de acontecer. Se aclaró la garganta.

—Rey Gris —dijo.

—Espina de Camorr.

—Me siento complacido —dijo Locke—. Pensaba que quizá ya te hubieras marchado. Lo siento… necesitabas esa fragata, claro. Conseguí que mi buena amiga la Condesa del Cristal de Ámbar la enviase al fondo de la maldita bahía.

—Esa hazaña —dijo el Rey Gris con voz cansada— dejará de parecerte tan sabrosa dentro de breves minutos, te lo aseguro. ¿Dónde está Jean Tannen?

—Viene hacia aquí —dijo Locke—. Llegará en cualquier momento.

Locke comenzó a caminar lentamente hacia él, recortando la distancia que los separaba en más de la mitad.

—Le advertí al halconero que no bromeara con Jean Tannen —dijo el Rey Gris —, lo que, al parecer, él no tomó con la debida consideración. Os felicito a ambos por vuestro inimaginable poder de recuperación, pero creo que os haré un favor matándoos antes de que los magos mercenarios se venguen en vuestras personas.

—Estás dando por sentado que el halconero ha muerto —dijo Locke—, pero no es así. Aún respira, aunque es un lisiado que jamás podrá volver a tocar un instrumento musical.

—Interesante. Me pregunto cómo pudiste conseguirlo. Me pregunto por qué la diosa de la muerte se burla de ti al haberte dejado un soplo de vida. Me gustaría saberlo.

—A la mierda con tus deseos. ¿Por qué hiciste las cosas de esa manera, Luciano? ¿Por qué no intentaste llegar a un acuerdo honroso para todos? Seguro que hubiéramos podido encontrar alguno.

—«Hubiéramos podido» —dijo el Rey Gris—; ese «hubiéramos podido» era imposible, maese Lamora. Era una cuestión de necesidad. Vosotros teníais lo que yo necesitaba, y erais demasiado peligrosos para dejaros seguir con vida después de que yo os lo quitara… como tú mismo dejaste muy claro.

—Pero todo hubiera podido quedarse en un simple robo —dijo Locke—. Yo te lo hubiera entregado todo a cambio de las vidas de Calo, Galdo y Bicho. Yo te lo hubiera entregado *todo* si me hubieses dado la opción de elegir.

—¿Y qué ladrón no lucha para defender lo que es suyo?

—Uno que tiene algo mejor —dijo Locke—. Para nosotros, robar era más importante que atesorar; y estoy seguro de que hubiéramos acabado por malgastar el dinero de la peor manera.

—Eso es fácil de decir ahora, visto lo sucedido —suspiró el Rey Gris—. Seguro que habrías visto las cosas de manera diferente si todos hubiesen seguido con vida.

—Les robábamos a los nobles, capullo. Sólo a ellos. Nuestros juegos sólo eran para ellos… Tú ayudaste a la nobleza al querer dejarnos fuera de juego. Le entregaste a la gente a la que odiabas un regalo diabólico.

—Así que tú, maese Lamora, les ayudabas a que no les pesara tanto el dinero, intentando escrupulosamente que no se perdiera ninguna vida en el proceso… ¿tengo que aplaudirte? ¿Nombrarte mi hermano de armas? Siempre hay más dinero. El dinero no bastaba para que aprendierais la lección que debíais aprender.

—¿Cómo pudiste hacerlo, Luciano? ¿Cómo un hombre que perdió tanto, que sentía tanto odio por Barsavi, pudo hacerme lo mismo que le hicieron a él?

—¿Lo mismo? —el Rey Gris se levantó con el estoque en la mano—. ¿Lo mismo? ¿Acaso mataron a tus padres en la cama para ocultar una mentira, maese Lamora? ¿Acaso pasaron por el cuchillo a tus hijos pequeños para que no pudieran llegar a ser mayores y así vengarse?

—Yo perdí a tres hermanos por tu causa —dijo Locke—, casi a cuatro. No tenías necesidad de hacer lo que hiciste. Y cuando creíste que habías acabado conmigo, intentaste matar a cientos de personas. Entre ellos a niños, Luciano, a *niños*… nacidos mucho después de que Barsavi matara a tus padres y hermanos. Me gustaría ser honesto, pero sólo veo la peor de las locuras.

—Estaban protegidos por la Tregua Secreta —dijo el Rey Gris—. Eran parásitos, culpables por el simple hecho de nacer. Ahórrate tus argumentos, sacerdote. ¿Piensas que no pensé en todo eso durante los últimos veintidós *años*?

El Rey Gris dio un paso adelante, apuntando a Locke con la punta de su arma.

—Si hubiera estado en mi mano —añadió—, habría arrasado esta ciudad hasta sus cimientos para escribir los nombres de los míos en sus cenizas.

—*Ila justicca vei cala* —dijo Locke con un susurro. Siguió avanzando hasta que ambos se encontraron a menos de dos metros de distancia el uno del otro. Desenvainó el estoque de Reynart y se puso en guardia.

—La justicia es roja —el Rey Gris se puso de rodillas mirando a Locke, el filo de su arma hacia el suelo, en la posición que los esgrimidores de Camorr suelen denominar «el lobo expectante»—. Es muy cierto.

Locke le atacó antes de que hubiera terminado de hablar; durante un instante, su acero cortó en el aire la imagen que había pertenecido al Rey Gris. El Rey esquivó el tajo de Locke, el fuerte contra el débil, y respondió con una velocidad superior a la empleada por él. Lamora evitó un golpe sesgado dando un salto hacia atrás que

resultó muy poco elegante; aterrizó encogido, con la mano izquierda hacia delante para evitar dar con los codos y las posaderas en la dura madera del puente.

Cautelosamente, Locke se movió en círculo hacia la dirección de donde le había llegado el golpe, aún encogido. En su mano izquierda acababa de aparecer un puñal como por arte de magia, que él movió varias veces.

—Hmm —comentó el Rey Gris—. No me digas que vas a luchar al estilo de Tal Verrar. Lo encuentro insípido.

—Anímate —Locke movió rápidamente el puñal de un modo muy colorista—. Intentaré que la capa no se te manche mucho de sangre.

Suspirando de un modo muy teatral, el Rey Gris extrajo de su cinturón uno de los dos puñales que llevaba en él, de mango muy estrecho, y lo llevó hacia delante hasta que las hojas de sus dos armas se movieron en el aire que se encontraba ante él como si fueran mandíbulas. Entonces dio dos brincos muy exagerados.

Locke miró los pies del Rey Gris durante una fracción de segundo, comprendiendo demasiado tarde lo que iba a hacer. Se echó a la derecha y consiguió parar a duras penas con el puñal lo que le caía encima. La estocada del Rey Gris cortó el aire justo a pocos centímetros de su hombro izquierdo. Su respuesta se encontró con el puñal del Rey, que la estaba aguardando. Una vez más, el Rey era el más rápido, y con mucho.

Durante unos pocos segundos llenos de desesperación, ambos siguieron peleando… sus espadas tejían fantasmas de plata en el aire, cruzándose y apartándose, con fintas y falsas fintas, estocadas y paradas. Locke se mantenía a duras penas fuera del alcance de los golpes del Rey Gris, que eran más largos y poderosos, mientras que el Rey paraba y devolvía con facilidad todas las arremetidas de Locke. Finalmente, ambos se apartaron jadeantes, contemplándose el uno al otro con la mirada de odio resignada e implacable de los perros de lucha.

—Hmmm —dijo el Rey Gris—, un combate muy esclarecedor.

Y lanzó una estocada como quien no quiere la cosa; Locke se echó hacia atrás rápidamente y la paró con gran dificultad, punta contra punta, como si fuera un muchacho que se encuentra en su primera semana de aprendizaje. Los ojos del Rey Gris brillaron.

—De lo más esclarecedor —y lanzó otra estocada; y Locke volvió a retroceder—. Tengo la impresión que no dominas este arte, ¿no te parece?

—¿No te parece que quizá quiera que pienses eso?

Al escucharlo, el Rey Gris rió:

—Oh, no. No, no, *no* —y, con un gesto muy teatral, arrojó la capa al suelo. Su rostro macilento se llenó de surcos por la mueca salvaje que presagiaba lo que iba a suceder—. Basta de engaños, basta de juegos.

Y entonces se lanzó sobre Locke, moviendo rápidamente los pies, con una brutalidad que Locke jamás había visto; detrás de su hoja se encontraban no sólo veinte años de experiencia sino veinte años dominados por el odio más feroz. Alguna

parte perdida de la mente de Locke aceptó con frialdad el hecho de que no servía para aquello, mientras paraba con gran dificultad golpe tras golpe y evitaba con la mirada y con las manos golpes fantasmales, incluso cuando el acero del Rey Gris le atravesaba las ropas y la carne.

Una, dos, tres… en tres suspiros, la hoja del Rey Gris cantó para morder la muñeca, el antebrazo y el bíceps de Locke.

El frío del acero sorprendió a Locke más que el dolor de las estocadas; luego su sangre cálida se mezcló con el sudor de su piel y le escoció muchísimo, mientras sentía una náusea en lo más profundo de su estómago. El puñal se le cayó de la mano izquierda, rojo por una sangre que no era la que debía mancharlo.

—Ya hemos llegado a donde *no querías* llegar, maese Lamora —el Rey Gris sacudió la sangre de Locke de la punta de su estoque y observó cómo se estrellaba en la madera después de describir un arco—. Adiós.

Entonces se dispuso a lanzar un nuevo ataque y, bajo la luz de los globos alquímicos que tenían el color del vino, su hoja relució todo lo larga que era con tonos de escarlata.

—Aza Guilla —dijo Locke con voz muy baja—, te pido justicia por la muerte de mis amigos. ¡Que pueda vengar con sangre la muerte de mis hermanos!

Y elevando la voz hasta que se convirtió en un grito, lanzó un golpe que no llegó al blanco, y luego otro, cargando todo su odio y su desesperación en cada uno de ellos, moviendo la hoja con mayor rapidez de lo que había hecho en su vida, y el Rey Gris los paró uno tras otro y los devolvió, y el Rey Gris se sintió molesto con ellos porque le parecía estar peleando con un niño.

—Creo que la diferencia entre tú y yo, maese Lamora —dijo el Rey Gris entre ataques y paradas—, es que cuando me quedé aquí a esperarte, sabía lo que podría hacer.

—No —replicó Locke, atragantándose—. La diferencia entre ambos es que yo voy a conseguir la venganza que busco.

Un dolor frío explotó en el hombro izquierdo de Locke mientras contemplaba horrorizado cómo la hoja del Rey Gris se hundía más de siete centímetros en la carne que se encontraba encima de su corazón. El Rey la retorció salvajemente al extraerla, arañando el hueso, y aquella sensación llevó a Locke a caer de rodillas y a proyectar hacia delante el brazo izquierdo, ya inservible, para evitar la caída.

Pero el instinto también le traicionó, porque cuando su mano chocó contra el puente con la palma hacia arriba, se le dobló de un modo atroz hacia dentro, debido al peso, y la muñeca se le rompió con un crujido espantoso. Tan grande fue la conmoción que le embargó, que no pudo ni gritar. Una fracción de segundo después, el Rey Gris le propinaba una tremenda patada en una mejilla, de suerte que el mundo se convirtió para él en un calidoscopio de agonía que daba vueltas sin parar mientras el escozor de las lágrimas llenaba sus ojos. El estoque de Reynart cayó al suelo con un ruido metálico.

Locke era consciente de la presión que la madera hacía sobre su espalda. Era consciente de la sangre y de la sal que nublaban su vista. Era consciente de los ardientes e intensos latidos de dolor que irradiaba su muñeca rota, así como de la agonía húmeda que sentía en la articulación del hombro. Pero también era consciente, y eso le molestaba aún más, de su propia vergüenza, del miedo de fallar y del lastre de tres amigos muertos que yacerían sin hallar la paz y sin conseguir la venganza porque Locke Lamora había *perdido*.

Tomó aire con una boqueada enorme que suscitó nuevas punzadas de dolor en su pecho y en su espalda, aunque ya sólo sentía un dolor, una sola sensación de verlo todo rojo que le hizo levantarse del suelo. Gritando como un poseso, arrastró las piernas hacia delante e hizo un esfuerzo para levantarse, con la esperanza de agarrar al Rey Gris por el estómago.

La estocada asesina que se dirigía hacia el corazón de Locke le alcanzó en el brazo izquierdo; impulsada por todo el peso de la ferocidad de que hacía gala el Rey Gris, taladró la carne del magro antebrazo de Locke y salió por detrás. Loco de dolor, Locke alargó el brazo hacia delante y hacia arriba mientras el Rey Gris intentaba liberar su hoja; aunque los filos del estoque causaron un terrible destrozo en la carne de Locke, siguió clavado en ella, aserrando el músculo hacia uno y otro lado mientras los dos hombres se debatían.

El puñal del Rey Gris apareció en el campo de visión de Locke, obligando a su instinto animal a emplear la única arma de que podía disponer. Sus dientes se hundieron en los tres primeros dedos de la mano que sujetaba la empuñadura; sintió el sabor de la sangre y el roce del hueso. El Rey Gris gritó y el puñal cayó, rebotando en el hombro izquierdo de Locke antes de caer al suelo con un sonido metálico. El Rey liberó su mano de un tirón y Locke le escupió la sangre y la piel que había mordido.

—¡Ríndete! —exclamó el Rey Gris, golpeando a Locke en la coronilla y luego en la nariz. Con su mano buena, Locke agarró el puñal que su contrario aún no había desenvainado. El Rey la apartó, riendo—. ¡No puedes vencer! ¡No puedes vencer, Lamora! —Y a cada grito que daba, lanzaba una lluvia de golpes sobre Locke, que seguía agarrado a él desesperadamente, como el hombre que se ahoga y se aferra a un madero flotante. El Rey rió salvajemente mientras le daba de puñetazos en el cráneo, en las orejas, en la frente y en los hombros, incluso en las heridas que sangraban—. ¡No… puedes… golpearme!

—No necesito golpearte —susurró Locke mientras dedicaba una mueca de locura al Rey Gris, el rostro surcado por las líneas que formaban la sangre y el sudor; la nariz rota y los labios partidos, la vista que se iba, orlada de negrura—. No necesito golpearte, hijo de la grandísima puta. Sólo tengo que retenerte aquí… hasta que llegue Jean.

Al oír aquello, el Rey Gris sintió auténtica desesperación, y sus golpes se hicieron más numerosos, pero poco le importaban a Locke, que, más que reír, rebuznaba como

si estuviera completamente loco:

—¡Sólo tengo que retenerte aquí… hasta que llegue Jean!

Siseando de furia, el Rey Gris zarandeó a Locke lo suficiente para poder coger su puñal. Cuando liberó su mano izquierda de la presa que Locke había hecho en ella con su mano derecha, éste dejó caer en la palma de su mano un tirinto de oro que llevaba escondido en la manga; con un giro desesperado de su muñeca, lanzó la moneda hasta la pared que se encontraba a espaldas del Rey Gris, la cual hizo un sonido bastante fuerte.

—¡Ya está aquí, cabronazo! —exclamó Locke, escupiendo sangre en la pechera de la camisa del Rey—. ¡Jean! ¡Ayúdame!

Entonces el Rey Gris se dio la vuelta, medio arrastrando consigo a Locke; se volvió por el miedo que le daba Jean Tannen, antes de comprender que Locke estaba mintiendo; se volvió justo durante el medio segundo que Locke debió de haber implorado a cualquier dios que se dignara escuchar su súplica; se volvió durante el medio segundo que valía lo que toda la vida de Locke.

Se volvió lo suficiente para que Locke Lamora lanzase su brazo derecho hacia la cintura del Rey Gris, desenvainara el puñal que llevaba enfundado en ella y lo sepultara con un grito final de dolor y de triunfo en su espalda, justo a la derecha de su columna vertebral.

El Rey Gris arqueó la espalda y se quedó boquiabierto, helado por el dolor que se había apoderado de él; tomó la cabeza de Locke entre sus manos como si quisiera pedir a aquel hombre más bajo que él que deshiciera lo que había hecho, pero Locke guardó la calma y, con una voz tan serena que resultaba increíble, susurró:

—Calo Sanza. Mi hermano y amigo.

El Rey Gris cayó hacia atrás, pero Locke consiguió sacar el puñal de su espalda antes de que llegara al suelo. Locke volvió a levantar el puñal y se lo clavó al Rey Gris en mitad del pecho, justo debajo de la caja torácica. Brotó un chorro de sangre y el Rey Gris se debatió como un escarabajo al que acabaran de clavar en la caja de una colección de insectos. Locke levantó la voz mientras movía el puñal dentro de la herida:

—¡Galdo Sanza, mi hermano y amigo!

Con una última convulsión y un último esfuerzo, el Rey Gris lanzó a Locke un escupitajo de sangre (caliente y de tonos cobrizos) que le dio en el rostro, y agarró el puñal que le traspasaba el pecho. Locke le respondió dejándole caer encima la parte izquierda de su cuerpo, que no podía mover, para que apartara las manos. Con un sollozo, Locke extrajo el puñal del pecho del Rey, lo empuñó con su brazo derecho, que temblaba de un modo indecible, y se lo clavó en la garganta. Luego lo movió de un lado para otro en la tráquea hasta que poco le faltó al cuello para separarse del tronco, mientras el suelo que se hallaba bajo los dos contendientes comenzaba a llenarse con la sangre que manaba a chorros de la herida. El Rey Gris tuvo un estremecimiento final y murió, los ojos abiertos desmesuradamente, fijos en Locke.

—Bicho —susurró Locke—, cuyo auténtico nombre era Bertilion Gadek. Mi aprendiz. Mi hermano. Y mi amigo.

Entonces le abandonaron las fuerzas y cayó encima del cadáver del Rey Gris.

—Mi amigo.

Pero el hombre que tenía debajo no dijo nada y entonces Locke fue consciente de que el pecho que auscultaba, de que el corazón que hubiera debido latir al apoyar sobre él una de sus orejas, guardaban silencio. Y entonces lloró… y sus sollozos, salvajes e ininterrumpidos, hicieron que todo su cuerpo se estremeciera y que sus músculos y nervios torturados sintieran una vez más los calambres del dolor de la agonía. Enloquecido por la pena y el triunfo, por la niebla roja del dolor que sentía y por cien sensaciones más que no hubiera podido describir, permaneció echado encima del cadáver de su mayor enemigo, lloriqueando como un niño, mezclando la sal de sus lágrimas con la cálida sangre que cubría el cadáver del Rey Gris.

Y así permaneció, estremeciéndose bajo la luz roja de las lámparas, en aquel salón silencioso, a solas con su triunfo, incapaz de moverse y de impedir la pérdida de sangre que le conducía irremisiblemente hacia la muerte.

10

Jean lo encontró uno o dos minutos más tarde. El hombretón lo colocó boca arriba y lo apartó del cadáver, arrancando un aullido de dolor de su amigo que aún seguía semiinconsciente.

—Oh, dioses —se lamentó Jean—. Oh, dioses; maldito idiota, maldito y miserable idiota —hizo presión con las manos en el pecho y el cuello de Locke hasta que la sangre volvió a circular correctamente por su cuerpo—. ¿Por qué no esperaste? ¿Por qué no esperaste a que llegara?

Locke le miró con ojos de borracho y sus labios formaron una «O» de disculpa.

—Jean —dijo Locke muy serio, con voz queda—, has llegado corriendo. No estabas… en condiciones… de luchar. El Rey Gris… lo decidió. No podía negarme.

Jean lanzó un bufido a su pesar.

—Maldito seas, Locke Lamora. Le envié un mensaje. Pensaba que eso le detendría lo suficiente.

—Bendito seas. Le… vencí, a pesar de todo. Le vencí y conseguí que quemaran su barco.

—Así que era eso —dijo Jean con mucha dulzura—. Lo vi. Vi cómo ardía desde el otro lado de la Desolación de Madera; vi cómo te dirigías a la Tumba Flotante y entrabas en ella, llegué en cuanto pude. Pero no me necesitaste en ningún momento.

—No es cierto —Locke tragó saliva y luego hizo una mueca al sentir el sabor de su propia sangre—. Hice un uso excelente… de tu reputación.

Aunque Jean no hizo ningún comentario al escuchar aquellas palabras, la mirada triste de sus ojos fue más expresiva que cualquier cosa que hubiera podido decir.

—Nos hemos vengado —murmuró Locke.

—Así es —susurró Jean.

Pocos segundos después, las lágrimas comenzaron a manar nuevamente de los ojos de Locke, que cerró los ojos y movió la cabeza de un lado para otro.

—Todo esto ha sido una mierda —dijo.

—Lo ha sido.

—Tienes que dejarme… en este sitio.

Al escucharlo, Jean, que seguía arrodillado, se balanceó como si acabara de recibir una bofetada.

—¿Qué dices?

—Déjame, Jean. Moriré… dentro de pocos minutos. No sacarán nada más de mí. Aún puedes marcharte. Por favor… vete.

Jean se ruborizó, y el color rojo de su rostro prevaleció sobre la luz rojiza de los globos alquímicos, y enarcó las cejas, y todos los rasgos de su rostro se pusieron tan tensos que hasta Locke se alarmó. Jean cerró las mandíbulas y apretó los dientes, y las líneas de sus pómulos se convirtieron en las crestas dominantes de la montaña de grasa que era su rostro.

—Hay un montón de cosas que tienes que contarme —dijo, finalmente, con la voz más monocorde y siniestra que Locke jamás hubiera escuchado de sus labios.

—¡Metí la pata, Jean! —graznó un Locke desesperado—. Realmente no podía luchar contra él. Estuve a su merced antes de que pudiera descubrir la manera de ganarle con alguna artimaña. Sólo prométeme… prométeme que si alguna vez encuentras a Sabetha, tú no…

—Podras encontrarla tú mismo, so idiota, después de que ambos salgamos pitando de aquí.

—¡Jean! —Locke se agarró con la mano buena a las solapas de la casaca de Jean, pero sin fuerza—. Lo siento, estoy acabado. Por favor, no te quedes, porque te atraparán; los casacas negras no tardarán en llegar. No puedo permitir que te apresen. Por favor, déjame. No puedo caminar.

—Idiota —murmuró Jean, secándose las lágrimas que le quemaban el rostro con la mano buena—. No van a capturarte.

Y con poca maña, aunque con mucha prisa, recogió la capa del Rey Gris y se la ató alrededor del cuello, haciéndose un cabestrillo para el brazo derecho. Luego paso éste por debajo de las rodillas de Locke y levantó su cuerpo menudo, acercándoselo luego hasta el pecho, donde quedó sujeto. Locke se quejó.

—Deja de lloriquear, maldita nenaza —musitó Jean, mientras comenzaba a andar a zancadas—, aún debe quedarte medio vaso de sangre por algún sitio. —Pero Locke se había desmayado, y Jean no sabía si por el dolor o por la pérdida de sangre, pues su piel estaba tan blanca que parecía vidrio. Aunque tenía los ojos abiertos, su mirada era fija, y de su boca abierta caía un hilillo de sangre y baba.

Jadeando y estremeciéndose, ignorando el angustioso dolor de sus propias heridas, Jean echó a correr todo lo deprisa que pudo.

El cuerpo del Rey Gris quedó a su espalda, olvidado, y la luz roja iluminó el vacío salón.

Interludio

Una profecía menor

El padre Cadenas se sentaba en el tejado de la Casa de Perelandro, mirando al muchacho de catorce años, sorprendentemente arrogante, en que se había convertido aquel huerfanito que comprara hacía tantos años al Hacedor de Ladrones de la Colina de las Sombras.

—Algún día, Locke Lamora —dijo—, algún día la fastidiarás de un modo tan magnífico, tan ambicioso, tan *abrumador*, que el cielo se iluminará y las lunas darán vueltas, y los mismísimos dioses cagarán cometas sintiéndose muy contentos. Y espero estar aún por aquí para verlo.

—Por favor —dijo Locke—, eso no sucederá jamás.

EPÍLOGO

La Falsa Luz

1

El decimoctavo de Parthis, en el septuagésimo octavo año de Aza Guilla; un húmedo verano camorrí. Toda la ciudad tiene resaca, también el cielo.

La cálida lluvia cae formando cortinas de agua, salpicando y desprendiendo vapor. En esas capas que son como espejos traslúcidos a la deriva, el agua captura el trémulo arrebol de la Falsa Luz y crea obras de arte en el aire que apenas duran unos segundos, mientras los hombres echan pestes porque se mojan la cabeza.

—¡Sargento de la Guardia! ¡Sargento Vidrik!

El hombre que gritaba cerca del puesto de guardia que se encuentra en el extremo sur del Estrecho era otro guardia. Vidrik pegó su macilento y gastado rostro a la ventana que se encontraba al lado de la puerta de la chabola, y recibió como premio una bocanada de vapor en la frente. Un trueno resonó en lo alto.

—¿Qué sucede, hijo?

El guardia se acercó bajo la lluvia; era Constanzo, el nuevo reemplazo que había llegado de la Esquina Norte. Llevaba un asno apaciguado que tiraba de una carreta descubierta, seguido por otros dos casacas amarillas. Se cubrían con unos capotes encerados y tenían un aspecto miserable, lo cual indicaba que eran gente sensata.

—Hemos encontrado algo, sargento —dijo Constanzo—, algo que es muy extraño.

Varios equipos de casacas amarillas y de casacas negras llevaban peinando el sur de Camorr desde la noche anterior; había corrido el rumor de un intento de asesinato en el Alcance del Cuervo. Sólo los dioses sabían por qué la Araña y sus muchachos habían comenzado a levantar las piedras de los distritos de las Heces y de la Lluvia de Ceniza, pues Vidrik no se había enterado de «por qué» ni de «para qué».

—Define «muy extraño» —exclamó mientras se ponía un capote encerado y se cubría con su capucha. Salió bajo la lluvia y se acercó a donde estaba la carreta con el asno, haciendo una seña con la mano a los dos hombres que se encontraban detrás de él. Uno de ellos le debía dos barones de la partida de dados de la semana anterior.

—Eche un vistazo —dijo Constanzo, recogiendo la manta mojada que cubría la carga. Debajo de ella se encontraba un hombre bastante joven y muy pálido, con calvicie prematura y algo de pelusa en las mejillas. Estaba muy bien vestido con una casaca gris de puños rojos, toda manchada de sangre.

Aunque el hombre estaba vivo, apretaba sus manos sin dedos contra sus mejillas mientras miraba a Vidrik con ojos de loco.

—¡Mahhhhh! —gimió cuando la lluvia cayó sobre su cabeza—. ¡Maaaaaaaaah!

Le habían cortado la lengua; una cicatriz oscura delimitaba el muñón que tenía en el fondo de la boca, el cual aún rezumaba sangre.

—¡MAAAAAAAAAAAAAAAAAAH!

—Joder, por el amor de Perelandro —dijo Vidrik—. Dime qué tiene en las muñecas, porque no lo veo bien.

—Es un mago mercenario, sargento —explicó Constanzo—, o lo era —volvió a cubrir el rostro del hombre con la manta y se arrebujó en su capote—. Había más cosas dentro. ¿Quiere echarles un vistazo?

Vidrik condujo a Constanzo al interior de su chabola. Los dos hombres se echaron las capuchas hacia atrás pero no se quitaron los capotes. Constanzo extrajo del suyo un pergamino doblado.

—Encontramos a este tipo en la Lluvia de Ceniza, lo habían dejado atado al suelo —dijo—. Era algo endiabladamente extraño. El pergamino estaba encima de su pecho.

Vidrik tomó el pergamino y lo abrió para leerlo. Decía así:

A LA ATENCIÓN PERSONAL DE LA ARAÑA DEL DUQUE:

DEVOLVER A KARTHAIN.

—Por los dioses —dijo—. Un auténtico mago mercenario de Karthain. Es como si el mensaje quisiera desanimar a sus amigos para que visitaran Camorr.

—¿Qué hacemos con él, sargento?

Vidrik suspiró, dobló el pergamino y se lo devolvió a Constanzo.

—Pasar la pelota, muchacho —dijo—. Le pasaremos la pelota al escalón superior de la cadena de mando y olvidaremos lo que hemos visto. Llevadlo al Palacio de la Paciencia y que otro decida lo que hay que hacer.

2

La Falsa Luz brillaba sobre las aguas de la bahía de Camorr, agitadas por la lluvia, mientras doña Angiavesta Vorchenza, Condesa Viuda del Cristal de Ámbar, estaba de pie en los muelles, cubierta con un capote encerado forrado de piel, observando cómo, debajo de donde se encontraba, varios equipos de hombres armados con

pértigas de madera sondeaban una barcaza llena de porquería que se había empapado de agua. El hedor llamaba poderosamente la atención.

—Lo siento, mi señora —dijo el sargento de la Guardia, que se encontraba a su izquierda—, podemos asegurar que no hay nada en las otras dos barcazas, y con ésta llevamos ya seis horas. Dudo sinceramente que podamos dar con algo, aunque, por supuesto, seguiremos intentándolo.

Doña Angiavesta suspiró profundamente y se volvió para mirar el carruaje que, tirado por cuatro garañones negros y provisto de luces alquímicas de posición con los colores de la casa de Vorchenza, se encontraba detrás de ella. Tenía abierta la puerta… los Salvara y el capitán Reynart, sentados dentro, la miraban. Les hizo una seña para que se reunieran con ella.

Reynart fue el primero que llegó a su lado; como de costumbre no llevaba capote y, con gran estoicismo, soportaba la fuerte lluvia sin pestañear. Los Salvara sí se habían protegido de lo que les caía encima; Lorenzo sujetaba una sombrilla de seda para que su esposa no se mojase.

—Dejadme adivinarlo —dijo Reynart—, sólo han encontrado mierda.

—Me temo que así sea —dijo doña Angiavesta—. Gracias por el tiempo que le hemos hecho perder, sargento; puede irse. Y dígaselo a los suyos que están fuera de la barcaza. No creo que vayamos a necesitarlos por ahora.

Cuando los casacas amarillas abandonaron el muelle, sujetando con mucho cuidado las pértigas de madera que llevaban al hombro y muy aliviados por poder irse, dio la impresión de que doña Angiavesta se sobresaltaba y se quedaba sin aliento. Se llevó las manos a la cara y se inclinó hacia delante.

—¡Doña Angiavesta! —exclamó Sofía, casi saltando hacia ella para evitar que se cayera. Cuando todos la rodearon de cerca, ella se irguió repentinamente y rió, aspirando bocanadas de aire en medio de las carcajadas que le sobrevenían. Aún temblando, golpeó el aire que tenía ante sí con sus pequeños puños.

—Oh, dioses —dijo, atragantándose—, oh, es demasiado.

—¿Qué es demasiado, doña Angiavesta? ¿Qué os sucede? —Reynart la acababa de coger del brazo y la escrutaba con la mirada.

—El dinero, Stephen —dijo, riendo entre dientes—. El dinero jamás estuvo en este lugar. Ese pequeño bastardo nos ha hecho escarbar en las barcazas llenas de mierda por pura diversión. El dinero estaba a bordo de la *Satisfacción*.

—¿Cómo habéis llegado a esa suposición?

—¿No es evidente? No sé cómo no he podido comprenderlo a tiempo. Que los dioses bendigan, y también maldigan, la perspicacia de las primeras intenciones. Capa Raza envió suministros de caridad al barco de la plaga, ¿estamos de acuerdo?

—Sí.

—Pero no se trataba de un acto de caridad sino de llevar toda su fortuna a la fragata.

—¿A un barco que estaba en cuarentena? —comentó doña Sofía—. Eso no le habría hecho ningún bien.

—No, si no sufría la plaga —dijo doña Angiavesta—. Lo de la plaga sólo era un cuento.

—Pero ¿por qué insistió tanto Lukas en que hundiéramos el barco? ¿Sólo por resentimiento? ¿Si no podía ser para él, que no fuera para nadie? —preguntó don Lorenzo.

—Se llamaba Callas, querido Lorenzo, Tavrin Callas.

—Se llamara como se llamase, cariño —replicó Lorenzo—. Cincuenta y cinco mil coronas más la fortuna de Barsavi. Es muchísimo dinero para que se pierda definitivamente.

—En efecto —dijo doña Angiavesta—, y él nos reveló sus intenciones cuando le teníamos preso. No sé cómo he podido ser tan necia.

—Me temo —dijo doña Sofía—, y hablo por todos nosotros, que no la seguimos.

—La Espina confesó que era sacerdote del Decimotercero —dijo Angiavesta—, una herejía, el Decimotercero Sin Nombre, el Guardián Avieso, el dios de los ladrones y de los malhechores. «Por amor al decoro», dijo él, «por amor al decoro». Lo dijo a propósito.

Y lanzó otra risotada y se mordió los nudillos para contenerse.

—Oh, dioses. Anatolius mató a tres de sus amigos, ¿no lo comprendéis? Ese barco no suponía ningún peligro, no hacía falta hundirlo para salvar a Camorr. Era una ofrenda de muerte, Stephen, una *ofrenda de muerte*.

Reynart se golpeó en la frente con la palma de una de sus manos, salpicando agua.

—Sí —prosiguió doña Angiavesta—, una ofrenda de muerte. Y yo, ni corta ni perezosa, hundí el barco por él, y ahora se encuentra a una profundidad de sesenta brazas, en unas aguas infestadas de tiburones.

—¿Entonces… todo nuestro dinero se encuentra a ciento veinte metros de profundidad, en el fondo del Puerto Viejo?

—Me temo que así sea —respondió doña Angiavesta.

—Ah… ¿y qué vamos a hacer ahora?

Doña Angiavesta suspiró y meditó durante unos segundos.

—Lo primero —respondió cuando volvió a mirar a los Salvara—, declarar secreto del Ducado de Camorr todo lo relacionado con este asunto; os conmino a que guardéis silencio. La Espina de Camorr es un mito; el dinero supuestamente robado, jamás existió; la Araña del Duque jamás se interesó formalmente en este asunto.

—Pero, cuando entraron en nuestra casa disfrazados de Merodeadores de la Medianoche, le dijeron a Lorenzo que así era como la Espina mantenía a salvo su existencia —dijo doña Sofía.

—Sí —corroboró su marido—. Uno de los falsos Merodeadores me dijo específicamente que la Espina aprovechaba la vergüenza de sus víctimas para que sus

potenciales víctimas no se enteraran de su existencia, y no creo que, al menos esa parte, fuera mentira.

—Seguro que no lo era —dijo doña Angiavesta—. Pero eso es justamente lo que vamos a hacer. A su debido tiempo comprenderéis que, por amor a la honestidad, un estado como el nuestro no puede permitirse el mostrar ninguna debilidad; el duque Nicovante me encomienda su seguridad, no su conciencia.

Los Salvara se la quedaron mirando, sin decir nada.

—Oh, no os deprimáis —añadió—, vuestro auténtico castigo por haberos inmiscuido en este desbarajuste aún no ha comenzado. Regresad conmigo al Cristal de Ámbar y discutiremos la pena.

—¿Nuestro castigo, doña Angiavesta? —dijo Lorenzo, bastante enfadado—. ¡Nuestro castigo asciende a casi diecisiete mil coronas! ¿No es suficiente?

—Creo que no —dijo doña Angiavesta—; ya he decidido quién heredará el título de Condesa del Cristal de Ámbar cuando su actual titular pase a mejor vida —hizo una pausa y luego añadió—: O mejor debiera decir quiénes serán el Conde y la Condesa del Cristal de Ámbar.

—¿Cómo? —Sofia chilló como una niña de ocho años, una niña particularmente chillona de ocho años que estuviera acostumbrada a chillar muy alto.

—No es una bendición —dijo doña Angiavesta—, sino un trabajo.

—No podéis hablar en serio —dijo don Lorenzo—. Hay dos docenas de familias en las Alcegrante con mayores rangos y honores que nosotros; el Duque jamás aceptará que seamos vuestros herederos.

—Creo que conozco al duque Nicovante un poco mejor que tú, muchacho —dijo doña Angiavesta—, y considero que debo ser yo quien nombre a mis herederos.

—Pero… el trabajo —dijo Sofía—, os referís a…

—Claro, Sofía. No viviré para siempre. Cada vez que un asunto como éste aterriza encima de mi regazo, caigo rápidamente en la cuenta de que *no quiero* vivir para siempre. Que otro juegue a ser la Araña; durante todos estos años hemos dejado que todo el mundo creyera que este oficio estaba a cargo de un hombre. Ahora seguiremos engañándolos al pasárselo a *dos* personas.

Acercó su brazo al de Reynart y permitió que éste la llevara a su carruaje.

—Dispondréis de Reynart para que os ayude y dirija vuestras operaciones; será el enlace entre vosotros dos y los Merodeadores de la Medianoche. Ambos tenéis una inteligencia aceptablemente maleable. Con unos pocos años más puedo asegurar que le habré dado la forma que necesito.

—¿Y entonces? —preguntó doña Sofía.

—Entonces, querida, los que tengan que enfrentarse a estas malditas crisis seréis *vosotros* —doña Angiavesta suspiró—. Los viejos pecados jamás se entierran tan profundo que no vuelvan cuando uno menos se lo espera. Y de tal suerte, el bienestar de Camorr lo pagaréis con la moneda de vuestra propia conciencia, que irá menguando año tras año hasta que al final ya no quede nada de ella.

3

—¡Maese Lamora, esto es de todo punto inaceptable!

Bajo la Falsa Luz, el mar era un campo de gris y de verde, azotado por las mismas olas que azotaban el galeón *Ganancia Dorada*, con rumbo a Tal Verrar después de hacer escala en Talisham, uno de los dos navíos que aquella tarde habían zarpado de Camorr. El viento gemía en los obenques y en las velas del viejo navío, y los marineros enfundados en capotes encerados se apresuraban yendo y viniendo, musitando oraciones a Iono, Señor de las Aguas Codiciosas.

Locke Lamora descansaba sobre un montón de cajas cubiertas con lonas, encima de la parte del puente de popa que se proyectaba hacia fuera, arropado con unas mantas cubiertas por telas enceradas que a su vez estaban cubiertas por unas lonas, lo cual le hacía parecer un rollito de salchicha. Nada de él era visible, excepto su rostro anormalmente pálido (y muy magullado) que sobresalía de tantas capas de tela. Jean Tannen se sentaba a su lado, cubriéndose de la lluvia, aunque no tan inmóvil como él.

—Maese Ibelius —dijo Locke con voz muy débil y nasal, a causa de la nariz rota —, siempre que abandoné Camorr lo hice por tierra. Así que esto es una novedad… Me gustaría verla por última vez.

—Casi se está muriendo, maese Lamora —dijo Ibelius—; es una locura que ande haciendo travesuras por el puente con este tiempo.

—Ibelius —dijo Jean—, si Locke estuviera haciendo travesuras por aquí, los cadáveres buscarían trabajo como acróbatas. ¿Podemos tener un momento de paz?

—¿Para librarse de las atenciones que ayer le mantuvieron con vida? Claro que sí, mis jóvenes señores…, disfruten de la perspectiva del mar ¡y aténganse a las consecuencias!

Y, con estas palabras y pisando muy fuerte, Ibelius abandonó el puente que no dejaba de moverse, inhabituado como estaba a vivir en el mar.

Camorr decrecía de tamaño ante ellos, desvaneciéndose gradualmente entre las cortinas de agua que se movían de un lado para otro. La Falsa Luz se elevó por encima de la ciudad baja como si un aura cabalgara las olas; las Cinco Torres resplandecían espectrales bajo los cielos revueltos. Fue como si la estela del galeón se volviera fosforescente, como si generase por sí misma la Falsa Luz.

Ambos se sentaron en el puente de popa y vieron cómo el oscuro horizonte engullía la ciudad que dejaban atrás.

—Lo siento, Locke —dijo Jean—, lamento no haber podido serte de más ayuda al final.

—¿De qué puñetas hablas? Mataste a Cheryn y a Raiza; yo jamás hubiera podido hacerlo. Me sacaste de la Tumba Flotante. Me llevaste a rastras ante Ibelius para que me aplicara otra asquerosa cataplasma por todo el cuerpo. Si descontamos lo de la cataplasma, ¿de qué tienes que disculparte?

—Me encuentro en desventaja —dijo—. Por mi nombre. He estado empleando mi auténtico nombre toda mi vida sin pensar que podía pasarme algo malo por usarlo.

—¿Te refieres al mago mercenario? Jean, por los dioses. Adopta un nombre falso en cuanto lleguemos a donde vayamos. Tavrin Callas no está mal. Deja que el bastardo aparezca repentinamente en el lugar donde desembarquemos; la Orden de Aza Guilla se sentirá muy contenta de explicar el milagro.

—Intenté matarte, Locke. Lo siento… pero no podía hacer nada por evitarlo.

—No intentaste matarme, Jean. Fue el halconero. *No podías* hacer nada por evitarlo. Dioses, soy el único de los dos que tiene el brazo abierto y el hombro taladrado y tú eres el que está alicaído. ¡Es demasiado!

Un trueno retumbó por encima de las nubes, seguido por unas órdenes que alguien daba a gritos desde el puente de proa.

—Jean —dijo Locke—, eres el amigo más grande que jamás me hubiera imaginado que tendría; te debo tantas veces la vida que ya he perdido la cuenta. Antes preferiría morirme que perderte, pues eres todo lo que yo no soy.

Jean no dijo nada durante varios minutos; ambos miraron hacia el norte del Mar de Hierro mientras las crestas de las olas se azotaban las unas a las otras cada vez más deprisa.

—Lo siento —dijo Jean—, siempre me pierde la boca. Gracias, Locke.

—Bueno, celebrémoslo —dijo Locke—. Al menos tienes más movilidad que un jodido renacuajo en tierra firme. Mira mi pequeño castillo de tela encerada —y suspiró. No tenían dinero—. Así que ésta es la sensación que trae la victoria.

—Sí —dijo Jean.

—Pues vaya mierda —dijo Locke.

Y pasaron otro minuto más en silencio, bajo la lluvia.

—Locke —dijo Jean al fin, un tanto vacilante.

—¿Sí?

—Si no te molesta mi pregunta…, ¿cuál es tu auténtico nombre?

—Oh, dioses —Locke sonrió casi sin fuerzas—, ¿es que uno no puede tener secretos?

—Tú sabes el mío.

—Sí, pero es que tú sólo tenías ése.

—No es justo.

—Oh, vaya —dijo Locke—. Ven aquí.

Jean se dejó caer en la pila de cajas sobre la que descansaba Locke y se agachó. Locke le susurró cinco sílabas al oído y Jean abrió unos ojos como platos.

—Ya lo comprendo —dijo—, yo también me hubiera cambiado ese nombre por el de Locke.

—Dímelo a mí.

El galeón siguió hacia el sur, adelantándose a los vientos de la tormenta, y los últimos resplandores de la Falsa Luz se desvanecieron tras él. Las luces se sumieron en la oscuridad y, cuando hubieron desaparecido para siempre, la lluvia corrió un telón sobre la superficie del mar.

Agradecimientos

Cuando me dijeron que la presente novela iba a ser publicada, un montón de buena suerte cayó del cielo y fue a darme en la cabeza. No me lo podía creer. Así que me siento en deuda con Simon Spanton, Gillian Redfearn, Krystyna Kujawinska, Hannah Whitaker y Susan Howe, de Orion Books, y Anne Groell, de Bantam Books.

Hace falta mucha gente para mantener a buen recaudo (o en jaque, como se prefiera) el ego de un autor novel. No hubiera podido encontrar mejor ayuda y paciencia que la que me ofrecieron mis padres, Jill y Tom Lynch; por otra parte, todo esto no hubiera llegado a tan buen puerto sin el concurso de cierta pandilla muy activa de sabios descreídos, siempre a mi servicio: Gabe Chouinard, Matthew Woodring Stover, Kage Baker, Bob Urell, Summer Brooks, M. Lynn Booker, Chris Billett, Gabriel Mesa, Alex Berman, Clucky, Mastadge, Shevchyk, Ariel y todos los demás…, así como el de todos aquellos que intervinieron en el juego de rol (o lo leyeron) *Hechos, no palabras*.

También debo darles las gracias a los amigos próximos y lejanos… Jason McCray, Darren Wieland, Cleo McAdams, Jayson Stevens, Peg Kerr, Philip Shill, Bradford Walker, J. H. Frank, Jasón Sartin, Abra Staffin-Wiebe, Sammi y Lewis, Mike y Becky, Bridget y Joe, Annie y Josiah, Eric y Aman, Mike y Laura, Paul, Adrian, Ben y Jenny Rose, Aarón, Jessie, Chris y Ren, Andy Nelson, y (aunque la última, no la menos importante) Rose Miller, quien, a pesar de que aún no era lo suficientemente alta para acompañarme en este viaje, podrá viajar a donde quiera.

New Richmond, Wisconsin, 16 de septiembre de 2005

SCOTT LYNCH (St. Paul, Minnesota, 1978). Escritor americano, Scott Lynch es un autor dedicado a la literatura fantástica cuyo primer libro, *Las mentiras de Locke Lamora*, se convirtió en todo un éxito internacional convenciendo tanto a la crítica como al público.

Trabajó limpiando platos, como camarero, revisor de autobús y, por fin, escritor freelance. Pero además, se confiesa amante de la Historia, la literatura, el cine y coleccionista de «Choose Your Own Adventure» (elige tu propia aventura). Tras estas credenciales se esconde un escritor joven que dará mucho que hablar en el panorama literario fantástico del futuro.

Notas

[1] Sombra: alma. *(N. del T.)* <<